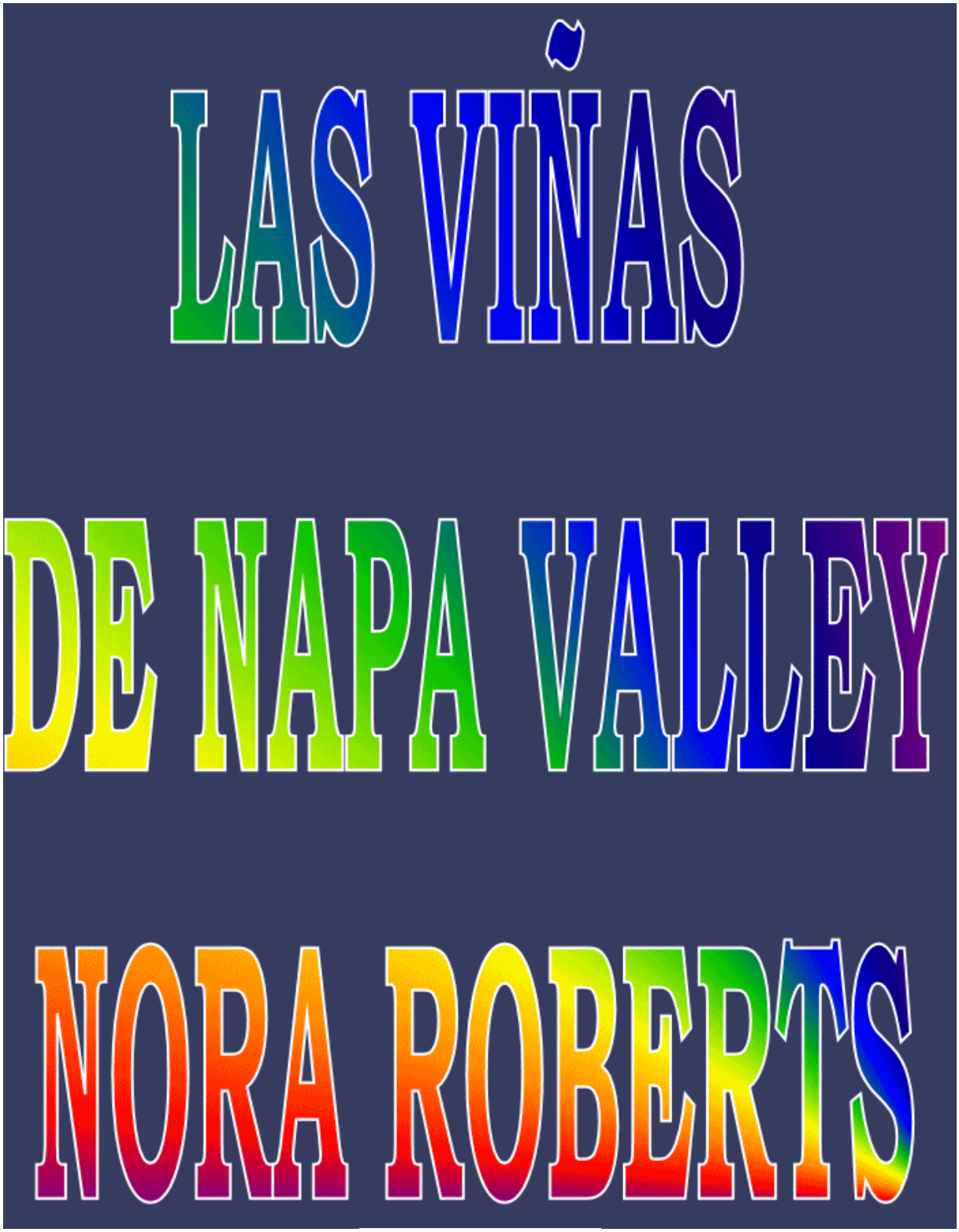
LAS VIÑAS DE NAPA VALLEY
NORA ROBERTS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

La noche en que fue asesinado, Bernardo Baptista tomó una sencilla cena de pan con queso y una botella de Giambelli. El vino era un poco joven y Bernardo no lo era en absoluto. Ninguno de los dos tendría ocasión de envejecer más.

Bernardo era un hombre sencillo, como el pan y el queso de su cena. Había vivido en la misma casa, en las suaves colinas al norte de Venecia, durante los cincuenta y un años de su matrimonio. Allí se habían criado sus cinco hijos. Allí había muerto su esposa.

Conocía a *la signora* desde que era una muchachita, y le habían enseñado a quitarse la gorra siempre que la veía pasar. Incluso después de tantos años, cuando Teresa Giambelli volvía al *castello* y los viñedo s desde California, se detenía a saludado y charlaban de los viejos tiempos, cuando sus abuelos respectivos habían trabajado en las viñas.

Durante más de sesenta años Bernardo había participado en la elaboración del vino Giambelli. Se habían producido muchos cambios, algunos buenos, en opinión de Bernardo, otros no tanto. Sus ojos habían visto muchas cosas.

Algunas personas creían que demasiadas.

Pronto se podarían las vides, adormecidas durante el invierno.

La artritis impedía a Bernardo realizar los trabajos más pesados, pero él seguía acudiendo todas las mañanas para vigilar que sus hijos y nietos continuaran con la tradición.

Siempre había habido un Baptista trabajando para los Giambelli y, para Bernardo, así sería siempre.

En aquella última noche de sus setenta y tres años, se asomó a la ventana para ver las vides, sus vides, y comprobar lo que se había hecho y lo que quedaba por hacer, y oyó el viento de diciembre silbar entre los sarmientos.

Desde la ventana por la que el viento pretendía colarse vio los esqueletos que ascendían regularmente por las colinas, que adquirirían vida con el tiempo y no se marchitarían como los hombres. Aquél era el milagro de la vid.

Vio las sombras y los contornos del gran *castello* que dominaba aquellas vides y a quienes las atendían.

La noche era solitaria en invierno, cuando sólo había criados durmiendo en el *castello* y las uvas aún habían de brotar.

Bernardo quería que llegara la primavera y el largo verano que la seguía, para que el sol calentara sus entrañas y madurara los jóvenes frutos. Quería, como al parecer siempre había querido, una vendimia más.

Bernardo sufría grandes dolores a causa del frío, que se le metía en los huesos. Pensó en calentar la sopa que le había llevado su nieta, pero Anna maria no era buena cocinera. Pensando en ello, se conformó con el queso y se sentó junto al fuego para beber a sorbos el buen vino.

Estaba orgulloso del trabajo de toda una vida, parte del cual se hallaba en el vaso que reflejaba la luz de las llamas y tenía una oscura tonalidad roja. El vino había sido una bendición, una de las muchas que se le habían otorgado en su retiro, aunque todo el mundo sabía que

su jubilación era puramente nominal. A pesar de sus huesos doloridos y de la debilidad de la que adolecía su corazón en la vejez, Bernardo recorría el viñedo, probaba las uvas, observaba el cielo y olisqueaba el aire.

Vivía para el vino. Murió por él.

Bebía, cabeceando junto al fuego, con una manta arropándole las delgadas piernas. Por su cabeza pasaron imágenes de campos soleados, de su mujer riendo, de sí mismo enseñando a su hijo a sujetar un nuevo sarmiento y a podar uno viejo, de *la signora* junto a él entre las hileras que sus abuelos habían cuidado con esmero. «*Signore* Baptista -le decía ella cuando aún eran jóvenes-, nos han dado un mundo. Debemos protegedo.»

y eso habían hecho.

El viento silbaba en las ventanas de su pequeña casa. El fuego se extinguió.

y cuando le llegó el dolor como un golpe seco, oprimiéndole el corazón hasta matado, su asesino estaba a más de nueve mil kilómetros de distancia, rodeado de amigos y colegas, disfrutando de un exquisito salmón hervido regado con un excelente Pinot Blanc.

PRIMERA PARTE

LA PODA

Un hombre es un puñado de relaciones, un cúmulo de raíces, y el mundo son sus flores y sus frutos.

RALPH WALDO EMERSON

La botella de Castello di Giambelli Cabernet Sauvignon, I902, se vendió en subasta al precio de I 2 5.500 dólares. «Mucho dinero -pensó Sophia-, para un vino teñido de sentimentalismo.» El vino dc aquella vieja botella se había elaborado con uvas del año en que Cesare Giambelli había fundado las bodegas Castello di Giambelli cn un accidentado terreno del norte de Venecia.

En aquella época, lo de *castello* era una broma o una muestra de optimismo excesivo, dependiendo del punto de vista. La modesta casa de Cesare con su pequeño lagar de piedra distaba mucho de parecerse a un castillo, pero sus vides eran regias, y con ellas había construido un imperio.

Después de casi un siglo, seguramente hasta el mejor Cabernet Sauvignon hubiera sido más útil como aliño para la ensalada, pero 110 era incumbencia de Sophia discutir con el hombre que pagaba aquel dinero. Su abuela tenía razón como siempre, al decir que la gente pagaría precios desorbitados por el privilegio de tener un trozo de la historia de Giambelli en propiedad.

Sophia anotó el precio final y el nombre del comprador, aunque no era probable que los olvidara, para el informe que enviaría a su abuela cuando terminara la subasta.

Ella asistía al evento no sólo como ejecutiva de relaciones públicas que había diseñado la campaña de promoción y el catálogo dc la subasta, sino también como representante de la familia Giambclli en aquel acontecimiento selecto previo al centenario.

Como tal, se sentó tranquilamente al fondo de la sala para observar la presentación y las pujas.

Sus piernas cruzadas formaban una larga y elegante línea. Se sentaba muy erguida, con la espalda recta. Vestía un traje negro a rayas, italiano, hecho a medida, que lograba combinar un aire femenino y profesional a la vez.

Era exactamente lo que Sophia pensaba de sí misma.

Su rostro era afilado, como un triángulo de pálido oro con ojos grandes y hundidos, y una boca generosa y expresiva. Sus pómulos los destacaban como picos de hielo, su mentón era una punta de diamante, lo que le daba una imagen en parte de duende y en parte de guerrera. Había utilizado aquel rostro como un arma implacablemente cuando le había parecido más oportuno.

Creía que las herramientas estaban hechas para usarse, y usar se bien.

Un año antes, la larga melena que le llegaba hasta la cintura se había reducido a un corto casquete negro con un flequillo erizado sobre la frente.

Le sentaba bien. Sophia sabía exactamente qué era lo que me jor le sentaba.

Llevaba el collar antiguo de perlas de una sola vuelta que le había regalado su abuela en su vigésimo primer cumpleaños, y su semblante reflejaba una cortés atención. Creía que era la expresión de su padre en los consejos de administración.

Sus ojos se iluminaron y las comisura s de su ancha boca se cur-

varo n ligeramente cuando se presentó el siguiente objeto a subasta.

Era una botella de Barolo, 1934, del tonel que Cesare había llamado Di Teresa con ocasión del nacimiento de la abuela de Sophia. La etiqueta de aquel reserva privado ostentaba una fotografía de Teresa a los diez años de edad, el año en que se consideró que el vino había envejecido lo suficiente en el tonel de roble y se embotelló.

Ahora, a los sesenta y siete años, Teresa Giambelli era una leyenda cuya reputación como viticultora había ensombrecido incluso a la de su abuelo.

Era la primera botella con aquella etiqueta que se ponía a la venta, o que salía de la familia. La puja fue rápida y animada, tal como había previsto Sophia.

El hombre que estaba sentado junto a ella dio unos golpecitos en el catálogo, donde había una foto de la botella con la etiqueta.

-Se parece usted a ella.

Sophia se movió un poco en el asiento, sonrió al hombre -distinguido, andaba cerca de los sesenta-, y luego a la foto de la muchacha con expresión seria que aparecía en la botella de vino tinto.

-Gracias.

Era Marshall Evans, recordó Sophia. Bienes raíces. Fortuna de segunda generación: entre los quinientos más ricos según la revista *Fortune.* Sophia se proponía conocer los nombres y estadísticas personales de los apasionados y coleccionistas de vinos con los bolsillos repletos y un gusto excelente.

-Esperaba que *la signora* asistiera a la subasta de hoy. ¿Se encuentra bien?

-Perfectamente. Pero tenía otros asuntos que atender.

El busca que Sophia llevaba en la chaqueta empezó a vibrar. Molesta por la interrupción, hizo caso omiso y siguió la puja. Sus ojos recorrieron la sala, fijándose en las señales. Un dedo que se alzaba despreocupadamente en la tercera fila subió quinientos dólares el precio. Una sutil inclinación de una cabeza en la quinta fila lo superó.

Finalmente, el Barolo se vendió quince mil dólares más caro que el Cabernet Sauvignon. Sophia ofreció la mano al hombre que estaba a su lado.

-Enhorabuena, señor Evans. Su contribución a la Cruz Roja Internacional tendrá un buen uso. En nombre de Giambelli, familia y compañía, espero que disfrute con su adquisición.

-No me cabe la menor duda -dijo él, y cogiendo la mano de Sophia se la llevó a los labios-. Tuve el placer de conocer a *la signo ra* hace muchos años. Es una mujer extraordinaria.

-Lo es.

-¿Tal vez su nieta quiera acompañarme a cenar esta noche? Tenía edad suficiente para ser su padre, aunque Sophia era demasiado europea para considerarlo un obstáculo. En otro momento habría aceptado y, sin duda, habría disfrutado de su compañía. -Lo siento, pero tengo una cita. Quizás en mi próximo viaje al Este, si está usted libre.

-Me aseguraré de que así sea.

Sophia le dedicó una sonrisa cordial y se levantó.

-Si me disculpa...

Salió de la sala y sacó su busca para comprobar el número. Se desvió luego hacia el lavabo de señoras, mirando su reloj y sacando el teléfono del bolso. Después de marcar el número, se instaló en uno de los sofás del amplio lavabo y se puso la libreta de notas y la agenda electrónica sobre el regazo.

Tras una larga y agotadora semana en Nueva York, seguía aún muy ajetreada. Al repasar sus diversas citas, le agradó comprobar que tenía tiempo para hacer unas compras antes de ir a cambiarse y salir a cenar con su cita.

«Jeremy DeMorney», pensó. Salir con él significaba una velada elegante y refinada, un restaurante francés, una charla sobre comida, viajes y teatros. Y, por supuesto, sobre vinos. Dado que Jeremy descendía de los DeMorney de la bodega La Coeur y era uno de sus principales ejecutivos, y Sophia pertenecía a la estirpe de los Giambelli, no faltaría algún que otro intento de espiar los secretos respectivos, aunque fuera en broma.

y beberían champán. Bien, se dijo, era lo que le apetecía.

A todo ello le seguiría un romántico intento de Jeremy para lle

várselа a la cama. Sophia se preguntó si también eso le apetecería.

Jeremy era un hombre atractivo, se dijo, y podía ser divertido. Tal vez si ambos no supieran que el padre de ella se había acostado una vez con la mujer de él, la idea de una pequeña aventura entre ellos no le habría parecido tan turbadora, incestuosa incluso en cierto sentido.

Sin embargo, habían pasado varios años...

-Maria -Sophia aparcó sus pensamientos cuando el ama de lla

ves de los Giambelli contestó al teléfono-. Tengo una llamada de la línea de mi madre. ¿Puede ponerse?

-Oh, sí, señorita Sophia. Está esperando su llamada. Un mo

mento.

Sophia imaginó a la mujer recorriendo una habitación tras otra, buscando algo que ordenar, cuando Claudia Giambelli Avano lo habría ordenado todo por sí misma.

«Mamá -pensó Sophia- habría sido feliz con una casita cubierta de rosales, en la que pudiera hornear pan, coser y cuidar de su jardín. Habría tenido media docena de hijos -se dijo con un suspiro-, pero tuvo que conformarse conmigo.»

-Sophia, había salido para ir al invernadero. Espera que recupere el aliento. No esperaba que me devolvieras la llamada tan pronto. Pensaba que estarías en medio de la subasta.

-Ha terminado ya. Y creo que podemos decir que ha sido un éxito sin precedentes. Enviaré un fax con los detalles esta noche, o mañana a primera hora. Ahora debería volver para atar los cabos sueltos. ¿Va todo bien por ahí?

-Más o menos. Tu abuela ha convocado una reunión en la

cumbre.

-Oh, mamá, no se estará muriendo otra vez. Ya pasamos por

eso hace seis meses.

-Ocho -corrigió Claudia-. Pero ¿quién los cuenta? Lo siento, cariño, pero ha insistido. No creo que planee morirse esta vez, pero desde luego planea algo. Ha llamado a los abogados para otro cambio de testamento. Y me ha dado el camafeo de su madre, lo que significa que está pensando en el futuro.

-Pensaba que te lo había dado la última vez.

-No, la última vez me dio el rosario de ámbar. Ha mandado llamar a todo el mundo. Tienes que volver.

-De acuerdo, de acuerdo. -Sophia echó un vistazo a su agenda y mentalmente lanzó un beso de despedida a Jerry DeMorney-. Acabaré aquí y me pondré en camino. Pero, en serio, mamá, esta llueva costumbre suya de morirse o de cambiar el testamento cada pocos meses es un auténtico fastidio.

-Eres una buena chica, Sophia. Te dejaré mi rosario de ámbar. -Muchas gracias. -Sophia colgó con una carcajada.

Dos horas más tarde, volaba en un avión hacia el Este y se preguntaba si al cabo de cuarenta años, también ella tendría el poder de hacer una seña con el dedo y que todo el mundo acudiera corriendo.

La idea la hizo sonreír. Se recostó en el asiento con una copa de champán en la mano, escuchando aVerdi por los auriculares.

No todos acudieron corriendo. Tyler MacMillan estaba apenas a unos minutos de distancia de Villa Giambelli, pero consideraba que las viñas necesitaban su atención con mayor urgencia que *la signora.* Y así lo dijo.

-Bueno, Ty. No pasará]1ada por unas horas.

-En esta época sí. - Ty se paseaba por su despacho, impaciente por volver al viñedo-. Lo siento, abuelo. Ya sabes lo importante que es la poda de invierno y también lo sabe Teresa. -Se cambió el teléfono móvil de una oreja a la otra. Detestaba los móviles. Siempre los perdía. Las viñas MacMillan necesitaban tanto cuidado como las Giambelli.

- T y. ..

-Tú me pusiste a cargo de todo. Estoy haciendo mi trabajo. - Ty -repitió Eli. Sabía que, tratándose de su nieto, las cuestio nes debían abordarse siempre con calma-. Teresa y yo dedicamos tanto tiempo a los vinos MacMillan como a los de la etiqueta Giambelli, como llevamos haciendo desde hace veinte años. Te pusimos a cargo de todo porque eres un viticultor excepcional. Teresa tiene planes. Y tú formas parte de ellos.

-La semana que viene.

-Mañana. -Eli no imponía su voluntad a menudo; no era su forma de trabajar. Pero en caso necesario, era implacable-. A la una. Para comer. Con ropa adecuada.

Tyler se miró sus viejas botas y los bordes deshilachados de sus gruesos pantalones.

-Eso es partirme el día por la mitad.

-¿Eres la única persona capaz de podar vides en todo MacMi llan, Tyler? Al parecer has perdido unos cuantos trabajadores du_ rante la pasada temporada.

-Iré. Pero antes dime una cosa.

-Por supuesto.

-¿Será la última vez que se muera durante un tiempo?

-A la una -replicó Eli-. Procura ser puntual.

-Sí, sí -musitó Tyler después de haber colgado.

Veneraba a su abuelo. Veneraba incluso a Teresa, quizá preci samente porque era un incordio y tenía malas pulgas. Cuando su

abuelo se había casado con la heredera de los Giambelli, Tyler te nía once años de edad y se había enamorado de los viñedos, las sua ves colinas onduladas, las sombras de las cavas y las enormes caver nas de las bodegas.

y en un sentido más real, se había enamorado de Teresa Luisa Elena Giambelli, la figura, algo aterradora, delgada y erguida como un palo, que había visto por primera vez vestida con unas botas y unos pantalones no muy distintos a los suyos, caminando a largas zancadas por entre las hileras de plantas de color mostaza carga das de uvas.

Teresa le había echado una mirada, había alzado una ceja ne gra afilada como una navaja, y lo había tildado de blando y de masiado urbano. Si iba a ser su nieto, le dijo, tendría que hacerse más duro.

Le ordenó que se quedara a pasar el verano en la villa. Nadie pensó en discutírselo, y menos que nadie sus padres, que se habían alegrado de desembarazarse de él durante largos períodos de tiem po para poder dedicarse a sus fiestas y sus amantes. De modo que se había quedado, pensó Tyler acercándose a la ventana. Verano tras verano, hasta que las viñas se habían convertido más en su hogar que su casa de San Francisco, hasta que Teresa y su abuelo habían acabado siendo como sus padres.

Ella lo había convertido en lo ,que era, lo había podado a la edad de once años y le había enseñado todo lo que debía saber.

Pero no era su dueña. «Resultaba irónico -pensó-, que todo aquel esfuerzo hubiera servido para formar a la persona que; es- tando bajo la égida de Teresa, menos caso hacía de sus exigencias.»

Claro que era más difícil desentenderse cuando ella y el abuelo aunaban fuerzas. Tyler se encogió de hombros y salió de la oficina. Podía tomarse unas horas libres, y ellos lo sabían tan bien como él. Los viñedos MacMillan empleaban únicamente a los mejores, por lo que podía ausentarse durante la mayor parte de la temporada con total confianza.

La verdad era que detestaba los grandes acontecimientos que generaban los Giambelli, iguales siempre a un circo con sus tres pistas atestadas de llamativas actuaciones. Uno no podía seguirlos todos a la vez, y siempre cabía la posibilidad de que mío de los tigres escapara de la jaula y se le echara al cuello.

Tanta era la gente, tantos los problemas, los fingimiento s y las confabulaciones soterradas. Él era más feliz paseando por los viñedos, o comprobando los toneles o sentándose junto a uno de sus trabajadores para charlar sobre la cosecha de Chardonnay.

Los deberes sociales no eran más que eso: deberes.

Dio un rodeo para pasar por la bonita casa que había sido de su abuelo, entrar en la cocina y volver a llenar el termo de café. Distraídamente dejó el móvil sobre la encimera y empezó a reorganizar sus horarios para complacer a *la signora.*

Ya no era demasiado blando. Era un hombre de más de uno ochenta de estatura, con un cuerpo esculpido por el duro trabajo y el aire libre. Sus manos eran grandes y callosas, con largos dedos que sabían hundirse delicadamente bajo las hojas para alcanzar las uvas. Su pelo tendía a rizarse si olvidaba ir a cortárselo, cosa que ocurría con frecuencia, y era de oscuro color castaño con reflejos rojizos, como un borgoña añejo a la luz del sol. Su rostro huesudo era más duro que apuesto, con arrugas incipientes en los ojos de un sereno azul celeste que podía convertirse en acerado.

La larga cicatriz que seguía la línea de su mandíbula era consecuencia de una caída desde unas rocas, a la edad de trece años. Sólo le molestaba cuando se le olvidaba afeitarse. Lo que le recordó que habría de hacerla antes de la comida del día siguiente.

Los que trabajaban para él lo consideraban un hombre justo, aunque a menudo fuera obstinado. A Tyler le habría gustado aquella definición de sí mismo. También lo consideraban un artista, yeso le habría desconcertado.

Para Tyler MacMillan, el artista era la vid.

Salió al frío aire invernal. Quedaban dos horas para el ocaso y tenía unas vides que atender.

Donato Giambelli tenía un dolor de cabeza de proporciones colosales. El nombre de su mujer era Gina. La convocatoria de *la signora* le había llegado cuando estaba felizmente ocupado en hacer el amor salvajemente con su amante de turno, una aspirante a actriz con múltiples talentos y los muslos 10 bastante duros como para

partir nueces. Al contrario que su mujer, 10 único que precisaba su

amante era una charla insustancial y un buen polvo tres veces por semana. No requería conversación.

A veces Donato pensaba que eso era precisamente 10 único que

Gina necesitaba.

Gina no dejaba de parlotear, dirigiéndose a él, a sus tres hijos

ya su madre, hasta que el aire en el reactor de la compañía vibró con

aquel incesante flujo de palabras.

Entre la cháchara de su mujer, los chillidos del bebé, los golpes del pequeño Cesare y los saltos de Teresa Maria, Don empezó a pensar seriamente en abrir la escotilla y arrojar por ella a toda su familia.

Sólo la madre de Donato guardaba silencio, pero únicamente porque se había tomado un somnífero, una pastilla para el mareo, una píldora para la alergia, y Dios sabía cuántas cosas más, todo ello regado con dos vasos de Merlot antes de colocarse el antifaz y perder el conocimiento. Se pasaba la mayor parte del tiempo, al menos la parte que conocía él, medicada y ajena a todo. En aquel momento, a Donato le pareció una mujer sabia.

Lo único que podía hacer era seguir sentado, con aquel golpeteo en las sienes, maldiciendo a su tía Teresa por insistir en que debía acudir con la familia al completo.

¿Por qué Dios le atormentaba con semejante familia?

No era que no les quisiera. Porque los quería, claro está. Pero

el bebé era gordo como un pavo, y allí estaba Gina, sacando un pecho para ofrecérselo a su ávida boca.

En otro tiempo, aquellos pechos habían sido una obra de arte, pensó. Dorados y firmes, con sabor a melocotón. Ahora estaban caídos como un balón demasiado hinchado y, de haberle apetecido probarlos, le sabrían a babas.

y ella empezaba a hablar ya de tener otro.

La mujercon que se había casado era lozana, exuberante y sexual, con la cabeza vacía: la perfección absoluta. Al cabo de cinco cortos años se había vuelto gorda, desarreglada y con la cabeza llena de bebés.

¿Acaso era extraño que buscara consuelo en otra parte?

-Donny, creo que *zia* Teresa te ascenderá y nos mudaremos todos al *castello.* -Gina ambicionaba vivir en la gran mansión de los Giambelli, con todas aquellas preciosas habitaciones y los criados. Sus hijos se criarían en medio del lujo y los privilegios: ropas caras, los mejores colegios y, un día, la fortuna Giambelli a sus pies.

Al fin y al cabo, ¿no era ella la única que proporcionaba nue vos descendientes a *la signora?* Eso tenía que contar mucho.

-Cesare -dijo a su hijo, cuando éste le arrancó la cabeza a la muñeca de su hermana-. ¡Para ya! Has hecho llorar a tu hermana. Vamos, vamos, dame la muñeca. Mamá la arreglará.

El pequeño Cesare, con los ojos brillantes, arrojó la cabeza alegremente por encima del hombro y empezó a meterse con su hermana.

-¡En inglés, Cesare! -le dijo su madre, agitando el dedo-. Vamos a América. Hablarás en inglés con *zia* Teresa y le demostrarás 10 listo que eres. Vamos, vamos.

Teresa Maria recuperó la cabeza, chillando todavía por la de- capitación de su muñeca, y empezó a correr arriba y abajo por el pasillo, en un acceso de pena y de rabia.

-¡Cesare! Obedece a mamá.

Como respuesta, el chico se tiró al suelo y empezó a aporrear lo con las piernas y los brazos.

Don se levantó y se alejó dando tumbos para encerrarse en el santuario de su oficina volante.

Anthony Avano disfrutaba de lo mejor de la vida. Había elegido su ático en la bahía de San Francisco con gran esmero, y luego había contratado al mejor decorador de la ciudad para que se lo amueblara. Posición y estilo eran las prioridades. Poseer ambas cosas sin tener que esforzarse era otra.

No acertaba a ver cómo un hombre podía vivir cómodamente sin aquellos elementos básicos.

Sus habitaciones reflejaban lo que él consideraba un gusto clásico: desde el empapelado de seda al reluciente mobiliario de roble, pasando por las alfombras orientales. Había elegido, él o su decorador, finos tejidos en tonos neutros con unos toques de colores audaces artísticamente dispuestos.

El arte moderno, que no significaba nada para él, era, según le habían dicho, el perfecto contrapunto para aquella serena elegancia.

Dependía totalmente de decoradores, sastres, agentes de bolsa, joyeros y marchantes para rodearse de lo mejor.

Algunos detractores afirmaban que Tony Avano había nacido con

gusto, y que todo lo tenía en la boca. Ni siquiera él lo habría discutido. Pero, tal como lo veía él, el dinero compraba todo el gusto que un hombre requería.

Sabía de una cosa, y era de vinos.

Posiblemente, sus bodegas se contaban entre las mejores de California. Había seleccionado personalmente todas las botellas. Pese a que no podía distinguir un Sangiovese de un Semillon en el viñedo, ni tenía interés alguno en la vendimia de la uva, su nariz era insuperable. Y aquella nariz había ascendido con firmeza el escalafón de Giambelli en California. Hacía treinta años, además, se había casado con Claudia Giambelli.

La nariz había tardado menos de dos años en empezar a olisquear a otras mujeres.

Tony era el primero en admitir que las mujeres eran su punto flaco. Al fin y al cabo, eran muchas. Había amado a Claudia con todo el ardor con el que era capaz de amar a otro ser humano. Desde luego había amado también su privilegiada posición en la compañía Giambelli, como marido de la hija de *la signora* y padre de su nieta.

Pero siempre había otra mujer, suave y fragante, o sensual y seductora. ¿Qué podía hacer un hombre?

Aquel punto flaco había acabado, a la larga, con su matrimonio en un sentido técnico, ya que no legal. Hacía siete años que Claudia y él se habían separado. Ninguno de los dos había solicitado el divorcio. Ella, Anthony lo sabía, porque aún le amaba. Y él porque le parecía demasiada molestia y porque habría contrariado muchísimo a Teresa.

En cualquier caso, en lo que a él se refería, la situación era perfecta para todos tal como estaba. Claudia prefería el campo, él la ciudad. Mantenían una relación cortés, incluso razonablemente amistosa, y él conservaba su puesto como presidente de ventas de Giambelli en California.

Durante siete años habían vivido sin traspasar aquella línea civilizada, pero ahora temía que estuviera a punto de caer al abismo.

Rene insistía en casarse. Tenía una forma de avanzar hacia sus objetivos que recordaba a una apisonadora forrada de seda, aplastando todas las barreras que se interponían en su camino. Las discusiones entre ellos dos dejaban a Tony exhausto y mareado.

Rene era ferozmente celosa, dominante, exigente y proclive a enfurruñarse, lo que demostraba con una actitud glacial.

Tony estaba loco por ella.

Rene tenía treinta y dos años, es decir, veintisiete menos que él, hecho que halagaba su desarrollado ego. Saber que Rene estaba tan interesada en su dinero como en el resto de su persona no le inquietaba. La respetaba por ello.

Lo que le preocupaba era que, si le daba lo que ella quería, perdería aquello por lo que lo quería a él.

Era un condenado lío. Para resolverlo, Tony hizo lo que solía cuando se enfrentaba con algún problema: no le prestaba la más mínima atención mientras fuera humanamente posible.

Tony esperaba a que Rene acabara de vestirse para salir, mientras contemplaba la vista de la bahía y se tomaba un pequeño vermut. Temía que se le estuviera acabando el tiempo para decidirse.

Cuando sonó el timbre de la puerta, tenía el entrecejo fruncido. Él mismo acudió a ver quién era, porque era la noche libre de su mayordomo. El ceño se desvaneció cuando abrió la puerta y se encontró con su hija.

-Sophia, qué maravillosa sorpresa. -Papá.

Sophia se levantó de puntillas para darle un beso en la mejilla. Ridículamente guapo, como siempre, pensó. Unos buenos genes y un excelente cirujano estético. Sophia se esforzó por olvidar la rápida e instintiva oleada de resentimiento, y procuró concentrarse en la igualmente rápida e instintiva oleada de amor filial.

Tenía la impresión de que siempre tendría sentimientos contradictorios con respecto a su padre.

-Acabo de llegar de Nueva York y quería verte antes de ir a la villa.

Sophia observó el rostro de su padre, liso, casi sin arrugas, y desde luego despreocupado. Los cabellos negros tenían un atractivo toque gris en las sienes; sus ojos eran muy azules y cristalinos. Tenía una hermosa barbilla cuadrada con un hoyuelo en el centro. De niña, a Sophia le encantaba hundir el dedo en el hoyuelo y hacer reír a su padre.

El cariño que sentía por él se mezcló de un modo desagradable con el resentimiento, como siempre.

-Veo que vas a salir -dijo, fijándose en el esmoquin.

-Dentro de un rato. - Tony cogió a su hija de la mano y tiró de ella para obligada a entrar-. Pero hay tiempo de sobra. Siéntate, princesa, y cuéntame qué tal estás. ¿Qué quieres tomar?

Sophia inclinó el vaso de su padre hacia ella, olió su contenido y asintió.

-Tomaré lo mismo que tú.

Sophia paseó la mirada por la habitación mientras su padre se dirigía al mueble bar. Un capricho muy caro, pensó. Todo ostentación, sin el menor fundamento. Igual que su padre.

-¿Irás mañana?

-¿Adónde?

-A la villa -respondió ella ladeando la cabeza.

-No. ¿Por qué? -dijo él, volviendo a acercarse.

-¿No te han llamado?

-¿Para qué?

Sophia se debatió entre sentimientos de lealtad contradictorios. No recordaba época en que su padre no hubiera engañado a su madre, rompiendo sus promesas con indiferencia. Al final las había dejado a las dos sin mirar atrás siquiera. Sin embargo, seguía perteneciendo a la familia, y la familia había sido convocada a la villa.

-Una de las reuniones de *la signora* con abogados, creo. Tal vez te interese acudir.

-Ah, bueno, la verdad es que yo...

Se interrumpió cuando Rene entró en la habitación.

Si dieran un premio a la típica amante espectacular, Rene Foxx sería la ganadora, pensó Sophia con rabia. Rene era alta, voluptuosa y rubia. El vestido de Valentino realzaba un cuerpo implacablemente moldeado, y conseguía parecer discreto y elegante.

Llevaba el pelo recogido hacia atrás para dejar bien a la vista su precioso rostro de labios gruesos y sensuales (colágeno, pensó Sophia maliciosamente) y astutos ojos verdes.

Para complementar el Valentino había elegido diamantes que lanzaban destellos y brillaban sobre su fina piel.

«¿Cuánto le habrían costado aquellas piedras a su padre?», se preguntó Sophia.

-Hola. -Sophia bebió un sorbo de vermut para disipar el sabor amargo que tenía en la lengua-. Tu nombre es... Rene, ¿no?

-Sí, y lo ha sido desde hace casi dos años. ¿Sigues siendo Sophia?

-Sí, desde hace veintiséis.

Tony carraspeó. En su opinión, no había nada más peligroso que dos mujeres disparándose. Al final siempre era el hombre el que recibía la bala. .

-Rene, Sophia acaba de llegar de Nueva York.

-¿Ah, sí? -Rene estaba disfrutando. Se acercó a Tony, le cogió su vaso y bebió un sorbo-. Eso explica por qué pareces un poco cansada. Vamos a una fiesta. Nos encantaría que te unieses a nosotros -añadió, cogiéndose del brazo de Tony-. Seguro que en mi armario habrá algo que te valga.

Si tenía que usar uñas y garras para pelearse con Rene, no sería después de un viaje de costa a costa y en el piso de su padre. Sóphia elegiría el momento y el lugar adecuados.

-Eres muy amable, pero me sentiría ridícula llevando una ropa que evidentemente me iría demasiado grande. Y además -añadió con tono melifluo-, voy de camino hacia la villa. Asuntos familiares. -Dejó el vaso-. Que os divirtáis. .

Se encaminó hacia la puerta. Tony la alcanzó para dade una palmadita con ánimo de apaciguada.

-¿Por qué no vienes con nosotros, Sophia? Estás bien tal como vas. De hecho, estás preciosa.

-No, gracias.

Se dio la vuelta y le miró. Los ojos de su padre expresaban una tímida disculpa. Estaba demasiado acostumbrada a veda para que le hiciera algún efecto.

-No tengo ganas de fiestas.

Tony hizo una mueca cuando su hija le cerró la puerta en las nances.

-¿Qué quería? -preguntó Rene.

-Sólo pasaba a saludar, ya te lo he dicho.

-Tu hija nunca hace nada sin un motivo concreto.

Él se encogió de hombros.

-Quizás haya pensado que podríamos ir juntos a la villa por la mañana. Teresa ha convocado una reunión.

-No me lo habías dicho -comentó Rene, entrecerrando los ojos. -A mí no me han llamado. - Tony apartó de su mente aquel asunto y pensó en la fiesta y en el efecto que causarían Rene y él cuando hicieran su entrada-. Estás fabulosa, Rene. Es una pena tapar ese vestido, aunque sea con pieles de visón. ¿Voy a por tu chal?

-¿Qué quieres decir con eso de que no te han llamado? -Rene

depositó bruscamente el vaso vacío sobre una mesa-. Tu posición en Giambelli es mucho más importante que la de tu hija, desde luego. -y ella estaba dispuesta a que siguiera siendo así-. Si la vieja ha convocado a la familia, tú también debes ir. Saldremos mañana. -¿Saldremos? Pero...

-Es la oportunidad perfecta para que dejes clara tu posición, Tony, y le digas a Claudia que quieres el divorcio. Esta noche volveremos pronto a casa para que mañana tengamos los dos la cabeza despejada. -Rene se acercó a él y le acarició la mejilla.

Con Tony, sabía que la manipulación requería exigencias fir mes y recompensas físicas, sabiamente combinadas.

-y cuando volvamos esta noche, te demostraré lo que puedes esperar de mí una vez casados. Cuando volvamos, Tony... -Se inclinó y le mordisqueó el labio inferior-. Podrás hacer lo que quieras.

-Olvidémonos de la fiesta.

Ella se echó a reír y se escabulló de sus brazos.

-Es importante. Y te dará tiempo para pensar en lo que quieres hacerme después. ¿Quieres traerme las martas cibelinas, cariño?

«Tenía ganas de ponerse las marta s cibelinas -pensó mientras él obedecía sus deseos-. Aquella noche se sentía rica.»

2Una fina capa de nieve cubría el valle y sus colinas. Las vides trepaban por las pendientes cual soldados arrogantes y a veces temperamentales, y sus ramas desnudas traspasaban la neblina que convertía las montañas circundantes en sombras difusas.

Bajo la aurora nacarada, el viñedo se estremecía, dormido.

Aquella apacible escena había generado una fortuna, fortuna que volvería a ponerse en juego, vendimia tras vendimia, con la naturaleza como enemigo y aliado a la vez.

Para Sophia, la producción de vino era un arte, un negocio, una ciencia. Y también la mayor apuesta.

Contemplaba el terreno de juego desde una ventana de la villa de su abuela. Era la estación de la poda. Durante el trayecto hasta allí había imaginado que aquella primera etapa de la vendimia del año siguiente habría empezado ya. Se alegraba de haber tenido que volver para ver aquel proceso con sus propios ojos.

Cuando estaba lejos del viñedo, el negocio del vino centraba todas sus energías. Muy pocas veces pensaba en las viñas cuando ocupaba su puesto en la corporación, pero cuando volvía a la villa, como entonces, no podía pensar en nada más.

Sin embargo, no podría quedarse mucho tiempo; en San Francisco le aguardaba una nueva campaña publicitaria para dade los últimos toques. Se acercaba, además, el centenario de Giambelli y, dado el éxito de la subasta en Nueva York, tendría que seguir de cerca los siguientes pasos.

«Un vino viejo para un nuevo milenio -pensó-. Villa Giambelli: Empieza un nuevo siglo de excelente calidad.»

Pero no, necesitaban algo nuevo, algo que atrajera a un mercado más joven, a aquellos que compraban el vino de camino a una fiesta, obedeciendo a un impulso repentino.

Bien, algo se le ocurriría. Era su trabajo.

Y si se concentraba en ello, olvidaría a su padre y a la intri
gante de Rene.

No era asunto suyo, se recordó a sí misma. No era asunto suyo que su padre se hubiera liado con una antigua modelo de ropa interior, que tenía el corazón del tamaño y la textura de una uva. Ya había hecho el ridículo antes, y sin duda volvería a hacerla.

Deseó poder odiarle por ello, por su patética debilidad de carácter y por desatender a su hija. Pero el amor filial se empeñaba en impedírselo. Yeso la hacía tan tonta como su madre.

A él le importaban tanto las dos como el corte de su traje, y no pensaba en ellas más de un par de minutos cuando las perdía de vista. Era un canalla. Un hombre absolutamente egoísta, afectuoso esporádicamente y siempre despreocupado.

Eso formaba parte de su encanto, suponía ella.

Ojalá no hubiera pasado por su casa la noche anterior. Ojalá
no se sintiera obligada a mantener el contacto entre ellos, a pesar de lo que él hiciera o dejara de hacer.

Sería mejor que siguiera adelante sin él, como había hecho en los últimos años: viajando, trabajando, llenando su tiempo y su vida con obligaciones profesionales y sociales.

Dos días, decidió, le daría a su abuela dos días. Pasaría tiempo con la familia, en los viñedos y la bodega. Luego volvería a trabaJar con ganas.

Estaba resuelta a que la nueva campaña fuera la mejor de la in-
dustria.

Mientras contemplaba las colinas, vio dos figuras que caminaban entre la niebla: un hombre alto y desgarbado con una vieja gorra marrón; una mujer tiesa como un palo con botas y pantalones de estilo masculino y los cabellos tan blancos como la nieve que pisaba. Un collie Border caminaba trabajosamente entre ambos. Eran sus abuelos, dando un paseo matinal con la vieja y siempre fiel *Sally.*

Verlos le alegró el corazón. Por muchas cosas que cambiaran en su vida, aquélla era una constante: *la signora* y Eli MacMillan. Y el viñedo.

Corrió a buscar su abrigo para reunirse con ellos.

Con sesenta y siete años de edad, Teresa Giambelli tenía un cuerpo y un cerebro perfectamente moldeados, de una extrema agudeza. Había aprendido el arte del vino desde niña, con su abuelo. Había llegado a California con su padre a la edad de tres años para convertir la tierra de aquel fértil valle en vino. Había aprendido un

inglés perfecto y había vivido a caballo entre California e Italia, igual que otras chicas iban y venían del colegio.

Pronto aprendió a amar las montañas, el bosque, la cadencia
de las voces estadounidenses.

No era su hogar, nunca sería como el *castello,* pero se había he
cho una vida allí, y estaba contenta con ella.

Se había casado con un hombre al que su familia aprobaba y había llegado a amarlo. Con él había tenido una hija y, para su inmenso dolor, dos hijos varones que habían nacido muertos.

Había enterrado a su marido con sólo treinta años, y nunca había adoptado su apellido, ni se lo había dado a su única hija. Era una

Giambelli, y esa herencia, esa responsabilidad, era más importante, más sagrada incluso que el matrimonio.

Tenía un hermano muy querido que era sacerdote en Venecia. Otro hermano había muerto como soldado antes de haber empezado a vivir, y ella reverenciaba su memoria, aunque era muy borrosa.

Y tenía una hermana a la que consideraba estúpida, que había traído al mundo a una hija más estúpida aún.

A ella le había tocado en suerte continuar con la línea familiar, el arte familiar, y lo había hecho.

Antes de casarse con Eli MacMillan, lo había meditado y planeado meticulosamente. Lo había considerado como una fusión, dado que los viñedos de Eli eran excelentes y se encontraban debajo de los suyos en el valle. Eli era un buen hombre y, lo que era más importante para ella, un buen viticultor.

Él la quería, pero otros también la habían querido. Disfrutaba con su compañía, pero también había disfrutado con la compañía de otros. Al final, había pensado en su unión como el Merlot, más suave y dulce, mezclado con su Cabernet Sauvignon, más fuerte y amargo.

Una combinación apropiada podía dar excelentes resultados. La propuesta de matrimonio había estado supeditada a com

pletos y detallados acuerdos mercantiles que habían beneficiado a sus compañías respectivas y a ella la habían dejado satisfecha.

Pero Teresa, que raras veces se sorprendía, se había sorprendido al encontrar comodidad, placer y una sencilla satisfacción en un matrimonio que se acercaba a su vigésimo aniversario.

Eli seguía siendo un hombre atractivo. Teresa no se tomaba a la ligera aquellos asuntos, puesto que hablaban de los genes. Para ella, era tan importante saber de lo que estaba hecho un hombre como lo que el hombre hacía de sí mismo.

Aunque Eli tenía diez años más que ella, Teresa no veía indicio alguno de que empezara a declinar. Él seguía levantándose al alba todos los días, y daba su paseo matutino con ella, sin importar el tiempo que hiciese.

Confiaba en él como en ningún otro hombre desde su abuelo, y lo amaba más que a ningún otro hombre que no fuera de su propIa sangre.

Él conocía todos sus planes y la mayor parte de sus secretos. -Sophia llegó tarde anoche.

-Ah. -Eli puso una mano sobre su hombro mientras seguían caminando. Era un gesto sencillo y habitual en él. A Teresa le había costado cierto tiempo acostumbrarse a aquella caricia desenfadada de un hombre, de un marido. Y más tiempo aún a contar con ella-. ¿Creías que no iba a venir?

-Sabía que vendría. -Teresa estaba demasiado acostumbrada a ser obedecida para dudarlo-. Si hubiera venido directamente desde Nueva York, habría llegado antes.

-Bueno, tendría una cita. O iría de compras.

Teresa entornó los ojos. Eran casi negros y conservaban su agudeza visual. También su voz era aguda, y tenía la exótica musicalidad de su tierra natal.

-O pasó a ver a su padre.

-O pasó a ver a su padre -convino Eli a su manera tranqui

la y afable-. La lealtad es un rasgo que siempre has admirado, Teresa.

-Cuando es merecida. -Había ocasiones en que la inamovible tolerancia de Eli la enfurecía, a pesar de su amor por él-. Anthony Avano no merece nada más que repugnancia.

-Un hombre lamentable, un mal marido y un padre mediocre. -«Muy parecido a su propio hijo», pensó Eli-. Sin embargo, sigue trabajando para ti.

-Permití que se introdujera demasiado en los asuntos de los Giambelli durante los primeros años de su matrimonio. -Había confiado en él, pensó Teresa, había visto en él un buen potencial. Él la había engañado. Eso no se lo perdonaría jamás-. En todo caso, sabe vender. Utilizo todas aquellas herramientas que cumplen su función. Despedirlo me habría proporcionado una satisfacción personal, pero habría sido una insensatez desde el punto

de vista del negocio. Lo que es mejor para Giambelli es lo mejor. !'ero no me gusta ver a mi nieta ir detrás de él.

Con un ademán de impaciencia, desechó todo pensamiento so hre su yerno.

-Veremos cómo se toma lo que vaya decir hoy. Sophia le habrá contado que he convocado una reunión, así que él también vendrá.

Eli se detuvo para volverse hacia ella.

-Yeso era exactamente lo que tú querías. Sabías que ella se lo diría.

-¿Y qué? -Los oscuros ojos de Teresa brillaban y su sonrisa era fría.

-Eres una mujer difícil, Teresa.

-Sí. Gracias.

Él se echó a reír y, cabeceando, echó a andar otra vez.

-Lo que vas a anunciar hoy causará revuelo y resquemor.

-Eso espero. -Teresa se detuvo para examinar algunas de las vides más jóvenes, sostenidas por espalderas. Sería necesaria una fuerte poda, pensó. Sólo se permitiría que crecieran las más fuertes-. La autocomplacencia no es buena, Eli. Se ha de respetar la tradición y saber explorar lo nuevo.

Observó el paisaje. La niebla era espesa y el aire húmedo. Estaba segura de que el sol no brillaría en todo el día. «Los inviernos se hacían cada vez más largos», pensó.

-Algunas de estas vides las planté yo con mis propias manos -prosiguió-. Vides que mi padre trajo de Italia. A medida que envejecían, surgían de ellas las nuevas. Las nuevas han de tener siempre sitio para echar raíces, Eli, y las viejas tienen derecho a ser respetadas. Lo que construí aquí, lo que hemos construido juntos, es nuestro. Haré lo que considere mejor para ello.

-Siempre lo has hecho. En este caso, como en la mayoría de ocasiones, estoy de acuerdo contigo. Eso no significa que vayamos a tener una temporada fácil.

-Pero la cosecha será excelente -dijo ella-. Este año... -Alargó la mano para darle la vuelta a una vid desnuda-. Una cosecha fuera de lo común y excelente. Lo sé.

Se volvió y vio a su nieta subir corriendo la pendiente hacia ellos. -

Es tan hermosa, Eli...

-Sí, y fuerte.

-Tendrá que serIo -dijo Teresa, y avanzó unos pasos para coger las manos de Sophia entre las suyas-. *Buon giorno, cara. Come va?*

-Bene, bene. -Se besaron en la mejilla con las manos fuertemente enlazadas-. *Nonna.* -Sophia se echó hacia atrás para observar el rostro de su abuela. Era un rostro atractivo, no tan suave y hermoso como el de la muchacha de la antigua etiqueta, sino más fuerte, casi fiero. Esculpido, pensaba siempre Sophia, tanto por el tiempo como por la ambición-. Estás estupenda. Y tú. -Se volvió para abrazar a Eli. Con él todo era muy sencillo. Era Eli, sólo Eli, el único abuelo al que había conocido. Seguro, afectuoso y sin complicaciones.

Eli la alzó un poco del suelo al abrazada, lo que hizo reír a Sophia, que se aferró a él.

-Os he visto desde la ventana -dijo, retrocediendo cuando sus pies volvieron a posarse en el suelo, y luego se agachó para palmear y acariciar a la paciente *Saliy-.* Sois como un cuadro, vosotros tres. *El viñedo,* lo llamaría -añadió, estirándose para abotonar el botón del cuello de Eli. Hacía frío-. Vaya mañanita.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente. Olía la humedad, el jabón de su abuela y el tabaco que Eli debía de haber ocultado en uno de sus bolsillos.

-¿Ha tenido éxito tu viaje? -preguntó Teresa.

-He redactado informes -respondió Sophia, sonriendo y co

giéndose del brazo de sus abuelos para que pudieran caminar juntos-. Te alegrarás, *nonna.* Y tengo algunas ideas brillantes, modestia aparte, sobre la campaña publicitaria.

Eli miró a Teresa de reojo y, viendo que no iba a hacer ningún comentario, palmeó la mano de Sophia. «Pronto empezarían los problemas», pensó.

-Ha empezado la poda. -Sophia se fijó en los cortes recientes que tenían las vides-. ¿También en MacMillan?

-Sí. Es la época.

-Parece que la vendimia aún queda muy lejos. *Nonna,* ¿vas a decirme por qué nos has traído a todos aquí? Ya sabes que me encanta verte, como también a Eli y a mamá. Pero preparar las vides no es el único trabajo que se necesita en Giambelli.

-Hablaremos después. Ahora desayunaremos antes de que se levanten esos monstruos de Donato y nos vuelvan locos a todos.

-Nonna.

-Después -volvió a decir Teresa-. Aún no estamos todos.

Villa Giambelli se alzaba sobre una loma en el centro del valle y junto a un bosque al que se había dejado crecer a su antojo. En sus piedras, la luz producía reflejos dorados, rojos y ambarino s, y tenía numerosas ventanas. La bodega era una réplica de la que había en Italia y seguía en funcionamiento, tras haberse ampliado y modernizado.

Se le había añadido una amplia sala de degustación, bellamente decorada, donde los clientes, previa cita, podían catar los vinos,

acompañados de diferentes panes y quesos. Se invitaba a los clubes de catadores a espléndidas reuniones cuatro veces al año, y tanto la oficina de allí como la de San Francisco organizaban visitas guiadas.

El vino que se compraba en la bodega misma podía ser enviado a cualquier parte del mundo.

Las bodegas, con su aire frío y húmedo, horadaban las colinas. Se usaban para almacenar y envejecer el vino. Los campos en los que se hallaba Villa Giambelli y sus instalaciones alcanzaban más de cuarenta hectáreas, y durante la vendimia, el aire mismo olí<1 a la promesa del vino.

El patio central de la villa estaba embaldosado en rojo y tenía una fuente con un Baca sonriente que alzaba su copa en un permanente brindis. Cuando pasara el frío del invierno, el patio se llenaría de docenas de tiestos que le darían vida con sus flores y sus aromas.

La villa tenía doce dormitorios y quince cuartos de baño, un solario, un salón de baile y un comedor con capacidad para sesenta comensales. Había habitaciones dedicadas a la música y otras dedicadas a los libros. Habitaciones para trabajar y otras para la contemplación. En el interior de sus muros albergaba una colección de arte italiano y estadounidense que no tenía parangón.

Había piscina al aire libre y piscina cubierta, y un garaje para veinte coches. Sus jardines eran una maravilla.

Balcones y terrazas adornaban los muros y una serie de cortas escaleras permitían a familiares e invitados acceder a la villa o salir de ella por puertas privadas.

A pesar de sus dimensiones y de sus tesoros, era un hogar.

La primera vez que Tyler había visto la villa le había parecido un castillo, lleno de enormes salas e intrincados corredores. En aquel momento le parecía una prisión en la que le habían condenado a pasar demasiado tiempo con demasiada gente.

Quería estar al aire libre, cuidando de las viñas y bebiendo café fuerte del termo. En cambio, estaba atrapado en la sala de estar de la familia, bebiendo un excelente Chardonnay. En la chimenea crepitaba alegremente el fuego, y por toda la habitación había vistosas bandejas de porcelana italiana con pequeños aperitivos.

Tyler no comprendía por qué la gente perdía tiempo y esfuerzo con aquellos escuetos bocados, cuando un sándwich era más rápido y sencillo de comer.

¿Por qué la comida había de convertirse en un maldito acontecimiento?, se preguntó. Imaginó que lo lincharían en el acto si se atrevía a pronunciar semejante herejía en una casa italiana.

Se había visto obligado a sustituir la ropa de trabajo por unos pantalones y un suéter: su idea de un atuendo formal. Al menos no se había embutido en un traje como... ¿cómo se llamaba aquel tipo? Don. Don, de Venecia, con una mujer que llevaba demasiado maquillaje y demasiadas joyas, y que parecía tener siempre a un bebéchillón colgado de alguna parte de su cuerpo.

Hablaba demasiado y nadie le prestaba la menor atención, sobre todo su marido.

Francesca Giambelli Russo no decía prácticamente nada. «Qué distinta de *la signora* -pensó Ty-. Nadie diría que eran hermanas.» Francesca era delgada y menuda, una mujer insignificante que estaba

siempre pegada al asiento y parecía presta a asustarse si alguien se dirigía a ella directamente.

Ty ponía siempre gran cuidado en no hacerla.

El niño, si se podía llamar niño a aquel demonio del infierno, estaba tirado sobre la alfombra, haciendo entrechocar dos camiones. El collie de Eli, *Sally,* se escondía bajo las piernas de Sophia. Magníficas piernas, se dijo Ty distraídamente.

Sophia parecía tan elegante y refinada como siempre, como un personaje de cine en tres dimensiones. Aparentaba estar enfrascada en la conversación con Don, y no apartaba sus grandes ojos de color chocolate de la cara de su primo, pero Ty vio que pasaba unos bocados discretamente a la perra. El movimiento era demasiado hábil y calculado para que hiciera mucho caso de la conversación.

-Las olivas rellenas son estupendas. -Claudia se detuvo junto a él con una pequeña bandeja.

-Gracias. - Tyler cambió de postura. De todos los Giambelli, ella era la persona con la que se encontraba más a gusto. Claudia no esperaba de él que se enzarzara en una conversación insustancial sólo para oír su propia voz-. ¿Alguna idea sobre cuándo va a empezar la reunión?

-Cuando mi madre lo disponga y no antes. Mis fuentes me han informado de que seremos catorce a la mesa para comer, pero no sé a quién estamos esperando. Sea quien sea, Eli parece contento. Es buena señal.

Ty soltó un leve gruñido pero se contuvo, recordando sus buenos modales.

-Esperémoslo -dijo.

-Hace semanas que no te vemos por aquí... «has estado atarcado» -dijo Claudia, al mismo tiempo que él pronunciaba las palabras; luego se echó a reír-. Naturalmente. ¿Qué más haces, además de ocuparte del negocio?

-¿Qué otra cosa hay?

Claudia meneó la cabeza y volvió a ofrecerle las olivas.

-Te pareces más a mi madre que ninguno de nosotros. ¿No salías con alguien el verano pasado? ¿Una rubia muy guapa? ¿Pat, Patty? - Patsy. En realidad no salíamos. Sólo era... -Hizo un gesto vago-. Ya sabes.

-Querido, tienes que salir más. Y no sólo por... ya sabes. Resultaba tan maternal que Ty sonrió sin poderlo remediar. -Lo mismo podría decir de ti.

-Oh, yo no soy más que un viejo mueble.

-El mueble más bonito de toda la habitación -replicó él, haciendo que ella volviera a reír.

-Siempre has sido un encanto cuando te esfuerzas -dijo.

El cumplido, incluso de un hombre al que consideraba casi un hijo, levantó unos ánimos que parecían decaer con excesiva facilidad en los últimos tiempos.

-Mamá, estás acaparando las aceitunas -dijo Sophia, acercándose de pronto para coger una.

Junto a su encantadora y serena madre, era como una bola de fucgo, dinámica y chispeante. Del tipo que le daba a uno más de un

sobresalto repentino si se acercaba demasiado.

O eso había pensado siempre Ty.

Por ese motivo siempre había procurado mantener una cómo da y segura distancia entre los dos.

-Deprisa, háblame. ¿Ibas a dejarme atrapada con Don *el Abu rrido* para siempre? -musitó Sophia.

-Pobre Sophia. Bueno, míralo de esta manera. Seguramente es la primera vez en varias semanas que ha podido decir cinco palabras seguidas sin que Gina lo interrumpa.

-Pues se ha desquitado, créeme. -Puso los ojos en blanco-. Bue no, Ty, ¿qué tal estás?

-Bien.

-¿Trabajando duro en MacMillan?

-Claro.

-¿Conoces alguna frase con más de una palabra?

-Algunas. Pensaba que estabas en Nueva York.

-Estaba -dijo ella, imitando el tono de Ty-. Ahora estoy aquí. -Miró hacia atrás por encima del hombro, cuando sus dos primos pequeños empezaron a chillar y gimotear-. Mamá, si alguna vez fui tan repelente, ¿cómo conseguiste contenerte y no ahogarme en la fuente?

-Nunca fuiste repelente, cariño. Exigente, arrogante, tempera mental, sí, pero nunca repelente. Perdonadme.

Claudia entregó la bandeja a Sophia y se dispuso a hacer lo que mejor se le daba: tranquilizar los ánimos.

-Supongo que debería habedo hecho yo -dijo Sophia, con un suspiro, mirando a su madre, que aupaba a la llorosa niña-. Pero no he visto un par de niños menos agradables en toda mi vida.

-Eso es porque están demasiado mimados y desatendidos.

-¿Las dos cosas a la vez? -Sophia reflexionó, mirando a Don, que no hacía el menor caso a su hijo, y a Gina, que le hacía arrumacos mientras él chillaba-. Tienes razón -decidió. Luego, dado que los niños no eran problema suyo (gracias a Dios), volvió a fijar su atención en Tyler.

«Era tan... tan hombre -pensó-. Parecía tallado en piedra de las montañas que guardaban el valle. Y desde luego era más placentero mirado a él que al niño de cuatro años con una rabieta.»

Si conseguía entablar una conversación razonable con él, esta ría agradablemente ocupada hasta que se sirviera la comida. -¿Tienes idea de lo que se va a tratar en la reunión? -preguntó. -No.

-¿Me lo dirías si lo supieras?

Él se encogió de hombros y contempló a Claudia, que musitaba palabras cariñosas a la pequeña Teresa y se la llevaba hacia una ventana. «Parecía muy natural-pensó-, como una Virgen, tal vez.» Y por aquel motivo, la enfurruñada e irritable niña adquirió un aspecto más atractivo.

-¿Por qué crees que tiene hijos la gente, cuando no piensan prestades la menor atención?

Sophia empezó. a hablar, pero se interrumpió de pronto, cuan do su padre y Rene entraron en la habitación.

-Buena pregunta -musitó y, cogiéndole el vaso, apuró el vino de Ty-. La maldita pregunta es muy buena.

Junto a la ventana, Claudia se puso tensa y se esfumó el senci llo placer que había experimentado mientras apaciguaba a la niña.

Al instante se sintió anticuada y sin gracia, vieja, gorda, amargada. Allí estaba el hombre que la había repudiado. Y allí estaba la última de una larga lista de sustitutas: más joven, más elegante, más guapa, más sexy.

Sin embargo, sabiendo que su madre no lo haría, Claudia dejó la niña en el suelo y se acercó a saludados. Su sonrisa era cordial y le favorecía el rostro, mucho más atractivo de lo que ella creía. Su sencillo atuendo de pantalones y suéter era mucho más elegante y femenino que el ajustado traje de chaqueta que llevaba Rene. Y sus modales tenían una clase innata, con un brillo más auténtico que el de los diamantes.

- Tony, me alegro de que hayas podido venir. Hola, Rene.

-Claudia. -Rene sonrió lentamente; pasó la mano por el brazo de Tony, haciendo que la luz se reflejara en el diamante que llevaba en el dedo y esperó un momento para asegurarse de que Claudia había visto el anillo y había comprendido su significado-. Pareces... descansada.

-Gracias. -A Claudia le flaquearon las rodillas. Le pareció que perdía apoyo, como si Rene la hubiera barrido con sus altos zapatos rojos-. Entrad, por favor, sentaos. ¿Qué queréis beber?

-No te preocupes, Claudia -dijo Tony, inclinándose para dar le un simulacro de beso en la mejilla-. Iremos a saludar a Teresa.

-Ve con tu madre -dijo Ty a Sophia entre dientes.

-¿Qué?

-Ve, pon alguna excusa para sacar a tu madre de aquí. Sophia vio entonces el destello del diamante en el dedo de Rene y la mirada de sorpresa absoluta de su madre. Le dio la bandeja a Ty y atravesó la habitación a grandes zancadas.

-Mamá, ¿puedes ayudarme un momento?

-Sí... pero deja que...

-Sólo será un segundo -añadió Sophia, llevándose a Claudia rápidamente fuera de la habitación, sin dejar de caminar hasta que atravesaron el vestíbulo y llegaron a la biblioteca de dos plantas. Cerró la doble puerta y se apoyó en ella.

-Mamá, lo siento muchísimo.

-Oh. -Claudia intentó sonreír y se pasó una mano temblorosa por la cara-. Y yo que pensaba que lo había conseguido.

-Lo has hecho muy bien. -Sophia se acercó presurosa a su madre, cuando se sentó en el brazo de una butaca-. Pero te conozco muy bien. -Cogió la cara de su madre entre las manos-. Y parece ser que Tyler también. El anillo es ostentoso y vulgar, como ella.

-Oh, cariño. -Su risa era forzada-. Es deslumbrante, magnífico, como ella. No pasa nada. -Pero Claudia desmintió sus propias palabras, empezando a dar vueltas a su alianza-. De verdad, no pasa nada.

-y un cuerno. La odio. Los odio a los dos, y vaya volver ahí para decírselo ahora mismo.

-No. -Claudia se levantó y cogió a Sophia por los brazos. El dolor que veía reflejado en los ojos de su hija, ¿era igual de evidente en los suyos? ¿Y tenía ella la culpa? ¿Había arrastrado a su hija al vacío por

culpa de aquel limbo interminable en el que ella vivía?-. Con eso no resuelves nada, no cambia nada. No tiene sentido odiar, Sophia. Sólo conseguirás hacerte daño a ti misma.

«No -pensó Sophia-. No es cierto. El odio puede forjar el ca rácter de una persona.»

-¡Enfádate! -exclamó-. Ponte furiosa y grita y llora.

«Haz cualquier cosa -pensó-. Cualquier cosa menos quedarte ahí, humillada y dolida.» No podía soportado.

-Ya lo haces tú, cariño. -Claudia acarició los brazos de Sophia para tranquilizada-. Mucho mejor de lo que lo haría yo.

-¿Cómo se han atrevido a venir aquí, como si tal cosa, para restregárnoslo por las narices? Papá no tenía derecho a hacemos esto, ni a ti, ni a mí.

-Tiene derecho a hacer lo que quiera. Pero no ha podido hacedo peor. -«Excusas», admitió para sí. Había pasado treinta años buscando excusas para Anthony Avano. Una costumbre difícil de olvidar-. No dejes que te afecte. Sigue siendo tu padre. Ocurra lo que ocurra, siempre será tu padre.

-Nunca ha sido un padre para mí. -Oh, Sophia -dijo Claudia, palideciendo.

-No. No. -Furiosa consigo misma, Sophia alzó una mano-. Estoy siendo repelente. Esto no tiene que ver conmigo, pero no puedo evitar meterme. Ni siquiera tiene que ver con él -dijo, calmándose-. Él ni siquiera se da cuenta, pero ella sí. Rene sabía per

fcctamente lo que estaba haciendo y cómo quería hacerla. Y la odio por venir a nuestra casa y tratarte con esa prepotencia... no, maldita sea, por tratamos así a todos.

-Has pasado por alto una cosa, cariño. Puede que Rene ame a tu padre.

-Oh, por favor.

-No seas cínica. Si yo le amé, ¿por qué no podría amado ella? Sophia giró en redondo. Quería patear algo, romper algo, y coger los trozos y restregárselos a Rene por su perfecta cara californiana.

-Lo que ama es su dinero, su posición y su maldita cuenta de gastos, a cargo de la compañía.

-Seguramente, pero Tony es del tipo de hombres que consi guen hacerse amar por las mujeres... sin esforzarse.

Sophia notó el tono de melancolía de su madre. Ella jamás había amado a ningún hombre, pero sabía reconocer la voz de una mujer que sí había amado, que amaba aún. Y lo desesperado de aquella situación hizo que se calmara su furia.

-No has dejado de queredo -dijo.

-Si es así, sería mejor que lo intentara. ¿Me prometes una cosa? No hagas una escena.

-Detesto privarme de esa satisfacción, pero supongo que un frío desinterés tendrá más efecto. De un modo u otro, quiero borrar esa expresión de suficiencia de su cara.

Sophia volvió a acercarse a su madre para besada en ambas me jillas y luego la abrazó. A ella podía amada sin dudas ni recelos.

-¿Estarás bien, mamá?

-Sí. Mi vida no cambia, ¿verdad? -y aún peor-: Nada cambia

cn realidad. Volvamos.

-Te diré lo que vamos a hacer -dijo Sophia cuando salieron al vestíbulo-. Vaya reorganizar mi agenda y a tomarme un par de días para que tú y yo vayamos al balneario. Nos meteremos en el barro hasta el cuello, nos dejaremos dar masajes faciales y frotar y restregar todo el cuerpo. Gastaremos montones de dinero en carísimas productos de belleza que no usaremos jamás y nos pasaremos el día entero tumbadas en albornoz.

Cuando pasaban por delante del tocador, se abrió la puerta y salió una mujer morena de mediana edad.

-Eso suena de maravilla -dijo-. ¿Cuándo nos vamos?

-Helen. -Claudia se llevó una mano al corazón al inclinarse para dar un beso a su amiga-. Me has dado un susto de muerte.

-Lo siento. Tenía una urgencia. -Se estiró la falda del traje de chaqueta de color gris por las caderas, intentando asegurarse de que la llevaba en su sitio-. Es por culpa de todo el café que he bebido durante el trayecto hasta aquí. Sophia, estás estupenda. Tan... -Cambió el maletín de mano y se irguió-. ¿Los sospechosos habituales en la sala de estar?

-Más o menos. No sabía que se refería a ti cuando mi madre ha dicho que vendrían los abogados.

Sophia pensó que si su abuela había llamado a la jueza Helen Moore, el asunto tenía que ser serio.

-Porque Claudia tampoco lo sabía, ni yo misma, hasta hace unos días. Tu abuela insistió en que me ocupara del asunto personalmente. -Los sagaces ojos grises de Helen se desviaron hacia la puerta de la sala de estar.

De una manera u otra, había estado involucrada en la vida y los negocios de los Giambelli desde hacía casi cuarenta años, pero nunca dejaban de fascinada.

-¿Os tiene a todos en la inopia?

-Eso parece -musitó Claudia-. Helen, está bien, ¿verdad? Creía que esa idea de cambiar su testamento y todo lo demás formaba parte de la etapa por la que ha atravesado este último año, desde que murió el *signore* Baptista.

-Por lo que sé, *la signora* está tan sana como siempre. -Helen se ajustó sus gafas de montura negra y sonrió a su vieja amiga para tranquilizada-. Como abogada de tu madre, no puedo decirte nada más sobre sus motivos, Claudia. Aunque los comprendiera. Es su espectáculo. ¿Por qué no vamos a ver si está preparada ya para levantar el telón?

L*a signora* nunca se precipitaba. Había planeado el menú personalmente con la intención de mostrarse espléndida y desenfadada a la vez. Los vinos procederían de las viñas de California, tanto de Giambelli como de MacMillan. También eso lo había planeado meticulosamente.

No pensaba hablar de negocios en la mesa. Ni permitiría que se sentaran con ellos los tres maleducados niños, lo que molestó mucho a Gina.

Los habían enviado al cuarto de los niños con una criada a la que

pagarían un extra. Además, se ganaría el respeto de Teresa si conseguía aguantar una hora con ellos. ,

Cuando rehusó hablar con Rene, lo hizo con glacial formalidad. Pero no pudo por menos que admirar la valentía de aquella mujer. Muchas otras personas se habían arrugado visiblemente al recibir aquel trato.

Además de a la familia y a Helen, a la que consideraba parte de ella, había invitado a su viticultor de mayor confianza y a la mujer de éste. Paulo Borelli llevaba treinta y ocho años trabajando para los Giambelli en California y, a pesar de su edad, aún le llamaban Paulie. Su mujer Consuelo era alegre y rechoncha, reía estrepitosamente y había sido criada en la cocina de la villa.

Por último, había invitado a Margaret Bowers, la jefa de ventas de MacMillan, una mujer divorciada de treinta y seis años que en aquel momento se aburría terriblemente con la cháchara de Gina y se desesperaba por un cigarrillo.

La mirada de Tyler se encontró con la de Margaret y le sonrió para animada.

A veces, Margaret se desesperaba también por él.

Tras despejarse la mesa y servirse el aporto, Teresa se recostó en su silla.

-Castello di Giambelli celebra su centenario dentro de un año -empezó. Inmediatamente, cesaron todas las conversaciones-. Villa Giambelli lleva sesenta y cuatro años haciendo vino en el valle de Napa; MacMillan lleva noventa y dos años. Eso suma doscientos cincuenta y seis_

Antes de continuar, paseó la mirada por la mesa.

-Cinco generaciones de viticultores y comerciantes de vinos. -Seis, *zia* Teresa -dijo Gina con nerviosismo-. Mis hijos serán la sexta.

-Por lo que he visto de tus hijos, es más probable que sean ase sinos en serie que viticultores. No me interrumpas, por favor.

Alzó su vaso de aporto, olió el vino y lo sorbió lentamente.

-En estas cinco generaciones nos hemos ganado la reputación de elaborar vino de calidad en dos continentes. El apellido Giambelli es sinónimo de vino. Hemos establecido tradiciones y las hemos combinado con nuevos métodos, nueva tecnología, sin sacrificar ese apellido ni lo que significa. Jamás 10 sacrificaremos. Hace veinte años nos asociamos con otro viticultor y, desde entonces, MacMillan del valle de Napa y Giambelli California han trabajado codo con codo. La asociación ha envejecido bien. Ha llegado la hora de decantarla, como un buen vino.

Teresa intuyó que Tyler se ponía tenso, aunque no lo viera, y le indicó claramente que refrenara la lengua, mirándolo a los ojos.

-Son necesarios algunos cambios por el bien de ambos viñe dos. Los próximos cien años empiezan hoy... Donato.

Su sobrino aguzó el oído.

-*Sí* -dijo, y se corrigió inmediatamente-. Sí -repitió en inglés, recordando que su abuela prefería el inglés cuando estaban en California-. Sí, tía Teresa.

-Giambelli Italia y Giambelli California han trabajado de forma independiente, separados. Esto ya no será así. Donato, tendrás que

informar al director ejecutivo de operaciones de la compañía Giambelli-MacMillan recientemente formada, que tendrá sus oficinas tanto en California como en Venecia.

-¡¿Qué significa esto?! -explotó Gina en italiano, apartándose torpemente de la mesa-. Donato es el jefe. Él es el siguiente en la línea de sucesión. Él lleva el apellido. Él es tu heredero.

-Mi heredero será quien yo diga que sea.

-Te hemos dado hijos. -Gina se dio una palmada en el vien

tre y luego señaló la mesa, agitando la mano con repugnancia-. Tres niños, y habrá más. Nadie le da hijos a la familia salvo Donato y yo. ¿Quién llevará el apellido cuando mueras, si no son mis hijos?

-¿Pretendes negociar con el útero? -preguntó Teresa sin alterarse lo más mínimo.

-Es fértil-replicó Gina, haciendo caso omiso de su marido, que tiraba de ella, intentando hacerla sentar de nuevo-. Más que el tuyo, más que el de tu hija. Una hija cada una, eso es todo 10 que habéis tenido. Yo puedo tener una docena.

-Entonces, que Dios nos ayude. Seguirás teniendo tu bonita casa, Gina, y tu dinero para gastos. Pero no serás la señora del *castello.* Mi *castello* -añadió Teresa con tono glacial-. Acepta 10 que te dan, o perderás mucho más.

-jGina, *basta!* -ordenó Donato, y se ganó un sopapo en la

mano por sus esfuerzos.

-Eres una vieja -masculló Gina entre dientes-. Un día tú estarás muerta y yo no. Así que ya veremos. -Salió de la habitación hecha una furia.

-Zia Teresa, scusi -dijo Donato, pero su tía le cortó con un

gesto brusco.

-No puedes enorgullecerte de tu mujer, Donato, y tu trabajo no alcanza el nivel que espero de él. Tienes un año para corregir esta situación. Seguirás en tu puesto en Giambelli hasta la próxima poda. Luego volveremos a evaluar la situación. Si me complace, serás ascendido, con el salario y los beneficios que de ello se deriven. Si no, seguirás en la compañía, pero tu cargo será puramente nominal. No despediré a alguien que es de mi propia sangre, pero la vida no te será tan fácil como antes. ¿Lo has entendido?

A Donato de repente la corbata le apretaba demasiado y la comida que acababa de ingerir amenazaba con revolvérsele en el es tómago.

-Llevo dieciocho años trabajando para Giambelli.

-Has trabajado doce años, pero en los últimos seis no has

hecho más que cubrir las apariencias, y últimamente ni siquiera eso. ¿Crees que no sé lo que haces y dónde pierdes el tiempo? ¿Crees que no sé a qué «negocios» te dedicas cuando haces viajes a París, Roma, Nueva York y California a cargo de la compañía?

Esperó a que sus palabras hicieran efecto y vio el sudor que cu

bría el rostro de su sobrino, 10 que supuso una nueva decepción.

-Tu mujer es una estúpida, Donato, pero yo no. Ten cuidado.

-Es un buen chico -dijo Francesca en voz baja.

-Puede que antes lo fuera. Tal vez aún pueda ser un buen hombre. Margaret, disculpa el histrionismo de la familia. Somos muy temperamentales.

-Por supuesto, *signora.*

-Si aceptas, te encargarás de supervisar y coordinar a los jefes de ventas de Giambelli-MacMillan de California y Venecia. Ese puesto supone una responsabilidad considerable y muchos viajes, con el correspondiente aumento de salario. Te necesitarán en Venecia dentro de cinco días para abrir tu oficina allí y familiarizarte con el puesto. Tienes hasta mañana para decidir si aceptas. En caso afirmativo, hablaremos de los detalles.

-No necesito tiempo para pensarlo, gracias. -La voz de Margaret era serena, pero su corazón latía desbocado-. Estaré encantada de discutir los detalles cuando a usted le vaya bien. Agradezco mucho esta oportunidad. -Se volvió hacia Eli y asintió-. Se lo agradezco a los dos.

-Bien dicho. Mañana, entonces. Paulie, contigo ya he hablado de nuestros planes, y aprecio tus aportaciones y tu discreción. Ayudarás a coordinar el trabajo en los viñedos y la bodega. Tú conoces a los mejores hombres, tanto aquí como en MacMillan. Actuarás como capataz.

-Siento un enorme respeto por Paulie. -La voz de Ty también era serena, si bien en su interior no sentía más que rabia y desilusión-. Y también por su habilidad y su instinto. No tengo más que admiración por su trabajo aquí, en la villa, y por la gente que tiene con él. Y lo mismo digo de Giambelli Venecia, por lo que yo sé. Pero en MacMillan también realizamos un trabajo de primera categoría, y nuestra gente es igual de buena. No permitiré que su gente eclipse a la mía, *signora.* Usted está orgullosa de lo que usted y los suyos han logrado, del legado que ha heredado y que quiere transmitir a los suyos. También yo estoy orgulloso del mío.

-Bien. Pues escucha, y piensa. -Teresa hizo una seña a Eli.

- Ty, Teresa y yo no hemos tomado esta decisión en una noche, ni lo hemos hecho a la ligera. Hace mucho tiempo que lo venimos discutiendo.

-No estáis obligados a hacerme partícipe de vuestras deliberaciones -empezó Ty.

-No. -Eli lo interrumpió antes de que el fuego que veía en los ojos de su nieto empezara a llamear-. No estamos obligados. Hemos decidido, con ayuda de Helen, cómo debían llevarse a cabo los aspectos legales y formales. Hemos estudiado cómo hacer realidad esta fusión de modo que beneficie a todos los implicados, no sólo durante esta vendimia, sino en las de los próximos cien años. Se inclinó hacia Ty.

-¿Crees que mis ambiciones para MacMillan son menores que las tuyas, que quiero menos para ti de lo que quieres tú?

-No sé lo que quieres. Antes pensaba que sí.

-Entonces te lo dejaré muy claro aquí y ahora. Con esta fusión nos convertiremos no sólo en uno de los mayores viticultores del mundo, sino en los mejores. Tú seguirás como supervisor de MacMillan. . -¿Supervisor?

-Con Paulie como capataz y tú como jefe. Con algún añadido.

-Tú conoces los viñedos, Ty -dijo Teresa. Comprendía su resentimiento y le complacía. La ira cegadora que sentía Ty significaba que todo aquello le importaba. Tendría que importarle mucho-. Conoces

las vides y los barriles. Pero lo que tú haces, lo que tú aprendes, se detiene al llegar a la botella. Es hora de ir más allá. El vino no son sólo las uvas. Eli y yo queremos que nuestros nietos se unan.

-¿Nietos? -interrumpió Sophia.

-¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en los viñedos? -pre guntó Teresa-. ¿Cuándo fue la última vez que probaste un vino que no fuera descorchado de una bonita botella, sacada de un mueble bar o una cubitera? Has descuidado tus raíces, Sophia.

-No he descuidado nada -replicó ella-. No soy viticultora. Soy publicista.

-Pues serás viticultora. Y tú -añadió señalando a Ty- aprenderás lo que es vender, comercializar, despachar. Os enseñaréis el uno al otro.

-Oh, vamos, *nonna...*

-Silencio. Tenéis un año. Claudia: Sophia no tendrá tanto tiempo como antes para dedicarse a sus deberes habituales. Tú ocuparás su lugar.

-Mamá. -Claudia se echó a reír-. No sé nada absolutamente de mercadotecnia ni de publicidad.

-Tienes cerebro. Ya es hora de que vuelvas a usarlo. Para triunfar, necesitaremos a toda la familia. -Teresa miró a Tony-. Ya otros. Tú seguirás en ventas y, por ahora, conservarás el cargo y los privilegios. Pero informarás al director ejecutivo de operaciones, igual que Donato y todos los demás jefes de departamento. A partir de ahora, mantendremos únicamente una relación laboral. No vuelvas a presentarte en mi casa sin ser invitado.

Aquello suponía el inicio de la cuesta abajo. El cargo era una cosa, y el salario y los beneficios a largo plazo otra distinta. Teresa tenía poder para dejarle sin nada. Tony usó el único escudo que tenía.

-Soy el padre de Sophia.

-Sé lo que eres.

-Discúlpeme, *signora.* -Rene habló con meticulosa cortesía, aunque se adivinaba su dureza-. ¿Me permite hablar?

-Invitada o no, se halla bajo la hospitalidad de mi casa. ¿Qué desea decir?

-Me doy cuenta de que mi presencia aquí no es bien recibida. -Su tono no se alteró, no desvió la mirada de Teresa-. Y de que no aprueba mi relación con Tony. Pero él es, y ha sido, un hombre muy valioso para la compañía. Y dado que yo pienso ser de gran valor para él, sin duda les beneficiará también a ustedes.

-Eso está por ver. Disculpe. -Miró al resto de comensales-. Helen, Eli y yo tenemos que hablar con Sophia y Tyler. El café se servirá en la sala de estar. Disfrútenlo.

-Tú hablas -empezó a decir Sophia, cuando los aludidos salieron del comedor- y ya está hecho. ¿Tan acostumbrada estás, *nonna,* a que sea siempre así, que crees que puedes cambiar la vida de los demás con unas cuantas palabras?

-Todo el mundo puede elegir.

-¿ y cuál es la alternativa? -Sophia se puso en pie, incapaz de permanecer sentada-. Para Donato, por ejemplo. Nunca ha trabajado fuera de la compañía, su vida entera depende de ella. ¿Para Tyler? Ha dedicado todo su tiempo y sus energías a MacMillan desde que era un muchacho.

-Puedo hablar por mí mismo.

-Oh, cállate. -Sophia se encaró con él-. Cinco palabras segui

das y se te traba la lengua. ¿ Y se supone que yo debo enseñarte a comercializar el vino?

Tyler se levantó y sorprendió a Sophia cogiéndole las manos y tirando de ella hacia delante para mirarle las palmas.

-Como pétalos de rosas. Cuidadas y suaves. ¿Y se supone que debo enseñarte a trabajar en las viñas?

-Mi trabajo es tan duro como pueda ser el tuyo. Sólo porque no sude y no vaya por ahí con unas botas llenas de barro no signi.. fica que no me esfuerce.

-Bonita manera de empezar a trabajar juntos. -Eli suspiró y se sirvió más aporto-. ¿ Queréis pelear?, pues pelead. Os sentará bien. El problema es que ninguno de los dos ha tenido que hacer jamás nada que no se ajustara perfectamente a sus aptitudes. Tal vez fracaséis, tal vez os caigáis los dos de culo al intentar hacer algo más. -Yo nunca fracaso -replicó Sophia alzando el mentón.

-Tienes hasta la próxima poda para demostrarlo. ¿Queréis saber lo que tendréis al final? ¿Helen?

-Bueno, por ahora no hemos hecho más que divertimos. -Helen depositó su maletín sobre la mesa-. Comida y espectáculo a bajo precio. -Sacó unas carpetas, las dejó sobre la mesa y volvió a poner el maletín en el suelo. Luego se ajustó las gafas-. Para abreviar y hacerla más comprensible, hablaré en términos sencillos. Eli y Teresa van a fusionar sus compañías, reorganizándolas para hacedas más eficientes, lo que reducirá algunos costes y provocaráotros. Creo que es una decisión muy sensata. Cada uno de vosotros dos tendrá el cargo de vicepresidente de operaciones. Cada uno tendrá diversas tareas y responsabilidades, que se detallan en los contratos que tengo aquí. Los contratos tienen una duración de un año. Si al final de ese año, los resultados no son aceptables, seréis devueltos a un cargo inferior. Los términos se negociarán en ese momento, y dependiendo de esa eventualidad.

Mientras hablaba, sacó dos contratos de las carpetas.

- T y, tú seguirás residiendo en MacMillan; seguirás teniendo a

tu disposición la casa. Sophia, será necesario que te traslades aquí. Durante este año, la compañía se hará cargo de los gastos de tu apartamento de San Francisco para que lo utilices cuando tengas negocios que atender en la ciudad. Ty, cuando debas ir a la ciudad, la compañía te proporcionará el alojamiento. También los viajes de negocios estarán a cargo de la compañía, claro está. El *castello* de Italia estará a disposición de cualquiera de los dos, siempre que tengáis que ir allí por negocios, placer, o una mezcla de ambas cosas.

Helen alzó la vista y sonrió.

-No está tan mal hasta aquí, ¿no creéis? Ahora viene lo mejor.

Si al final de este año de contrato, tu trabajo es aceptable, Sophia, recibirás el veinte por ciento de la compañía, la mitad del *castello* en propiedad y el cargo de copresidenta. Igualmente, Tyler, si tu trabajo es aceptable, recibirás un veinte por ciento de la compañía, la propiedad de la casa en la que ahora vives y el cargo de copresidente. A los dos se os ofrecerán cuatro hectáreas de viñedos para que creéis vuestra propia etiqueta, si os place, o el valor que tengan en el mercado, si así lo

preferís.

Hizo una pausa y añadió el efecto final.

-Claudia recibirá también un veinte por ciento, si está de acuer

do con los términos de su contrato. De esa forma, todo el mundo tendrá la misma participación en la empresa. En caso de muerte de Eli o de Teresa, sus participaciones pasarán de cónyuge a cónyuge. y en el infortunado día en que ninguno de los dos esté ya con nosotros, su cuarenta por ciento se repartirá del siguiente modo: un quince por ciento para cada uno de vosotros dos y un diez por ciento para Claudia. Así pues, con el tiempo, cada uno de vosotros dos tendrá un treinta y cinco por ciento de una de las mayores compañías vinícolas del mundo. Lo único que debéis hacer es cumplir con las condiciones estipuladas por el contrato durante este año.

Sophia esperó a estar segura de poder hablar, con las manos fuertemente enlazadas sobre el regazo. Le ofrecían más de lo que habría imaginado o siquiera pedido. Pero al mismo tiempo la trataban como a una niña.

-¿ y quién decidirá si nuestro trabajo es aceptable?

-En interés de la justicia -dijo Teresa- os puntuaréis mutuamente cada mes. Eli y yo también os evaluaremos, y todo ello se añadirá a la evaluación del director ejecutivo de operaciones.

-¿Quién demonios es el director ejecutivo de operaciones? -preguntó Tyler.

-Se llama David Cutter. Antes trabajaba para La Coeur en Nueva York. Llegará aquí mañana. -Teresa se puso en pie-. Os dejaremos solos para que leáis los contratos, los comentéis y lo meditéis. -Sonrió cordialmente-. ¿Café, Helen?

Rene se negó a moverse. Si una cosa había aprendido en su carrera como modelo, en su breve período como actriz y en su dilatada ascensión social, era que la única dirección correcta debía llevarlo a uno hacia arriba.

Toleraría los insultos de la vieja, la aflicción de la esposa abandonada y las miradas asesinas de la hija, siempre que eso significara ganar.

El desprecio que sentía hacia ellos no le impedía soportarlos mientras fuera necesario.

En el dedo tenía el diamante, elegido personalmente por ella, y estaba dispuesta a que la alianza le siguiera rápidamente. Tony era su billete de entrada al mundo de los fabulosamente ricos, y ella lo deseaba sinceramente. Casi tanto como la fortuna de los Giambelli.

Se aseguraría de que Tony hiciera cuanto fuera necesario en el siguiente año para consolidar su posición dentro de la empresa, y pretendía hacerla como mujer suya.

-Díselo ahora -ordenó a Tony, y cogió su taza de café. -Rene, cariño. - Tony movió los hombros. Notaba ya el peso

de las cadenas-. El momento es inoportuno.

-Has tenido siete años para arreglar esto, Tony. Acaba con ello ahora mismo. O lo haré yo -dijo Rene, lanzando una mirada sig

nificativa a Claudia.

-De acuerdo, de acuerdo.

Tony le dio unas palmadas en la mano. Prefería un momento inoportuno a otro más desagradable. Con una encantadora sonrisa el1 la cara, se puso en pie y se acercó a Claudia, que estaba intentan do consolar a una Francesca algo angustiada y confundida.

-Claudia, ¿podría hablar contigo a solas? -preguntó Tony. Una docena de excusas cruzaron por la cabeza de Claudia. En ausencia de su madre, ella era la anfitriona. La habitación estaba llena dc invitados. Su tía requería su atención. Tenía que pedir más café.

Pero no eran más que eso, excusas, y no serviría de nada que ;¡plazara lo que debía resolverse de una vez por todas.

-Por supuesto. -Musitó unas palabras tranquilizadoras a su tía en italiano, y luego se volvió hacia Tony-. ¿Vamos a la biblioteca?

Al menos, pensó Claudia, no se llevaba a su amante consigo, pero cuando pasaron junto a ella, Rene le lanzó una mirada tan dura y rutilante como la piedra que llevaba en el dedo.

Una mirada victoriosa, se dijo Claudia. Qué ridículo. No había ninguna competición que ganar, y nada que perder.

-Siento que mi madre haya elegido hacer este anuncio y sostener ('sta discusión delante de tanta gente -dijo-. Si me lo hubiera dicho de antemano, le habría instado a que hablara contigo en privado.

-No importa. Sus sentimientos hacia mí no dejan lugar a dudas. -Tony no era hombre que se alterara con facilidad, por lo que hacía años que aceptaba aquellos sentimientos sin inmutarse-. En lo profesional, bueno, esperaba algo mejor. Pero ya limaremos asperezas. -Limar asperezas era una de las cosas que mejor se le daban. Su punto fuerte era desentenderse de los problemas.

Tony entró en la biblioteca y se sentó en una de las mullidas butacas de cuero. En otro tiempo había creído que viviría en aquella casa o, al menos, que pasaría temporadas allí. Tal como habían salido las cosas, por suerte prefería la ciudad. En Napa no había mucho que hacer aparte de ver crecer las uvas.

-Bueno, Claudia. -Su sonrisa era desenvuelta, encantadora como

si_mpre-. ¿Qué tal estás?

-¿Qué tal estoy, Tony? -Una risa histérica pugnaba por brotar de sus labios, pero Claudia la contuvo. Ése era uno de sus puntos fuertes-. Bastante bien. ¿Y tú?

. -Bien. Muy ocupado, claro está. Dime, ¿qué piensas hacer respecto a la sugerencia de *la signora* de que tomes parte activa en la compañía?

- -No era una sugerencia, y no sé qué vaya hacer. -La idea seguía zumbando en su cabeza como un enjambre de avispones-. Aún no he tenido tiempo de pensado.

-Estoy seguro de que todo irá bien. - Tony se inclinó hacia ella con el rostro serio.

Aquella pose, pensó Claudia con cierta amargura, era parte de su encanto y de su engaño: fingir que le interesaban los demás, aquel barniz de interés.

-Eres una mujer encantadora, y desde luego serás muy valiosa para la empresa en cualquier cargo que ocupes. Te sentará bien salir más, tener una ocupación. Puede que descubras incluso que tienes talento. Tal vez sea una vida profesional lo que te haga falta.

Lo que Claudia echaba en falta era una familia, un marido, hi jOS, pero no una carrera.

-¿Estamos aquí para hablar de mis necesidades, Tony, o de las tuyas?

-No son excluyentes. En serio, Claudia. Creo que deberíamos considerar que esta nueva dirección planeada por Teresa es una oportunidad para que los dos empecemos una nueva vida.

Tony le cogió la mano con la desenvoltura que le caracterizaba en su trato con las mujeres, de un modo protector y provocativo a la vez.

-Tal vez necesitemos este empujón. Comprendo que la idea del divorcio haya sido difícil de aceptar para ti.

-¿Lo comprendes?

-Pues claro que sí. -Pensaba ponérselo difícil, pensó Tony. Qué lata-. El hecho es, Claudia, que hace varios años que llevamos vi das separadas.

Lentamente, Claudia retiró la mano.

-¿Te refieres a nuestras vidas desde que te fuiste a San Francisco, o a la vida que llevábamos cuando manteníamos una apariencia de matrimonio?

«Muy difíciles», pensó Tony nuevamente, y suspiró. -Claudia, nuestro matrimonio fracasó. No es nada constructivo que volvamos a repasar los porqués, las razones y las culpas después de tanto tiempo.

-No creo que llegáramos a hablar nunca de todo eso, Tony.

Pero quizá sea ya demasiado tarde para que sirva de algo.

-Lo cierto es que no ha sido justo para ti que no resolviéramos la situación legalmente. Está claro que no has podido empezar una nueva vida.

-Mientras que para ti no ha supuesto ningún problema, ¿verdad? -Claudia se levantó y se acercó a la chimenea para contemplar las llamas. ¿Por qué luchaba contra lo inevitable? ¿Qué podía importar ya?-. Al menos seamos sinceros ahora. Has venido a pedirme el divorcio. Tu presencia hoy no tenía nada que ver con las decisiones de mi madre. Decisiones de las que nada sabías cuando Ic pusiste a Rene ese anillo en el dedo.

-Sea como fuere, es una tontería pretender que esto no se acabó hace ya mucho tiempo. He aplazado el divorcio por ti, Claudia. -Al decido, incluso él se lo creyó, lo que le hizo parecer absolutamente sincero-. Igual que te lo pido ahora por ti, para que sigas con tu vida. -No -musitó ella. No se volvió para mirado. Ignoraba por qué, pero cuando miraba aquellos ojos de expresión serena y sincera, acababa creyendo sus mentiras-. Ni siquiera ahora podemos ser sinceros. Si quieres el divorcio, yo no te lo impediré. Dudo mucho que pudiera, además. Ella no será tan dócil como yo –añadió dándose la vuelta-. Tal vez te convenga. Tal vez sea la mujer ade cuada para ti. Yo desde luego no lo fui.

Todo lo que él oyó fue que lograría sus propósitos sin trabas. -Yo me ocuparé de los detalles. Discretamente, por supuesto. Después de tanto tiempo, no tendrá ningún interés para la prensa. -En realidad, a estas alturas sólo será cuestión de firmar unos papeles. De hecho, estoy seguro de que nuestros amigos más íntimos creen que ya estamos divorciados.

Al ver que Claudia no decía nada, Tony se levantó.

-Todos seremos más felices cuando haya terminado. Ya lo verás. Mientras tanto, creo que deberías hablar con Sophia. Será mejor que lo hagas tú, ya sabes, de mujer a mujer. Sin duda cuando vea que a ti te parece bien, será más simpática con Rene.

-¿Subestimas así a todo el mundo, Tony? Él alzó las manos.

-Sólo creo que todos nos sentiríamos mejor si pudiéramos hacer las cosas amistosamente. Rene será mi mujer y, como tal, formará parte de mi vida social y profesional. Nos veremos todos de vez en cuando. Espero de Sophia que se muestre cortés.

-Yo esperaba que fueras fiel. Todos tenemos que vivir con nuestras decepciones. Ya tienes 10 que habías venido a buscar, Tony. Te sugiero que cojas a Rene y te vayas antes de que mi madre termine su aporto. Creo que ya ha habido bastantes cosas desagradables en esta casa por un día.

-De acuerdo. -Se encaminó hacia la puerta, vaciló-. Te deseo lo mejor, Claudia.

Cuando cerró la puerta tras él, Claudia se dirigió lentamente hacia una butaca y se sentó despacio, como si los huesos pudieran rompérsele con un movimiento demasiado brusco.

Recordó lo que se sentía al tener dieciocho años y estar loca mente enamorada, llena de planes y sueños esplendorosos.

Recordó lo que se sentía con veintitrés años y el corazón destrozado por la traición y la auténtica pérdida de la inocencia. Y a los treinta, luchando por aferrarse a los pedazos de un matrimonio en plena desintegración, por criar a una hija y conservar a un marido demasiado indiferente para fingir siquiera que la quería.

Recordó 10 que se sentía con cuarenta años, resignada a la pér dida, sin aquellos planes, sin el brillo de los sueños.

Ahora, pensó, sabía 10 que se sentía a los cuarenta y ocho años, sola, sin ninguna ilusión. Legalmente reemplazada por una mujer más joven, como la habían reemplazado antes con frecuencia, aun que de forma encubierta.

Levantó la mano y deslizó la alianza de matrimonio hasta el primer nudillo. Había llevado aquel sencillo anillo durante treinta años. Ahora tenía que tirarlo a la basura, y con él las promesas que había hecho ante Dios, ante su familia y sus amigos.

Lágrimas ardientes fluyeron a sus ojos cuando se 10 quitó del

dedo. «Qué era, al fin y al cabo -pensó-, sino un círculo vacío. El símbolo perfecto de su matrimonio.»

Jamás la habían amado. Claudia echó la cabeza atrás. Qué humillante, qué triste sentarse allí y aceptar, admitir 10 que se había negado a aceptar durante tanto tiempo. Ningún hombre la había amado, ni siquiera su marido.

Cuando se abrió la puerta, cerró los dedos en torno al anillo y retuvo las lágrimas.

-Claudia. -Helen le echó una mirada y apretó los labios-. De acuerdo, olvidemos el café por hoy.

Sintiéndose como en casa, Helen se dirigió a un mueble bar pintado, 10 abrió y eligió una licorera llena de brandy. Sirvió dos copas y luego se sentó en el escabel que había frente a la butaca de Claudia.

-Bebe, querida. Estás pálida.

Claudia abrió la mano sin decir nada. El anillo lanzó un deste \lo a la luz del fuego.

-Ya, me lo he imaginado al ver a la fulana esa enseñando el pe drusco. Se merecen el uno al otro. A ti él no te mereció nunca.

-Soy una estúpida por portarme así. Hace años que no formamos una pareja. Pero son treinta años de matrimonio, Helen. Alzóel anillo y, mirando a través de la circunferencia, vio su vida: estrecha y limitada-. Treinta malditos años. Ésa iba con pañales cuando yo conocí a Tony.

-Ahí está la cosa. Es más joven y tiene las tetas más grandes. -Helen se encogió de hombros-. Dios sabe que esas razones bastan para odiar la jeta que tiene. Estoy contigo, igual que todos los demás. Pero piensa una cosa: si sigue con Tony, cuando llegue a nuestra edad, tendrá que alimentarlo con papillas y cambiarle a él los pañales. Claudia dejó escapar una risa quejumbrosa.

-Detesto mi vida y no sé cómo cambiarla. Ni siquiera luché por él, Helen.

-Bueno, no eres de armas tomar, ¿y qué? -Helen se levantó para sentarse en uno de los brazos de la butaca, y rodeó los hombros de Claudia-. Eres una mujer hermosa, inteligente y buena que ha. tenido mala suerte. Maldita sea, cielo, si este divorcio no es lo mejor que podría pasarte.

-Dios, hablas igual que Tony.

-No hace falta que me insultes. Además, él no lo decía de verdad y yo sÍ.

-Tal vez. Tal vez. Ahora no soy capaz de pensar con claridad. No sé lo que vaya hacer en los próximos minutos, y mucho menos el año que viene. Dios, ni siquiera se lo he hecho pagar. Ni siquiera he tenido el coraje para hacérselo pagar.

-No te preocupes, ya se lo hará pagar ella. -Helen se inclinó para besar a Claudia en la coronilla. En su opinión, ningún hombre como Tony debía pasar por la vida sin pagar-.Y si quieres escarmentarlo un poco, te ayudaré a redactar un acuerdo de divorcio que lo dejará con cicatrices permanentes y un testículo consumido.

Claudia esbozó una sonrisa. Siempre podía contar con Helen. -Por divertido que resulte, sólo conseguiría alargarlo más y ponérselo más difícil a Sophia. Helen, ¿ qué demonios vaya hacer con la nueva vida que me han arrojado sobre el regazo?

-Ya pensaremos en algo.

Sophia, por su parte, no hacía otra cosa que pensar. Empezaba a dolerle la cabeza de leer el contrato. Había captado la esencia de sus términos, a pesar de la jerga legal. En resumidas cuentas, *la signora* conservaba el control, como siempre. Durante el siguiente año, se esperaba de Sophia que demostrara su valía, cosa que ella creía haber hecho ya. Y si lo lograba a satisfacción de su abuela, parte de ese tan deseado control pasaría a sus manos.

Bueno, lo deseaba. No le gustaba mucho lo que tendría que ha cer para conseguirlo, pero veía la lógica de aquella decisión.

Lo más difícil era comprender casi siempre el razonamiento de su abuela. Quizá porque, en el fondo, las dos pensaban de manera muy parecida.

Sophia no se había tomado un excesivo interés en la elaboración del vino. Amaba los viñedo s por su belleza, pero conocer sus rudimentos no era lo mismo que invertir tiempo, emoción y esfuerzo en ellos. Y si quería ocupar el lugar de su abuela algún día, sería necesario que lo hiciera.

Tal vez prefería las salas de juntas a las cubas de fermentación, pero...

Miró a Tyler, que leía ceñudo su contrato.

«Él prefería las cubas a las salas de juntas -pensó-. Supuso que juntos formarían un buen equipo, o al menos un buen contraste. Y él se jugaba tanto como ella.»

Sí, una vez más *la signora* había sido tan brillante como implacable. Ahora que a Sophia se le había pasado el arrebato de ira y volvía a predominar el sentido común, comprendía no sólo que podía funcionar, sino que funcionaría.

A menos que Ty lo estropeara todo.

-No te gusta -le dijo.

-¿Qué demonios puede gustarme de todo esto? Ha sido una maldita emboscada.

-Estoy de acuerdo. Es el estilo de *nonna.* Las tropas forman mucho más deprisa y de manera más organizada cuando se lo ordenas justo antes de la batalla. Si les das demasiado tiempo para pensar, puede que deserten. ¿Estás pensando en desertar, Ty?

Ty alzó los ojos y Sophia vio en ellos una voluntad férrea. -He dirigido MacMillan durante ocho años. No vaya marchar me ahora.

No, Ty no iba a estropearlo.

-De acuerdo. Empecemos desde aquí. Tú quieres lo que quieres, y yo igual. ¿Cómo conseguirlo? -Sophia se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro-. Para ti es más fácil.

-¿Yeso por qué?

-Yo tendré que renunciar a mi apartamento y volver a vivir aquí. Tú puedes quedarte en tu casa. Yo tendré que hacer un curso acelerado sobre la elaboración del vino, y tú sólo tendrás que relacionarte más y asistir a unas cuantas reuniones.

-¿Crees que eso es más fácil? Relacionarse significa entrar en contacto con la gente. No me gusta la gente. Y mientras asisto a esas reuniones sobre temas que a mí me importan una mierda, tendré a un tipo al que ni siquiera conozco mirando por encima de mi hombro.

-Igual que yo -replicó Sophia-. ¿Quién demonios es ese David Cutter?

-Un oficinista -dijo Ty con repugnancia.

-Más que eso -musitó Sophia. Si hubiera podido creer .10 mismo que Ty, no estaría preocupada. Sabía cómo manejar a los de esa calaña-. Tendremos que averiguar qué más es. -Pero había algo de lo que podía ocuparse inmediatamente-. Y tenemos que hallar el modo de trabajar con él y juntos tú y yo. Esto último no debería ser difícil. Hace años que nos conocemos.

Sophia se movía demasiado deprisa para él, pero maldita sea, Ty, no pensaba andarle a la zaga.

-No, no es cierto. No te conozco, ni lo que haces, ni por qué lo haces.

Sophia se apoyó en la mesa y se inclinó hacia Ty. Su magnífico rostro se acercó al de él.

. -Sophia Teresa Maria Giambelli. Me dedico a comercializar vino. Y lo hago porque se me da muy bien. Y dentro de un año, poseeré el veinte por ciento de una de las compañías vinícolas más grandes e importantes del mundo.

Ty se levantó despacio e imitó su postura.

-Vas a tener que ser mejor aún. Vas a llenarte de barro las botas de diseño, te ensuciarás las manos y se te estropeará la ma lllcura.

-¿Crees que no sé cómo se trabaja, MacMillan?

-Creo que sabes sentarte detrás de una mesa de despacho o en un asiento de primera clase de un avión. Ese culo con aires de superioridad no va a encontrar la vida tan cómoda durante el próximo año, Giambelli.

Sophia vio la neblina roja que bordeaba su visión, indicio seguro de que empezaba a encolerizarse y de que estaba a punto de cometer una estupidez.

-Apostemos. Cinco mil dólares a que, cuando acabe el año, yo soy mejor viticultora que tú ejecutivo.

-¿Quién decide?

-Un tercero neutral. David Cutter.

-Hecho. - Ty estrechó la delgada mano de Sophia con la suya, grande y encallecida-. Cómprate ropa y botas de trabajo, no para desfilar. Tu primera lección será mañana a las siete de la mañana.

-Perfecto. -Sophia apretó los dientes-. A mediodía iremos a la ciudad para darte tu primera lección. Puedes tomarte una hora para comprar trajes decentes que se hayan confeccionado en esta última década.

-Se supone que vendrás a vivir aquí. ¿Para qué tenemos que ir a la ciudad?

-Porque necesito algunas cosas de mi oficina y tú necesitas familiarizarte con la rutina que tenemos allí. También me hacen falta algunas cosas de mi apartamento. Tienes las espaldas fuertes y tu culo tampoco está mal-añadió, sonriendo levemente-. Podrás ayu darme con la mudanza.

-Tengo algo que decir.

-Bien. Deja que me prepare primero.

-Eres una bocazas yeso no me gusta, nunca me ha gustado.

-Hundió las manos en los bolsillos, porque cuando ella sonreía con suficiencia, como en aquel momento, le entraban ganas de dar le un puñetazo-. Pero no tengo nada contra ti.

-Oh, Ty. Eso es tan... conmovedor.

-Mira, calla de una vez. -Ty se pasó una mano por el pelo Y volvió a meted a en el bolsillo-. Tú haces lo que haces porque se te da bien. Yo hago lo que hago porque me encanta. Es lo único que he querido hacer desde siempre. No tengo nada contra ti, Sophia, pero si veo que por tu culpa perderé mis viñedos, acabaré contigo.

Intrigada por el desafío, Sophia lo observó desde una nueva perspectiva. ¿Quién iba a decide que aquel muchacho al que tan cerca había tenido podía ser implacable?

-Muy bien. Estoy advertida -dijo-. Lo mismo digo, Ty. Haré

lo que sea para proteger lo mío.

Sophia suspiró y volvió a mirar los contratos, luego miró de llueva a Ty.

-Creo que estamos los dos en la misma página.

-Eso parece.

-¿Tienes un bolígrafo?

-No.

Sophia se dirigió a un escritorio y encontró dos en un cajón. Ofreció uno a Ty y pasó las hojas de su contrato hasta dar con la de la firma.

-Creo que podemos ser testigos el uno del otro. -Respiró hondo y retuvo el aire-. ¿A la de tres?

-Una, dos... y tres.

Los dos firmaron en silencio, se pasaron los contratos y los ru hricaron como testigos.

Sophia tenía un nudo en el estómago, así que llenó los vasos y esperó a que Ty levantara el suyo para brindar.

-Por la nueva generación -dijo.

-Por una buena cosecha.

-No tendremos una cosa sin la otra. -Con los ojos fijos el uno en el otro, entrechocaron los vasos-. *Salute.*

4La lluvia era fina y fría, una miserable llovizna que empapaba los huesos y llegaba al ánimo. Convertía la ligera capa de nieve en un lodazal y la luz del amanecer en un manchón borroso en el cielo.

Era de esa clase de mañanas en que las personas razonables se quedan acurrucadas en la cama. O, al menos, se demoran tomando una segunda taza de café.

Sophia descubrió que Tyler MacMillan no era una persona ra zonable.

El teléfono la despertó, obligándola a sacar una mano de debajo de las sábanas, muy a su pesar, para descolgar a tientas y llevarse el auricular al calor de la cama.

-¿Qué?

-Llegas tarde.

-¿Eh? No es verdad. Aún es de noche.

-No es de noche, está lloviendo. Levántate, vístete y ven aquí.

Me estás retrasando.

-Pero... -Al notar que la comunicación se había cortado, frunció el entrecejo-. Cabrón -masculló, aunque sin fuerzas para decirIo con convicción.

Se quedó quieta, escuchando el golpeteo de la lluvia en las ven tanas. Sonaba a hielo. ¡Qué agradable!

Apartó las mantas entre bostezos y se levantó. «Tal vez ella lo hubiera retrasado -pensó-, pero pronto sería él quien se quedaría atrás.»

La visera de la gorra de Ty goteaba, y a veces el agua se le metía por el cuello y se deslizaba por su espalda. Aun así, no era lo bastante recia como para abandonar el trabajo.

Un invierno lluvioso, además, era una bendición. Un invierno frío y húmedo era el primer paso importante hacia una cosecha excepcional.

Él controlaría todo lo que estuviera a su alcance: el trabajo, las

decisiones, las precauciones y los riesgos. Y rezaría para que la na-tllraleza estuviera de parte de su equipo.

«Un equipo que había aumentado», pensó, metiendo los pulga res en los bolsillos y contemplando a Sophia, que llegaba caminando con dificultad por el barro, calzada con unas botas de qui n ¡cotos dólares.

-Te dije que te pusieras ropa de trabajo.

Sophia soltó una bocanada de aire y contempló cómo se disol vía en la lluvia.

-Ésta es mi ropa de trabajo.

Ty observó la fina chaqueta de cuero, los pantalones a medida y las botas italianas.

-Bueno, lo será cuando terminemos.

-Tenía la impresión de que la poda se aplazaba si llovía. -No llueve.

-¿Ah no? -Sophia levantó una mano con la palma hacia arriha y dejó que la lluvia la golpeara-. Qué extraño, yo siempre he definido como lluvia esta sustancia húmeda que cae del cielo.

-Es una llovizna. ¿Y el sombrero?

-No llevo.

-Jesús.

Molesto, Ty se quitó la gorra y se la puso a ella. Ni siquiera aquella prenda fea y estropeada desmerecía su estilo. Imaginó que era algo innato.

-Existen dos razones primordiales para la poda -dijo.

- Ty, ya sé que existen razones para la poda.

-Bien. Explícamelas.

-Para guiar a las vides -respondió ella entre dientes-. Y si va a ser lIna lección oral, ¿por qué no vamos dentro, donde estaremos secos y calientes?

-Porque las vides están fuera. -y porque, pensó, aquí era él quien dirigía el catarro-. Podamos las vides para guiadas, para que adopten una forma que facilite el cultivo y la vendimia, y para con tTolar las enfermedades.

-Ty...

-Silencio. En muchos viñedos se utilizan enrejados en lugar de podar a mano. Aquí usamos ambas técnicas, puesto que la viticultura es un experimento que no tiene fin. Usamos el enrejado vertical, el soporte en T y otros. Pero también conservamos el método tradicional de poda manual. El segundo propósito de la poda es distribuir las ramas sobre las vides para incrementar su producción al tiempo que se mantiene su capacidad para producir uvas de primera calidad.

Cuando Ty le ordenaba que callara, lo hacía como un padre paciente con una niña pequeña e irritable. Sophia supuso que él también lo sabía y parpadeó.

-¿Después me hará un examen, profesor?

-No podarás mis vides ni aprenderás a emparrar hasta que se pas por qué se hace.

-Podamos y emparramos para hacer que crezcan las uvas. Ha cemos que crezcan las uvas para elaborar vino.

Gesticulaba al hablar. A Ty siempre le había parecido que era como un ballet, grácil y lleno de significado.

-y -prosiguió ella- yo vendo el vino mediante técnicas publicitarias

inteligentes e innovadoras, que son tan esenciales para este viñedo, si me permites recordártelo, como tus tijeras de podar.

-Bien, pero ahora estamos en el viñedo, no en tu oficina. Aquí no se hace nada sin saber cuáles son las causas y las consecuenCIas.

-Yo siempre he pensado que era un juego -dijo ella, gesticulando profusamente-. Un juego con unas apuestas muy altas, pero un juego al fin y al cabo.

-Los juegos se practican por diversión. Sophia sonrió y a Ty le recordó a su abuela.

-No cuando se juegan como juego yo, querido. Estas vides de aquí,son viejas. -Examinó las hileras que tenían a los lados. La lluvia mojaba los cabellos de Ty, haciendo resaltar los reflejos rojizos, el color de un Cabernet envejecido-. Así que tendrán que podarse las puntas.

-¿Por qué?

Sophia se caló la visera.

-Porque...

-Porque -prosiguió él, sacando las tijeras de podar de la funda de su cinturón- queremos que las ramas se distribuyan uniformemente en la punta de la vid.

Ty obligó a Sophia a darse la vuelta, puso la herramienta en sus manos, apartó una cepa, dejando otra al descubierto, y luego guió sus manos hacia ella para podarla.

-Queremos que el centro y la punta queden abiertos. Necesita espacio para que le dé suficiente sol.

-¿Qué me dices de la poda mecánica?

-También la utilizamos. Tú no.

Movió a Sophia hacia la siguiente cepa. «Olía a mujer -pensÓ-. Un exótico contrapunto para el tosco perfume de la lluvia y la I jnra mojada.»

¿ Por qué demonios tenía que ponerse perfume para trabajar en el campo? Estuvo a punto de preguntárselo, comprendió que no le gustarían o no comprendería sus motivos, y lo dejó correr.

-Tú trabajarás con las manos -dijo, y procuró no aspirar su perfume-. Cepa a cepa. Planta a planta. Hilera a hilera.

Sophia contempló las interminables hileras, las incontables vidcs atendidas por los peones, o esperando a ser atendidas. Sabía quc la poda se prolongaría hasta enero y febrero. Se imaginó mortalmente aburrida antes de que llegara la Navidad.

-Pararemos a mediodía -recordó a Ty. -A la una. Has llegado tarde.

-No tanto.

Sophia volvió la cabeza y su cuerpo chocó contra el de Ty, que se inclinaba sobre ella y la rodeaba con los brazos para cogerle las manos y guiar las tijeras. Aquel leve movimiento no era calculado, pero tuvo un potente efecto.

Sus miradas se encontraron: con irritación en la de Ty y relIexión en la de ella. Sophia notó que él se ponía tenso y que había una reacción en su interior. Se le aceleró el pulso un poco, lIotÓ un aroma instintivo en el ambiente y la típica agitación de lIu idos.

-Vaya, vaya -dijo casi en un arrullo, y bajó la mirada hacia la boca de Ty. Lo miró otra vez a los ojos-. ¿Quién lo hubiera ncído?

-Basta.

Ty se incorporó y retrocedió como un hombre que se encontrara inesperadamente al borde de un abismo. Pero ella siguió moviéndose hasta que sus cuerpos volvieron a rozarse. Si daba otro paso atrás, Ty quedaría como un cobarde, o como un estúpido.

-No te preocupes, MacMillan, no eres mi tipo. -Grande, tosto, elemental-. Normalmente.

-Tú tampoco eres mi tipo. -Astuta, con mucha labia, peligrosa-. Nunca.

Si la hubiera conocido mejor, Ty habría comprendido que una afirmación como aquélla no representaba un insulto para Sophia, sino un reto. El leve interés, puramente básico, que sentía hasta entonces, subió de categoría.

-¿Ah, no? ¿Y cuál es?

-No me gustan las mujeres con aires de gallito, agresivas y sofisticadas.

Sophia sonrió.

-Te gustarán. -Se volvió de nuevo hacia las vides-. Pararemos a las doce y media. -Miró a Ty por encima del hombro-. Es una solución conciliadora. Tendremos que aceptar muchas parecidas para trabajar juntos.

-A las doce y media. - Ty se quitó los guantes y se los ofreció-. Póntelos. Te saldrán ampollas en esas manos de mujer de ciudad.

-Gracias, pero son demasiado grandes.

-Te servirán. Mañana te traes los tuyos, y también un sombrero. No, ahí no -dijo, cuando ella fue a cortar otra cepa.

Ty volvió a acercarse por detrás para poner sus manos sobre las de Sophia y dirigir la herramienta correctamente.

Y no vio la sonrisa de satisfacción de ella.

A pesar de los guantes, a Sophia le salieron ampollas, más molestas que dolorosas. Rápidamente se cambió de ropa para pasar la tarde en la ciudad. Vestida y arreglada, cogió su maletín y dijo adiós sin volver la vista al salir corriendo por la puerta. Durante el corto trayecto hasta la casa de MacMillan, repasó lo que necesitaba y lo que debía hacer durante el resto del día. Tendría que apañárselas para hacer mucho en muy poco tiempo.

Se detuvo frente a la puerta principal de la amplia casa de piedra y madera de cedro, e hizo sonar el claxon del coche un par de veces. Ty no la hizo esperar yeso agradó a Sophia. También vio que se había cambiado de ropa, lo que ya era mucho. La camisa de algodón y los tejanos deslucidos no llegaban ni mucho menos al nivel de lo que ella consideraba ropa desenfadada para oficina, pero decidió atacar el tema de su guardarropa más adelante.

Ty abrió la puerta del BMW descapotable y frunció el entrecejo. -¿Esperas que me doble y me meta en este coche de juguete? -Es más espacioso de lo que parece. Vamos, ya voy con retraso.

-¿No podrías haber cogido un todo terreno? -se quejó él, hundiéndose en el asiento del copiloto.

Sophia pensó que parecía un enorme y estrafalario muñeco de resorte en una caja muy pequeña.

-Sí, pero no lo he hecho. Además, me gusta conducir mi propio l'Oche. -Lo demostró en cuanto Ty se abrochó el cinturón, apreLIndo el

acelerador y bajando por el sendero en un vuelo.

A Sophia le gustó vislumbrar las montañas a través de la lluvia, como sombras tras una cortina plateada, y las hileras de vides desnudas, aguardando que el sol y el calor les devolvieran la vida.

Pasaron a toda velocidad por la bodega MacMillan, cuyos ladrillos desvaídos estaban tapizados de parras y sus gabletes se asomaban serios y orgullosos. A Sophia le parecía una romántica y encantadora entrada a los misterios de las bodegas que custodiaha. En su interior, como en el de la bodega Giambelli, los trabajadores hacían girar las botellas de champán que envejecía, o preparaban la sala de degustación, si había una visita guiada o la de un club de catadores programada para ese día. Otros se ocuparían de I rasvasar el vino de una cuba a otra, para aclarado.

Sophia era consciente de que en las cavas y las plantas se trahajaba incluso cuando las vides dormían. Y también que había trabajo en San Francisco. Abandonaba el valle a toda velocidad l'OI110 una mujer fugada de una prisión. Ty se preguntó si era así como se sentía.

-¿Por qué está caliente mi asiento? -preguntó.

-¿Tu qué? Ah. -Sophia lo miró de reojo y se echó a reír-. Es mi manera de calentarte el culo, querido. ¿No te gusta? -Apretó el botón para apagar la calefacción del asiento-. Nuestra prioridad ahora -empezó a explicar- es la campaña del centenario. Se hará en diversas etapas, algunas de las cuales, como la subasta de esta semana, ya han comenzado. Otras están todavía en fase de diseño. Buscamos algo novedoso, pero que también haga honor a la tradición. Algo con clase, discreto, que atraiga a nuestros clientes más adinerados y/o los más antiguos, y algo impactante, que capte el interés de un mercado más joven y/o con menos dinero.

-Ya, vale.

- Ty, en esto también es necesario entender las causas y las consecuencias. Vender el vino es tan esencial como lo que haces tú. De lo contrario, lo harías sólo para ti, ¿no crees?

Ty se movió intentando encontrar sitio para sus piernas. -Seguro que sería más fácil.

-Mira, tú haces vino de diferentes calidades. La superior, cuyo coste de producción, embotellado, almacenamiento, etcétera, es más elevado, y todas las demás hasta llegar al simple vino de mesa. En ese proceso intervienen muchas cosas más que el vino.

-Sin el vino nada más importa.

-Sea como sea -dijo Sophia con una paciencia que a ella le parecía heroica-, mi trabajo es vender todas esas calidades al consumidor, y ahora también es el tuyo. Al consumidor individual y a los grandes clientes, como hoteles y restaurantes. Tenemos que atraer a los comerciantes de vino, a los intermediarios, y hacerles ver que han de incluir los Giambelli, o lo que ahora serán Giambelli-MacMillan, en su lista. Para hacer eso, tengo que vender el envase, además del contenido.

-El envase es lo de menos -dijo él, mirándola-. Es el contenido lo que desequilibra la balanza.

-Un insulto muy sutil e inteligente. Un punto a tu favor. Sin embargo, el envase, la comercialización, la publicidad es lo que hace que el producto se coloque en la balanza, junto con la gente y el vino.

Atengámonos al vino por el momento, ¿de acuerdo?

Ty torció el gesto. El tono de Sophia se había vuelto glacial, síntoma seguro de que realmente había puesto el dedo en la llaga.

-Claro -dijo.

-Tengo que hacer que la idea del producto sea intrigante, exclusiva, accesible, sustancial, divertida, sexy. Así que tengo que conocer el producto, y ahí trabajamos sobre seguro. Pero también tengo que conocer al cliente potencial y el mercado que pretendo conquistar. Eso es lo que has de aprender.

-Estudios, estadísticas, fiestas, sondeos, reuniones.

Sophia le palmeó una mano.

-Sobrevivirás. -Sophia redujo la velocidad-. ¿Reconoces esa furgoneta?

Ty frunció el entrecejo y miró por el parabrisas con los ojos entornados, cuando una furgoneta oscura último modelo giró para enfilar la entrada hacia Villa Giambelli.

-No.

-Es Cutter -musitó Sophia-. Apuesto a que es Cutter. -Podríamos aplazar el viaje a San Francisco y averiguado. La idea era tentadora y el tono esperanzado de Ty resultaba divertido. Pero Sophia negó con la cabeza y siguió adelante.

-No, eso le daría importancia. Además, se lo sonsacaré a mi madre cuando volvamos.

-Yo también quiero estar al tanto.

-Para bien o para mal, Ty, tú y yo estamos en esto juntos. Te tendré al corriente, igual que tú a mí.

El viaje de costa a costa era largo. En cierto sentido, era otro mundo, lleno de desconocidos. Había arrancado de cuajo las raíces que había llegado a establecer en el cemento de Nueva York, con la esperanza de volver a plantadas allí, en las colinas y valles del norte de California.

Si todo se hubiera limitado a eso, sólo a eso, no tendría nada de que preocuparse. Lo habría considerado una aventura, el tipo de apuesta arriesgada que habría aceptado sin vacilar en su juventud. Pero cuando un hombre tenía cuarenta y tres años y dos hijos adolescentes que dependían de él, la apuesta era demasiado elevada.

De haber estado seguro de que quedarse con La Coeur en Nueva York era lo mejor para sus hijos, no lo habría dudado. Se habría quedado allí, atrapado entre el cristal y el acero de su despacho. Pero aquello había dejado de ser una certeza cuando a su hijo de dieciséis años lo pillaron robando en una tienda, y su hija de catorce empezó a pintarse de negro las uñas de los pies.

Había perdido el contacto con sus hijos y, como consecuencia, también el control que podía ejercer sobre ellos. La oferta de Giambelli-MacMillan le llegó como un presagio: «Aprovecha esta oportunidad. Empieza de nuevo».

No era la primera vez que hacía ambas cosas, desde luego, pero esta vez era la felicidad de sus hijos lo que estaba en juego.

-Este lugar está en medio de la nada.

David miró a su hijo por el retrovisor. Maddy había ganado al lanzar la moneda y estaba sentada junto a su padre, intentando parecer

aburrida a toda costa.

-¿Cómo puede la nada tener algo en medio? -dijo David-.

Siempre me lo he preguntado.

Tuvo la satisfacción de ver a Theo esbozar una sonrisa forzada, la primera en muchos días.

«Se parece a su madre -pensó-. Una versión masculina de Sylvia. Cosa que ninguno de los dos sabría apreciar. También eso tenían en común: los dos estaban resueltos a ser reconocidos como personas únicas e individuales.»

Para Sylvia, eso había significado dejar atrás el matrimonio y la maternidad. Para Theo... bueno, el tiempo lo diría, supuso David.

-¿Por qué ha de llover? -Maddy se hundió en su asiento e intentó que sus ojos no lanzaran destellos de animación mientras observaba la gran mansión de piedra que tenía delante.

-Bueno, tiene algo que ver con la humedad que se acumula en la atmósfera, y luego…

-Papá. -Maddy soltó una risita que a David le sonó a música celestial.

En aquel lugar recuperaría a sus hijos, por muchos esfuerzos que le costara.

-Vayamos a conocer a *la signora.*

-¿Tenemos que llamarla así? -preguntó Maddy, poniendo los ojos en blanco-. Es medieval.

-Empecemos por llamarla señora Giambelli y luego ya vere mos. Y procurad parecer normales.

-Mad no puede. Es un bicho raro.

-y tú un tarado.

Maddy bajó del coche. Llevaba unas feas botas negras con cinco centímetros de plataforma.

Esperando bajo la lluvia, a su padre le parecía ver a una especie de princesa excéntrica de largos cabellos rubios, mohín en los labios y largas pestañas sobre unos ojos azules. Envolvía su cuerpo, tan menudo aún, en varias capas de tela negra. De su oreja derecha colgaban tres cadenas de plata, que un aterrorizado David había aceptado como alternativa, después de que ella empezara a hacer campaña para perforarse la nariz o algún otro lugar aún menos higiénico.

.Theo era su opuesto. Alto, desgarbado, con una masa revuelta de cabellos morenos y rizados que rodeaban su hermoso rostro y caían en greñas sobre los hombros aún huesudos. Sus ojos eran de un azul más suave, y con demasiada frecuencia, en opinión de su padre, tenían una expresión sombría y desdichada.

Vestía unos tejanos demasiado holgados, unos zapatos casi tan feos como los de su hija y una chaqueta que le colgaba por debajo de las caderas.

«Sólo es ropa», se recordó David. Ropa y cabellos, nada permanente. ¿Acaso no se había rebelado él también contra sus padres, para imponer su estilo personal cuando era adolescente? ¿Y no se había prometido que él no obraría igual con sus hijos?

Pero, Dios, cómo deseaba que empezaran a llevar ropa decente.

Subió la amplia escalinata y se detuvo ante la puerta principal de la villa, ricamente tallada, para pasarse la mano por el cabello

rubio oscuro.

-¿Qué te pasa, papá? ¿Nervioso?

En la voz de su hijo había un dejo de burla, lo suficiente para tensar la cuerda con que David mantenía la compostura. -Déjame en paz, ¿vale?

Theo abrió la boca con una réplica sarcástica en la punta de la lengua. Pero vio la mirada de advertencia de su hermana y la expresión contenida de su padre.

-Eh, sabrás manejarla.

-Claro. -Maddy se encogió de hombros-. No es más que una vieja italiana, ¿no es así?

David soltó una tímida carcajada y apretó el timbre.

-Sí, así es.

-Espera, tengo que ponerme la cara normal. - Theo se llevó las manos a la cara y empezó a tirar de la piel, a estirarse los ojos y a torcerse la boca-. No la encuentro.

David le rodeó el cuello con un brazo y a Maddy con el otro. «Iban a comportarse bien», pensó, sin soltarlos.

-¡Ya voy yo, Maria! -Claudia corrió por el vestíbulo con un ramo de rosas blancas en el brazo.

Cuando abrió la puerta, vio a un hombre alto que sujetaba a dos adolescentes por el cuello. Los tres sonreían.

-Hola, ¿en qué puedo ayudarles?

«No es una vieja italiana -pensó David, soltando a sus hijos rápidamente-. Sólo una mujer hermosa, sorprendida y con unas rosas en el brazo.»

-He venido a ver a la señora Giambelli.

Claudia sonrió, mirando a los chicos para incluidos en la sonnsa.

-Somos tantas...

-A la señora Teresa Giambelli. Soy David Cutter.

-Ah, señor Cutter. Lo siento. -Le tendió la mano-. No sabía que tenía que llegar hoy. -Ni que tenía una familia, pensó Claudia. Su madre no le había dado detalles-. Entre, por favor. Soy Claudia. Claudia Giambelli... -Estuvo a punto de añadir el apellido decasada por pura costumbre. Luego lo desechó resueltamente-. La hija de *la signora.*

-¿La llama así? -preguntó Maddy.

-A veces. Cuando la conozcas comprenderás por qué. -Madeline, mi hija. Mi hijo, Theodore.

- Theo -masculló Theo.

-Encantada de conoceros, Theo y Madeline.

-Maddy, ¿vale?

-Maddy. Pasad a la sala de estar. Hay un agradable fuego. Pe diré que os sirvan un tentempié, si os apetece. Hace un día horrible. Espero que el viaje no haya sido malo.

-No mucho.

-Interminable -corrigió Maddy-. Espantoso -añadió, pero se quedó boquiabierta cuando vio la habitación en que habían entrado.

«Era como un palacio -pensó-. Como la fotografía de un libro, donde todo tenía un intenso color y parecía antiguo y valioso.»

-Apuesto a que sí. Deme las chaquetas.

-Están mojadas -dijo David, pero Claudia se limitó a coger las prendas de sus manos para colgárselas del brazo que tenía libre.

-Yo me ocuparé de ellas. Sentaos, por favor, como si estuvierais en vuestra casa. Iré a informar a mi madre y haré que les sirvan algo caliente. ¿Le apetece un café, señor Cutter?

-Desde luego que sí, señora Giambelli.

-A mí también.

-Ni hablar -dijo David a Maddy, y consiguió que volviera a ponerse de morros.

-¿Con leche, quizá?

-Estupendo. Quiero decir -corrigió Maddy, cuando el codo de su padre le recordó sus buenos modales-, sí, gracias.

-¿Y Theo?

-Sí, señora, gracias.

-Será un momento.

-Jolín -dijo Theo, cuando Claudia se fue, y se dejó caer en una silla-. Deben de ser archimillonarios. Este lugar parece un museo. -No pongas las botas encim<:t de eso -le ordenó David.

-Es para los pies -señaló Theo.

-Cuando metes los pies en esas botas dejan de ser pies.

- Tranqui, papá. -Maddy le dio una reconfortante palmada en la espalda, aunque a David le inquietó aquel gesto tan adulto-. Eres el director ejecutivo y todo eso.

-Cierto. -De vicepresidente ejecutivo a director ejecutivo en un salto de cinco mil kilómetros-. Las balas rebotan en mi cuerpo -musitó, y se volvió hacia la puerta cuando oyó pasos acercándose.

Iba a decir a sus hijos que se levantaran, pero podía ahorrarse la molestia. Cuando Teresa Giambelli entraba en una habitación, la gente se ponía en pie.

David había olvidado lo menuda que era. Habían mantenido dos entrevistas personales en Nueva York. Dos largas y complejas reuniones. Y él había salido de ambas con lá imagen grabada de una gigantesca amazona, en lugar de la mujer menuda y esbelta que se dirigía hacia él. Su mano era pequeña y fuerte.

-Señor Cutter. Bienvenido a Villa Giambelli.

-Gracias, *signora.* Tiene usted una hermosa casa en un lugar magnífico. Mi familia y yo le agradecemos su hospitalidad.

Claudia entró a tiempo para oír sus palabras y notar la experta formalidad con que se pronunciaban. No era lo que esperaba del hombre que sujetaba juguetonamente a dos adolescentes desaseados después de un largo viaje. Ni tampoco era lo que sus hijos acostumbraban a oírle decir, por las miradas que le echaron con el rabillo del ojo.

-Espero que el viaje no haya sido aburrido -prosiguió Teresa, desviando su atención hacia los chicos.

-En absoluto. Lo hemos disfrutado. *Signora* Giambelli, permí (¡lme que le presente a mis hijos: Theodore y Madeline.

-Bienvenidos a California.

Teresa ofreció la mano a Theo, y aunque éste se sintió como **lIn** idiota, la estrechó, resistiendo la tentación de guardársela en el holsillo.

-Gracias.

Maddy aceptó también la mano.

-Es agradable estar aquí.

-Esperamos que lo sea -dijo Teresa esbozando una leve sonrisa--. Por el momento es suficiente. Por favor, sentaos. Poneos cómodos. Claudia, siéntate con nosotros.

-Por supuesto.

-Debéis de estar muy orgullosos de vuestro padre -añadió Teresa, tomando asiento-, y de todo lo que ha conseguido.

-Ah... sí, claro.

Theo se sentó erguido, recordando que no debía repantingarSI'. No sabía gran cosa sobre el trabajo de su padre. En su mundo, su padre iba a la oficina y luego volvía a casa para incordiarle con los deberes, quemar la cena y llamar por teléfono para pedir comida a domicilio. O bien, durante la mayor parte del último año, llamaba a casa y decía que llegaría tarde y que él o Maddy debían llamar para pedir la comida.

-A Theo le interesa más la música que el vino, o el negocio del vino -dijo su padre.

-Ah. ¿ Y tocas algo?

«Aquél era el trabajo de su padre -pensó Theo-. ¿Cómo era que él tenía que contestar a tantas preguntas? De todas formas, los adultos no se enteraban de nada.»

-La guitarra y el piano.

-Tienes que tocar para mí algún día. Me gusta la música. ¿Qué tipo prefieres?

-Sólo rack. También tecuo y música alternativa.

- Theo es compositor _dijo David, y sorprendió a su hijo par padeando-. Sus creaciones son interesantes.

-Me gustaría oídas una vez estén todos instalados. ¿Y tú? -pre guntó Teresa a Maddy-. ¿También tocas algún instrumento?

-Di clases de piano. -Se encogió de hombros-. Pero no me interesa. En realidad, quiero ser científica. -El bufido de su hermano hizo que se enfureciera.

-Maddy se interesa por todo. -David intervino rápidamente antes de que llegara la sangre al río-. Por lo que tengo entendido, el instituto que hay aquí cubrirá los intereses de ambos perfectamente.

-Artes y ciencias -dijo Teresa, recostándose en su asiento-. Entonces han salido a su padre, puesto que el vino es ambas cosas. Doy por sentado que necesitarán unos cuantos días para instalarse -añadió, al tiempo que entraba una sirvienta con un carrito-. Un nuevo trabajo, una nueva casa, nuevas personas y, claro está, una nueva escuela para sus hijos.

-Papá dice que es una aventura -dijo Maddy, y Teresa asintió majestuosamente.

-y nosotros intentaremos que así sea.

-Estoy a su disposición, *signora* -dijo David, y contempló a Claudia cuando ésta se levantó para servir el café y los pastelitos-. Le agradezco una vez más que nos haya cedido la casa de invitados. Estoy seguro de que será un placer instalarnos en ella.

Precisamente porque estaba observando a Claudia, vio que abría los ojos con sorpresa. «Así que eso tampoco lo sabía», pensó, preguntándose el porqué.

-Gracias.

-Buen provecho -musitó Claudia.

Una vez servido el café, continuaron con una conversación in

trascendente. David imitó a Teresa y evitó mencionar los negocios. '1 endrían tiempo más que suficiente, supuso, para dedicarse a ellos. Al cabo de veinte minutos exactos, Teresa se puso en pie. -Lamento que mi marido no haya podido vede hoy y conocer a

sus encantadores hijos. ¿Le iría bien reunirse con nosotros mañana? -Cuando usted diga, *signora.* -David se levantó.

-A las once, pues. Claudia, ¿quieres acompañar a los Cutter a la

casa de invitados y asegurarte de que tienen todo lo que necesitan? -Desde luego. Iré a buscar las chaquetas.

«¿Qué demonios significa esto?», se dijo Claudia cuando se diri

gió en busca de las prendas. Normalmente estaba al tanto de todo lo que ocurría en la casa. Sin embargo, su madre había conseguido endosarle a toda una familia sin que se le disparara una sola alarma.

Cuántos cambios, y prácticamente de un día para otro. Decidió que debía empezar a prestar más atención. No le gustaba que se cambiara el orden de las cosas estando ella desprevenida.

Aun así, se desenvolvió con soltura cuando regresó, dispuesta a ser la perfecta anfitriona.

-Es un trayecto muy corto en coche. En realidad, se puede ir dando un paseo cuando hace buen tiempo.

-La lluvia en invierno es buena para las uvas -dijo David, y le ayudó a ponerse la chaqueta.

-Sí. Eso me recuerdan siempre que me quejo de la lluvia.

-Claudia salió por la puerta principal-. Hay una línea directa de casa a casa, de modo que sólo tiene que llamar por ella si necesita algo o quiere hacer alguna pregunta. Nuestra ama de llaves se llalila Maria, y no hay nada que no pueda hacer. Gracias -añadió, cuando David abrió la puerta lateral de la furgoneta para que ella entrara-. Tendréis unas vistas maravillosas -prosiguió, volviendo el cuerpo hacia atrás para hablar con los chicos, cuando éstos se sentaron en la parte posterior-. Desde todas las habitaciones. y hay piscina. Claro que no podréis disfrutada ahora, pero nos l'ncantará que uséis la piscina cubierta de la villa siempre que queráis.

-¿Una piscina cubierta? -Theo se animó-. Estupendo.

-Eso no significa que podáis pasearos por allí en albornoz siempre que os dé la gana -les advirtió su padre-. No permita que se hagan los dueños de su casa, señora Giambelli. Al cabo de una semana estaría en el psiquiatra.

-Pues a ti no te ha funcionado -replicó Theo.

-Nos encantará tener gente joven alrededor. Y llámame Claudia, por favor.

-David.

Maddy se volvió hacia Theo y agitó las pestañas en gesto de burla.

-David. Gira ahora a la izquierda. Allí se ve la casa. Es un bonito lugar y la lluvia le da un poco el aspecto de cuento de hadas.

-¿Es ésa? -preguntó Theo, súbitamente interesado-. Es muy grande.

-Cuatro dormitorios. Cinco baños. Tiene una sala de estar preciosa, pero la cocina comedor es la habitación más acogedora. ¿Sabéis cocinar?

-Papá finge que cocina -respondió Maddy-, y nosotros fingimos que comemos.

-Muy lista. ¿Y tú? -preguntó a Claudia-. ¿Cocinas?

-Sí, y muy bien, pero pocas veces. Bueno, tal vez tu mujer disfrute de la cocina cuando llegue.

El instante de absoluto silencio hizo que Claudia deseara que la tragara la tierra.

-Estoy divorciado -dijo David, aparcando frente a la casa-. Sólo somos nosotros tres. Vamos a echarle un vistazo. Luego meteremos las cosas.

-Lo siento muchísimo -musitó Claudia, cuando los chicos salie ron de la furgoneta-. No debería haber dado por supuesto que...

-Era una suposición muy natural. Un hombre, un par de niños; esperaban la familia al completo. No te preocupes. -Palmeó la mano de Claudia con aire desenfadado, y luego se estiró para abrirle la puerta-. ¿Sabes?, van a pelearse por las habitaciones. Espero que no te molesten las escenas a gritos.

-Soy italiana -se limitó a responder ella, y salió de la furgoneta.

«Italiana -pensó David más tarde-. Y maravillosa. Distante y cortés al mismo tiempo. No era nada fácil. En ese aspecto era una digna hija de su madre.»

David sabía interpretar a la gente, habilidad valiosísima en el mundo de los negocios para ascender por la resbaladiza escala ejecutiva de cualquier empresa importante. Su interpretación de Claudia Giambelli le decía que estaba acostumbrada a dar órdenes y a o bedecerlas.

Sabía que Claudia estaba casada y con quién, pero no llevaba alianza, de modo que su matrimonio con Tony Avano, cuya reputación dejaba mucho que desear, se había roto, o pasaba por graves dificultades. Tendría que descubrir cuál era la situación exactamentc antes de pensar en Claudia en un plano más personal.

Sabía que Claudia tenía una hija. Todo el mundo en el negocio había oído hablar de Sophia Giambelli. Tenía fama de ser un barril dc pólvora con estilo y ambición. Pronto tendrían que verse las caras, y David se preguntó qué talle había sentado su nombramiento como director ejecutivo. «Tal vez tendría que aplicar un poco de Illano izquierda con ella -pensó-, y echó mano al bolsillo para sacar su paquete de cigarrillos. Pero recordó entonces que no llevaba ninguno desde que lo había dejado hacía tres semanas y cinco días.» Yeso le estaba matando.

«Piensa en otra cosa», se ordenó, y sintonizó con la música que se oía a todo volumen en el nuevo cuarto de su hijo. Gracias a Dios estaba al otro extremo del pasillo.

Se había producido la esperada pelea en la elección de habitaciones, pero sus hijos se habían mostrado contenidos, después de (odo. Lo achacó a cierta reticencia delante de una desconocida. I k todas formas, había sido una mera escaramuza, más por cos(timbre que otra cosa, sin mucha convicción, dado que todas las hahitaciones de la casa eran atractivas de por sí.

«Todo era casi perfecto -pensó David-: con su madera y sus ;ll.lllejos relucientes, sus paredes sedosas y sus muebles caros.»

La perfección, el estilo elegantemente desenfadado, el orden absoluto le producían dentera. Pero esperaba que pronto sus hijos le pusieran remedio, porque ordenados no eran. Así que, por muy elegante que fuera la caja, pronto el contenido andaría todo revuelto y él se sentiría más a gusto.

Cansado ya de deshacer el equipaje, se acercó a una ventana y contempló los campos. Claudia tenía razón. La vista era asombrosa. Ahora también él formaba parte de todo aquello, y estaba dispuesto a dejar su huella.

Al otro extremo del pasillo, Maddy salió de su habitación. Había intentado parecer indiferente durante su discusión con Theo. El hecho era que estaba emocionada. Por primera vez en su vida no tendría que compartir cuarto de baño con el idiota de su hermano. y tenía un cuarto de baño estupendo, en tonos oscuros, azules y rojos, con grandes flores. Así que imaginaba que darse un baño allí sería como nadar en un extraño jardín.

Además, dormiría en una gran cama con dosel. Había cerrado la puerta para poder retozar a sus anchas sin ser molestada.

Luego había recordado que no vería Nueva York cuando se asomara a la ventana, y que no podría llamar a ninguna de sus amigas para salir. No podría ir al cine andando siempre que quisiera. No podría hacer nada de lo que estaba acostumbrada a hacer.

Había sentido una nostalgia tan intensa que le dolía el estómago. La única persona con quien podía hablar era Theo. La alternativa no era muy atractiva, pero a falta de otra...

Empujó la puerta de su cuarto y la música de los Chemical Brothers le dio en plena cara. Theo estaba tirado sobre la cama con la guitarra sobre el pecho, intentando imitar el estribillo rítmico de la guitarra que sonaba en su estéreo a toda pastilla. Su habitación se había convertido ya en un caos, y así seguiría, imaginó Maddy, hasta que se fuera a la universidad.

Era un cerdo.

-Se supone que tienes que deshacer las maletas.

-Se supone que no tienes que meter las narices en mis cosas. Maddy se dejó caer boca abajo en el extremo de la cama. -Aquí no hay nada que hacer.

-¿Has tenido que pensar mucho para descubrirlo?

-A lo mejor papá acaba detestando esto y volvemos a casa. -Ni hablar. ¿No has visto cómo se esmeraba para impresionar a la vieja? -Debido a que él también sentía nostalgia, dejó a un lado la guitarra y optó por hablar a la pesadilla de su existencia-. ¿A qué venía eso?

-Hablaba como en las películas. Ya sabes la pinta que tiene cuando se pone uno de esos trajes para las reuniones. -Maddy se dio la vuelta-. Pues sonaba igual. Ya nada volverá a ser como antes después de las miradas que echaba a esa mujer.

-¿Eh?

-Esa tal Claudia. ¿De dónde viene ese nombre?

-Supongo que será italiano o algo así. ¿Qué quieres decir con que le echaba miradas?

-Ya sabes, examinándola.

-Explícate.

-Jolín, los tíos no os dais cuenta de nada. -Sintiéndose superior, se incorporó en la cama y se echó el pelo hacia atrás-. La miraba pensando en ligársela.

-¿ Y qué? - Theo se encogió de hombros con un breve gesto horizontal-. Se ha ligado a otras mujeres antes. Eh, apuesto a que incluso se ha acostado con algunas.

-Dios, ¿estás seguro? -Después de este comentario sarcástico, Maddy se bajó de la cama para acercarse a la ventana. Lluvia y viñedos, viñedos y lluvia-. Tal vez si se acostara con la hija de su jefa lo despedirían y podríamos volver a casa.

-¿A qué casa? Si pierde su trabajo, no tendremos adónde ir.

Madura un poco, Maddy.

-Esto es asqueroso -dijo ella, encogiéndose de hombros.

-Dímelo a mí.

Ty pensaba lo mismo sobre la vida en general cuando Sophia lo introdujo en una reunión, una reunión de cerebros, lo llamaba ella. Le había enumerado una letanía de nombres al pasar deprisa por la sección de publicidad, gesticulando, gritando órdenes y saludos, aceptando mensajes.

Por supuesto, Ty no recordaba ya ninguno de los nombres, y las caras no habían sido más que un borrón al pasar intentando seguir el ritmo a Sophia. La mujer se movía como un jugador de fútbol americano con un balón interceptado en la mano. Deprisa y con habilidad.

Ahora había otras tres personas en el despacho, la viva imagen de los guerreros urbanos tal como él los había imaginado, con sus ropas modernas, sus peinados modernos, sus pequeñas gafas de montura metálica y sus agendas electrónicas de bolsillo. Dos mujeres y un hombre. Todos jóvenes y guapos. Ni que lo mataran habría recordado quiénes eran, ya que todos tenían nombres andróginos.

Ty tenía una especie de café raro en las manos que no deseaba tomar y todo el mundo hablaba al mismo tiempo y mordisqueaba *biscotti.*

Le estaba entrando un dolor de cabeza de mil demonios. -No, Kris, busco algo sutil pero impactante. Una imagen fuerte

. con un mensaje emocional. Trace, un esbozo: pareja joven, desenvuelta, cercana a los treinta años de edad. Relajándose en un porche. Con connotaciones sexuales, pero conservando un aire desenfadado.

Dado que el hombre con el pelo corto y rubio cogió el lápiz y el cuaderno de dibujo, Ty supuso que sería Trace.

-Es el crepúsculo -prosiguió Sophia, levantándose de su mesa para pasearse por el despacho-. El final de la jornada. Son una pareja de profesionales, sin hijos, abiertos a todas las posibilidades, pero estables.

-Un columpio en el porche -sugirió la mujer negra llena de energía, con un chaleco rojo.

-Demasiado estables. Demasiado rural. Un sofá de mimbre, quizá -dijo Sophia-. Con cojines de color intenso. Velas sobre la mesa, de las gordas, nada de cirios.

Se inclinó sobre el hombro de Trace, emitiendo sonidos de apro bación.

-Bien, bien, pero haz que se miren a los ojos, que la pierna de ella cuelgue sobre las rodillas de él. Una suave intimidad. Que él esté arremangado, y que ella lleve tejanos, no pantalones caqui.

Sophia se sentó en el borde de la mesa con un mohín en los labios mientras reflexionaba.

-Quiero que estén conversando. Relajados, disfrutando del momento. Disfrutando de la mutua compañía después de un día ajetreado.

-¿Qué tal si uno de ellos sostiene la botella y sirve el vino? -Lo probaremos. ¿Puedes hacer un esbozo, P. J.?

La vivaracha P. J., como empezó a llamada Ty, asintió y cogió su cuaderno de dibujo.

-Deberías poner agua. -La segunda mujer, una pelirroja que parecía molesta y aburrida, reprimió un bostezo.

-Veo que hemos interrumpido la siesta de Kris -dijo Sophia dulcemente, y Ty captó la breve mirada asesina que le lanzó la pelirroja por debajo de las pestañas.

-Las escenas de barrios residenciales me aburren. Al menos el agua añade un elemento de sexualidad subliminal.

-Kris quiere agua. -Sophia asintió y volvió a ponerse en pie para recorrer el despacho-. El agua está bien. Un lago, un estanque. Podríamos conseguir una buena luz. Reflejos. Échale un vistazo, Ty. ¿Qué te parece?

Ty hizo lo posible por prestar atención y parecer inteligente cuando Trace le mostró su esbozo.

-No sé nada sobre anuncios de publicidad -dijo-, pero el dibujo es bonito.

-Tú ves anuncios constantemente -le recordó Sophia-, tanto si asimilas el mensaje conscientemente como si no. ¿Qué te dice éste?

-Dice que están sentados en un porche bebiendo vino. ¿Por qué no pueden tener hijos?

-¿Por qué habrían de tenedos?

-Tienes una pareja en un porche. Un porche quiere decir que están en una casa. ¿Por qué no pueden tener hijos?

-Porque no queremos niños en un anuncio de una bebida alcohólica -dijo Kris con cierto desprecio en la voz-. Regla número uno.

-Pues entonces que se vea que tienen hijos. Ya sabéis, con algún juguete en el porche. Entonces la gente comprenderá que tienen una familia, que llevan cierto tiempo juntos y que todavía les apetece sentarse juntos en el porche y tomar un vaso de vino al final del día. Eso es sexy.

Kris abrió la boca para hablar, pero captó el brillo en los ojos de Sophia y fue lo bastante sensata para volver a cerrada.

-Eso está bien. Excelente -dijo Sophia-. Incluso mejor. Pon juguetes en el porche, Trace. Que la botella de vino se quede en la mesa con las velas. Aquí tenemos a nuestra pareja hogareña, pero moderna. Disfruta con el crepúsculo -masculló para sí-. Es tu momento. Relájate con Giambelli. Es tu vino.

-Más hogareño que moderno -murmuró Kris.

-Usaremos un decorado urbano para insinuar modernidad.

Dos parejas de amigos se reúnen para pasar la velada. Un apartamento. Son jóvenes, elegantes. La ciudad se ve desde la ventana: luces

y siluetas.

-Una mesita –añadió, esbozando ya la idea-. Una pareja sentada en el suelo. La otra arrellanada en el sofá. Todos hablan a la vez. Casi se oye la música. Comida esparcida por el suelo. Servicio a domicilio. Ahí es donde introducimos el vino.

-Bien, perfecto. Un martes de fiesta. Las mismas ideas de antes. -¿Por qué ha de ser martes? -preguntó Ty sin poder contenerse. -Porque uno nunca hace grandes planes para un martes. -Sophia volvió a sentarse en el borde de la mesa y cruzó las piernas-. Se hacen planes para el fin de semana. Los demás días se improvisan. Un martes por la noche con los amigos es espontáneo. Queremos que la gente compre una botella de nuestro vino por impulso. Sólo porque es martes. Tu momento, tu vino. Ésa es la idea.

-El vino es Giambelli-MacMillan.

-Correcto -dijo Sophia, asintiendo-. Queremos que eso también quede claro dentro de la campaña. Es una boda. Celebradlo con nosotros: champán, flores, una bella pareja.

-La luna de miel es más sexy -comentó Trace mientras repasaba el otro esbozo-. Los mismos elementos, pero en una elegante habitación de hotel. Con el vestido de novia colgado de la puerta y nues tra pareja besándose con una botella de champán en la cubitera.

-Si se están besando no pensarán en beber -apuntó Ty. -Bien visto. Sin el beso, pero el resto es estupendo. Enséñame

lo... -Empezó a gesticular-. Deseo, sedas, flores y las copas en la mano. Que se miren en lugar de besarse. Vamos, hijos míos, cread la magia. A ver lo que podéis traerme en unas horas. Pensad: momentos. Especiales y corrientes.

Volvió a cruzar las piernas cuando su equipo salió del despa

cho hablando entre sí.

-No ha estado mal, MacMillan. Nada mal.

-Bien. ¿Podemos volver a casa?

-No. Tengo muchas cosas que hacer aquí y muchas cosas que recoger para llevarme a la villa y montar allí un despacho. ¿Sabes dibujar?

-Claro.

-Un punto más a tu favor. -Bajó de la mesa para sacar un cuaderno de dibujo de una de las estanterías.

«Había muchas cosas en las estanterías», pensó Ty. No sólo las relacionadas con el negocio, sino el tipo de fruslerías que la gente, sobre todo las mujeres, parecía aficionada a coleccionar. Vio varias ranas, pequeñas ranas verdes, grandes ranas de bronce, ranas bailando, ranas elegantemente vestidas, y lo que parecían ranas apareándose.

No parecían muy apropiadas para la elegante mujer que recorría los pasillos de su oficina, caminando con prisa sobre sus tacones altos, oliendo a un perfume que recordaba la selva de noche. -¿Buscando tu príncipe? -comentó.

-¿Eh? -Sophia se volvió siguiendo el gesto de Ty.,-. Ah, no. A los príncipes cuesta demasiado mantenerlos. Sencillamente me gustan las ranas. Aquí está lo que yo veo. Una especie de montaje. La amplia extensión de los viñedos bajo la luz del sol. Las vides llenas de uvas. Una figura solitaria caminando entre las viñas. Luego, un primer plano de una enorme cesta de uvas recién cortadas.

-No usamos cestas.

-Sigue mi línea, Ty: simplicidad, tradición, algo comprensible.

Las manos encallecidas sosteniendo la cesta. Luego pasaremos a los toneles; hileras de toneles de madera a la tenue luz de las cavas. El misterio, lo novelesco. Una pareja de tipos de aspecto interesante en ropa de trabajo, haciendo fluir el líquido. Usaremos un precioso chorro de vino rojo saliendo de un tonel. Luego aparecerán diferentes trabajadores catándolo. Luego una botella. Tal vez con dos vasos y un sacacorchos allado.

-De la vid a la mesa. Cien años de excelente calidad. No: De nuestras vides a su mesa. -Frunció el entrecejo al imaginar el anuncio-. Lo encabezamos con los cien años de excelente calidad, luego el montaje, y debajo: De nuestras vides a su mesa. La tradición de Giambelli - MacMillan continúa.

Se volvió hacia Ty, miró por encima de su hombro y soltó un resoplido. Mientras ella hablaba, Ty había dibujado unos círculos, unos hombres hechos con palotes y un cilindro torcido que debía de ser una botella de vino tinto.

-Has dicho que sabías dibujar. -Pero no que supiera dibujar bien.

-Vale, tenemos un problema. Dibujar no es mi fuerte, aunque,

comparada contigo, soy Leonardo da Vinci. Trabajo mejor cuando tengo ayuda visual. -Dejó escapar un suspiro y se paseó de un lado a otro-. Nos apañaremos. Pediré al equipo que me envíe unos esbozos por fax. Coordinaremos los horarios para que podamos celebrar una reunión semanal aquí o en mi despacho de la villa.

Se sentó en el brazo de la butaca donde estaba Ty y contempló el vacío con expresión ceñuda. Conocía bien a su equipo y había percibido malas vibraciones. Tendría que solucionado de inmdiato.

-Necesito media hora más aquí. ¿Por qué no te adelantas y nos encontramos luego en Armani?

-¿Para qué tengo que ir a Armani?

-Porque necesitas ropa.

-Tengo ropa de sobra.

-Cielo, tu ropa es igual que tus dibujos. Está dentro de la definición básica, pero no ganará ningún concurso. Yo te vestiré como es debido y luego tú podrás comprarme el atuendo del perfecto viticultor. -Le dio una palmadita en el hombro y se levantó.

Ty quería discutido, pero no deseaba perder tiempo. Cuanto antes acabaran, antes estarían de vuelta en los viñedos y más feliz sería él.

-¿Dónde está Armani?

Sophia se lo quedó mirando. Después de tantos años viviendo

a una hora de coche de San Francisco, ¿cómo podía ignorar semejante cosa?

-Pregúntaselo a mi ayudante. Ella te dará la dirección. Yo iré enseguida.

-Un traje -advirtió *Ty,* dirigiéndose hacia la puerta-. Eso es todo. -Hummm. -«Ya veremos», pensó ella.

Vestir a *Ty* podía ser divertido, como moldear arcilla. Pero antes de que empezara la diversión, tenía trabajo que hacer. Volvió a su mesa y descolgó el teléfono.

-Kris, ¿puedes venir un momento? Sí, ahora. Voy mal de tiempo.

Sophia se dio la vuelta y empezó a recoger carpetas y disquetes.

Hacía más de cuatro años que trabajaba con Kris y era consciente del resentimiento que había producido la llegada de una Sophia recién salida de la universidad como jefa de departamento. Al final habían encontrado un equilibrio, aunque precario, pero ahora estaba segura de que Kris no tragaría.

«No podía evitarse -pensó-. Tendría que solucionado de alguna manera.»

Se *oyó* un brusco golpe en la puerta y entró Kris.

-Sophia, tengo un montón de trabajo.

-Lo sé. Sólo serán cinco minutos. Me va a resultar difícil trabajar entre Napa y aquí en los próximos meses. Va a ser un agobio, Kris.

-¿En serio? No me pareces muy agobiada.

-Eso es porque no me has visto podando vides al amanecer. Mira, mi abuela tiene motivos para hacer lo que hace y *cómo* lo hace. Yo no siempre los entiendo y a menudo no me gustan, pero esta compañía es suya. Yo sólo trabajo en ella.

-De acuerdo. Ajá.

Sophia dejó de guardar cosas, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y miró a Kris a la cara.

-Si crees que voy a divertirme haciendo malabarismos para repartir mi tiempo entre el trabajo que me gusta y hacer el tonto entre las viñas, es que estás loca. Y si crees que Tyler pretende hacerse un hueco en esta oficina, piénsalo mejor.

-Perdona, pero ya tiene un hueco en esta oficina.

-y tú crees que ese hueco te corresponde a ti. No te diré que no, pero se trata de algo temporal. Yo te necesito aquí. No podré venir al despacho todos los días. No podré asistir a todas las reuniones, ni acudir a todas las citas. En realidad, Kris, acabas de ser ascendida. No tendrás un nuevo cargo, pero haré todo lo posible para que te compensen económicamente las nuevas responsabilidades que recaerán sobre tus hombros.

-No es cuestión de dinero.

-Pero el dinero nunca hace daño -dijo Sophia-. La posición de Ty y su cargo son puramente nominales. Él no sabe nada sobre publicidad y mercadotecnia, Kris, y no le interesan demasiado.

-Le interesan lo suficiente como para haber hecho comentarios y sugerencias esta mañana.

-Espera un momento. -Sabía ser paciente, pensó Sophia, pero 110 dejaría que la presionaran-. ¿Esperas que se quede sentado sin decir nada como un imbécil? Tiene derecho a expresar su opinión, y resulta, además, que sus sugerencias eran muy aceptables. Lo han tirado por un precipicio sin paracaídas, y se defiende bastante bien. Toma ejemplo.

Kris apretó los dientes. Hacía casi diez años que trabajaba para Giambelli y estaba harta de que cualquiera de su intocable familia le pasara por delante.

-Sí, tiene un paracaídas, igual que tú. Habéis nacido con él. Si cualquiera de los dos la jade, rebota. Eso no se aplica a los demás.

-No vaya hablar de asuntos familiares contigo. Pero sí te digo que eres un miembro muy apreciado de la empresa Giambelli, y ahora de la Giambelli-MacMillan. Lamento que pienses que tu talento no se reconoce como merece. Haré todo lo posible por enmendado. Pero se

han de hacer ciertos ajustes, y será mejor para todos nosotros que no lo estropeemos todo. Necesito confiar en ti. Si ello no es posible, necesito que me lo digas ahora para que tome las medidas oportunas.

-Haré mi trabajo. -Kris se volvió hacia la puerta y la abrió de golpe-. Y el tuyo.

-Bueno -musitó Sophia, cuando la puerta se cerró con violencia-. Esto sí que ha sido divertido. -Suspiró, y volvió a descolgar el teléfono-. P. J., ¿puedes venir un momento?

-No, queremos algo más clásico. Éste de rayas finas para empezar. -Estupendo, me lo llevo. Vámonos.

-Tyler. -Sophia hizo un mohín y le palmeó la mejilla-. Sé buen chico y ve a probártelo.

Él le aferró la muñeca.

-¿Mamá?

-¿Sí, querido?

-Vale ya.

-Si no te hubieras pasado la última media hora refunfuñando, prácticamente ya habríamos acabado. Éste... -dijo, tendiéndole un elegante traje marrón con finas rayas blancas- y éste. -Eligió un clásico terno negro.

Para evitar nuevas quejas, se alejó de Tyler en busca de las camisas. -¿Shawn? -Hizo un gesto a uno de los dueños de la tienda, al que conocía de vista-. Aquél es mi amigo, el señor MacMillan. Necesitará que lo aconsejen.

-Yo me ocuparé de él, señorita Giambelli. Por cierto, su padre ha estado aquí esta misma mañana con su prometida.

-¿Ah, sí?

-Sí, de compras para la luna de miel. Si busca usted algo especial para la boda, tenemos una chaqueta de esmoquin nueva, absolutamente fabulosa, que le sentaría a las mil maravillas.

-Hoy voy un poco justa de tiempo -acertó a decir Sophia-. Volveré para veda en cuanto tenga un momento.

-Avíseme y con mucho gusto le enviaré algunos artículos escogidos. Iré a ver qué talle va al señor MacMillan.

-Gracias. -Sophia cogió una camisa cualquiera y miró el dibujo de color crema sobre fondo crema sin prestar siquiera atención.

«No perdían tiempo -pensó-. Comprando para la luna de miel antes de que el divorcio sea definitivo. Esparciendo la noticia a los cuatro vientos.»

Quizá fuera mejor que estuviera lejos de su círculo habitual en la ciudad durante un tiempo. No quería encontrarse a cada momento con personas que cotillearan sobre la boda de su padre en cuanto ella les diera la espalda.

¿Por qué dejaba que la afectara? Y si a ella la afectaba tanto,¿cómo se lo tomaría su madre?

«No valía la pena enfadarse -se dijo-, y empezó a mirar camisas como si tuviera una criba en las manos y estuviera buscando oro en un río. No valía la pena ponerse de mal humor.» No valía la pena pensar en ello.

Pasó de las camisas a las corbatas, y cuando Ty salió de los probadores, había elegido ya un pequeño montón de ropa. Parecía

molesto, algo avergonzado... y estaba guapísimo.

«Sacas al granjero de su valle -se dijo Sophia-, y mira en qué se convierte. Hombros anchos y fuertes, caderas estrechas y largas piernas en un traje italiano de corte clásico.»

-Vaya, vaya. -Sophia ladeó la cabeza, mirándolo con aprobación-. Está usted muy bien cuando se arregla, señor MacMillan. Deje la moda a los italianos y no se equivocará. Llame al sastre, Shawn, y que se lo arregle.

Sophia se acercó entonces con dos camisas, la del dibujo crema sobre fondo crema y otra de color marrón oscuro, y las apoyó en la chaqueta.

-¿Qué pasa? -preguntó Tyler.

-Nada. Cualquiera de las dos irá bien.

Ty volvió a cogerle la muñeca y la sujetó hasta que Sophia lo miró a los ojos.

-¿ Qué pasa, Sophia?

-Nada -repitió ella, molesta porque él había adivinado su inquietud-. Nada importante. Estás muy bien -añadió, esbozando una sonrisa forzada-. Elegante y sexy.

-No es más que ropa.

Sophia se llevó una mano al corazón y dio un paso hacia atrás, tambaleándose.

-MacMillan, si piensas eso, tenemos un largo camino que recorrer para llegar a un punto intermedio. -Cogió una corbata y la colocó sobre la camisa-. Sí, ésta. ¿Qué tal te sientan los pantalones? -añadió, y quiso comprobar la cintura.

-¿Te importa? -dijo él, aturullado, apartándole la mano.

-Si hubiera querido meterte mano, habría empezado más abajo. ¿Por qué no te pones el traje negro? Así el sastre podrá toquetearte.

Tyler gruñó por inercia, pero le alivió escapar a la intimidad del probador. Al menos durante un par de minutos no le toquetearía nadie.

Sophia no le atraía. Definitivamente no. Pero había estado mirándolo de cerca, tocándolo, y él no era de piedra. Era un hombre y había tenido una reacción absolutamente natural en un hombre que no pensaba compartir con ningún sastre ni dependiente flacucho llamado Shawn.

Lo que haría sería calmarse y dejar que midieran lo que tuviera que medirse. Compraría todo lo que le dijera Sophia y acabaría cuanto antes con aquella agonía.

Le habría gustado saber qué había ocurrido mientras él estaba en el probador la primera vez, qué había llevado la tristeza a aquellos grandes ojos negros de Sophia. Sentía deseos de prestarle el hombro para que llorara en él.

«También esta reacción era normal -se dijo para tranquilizarse mientras se quitaba el traje de rayas y se ponía el negro-. No le gustaba ver sufrir a nadie.»

Sin embargo, dadas las circunstancias, tendría que reprimir todas las reacciones normales que ella le produjera.

Se miró en el espejo y meneó la cabeza. ¿A quién demonios iban a engañar vistiéndolo con un traje elegante de tres piezas? No era más que un maldito granjero, y feliz de serlo.

Entonces cometió el error de mirar la etiqueta. Nunca habría

imaginado que una serie de números pudiera dejarlo sin respiración.

Aún seguía conmocionado, y ya no estaba en absoluto excitado cuando Shawn entró animadamente en el probador, seguido por el sastre.

-Considéralo una inversión -le aconsejÓ Sophia, cuando salían de la ciudad en el coche-. Además, estás fabuloso, querido.

-Cierra el pico. No quiero hablar contigo.

«Dios, qué guapo es -pensó ella-. ¿Quién sabe?»

-¿No me he comprado todo lo que me has dicho, incluyendo esa horrible camisa de franela?

-Sí, ¿y qué te ha costado? Camisas, pantalones, un sombrero y holas. Menos de quinientos pavos. La factura de mi ropa es casi veil1te veces mayor. No puedo creer que me haya comprado ropa por valor de diez mil dólares.

-Tienes el aspecto de un ejecutivo de éxito. ¿Sabes?, si te hubiera conocido cuando llevabas puesto el traje negro, te habría deseado.

-¿ En serio? -Intentó estirar las piernas en el pequeño coche y fracasó-. Esta mañana no lo llevaba y me has deseado.

-No. Ha sido un impulso lascivo pasajero, completamente distinto. Pero hay algo en un hombre con un traje elegante y bien cortado que me excita. ¿Qué te excita a ti?

-Las mujeres desnudas. Soy un hombre sencillo.

Ella rió y, contenta de estar de nuevo en la carretera, pisó el acelerador.

-No, no lo eres. Yo también lo pensaba, pero no. Te has desenuelto bien en la oficina. Has mantenido el tipo.

-Palabras y dibujos. -Ty se encogió de hombros-. ¿Qué tiene eso de extraordinario?

-Oh, vamos, no lo estropees. Ty, no te he dicho nada antes de la reunión, porque no quería que tus impresiones estuvieran influidas por mis opiniones o mi experiencia, pero creo que tendría que hacerte un resumen básico de la personalidad de la gente con la que trabajo más de cerca.

-El tipo coopera. Tiene inteligencia para lo que hace y le gusta el trabajo. Soltero, seguramente, así que no hay nadie que le empuje a ser más ambicioso. Y le gusta trabajar rodeado de mujeres atractivas. - Bastante acertado. -Sophia lo miró impresionada-. Y muy ducho para alguien que afirma que no le gusta la gente.

-Que no me guste mucho no quiere decir que no sepa entenderla. Ahora la vivaracha P. J... -Dejó la frase en suspenso cuando ella lo miró y se echó a reír-. ¿Qué?

-La vivaracha P. J. Es una descripción perfecta.

-Sí, bueno, tiene mucha energía. Tú la intimidas, pero intenta disimularlo. Quiere ser como tú cuando sea mayor, pero es lo bastante joven como para cambiar de opinión.

-Es fácil trabajar con ella. Acepta cualquier idea que le des y esta dispuesta a pulirla. Se le da bien buscar nuevos enfoques, y ha aprendido a no tener miedo a criticar una idea de cualquiera de nosotros, cuando no le parece bien. Si te metes en algún lío y yo no estoy ahí para resolverlo, deberías acudir a ella.

-Porque la pelirroja ya me odia -concluyó Ty-. Y tampoco a ti te

tiene mucha simpatía. No quiere ser tú cuando sea mayor. Quiere ser tú ahora mismo, y no le importaría que tuvieras un repentino accidente mortal que le permitiera calzarse tus zapatos.

-Has aprendido mucho para ser tu primer día de clase. Kris es buena, muy buena, en lo tocante a conceptos, campañas y, si trabaja en algo en lo que cree, detalles. No sería una buena directora porque cae mal a la gente y tiende a ser prepotente con el resto de la plantilla. Y tienes razón, ahora mismo te odia porque existes en lo que ella considera su espacio. No es nada personal.

-Siempre es personal. A mí no me preocupa, pero yo que tú andaría con cuidado. Le gustaría dejarte la huella de los tacones en el culo.

-Lo ha intentado ya y ha fracasado. -Sophia tamborileó sobre el volante-. Soy mucho más dura de lo que la gente cree.

-Ya me he dado cuenta.

Ty se arrellanó lo mejor que pudo. Ya se vería lo dura que era después de unas semanas de trabajo en las viñas.

El invierno iba a ser largo y frío.

Claudia empezaba a dormirse cuando sonó el teléfono a las dos de la madrugada. Se incorporó en la cama, sobresaltada, y descolgó rápidamente con el corazón en la boca. ¿Un accidente? ¿Una muerte? ¿Una tragedia?

-Sí, dígame.

-Zorra ignorante. ¿Crees que vas a asustarme?

-¿Cómo? -La mano le temblaba cuando se la pasó por los cabellos.

-No voy a tolerar tus patéticos intentos de acoso.

-¿Quién es? -Buscó a tientas la luz y parpadeó cuando la deslumbró de repente.

-Sabes muy bien quién coño soy. ¿Cómo has tenido la cara dura de llamarme para escupirme tu mierda? Cierra la boca, Tony. Le voy a cantar las verdades.

-¿Rene? -Al reconocer la voz de fondo de su marido, intentando apaciguar a la otra, Claudia intentó despabilarse y pensar, olvidando el desbocado latir de su corazón-. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

-Deja ya de hacerte la ingenua, coño. Puede que funcione con Tony, pero a mí no me engañas. Sé muy bien lo que eres. Tú eres la zorra, no yo. Tú eres la puta mentirosa e hipócrita. Como se te ocurra volver a llamar...

-Yo no he llamado. -Claudia se subió el embozo hasta el mentón, esforzándose por serenarse-. No sé de qué estás hablando.

-Pues habrá sido la zorra de tu hija, me da igual. Que te quede bien claro. Hace años que estás fuera de juego. Eres una frígida marchita. Una virgen de cincuenta años. Tony y yo hemos visto a los abogados y vamos a hacer legal lo que todo el mundo sabe desde hace años. No hay un solo hombre que te quiera. Salvo por el dinero de tu madre.

-Rene, Rene. Basta ya. ¿Claudia?

Claudia oyó la voz de Tony a pesar del golpeteo que sentía en las sienes.

-¿Por qué hacéis esto? -preguntó.

-Lo siento. Alguien ha llamado para insultar a Rene. Está muy

alterada. - Tony tuvo que gritar para hacerse oír a pesar de los chillidos de Rene-. Por supuesto yo le he dicho que tú nunca harías una cosa así, pero está... está muy alterada -repitió, y parecía abatido-. Tengo que dejarte. Te llamaré mañana.

-Está alterada -susurró Claudia, y empezó a mecerse cuando el pitido del teléfono comenzó a zumbar en su oreja-. Y por supuesto tiene que tranquilizada. ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de mí?

Colgó y apartó las sábanas antes de ceder a su primer impulso de hacerse un ovillo en la cama.

Estaba temblando cuando se puso una bata y hurgó en el cajón de la ropa interior en busca de su paquete de cigarrillos de emergencia. Cuando lo encontró, se lo metió en el bolsillo, abrió la puerta acristalada y salió a la noche.

«Necesitaba tomar el aire, fumar un cigarrillo. Necesitaba paz», pensó Claudia, atravesando la terraza a toda prisa para bajar por unos escalones de piedra.

¿No bastaba con que el único hombre al que había amado, el único hombre al que se había entregado, no la hubiera cuidado, no la hubiera respetado lo bastante para cumplir sus votos? ¿Tenía que verse acosada ahora por su última sustituta, que la despertaba en medio de la noche para insultada a gritos?

Se alejó de la casa y atravesó los jardines, manteniéndose en la sombra para que no la vieran por las ventanas, si había alguien despierto.

«Apariencias -pensó, enfureciéndose al darse cuenta de que tenía las mejillas húmedas-. Tenían que mantener las apariencias a toda costa. No sería correcto que alguno de los criados viera a la señora Giambelli fumando entre los arbustos en medio de la noche. No sería correcto que nadie viera a la señora Giambelli intentando superar un ataque de histeria con un cigarrillo.»

Media docena de personas podían haber llamado a Rene, pensó con amargura. Y seguramente merecía todos los insultos que le hubiera dedicado cada una de ellas. Por el tono de voz de Tony, Claudia comprendió que sabía muy bien quién había llamado, pero era más fácil dejar que Rene creyera que había sido la esposa despechada en lugar de una amante más reciente. Era más fácil dejar que la resignada Claudia se llevara las bofetadas y los insultos.

-No tengo cincuenta años -musitó, peleándose con el mechero-. Ni soy una maldita virgen.

-Yo tampoco.

Claudia giró en redondo, dejando caer el mechero, que se estrelló contra el suelo de piedra. La ira se mezcló con la vergüenza cuando David Cutter emergió de las sombras a la luz de la luna.

-Siento haberte asustado -dijo, y se agachó para recoger el mechero-. Pero he pensado que sería mejor que supieras que estaba aquí, antes de que siguieras hablando.

Encendió el mechero y observó a la luz las lágrimas en las mejillas y las pestañas húmedas. A Claudia le temblaban las manos, pero él las cogió entre las suyas para tranquilizada.

-No podía dormir -siguió diciendo-. Un nuevo lugar, una nueva cama... Estaba dando un paseo. ¿Quieres que siga paseando?

Fue la buena educación, supuso Claudia, lo que le impidió em

prender una rápida e indigna huida.

-Oficialmente no fumo.

-Yo tampoco. -Aun así, David aspiró con deleite el aire cargado de humo-. Lo he dejado. Me estaba matando.

-Yo nunca he fumado oficialmente. Así que de vez en cuando me escabullo y salgo fuera a pecar.

-Tu secreto está a salvo conmigo. Soy muy discreto. A veces es mejor desahogarse con un desconocido -dijo David. Viendo que ella meneaba la cabeza, hundió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros-. Bueno, la noche es muy agradable después de la lluvia. ¿ Quieres pasear?

Claudia quería volver corriendo a casa y esconderse bajo las sábanas hasta que pasara aquella nueva mortificación, pero sabía por experiencia que los momentos embarazosos se esfumaban más de prisa cuando uno los resistía y seguía adelante.

De modo que paseó con David.

-¿Os habéis instalado ya tú y tu familia? -preguntó cuando echaron a andar.

-Estamos en ello. Tenemos que aclimatamos. Mi hijo se metió en algunos líos en Nueva York. Cosas de crío, pero empezaban a ser frecuentes. Quería cambiar de ambiente.

-Espero que tus hijos sean felices aquí.

-Yo también lo espero. -Sacó un pañuelo de un bolsillo y se lo tendió en silencio-. Estoy impaciente por ver los viñedos a la luz del día. A la luz de la luna y con un toque de escarcha, tienen un aspecto espectacular.

-Se te da muy bien esto -musitó Claudia-. Lo de fingir que no has tropezado con una mujer histérica en plena noche.

-No me has parecido histérica. Parecías triste y furiosa. -« Y hermosa», pensó. Una bata blanca, una noche negra, como una fotografía estilizada.

-Acababa de recibir una llamada telefónica que me había alterado mucho.

-¿Ha habido algún accidente, algún herido?

-Sólo yo, y yo misma tengo la culpa.

Claudia se detuvo, se agachó para aplastar el cigarrillo y lo enterró bajo la tierra abonada a un lado del sendero. Luego se dio la vuelta y contempló a David.

Decidió que tenía un rostro atractivo, de fuerte mentón y ojos azules, de un azul oscuro que parecía negro en la noche. Una leve sonrisa le indicó que él sabía que lo estaba examinando, y que tenía la paciencia y la confianza suficientes para permitírselo.

Recordó entonces el modo en que sonreía al rodear a sus hijos con los brazos. Un hombre que amaba a sus hijos y los comprendía hasta el punto de comentar sus aficiones a una desconocida inspiraba confianza a Claudia.

En cualquier caso, era difícil mantener las apariencias cuando una estaba en bata con aquel hombre y de noche.

-¿Te has decidido ya? -preguntó él.

-Supongo que sí. De todas formas prácticamente vas a vivir con la familia, así que oirás cosas. Mi marido y yo estamos separados desde hace años. Hace poco, muy poco, me comunicó que nos divorciábamos.

Se va a casar con una chica muy joven, hermosa, mordaz y... muy joven -repitió, con un amago de carcajada-. Supongo que es ridículo que eso me moleste tanto. En todo caso, se trata de una situación difícil e incómoda.

-Será más difícil e incómoda para él si algún día se da cuenta de lo que ha dejado perder.

Claudia tardó unos instantes en asimilar el cumplido.

-Eres muy amable. .

-No, no es amabilidad. Eres hermosa, elegante e interesante. Claudia lo miró boquiabierta y él comprendió que no estaba acostumbrada a oír tales cosas. También eso era interesante.

-Es mucho lo que se pierde. El divorcio es duro -añadió-. Una especie de muerte, sobre todo si uno se había tomado en serio su matrimonio. Incluso cuando ya no queda nada más que la apariencia, es terriblemente duro ver cómo se resquebraja.

-Sí. -Claudia se sintió reconfortada-. Sí, lo es. Acabo de enterarme de que los abogados legalizarán el fin de mi matrimonio dentro de muy poco y supongo que será mejor que empiece a recoger los pedazos.

-Quizá deberías limitarte a barrer unos cuantos para quitártelos de en medio. -David puso la mano sobre su hombro y notó que ella se ponía tensa y se apartaba ligeramente-. Es tarde. Algunas de las reglas que se aplican a la luz del día no sirven a las tres de la madrugada, así que te lo voy a decir claramente. Me siento muy a traído por ti.

Claudia notó que se le hacía un nudo en el estómago, pero no sabía si era de placer o de ansiedad.

-Eso es muy halagador.

-No es un halago, es un hecho. Los halagos los dice un tipo en una fiesta para intentar ligar. Ya deberías saberlo.

David sonrió con desenvoltura, igual que la primera vez que se habían visto. De nuevo Claudia sintió que le daba un vuelco el corazón, pero esta vez más fuerte y profundo. Comprendió, estupefacta, que era pura atracción animal.

-He recibido muchos halagos a lo largo de la vida. Imagino que tantos como tú habrás tenido que desviar. Y por eso voy a hablar con toda sinceridad. -La sonrisa se desvaneció y sus ojos, oscuros entre las sombras, adquirieron una expresión seria-. En cuanto te he visto abrir la puerta hoy, ha sido como si me hubiera golpeado un rayo. Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

-David. -Claudia retrocedió otro paso, pero se acercó cuando el buscó su mano.

-No voy a intentar ligarte. Pero he pensado en hacerlo. -David le clavó una mirada intensa que aceleró su pulso-, Seguramente por eso no podía dormir.

-Apenas nos conocemos. Y yo... «Soy una virgen de cincuenta años», pensó. No, maldita sea, no lo era. Pero estaba bastante cerca de serlo.

-Cierto. No pensaba decirte esto tan pronto, pero me ha parecido el momento adecuado: una mujer hermosa en bata blanca bajo la luz de la luna y en un jardín. No se le puede pedir a un hombre que lo resista todo. Además, te dará algo en lo que pensar.

-Sí, desde luego. Debería irme.

-¿Quieres cenar conmigo? -Se llevó su mano a los labios; también

le pareció el momento adecuado. Se deleitó con el leve temblor y el aroma sutil que despedía-. ¿Pronto?

-No lo sé. -Claudia se desasió, sintiéndose como una jovencita tonta-. Yo... buenas noches.

Volvió apresuradamente por el sendero. Cuando llegó a los escalones estaba sin resuello. Sentía un nudo en el estómago y el corazón le latía desbocadamente. Hacía tanto tiempo que no experimentaba aquellas sensaciones que casi resultaba embarazoso.

Pero ya no estaba furiosa, ni tampoco se sentía triste.

Apenas pasaban unos minutos de la medianoche en Nueva York cuando Jeremy DeMorney recibió una llamada. La persona que hablaba al otro extremo no era para él más que una herramienta que utilizaba cuando consideraba necesario.

-La siguiente etapa está preparada.

-Bien. -Sonriendo, Jerry se sirvió una copa de coñac-. Has tardado mucho en decidirte.

-Tengo mucho que perder.

-Pero más que ganar. En Giambelli te están utilizando y te echarán a la calle sin pensárselo dos veces, si conviene a sus propósitos. Tú lo sabes, yo lo sé.

-Mi posición sigue siendo segura. La reorganización no la ha cambiado.

-Por el momento. No creo que me hubieras llamado si no estuvieras preocupada.

-Estoy harta, eso es todo. Estoy harta de que no se valore mi esfuerzo. No me gusta que vengan unos de fuera a vigilarme y evaluar mi trabajo.

-Naturalmente. A Sophia Giambelli y Tyler MacMillan los están preparando para que se calcen las botas de mando. Y ellos se las pondrán, tanto si se lo merecen como si no. También está David Cutter. Un tipo listo. La Coeur lamenta mucho haberlo perdido. Cutter revisará con lupa las diferentes áreas de la compañía. Una revisión que bien podría sacar a la luz ciertas... discrepancias.

-He sido muy cuidadosa.

-Nunca es suficiente. ¿Qué cartas pondrás ahora sobre la mesa? Tendrá que ser algo mejor que la jugada de la que hablamos antes.

-El centenario. Si surgen dificultades durante la fusión, si hay disensiones sobre la campaña del año que viene, ello socavará los cimientos de la compañía. Puedo hacer ciertas cosas.

-¿Como envenenar a un viejo, por ejemplo?

-Eso fue un accidente.

El pánico, el tono quejumbroso del otro lado del hilo hizo son reír a Jerry. Todo era perfecto.

-¿Así es como tú lo llamas?

-Fue idea tuya. Tú dijiste que sólo se pondría enfermo.

-Oh, yo tengo muchas ideas. -Jerry se miró las uñas despreocupadamente. En La Coeur le pagaban por sus ideas (ideas mucho menos radicales), pero también porque se apellidaba DeMorney-. Tú la llevaste a la práctica. Y la pifiaste.

-¿Cómo iba a saber yo que tenía el corazón débil?

-Como te decía, nunca se pone el cuidado suficiente. Si quieres

matar a alguien, deberías empezar por la vieja en persona. Si ella desaparece, no podrán tapar los agujeros en el dique tan deprisa como nosotros los haremos.

-Lo mío no es asesinar a nadie.

-Permíteme que lo dude. -«Eso es lo tuyo, exactamente», pensó Jerry. «Y por eso harás todo lo que yo te pida»-. Me pregunto si a la policía italiana le interesaría exhumar el cadáver de Baptista, si casualmente recibieran una instructiva llamada anónima. Has matado -añadió Jerry después de una larga pausa-. Será mejor que hagas todo lo que sea necesario para salir de ésta. Si quieres mi ayuda y mi apoyo económico para continuar, tendrás que demostrarme lo que eres capaz de hacer por mí. Puedes empezar por conseguirme copias de todo: los documentos legales, los contratos y los planes para la campaña publicitaria. Quiero estar al tanto de cada paso que dan, tanto en Venecia como en Napa.

-Será arriesgado. Llevará su tiempo.

-Se te pagará por el riesgo. Y el tiempo. -Jerry era un hombre paciente y rico, y podía permitírselo. Invertiría su paciencia y su dinero en enterrar a los Giambelli-. No vuelvas a ponerte en con tacto conmigo hasta que tengas algo útil.

-Necesito dinero. No puedo conseguir lo que pides sin... -Dame algo que pueda usar. Entonces te pagaré. Contra reembolso; así es como funciona.

-Son parras. Ya lo ves.

-Serán mucho más que eso para nosotros. Las parras -explicó David a su malhumorado hijo- servirán para comprarte tus hamburguesas y tus patatas fritas en un futuro inmediato.

-¿Y también para comprarme el coche?

David miró por el espejo retrovisor.

-No tientes tu suerte, muchacho.

-Papá, no se puede vivir aquí, en medio de la nada, sin estar motorizado.

-En cuanto dejes de respirar, iré a la tienda de coches usados más cercana.

«Tres meses antes... diablos -pensó David-, tres meses antes aquel comentario habría obtenido un silencio glacial como respuesta, o tal vez una pulla.» Al ver que Theo respondía apretándose la garganta, poniendo los ojos en blanco y tirándose sobre el asiento de atrás fingiendo ahogarse, se le alegró el corazón.

-Sabía que debería haber ido a las clases de primeros auxilios -dijo David distraídamente y giró el volante para entrar en las bodegas MacMillan.

-No pasa nada. Si estira la pata, tendremos más patatas fritas para nosotros.

A Maddy no le importaba madrugar ni recorrer en coche colinas y valles. Lo que le fastidiaba era no tener nada que hacer. Su mayor esperanza en aquel momento era que su padre se ablandara y acabara comprándole el coche a Theo. Entonces podría engatusar a su hermano para que la llevara a alguna parte, a cualquier parte.

-Bonito lugar. -David aparcó la furgoneta y se apeó para contemplar los campos y los peones que podaban las vides en aquella

helada mañana-. Y esto, todo esto, hijos míos -prosiguió, rodeándolos a los dos con los brazos cuando también se apearon-, no seránunca vuestro.

-A lo mejor alguno de ellos tiene una hija pequeña. Nos casa remos y entonces tú trabajarás para mí.

David se estremeció.

-Me asustas, Theo. Vamos a echar un vistazo.

Ty divisó al trío que se acercaba entre las hileras de vides y lanzó un reniego por lo bajo. «Turistas», pensó, en busca de un guía amable. Él no tenía tiempo para serio. Y no quería desconocidos en sus campos.

Pensó en acercarse y hacedes desistir, pero se detuvo y miró a Sophia. Decidió que aquello era cosa suya. Que se ocupara ella de la gente, que ya se ocuparía él de las vides.

Se acercó a ella y observó a regañadientes que hacía bien el trabajo.

-Vienen unos turistas -le dijo-. ¿Por qué no te tomas un descanso y los llevas a la sala de degustación? Alguien habrá por allí que les haga de guía.

Sophia se incorporó y se dio la vuelta para ver a los recién llegados. El padre y el hijo parecían salidos de una tienda de caza y pesca, mientras que la hija tenía un aire decididamente gótico.

-Claro, ya me ocupo yo. -« Y de paso me tomaré una agradable taza de café caliente», pensó Sophia-. Pero un breve vistazo a las viñas y una breve explicación sobre la poda nos conduciría agradablemente a la bodega y haría que el padre se sintiera más inclinado a comprar un par de botellas.

-No quiero extraños merodeando por mis viñedos.

-No seas tan posesivo y maniático.

Sophia esbozó una sonrisa radiante, cogió a Ty de la mano y lo arrastró hacia la familia.

-¡Buenos días! Bienvenidos a los viñedos MacMillan. Yo soy Sophia y éste es Tyler. Estaremos encantados de contestar a sus preguntas. Ahora es la época de la poda de invierno, una parte escencial, vital incluso, del proceso de elaboración del vino. ¿Están de visita por el valle?

-En cierto modo -respondió David. Sophia tenía los ojos de su a huela, pensó, la misma forma y su profundidad. Los de Claudia eran más suaves, más claros, con matices dorados-. En realidad esperaba encontrados a los dos. Soy David Cutter y éstos son mis hijos. Theo y Maddy.

-Ah.

Sophia se recobró rápidamente y estrechó la mano de David haciendo ya sus cálculos. «Viene a damos un repaso. Bueno, lo mismo podemos hacer nosotros.»

Hasta entonces sólo había averiguado que David Cutter era divorciado, que tenía a su cargo a dos hijos adolescentes y que había ascendido en la empresa de La Coeur con seguridad y eficacia a lo largo de dos décadas. Sabría más cosas tras aquel cara a cara.

-Bien, bienvenidos de nuevo. ¿Quiere que entremos en la bodega o en la casa?

-Me gustaría echar un vistazo a los viñedos. Hace bastante que no

veo la poda. -Al percibir el malhumor, la reserva y el resentimiento de Tyler, David se volvió hacia él-. Tiene usted unos hermosos viñedos, señor MacMillan. Y su producto es de calidad superior.

-Muy cierto. Y ahora tengo trabajo que hacer.

-Tendrá que perdonar a Tyler -dijo Sophia, apretando los dientes y cogiéndose fuertemente de su brazo para evitar que se fuera-. Las viñas son su obsesión y no piensa más que en ellas. Además, carece de don de gentes. ¿No es cierto, MacMillan?

-Las viñas no necesitan que se les dé conversación.

-Todas las cosas que crecen lo hacen mejor con estimulación auditiva. -Maddy no pestañeó al ver la expresión de fastidio de Ty-. ¿Por qué podan en invierno? -preguntó-. ¿Por qué no en otoño o en primavera?

-Podamos durante la temporada de letargo. -¿Por qué?

-Maddy -empezó su padre.

-No pasa nada. - Ty miró a Maddy con detenimiento. Puede que se vista como una aprendiza de vampiresa, pensó, pero tiene un rostro despierto

-Esperamos a la primera helada que deja las vides aletargadas. Podándolas las preparamos para que crezcan de nuevo en primavera. La poda invernal reduce la cantidad de uva. Buscamos calidad, no cantidad. Unas vides sobrecargadas producen demasiadas uvas de calidad inferior. -Volvió a mirar a David-. Supongo que no tendrán muchos viñedos en Manhattan.

-No, desde luego, y ésa es una de las razones por las que acepté este trabajo. Echaba de menos los viñedos. Hace veinte años pasé un mes de enero muy frío y húmedo en Burdeos, podando viñas para La Coeur. He vuelto a trabajar en el campo de vez en cuando a lo largo de los años, sólo para no olvidado. Pero nada comparado con aquel largo invierno.

-¿Me enseña cómo se hace? -pidió Maddy a Tyler. -Bueno, yo…

-Yo te enseñaré -dijo Sophia, toda sonrisas, compadeciéndose de Tyler-. ¿Por qué no venís conmigo tú y Theo? Veremos cómo se hace la poda y luego entraremos en la bodega. Es un proceso fascinante, en serio, aunque en esta etapa parezca muy básico. Requiere precisión y una práctica considerable. Os lo mostraré. -Se llevó a los chicos un poco más lejos.

- Theo va a tropezar con su propia lengua. -David dejó escapar un suspiro-. No es de extrañar, porque es una mujer hermosa.

-Sí, está muy bien.

El tono de advertencia que percibió David le obligó a disimular una sonrisa. Asintió con expresión seria.

-y yo tengo edad suficiente para ser su padre, así que no se preocupe por mí.

Desde el punto de vista de Tyler, Cutter era justamente la clase de hombre que solía interesar a Sophia: mayor, más elegante, con más clase que él. Bajo aquel atuendo deportivo había mucha clase, aunque él fuera un trabajador no le impedía darse cuenta. Pero ésa no era la cuestión.

-Entre Sophia y yo no hay nada -dijo con rotundidad.

-Como quiera. Aclaremos las cosas, ¿de acuerdo? No estoy aquí para interponerme en su camino ni molestade en su trabajo. Usted es el

viticultor, MacMillan, no yo. Pero tengo intención de cumplir con mi trabajo y mantenerme al corriente de cada paso que se dé en los viñedos.

-Usted tiene la oficina. Yo tengo los viñedos.

-No, no del todo. Me han contratado para coordinar, para supervisar y porque entiendo de viñas. No soy sólo un oficinista y, francamente, estaba harto de intentar serlo. ¿Me permite?

Sacó las tijeras de podar del cinturón de herramientas de Tyler y se volvió hacia la hilera de vides más cercana. Tal como estaha, sin siquiera guantes, alzó los sarmientos aquí y allá e hizo un corte.

Fue rápido, eficaz y correcto.

-Entiendo de viñas -repitió, tendiendo las tijeras a Tyler-. Pero eso no significa que sean mías.

Tyler cogió las tijeras con irritación y las volvió a meter en la vaina del cinturón, como si de una espada se tratara.

-De acuerdo, dejemos en claro algunas cosas más. No me gusta tener a nadie espiándome por encima del hombro, sabiendo que va a ponerme nota como si estuviera en el instituto. Estoy aquí para hacer vino, no amigos. No sé cómo hacían las cosas en La Coecur, ni me importa. Yo dirijo estos viñedos.

-Los dirigía -dijo David sin alterarse-. Ahora los dirigimos los dos, tanto si nos gusta como si no.

-No nos gusta -dijo Ty escuetamente, y se alejó a grandes zancadas.

«Terco, inflexible, posesivo -pensó David-. Tendría una pequeña e interesante batalla que librar.» Volvió la vista hacia el lugar donde Sophia entretenía a sus hijos. A las hormonas disparadas de Theo sólo les faltaba parpadear con una luz roja. «Eso -pensó David, sintiéndose cansado-, complicaría las cosas.» Se acercó a ellos y miró con aprobación *cómo* su hija podaba un sarmiento.

-Buen trabajo. Gracias -dijo David a Sophia.

-Ha sido un placer. Supongo que querrá que nos reunamos para que le informe sobre los planes para la campaña de promoción. Estoy montando un despacho en la villa. ¿ Le iría bien esta tarde? ¿A las dos?

«Chica lista -pensó él-. Hacía el primer movimiento y elegía el terreno. Qué familia.»

-Sí, perfecto. Ahora me llevaré a estos dos para que dejen de molestada.

-Quiero ver el resto -dijo Maddy-. En casa no hay nada que hacer. Me aburro.

-No hemos terminado de deshacer el equipaje.

-¿Tiene prisa? -dijo Sophia, poniendo una mano sobre el hombro de Maddy-. Porque si no podría dejar a Theo y Maddy conmigo. Tengo que volver a la villa dentro de una hora poco más o menos, y puedo dejados en casa. Están en la casa de invitados, ¿verdad?

-Sí -David miró su reloj. Aún faltaba para su reunión-. Bueno, si no le estorban...

-En absoluto.

-De acuerdo. Nos veremos a las dos. Y vosotros, no causéis problemas.

-Cualquiera diría que los buscamos -murmuró Maddy.

-Si no los buscas -dijo Sophia cuando David se alejó-, nunca te

divertirás demasiado.

Le gustaban los chicos. El intenso interrogatorio al que la sometía Maddy era interesante y la mantenía alerta. Y era agradable convertirse en objeto del enamoramiento a primera vista de un adolescente.

Además, ¿quién sabía más sobre un hombre, *cómo* se comportaba, *cómo* pensaba o qué planes tenía, que sus propios hijos? Una mañana *con* los hijos de David Cutter sería interesante e instructiva.

-Vamos a buscar a Ty -sugirió-, para que *nos* enseñe los viñedos. Yo *no* estoy tan familiarizada *con* las bodegas MacMillan como mil las Giambelli. -Guardó sus tijeras de podar-. Así todos aprenderemos algo.

CIaudia se paseaba *por* el despacho de la jueza Helen *Moore* inlentando *no* ceder al pánico. Tenía la impresión de que había perdido el control de su vida y *no* sabía muy bien *cómo* recuperado. Pero lo peor era que ya no estaba segura de queredo.

Lo que sí sabía era que debía tomar alguna medida. Estaba más que harta de sentirse utilizada.

Sobre todo necesitaba a una amiga *con* quien hablar. Apenas había visto a su madre y a su hija aquella mañana. Las había evitado, por cobardía, supuso, para no tener que enfrentarse con rllas. Necesitaba tiempo para restañar las heridas, para tomar dec:isiones, para aplacar el ridículo dolor que seguía royéndole las entrañas.

Instintivamente, se llevó la mano a la alianza de boda para juguelear con ella, pero ya *no* estaba. Tendría que acostumbrarse al dedo desnudo. No, maldita sea. Aquella misma tarde iría a comprarse un anillo extravagantemente caro para el dedo anular de la mallo izquierda.

«Un símbolo -pensó-, de libertad y de un nuevo comienzo.» Del fracaso.

Con un suspiro de derrota, se dejó caer en una butaca justo cuando Helen irrumpía en su despacho.

Lo siento, nos hemos excedido un poco de la hora.

No importa. Tienes siempre un aspecto distinguido y aterrador con tu toga.

-Si algún día consigo perder los kilos de más, llevaré un biquini debajo.

Se quitó la toga y la colgó. En lugar del biquini, llevaba un traje marron convencional. «Demasiado aire de matrona -pensó Claudia, demasiado severo, y típico de Helen.»

-Te agradezco mucho que me hayas hecho un hueco hoy. Sé que estais siempre muy ocupada.

-Disponemos de dos horas. -Helen se sentó en su butaca, tras la mesa, se quitó los zapatos y movió los dedos-. ¿Quieres ir a, comer?

-La verdad es que no. Helen... ya sé que no eres abogada matrimonialista, pero... Tony se está moviendo para acabar cuanto antes y yo no sé qué hacer.

-Yo me ocuparé, Claudia. O te recomendaré a alguien. Conozco a unos cuantos tiburones que te harían el trabajo sucio.

-Me sentiría más cómoda si te encargaras tú personalmente y si fuera todo lo más sencillo posible, e igual de limpio.

-Bueno, es una decepción. -Helen frunció el entrecejo y se subió las gafas-. Me encantaría despedazar a Tony. Necesito todos tus documentos financieros -añadió, sacando un cuaderno de notas-. Por suerte te obligué hace años a separar tus finanzas de las suyas. Pero

vamos a aseguramos de que no te quedes con el culo al aire. Es posible que exija dinero, propiedades y demás. No vamos a ceder en nada.

Se bajó las gafas para mirar a Claudia por encima de la montura con una expresión que aterrorizaba a los abogados.

-Hablo en serio, Claudia. No se llevará nada. Tú eres la parte ofendida. Él ha solicitado el divorcio para volver a casarse. Se irá con lo que vino. No voy a permitir que se aproveche de ti. ¿Lo has entendido?

-No es cuestión de dinero.

-Para ti no. Pero él lleva un alto tren de vida y querrá seguir como hasta ahora. ¿Cuánto le has ido dando durante los últimos diez años?

Claudia se agitó con turbación en el asiento.

-Helen...

-Exacto. Préstamos que nunca te ha devuelto. La casa de San Francisco, la casa en Italia. El mobiliario de ambas propiedades. -Vendimos...

-Él vendió -la corrigió Helen-. Entonces no quisiste escuchar me pero ahora lo harás, o si no ya puedes ir buscándote otro abogado. No recibiste nunca tu parte de las propiedades que se compraron con tu dinero. y sé muy bien que se ha apoderado también de buena parte de tus joyas y tus propiedades personales. Eso ha terminado.

Volvió a subirse las gafas y se recostó en el asiento. El gesto pasó de ser el de una jueza al de una amiga.

-Claudia, yo te quiero, y por eso voy a decirte una cosa. Has dejado que te tratara como a un felpudo. Maldita sea, sólo te faltó coserte un Bienvenido en las tetas e invitarle a que te pisoteara. Y las personas que te queremos detestábamos verlo.

-Quizá tengas razón -dijo Claudia. No pensaba llorar ahora, solo digerir la nueva herida-. Le amaba, y una parte de mí creía que volvería a amarme si me necesitaba. Anoche ocurrió algo que ha cambiado las cosas. Que me ha cambiado a mí, supongo.

-Cuéntame. .

Claudia se levantó y, paseándose por el despacho, le habló de la llamada telefónica.

-Al oírle pronunciar aquellas disculpas fingidas y cortarme luego para aplacar a Rene, cuando era ella la que me había atacado a mí, sentí asco de todos nosotros. Y después, cuando me calmé, me di cuenta de otra cosa: ya no le amo, Helen. Quizá lleve años sin amarle. Es patético.

- Ya no. -Helen cogió el teléfono-. Vamos a pedir que nos traiga algo de comer. Te explicaré lo que debemos hacer. Luego, lo haremos, querida mía. -Extendió una mano-. Déjame ayudarte. Ayudarte de verdad.

-De acuerdo -dijo Claudia con un suspiro-. ¿Nos llevará más de una hora?

-No creo. ¿Carl? Pídeme dos muslos de pollo con ensalada, dos ca- puchinos y una botella grande de agua con gas. Gracias. –Colgó- Perfecto.

-Claudia volvió a sentarse-. ¿Hay alguna joyería por aquí que sea carísima?

-Pues la verdad es que sí. ¿Por qué?

-Si tienes tiempo antes de volver a ponerte la toga, podrías

acompañarme a comprar algo simbólico y llamativo. -Alzó la mano izquierda-. Algo que ponga verde de envidia a Rene cuando lo vea.

Helen mostró su aprobación asintiendo.

-Ahora nos entendemos.

El domingo llegó como un bálsamo sobre una leve quemadura. No pasaría la mañana vestida de algodón y franela, podando vides. No tendría a Ty echándole el aliento en la nuca, esperando a que cometiera un error.

Podía marcharse a la ciudad, ir de compras, ver gente. Recordaría lo que era tener vida propia.

Con esta idea en la cabeza, Sophia pensó en llamar a una de sus amigas para pasar unas horas en agradable compañía. Luego decidió que prefería pasar aquel tiempo de ocio con su madre. Ya haría planes con los amigos el siguiente día que tuviera libre. Pasaría el fin de semana en San Francisco, daría una fiesta en su apartamento, iría a un club. Pero aquel domingo convencería a su madre para que pasaran el día juntas como dos buenas amigas.

Sophia llamó a la puerta del dormitorio de su madre con premura y abrió sin esperar respuesta. Nunca tenía que esperar a su madre. La cama ya estaba hecha y las cortinas descorridas para dejar pasar la vacilante luz del sol. Cuando entró Sophia, salió Maria del cuarto de baño.

-¿Y mi madre?

-Oh, hace rato que ha salido. Creo que está en el invernadero. -La encontraré. -Sophia retrocedió y titubeó antes de preguntar-: Maria, apenas la he visto entre semana. ¿Está bien?

Maria apretó los labios y empezó a toquetear innecesariamente las rosas amarillas que había sobre el tocador de Claudia.

-No duerme bien, eso se nota. Come menos que un pájaro y sólo si le insisto. Ayer mismo la reñí y ella dijo que era por el estrés de las vacaciones. -¿Qué estrés? -Maria alzó las manos al cielo-. A tu madre le encanta la Navidad. Es ese hombre el que la tiene así. No diré nada malo de tu padre, pero si mi niña se pone enferma por su culpa, me va a oír.

-Comprendo -musitó Sophia-. Nosotras cuidaremos de ella, Maria. Ahora bajaré a buscada.

-¡Haz que coma!

«Navidad -pensó Sophia cuando bajaba deprisa las escaleras-. I,a excusa perfecta. Pediría a su madre que la ayudara con unas compras de Navidad de última hora.»

Sophia recorrió la casa apresuradamente. Las flores de Pascua de su madre, estrellas rojas y blancas en docenas de macetas plateadas, se mezclaban con bonitos arreglos de acebo por el vestíbulo. En los umbrales de las puertas había guirnaldas de hojas entrelazadas con diminutas luces blancas y relucientes cintas rojas.

Los tres ángeles Giambelli estaban sobre la larga mesa del saón familiar. «Teresa, Claudia y Sophia -pensó-. Los rostros tallados las representaban a la edad de doce años.»

Cuánto se parecían las tres. Vedas le producía siempre una pequeña sacudida, un leve placer. Era la continuidad, el innegable vínculo de sangre de aquellas tres generaciones. En su momento, recibir aquel

ángel había sido todo un acontecimiento para ella. Le había emocionado ver sus propias facciones en aquel cuerpo grácil y alado. Al acariciar los ángeles con la punta de los dedos, comprendió que seguían emocionándola.

Un día sería ella quien encargaría un ángel para su hija. «Qué extraño pensamiento -se dijo-. No era desagradable, pero sí extraño. La siguiente generación tendría que empezada ella.»

Comparada con quienes la habían precedido, se había retrasado un poco con aquel deber familiar en concreto. Claro que no era algo que pudiera señalar en su calendario: enamorarse, casarse y concebir.

No, tales cosas no se programaban fácilmente. Imaginaba que disfrutaría de ellas con el hombre adecuado en el momento adecuado. Pero era muy fácil equivocarse, demasiado. Y el amor, el matrimonio y los hijos no podían anularse como una cita con el dentista.

A menos que uno fuera Anthony Avano, se corrigió, enojándose enseguida al notar la punzada de rencor que acompañaba a aquel pensamiento. No tenía la menor intención de seguir los pasos de su padre. Cuando hiciera su elección y las promesas que comportaba, sería para siempre.

Sin embargo, por el momento los tres ángeles habrían de seguir siendo tres.

Se volvió para examinar la habitación. Velas entre hojas y adornos dorados y plateados y más plantas artísticamente dispuestas. El gran árbol, uno de los cuatro que adornaban tradicionalmente la villa, cubierto de guirnaldas de cristal y preciosos adornos traídos de Italia, se erguía majestuoso junto a las ventanas. Los regalos se habían dispuesto ya debajo del árbol y la casa olía a pino y a la cera de las velas.

«El tiempo se le había escapado de las manos -pensó Sophia, sintiéndose culpable-. Su madre, su abuela y todo el personal habían trabajado de lo lindo para adornar la casa, mientras ella se sumergía en el trabajo.»

Debería haber ayudado, pero no. «No lo habías anotado en tu agenda, ¿verdad, Sophia?», pensó, haciendo una mueca. La fiesta anual navideña estaba ya cerca y ella no había colaborado en los preparativos.

Quiso reparar su error inmediatamente y salió de la casa. Enseguida lamentó no haberse puesto una chaqueta, pues el aire era glacial. En lugar de volver a entrar, echó a correr por el sinuoso sendero de piedra, viró hacia la izquierda y siguió a toda prisa hasta el invernadero.

El calor húmedo resultó muy acogedor.

-¿Mamá?

-Aquí, Sophia. Espera a ver mis narcisos. Son espectaculares.

Creo que los llevaré al salón con la amarilis. Le darán un toque muy festivo.

Claudia se interrumpió y alzó la vista.

-¿Dónde está tu chaqueta?

-La he olvidado.

Sophia se inclinó para besar a su madre en la mejilla y luego la escrutó de arriba abajo. Su madre llevaba un suéter viejo, arremangado hasta los codos y suelto en las caderas, y se había recogido el pelo en la nuca.

-Estás más delgada.

-Oh, no. -Claudia desechó la idea moviendo las manos enfun

dadas en sucios guantes de jardinero-. Seguro que has hablado con Maria. Si no me doy un atracón tres veces al día, está convencida de que me consumiré. La verdad es que he cogido dos galletas al salir y espero que me salgan por las caderas en cualquier momento. -Con eso aguantarás hasta la hora de comer. *Te* invito. Aún no he hecho mis compras de Navidad, necesito que me ayudes.

-Sophia. -Claudia meneó la cabeza, apartó un largo macetero con narcisos y empezó a trajinar en los tulipanes que había plantado. Florecerán, pensó, y darán color a los tristes días invernales-.

Empezaste tus compras en junio y las terminaste en octubre, como sicmpre, para que todos los demás te odiemos.

-Vale, me has pillado. -Sophia se encaramó a la mesa de trahajo para sentarse-. Pero me muero de ganas de ir a la ciudad unas horas. Ha sido una semana brutal. Pasemos el día juntas.

-Estuve en la ciudad hace un par de días. -Claudia frunció el clltrecejo y apartó los tulipanes-. Sophia, ese nuevo orden de cosas qllt' impuso tu abuela, ¿te exige demasiado? *Te* levantas al amanecer todos los días y luego te pasas horas en el despacho de la villa. Sé que no has salido con ninguno de tus amigos.

-Trabajo mejor bajo presión. Aun así, me haría falta un ayudante y, según creo, se suponía que ibas a serio tú.

-*Cara,* las dos sabemos que no te serviría de nada.

-No, yo no lo sé. De acuerdo, pasemos al plan B. Voy a ponterte a trabajar. Ya has decorado la casa y te ha quedado preciosa, por cierto. Siento no haberte ayudado.

-Estabas ocupada.

-No debería haber. estado demasiado ocupada para eso. Pero a hora estamos en horario de oficina y de ahí pasaremos a los preparativos para la fiesta. Tienes que ponerme al día, lo que forma parte de los deberes de una ayudante. Bien, ¿qué flores quieres llevar? *Te* ayudo y luego empezamos a trabajar.

-Sophia, en serio -dijo Claudia, pensando que su hija era capaz de marear a cualquiera.

-Sí, en serio. *Tú* eres la aprendiza y yo soy la jefa. -Se bajó de la mesa de trabajo y se *frotó* las manos-. Voy pasarte cuentas por todos los años que me mangoneaste, sobre todo entre los doce y los quince.

-No, la edad del pavo no. No puedes ser tan cruel.

-Ya lo creo. Me has preguntado si el nuevo sistema es demasiado para mí. No, no lo es, pero se acerca. No estoy acostumbrada a archivar, coger las llamadas y mecanografiar. Dado que no pienso admitirlo delante de la *nonna,* ni de MacMillan, me siento un pelin agobiada y tú podrías ayudarme.

Claudia resopló y se quitó los guantes.

-Haces esto para mantenerme ocupada, igual que Maria me persigue para que coma.

-En parte -admitió Sophia-. Pero eso no cambia el hecho de que cada día tengo que dedicarme a hacer el trabajo básico de oficina. Si pudiera prescindir de él, tal vez podría volver a salir durante esta década. Echo de menos a los hombres.

-De acuerdo. Pero no me eches la culpa si luego no encuentras

nada en tus ficheros. -Claudia se quitó la goma que le sujetaba el pelo y se peinó con los dedos-. No he hecho trabajo de oficina desde que tenía dieciséis años, y me disgustaba tanto que mamá me despidió. Se dio la vuelta y se echó a reír, pero entonces se dio cuenta de que Sophia le miraba la mano, boquiabierta.

Avergonzada, Claudia estuvo a punto de esconder la mano y el rubí de cinco quilates a la espalda.

-Es un poco excesivo, ¿verdad?

-No lo sé. Creo que me ha dejado ciega el resplandor. –Sophia cogió la mano de su madre, miró el rubí cuadrado y los increíbles diamantes engastados a su alrededor-. ¡Caray! *Magnifico.*

-Quería algo para este dedo. Debería habértelo dicho. Has estado tan ocupada... Maldita sea. -Claudia trató de explicarse-. He aprovechado tu apretado horario para no tener que hablar contigo. Lo siento.

-No tienes que pedirme perdón por haberte comprado un anillo, mamá. Aunque creo que éste podría considerarse un pequeño monumento.

-Estaba enfadada. Estas cosas no deben hacerse cuando una está enfadada. -Para tener ocupadas las manos, Claudia recogió los útiles de jardinería y empezó a guardados en su sitio-. Cariño, Helen va a ocuparse del divorcio por mí. Debería haber...

-Bien. No dejará que te desplume. No me mires así, mamá. Siempre has procurado no decir nada contra mi padre. Pero no soy ciega ni estúpida.

-No. -Abrumada por la tristeza, Claudia dejó la pequeña pala que tenía en la mano-. No, nunca has sido ni una cosa ni otra. –y había visto y oído muchas cosas impropias para una niña.

-Si le dejas, se quedará con tu dinero y con cualquier otra cosa que no esté clavada al suelo. No podría evitado. Me siento mejor sabiendo que tía Helen vela por tus intereses. Ahora vamos a llevar estas flores a casa.

-Sophia. -Claudia puso una mano sobre el brazo de su hija, cuando cogió una maceta de amarilis-. Siento que todo esto te haga daño.

-Tú nunca me has hecho daño. Él siempre. Supongo que tampoco eso puede evitado. -Cogió una segunda maceta-. Rene se va a quedar patidifusa cuando vea ese pedrusco.

-Lo sé. Ésa era la idea.

Durante más de cincuenta años, Giambelli California había celebrado suntuosas fiestas de Navidad para familiares, amigos, empleados y colegas, y la lista había ido creciendo a medida que crecía la empresa.

Siguiendo la tradición establecida por la rama italiana, las fiestas se celebraban el mismo día, el último sábado antes de Navidad. La casa se abría a familia y amigos, y las bodegas a los empleados. Los colegas se distribuían dependiendo de su posición.

Las invitaciones para la casa valían su peso en oro y a menudo se utilizaban como símbolo de posición social o de éxito. Los Giambelli no escatimaban dinero en la fiesta de las bodegas. La comida y el vino eran abundantes y de excelente calidad, así como los adornos y las diversiones.

Se esperaba de todos los miembros de la familia que hicieran acto de presencia en ambas celebraciones.

Sophia llevaba haciéndolo desde los quince años y sabía por experiencia que la fiesta de las bodegas era mucho más divertida, y menos llena de parientes fastidiosos.

Oyó a uno de los retoños de su prima Gina chillando al otro lado del pasillo. Su esperanza de que Don y su familia se quedaran en Italia se había visto frustrada con la llegada de todo el grupo la víspera de la fiesta.

Aun así, su presencia no sería tan molesta como la de su padre y Rene. Su madre había insistido en que fueran invitados, apoyada por *la signora.* Sophia se consoló pensando que la invitación era para la fiesta de las bodegas, lo que sin duda sacaría de quicio a Rene, pensó mientras se ponía sus pendientes: dos lágrimas de diamante…

Retrocedió unos pasos para mirarse en el espejo de pie. El reluciente vestido plateado con una chaqueta corta a juego le sentaba estupendamente. El escote redondo enmarcaba a la perfección el collar de diamantes. Tanto el collar como los pendientes habían sido de su bisabuela.

Se dio la vuelta para comprobar el forro de la falda e invitó a entrar a quien había llamado a la puerta.

-¡Fíjate! -dijo Helen, entrando en la habitación. Estaba guapa y rolliza en su vestido rosa-. Lanzas destellos por todos lados.

-Es magnífico, ¿verdad? -Sophia hizo otro giro-. Me lo compré en Nueva York, pensando en la Nochevieja, pero he tenido que utilizado para esta noche. ¿No queda muy exagerado con los diamantes?

-Los diamantes nunca son exagerados. -Cerró la puerta-. Cariño, quería hablar contigo un momento a solas. Siento tener que decirte esto ahora, justo antes de que tengas que relacionarte con docenas de personas, pero Claudia me ha dicho que Tony *y* Rene están invitados.

-¿Qué ocurre?

-El divorcio se hizo definitivo ayer. En realidad no era más que una mera formalidad después de tantos años. Tony tenía prisa *y* no ha complicado las cosas con negociaciones financieras, de modo que se trataba tan sólo de cumplimentar los documentos.

-Comprendo. -Sophia cogió su bolso de noche, lo abrió *y* lo volvió a cerrar-. ¿Se lo has dicho a mamá?

-Sí. Acabo de hacerla. Está bien. O al menos lo aparenta. Sé que para ella es importante que tú hagas lo mismo.

-No te preocupes por mí, tía Helen. -Cruzó la habitación *y* le cogió las manos-. Eres como una roca. No sé qué habría hecho mamá sin ti.

-Necesita seguir con su vida.

-Lo sé.

-y también tú. -Apretó las manos de Sophia-. No des a Rene la satisfacción de ver que esto te afecta.

-No lo haré.

-Bien. Ahora tengo que bajar para vigilar a mi marido. Si dejo solo a James tan temprano, se hinchará de canapés *y* arruinará la presentación. -Abrió la puerta *y* volvió la vista atrás-. Tony no ha hecho muchas cosas admirables en la vida. Tú eres una de ellas.

-Gracias.

Una vez sola, Sophia dejó escapar un largo suspiro. Luego cuadró

los hombros *y* se acercó de nuevo al espejo. Abrió el bolso, sacó el pintalabios *y* se pintó los labios de rojo sangre.

David bebía un Merlot de gran cuerpo en medio de la muchedumbre que atestaba la bodega de muros de piedra, intentando seguir el ritmo de la banda que entusiasmaba a su hijo en aquel momento, *y* recorriendo la sala con la mirada en busca de Claudia.

Sabía que los Giambelli aparecerían por allí. Le habían dado instrucciones sobre la pompa *y* el protocolo que debía seguir en las fiestas. Se suponía que debía repartir su tiempo entre las dos, lo que constituía un deber *y* un privilegio a la vez, aunque no se lo habían dicho con aquellas palabras exactas.

Estaba aprendiendo rápidamente que casi todo en aquella organización se consideraba tanto una cosa como la otra.

No se quejaba. Había aceptado un reto que necesitaba. La compensación económica era buena, lo cual apreciaba. Y trabajaba en una compañía por la que sentía un gran respeto, lo cual tenía en gran valor.

Todo lo que había visto en las semanas que llevaba allí había confirmado que Giambelli-MacMillan era un barco seguro *y* familiar, gobernado con eficacia *y* poco sentimiento. No era frío, pero sí calculador. Allí el producto era el rey. Se respetaba *y* se esperaba dinero, pero no era la meta principal. Era el vino. En sus últimos años con La Coeur, había descubierto exactamente lo contrario.

Ahora, al ver a su hijo disfrutando *y* a su hija interrogando a un pobre viticultor sobre algún punto del proceso de elaboración del vino, se puso contento. El cambio había sido lo que todos necesitaban.

-David, me alegro de verte.

Se dio la vuelta *y* se sorprendió un poco al ver el rostro sonriente de *Jeremy* DeMorney.

-Jerry, no sabía que estarías aquí.

-Procuro no perderme nunca la juerga anual de los Giambelli,

y siempre paso por la bodega antes de ir a la villa. Muy democrático por parte de *la signora* lo de invitar a representantes de la competencia.

-Es toda una señora.

-Única en su clase. ¿Qué tal te va trabajando para ella?

-Acabo de empezar. Pero la mudanza ha ido bien. Me alegro

de haber sacado a los chicos de la ciudad. ¿Qué tallas cosas por Nueva York?

-Nos las arreglamos sin ti. -La sonrisa de suficiencia no suavizó el comentario-. Lo siento, todavía estamos un poco dolidos. No nos gustó nada perderte, David.

-Nada dura eternamente. ¿Hay por aquí alguien más de La Coeur ?

-Ha venido Duberry desde Francia. Hace siglos que conoce a la vieja señora. Pearson representa al grupo local. También hay algunos representantes de otras bodegas. Nos da a todos la oportunidad,

de bebemos su vino y espiamos unos a otros. ¿Algún cotilleo para mí?

-Como ya te he dicho, acabo de empezar. -Hablaba despreocupadamente pero con cautela. La política de cotilleo y puñalada trapera de Jerry había sido una de las razones por las que no le había

costado nada dejar La Coeur-. Pero la fiesta es estupenda. Perdona, estaba esperando a alguien.

«Tal vez toda mi vida», pensó David, dejando a Jerry sin mirar atrás, abriéndose paso por entre la multitud para encontrarse con Claudia.

Ella llevaba un vestido de terciopelo de color azul oscuro con una larga ristra de perlas. Tenía un aspecto cálido y majestuoso, y David habría dicho que completamente confiado, de no ser porque había notado un breve destello de pánico en sus ojos.

Entonces ella movió la cabeza sólo un poco y se fijó en él. Y, Dios bendito, se ruborizó. O al menos le subió el color de la cara. La idea de que él era la causa le puso a cien.

-Estaba esperándote. -Cogió su mano antes de que ella pudiera evitarlo-. Como un crío en un baile del colegio. Sé que tienes que mezclarte con los invitados, pero primero quiero unos minutos para mí.

-David... -dijo ella, sintiéndose arrastrada por una cálida ola. -No puedes mezclarte con los demás sin una copa. -David tiró de ella-. Hablaremos de negocios, del tiempo. Sólo te diré que estás guapísima cinco o seis docenas de veces. Toma. -Cogió una copa de champán de una bandeja-. No puedes beber otra cosa con ese aspecto tan regio que tienes.

Claudia notó de nuevo el nudo en el estómago. -No puedo seguirte.

-Ni siquiera yo puedo. Te estoy poniendo nerviosa. -Entre chocó levemente su copa con la de ella-. Te .diría que lo siento, pero mentiría. Es mejor empezar una relación con total sinceridad, ¿no crees?

-No... Sí... Para. -Claudia intentó reír. David tenía todo el aire de un refinado caballero con su traje negro de etiqueta y sus rubios cabellos resplandecientes. Una idea tonta, pensó, para una mujer madura-. ¿Han venido tus hijos?

-Sí. He tenido que traerlos a rastras y ahora resulta que se lo están pasando en grande. Eres hermosa. He mencionado antes que iba a decírtelo, ¿verdad?

Claudia estuvo a punto de soltar una risita antes de recordar que tenía cuarenta y ocho años, no dieciocho, y que debía comportarse en consonancia con su edad.

-Sí, creo que sí.

-Supongo que no podemos ir a buscar un rincón oscuro para meternos mano.

-No. Ni hablar.

-Entonces tendrás que bailar conmigo y darme oportunidad de hacerte cambiar de opinión.

A Claudia le dejó pasmada que creyera que podía hacerle cambiar de opinión, que ella quería que lo hiciera. Fuera de lugar, se dijo con firmeza. Ridículo. Ella era varios años mayor que él.

Dios mío, ¿qué se suponía que debía hacer, o decir, o sentir?

-Por tu cabeza pasan mil y un pensamientos -murmuró David-. Desearía que me los contaras todos.

-Dios mío. -Claudia se apretó el estómago con una mano, invadida por extrañas sensaciones-. Eres muy bueno en esto.

-Me alegro de que lo pienses, porque empiezo a sentirme torpe cada vez que te veo.

-Pues me has engañado. -Claudia respiró hondo para recobrar la

serenidad-. David, eres muy atractivo...

-¿Eso crees? -Le tocó los cabellos sin poder contenerse. Le encantaba el modo en que se ondulaban sobre su mejilla-. ¿Podrías ser más concreta?

-y absolutamente encantador -añadió ella, esforzándose por que no le temblara la voz-. Me siento muy halagada, pero no te conozco apenas. Además... -Dejó la frase sin acabar y la sonrisa se le heló en los labios-. Hola, Tony. Rene...

-Claudia. Estás preciosa. - Tony se inclinó para besarla en la mejilla.

-Gracias. David Cutter, Tony Avano y Rene Foxx.

-Rene Foxx Avano -la corrigió Rene con voz susurrante. Alzó la mano y agitó los dedos para que se viera la alianza de diamantes-. Desde hoy.

Claudia se dio cuenta de que no se sentía como si la hubieran apuñalado en el corazón, que era lo que ella esperaba. Era más bien una escocedura, una sorpresa que resultaba más molesta que dañina.

-Felicidades. Estoy convencida de que seréis muy felices juntos.

-Oh, ya lo somos. -Rene cogió del brazo a Tony-. Nos vamos a Bimini justo después de Navidad. Será estupendo dejar atrás el frío y la lluvia. También tú deberías tomarte unas buenas vacaciones, Claudia. Estás muy pálida.

-Qué extraño. A mí me parece que esta noche está radiante. -David alzó la mano de Claudia y le besó los dedos-. Está deliciosa, de hecho. Me alegro de haber tenido oportunidad de verte, Tony, antes de que abandonaras el país. -Rodeó la cintura de Claudia con el brazo-. Llevo varios días intentando hablar contigo sin éxito. -Lanzó a Rene una mirada que no tenía nada de cortés-. Ahora comprendo el porqué. Llama a mi despacho para detallar tus planes de viaje, ¿quieres? Tenemos asuntos que tratar.

-En mi despacho ya conocen mis planes.

-Pero en el mío no. Ahora nos perdonas, ¿verdad? Claudia y yo tenemos que saludar a todo el mundo antes de imos a la villa. -Has sido muy grosero -susurró Claudia.

-¿Y qué?

El encanto del coqueteo había desaparecido, reemplazado por el poder frío e implacable. «En él -pensó Claudia-, no resultaba menos atractivo.»

-Aparte del hecho principal de que no me gusta lo más mínimo, soy el director ejecutivo de operaciones y debería haber sido informado de que uno de los vicepresidentes iba a salir del país. Tony lleva días esquivándome, sin responder a mis llamadas. No me gusta nada en absoluto.

-No está acostumbrado a dar cuentas a nadie.

-Pues tendrá que acostumbrarse. -David divisó a Tyler-. Y no será el único. ¿Por qué no me allanas un poco el camino presentándome a unas cuantas de las personas que se están preguntando qué demonios hago yo aquí?

Ty intentaba pasar inadvertido. Detestaba las grandes fiestas. Había demasiada gente a la que hablar y muy pocas personas que tuvieran realmente algo que decir. Pero lo tenía ya todo pensado. Una hora en la

bodega y una hora en la villa. Luego se escabulliría para volver a casa y meterse en la cama.

Opinaba que la música era muy ruidosa, que la bodega estaba demasiado llena y la comida era demasiado refinada. Por otro lado, no le importaba observar a la gente, sobre todo cuando se ponían todos elegantes e intentaban parecer mejores que las personas con las que hablaban.

Era como ver una obra de teatro, y mientras pudiera seguir en la sombra como público, podría soportado un rato.

Había presenciado el pequeño drama que se producía entre Claudia y Rene. Tyler apreciaba a Claudia lo suficiente para haber sacrificado su rincón y acudir en su ayuda, de no ser porque David Cutter ya estaba a su lado. Cutter le irritaba, pero tenía que reconocer que era rápido. El beso en la mano había sido un buen tanto, suficiente para molestar a Rene y Avano.

Y no sabía qué había dicho a Avano, pero había sido suficiente para borrade la sonrisa de idiota de la cara.

«Avano era un imbécil -pensó Tyler, tomando un sorbo de vino-. Pero podía ser peligroso con Rene azuzándole. Si Cutter era capaz de mantenerlo a raya, casi valdría la pena tenerlo en la empresa.» Casi.

-¿Por qué está aquí solo?

Tyler bajó la vista y miró a Maddy ceñudo.

-Porque no quiero estar aquí.

-¿ Y por qué está? Es un adulto. Puede hacer lo que le dé la gana. -Si crees eso, muchacha, vas a sufrir una gran decepción. -Le gusta estar irritable.

-No; soy irritable.

Maddy hizo una mueca v asintió.

-De acuerdo. ¿Me deja probar su vino?

-No.

-En Europa se enseña a los niños a apreciar el vino.

Lo dijo con tal aire de suficiencia, que Ty, viéndola vestida de negro y con unos zapatos horribles, sintió ganas de echarse a reír.

-Pues vete a Europa. Aquí a eso se le llama fomentar la delincuencia.

-Ya he estado en Europa, pero no lo recuerdo muy bien. Tengo que volver. Quizá viva en París una temporada. He hablado con el señor Delvecchio, el viticultor. Me ha dicho que el vino es un milagro, pero en realidad no es más que una reacción química, ¿verdad?

-Es ambas cosas y ninguna.

-Tiene que serlo. Quería hacer un experimento y he pensado que podría ayudarme.

Tyler parpadeó y la observó detenidamente. Era una jovencita guapa y mal vestida, con una mente despierta.

-¿Qué? ¿Por qué no se lo pides a tu padre?

-Porque tú eres el viticultor. Había pensado en coger unas uvas, echarlas en un recipiente y ver qué pasa. En otro recipiente pondría la misma cantidad de uvas de la misma clase, y les echaría algo más. Igual que se hace aquí.

-Yo las uvas me las como -dijo él, aunque Maddy había conseguido captar su interés.

-Verá, un recipiente quedaría tal cual, sería el milagro del señor

Delvecchio. En el otro habría un proceso, usando técnicas y aditivos, forzando la reacción química. Entonces vería qué funciona mejor.

-Aunque usaras la misma clase de uvas, existirían variaciones entre los dos experimentos.

-¿Por qué?

-En esta época del año la uva tendrías que comprarla en la tienda. Puede que no sean uvas de los mismos viñedos. Y aunque lo fueran, habría variaciones: el tipo de suelo, la fertilización, la humedad, el momento en que se recogieron, cómo se recogieron. No se puede experimentar con las uvas en la vid porque ya se han arrancado de la vid. El mosto de cada recipiente sería muy distin to aunque no hicieras nada en ninguno de los dos.

-¿Qué es mosto?

-El jugo. -«Vino en recipientes», pensó Ty.Interesante-. Pero si quieres probar, utiliza recipientes de madera. La madera le dará carácter al mosto. No mucho, pero será más que nada.

-Una reacción química -dijo Maddy con una sonrisa-. ¿Lo ve?

Es ciencia, no religión.

-Pequeña, el vino es eso y mucho más. -Sin darse cuenta, le ofreció su copa.

Maddy sorbió el vino delicadamente sin dejar de mover los ojos por si su padre andaba cerca. Dejó que el vino le rodara por la boca antes de tragárselo.

-Está bueno.

-¿Bueno? -Tyler le quitó la copa meneando la cabeza-. Es un cosecha Pinot Noir. Sólo un bárbaro diría que está «bueno».

Maddy sonrió, agradablemente esta vez, pues sabía que ya lo tenía en el bolsillo.

-¿Me enseñará algún día los grandes toneles de vino y las máquinas?

-Sí, claro.

-El señor Delvecchio dice que hacen el blanco en acero inoxidable y los tintos en madera. No he tenido ocasión de preguntarle por qué. ¿Por qué?

«Qué guapo estaba», pensó Sophia. El fornido y gruñón MacMillan parecía enzarzado en una seria conversación con la pequeña Morticia. Y por su expresión, se estaba divirtiendo. Incluso parecía que se le daba bien.

Sophia se alegró más que nunca de haber decidido no invitar a ningún hombre a acompañarla a la fiesta, pues de lo contrario habría tenido que prestarle atención y no habría podido circular libremente y disfrutar de la compañía de quien más le interesara. En aquel momento, esa persona era Tyler.

Tardaría un poco en llegar hasta él. Al fin y al cabo, Sophia tenía obligaciones sociales que cumplir, pero no dejó de vigilado con el rabillo del ojo.

-Sophia. Espectacular como siempre.

-Jerry. Felices fiestas. -Sophia se inclinó para besarse las mejillas-. ¿Qué tal van los negocios?

-Hemos tenido un año especialmente bueno. -Rodeó los hombros de Sophia con un brazo y la condujo entre los grupos de gente hasta la

sala de degustación, y una vez allí, hasta la barra-. Y esperamos otro igual. Un pajarito me ha dicho que planeas una brillante campaña publicitaria.

-Esos pajaritos hablan demasiado, ¿no crees? -Sonrió al camarero de la barra-. Champán, por favor.

-Otro pajarito me ha contado que vas a lanzar una nueva etiqueta. Para el público medio estadounidense.

-Alguien tendrá que cazar a esos pájaros. Leí la crítica en *Vino* sobre vuestro Cabernet del 84 y la subasta os fue muy bien. Es una lástima, Sophia, que no me llamaras cuando estuviste en Nueva York. Sabes que me habría gustado verte.

-Me fue imposible. Pero te haré un hueco en mi próximo viaje.

-Cuento con ello.

Sophia alzó su copa y bebió.

Jerry era un hombre atractivo, de una belleza casi delicada, con un toque plateado en las sienes que le otorgaba distinción, y un leve hoyuelo en la barbilla para darle encanto.

Ninguno de los dos mencionaría a la mujer de Jerry, que le había sido infiel con el padre de Sophia, un secreto a voces. Mantendrían en cambio un amistoso y leve coqueteo.

«Se comprendían el uno al otro -pensó Sophia-. La competencia entre Giambelli y La Coeur era dura, y a menudo excitante. y Jerry DeMorney no tenía escrúpulos en utilizar los medios que estuvieran a su alcance para conseguir sus objetivos.» Sophia lo admiraba por ello.

-Incluso te invitaré a cenar -dijo-. Con vino de Giambelli-MacMillan. Queremos lo mejor, claro está.

-Entonces quizá podamos tomar un coñac de La Coeur en mi apartamento.

-Ya sabes lo que pienso de mezclar los negocios con… los negocios.

-Eres una mujer cruel, Sophia.

-y tú un hombre peligroso, Jerry. ¿Qué tallos niños?

-Los niños están bien. Su madre se los ha llevado a pasar las fiestas en Saint Moritz.

-Debes de echados mucho de menos.

-Por supuesto. Pensaba pasar un par de días en el valle antes de volver a casa. ¿Por qué no mezclamos tú y yo el placer con el placer?

-Es tentador, Jerry, pero estoy desbordada. No creo que pueda tomarme un respiro hasta después de fin de año. -De refilón vio a su madre salir en dirección al lavabo de señoras y a Rene detrás de ella-. Hablando de agobias. Ahora mismo tengo algo urgente que hacer. Ha sido un placer verte.

-Lo mismo digo -replicó él.

«Sería un placer mayor -pensó Jerry, viéndola alejarse-, cuando ella y el resto de su familia estuvieran arruinados. Para conseguido, le sería muy útil mezclar negocios con negocios y placer con placer.»

Rene abrió la puerta del acogedor lavabo de señoras, con paredes revestidas de madera, instantes después de que hubiera entrado Claudia.

-Has conseguido aterrizar de pie, ¿eh? -Rene se apoyó en la puerta para desanimar a quien quisiera entrar en el lavabo.

-Ya tienes lo que querías, Rene. -Aunque las manos le temblaban,

Claudia abrió su bolso de noche y sacó el pintalabios. Había ido al lavabo con intención de disfrutar de unos minutos a solas antes de acabar con los saludos y volver a la villa-. Yo no debería preocuparte más.

-Las ex mujeres siempre preocupan. Te diré una cosa. No pienso tolerar que me llames a mí o a Tony para escupimos tus insultos de neurótica.

-Yo no te llamé.

-Eres una mentirosa. Y una cobarde. Y ahora te escondes de trás de David Cutter. -Agarró la mano de Claudia y la sacudió hasta que el rubí lanzó destellos rojos a la luz-. ¿Qué has tenido que hacer para sacarle esto?

-No necesito a ningún hombre para comprarme joyas, Rene, ni ninguna otra cosa. Es una diferencia elemental entre tú y yo.

-No, te diré cuál es la diferencia entre tú y yo. Yo me lanzo a por lo que quiero abiertamente. Si crees que vaya dejar que Tony se vaya con el rabo entre las piernas porque has ido a llorade a tu familia, estás muy equivocada. No vas a echado. Tu David Cutter no va a echado. Y si lo intentas... piensa en toda la información que podría pasade a la competencia.

-Amenazando a la familia o al negocio no conseguirás afianzar la posición de Tony, ni la tuya.

-Ya veremos. Ahora soy la señora Avano. Y el señor y la señora Avano se reunirán con la familia y los demás ejecutivos en la villa esta noche. Estoy segura que nuestra invitación estaba equivocada.

-Sólo conseguirás ponerte en evidencia -dijo Claudia.

-No es tan fácil ponerme en evidencia. Recuerda una cosa: Tony tiene una parte de Giambelli y yo también. Soy más joven que tú, y muchísimo más joven que tu madre. Seguiré aquí cuando vosotras os hayáis ido.

-¿Seguro? -Lentamente Claudia se volvió hacia el espejo y se pintó los labios despacio-. ¿Cuánto tiempo crees que tardará Tony en engañarte?

-No se atreverá. -Segura de su propio poder, Rene sonrió-. Sabe que si lo hace lo mataré. Yo no soy una esposa paciente y sumisa. Tony me ha contado lo mala que eres en la cama. Nos reímos mucho con eso. ¿Un consejo? Si quieres conservar a Cutter, pásaselo a tu hija. Estoy segura de que ella sabe cómo tratar a un hombre en la cama.

Cuando Claudia giraba en redondo, Sophia abrió la puerta. -Oh, qué divertido. ¿Charla de mujeres? Rene, qué valiente has sido poniéndote ese vestido verde con tu cutis y el color de tu pelo.

-Que te jodan, Sophia.

-Erudita como siempre. Mamá, te necesitan en la villa. Estoy segura de que Rene sabrá perdonamos. Necesitará mucho espacio y tranquilidad para arreglarse el maquillaje.

-En absoluto. Os dejaré solas para que puedas cogerle la mano a tu mamá mientras ella se derrite en lágrimas de impotencia. No soy yo la que está acabada, Claudia -añadió, abriendo la puerta-, sino tú.

-Ha sido divertido -dijo Sophia mirando a su madre-. No pareces a punto de derretirte en lágrimas de impotencia, ni de ninguna otra cosa.

-No, ya no me afecta lo que hagan. -Claudia dejó caer el pintalabios en el interior del bolso y lo cerró con un clic-. Sophia, cariño, hoy tu

padre se ha casado con ella.

-Mierda -dijo Sophia, y suspiró. Luego abrazó a su madre y apoyó la cabeza en su hombro-. Feliz Navidad.

Sophia se tomó su tiempo. Tenía que pillar a su padre a solas para hablar con él, y no podía hacerlo mientras tuviera a Rene envolviéndolo como una hiedra venenosa enroscada en torno a un árbol. Se prometió a sí misma que se mostraría como una persona madura y serena, y que sería muy clara. No debía perder los nervios en ningún momento.

Saludó a unos y otros mientras esperaba, y bailó una vez con Theo, que la divirtió tanto que casi disipó su mal humor.

Cuando vio que Rene estaba bailando con Jerry, se movió deprisa.

No le sorprendió encontrar a su padre en una mesa de un rincón, coqueteando con Kris. Le dio un poco de asco, pero no le pareció raro que se hubiera rendido a los encantos de otra mujer el mismo día de su boda.

Pero cuando se acercó, captó los sutiles indicios -un roce sutil, una mirada de complicidad- de que aquello era algo más que un coqueteo ocasional. Eso sí le causó sorpresa.

Enseguida se convenció de que su padre engañaba a Rene con Kris. Aun así, era tan típico de él, tan patéticamente típico de él, que apenas vaciló un instante.

«Habría sido difícil decir cuál de los tres en aquel bochornoso triángulo era más imbécil, pero no era problema suyo», pensó Sophia.

-Kris, siento interrumpir este momento tan tierno, pero necesito hablar con mi padre a solas.

-Yo también me alegro de verte -dijo Kris, levantándose de la silla-. Hace tanto que no te dignas a venir por la oficina que casi había olvidado tu cara.

-No tengo por qué darte explicaciones, pero no te preocupes, te mandaré una *foto.*

-Vamos, princesa -dijo Tony.

-No sigas -dijo Sophia sin alzar la voz ni perder la calma, pero lanzando a su padre una mirada que le hizo sonrojarse y cerrar la boca-. Digamos que todo esto no ha sido más que el resultado de una locura en una fiesta. Celebraremos una reunión en mi despacho, Kris, cuando me lo permita mi agenda. Por esta noche, dejemos a un lado los negocios. Puedes considerarte afortunada por haber sido yo la primera en veros, en lugar de Rene. Ahora tengo que hablar con mi padre de un asunto familiar.

-Contigo al timón, tu familia no disfrutará mucho tiempo del negocio. -Lentamente, Kris se inclinó hacia Tony y le acarició el dorso de la mano con la punta del dedo-. Luego nos vemos -murmuró, y se alejó tranquilamente.

-Sophia, no es lo que parece -dijo Tony-. Kris y yo sólo estábamos tomando una copa amigablemente.

-Eso cuéntaselo a Rene -dijo ella con una mirada cortante como un cuchillo-. Te conozco demasiado bien. No me interesan lo más mínimo tus conquistas. Por favor, no me interrumpas -dijo, antes de que él pudiera balbucir una protesta-. Será un momento. Me han dicho que tengo que felicitarte, siquiera por una elemental cortesía. Así que,

felicidades y a la mierda.

-Sophia. - Tony se levantó y quiso cogerle la mano, pero ella la apartó con viveza-. Sé que no te gusta Rene, pero…

-Rene me importa una mierda, *y* ahora mismo tampoco tú me importas mucho.

Tony pareció sinceramente sorprendido, *y* también dolido. Sophia se preguntó si practicaba aquella expresión delante del espejo.

-No lo dices en serio. Siento que estés tan alterada.

-No, no lo sientes. Sientes que te haya pillado. Te has casado hoy *y* ni siquiera te has molestado en decírmelo. Eso lo primero.

-Princesa, ha sido una ceremonia muy sencilla. Ni Rene ni *yo* creíamos que…

-No digas nada más. -La respuesta de Tony había sido rápida *y* desenvuelta, pero Sophia sabía que no era verdad. Estaba convencida de que su padre ni siquiera había pensado en decírselo a ella-. Has venido a una fiesta familiar, porque bajo la apariencia de fiesta de la compañía, esto es un asunto familiar, alarde ando de nueva esposa, más una pieza de reserva, por añadidura. Eso de por sí ya es bastante grosero, pero resulta escandaloso teniendo en cuenta que ni siquiera has tenido la decencia de decir primero a mamá que te habías casado. Eso lo segundo.

Sophia había alzado la voz lo justo para que se volvieran algunas cabezas. Incómodo, Tony se acercó a su hija, la cogió del brazo, se lo acarició *y* tiró de él suavemente.

-¿Por qué no vamos fuera para que te lo explique? No hay razón para montar una escena.

-Oh, sí que la hay. Porque intento por todos los medios resistir la tentación de hacer una escena. Porque eso no ha sido lo peor, hijo de puta. Lo peor es que has lanzado a esa mujer contra mi madre. -Clavó un dedo en el pecho de Tony, abandonándose a la cólera que la invadía-. Has dejado que Rene la acorralara, *y* le escupiera todo su veneno, que le hiciera una escena *y* le hiciera daño, mientras tú estabas aquí sentado, babeando por otra mujer, lo bastante joven para ser tu hija, si es que alguna vez recuerdas que tienes una. Eso lo tercero, maldita sea. Aléjate de mamá *y* de mí. Mantén las distancias *y* asegúrate de que tu mujer hace lo mismo. *O* te haré mucho daño, te lo prometo, haré que sufras.

Sophia dio media vuelta antes de que su padre se recobrara, vio la sonrisa malévola en el rostro de Kris, dio un paso hacia ella *y* luego *otro,* no muy segura de lo que pretendía hacer. Pero entonces alguien la aferró por un brazo *y* la arrastró por entre la multitud.

-Mala idea -dijo Ty en voz baja, deslizando la mano hacia la cintura para mantenerla cerca de él-. Es una mala idea asesinar a los empleados en la fiesta de Navidad de la empresa. Vamos fuera.

-No quiero ir fuera.

-Es preciso. Hace frío; así te calmarás. Hasta ahora sólo has divertido a unos cuantos que estaban lo bastante cerca para oír cómo despedazabas a Avano. Muy bien hecho, por cierto. Pero si hubieras seguido echando humo por las orejas, habrías acabado dando un espectáculo.

Al llegar a la puerta, sólo le faltó empujar a Sophia para obligarla a salir.

-Deja de empujarme, deja de arrastrarme. No me gusta que me traten así. -Se desasió de un tirón, se dio la vuelta, *y* a punto estuvo de golpear a Ty.

-Adelante. El primero es gratis. A partir del segundo, los devuelvo.

Sophia respiró hondo, soltó el aire *y* volvió a aspirar, sin dejar de lanzarle miradas asesinas. Su vestido reflejaba destellos a la luz de la luna cada vez que su pecho subía *y* bajaba.

«Estaba magnífica -pensó Ty-. Y era tan peligrosa como un puñado de cartuchos de dinamita con la mecha encendida.»

-Muy bien -dijo asintiendo-. Un poco más y verás cómo te calmas.

-El muy canalla. Sophia se alejó a grandes zancadas de los muros de piedra cubiertos de hiedra de la bodega y de los arbustos envueltos en luces de colores. Se alejó de las risas y la música que resonaba contra las altas y estrechas ventanas, para adentrarse en las sombras de los viejos cipreses y despotricar en privado hasta calmarse.

Tyler la oyó mascullar en italiano. Sólo entendió parte de lo que decía, pero nada de lo que oyó le pareció muy agradable.

-No he podido evitado -dijo Sophia, volviéndose hacia él y de jando que las manos le cayeran a los lados.

-No, supongo que no. Siempre has sido una niña malcriada.

Hacía frío y ella había empezado a temblar. Tyler se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

A Sophia se le había pasado el acceso de cólera, dejándola vacía por dentro.

-No me importa lo de Kris, aunque complique las cosas en mi departamento. Puedo manejar ese asunto, y también a ella. Pero no le perdonaré que haya hecho daño a mi madre.

-Lo superará, Sophia. Ya lo verás. -Tyler hundió las manos en los bolsillos antes de ceder a la tentación de acariciada y mimada. Le parecía tan desolada...-Siento que te haya hecho daño.

-Sí, bueno, no es ninguna novedad. -A él le dolía la cabeza y sentía náuseas después de dar rienda suelta a su rabia-. Supongo que debería darte las gracias por haber impedido que me lanzara sobre los mirones.

-Si te refieres a Kris, no creo que se haya limitado a mirar. Me parece más bien que está metida en el ajo. Pero no es necesario que me des las gracias.

Sophia lo miró y notó por su expresión que empezaba a sentirse violento. Enternecida, se puso de puntillas y le dio un leve beso en la mejilla.

-Aun así, gracias. No he gritado mucho, espero. No sé lo que hago cuando tengo una rabieta.

-No, no mucho, y la banda sonaba muy fuerte.

-Menos mal. Bueno, creo que ya he hecho mi trabajo aquí. ¿Por qué no me acompañas a la villa? Así te asegurarás de que no tenga otra rabieta.

-Bueno. ¿Quieres que vaya por tu chaqueta?

-No es necesario. -Sophia sonrió y se arrebujó en la chaqueta de Tyler-. Ya tengo la tuya.

Los jardines de la villa resplandecían a la luz de miles de bombillas de colores. Las caldeadas terrazas estaban llenas de flores y árboles ornamentales. Varios grupos de mesas invitaban a salir para disfrutar

de la noche estrellada y de la música que se filtraba por las puertas y ventanas del salón de baile.

Claudia aprovechó la circunstancia para tomar un rato el aire antes de regresar al interior, mezclarse con los invitados y cumplir con su deber. Pensó en escabullirse para fumar uno de sus cigarrillos de emergencia.

-¿Te escondes?

Claudia dio un respingo entre las sombras y luego se relajó al ver que era su padrastro.

-Me has pillado.

-Yo también me he escabullido. -Con un movimiento exagerado, estiró el cuello, mirando a un lado y otro, y luego susurró-: ¿ Llevas?

Claudia soltó una carcajada que le sentó maravillosamente bien.

-Sólo uno -respondió, también en un susurro-. Podemos compartirlo.

-Enciéndelo, socia. Tu madre está ocupada: tenemos tiempo de sobra para fumárnoslo.

Claudia encendió el cigarrillo. Se lo fumaron entre las sombras migablemente, como dos conspiradores.

Relajada en compañía de Eli, se apoyó en el muro de la casa y se embebió de la vista. Sobre los campos resplandecían las luces, que hacían resaltar los sarmientos desnudos de las vides. A su espalda sonaron los elegantes compases de la música.

-Es una bonita fiesta.

-Como siempre. -Con gran pesar de ambos, Eli aplastó la colilla del cigarrillo-. Tu madre, tú y Sophia os habéis superado este año. Espero que Teresa te haya dicho lo mucho que apreciamos todos los esfuerzos que has dedicado a este acontecimiento.

-Sí, lo ha hecho a su manera.

-Entonces deja que te dé las gracias a la mía. -La rodeó con los brazos, invitándola a bailar con él-. Una mujer hermosa no debería quedarse nunca sin pareja de baile.

-Oh, Eli. -Claudia apoyó la cabeza en su hombro-. ¿Qué haría yo sin ti? Estoy tan confusa...

-Claudia, tú eras ya una mujer adulta con una hija cuando me casé con tu madre. Siempre he procurado no meterme en tu vida.

-Lo sé.

-Teresa ya lo hace por los dos -dijo Eli, haciéndola reír-. Sin embargo -prosiguió-, ahora vaoy darte mi opinión. Nunca fue lo bastante bueno para ti.

-Eli...

-Nunca habría sido lo bastante bueno. Has malgastado un montón de años con Tony Avano, pero también has tenido con él una hija maravillosa. Recuérdalo siempre y no malgastes el resto de tu vida preguntándote por qué no funcionó.

-Se ha casado con Rene. Hoy mismo, como si nada.

-Mejor. -Eli asintió cuando ella echó bruscamente la cabeza hacia atrás para mirarlo con asombro-. Mejor para ti, para Sophia y para todos. Están hechos el uno para el otro. Y su matrimonio sólo servirá para alejarlo aún más de tu vida. Si dependiera de mí, acabaría también fuera del negocio. Fuera por completo. Y sospecho que el año que viene acabará por ocurrir.

-Es bueno en su trabajo.

-Otros serán igual de buenos que él y no me producirán indigestión. Tu madre tenía sus razones para mantenerlo en el puesto. Pero esas razones no son ya tan importantes como antes. Déjalo marchar -agregó Eli, besándola en la frente-. Se hundirá o saldrá a flote. En cualquier caso, ya no es problema tuyo.

Desde la terraza que tenían debajo, Tony escuchaba con la mandíbula apretada. Aún le dolía el ataque completamente injustificado de su propia hija. Aquello sólo le concernía a él, como se había estado diciendo a sí mismo sin parar. Podría haberlo pasado por alto con indiferencia, pero se había producido en público, y afectaba directamente a sus asuntos. «Y sus asuntos -pensó-, ya no eran como antes.» No creía en realidad que los Giambelli lo fueran a echar de la compañía, pero sí que iban a complicarle la vida.

Creían que era estúpido y descuidado, pero se equivocaban. Tenía ya un plan previsto para garantizar su seguridad financiera.

Necesitaba dinero desesperadamente, y en grandes cantidades. Rene estaba empezando ya a agotar sus recursos.

Por supuesto había sido una insensatez liarse con Kris. Estaba haciendo todo lo posible para romper con ella delicadamente. Hasta entonces había resultado un poco más peliagudo de lo que sospechaba en un principio. Ciertamente era halagador que una joven encantadora como Kris se hubiera enamorado de él hasta el punto de no querer romper su relación, y de ponerse tan furiosa, recordó, como para llamar a Rene en medio de la noche.

Rene había supuesto que era Claudia quien llamaba y él no la había sacado de su error. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Bebió un sorbo de vino, contempló con deleite las estrellas y, como era su costumbre, desechó los problemas antes de que pudieran llegar a inquietarle de verdad.

Decidió que también lo de Kris se resolvería. Le había prometido ayudarla a conseguir el puesto de Sophia, aplacándola así con la misma facilidad con que una pequeña joya aplacaba a Rene. «Era fundamental-se dijo-, conocer el punto flaco del adversario, y utilizarlo permitía mantener la posición.»

Su intención era seguir viviendo como creía merecer. Había llegado el momento de explotar sus recursos, un poco de aquí, otro poco de allá, y mirar hacia el futuro.

Sophia se movió entre su círculo de amigos e hizo todo lo posible por evitar a su prima Gina, que se estaba convirtiendo en un auténtico incordio, hasta llegar a ponerse en ridículo. No sólo vestía una especie de tienda de campaña roja con veinte kilos de lentejuelas, sino que se dedicaba a ensalzar a su marido, parloteando incesantemente a cualquiera que hubiera conseguido acorralar. Sophia vio que Don se mantenía cerca del bar. Estaba medio borracho e intentaba pasar desapercibido.

-¿Se encuentra bien tu madre?

Sophia sonrió a Helen.

-La última vez que la he visto sí. Hola, tío James. -Se volvió para dar un fuerte abrazo al marido de Helen.

James Moore había sido uno de los puntos de referencia en su

vida, actuando a menudo más como padre que el de verdad. James había engordado con el paso de los años y había perdido casi todo el cabello, pero tras sus gafas de montura plateada, sus ojos lanzaban destellos verdes. Tenía el aspecto del tío favorito de todo el mundo, pero era uno de los mejores abogados criminalistas de California, y también de los más arteros.

-La chica más guapa de toda la fiesta, ¿verdad, Helen? -Siempre.

-Hace semanas que no vienes a verme.

-Te compensaré -dijo Sophia, y le dio un segundo beso en la mejilla-. *La signora* me ha tenido muy ocupada.

-Eso he oído. Te hemos traído un regalo.

-Me encantan los regalos. ¿Dónde está?

-Está allí, pasando el rato con aquella pelirroja.

Sophia miró en la dirección indicada y dejó escapar un breve grito de deleite al ver a Lincoln Moore.

-Creía que Linc estaba aún en Sacramento.

-Él te lo contará todo -dijo James-. Ve. Esta vez convéncelo para que se case contigo.

-James -dijo Helen, arqueando una ceja-. Vamos a buscar a Claudia. Diviértete, Sophia.

Lincoln Moore era alto, moreno y guapo. También era lo más parecido a un hermano para Sophia. En diversas etapas de su vida, ambos habían sacado partido de los dos meses que ella le llevaba a él. La amistad de sus madres respectivas había sido el vínculo que les había hecho crecer juntos. Gracias a esto, ninguno de los dos se había sentido nunca como hijo único.

Sophia se acercó a él por detrás, se colgó de su brazo y preguntó a la pelirroja:

-¿Se está propasando contigo este tipo?

-Sophia. -Linc soltó una carcajada, la aupó y dio con ella un rápido giro-. Es como una hermana para mí -dijo a la pelirroja-. Sophia Giambelli, Andrea Wainwright, mi acompañante. Sé amable con ella.

-Andrea -Sophia le tendió la mano-. Tú y yo vamos a charlar. -Ni hablar. Dice mentiras sobre mí. Es un pasatiempo suyo. -Me alegro de conocerte. Linc me ha hablado mucho de ti -dijo Andrea.

-Él también cuenta mentiras. ¿Habéis venido los dos de Sacramento?

-No. En realidad soy interna en el Saint Francis, en urgencias.

-Me lesioné jugando al baloncesto -dijo Linc, alzando la mano derecha para mostrar el dedo índice entablillado-. Me lo disloqué intentando hacer un tapón. Andy le echó un vistazo y me lo curó. Luego intenté ligármela.

-En realidad intentó ligar conmigo antes de que le curara el dedo. Pero dado que no podía dislocarle el resto de dedos, aquí estoy. Y la fiesta es estupenda.

-Vivo en San Francisco otra vez -explicó Linc a Sophia-. Decidí pedirle trabajo a mi padre en su bufete. Quería adquirir una auténtica experiencia legal antes de meterme de lleno en política. Soy un pasante con pretensiones, aunque no demasiadas, pero me servirá para lo que quiero hasta que tenga el título de abogado.

-¡Eso es fantástico, Linc, fabuloso! Sé que tus padres estarán encantados de tenerte en casa de nuevo. Tenemos que encontrarnos

para charlar, ¿vale?

-Por supuesto. Pero he oído decir que ahora mismo tienes trabajo a manos llenas.

-Nunca demasiado. ¿Cuándo tendrás el examen para el título? -El mes que viene.

-Es un hombre brillante, ¿sabes? -dijo a Andy-. Puede ser un auténtico incordio.

-No empecemos, Sophia.

-Divertíos. -Sophia divisó a Ty, que entraba con aire abatido -El deber me llama. No os vayáis sin ver a mi madre. Ya sabes cuánto te quiere. -Sophia le rozó la chaqueta-. Dios sabe por qué.

-No me olvidaré -dijo él-. Te llamaré.

-Mejor será. Me alegro de haberte conocido, Andrea.

-Lo mismo digo. -Andy alzó los ojos hacia Linc-. Así que eres brillante, ¿eh?

-Sí. Es una maldición. -Sonrió y la arrastró hacia la pista de baile.

-Sonríe, MacMillan.

Ty miró a Sophia.

-¿Por qué?

-Porque vas a bailar conmigo.

-¿Por qué? -Ty contuvo un suspiro cuando ella le cogió de la mano-. Lo siento. Llevo demasiado rato con Maddy Cutter. Esa niña no se cansa nunca de hacer preguntas.

-Parece que congeniáis. Bailaríamos mejor si llegaras a tocarme de verdad.

-De acuerdo. -Le puso la mano en la cintura-. Es una niña brillante e inquisitiva. ¿Has visto a mi abuelo?

-No. ¿Por qué?

-Quiero hablar con él, y con *la signora.* Luego supongo que habré acabado con esto y podré irme a casa.

-Eres el alma de las fiestas. -Sophia deslizó la mano por su hombro y jugueteó con su pelo. Tiene tanto cabello, pensó, grueso e indomable-. Disfruta un poco, Ty. Es Navidad.

-Aún no. Queda mucho trabajo por hacer antes de Navidad, y después.

-Eh. -Sophia le tiró de nuevo del pelo hasta que él dejó de pasear la mirada por la sala buscando a su abuelo para mirada a ella-. Esta noche no hay trabajo que valga, y aún te debo una por rescatarme.

-No eras tú la que estaba en apuros, sino todos los demás. -No era gratitud lo que él quería, sino distancia. Una distancia de seguridad. Sophia era siempre peligrosa, pero junto a un hombre era mortífera-. Y tengo que repasar unos gráficos. ¿Qué tiene eso de divertido? -inquirió, cuando ella se echó a reír.

-Me preguntaba cómo serías si alguna vez te dejaras llevar.

Apuesto a que eres un salvaje, MacMillan.

-Me dejo llevar -musitó él.

-Dime algo. -Sophia le pasó los dedos por la nuca y disfrutó viendo la mirada de fastidio de sus ojos azules-. Algo que no tenga nada que ver con vino o trabajo.

-¿Qué otra cosa hay?

-Arte, literatura, una experiencia infantil divertida, una fantasía o un deseo secreto.

-Mi fantasía ahora mismo es salir de aquí.

-Esfuérzate un poco. Vamos. Dime lo primero que se te ocurra.

-Quitarte el vestido y comprobar si sabes igual que hueles -dijo él, esperando la réplica-. Bien, por fin te he cerrado la boca.

-Sólo momentáneamente y porque estoy sopesando cuál ha de ser mi reacción. La imagen me atrae más de lo que pensaba. -Echó la cabeza hacia atrás para estudiar su rostro. Ah, sí, le gustaban sus ojos, sobre todo ahora, viendo destellos de excitación en ellos-. ¿Por qué crees que es?

-Ya he contestado suficientes preguntas por una noche. - Ty quiso apartarse, pero ella aferró su hombro con fuerza.

-¿Por qué no cumplimos con nuestro deber aquí, y luego nos vamos a tu casa?

-¿Es así de fácil para ti?

-Podría serlo.

-Para mí no, pero gracias. -Su tono se volvió indiferente y frío cuando apartó la vista de ella de nuevo para paseada por la sala-. Pero yo diría que tienes aquí montones de alternativas, si lo que buscas es un ligue rápido de una noche. Yo me voy a casa.

Retrocedió y se fue.

Sophia tardó casi diez segundos en recobrar el aliento. Otros tres pasaron hasta que la ira manó a borbotones, quemándole la garganta. Este intervalo permitió a Tyler salir de la sala y bajar el primer tramo de escaleras antes de que ella saliera en su persecución.

-No, tú no te vas -siseó por lo bajo, y luego le adelantó a grandes zancadas y dijo-: Vamos ahí dentro. -Entró en el salón de la familia y cerró las puertas de golpe.

-*Cazzo! Culo!* ¡Hijo de puta! -Incluso entonces, la voz de Sophia fue serena, controlada. Tyler no sabía lo mucho que le estaba costando.

-Tienes razón -le interrumpió él, antes de que ella escupiera todo su veneno-. Mi comentario estaba fuera de lugar y lo siento.

La disculpa, pronunciada en voz baja, convirtió la ira en lágrimas, pero Sophia las contuvo por pura fuerza de voluntad.

-En tu opinión, soy una puta porque pienso sobre el sexo igual que un hombre.

-No, por Dios. -Tyler no quería decir eso, sólo quería sacada de quicio, igual que ella hacía con él, y luego alejarse lo antes posible-. No sé qué pensaba.

-Si fingiera reticencia, si te dejara seducirme, entonces estaría bien, ¿verdad? Pero, como soy sincera, soy una mujer fácil.

-No. -Tyler la aferró por los brazos, intentando que dejaran de temblar-. Me habías puesto nervioso. Como siempre. No debería haberte dicho nada de eso. Por amor de Dios, no llores.

-No voy a llorar.

-Bien. De acuerdo. Mira, eres una mujer hermosa, con carácter, y me tienes loco. Hasta ahora he conseguido mantener las manos alejadas de ti y voy a seguir así.

-Pues ahora me están tocando.

-Lo siento. -Dejó caer los brazos-. Lo siento.

-¿Me estás diciendo que me has insultado porque eres un cobarde?

-Mira, Sophia. Me voy a casa a meter la cabeza debajo del agua.

Mañana volveremos al trabajo y olvidaremos todo lo que ha sucedido.

-No lo creo. Así que te excito, ¿eh? -Le dio un pequeño empujón, avanzó y él retrocedió un paso-. Y tu reacción consiste en darme una bofetada.

-Ha sido una reacción impropia. Ya te he dicho que lo siento. -No me basta. Prueba esto.

Sophia se abalanzó sobre él antes de que pudiera evitado.

Su boca era cálida, suave y muy experimentada, y devoró la boca de Tyler con avidez. Su cuerpo lascivo, suave y muy femenino, se apretó contra el de él.

Tyler perdió la cabeza. Sólo después pudo admitir que se le había apagado como accionada por un interruptor, dejándole sin escudo protector contra el ataque fe lino de la excitación sexual. Sophia sabía igual que olía; al menos pudo descubrir ,eso.

Sabía a hembra oscura y peligrosa.

Antes de darse cuenta, la apretó más contra sí, respondiendo al fuerte mordisco de Sophia, sintiéndose arrastrado por una excitación cada vez mayor.

Pero con la misma rapidez con que se había enroscado en torno a él como una especie de exótica vid, se apartó en el momento en que Tyler había perdido la cabeza por completo.

-Ahí tienes. -Sophia se pasó un dedo por el labio inferior, y luego se dio la vuelta para abrir las puertas.

-Un momento, maldita sea.

Ty la agarró por el brazo, obligándola a darse la vuelta. No sabía muy bien qué iba a hacer, pero no sería nada agradable.

Entonces vio la expresión de asombro en su cara. Antes de que pudiera reaccionar, Sophia lo apartó de un empujón y corrió hacia la mesa.

-Dio! Madonna, ¿quién ha podido hacer una cosa así?

Tyler vio entonces los tres ángeles Giambelli. Los rostros talla dos estaban cubiertos de rojo, como si manara la sangre de unas heridas. En el pecho de cada uno, escrito con la misma intensa tonalidad roja, había un malévolo mensaje:

ZORRA Nº 1
ZORRA Nº2
ZORRA Nº3

-Siéntate, Sophia. Los sacaré de aquí antes de que los vea tu madre o tu abuela. Me los llevaré a casa y los limpiaré.

-No, ya lo haré yo. Creo que es laca de uñas. Un sucio truco de chicas -dijo tranquilamente. Perder los nervios no le ayudaría en nada, pensó Sophia, mientras recogía las tres figuras. Además, la tristeza podía más que la ira-. Supongo que habrá sido Rene, o Kris. Las dos odian a las mujeres Giambelli en estos momentos.

-Deja que me ocupe yo -pidió Tyler, poniendo las manos en sus hombros-. Quienquiera que lo haya hecho sabía que te haría daño. Yo puedo limpiar las figuras y volver a ponedas en su sitio antes de que nadie se percate.

Lo cierto era que Sophia le habría puesto los ángeles en las manos, y a sí misma con ellos, pero precisamente por esta razón, se apartó de

él.

-Yo sé cuidar de lo mío, y tú tenías prisa por irte a tu casa.

-Sophia. «Su tono era tan paciente y bondadoso», pensó ella; y suspiró.

-Necesito hacerla yo. Y necesito estar enfadada contigo un poco más, así que vete.

Tyler dejó que se marchara, pero cuando ya estaba fuera de la casa, dio media vuelta y subió por los escalones de piedra que llevaban al salón de baile. Decidió quedarse un rato por allí, sólo para asegurarse de que aquella noche a nadie se le ocurría dañar otra cosa aparte de los ángeles.

Una vez en su habitación, Sophia limpió las figuras con esmero. Se trataba, tal como había sospechado, de laca de uñas roja. Una gamberrada del peor gusto, pero sin consecuencias permanentes.

«No se destruye a los Giambelli tan fácilmente -pensó-. Somos duros de roer. Lo bastante duros para pasar por alto aquel acto vandálico y defraudar al que lo había perpetrado.»

Bajó de nuevo con las tres figuras, las devolvió a su sitio y descubrió que esta sencilla acción la fortalecía de nuevo.

Sin embargo, comprendió que no sería tan fácil olvidar lo que había pasado entre Tyler y ella.

«Imbécil», se dijo, acercándose a un espejo antiguo para empolvarse la nariz. Desde luego, un imbécil que sabía besar cuando ponía su empeño, pero eso no lo hacía menos imbécil. Esperaba que estuviera sufriendo. Esperaba que pasara una larga, sudorosa e incómoda noche. Si estaba demacrado y abatido al día siguiente, tal vez lo perdonara.

Claro que… .

Se miró en el espejo pasándose un dedo por los labios, pero bajó la mano rápidamente para coger el pintalabios cuando las puertas se abrieron.

-Sophia.

-*Nonna.* -Sophia echó una mirada hacia los tres ángeles. Todo estaba como debía-. Estaba retocándome el maquillaje. Enseguida vuelvo a la fiesta.

Teresa cerró las puertas.

-Te he visto salir detrás de Tyler.

-Mmm -se limitó a decir Sophia, y se pintó los labios con sumo cuidado.

-¿Crees que no sé reconocer la mirada que tienes en los ojos, sólo porque soy vieja?

-¿Qué mirada es ésa, *nonna?*

-La de la excitación.

Sophia se encogió de hombros y se repasó una vez más los labios.

-Hemos discutido.

-Por una discusión no haría falta que volvieras a pintarte los labios.

Sophia se echó a reír y se volvió hacia su abuela.

-Qué sagaz eres, abuela. Sí, hemos discutido y yo lo he resuelto a mi modo. No es ilegal ni inmoral que bese a Ty, *nonna.* No somos parientes.

-Te quiero, Sophia. y también quiero a Tyler.

Sophia se ablandó. Aquellas palabras no se oían a menudo en labios de Teresa.

-Lo sé.

-y no os puse juntos a los dos para que os hicierais daño mutuamente.

-¿Por qué nos pusiste juntos?

-Por el bien de la familia. -El día había sido largo. Teresa cedió finalmente y se sentó-. La excitación puede nublar el entendimiento. El año que viene será crucial para nuestra empresa, y ya tenemos problemas antes de que haya empezado. Eres una mujer joven y hermosa.

-Algunos dicen que me parezco a mi abuela.

Teresa se permitió una leve sonrisa. También ella miró las tres figuras talladas y su expresión se suavizó.

-Un poco quizá. Pero te pareces más a tu abuelo. Era tan bello como un cuadro. Me casé con él para cumplir con mi deber, pero no resultó difícil. y fue bueno conmigo. La belleza es un arma, *cara.* Vigila cómo la usas, pues sin esa bondad se volverá contra ti.

Sophia se sentó. -¿Soy... dura, *nonna?*

-Sí. -Teresa rozó la mano de Sophia-. Eso no es malo. Una mujer blanda se deja moldear fácilmente y sale malparada con facilidad. Es lo que le ha ocurrido a tu madre. Es mi hija, Sophia -añadió con frialdad, al notar que se ponía tensa-. Tengo derecho a expresar mi opinión. Tú no eres blanda y vas a por todas. Me complace. Pero te advierto que la dureza puede convertirse en crispación si no te andas con cuidado.

-Te complace que sea así, *nonna,* porque me salgo siempre con la mía. ¿Es también lo que tú deseas?

-Quizás. Eres una Giambelli. Lo llevas en la sangre.

-También soy una Avano.

Teresa ladeó la cabeza y su voz se volvió implacable.

-Tú misma eres la prueba de cuál de las dos líneas es más fuerte, ¿no crees? Pero también eres hija de tu padre. Es un hombre astuto y tú puedes ser astuta. Es ambicioso, y también lo eres tú. Pero nunca has compartido sus debilidades. Su falta de escrúpulos ha sido su perdición, igual que su cobardía. Tú tienes ambas cosas, por eso puedes ser dura, pero no sucumbes a la crispación.

-Sé que lo odias -dijo Sophia con calma-. Esta noche también lo odio yo.

-«Odio» es una palabra muy fuerte. No deberías usarla contra tu padre, sea lo que sea y haya hecho lo que haya hecho. Yo no odio a Anthony Avano. -Teresa se puso en pie-. No le guardo rencor ni siquiera ahora. Ha hecho la última elección que podía afectarme. Nos enfrentaremos una última vez y luego dejará de existir para mí.

-Quieres decir que vas a despedirlo.

-Ha sido él quien ha elegido -repitió Teresa-. Ahora tendrá que pagar las consecuencias. No es cosa que deba preocuparte. -Extendió una mano-. Ven, deberíamos estar en la fiesta. Buscaremos a tu madre y les mostraremos a todos tres generaciones de mujeres Giambelli.

Era muy tarde ya cuando Tony entró en el apartamento, preguntándose si alguien sabría que tenía la llave después de tanto tiempo.

Había llevado consigo una botella de vino, elegida de su bodega personal. El Barolo mantendría el tono civilizado. Sería un negocio como cualquier otro, y los negocios tenían que llevarse siempre de una manera civilizada. La palabra «chantaje» no se le pasópor la cabeza en ningún momento.

Descorchó la botella en la cocina, dejó el vino allí para que respirara y cogió dos copas. Le decepcionó no encontrar fruta fresca en la nevera, pero se las apañaría con el queso Brie.

También a las tres de la madrugada era importante la presentación.

Era una suerte que se hubieran citado tan tarde. Le había costado bastante apaciguar a Rene. Su nueva esposa se había pasado más de una hora, después incluso del largo viaje en coche hasta la ciudad, despotricando contra los Giambelli y soltándole una arenga sobre el modo en que la habían tratado, el futuro de Tony en la compañía, y el dinero.

El dinero era lo más importante, claro, pero no la culpaba por ello.

Su estilo de vida requería un montón de dinero. Al contrario que Claudia, Rene no aportaba fondos ilimitados al matrimonio y al contrario que Claudia, Rene derrochaba el dinero como si pronto fuera a pasarse de moda tener algo en el bolsillo.

«No importaba -se dijo, poniendo unas tostadas junto al queso-. Sería muy sencillo y civilizado aumentar sus ingresos.»

Los Giambelli tenían intención de deshacerse de él. De eso se había convencido ya. Ni Claudia ni Sophia le apoyarían. En realidad siempre había sabido que existía esa posibilidad, pero había preferido pasada por alto y esperar lo mejor. O más bien, admitió entonces, a solas consigo mismo, había permitido que Rene lo acorralara.

Pero tenía opciones, y no pocas. La primera estaba a punto de llegar.

Este primer negocio sería un arreglo provisional que le daría más tiempo para tomar otras medidas. Tenía otros caminos, y podía ampliados en caso necesario. Tenía contactos, perspectivas.

Teresa Giambelli lamentaría amargamente haberlo subestimado. Mucha gente lo lamentaría.

Al final aterrizaría de pie, como siempre. No le cabía la menor duda.

Los golpes en la puerta le hicieron sonreír. Sirvió dos copas de Vino, las colocó junto con la botella, el queso y las tostadas en una bandeja y la depositó sobre la mesita de la sala de estar.

Se arregló los puños de la camisa, se alisó el cabello y luego se dirigió hacia la puerta, dispuesto a iniciar las negociaciones.

SEGUNDA PARTE

EL CRECIMIENTO

No es tener ni descansar, sino crecer y madurar, el caracter de la perfeccion , tal como lo concibe la cultura.

MATTHEW ARNOLD

No entiendo por qué tenemos que volver aquí.

-Porque necesito algunas cosas más.

Sophia admitió que podría haberlo aplazado para otro momento, pero no había motivo para desperdiciar un viaje a San Francisco sin pasar por su apartamento. ¿No se había compadecido acaso de Ty, y había cogido el SUV de Eli en lugar de su descapotable?

-Mira -prosiguió Sophia-, ya te he explicado que al principio que tendré que visitar de vez en cuando la oficina. Kris seguirá resistiéndose a admitir la nueva cadena de mando. Necesita vernos a ti y a mí juntos, como equipo.

-Menudo equipo.

-Lo estoy intentando. -Sophia aparcó en su plaza-. Creo que deberíamos declarar una tregua por vacaciones. Ahora mismo, Ty, no tengo tiempo de pelearme contigo.

Se bajó del coche, cerró la puerta de un golpe y metió las llaves en su maletín.

-¿Cuál es el problema?

-No tengo ningún problema. Tú eres el problema.

Tyler rodeó el coche para acercarse a ella y se apoyó en el parachoques. «Hacía dos días que Sophia se mostraba irritable con el -pensó-. Tiempo más que suficiente para que se le hubiera pasado el enfado. No creía que tuviera que ver con el incidente de la fiesta. Estaba seguro de que eso lo superaría con facilidad.»

-Somos un equipo, ¿recuerdas? ¿Estás preocupada todavía por lo de los ángeles?

-No. Los limpié, ¿no? Han quedado como nuevos.

-Ya, claro. Entonces, ¿qué te pasa?

-¿Quieres saber qué me pasa? Bien. Detesto levantarme todos los días al amanecer para andar por el campo con este frío. Pero lo hago. Luego vuelvo y hago el trabajo para el que estoy preparada. Pero estoy obligada a hacer malabarismos entre el despacho de la villa y la oficina de aquí, donde mi ayudante no sólo se ha acostado con mi padre, sino que está dispuesta a amotinarse.

-Despídela.

-Claro, buena idea. -Se dio unos golpecito s en la sien con el dedo y prosiguió con voz desdeñosa-. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¿Podría ser porque estamos en medio de una reorganización y de una gran campaña publicitaria que es vital para la empresa, y no tengo a nadie más que esté cualificado para ocupar su puesto? Sí, creo que ésa podría ser la razón por la que no he despedido a esa zorra mentirosa con una patada en el culo.

-Mira, niña, cuando a uno se le meten piedras en el zapato, se lo quita y

lo sacude.

-No tengo tiempo -replicó ella, y para demostrarlo sacó un atestado filofax-. ¿Te apetece echarle un vistazo y ver mi agenda de las próximas seis semanas? -Volvió a meterlo en el maletín de golpe.

-o sea que estás agobiada. -Ty se encogió de hombros-. Tómate las mañanas para hacer lo que tengas que hacer. Yo te cubriré en los viñedos.

-Nadie me cubre en mi trabajo, MacMillan. Pero, maldita sea, es cierto que estoy agobiada. Se supone que he de enseñar a mi madre, que no tiene el menor interés en las relaciones públicas. He tenido que cancelar tres citas con tres hombres muy interesantes porque estoy enterrada en trabajo. Mi vida social se ha ido al garete. No he podido pasar de la maldita Rene para hablar con mi padre, que no ha ido por su despacho en dos días y es vital que hable con él sobre una de nuestras cuentas principales en las próximas cuarenta y ocho horas, porque alguien, y desgraciadamente no seré yo, tiene que ir a San Diego para asistir a una reunión dentro de cuarenta y nueve horas aproximadamente.

-¿ y qué hay de Margaret? Pensaba que ella se ocuparía de la mayoría de las cuentas más importantes.

-¿Crees que no lo he probado ya? ¿Te parezco estúpida? -Cansada, desilusionada y harta, se dirigió al ascensor del aparcamiento y apretó el botón con energía-. Se fue a Italia ayer por la tarde. Ni ella ni nadie de su oficina conoce los detalles de la cuenta Twiner, porque siempre ha sido la niña bonita de mi padre, y dado que no quiero que los de Twiner sepan que tenemos un agujero en la cadena, llevo días dándoles largas.

-Nadie te cubre a ti -comentó Ty-, pero tú cubres a Avano. -No, eso se ha acabado. Pero tengo que cubrir a Giambelli, y por eso le cubro a él mientras sea posible. No me gusta, estoy cabreada y tengo un estúpido dolor de cabeza.

De acuerdo. - Tyler la sorprendió a ella y a sí mismo dándole un masaje en los rígidos hombros cuando se metieron en el ascensor. Tómate una aspirina y luego lo solucionaremos todo paso a paso.

-Rene no tiene derecho a impedirme hablar con mi propio padre. Ni en el terreno personal, ni en el profesional.

-No, no lo tiene -admitió Ty, y se dijo que seguramente era eso lo que más molestaba a Sophia-. Es un juego de poder. No va a dejarlo hasta que vea cómo te cabreas. ¿Por qué no prescindes de tu padre?

-Porque si prescindo de él, parecerá un... maldita sea. Es un idiota. Estoy furiosa con él por ponerme en este brete. Si no lo soluciono hoy mismo...

-Lo solucionarás.

Ya. -Sophia dejó escapar un suspiro y bajó del ascensor, que habia llegado a su piso. Se volvió entonces para mirar a Tyler-. ¿Por qué estás siendo amable conmigo?

-Porque así te mantengo a raya. Además, Twiner es importante.

No me paso todo el tiempo en los viñedos, ¿sabes? -dijo Tyler, al ver que ella enarcaba las cejas-. Si me hubieras dicho antes que buscabas a tu padre,

te habría ayudado. No se lo has pedido a Cutter.

Sophia apretó los labios.

-No, pero supongo que sabe que ocurre algo. Pronto lo descubrira todo.

-Entonces tendremos que ser más rápidos. Trabajo en equipo, recuerdas?

-Esto lo haces sólo porque él te gusta menos que yo.

-¿ Y qué quieres decir con eso?

Sophia se echó a reír al tiempo que encajaba la llave en la cerradura de su puerta.

-Es una razón tan buena como cualquier otra. Sólo necesito recoger unas cuantas cosas Y unos archivos antiguos que quiero que estudie mi madre. y creo que tal vez tenga unas notas sobre Twiner que sirvan para tapar el agujero. Estaremos de vuelta en casa a la hora de comer. Se detuvo y dio media vuelta.

-A menos -dijo, sonriendo despacio- que quieras pedir comida por teléfono y hacer luego un trabajo en equipo un poco diferente.

-Déjalo ya.

-Pues besarme te gustó.

-Cuando era niño me gustaban las manzanas verdes, pero luego descubrí que sentaban fatal al estómago.

-Yo estoy madura.

-No me digas. - Ty alargó la mano para dar la vuelta al pomo de la puerta.

Sophia le dio un amistoso apretón en el brazo y se volvió hacia él.

-Empiezas a gustarme, MacMillan. ¿Qué demonios vamos a hacer con esto? -Abrió la puerta, dio un paso adelante y se paró en seco.

-¿Papá?

Sophia vislumbró fugazmente la figura de su padre antes de que Ty la empujara hacia fuera, pero aquella imagen borrosa se quedó grabada en su cabeza; no podía ver nada más.

Había visto a su padre hundido en una silla, con la cara de perfil, las sienes plateadas, la pechera de la camisa cubierta por una costra oscura, y sus ojos, sus hermosos e inteligentes ojos, velados, fijos.

-Papá. Está... tengo que... mi padre.

Sophia estaba pálida como la cera y empezaba a temblar cuando Ty la empujó contra la pared opuesta a la puerta de su apartamento.

-Escúchame, Sophia. Escucha bien. Llama al 911 por el móvil.

Ahora.

-Una ambulancia. -Sophia se sacudió las brumas que nublaban su cerebro y quiso desasirse-. Necesita una ambulancia. Tengo que ir junto a él.

-No. -Ty la sujetó por los brazos y le dio una fuerte sacudida-.

Ya no puedes ayudarle.

Sopesó la idea de ir a comprobar si Tony estaba realmente muerto, pero no podía dejar sola a Sophia, y había visto lo suficiente para asegurarse de que no podía hacerse nada.

Obligó a Sophia a sentarse en el suelo, abrió su maletín y sacó su teléfono móvil.

-Tenemos que llamar a la policía -dijo.

Sophia apoyó la cabeza en las rodillas mientras Tyler hablaba con el 911 Y les proporcionaba la información necesaria. Ella no podía pensar. Aún no quería pensar, pero de alguna forma tenía que sobreponerse.

-Estoy bien. -Su voz sonaba tranquila, casi serena, pero le temblaban las manos-. Sé que está muerto. Tengo que entrar para estar con él.

-No. - Tyler se sentó en el suelo junto a ella y le echó un brazo sobre los hombros, tanto para impedirle que se levantara como para consolarla-. No puedes. Lo siento, Sophia. Ya no puedes hacer nada.

-Siempre se puede hacer algo. -Alzó la cabeza. Tenía los ojos secos, pero llameaban-. Alguien ha matado a mi padre y yo debo hacer algo. Sé cómo era. -La voz se le quebró y las lágrimas que le ardían en la garganta acabaron brotando libremente-. Sigue siendo mi padre.

-Lo sé.

Tyler la abrazó con más fuerza hasta que ella apoyó la cabeza en su hombro. «Algo podía hacer -pensó, mientras Sophia lloraba, aunque sólo fuera esperar.»

Tyler no la dejó sola ni un momento. Sophia se dijo que, pasara lo que pasase entre ellos, había permanecido a su lado cuando más lo necesitaba.

Estaba sentada en el sofá del apartamento vecino, frente al suyo. Recordó que había estado allí antes, en un par de fiestas. La pareja de homosexuales que vivía allí daba unas fiestas estupendas. Uno de ellos, Frankie, era un artista gráfico que trabajaba a menudo en casa, y había abierto las puertas a Sophia y a la policía. Era de agradecer, además, que se hubiera encerrado discretamente en su dormitorio para darles una mayor intimidad.

Sin duda, la noticia se extendería como la pólvora por todo el edificio, pero por el momento Frankie se estaba portando como un verdadero amigo. También eso lo recordaría.

-No sé qué hacía en mi apartamento -dijo una vez más Sophia. Intentó estudiar el rostro del hombre que la interrogaba, pero sus facciones se le borraban, igual que el nombre... ¿detective Lamont? ¿Claremont?

-¿Tenía llave su padre o alguna otra persona? -El nombre era Claremont. Alexander Claremont.

-No, yo... sí. -Sophia levantó la mano y se oprimió la sien con la punta del dedo como si quisiera liberar el pensamiento-. Mi padre... Le di una llave poco después de mudarme aquí. Le estaban decorando su casa y yo me iba de viaje fuera del país. Le ofrecí mi casa mientras estuviera fuera. No creo que me devolviera la llave , ni siquiera volví a pensar en ella.

-¿ Usaba su casa a menudo?

-No. Ni siquiera vino cuando se la ofrecí. Estuvo en un hotel

«O eso fue lo que me dijo», pensó. ¿Habría usado el apartamento entonces, o después, en otras ocasiones? ¿Acaso no había tenido algunas veces la sensación, al volver de un viaje, de que alguien había estado allí en su ausencia?

Pequeñas cosas fuera de sitio.

No, qué estupidez. Tenía que haber sido la mujer de la limpieza. Su

padre no tenía ninguna razón para usar su apartamento, Vivía en su propio apartamento... con Rene.

«Engañó a tu madre -murmuró una voz en su cerebro-. Engañó a Rene.»

-¿Señorita Giambelli?

-Lo siento. ¿Qué decía?

-¿Quieres un poco de agua? ¿Alguna otra cosa? --preguntó Tyler, interrumpiendo el interrogatorio para dar ocasión a Sophia de reponerse.

-No, gracias. Lo siento, detective. Se me va la cabeza.

-No pasa nada. Le he preguntado cuándo fue la última vez que vio a su padre.

-El sábado por la noche. Hubo una fiesta en nuestros viñedo, Es un acontecimiento anual. Mi padre también asistió.

-¿A qué hora se fue?

-No sabría decírselo. Había muchísima gente. No se despidió de mí.

-¿Fue solo a la fiesta?

-No, fue con su mujer. Rene.

-¿Su padre está casado?

-Sí, se casó el día de la fiesta, con Rene Fox. ¿No se han puesto en contacto con ella?

-No sabía que existiera. ¿La encontraré en la dirección de su padre?

-Sí, yo... sí -dijo Sophia, mordiéndose la lengua para no dedir lo que había estado a punto de escapársele.

-¿Tiene usted pistola, señorita Giambelli?

-No.

-¿No había ninguna arma en su apartamento?

-No. No me gustan las armas.

-¿Tenía pistola su padre?

-No lo sé. Creo que no.

-¿Cuándo fue la última vez que estuvo usted en su apartamento?

-Hace más de una semana. Como le he dicho, estoy viviendo en Napa unos meses. He venido hoy con el señor MacMillan desde mi oficina para recoger unas cosas.

-¿Qué tal se llevaba con su padre?

Sophia se puso tensa. Tyler, que estaba sentado a su lado, se dio cuenta.

-Era mi padre, detective. ¿Por qué no le ahorro la molestia de preguntarme si he matado a mi padre? No, no lo he hecho. Ni tampoco se por qué lo han matado, ni quién.

-¿Tenía enemigos su padre? -preguntó Claremont, imperturbable.

-Es obvio que sí.

-Que usted conociera, quiero decir -añadió él.

-No. No conozco a nadie que quisiera matarlo.

Claremont miró su libreta y pareció consultar unas notas. -¿Cuánto tiempo hace que se divorciaron sus padres?

-Legalmente llevaban separados más de siete años.

-¿Separados?

-Si. No vivían juntos desde que yo era niña.

-¿Y esa Rene Foxx es la segunda mujer de su padre?

-En efecto.

-Y casó con ella hace un par de días.

-Eso me dijeron. ,

-¿Cuándo se divorciaron sus padres, señorita Giambelli?

Sophia sentía ahora una gran frialdad. No iba a permitir que el detective la viera nerviosa.

-Creo que el divorcio se hizo efectivo el día antes de que mi padre se casara con Rene. Pero era sólo un formulismo legal, detective.

Soia se levantó, aunque le temblaban las rodillas.

-Lo siento, tengo que ir a hablar con mi familia. No quiero que se enteren de esto por las noticias, o que se lo cuente algún extraño. Tengo que irme a casa. ¿Puede usted decirme... qué pasará con mi padre ahora? ¿Qué pasos deben darse?

-Seguiremos con la investigación. Mi compañera está en su apartamento con el equipo de huellas digitales. Hablaremos con el pariente más cercano sobre lo que debe hacerse con el cuerpo.

-Yo era su única hija.

-Legalmente, la mujer de su padre era su pariente más cercano, señorita Giambelli.

Sophia abrió la boca y la cerró. Tyler le cogió la mano cuando vio que empezaba a temblarle.

-Comprendo -dijo Sophia-. Por supuesto. Tengo que volver a casa, Ty.

-Nos vamos.

-Señor MacMillan, tengo que hacerle unas preguntas.

-Ya le he dado mi dirección. - Tyler se dirigió a la puerta con Sophia cogida de la mano y miró al detective por encima del hombro-. Ya sabe dónde encontrarme.

-Sí, claro. -Claremont dio unos golpecitos sobre su libreta cuando la puerta se cerró-. Eso haré. -Tenía la sensación de que su compañera y él tendrían que darse una vuelta por el campo muy pronto.

El detective fue hacia la puerta del dormitorio, convencido de que el vecino se caería de morros si la abría sin avisar, así que llamó primero. Sería mejor que mantuviera una actitud cordial mientras lo interrogaba.

A Alexander Claremont le gustaban el vino francés, los zapatos italianos y los blues americanos. Había crecido en San Francisco y era el hijo mediano de una familia de clase media que trabajaba duramente para dar una buena educación a sus tres hijos varones.

Su hermano mayor era pediatra y su hermano menor daba clases en Berkeley. Alex Claremont había pensado en estudiar derecho, pero había nacido para ser policía.

La leyera una entidad distinta en manos de un policía o de un abogado. Para los abogados, podía tergiversarse, manipularse y adaptarse a las necesidades de sus clientes.

Claremont lo comprendía y, básicamente, lo respetaba. Pero para un

policía la leyera una línea que no se podía traspasar, y para él era sagrada.

En aquel momento, cuando apenas habían transcurrido dos horas desde su llegada a la escena del crimen, estaba pensando en aquella línea.

-¿Qué piensas de la hija?

Claremont no contestó de inmediato, pero su compañera ya estaba acostumbrada. Conducía ella porque había sido la primera en subir al coche.

-Rica -contestó él por fin-. Con clase. Con una coraza muy dura. No ha dicho nada que no quisiera decir. Pensaba muchas cosas, pero cuidaba mucho sus palabras.

-La familia es muy importante. El escándalo será mayúsculo, y muy jugoso. -Maureen Maguire paró el coche en un semáforo y tamborileó con los dedos sobre el volante.

Claremont y ella eran caracteres opuestos, lo que, en su opinión, había contribuido a que se compenetraran perfectamente después de unos cuantos encontronazos iniciales hacía tres años, y trabajaban bien juntos.

Maguire tenía la piel lechosa y llena de pecas. Era irlandesa, pelirroja, con los ojos azules y un hoyuelo en la mejilla izquierda. Tenía treinta y' seis años, cuatro más que Claremont, estaba felizmente casada mientras que él era un soltero empedernido, y vivía en una tranquila zona residencial; él vivía en pleno centro urbano.

-Nadie vio entrar a ese tipo. No hay ningún vehículo. Estamos comprobando las compañías de taxis por si pudo traerlo alguno. Por el aspecto del cadáver, llevaba muerto más de treinta y seis horas. Tenía la llave del apartamento en el bolsillo, además de trescientos dólares en billetes, monedas y un montón de tarjetas de crédito. Llevaba un Rolex de oro y gemelos también de oro con bonitos diamantes. El apartamento estaba lleno de objetos fácilmente transportables. No ha sido un robo.

-No me digas -comentó Claremont lanzándole una mirada. -Sólo quiero eliminar posibilidades. Dos vasos de vino, uno lleno, el otro medio vacío. Sólo uno tiene huellas, las de él. Lo mataron en el mismo sitio en que lo han encontrado. No ha habido pelea, ni signos de violencia. Por el ángulo de los disparos, el asesino se hallaba sentado en el sofá. Estaban en medio de una pequeña y bonita fiesta, con vino y queso, y de pronto, «Oh, perdone», pum, pum, pum. «Estás muerto.»

-El tipo se había divorciado y se había vuelto a casar en un día. ¿El breve intervalo romántico le salió mal?

-Quizá. -Maguire hizo un mohín-. Es difícil saberlo por la escena del crimen. Tres disparos, del calibre veinticinco, diría yo, y a bocajarro. No debió de hacer mucho ruido, pero es raro que no lo oyera nadie en un edificio elegante como ése.

Maguire aparcó el coche y miró el edificio al que habían llegado, también muy elegante.

-Es curioso, ¿eh?, que el marido no vuelva a casa y la recién casada no denuncie su desaparición.

-Averigüemos por qué.

Rene acababa de pasar tres horas en su salón de belleza. No había nada que la relajara más que una larga sesión de mimos y cuidados, salvo ir de

compras. Pero también eso lo había solucionado con una rápida incursión en Neiman's, donde había derrochado dinero a manos llenas.

Mientras se servía un vermut, pensó que Tony pagaría muy caro su enfado.

No era la primera vez que se ausentaba un par de días, cuando ella lo agobiaba con algún asunto. Lo bueno era que volvía siempre, y con alguna preciosa joya, y naturalmente, siempre accedía a lo que ella le pedía desde un principio.

A Rene no le importaba demasiado, porque disfrutaba así de unos días para ella sola. Además, su relación era ahora absolutamente legal. Alzó la mano izquierda y contempló el brillo de sus anillos. Era la señora de Anthony Avano, y pretendía seguir siéndolo.

O divorciarse de él y dejado pelado.

Cuando sonó el timbre, sonrió. Debía de ser Tony, que volvía

con el rabo entre las piernas. Sabía muy bien que era mejor no usar la llave cuando volvía después de marcharse así. La última vez que lo había hecho, Rene le había amenazado con una pistola.

Si una cosa tenía Tony era que aprendía deprisa.

Rene abrió la puerta, preparada para haced e suplicar, y frunció el entrecejo al ver a una pareja de policías que le mostraban la placa.

-¿La señora Avano?

-Sí. ¿Qué quieren?

-Soy el detective Claremont y ésta es mi compañera, la detective Maguire, del Departamento de Policía de San Francisco. ¿Podemos entrar?

-¿Por qué?

-Por favor, señora Avano, ¿podemos entrar?

-¿Está Tony en la cárcel? -siseó Rene entre dientes, cediéndoles el paso-. ¿Qué demonios ha hecho?

-No, señora, no está en la cárcel. -Maguire entró en el apartamento

-Lo siento, señora Avano. Su marido ha muerto.

-¿Muerto? -Rene soltó un resoplido de fastidio-. Eso es ridículo. Se han equivocado de persona.

-No es ninguna equivocación, señora Avano -dijo Claremont

-¿Podemos sentamos?

Rene sintió un vuelco en el estómago y retrocedió. -¿Esperan que crea que Tony ha muerto como si tal cosa? -Lo sentimos mucho, señora. ¿Por qué no nos sentamos? -Maguire quiso cogerla por el brazo, pero Rene lo apartó con brusquedad. Había palidecido pero sus ojos llameaban de furia.

-¿Ha sido un accidente?

-No, señora. ¿Podría decimos cuándo vio a su marido por última vez, o se puso en contacto con él?

Rene miró a Claremont fijamente.

-El sábado por la noche o el domingo por la mañana temprano, supongo. ¿Qué le ha pasado a Tony?

-¿No le preocupaba no saber nada de él?

-Tuvimos una discusión -respondió Rene con aspereza-. A menudo Tony se va unos días hasta que se le pasa el enfado. No soy su madre.

-No, señora -dijo Maguire asintiendo-. Es su mujer. Se habían

casado hace muy poco, ¿no es cierto?

-Sí, ¿Qué le ha pasado? Tengo derecho a sabedo.

-A Anthony Avano lo han matado de varios disparos.

Rene echó la cabeza atrás con desmayo, pero casi al punto el color volvió a sus mejillas.

-¡Lo sabía! Le advertí que ella cometería alguna locura, pero no quiso escucharme. ¿No nos estaba acosando? Es una de esas mosquitas muertas de las que no te puedes fiar.

-¿Quién, señora Avano?

-Su mujer. -Respiró hondo, dio media vuelta y fue en busca de un vaso-. Su ex mujer. Claudia Giambelli. Esa zorra lo ha matado. y si no lo hizo ella, ha sido la fulana de su hija.

No sabía qué hacer por ella. Estaba sentada a su lado en el coche, con los ojos cerrados, pero él sabía que no dormía. La compostura de Sophia era un delgado barniz, y Tyler no estaba seguro de lo que encontraría si lograba traspasarlo.

Así que dejó que siguiera en silencio durante el largo trayecto hasta casa.

La energía, la vitalidad que en Sophia era tan natural como respirar, había desaparecido. Eso era lo que más le preocupaba. Era como tener sentada a una muñeca junto a él. Tal vez fuera una especie de burbuja, un vacío entre la conmoción y la siguiente etapa de dolor. Tyler no sabía mucho de esas cosas, ya que él no había perdido nunca a ningún ser querido, y mucho menos de una forma tan brutal y repentina.

Cuando enfiló el sendero de entrada a la propiedad, Sophia abrió los ojos como si hubiera percibido que había llegado a casa. Entrelazó los dedos sobre el regazo.

«La burbuja ha explotado», pensó Tyler, al ver que los nudillos se ponían blancos.

-Entraré contigo.

Sophia estuvo a punto de tener la reacción típica de quien está acostumbrado a hacerlo todo por sí misma, y le resultaba difícil admitir que no estaba segura de poder hacer nada. Pero Tyler era de la familia, y en aquel momento necesitaba a la familia.

-Gracias. Mi madre... -Tuvo que tragar saliva antes de continuar. Tyler frenó al pie de las escaleras de la puerta principal-. Esto va a ser muy duro para mi madre.

-Sophia. -Tyler puso una mano sobre las suyas y apretó al notar que quería apartadas-. Sophia -repitió, hasta que ella lo miró a los ojos-. La gente siempre cree que ha de ser fuerte, pero no es verdad.

-Para los Giambelli sí. Estoy paralizada, Ty, y tengo miedo de lo que ocurrirá en mi interior cuando deje de estado. Tengo miedo de empezar a pensar. Tengo miedo de empezar a sentir. Lo único que puedo hacer es cumplir con mi deber.

-Entonces eso es lo que haremos.

Tyler bajó del coche y dio la vuelta hacia el lado de Sophia. La ayudó a bajar ofreciéndole la mano y este gesto hizo que a ella se le formara un nudo ardiente en la garganta.

En la casa se respiraba el cálido aroma de las flores de su madre. Sophia paseó la mirada por el vestíbulo como una visitante ajena a la familia. Nada había cambiado. ¿Cómo era posible que nada hubiera cambiado?

Vio a Maria que se acercaba. «Todo se mueve como en un sueño -pensó-. Incluso el eco de los pasos parece sacado de un sueño.»

-Maria, ¿dónde está mi madre?

-Arriba. Está trabajando en su despacho. ¿Señorita Sophia? -¿Y *la signora?*

Maria miró a Tyler con inquietud.

-Está en los viñedo s con el señor MacMillan.

-Envíe a alguien a buscados, por favor. Que alguien vaya a buscar a mis abuelos.

-Sí, ahora mismo.

Maria se alejó rápidamente. Sophia se volvió hacia la escalinata *y* apretó con más fuerza la mano de Tyler. Oía música en su despacho, una música ligera, frívola. Cuando entró, vio a su madre con los cabellos recogidos hacia atrás, inclinada sobre el teclado del ordenador.

-¿Cómo que esta función no está permitida? Maldita sea, te odio.

En otro momento, la irritación contenida de su madre habría divertido a Sophia. Ahora sentía deseos de llorar.

-¿Mamá?

-¡Oh, gracias a Dios! Sophia, he hecho algo. No sé qué. Llevo una hora practicando y sigo sin entender esta cosa.

Apartó la silla del ordenador, levantó la vista... y se quedó helada. -¿Qué pasa? ¿Qué tienes? -Claudia conocía cada pliegue, cada curva y expresión de la cara de su hija. Sintió un doloroso nudo en el estomago y se apresuró a acercarse a Sophia-. ¿Qué ocurre?

-Mamá. -Todo cambiará ahora, pensó Sophia. Cuando lo hubiera dicho, nada volvería a ser como antes-. Mamá, es papá.

-¿ Está herido, enfermo?

-Está... -No pudo continuar. Soltó la mano de Tyler y abrazó a su madre con fuerza.

El nudo que tenía Claudia en el estómago desapareció. Se quedó paralizada.

-Oh, Dios mío. -Apretó la cara contra el pelo de Sophia y empezó a mecerla-No. Oh, cariño, no.

-Lo siento mucho, mamá. Nosotros lo hemos encontrado. En mi apartamento. Alguien... alguien lo mató allí.

-¿Cómo? Espera. -Claudia retrocedió temblando-. No.

-Siéntate, Claudia. - Tyler condujo a ambas al pequeño sofá que había contra la pared.

-No, no. No puede ser. Tengo que...

-Siéntate -repitió Tyler, conminándolas amablemente para que se sentaran-. Escuchadme. Miradme. -Esperó a que Claudia buscara a tientas la mano de Sophia y se la apretara-. Sé que esto es muy duro para las dos. Avano estaba en el apartamento de Sophia. No sabemos por qué. Al parecer se había citado allí con alguien.

Claudia parpadeó. Tenía la cabeza embotada, como si faltara un

engranaje en su mecamsmo.

-¿En el apartamento de Sophia? ¿Por qué dices eso? ¿Qué quieres decir?

-Había una botella de vino sobre la mesa y dos vasos. -Había memorizado la escena: elegancia silenciosa, muerte al desnudo-. Es probable que lo matara la persona con la que se había citado. La policía ya ha interrogado a Sophia.

-Sophia. -Los dedos de Claudia apretaron los de su hija-. La policía.

-y querrán haceme más preguntas. También querrán interrogarte a ti. Quizás a todos nosotros. Sé que es difícil pensar con claridad, pero tenéis que prepararos. Creo que deberíais llamar a un abogado.

-No quiero ningún abogado. No lo necesito. Por amor de Dios, Ty, han asesinado a Tony.

-Cierto. En el apartamento de su hija y sólo unos días después de que se hubiera divorciado de ti para casarse con otra. Sólo unos días después de que Sophia le hubiera insultado en público.

Un feo y cruel sentimiento de culpabilidad se adueñó de Sophia.

-Maldita sea, Ty, si una de nosotras hubiera querido matarlo, lo habría hecho hace años.

Tyler miró a Sophia. Notó que había vuelto su energía y que es taba furiosa. «Mejor», pensó.

-¿Es eso lo que vas a decirle a los polis? ¿Es eso lo que vas a decirle a los periodistas cuando empiecen a llamar? La publicidad es tu profesión, Sophia. Piensa.

Sophia tenía la respiración agitada. No podía evitado. Algo en su interior quería explotar, romper la frágil capa de autocontrol y hacerla chillar. Entonces notó que la mano de su madre temblaba, y se contuvo. Se acercó más a ella y dijo:

-Tenemos derecho a ser humanas primero.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta, aunque las piernas apenas le respondían.

-¿Quieres bajar a hablar con *nonna* y Eli? Cuéntales todo lo que necesiten saber. Necesito estar a solas con mi madre.

-De acuerdo. Claudia. - Tyler se agachó y tocó la rodilla de Claudia-. Lo siento.

Al salir se encontró con la mirada de Sophia. Una oscura e insondable profundidad fue lo único que vio antes de que ella cerrara la puerta.

Ty tenía razón, pero ya pensaría más tarde en ello. Quizá fuera bueno tener cosas más mezquinas en las que pensar. Los periodistas empezaron a llamar apenas diez minutos después de que le hubiera dado la noticia a su madre, y antes de que hubiera podido hablar con su abuela.

Sophia sabía ya la actitud que debían adoptar: unidad. Y estaba preparada para recibir a la policía y amortiguar el golpe para su madre.

No se haría ningún comentario a la prensa hasta que ella pudiera redactar el comunicado más oportuno. No se concederían entrevistas. Sophia sabía que el asesinato de su padre generaría todo un circo de los medios de comunicación, pero los Giambelli no tenían la más mínima intención de actuar en él.

En consecuencia, tendría que hacer un montón de llamadas a parientes y a algunos de los empleados más importantes. Pero la primera llamada (maldito Tyler) tendría que ser para Helen Moore. Necesitaban asesoramiento legal.

-He llamado a tía Helen -dijo a Teresa.

-Bien. -Teresa estaba sentada en el salón con la espalda tiesa como un palo y el semblante sereno-. ¿Y tu madre?

-Quería estar a solas unos minutos.

Teresa asintió y cogió la mano de Sophia. Aquel contacto bastaba para decirlo todo.

-¿En qué empleado de la plantilla confías más para que redacte una declaración para la prensa y filtre las llamadas?

-En mí. Quiero hacerla yo, *nonna.*

-Bien. -Teresa le dio un apretón en la mano y la soltó-. Siento que tengas que pasar por esto, *cara.* Tyler nos lo ha contado todo. No me gusta que te interrogaran antes de que hubieras hablado con Helen o con James.

-No tengo nada que ocultar. No sé nada. A mi padre le dispararon en mi apartamento. ¿Cómo no iba a hacer todo lo posible por ayudarles a descubrir quién lo mató?

-Si no sabes nada, no podías decirles nada que les ayudara. -Teresa desechó el tema de la policía con un gesto de impaciencia-. Tyler, trae un vino a Sophia. -Sonó el teléfono y Teresa dio una palmada sobre el brazo de su butaca.

-Yo me ocuparé -dijo Tyler.

-No, no queremos que ningún miembro de la familia hable con la prensa hoy. -Sophia se frotó la frente, haciendo un esfuerzo por pensar con claridad-. Deberías llamar a David. Pídele que venga. Si tú te encargas de ponerle al tanto de la situación, yo me ocuparé del comunicado para la prensa. Por ahora es muy senci**llo,** la familia no hablará con nadie y no tiene ningún comentario que hacer.

-Iré a buscar a David. -Tyler se acercó a Sophia y alzó su rostro por el mentón-. No necesitas vino, sino una aspirina.

-No necesito nada. -Sophia se apartó-. Dame media hora -pidió a su abuela.

-Sophia. -Eli, que estaba sentado junto a Teresa, se levantó para rodear

los hombros de su nietastra con el brazo-. Descansa un poco.

-No puedo.

-Muy bien, haz lo que creas mejor para ti. Yo empezaré con las llamadas.

-Puedo hacerla s yo.

-Sí, pero las haré yo. Y tómate la aspirina.

-De acuerdo, lo haré por ti.

La aspirina le ayudó, y también el trabajo. Al cabo de una hora se encontraba más serena, había redactado la declaración oficial y había hablado con David.

-Yo me ocuparé de la prensa, Sophia. Tú cuídate y cuida de tu madre.

-Lo superaremos. Piensa que seguramente algún periodista avispado intentará acercarse a la villa y a la casa de MacMillan. También a tus hijos los relacionarán con la familia.

-Hablaré con ellos. No van a venderle ninguna historia a la prensa sensacionalista, Sophia.

-Lo siento, no quería decir eso. Pero no son más que niños. Podrían acosarles y pillarles desprevenidos.

-Hablaré con ellos -repitió David-. Sé que esto es muy duro para ti, Y también para tu madre. -Se puso en pie-. Si necesitáis cualquier cosa de mí, no tienes más que pedirmelo

-Te lo agradezco. -Sophia vaciló, estudiando a David. Los resentimientos mezquinos, las estrategias de la compañía, debían olvidarse en aquellos momentos-. Mis abuelos confían en ti, si no no te habrían llamado. Así que yo también lo haré. Te vas a instalar aquí para que te ocupes de las llamadas que recibamos. Te cedería mi despacho, pero puede que lo necesite.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo justo en medio de la habitación, y David vio su rostro inexpresivo, como si algún mecanismo interno se hubiera atascado.

-¿Por qué no descansas un poco?

-No puedo. Mientras siga ocupada podré soportado. Sé lo que la gente pensaba de él. Sé lo que susurrarán de él en las fiestas y en artículos jocosos de la prensa.

«Lo que yo pensaba de él. Lo que yo le dije -se repitió Sophia-. Oh, Dios mío, no pienses en eso ahora.»

-A él ya no le hará ningún daño, pero a mi madre sí. Por eso no puedo descansar. -Salió de su despacho apresuradamente-. Creo que la biblioteca sería el mejor sitio -empezó-. Allí no te molestará nadie y podrás tener todo lo que necesites.

Estaba a mitad de la escalera, cuando Maria abrió la puerta principal a la policía. Claremont miró por encima de la cabeza del ama de llaves y vio a Sophia.

-Señorita Giambelli.

-Detective. Déjelos entrar, Maria, yo me ocuparé. ¿Alguna novedad? -preguntó Sophía, bajando el resto de escalones.

-No. Pero quisiéramos hablar de nuevo con usted y su madre. -Mi madre

está descansando. David, éste es el detective... -Claremont -dijo él-. Y ésta es mi compañera, la detective Maguire.

-David Cutter, los detectives Claremont y Maguire. El señor Cutter es el director ejecutivo de operaciones de Giambelli-MacMillan. Les acompañaré al salón y enseguida estaré con ustedes.

-¿Está en casa su madre, señorita Giambelli?

-Le he dicho que mi madre está descansando. No está en condiciones de hablar con ustedes por el momento.

-Sophia. -Claudia bajaba las escaleras con una mano en la barandilla, seguida por Helen-. Estoy bien. Quiero hacer lo que pueda por ayudar.

-La señora Avano -dijo Helen, poniendo gran énfasis en utilizar el apellido de casada de Claudia- está dispuesta a contestar a sus preguntas. Estoy segura de que tendrán ustedes en cuenta su estado emocional. Soy la jueza Moore -añadió fríamente, inclinando la cabeza-, una vieja amiga de la familia.

Claremont sabía quién era, y había sido implacablemente interrogado por su marido en algún que otro juicio. «Así que ya han llamado a sus abogados», pensó.

-¿Representa usted a la señora Avano, jueza Moore?

-Estoy aquí para ofrecer a mi amiga mi apoyo y mi consejo, en caso de que sean necesarios.

-¿Por qué no nos sentamos? -sugirió Claudia-. Sophia, ¿quieres pedide a Maria que nos sirvan café?

-Por supuesto.

«Elegante y refinada -pensó Claremont-. Ya se veía de dónde había sacado la clase su hija. Pero las mujeres con clase también mataban, igual que las demás. Sobre todo cuando las habían reemplazado por una más joven.»

Aun así, la señora Avano respondió a las preguntas sin titubear.

No había visto al difunto ni hablado con él desde la famosa fiesta. No había estado en el apartamento de su hija desde hacía más de un mes. No tenía llave. No poseía ninguna arma, pero admitió antes de que la jueza pudiera interrumpida que había armas en la casa.

-¿ Se disgustó usted cuando su marido hizo efectivo el divorcio para casarse con Rene Foxx?

-Sí -admitió Claudia, cerrando la boca a Helen-. Sería una tontería negado, Helen. Naturalmente que me disgustó. No creo que el final de un matrimonio sea motivo de celebración, aunque se hubiera convertido en poco menos que un formulismo. Era el adre de mi hija.

-¿Discutieron?

-No. -Claudia apretó los labios. A Claremont le recordó una elegante y doliente Madona-. Era difícil discutir con Tony. Evitaha las discusiones. Le di lo que quería. En realidad no podía hacer otra cosa, ¿no cree?

-Yo llevé el divorcio de la señora Avano -dijo Helen-. Fue amistoso por ambas partes. Y legalmente fue todo lo sencillo que pueden ser estas cosas.

-Pero usted se disgustó de todas maneras -afirmó Maguire-. Lo suficiente para telefonear a la residencia de su ex marido la semana pasada, en plena noche, y formular ciertas amenazas y acusaciones.

-Jamás he hecho tal cosa. -Por primera vez apareció en sus ojos un brillo belicoso-. Jamás llamé al apartamento de Tony, ni hablé con Rene. Ella dio por supuesto que fui yo.

-Señora Avano, nos será muy fácil comprobar el registro de llamadas.

-Pues compruébenlo. -Su espalda se tensó, igual que su voz-. Por más disgusto que me causara la elección de Tony, era asunto suyo. No tengo por costumbre llamar a la gente en plena noche para formular amenazas o acusaciones.

-La actual señora Avano afirma lo contrario.

-Entonces se equivoca, o miente. Fue ella la que me llamó en plena noche para acusarme de eso, insultándome y molestándome. Esa llamada sí que la encontrará en el registro, detective, pero no la mía.

-¿Por qué iba a mentir ella?

-No lo sé. -Claudia suspiró y se frotó la sien-. Quizá no mentía. Estoy segura de que alguien la llamó y ella supuso que había sido yo. Estaba furiosa. Yo no le gustaba.

-¿ Sabe a qué hora se fue de aquí el señor Avano la noche de la fiesta?

-No. Francamente, los evité a él y a Rene todo lo posible. Era una situación incómoda y embarazos a para mí.

-¿Sabe por qué fue al apartamento de su hija a las...? -Habían localizado el taxi que buscaban. Claremont consultó sus notas para refrescarse la memoria-. ¿A las tres de la madrugada?

-No.

-¿Dónde estaba usted a esa hora?

-En la cama. La mayoría de invitados se fue a la una. Yo me retiré poco antes de las dos. Sola -añadió, anticipándose a la pregunta-. Le di las buenas noches a Sophia y luego me acosté porque estaba muy cansada. Había sido un día muy largo.

-¿Podríamos hablar un momento a solas? -pidió Helen, e indicó con un ademán que los detectives debían salir de la habitación.

-Se puede llegar a San Francisco desde aquí en una hora -especuló Maguire, una vez en el pasillo-. No tiene coartada para esahora. Tiene un motivo.

-¿ Para qué iba a citarse con su ex en el apartamento de su hija?

-Así todo quedaba en familia.

-Quizá -dijo Claremont, y volvió a entrar en el salón cuando la jueza les llamó.

-Detectives, la señora Avano era reacia a aportar cierta inforIlIaciÓn. Anthony Avano fue su marido durante muchos años y tenian una hija. Le preocupa decir algo que pueda perjudicar su reputación. Sin embargo, tal como yo le he aconsejado, será más constructivo que se lo diga, dado que podría ayudarles en la investigación. Además... además, Claudia -dijo en voz baja-, pronto descubrirán toda la verdad por otras vías.

-De acuerdo. -Claudia se puso en pie y se paseó de un lado a otro del

salón-. De acuerdo. Me han preguntado si tenía idea de por qué estaba en el apartamento de Sophia. No estoy segura, pero... Tony sentía debilidad por las mujeres. Unas personas beben, otras juegan, y otras tienen aventuras. Tony tenía aventuras. Tal vez se hubiera citado con alguna mujer allí, para romper una relacion o para...

-¿Sabe quién podría ser esa mujer?

-No; dejó de preocuparme hace mucho tiempo. Pero había otra, el sabía quién había llamado a Rene aquella noche, estoy segura. Y parecía malhumorado en la fiesta, cosa rara en él. No solia enfadarse. Fue un poco grosero con David Cutter, y no tan sociable como tenía por costumbre. Ahora que lo pienso, creo que estaba metido en algún lío. No lo sé. No quería saberlo, así que no hice nada al respecto. Si lo hubiera hecho... no sé si habría servido de algo. Es doloroso pensarlo.

-Agradecemos su colaboración, señora Avano -dijo Claremont, levantandose-. Ahora quisiéramos hablar con los demás miembros de la familia, con el señor Cutter y con todos los miembros del personal que estuvieran aquí durante la fiesta.

CIaremont quería volver a interrogar a Sophia. Se ocupó de ella solo, mientras su compañera hablaba con David Cutter.

-No nos dijo que su padre y usted habían mantenido una acalorada discusión la noche en que lo mataron.

-No, porque no me lo preguntaron. Ahora que me lo pregunta, tendré que hacer una matización. Una discusión se produce entre dos personas que están en desacuerdo. No hubo tal discusión.

-Entonces, ¿cómo lo llamaría usted?

-Recriminaciones que llevaban esperando mucho tiempo. Es muy duro para mí, detective, saber que fueron las últimas palabras que le dije a mi padre. Aunque eran ciertas, aunque se las merecía, no por ello será menos difícil. Estaba furiosa. Mi padre se había casado unas horas después de obtener el divorcio definitivo de mi madre. No se había molestado en comunicarme sus planes, no se había molestado en tener la cortesía de informar a mi madre, y se presentó en una fiesta familiar con su nueva esposa del brazo. Fue una grosería imperdonable, muy típica de él. Eso fue lo que le dije.

-Según mis informes, le amenazó también.

-¿Le amenacé? Quizás. Estaba furiosa, dolida, incómoda. Rene había acorralado a mi madre y la había atacado... verbalmente, No tenía ninguna justificación para hacerlo; había conseguido lo que quería. Mi padre permitió que ocurriera. Mi padre era un as dejando que las cosas sucedieran y arreglándoselas para no darse cuenta del daño que se había hecho.

La noticia se propagó por todo el país, y también al otro lado del Atlántico. Donato estaba en su despacho, en el primer piso de su casa, tomando un coñac y sopesando la situación. La casa había quedado por fin en silencio, pero esperaba que el bebé se despertara berreando en cualquier momento para ser amamantado.

Gina dormía, y de no ser por el circo habitual que montaba el bebé cada

noche, podría haberse escabullido para ir a pasar una horita relajante con su querida.

Sería mejor que no se arriesgara. Tony Avano estaba muerto.

La reunión que debía mantener con Margaret Bowers al día siguiente habría de posponerse. Así ganaría un poco de tiempo. Donato habría preferido seguir entendiéndose con Tony; con él siempre sabía el terreno que pisaba.

Pero Tony había muerto y el alboroto sería mayúsculo. Habría chismes, retrasos, pegas, obstáculos. Todo ello podía beneficiarle.

Debía regresar a California, por supuesto, para dar el pésame a Claudia y Sophia, y asegurarle a *la signora* que haría todo lo que ella le pidiera para mantener la producción de Giambelli.

Dado que faltaban sólo dos días para Navidad, convencería a Gina de que debía quedarse en casa y no alterar la vida de los niños. Sí, buena idea. Y podría llevarse a su preciosa amiguita para que le hiciera compañía. Nadie notaría la diferencia.

Sí, la muerte de Avano le daría tiempo para pensar qué debía hacerse y cómo.

« Pobre Tony -pensó, y alzó su copa de coñac-. Descanse en paz»

Jeremy DeMorney bajó el volumen del televisor después de escuchar las noticias de la noche y se quitó la chaqueta del esmoquin. Se alegraba de haber vuelto pronto a casa. Era mejor estar solo en casa al enterarse de la noticia, que rodeado de gente.

Tony Avano, aquel canalla inútil, estaba muerto.

Casi lo sentía. Los acontecimientos se habían precipitado, poniendo a Avano a tiro de su venganza, y Jerry llevaba mucho tiempo esperando aquel momento.

Imaginaba que Avano dejaba tras de sí a una ex mujer pesarosa. Una hija que le lloraba y una viuda alegre. Mucho más de lo que merecia.

Mientras se desvestía, Jerry pensó en volver a California para asistir al funeral que sin duda preparaban los Giambelli, pero desecho la idea.

Por desgracia, todo el mundo sabía que el difunto Avano se habia acostado con la mujer de Jerry.

Oh, lo habían resuelto todo como gente civilizada, claro. Sin contar con el labio partido que Jerry había dado a su esposa adúlera como regalo de despedida. Luego, el divorcio, el acuerdo financiero, y en público fingir que no pasaba nada.

“Bueno -pensó Jerry-, a todos se les había dado muy bien fingir.»

Había enviado un mensaje personal a la familia para dar el pésame, pero decidió que sería mejor mantenerse a distancia por el momento. Haría su movimiento cuando estuviera preparado.

Hasta entonces, montaría su pequeño velatorio personal. Maldita sea, abriría una botella de champán y celebraría el asesinato.

Sophia pasó casi una semana tratando la muerte de su padre como si fuera una cuestión de negocios. Manteniendo sus emociones a raya, hizo

llamadas, se ocupó de diversos preparativos, formuló preguntas, las respondió y vigiló a su madre como un halcón a su presa.

Cuando tropezaba con un muro, y le ocurrió muchas veces, hizo lo que pudo por escalado o cavar un túnel por debajo. La policía se limitaba a repetir que la investigación seguía su curso y que se seguían diversas pistas.

Sophia tenía la sensación de que la trataban igual que a un pe riodista o, peor aún, que a un sospechoso.

Rene se negaba a contestar sus llamadas, y ella se hartó de dejar mensajes en el contestador. Algunos comprensivos, otros preocupados, o corteses, o furiosos, o amargos.

Su padre tendría un funeral, con o sin la colaboración de su viuda.

Se disculpó con su madre, arguyendo que debía resolver varios problemas en su despacho de San Francisco, y se dispuso a ir a la ciudad.

Tyler aparcaba su coche en el sendero de entrada cuando ella salió de la casa.

-¿Adónde vas?

-Tengo asuntos que atender.

-¿Dónde?

Sophia intentó pasar junto a él para dirigirse al garaje, pero Ty ler le cerró el paso.

-Mira, tengo prisa. Vete a podar alguna viña.

-¿Dónde?

Sophia notaba que sus nervios estaban a punto de estallar, y eso no podía permitido.

-Tengo que ir a la ciudad. Asuntos de trabajo.

-Vale. Iremos en mi coche.

-Hoy no te necesito.

-Trabajamos en equipo, ¿recuerdas? -Tyler veía que Sophia estaba al borde del colapso nervioso, y no iba a permitir que condujera.

-Puedo ocuparme de esto sola, MacMillan. -¿Por qué demo nios no había dicho que se iba de compras?

-Ya, ya, tú puedes ocuparte de todo. -La cogió del brazo con una mano y abrió la puerta del coche con la otra-. Sube.

-¿No se te ha ocurrido que prefiero estar sola?

-¿No se te ha ocurrido que me da igual? -Para resolver el prohlema, Tyler se limitó a cogeda en brazos y depositada en el asiento del coche-. Ponte el cinturón -ordenó, y cerró la puerta de golpe.

Sophia pensó en abrir la puerta de una patada y luego darle otra patada a él, pero tenía miedo de no poder parar. Sentía una gran rabia dentro de sí, un dolor ardiente e incontenible. Se recordó a sí misma que Tyler no la había abandonado en el peor de los momentos.

Tyler se sentó tras el volante. «Quizá fuera porque la conocía desde hacía más de media vida, quizá porque le había prestado más atención en las últimas semanas que en veinte años -pensó-, conocía aquel rostro demasiado bien. Y la tranquilidad que veía en él no era una auténtica máscara, al menos de momento.»

--Bien. -Puso el coche en marcha y la miró-. ¿Adónde vas en

realidad?

-A ver a la policía. Por teléfono no quieren decirme nada.

-Muy bien. -Ty puso primera y enfiló el sendero.

-No necesito un perro guardián, Ty, ni un ancho hombro sobre el que llorar.

-Muy bien. -Siguió conduciendo-. Por cierto, espero que no necesites tampoco un saco de arena para golpear.

Como respuesta, Sophia se cruzó de brazos y clavó la vista en la carretera. Las montañas estaban cubiertas de niebla y salpicadas de nieve, como una fotografía algo desenfocada. Aquel deslumhrante panorama no consiguió animada. En su cabeza veía tan solo la hoja arrancada de una revista que había llegado en el correp del día anterior.

La fotografía era de ella, de su abuela y de su madre, y se había publicado unos meses atrás. Había recibido el mismo trato que los angeles Giambelli, pero esta vez habían usado rotulador rojo para borrar las caras, escribiendo zorras asesinas por encima.

"¿ Era la respuesta a sus sucesivas llamadas a Rene? -se pregunto Sophia-. ¿Creía aquella mujer que conseguiría asustada con un truco tan infantil? No permitiría que la asustara. Al arrojar la fotografía al fuego de la chimenea, había sentido asco, ira, pero no miedo»

Sin embargo, un día después aún no había conseguido quitárselo de la cabeza.

-¿Te ha pedido Eli que me hagas de niñera? -preguntó a Tyler.

-No.

-¿Mi abuela?

-No.

-Entonces, ¿quién?

-Acepto las órdenes en el trabajo cuando debo hacerla, pero no en mi vida privada. Esto es personal. ¿Queda claro?

-No. -Sophia apartó la vista de las montañas para estudiar el perfil igualmente atractivo de su acompañante-. Mi padre ni siquiera te gustaba, y no es que yo te vuelva loco.

-No me gustaba tu padre. -Lo dijo sencillamente, sin disculparse, sin placer. Y por esa razón no la ofendió-. Aún no me he decidido sobre ti. Pero me gusta tu madre y no me gusta Rene lo más mínimo, ni el hecho de que intentara echarle encima a la policía y quizá también a ti.

-Entonces te encantará saber que también pienso ir a ver a Rene. Necesito luchar con ella un par de asaltos para aclarar lo del *fu*neral.

-Vaya, eso sí será divertido. ¿Crees .que habrá mordiscos y tirones de pelo?

-A los hombres os excitan esas cosas, ¿no es cierto? Es repugnante.

-Sí. - Tyler suspiró pesadamente con aire melancólico, y ella soltó su primera carcajada sincera en muchos días.

Sophia se dio cuenta de que nunca había estado en una comisaría. Su idea de una comisaría estaba basada en las películas, así que esperaba pasillos húmedos y oscuros con el suelo de linóleo gastado, oficinas ruidosas y abarrotadas, personajes de mirada torva y mueca despectiva, y café maloliente

envasas de papel.

En realidad estaba deseando vivir aquella experiencia.

En lugar de lo que imaginaba, encontro un ambiente de oficina,

con suelos limpios y amplios pasillos que olían a jabón. No podría decirse que fuera silenciosa *como* una tumba, pero cuando caminó hacia la sección de detectives con Ty, oyó el taconeo de sus zapatos perfectamente.

La sección de detectives estaba llena de mesas espartanas, pero no viejas y desvencijadas, como esperaba. Olía a café, pero recién

hecho. Vio armas, y eso ya era algo, en pistoleras atadas a la cintura o al hombro. Le pareció extraño verlas en aquella sala bien iluminada, donde el sonido principal era el de los teclados de los ordenadores.

Su mirada tropezó por fin con la de Claremont. El detective echó una ojeada a una puerta lateral y luego se levantó y se acercó a ellos.

-Señorita Giambelli.

-Tengo que hablar con usted sobre mi padre. Sobre lo que debe

hacerse con él y sobre la investigación.

-Cuando hablé con usted por teléfono…

- Ya sé lo que me dijo por teléfono, detective. Nada de nada. Creo que tengo derecho a recibir información, y desde luego tengo derecho a saber cuándo entregarán el cuerpo de mi padre. Le aseguro que tomaré medidas. Haré uso de todas mis influencias. Y créame, mi familia tiene muchas.

-Lo sé. ¿Por qué no hablamos en el despacho del teniente?

Indicó el camino con un gesto, y luego soltó un juramento por lo bajo cuando la puerta lateral se abrió y apareció su compañera con Rene.

Tenía un magnífico aspecto vestida de negro. Con su pálido cutis y sus cabellos relucientes como el oro, recogidos en la nuca, rts ls imagen perfecta de una viuda rica. Sophia imaginó que habia estudiado cuidadosamente su imagen en el espejo antes de salir a la calle, y que no había podido resistir la tentación de aliviar el riguroso luto con un delicado broche de diamantes.

Se quedó mirando el broche durante largo rato; luego desvió bruscamente su atención hacia Rene.

-¿ Qué está haciendo ella aquí? -exclamó Rene-. Les he dicho que me está acosando. Me llama a cada momento para amenazarme. -Estrujó un pañuelo en la mano-. Quiero solicitar una orden de alejamiento para ella, para todos ellos. Ellos asesinaron a mi pobre Tony.

-¿ Has estado ensayando el numerito, Rene? -repuso Sophia con tono glacial-. Porque aún necesitas ensayarlo más.

-Quiero protección policial. Hicieron que mataran a Tony por mi. Son italianos. Tienen conexiones con la Mafia.

Sophia se echó a reír, Al principio no fue más que un gorjeo, pero fue creciendo hasta que Sophia perdió el control, se tambaleó y se sentó en el banco que había contra la pared.

-Oh, sí, sí, es cierto. La casa de mi abuela es un semillero del crimen organizado. Sólo ha hecho falta una ex modelo, una fulana cazafortunas, para descubrir el pastel.

Sophia no se daba cuenta de que su risa se había convertido en

llanto, de que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

-Quiero enterrar a mi padre, Rene. Déjame hacerlo. Déjame participar en

su entierro y luego no tendremos que volver a hablamos ni a vemos nunca más.

Rene volvió a meter el pañuelo en su bolso. Cruzó la sala, que se había quedado en silencio, y esperó a que Sophia se pusiera en pie.

- Tony me pertenece. Y tú no participarás en nada.

-Rene. -Sophia extendió la mano hacia ella y ahogó un grito de sorpresa cuando se la retiró con una brusca bofetada.

-Señora Avano. -El tono de Claremont era de advertencia. El detective cogió a Rene por el brazo.

-No permitiré que me toque. Si tú o alguien de tu familia vuelve a llamarme, tendréis que véroslas con mis abogados. -Rene alzó el mentón y salió de allí con paso firme.

-Por despecho -murmuró Sophia-. Sólo por despecho.

-Señorita Giambelli. -Maguire le tocó el brazo-. ¿Por qué no se sienta y deja que le sirva un café?

-No quiero café. ¿Piensan decirme si ha habido algún progreso en la investigación?

-No tenemos nada nuevo que contarle. Lo siento.

-¿Cuándo entregarán el cuerpo de mi padre?

-Los restos de su padre se entregarán esta mañana a su pariente más cercano.

. -Comprendo. He perdido el tiempo y se lo he hecho perder a ustedes. Disculpen.

Salió sacando el móvil del bolso. Probó primero con Helen Moore, pero le dijeron que la jueza estaba en la sala del tribunal.

-¿Crees que podrá detener a Rene? -preguntó Tyler.

-No lo sé, pero tengo que intentarlo.

A continuación llamó al bufete de James Moore, pero su esperanza se frustró cuando le dijeron que estaba reunido. Como último recurso, pidió por Linc.

-¿Linc? Soy Sophia. Necesito ayuda.

Claudia estaba sentada en un banco de piedra del jardín. Hacía frío pero necesitaba tomar el aire. Se sentía atrapada en la casa como nunca antes se había sentido. Atrapada por las paredes y las ventanas, vigilada por las personas que más la querían.

«Vigilada -pensó-, con tanto mimo como se vigilaría a una in válida que podría morir en cualquier momento.»

Creían que sufría y ella les dejaba que lo creyeran. «¿Cuál era su mayor pecado?», se preguntó. Dejar que todos pensaran que estaba abrumada por el dolor.

Lo cierto era que no sentía nada, no podía sentir nada. Excepto una horrible y sutil sensación de alivio.

La sorpresa, el dolor y la pena habían existido, pero se habían esfumado rápidamente. Y aquella falta de emociones la avergonzaba hasta el punto de querer evitar a su familia, hasta el punto de pasarse casi todas las Navidades en su cuarto, incapaz de consolar a su hija por miedo a

que ella se diera cuenta de la falsedad de su madre.

¿Cómo podía una mujer pasar del amor al desamor y de éste a la insensibilidad tan deprisa? ¿Había existido siempre aquella falta de pasión y de compasión? ¿ Y había sido aquella carencia lo que había alejado a Tony de ella? ¿O acaso lo que su marido había hecho tan despreocupadamente durante todo su matrimonio había matado su capacidad de sentir?

Ya no importaba. Tony había muerto y ella se sentía vacía. Se levantó para dirigirse a la casa, pero se detuvo al ver a David en el sendero.

-No quería molestarte.

-No me molestas.

-He procurado no estorbarte.

-No era necesario.

-Creía que sí. Pareces cansada, Claudia. -« Y solitaria», pensó. -Supongo que todos estamos cansados. Sé que te has encargado de mucho trabajo extra durante estos últimos días. Espero que sepas cuánto te lo agradecemos. -Estuvo a punto de retroceder cuando él se acercó, pero se contuvo-. ¿Qué tal la Navidad?

-Muy ajetreada. Digamos que me alegraré cuando llegue enero y los chicos empiecen otra vez el colegio. ¿Puedo hacer algo por ti?

-No, nada, de verdad. -Claudia quería disculparse, escapar a su habitación una vez más. Pero había algo en él que le impedía hacedo. Al mirado, se oyó hablar sin darse cuenta-. Me siento tan inútil, David. No puedo ayudar a Sophia. Sé que intenta mantener la mente ocupada en el trabajo y pasa mucho tiempo intentando enseñarme en su despacho, pero yo no hago más que estropeado todo.

-Eso es una tontería.

-No, no lo es. Jamás me ha gustado el trabajo de oficina, y lo poco que hice fue hace veinticinco años. Todo ha cambiado. No consigo que funcione el maldito ordenador, y no conozco los términos adecuados ni su intención la mitad de las veces. En lugar de pegarme en los nudillos cuando me equivoco, como debería, Sophia me da palmaditas en la cabeza porque no quiere disgustarme. Y es ella la que está angustiada y yo no puedo ayudada. -Se oprimió las sienes con los dedos-. Así que me he escapado. Soy condenadamente buena en eso. He venido aquí para no tener que enfrentarme con ella. Se está poniendo enferma con lo de Tony, intentando impedir que entreguen su cuerpo a Rene. No llora, no quiere hacedo. Esto no habrá acabado hasta que la policía... Pero ella desea celebrar la ceremonia, y Rene no quiere permitido.

-Necesita superado a su manera. Ya lo sabes. Igual que tú. -No sé cuál es mi manera. Debería entrar en casa. Tengo que encontrar las palabras correctas.

Reacio a dejada sola, David la acompañó hasta la casa. -Claudia, ¿crees que Sophia no sabe lo que significa para ti? -Lo sabe, igual que sabe lo que no significaba para su padre.

Para los hijos es difícil vivir con eso.

-Cierto. Pero viven.

Claudia se detuvo en la terraza y se volvió hacia él.

-¿Temes alguna vez no ser bastante para tus hijos?

-Todos los días.

Claudia soltó una breve carcajada.

-Ya sé que es terrible, pero me alivia oírtelo decir.

Abrió la puerta y vio a Sophia en el sofá con el rostro blanco como el papel, y a Linc Moore junto a ella, apretándole la mano.

-¿Qué pasa? -Claudia cruzó la habitación rápidamente y se acuclilló frente a su hija-. Oh, cariño, ¿qué tienes?

-Hemos llegado demasiado tarde. Linc lo ha intentado. Ha conseguido incluso una inhibitoria temporal, pero era demasiado tarde. Ha hecho que lo incineraran, mamá. Lo había dispuesto antes de que...

-Lo siento. -Sin soltar la mano de Sophia, Linc alargó su otra mano hacia Claudia-. Hizo que lo llevaran directamente al crematorio. Había empezado ya antes de que consiguiéramos la inhibitoria temporal.

-Se ha ido, mamá.

Las viñas durmieron durante el largo invierno. Hectárea tras hectárea, los campos absorbieron la lluvia, se endurecieron con las heladas y se ablandaron de nuevo con los primeros calores.

Para un campesino, para una cosecha, el año era un ciclo que se repetía una y otra vez, con variaciones y sorpresas, con placeres y tragedias.

La vida era una espiral que no se detenía nunca.

Hacia el mes de febrero, las fuertes lluvias retrasaron el ciclo de la poda, lo que causó frustración y la esperanza de que el húmedo invierno produjera una buena cosecha. Los campos y las montañas humeaban niebla.

Febrero fue un mes de espera. A algunos les pareció que llevaban esperando toda la eternidad.

En el tercer piso de Villa Giambelli tenía su despacho Teresa. Prefería aquel piso, lejos del bullicio del resto de la casa. Y le encantaba la vista de todo lo que era suyo desde las altas ventanas.

Cada día subía las escaleras, una buena disciplina para el cuerpo, y pasaba tres horas trabajando, ni más ni menos. El despacho era confortable, porque creía que un entorno agradable favorecía la productividad. También consideraba que era bueno darse aquellas satisfacciones que más le importaban.

Utilizaba la mesa de escritorio que había sido de su padre. Era vieja, de oscuro roble y con hondos cajones, con lo que seguía la tradición. Sobre la mesa había un teléfono de dos líneas y un potente ordenador, como mandaba el progreso. Bajo la mesa, la vieja *Sally* roncaba levemente, lo que daba un toque de hogar.

Tradición, progreso, hogar: Teresa creía firmemente en las tres cosas, y por ello, tenía en su despacho a su marido y al nieto de éste, a su hija, a su nieta, a David Cutter y a Paulo Borelli.

«Lo viejo y lo nuevo», pensó. .

Esperó a que se terminara de servir el café. La lluvia golpeaba con suaves puños el tejado y las ventanas.

-Gracias, Maria.

Estas palabras señalaron el fin del aspecto familiar de la reunión para dar comienzo a los negocios. Teresa entrelazó las manos y el ama de llaves salió y cerró la puerta.

-Siento -empezó diciendo- que no hayamos podido reunirnos todos hasta hoy. La muerte del padre de Sophia y las circunstancias en que tuvo lugar han aplazado ciertas áreas del negocio. Y la reciente enfermedad de Eli ha impedido que celebráramos antes la reunión.

Teresa miró a su marido y lo vio aún un poco débil. El resfriado se había convertido en fiebre y escalofríos con tanta rapidez que le había dado un buen susto.

-Estoy bien -dijo él, más para tranquilizada a ella que a los demás-. Aún se me doblan un poco las rodillas, pero no es nada. Un hombre no tiene más remedio que curarse cuando tiene tantas enfermeras mimándole.

Teresa sonrió porque Eli quería que sonriera, pero había oído el débil silbido de su pecho al respirar.

-Mientras Eli se recuperaba, lo he tenido al corriente de todos los movimientos que se han hecho en el negocio. Sophia, he leído tu informe y tus proyectos para la campaña del centenario. Hablaremos de ello más tarde, pero me gustaría que informaras a todos los demás.

-Por supuesto.

Sophia se puso en pie, abrió una carpeta que contenía borradores de los anuncios publicitarios, así como informes sobre mensajes, estadísticas de consumo y los lugares elegidos.

-La primera fase de la campaña empezará en junio con los anuncios colocados tal como se indica en el proyecto -dijo, repartiendo copias para todos-. Hemos creado una campaña con tres objetivos: el consumidor de más alto nivel, el consumidor medio, y el más esquivo, el joven que bebe vino de manera ocasional y con un presupuesto limitado.

Mientras hablaba, Tyler desconectó un momento. Había oído ya aquella exposición, y había participado en varias fases de su desarrollo. Había aprendido a valorar el trabajo de Sophia, aunque en realidad no le interesaba.

Las previsiones del tiempo vaticinaban la llegada del calor. Pero si hacía demasiado calor demasiado pronto, algunas de las variedades de uva saldrían de su letargo. Tenía que mantenerse alerta, vigilando los síntomas reveladores de los brotes, o un leve goteo en los cortes de las ramas podadas.

Si empezaban demasiado pronto, se corría el riesgo de que una helada lo dañara todo.

Estaba preparado para enfrentarse con un problema semejante si se daba el caso, pero...

-Veo que hemos conseguido mantener despierto a Tyler -dijo Sophia con dulzura, devolviéndolo bruscamente a la realidad.

-No, pero dado que has interrumpido mi siesta, diré que la segunda fase implica la participación del público: catas de vino, visitas guiadas a los viñedos, acontecimientos sociales, subastas, galas, tanto aquí como en Italia, que generarán publicidad.

Se levantó para servirse más café del carrito.

-Sophia sabe muy bien lo que se hace. No creo que nadie aquí se lo

discuta.

-¿Y en los campos? -preguntó Teresa-. ¿Sabe Sophia lo que se hace?

Tyler se tomó su tiempo antes de contestar; se bebió su café. -Lo hace muy bien, para ser una aprendiza.

-Por favor, Tyler, harás que me sonroje con esos cumplidos tan exagerados.

-Muy bien -murmuró Teresa-. ¿David? ¿Comentarios sobre la campaña?

-Inteligente y con clase. Lo único que me preocupa, como padre de hijos adolescentes, es que los anuncios destinados a los consumidores potenciales de veinte a treinta años hacen que el vino parezca una fiesta.

-Es que lo es -señaló Sophia.

-y es lo que queremos que parezca -admitió él-. Pero me preocupa que los anuncios para la gente joven sean tan atractivos que otros demasiado jóvenes también sientan su influencia. Es el padre el que habla -confesó-. Pero también he sido un muchacho que podía beber hasta reventar aun sin ayuda de la publicidad.

Claudia emitió un leve sonido, mas no dijo nada. Pero David, que se había sentado expresamente a su lado, lo había oído.

-¿Claudia? ¿Alguna idea?

-No, sólo... bueno, en realidad creo que la campaña es estupenda, y sé que Sophia ha trabajado muchísimo en ella, y Ty, por supuesto, y todo el equipo. Pero creo que David tiene razón con lo de ese, bueno, tercer objetivo. Es difícil promocionar una cosa de tal forma que resulte atractiva para un mercado joven, sin atraer también a quienes son demasiado jóvenes. Si pudiéramos añadir algún tipo de advertencia...

-Las advertencias son aburridas y diluyen el mensaje -dijo Sophia, pero apretó los labios y volvió a sentarse-. A menos que encontremos algo divertido, ingenioso, responsable y que se entremezcle con el mensaje. Dejad que lo piense.

-Bien. Ahora, Paulie.

En este caso fue Sophia la que desconectó mientras el capataz hablaba de las viñas y de las diversas cosechas que se probaban en depósitos y barriles.

Edad, pensó. Edad. Cosecha. Maduración. Perfección. Paciencia. El buen vino se hacía con paciencia. Recompensas. Edad, recompensas, paciencia. Sería paciente.

Sophia sentía deseos de sacar su pluma. Trabajaba mejor cuando anotaba las palabras, cuando las veía escritas. Se levantó para servirse café y, de espaldas a los demás, garabateó rápidamente unas palabras en una servilleta.

Cuando Paulie terminó y se pidió la opinión de David, en lugar de los proyectos de mercadotecnia, los análisis de costes, las previsiones y las cifras que esperaba Sophia, su abuela dejó a un lado el informe escrito que le había entregado su director ejecutivo. -Hablaremos de esto más tarde. Ahora quisiera saber qué opi

nión se ha formado de las personas clave.

-También le he entregado un informe escrito sobre todos ellos, *slgnora.*

-Lo sé -dijo ella, y se limitó a enarcar las cejas.

-De acuerdo. Tyler no me necesita en los viñedos, y lo sabe. El hecho es que mi trabajo consiste en supervisar su funcionamiento, pero no he conseguido vencer su resistencia y demostrarle que cuenta con otro par de manos competentes. No le culpo, pero lo cierto es que su resistencia reduce la eficacia. Por otro lado, los viñedos MacMillan están tan bien dirigidos como cualquier otro que yo haya conocido, igual que los de Giambelli. Aún se están haciendo algunos ajustes, pero su trabajo para la fusión y la coordinación de los trabajadores es excelente.

»Sophia se desenvuelve bastante bien en los viñedos, pero no es su fuerte. Igual que la mercadotecnia y la publicidad no son el fuerte de Tyler. El hecho de que ella lleve el peso del trabajo publicitario, igual que él lleva el peso del trabajo en el campo, tiene como resultado una mezcla sorprendentemente buena e interesante. Sin embargo, existen ciertos problemas en la oficina de San Francisco.

-Conozco esos problemas -dijo Sophia-, y me estoy ocupando de ellos.

-De ella -corrigió David-. Sophia, tienes en tu oficina una empleada difícil, furiosa y poco dispuesta a colaborar, que lleva varias semanas intentando socavar tu autoridad.

-Tengo programada una reunión con ella mañana por la tarde.

Conozco a mi plantilla, David. Sé cómo solucionar el problema.

-¿Estás interesada en saber hasta qué punto está siendo difícil y poco dispuesta a colaborar Kristin Drake? -David hizo una pausa-. Ha hablado con otras compañías. Su currículo ha aterrizado sobre media docena de escritorios en las dos últimas semanas. Una de mis fuentes en La Coeur me ha dicho que se dedica a hacer ciertas afirmaciones y acusaciones, dirigidas sobre todo contra ti, cuando cree que encuentra los oídos adecuados.

Sophia asimiló la traición, la decepción, y asintió. -Me ocuparé de ella.

-Hazlo -le aconsejó Teresa-. Si un empleado no es leal, al menos debe mostrar cierto decoro. No vamos a tolerar que un miembro de nuestro personal se sirva de chismes e insinuaciones para obtener un puesto en otra compañía. ¿Y Claudia?

-Está aprendiendo -dijo David-. Los negocios no son lo suyo.

Creo que no ha sabido utilizarla, *signora.*

-¿Cómo dice?

-En mi opinión, su hija sería más útil como portavoz de la compañía allí donde su encanto y su elegancia no se desperdiciaran como ahora, delante de un ordenador. Me extraña que no le haya pedido a Claudia que lleve las visitas y las degustaciones, de modo que los visitantes puedan disfrutar de su compañía y beneficiarse del contacto personal con un miembro de la familia. Es una anfitriona excelente, *signora.* No es una buena oficinista.

-¿Me está diciendo que cometí un error al esperar que mi hija aprendiera el negocio?

-Sí -respondió David con decisión, provocando un acceso de tos a Eli.

-Lo siento, lo siento. -Eli agitó una mano y Tyler corrió a servirle un vaso de agua-. Intentaba contener la risa. No debería haberlo hecho. Por Dios, Teresa, tiene razón y tú lo sabes. -Cogió el vaso que le ofrecía Tyler y bebió con cuidado hasta que desapareció la opresión que sentía. en el pecho-. Detestas equivocarte y lo haces muy pocas veces. Sophia, ¿qué tal va el trabajo de tu madre como ayudante?

-Apenas ha tenido tiempo... Es horrible -admitió Sophia, yestalló en carcajadas-. Oh, mamá, lo siento mucho, pero eres la peor ayudante que se haya visto jamás. No podría enviarte a la ciudad a trabajar con mi equipo ni en un millón de años. Tienes ideas -añadió, preocupada al ver que su madre no decía nada-. Como la de la advertencia. Sin embargo, no dices nada a menos que te insistan, y luego no sabes cómo llevarlas a la práctica. Pero lo más grave es que detestas cada minuto que pasas en mi despacho.

-Intento hacerlo lo mejor posible, y es evidente que he fracasado -dijo Claudia, y se puso en pie.

-Mamá...

-No, no te preocupes. Prefiero que seas sincera a que me trates como a una niña. Deja que os facilite a todos la tarea. Lo dejo. Yahora, si me disculpáis, voy a buscar algo que sepa hacer. Como sentarme en algún sitio para parecer elegante y encantadora.

-Hablaré con ella -dijo Sophia cuando su madre se fue.

-No -dijo Teresa alzando una mano-. Es una mujer adulta, no una niña a la que haya que tranquilizar. Siéntate. Vamos a terminar la reunión.

«Era alentador ver que su hija demostraba un poco de temperamento y temple», pensó Teresa, bebiendo café.

Por fin.

No tenía tiempo para aplacar enojos, pero dado que se sentía culpable, David buscó a Claudia. En las últimas semanas, Maria se había convertido en una fuente de información sobre la familia y su dinámica. Con su ayuda, llegó al invernadero.

Encontró a Claudia con guantes y delantal de jardinero, trans-plantando unas plantas jóvenes que habían nacido de esquejes.

-¿Tienes un minuto?

-Tengo todo el tiempo del mundo -respondió ella sin mirarlo siquiera, y sin la menor cordialidad-. No hago nada.

-No haces nada en una oficina que te satisfaga o que cumpla un objetivo. Eso es diferente. Siento que mi evaluación te haya ofendido, pero...

-Pero son cosas del negocio. -Lo miró ahora a los ojos.

-Sí, son cosas del negocio. ¿Quieres mecanografiar y archivar, Claudia? ¿Quieres asistir a reuniones sobre campañas de publicidad y estrategias de mercadotecnia?

-Quiero sentirme útil.

Arrojó a un lado su pequeña pala. «¿Creían todos que era como las flores que hacía crecer allí? -se preguntó-. ¿Lo era? ¿Era algo que

requería un clima controlado y un cuidado atento para no hacer otra cosa que parecer agradable en un entorno agradable?»

-Estoy cansada. Harta de que todos me hagan sentir como si no tuviera nada que ofrecer. Ni habilidad, ni talento ni cerebro.

-Entonces es que no me escuchabas.

-Oh, te he oído perfectamente. -Se quitó los guantes de un tirón y los arrojó también sobre la mesa-. Tengo que ser encantadora y elegante. Como una muñeca bien vestida a la que se da"cuerda en el momento y el lugar adecuados, y se guarda en el armario el resto del tiempo. No, gracias. Ya he estado guardada demasiado tiempo.

Claudia quiso empujar a David para pasar y tiró del brazo cuando él la agarró, pero lo miró con asombro cuando él se limitó a cogeda del otro brazo para impedide que se fuera.

Nadie la trataba así. Sencillamente era algo que no podía hacerse. - Espera un momento.

-Quítame las manos de encima. "

-Dentro de un momento. En primer lugar, el encanto es un talento. La elegancia es una habilidad. Y se necesita cerebro para saber decir lo más adecuado en cada momento y hacer que la gente se sienta bien recibida. Tú eso lo haces muy bien, ¿por qué no aprovechado? En segundo lugar, si crees que hacerse cargo de turistas, visitantes y degustaciones es un trabajo fácil, descubrirás tu error si tienes el coraje necesario para intentado.

-No necesito que tú me digas lo... -Es evidente que sí.

Claudia ahogó un grito de sorpresa al ser interrumpida. Tampoco eso se podía hacer. Recordó entonces cómo había tratado a Tony la noche de la fiesta, con la misma frialdad cortante que utilizaba ahora con ella.

-Te recuerdo que no trabajo para ti.

-Te recuerdo -replicó él- que sí trabajas para mí. A menos que abandones como una niña mimada, seguirás haciéndolo.

- *Va al diavolo.*

-No tengo tiempo para un viajecito al infierno ahora mismo

-dijo él, sin inmutarse-. Lo que propongo es que hagas uso de tu talento en el terreno más adecuado para ti. Tendrás que conocer el negocio para llevar las visitas guiadas, armarte de paciencia para responder a preguntas que oirás repetidas una y mil veces. Tendrás que promocionar el producto sin que parezca que lo estás promocionando. Tendrás que ser amable y saber informar y entretener a la vez. Y antes de empezar, tendrás que mirarte bien al espejo y dejar de verte como la esposa repudiada de un hombre que no sabía valorar otra cosa que no fuera él mismo.

Claudia abrió la boca, muda de asombro, y sus labios temblaron antes de que pudiera formar las palabras.

-Qué cosa tan horrible has dicho.

-Tal vez. Pero ya era hora de que alguien la dijera. Me fastidia verte inutilizada. Has dejado que se desaproveche tu talento, y empieza a fastidiarme.

-No tienes derecho a decirme esas cosas. Tu posición en Giam

belli no te da derecho a ser cruel.

-Mi posición en la compañía no me da derecho a decir la verdad tal como yo la veo. Y tampoco me da derecho a hacer esto -añadió, y estrechó a Claudia contra su cuerpo-. Pero esta vez es personal.

Claudia estaba demasiado asombrada para emitir siquiera la más leve protesta. Y cuando él apretó la boca contra la suya, con fiereza, con avidez, no pudo hacer otra cosa que dejarse invadir por las sensaciones.

La boca de un hombre, cálida y firme. Las manos de un hombre, fuertes y acuciantes. La excitación de notar un cuerpo contra el suyo, notar su calor, la amenaza sexual.

La sangre se le agolpó en las sienes en una larga oleada de poder, y su cuerpo y su corazón hambrientos se lanzaron al torrente de placer.

Con un ronco gemido, Claudia le echó los brazos al cuello. Cayeron sobre la mesa de trabajo, derribando varias macetas. La arcilla sonó contra la arcilla como si hubieran entrechocado unas espadas. La necesidad, la sensibilidad que tanto tiempo había estado embotada, volvió a la vida y recorrió todo su cuerpo con un chisporroteo. Todo pareció despertarse de pronto, amenazando con una sobrecarga. Las rodillas le flaquearon y su boca buscó la de David con desesperación.

-¿Qué...? -Claudia jadeaba y apenas pudo emitir un gemido cuando David la levantó y la echó sobre el banco-. ¿Qué estamos haciendo?

-Ya pensaremos en eso luego.

Tenía que tocarla, sentir el contacto de su piel. David empezó

a quitarle el suéter, espoleado por una excitación sexual que le hacía sentirse como un adolescente en el asiento trasero de un coche.

La lluvia golpeaba las paredes de cristal y el aire era cálido y húmedo, impregnado del aroma de las flores, del olor de la tierra y del cuerpo de Claudia. Ella temblaba bajo su cuerpo y su garganta dejaba escapar suaves y deliciosos sonidos.

David quería devorarla sin más, y preocuparse después por los detalles. No recordaba cuándo había tenido por última vez aquella violenta necesidad de copular.

-Claudia. Deja que... -Intentaba desabrocharle los pantalones. Si no hubiera pronunciado su nombre, ella lo habría olvidado. Lo habría olvidado todo y se habría sometido sin más a las exigencias de su propio cuerpo, pero el sonido de su nombre la devolvió al presente, y produjo la primera oleada de pánico.

-Espera. Esto es... No podemos.

Claudia empujó a David, pero echó la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo tembló al notar cómo la mordisqueaba en la gar

ganta.

-David, no. Espera. Para.

-Claudia... -No podía recobrar el aliento ni controlarse-. Te deseo.

¿Cuántos años hacía que Claudia no oía aquellas palabras? ¿Cuánto tiempo hacía que no veía el deseo en los ojos de un hombre? Tantos, se dijo, que no podía confiar en que pensara o actuara racionalmente.

-David. No estoy preparada para esto.

Él no apartó las manos. Rodeó su cintura bajo el suéter, notando la piel

cálida y aún temblorosa.

-Lo disimulas muy bien.

-No esperaba... -Sus manos eran tan fuertes... pensó. Fuertes y duras. Tan diferentes de -Por favor, ¿podrías apartarte?

David no se movió.

-Te he deseado desde la primera vez que te vi. En cuanto abriste la puerta de tu casa.

El placer invadió a Claudia, seguido por el pánico y el asombro. -Me...

-No -le interrumpió él bruscamente-, no digas que te halago.

-Pero es verdad. Eres un hombre muy atractivo y... -No podía pensar con claridad mientras él la acariciaba-. Por favor, ¿puedes apartarte?

-De acuerdo. -David obedeció, pero con gran esfuerzo-. Sabes perfectamente que lo que ha ocurrido aquí no ocurre todos los días ni con cualquiera.

-Creo que a los dos nos ha pillado por sorpresa -dijo Claudia, y se bajó del banco con cautela.

-Claudia, ya no somos niños.

-No, desde luego. -Le ponía nerviosa tener que alisarse el suéter y recordar lo que se sentía al tener las manos de él sobre su piel desnuda-. Y ésa es precisamente la cuestión. Tengo cuarenta y ocho años, David, y tú... bueno, tú no.

David no hubiera creído que pudiera reírse en aquella situación, pero lo hizo.

-No vas a usar unos cuantos años de diferencia como excusa.

-No es una excusa. Es un hecho. Y otro es que nos conocemos desde hace muy poco.

-Ocho semanas y dos días. Y durante todo ese tiempo no he dejado de desearte. -Rozó sus cabellos con los dedos mientras ella lo miraba atónita-. No había planeado abalanzarme sobre ti en el invernadero ni arrancarte la ropa en medio de tus macetas, pero llegado el momento, me daba igual. ¿ Quieres algo más convencional? Te recogeré a las siete para ir a cenar.

-David, hace apenas unas semanas que mi marido ha muerto.

-Ex marido -dijo él con tono glacial-. No lo interpongas entre nosotros, Claudia. No voy a tolerarlo.

-Treinta años de matrimonio no pueden olvidarse de un día para otro, sean cuales sean las circunstancias.

David la cogió por los hombros y la obligó a ponerse de puntillas antes de que ella se diera cuenta de lo furioso que estaba.

-Tony Avano ha dejado de ser tu red de seguridad, Claudia. Acéptalo, y acéptame a mí.

Volvió a darle un largo e intenso beso y luego la soltó.

-A las siete -dijo, y salió del invernadero a grandes zancadas.

«Aquel maldito hijo de puta no iba a complicarle la vida a él ni a Claudia, y menos desde la tumba», pensaba. Caminaba con paso airado y los hombros echados hacia delante, hirviendo de cólera por dentro.

Tropezó con Sophia en el sendero, porque él iba lanzando re-

criminaciones a sus zapatos y ella miraba hacia abajo mientras corría bajo la lluvia.

-Eh -dijo Sophia, y se sujetó con la mano el sombrero que se había puesto para protegerse de la lluvia-. Pensaba que te habías ido a casa.

-Tenía algo que hacer primero. He intentado seducir a tu madre en el invernadero. ¿Tienes algo que objetar?

-¿Perdón? -dijo Sophia, dejando caer la mano.

-Ya me has oído. Me siento atraído por tu madre y acabo de actuar en consonancia. Y tengo intención de seguir haciéndolo lo antes posible. ¿Tienes algo que objetar, repito?

-Ah...

-¿Ninguna réplica rápida e inteligente?

A pesar de su perplejidad, Sophia reconoció a un macho furioso y frustrado.

-No, lo siento. Estoy procesando la información.

-Bien, pues cuando acabes, envíame un maldito informe.

Sophia lo vio alejarse hecho una furia y le pareció que casi veía el humo que despedía. Oscilando entre la sorpresa y la inquietud, volvió a sujetarse el sombrero con la mano y corrió hacia el invernadero.

Cuando irrumpió en él, encontró a Claudia mirando fijamente su mesa de trabajo, y vio macetas volcadas y varios esquejes completamente aplastados.

Aquella escena le dio una idea muy clara de lo que había su cedido.

-¿Mamá?

Claudia dio un respingo y luego cogió rápidamente sus guantes de jardinero.

-¿ Sí?

Sophia avanzó despacio. Su madre tenía las mejillas encendidas y los cabellos alborotados como se alborotan los cabellos de una mujer cuando un hombre los acaricia.

-Acabo de encontrarme con David.

Claudia dejó caer los guantes de los dedos, que se le habían quedado rígidos, y rápidamente se agachó para recogerlos.

-¿ Sí?

-Me ha dicho que ha intentado seducirte.

-¿Que ha dicho qué? -Ya no era pánico lo que sentía en la garganta, sino horror.

-y por tu aspecto, diría que lo ha conseguido.

-Sólo ha sido... -Turbada, Claudia cogió su delantal, pero no parecía recordar cómo ponérselo-. Hemos discutido y él se ha enojado. No vale la pena hablar de ello.

-Mamá. -Suavemente, Sophia le cogió los guantes, luego el delantal, y los dejó a un lado-. ¿Sientes algo por David?

-Por favor, Sophia, menuda pregunta.

«Que no me has contestado», pensó Sophia.

-Probemos con otra. ¿Te sientes atraída por él?

-Es un hombre atractivo.

-Estoy de acuerdo.

-No estamos, es decir, no estoy... -Incapaz de dar con las palabras adecuadas, Claudia apoyó las manos en la mesa-. Soy demasiado vieja para esto.

-No seas ridícula. Eres una mujer hermosa en lo mejor de la vida. ¿Por qué no habrías de tener un romance?

-No busco ningún romance.

-Sexo, entonces.

-¡Sophia! .

-¡Mamá! -exclamó Sophia con el mismo tono horrorizado, y luego la abrazó-. He entrado aquí pensando que David habría herido tus sentimientos y que estarías disgustada, y en cambio te encuentro ruborizada y despeinada después de lo que supongo habrá sido un delicioso revolcón con el nuevo e increíblemente sexy director ejecutivo. Es maravilloso.

-No es maravilloso, y no va a volver a ocurrir. Sophia, he estado casada durante casi treinta años. No puedo lanzarme en brazos de otro hombre así como así a mi edad.

-Papá está muerto, mamá. -Sophia siguió abrazándola con fuerza, pero su voz se suavizó-. Para mí es difícil aceptarlo, vivir con el recuerdo de cómo fue asesinado y asimilar que me ha sido negada incluso la posibilidad de despedirme de él. Es duro, aun sabiendo que él no me quería.

-Oh, Sophia, sí que te quería.

-No. -Sophia se apartó-. No como yo hubiera deseado o necesitado. Tú siempre me has querido. Él no estuvo nunca cuando lo necesité, y tampoco para ti. Era su forma de ser. Ahora tienes la oportunidad de disfrutar con alguien que te prestará toda la atención que mereces.

-Oh, cariño. -Claudia acarició la mejilla de su hija.

-Quiero que sigas adelante. y me sentiría muy triste, me enfadaría mucho si te viera desperdiciar esta ocasión por algo que en realidad nunca existió. Te quiero, y quiero que seas feliz.

-Lo sé. -Claudia la besó en ambas mejillas-. Lo sé. Se tarda tiempo en asimilar estas cosas. Pero, cariño, no es por tu padre y por lo que nos pasó, lo que le pasó a él. Soy yo. No sé cómo estar con otro hombre, ni si quiero que suceda.

-¿Cómo vas a averiguarlo si no lo intentas? -Sophia pensó en sentarse en la mesa, pero se abstuvo, dadas las circunstancias-. Te gusta, ¿verdad?

-Bueno, claro que sí. -«¿Gustarme?», pensó. Una mujer no estaba a punto de revolcarse desnuda sobre la tierra de unas macetas con un hombre que sólo le gustara-. Es un hombre muy agradable -consiguió decir-. Y un buen padre.

-y te sientes atraída por él. Tiene un culo estupendo. -Sophia.

-Si me dices que no te has dado cuenta, romperé uno de los mandamientos para llamarte mentirosa. Y luego tiene esa sonrisa tan cautivadora.

-Tiene ojos de buena persona -musitó Claudia, olvidando su recato y haciendo suspirar a su hija.

-Sí, cierto. ¿Vas a salir con él?

Claudia pareció recordar que estaba muy ocupada arreglando macetas.

-No lo sé.

-Vamos, explora un poco. Descubre lo que sientes. Y coge un condón de mi mesita de noche.

-Oh, por amor de Dios.

-Pensándolo mejor, no cojas uno. -Sophia le rodeó la cintura con el brazo y rió-. Llévate dos.

Maddy lanzó a su padre una mirada perspicaz mientras él se anudaba la corbata. Era su corbata para las primeras citas, la gris con rayas azul marino. Su padre decía que la señora Giambelli y él iban a cenar, para que Theo y ella creyeran que era cosa de negocios, pero la corbata lo delataba.

Tendría que pensar cómo le hacía sentir aquello. Pero, por el momento, se entretenía apretándole las tuerca s a su padre.

-Es un símbolo de expresión personal.

-Es antihigiénico.

-Es una tradición antigua.

-No es una tradición de la familia Cutter. No vas a perforarte la nariz, Madeline. Punto final.

Maddy suspiró y demostró su enojo torciendo el gesto. En realidad no quería perforarse la nariz, sino un tercer agujero en la oreja izquierda, pero creía que empezando a regatear por la nariz sería una buena estrategia. *Del* tipo que su padre sabría apreciar si la conociera. -Es mi cuerpo.

-No hasta que cumplas los dieciocho. Hasta ese *feliz* día, es mío. Ve a incordiar a tu hermano.

-No puedo. No me hablo con él.

Maddy se tumbó de espaldas en la cama de su padre y levantó las piernas hacia el techo. Vestía de negro, como era habitual, aunque empezaba a cansarse de hacerlo.

-¿Podría hacerme un tatuaje en lugar del *piercing?*

-Oh, claro que sí. Este fin de semana. -Se dio la vuelta-. ¿Qué tal estoy?

Maddy ladeó la cabeza y meditó unos instantes.

-Por encima de la media.

-Eres un consuelo para tu padre, Maddy.

-Si saco un sobresaliente en el examen de ciencias, ¿podré perforarme la nariz?

Dado que ambas partes de la proposición eran igualmente inalcanzables, Maddy se echó a reír.

-Eres un idiota, Theo.

-y tú una tía fea, Maddy.

-Nunca conseguirás el coche si lo agobias de esa manera. Si te ayudo a conseguirlo, me llevarás al centro comercial doce veces sin protestar.

-¿Cómo vas a ayudarme a conseguir un coche, monstruito? -dijo Theo, pero al tiempo que hablaba, pensaba ya que su hermana casi siempre se salía con la suya.

Maddy entró en la habitación y se instaló cómodamente. -Primero sellemos el trato. Luego hablaremos.

-Vamos, papá.

-Tengo que irme. -David aupó a su hija cogiéndola por la cintura y salió de la habitación.

Aquella costumbre, tan vieja como ella, no dejaba de producirle siempre una punzada de felicidad.

-Si no puedo perforarme la nariz, podría hacerme otro agujero en la oreja para un pendiente pequeño, ¿eh?

-Si estás resuelta a hacerte más agujeros, lo pensaré. -Se detuvo ante la puerta de Theo y llamó con la mano libre.

-Piérdete, inútil.

-Supongo que se refiere a ti -dijo David mirando a su hija. Empujó la puerta y vio a su hijo tirado en la cama con el teléfono en la oreja, en lugar de estar sentado en su escritorio haciendo los deberes.

David sintió dos emociones contrapuestas. Fastidio, porque' sin duda no había hecho los deberes, y alivio al ver que Theo había conseguido nuevos amigos.

-Te llamo luego -musitó Theo, y colgó-. Sólo estaba descansando un rato.

-Ya, claro, todo el mes -comentó Maddy.

-Tenéis montones de cosas para cenar en la nevera. He dejado el número del restaurante en el bloc que hay junto al teléfono, y ya tenéis el número de mi móvil. Pero no me llaméis a menos que sea realmente necesario. No quiero peleas, ni desconocidos desnudos en la casa, y ni se os ocurra tocar las bebidas alcohólicas. Nada de teléfono ni televisión hasta que terminéis los deberes, y no prendáis fuego a la casa. ¿Me he dejado algo?

-Nada de sangre en la alfombra -sugirió Maddy.

-Eso. Si tenéis que sangrar, que sea en las baldosas.

David besó a Maddy en la cabeza y la dejó en el suelo. -Volveré hacia la medianoche.

-Papá, necesito un coche.

-Ja. Y yo necesito una casa en el sur de Francia. Quiero las luces apagadas a las once -añadió, dándose la vuelta.

-Necesito un medio de transporte -gritó Theo a su espalda, y soltó un juramento por lo bajo cuando oyó que su padre bajaba las escaleras-. Aquí sin coche es como estar muerto. -Volvió a tirarse sobre la cama para rumiar sus agravios mirando al techo.

Maddy meneó la cabeza.

Teresa no era de las que creían que una madre debía retirarse de la vida de sus hijos cuando éstos llegaban a cierta edad, y seguir sus movimientos de lejos y en silencio. Al fin y al cabo, ¿acaso una madre se quedaría mirando en la playa si un hijo suyo, fuera cual fuese su edad, se estuviera ahogando en el mar?

La maternidad no terminaba cuando un hijo alcanzaba la mayoría de edad. En opinión de Teresa, no terminaba nunca. Tanto si al hijo le gustaba como si no.

El hecho de que Claudia fuera una mujer adulta con una hija adulta no

impidió a Teresa entrar en su habitación. Y desde luego no impidió que expresara sus pensamientos mientras Claudia se vestía para cenar fuera.

Para su cita con David Cutter.

-La gente hablará.

Claudia se puso los pendientes con movimientos nerviosos. Cada

etapa, mientras se vestía y arreglaba, había supuesto un esfuerzo de dimensiones considerables.

-Es sólo una cena.

Con un hombre. Con un hombre atractivo que le había dejado

muy claro que quería acostarse con ella. Dio!

-La gente encuentra motivos para chismorrear hasta en los pensamientos. Se dispararán todo tipo de especulaciones al veros juntos a David y a ti.

Claudia cogió su collar de perlas. ¿Era demasiado formal? ¿De

masiado anticuado?

-¿Eso te molesta, mamá?

-¿Te molesta a ti?

-¿Por qué habría de molestarme? No he hecho nada que pueda interesar a nadie. -Con dedos cada vez más torpes, intentó sin éxito cerrar el collar.

-Eres una Giambelli. -Teresa cruzó la habitación, cogió los dos extremos del collar de perlas de manos de Claudia y cerró el broche-. Eso basta. ¿Crees que porque elegiste quedarte en casa y criar a tu hija no has hecho nada de interés?

-Tú también tuviste tu hogar y criaste a una hija, y has dirigido un imperio. En comparación, yo me quedo muy corta. Eso ha quedado claro hoy.

-No seas tonta.

-¿Lo soy, mamá? -Se dio la vuelta-. Hace dos meses me lanzaste al negocio y no he tardado nada en demostrar que no tengo capacidad alguna.

-No debería haber tardado tanto en hacerlo. Si no te hubiera.

metido en el negocio, no habrías demostrado nada. Cuando llegué aquí, tenía unos objetivos muy claros en la cabeza. Dirigiría Giambelli para que fueran las mejores bodegas del mundo. Me casaría, tendría hijos y los vería crecer sanos y felices.

Teresa se puso a ordenar distraídamente los frascos y tarros que habíasobre el tocador de su hija.

-Un día, pondría en sus manos todo lo que había construido para ellos. Pero la familia numerosa con la que soñaba no pudo ser. Lo lamento, pero no lamento que seas mi hija. Puede que tú también lamentes que no se hayan cumplido tus sueños con respecto al matrimonio y los hijos, pero, Claudia, ¿lamentas que Sophia sea tu hija?

-Por supuesto que no.

-Crees que me has decepcionado. -Sus ojos se encontraron con

los de Claudia en el espejo y la miraron con sinceridad-. Y es cierto. Me decepcionaba que permitieras que un hombre gobernara tu vida, que le permitieras hacerte sentir inferior a lo que en realidad eres, y que no hicieras nada para cambiar las cosas.

-Le amé durante mucho tiempo. Puede que fuera un error, pero uno no puede cambiar los dictados de su corazón.

-¿Eso crees? -preguntó Teresa-. En cualquier caso, fue inútil todo lo que te dije. Y, con la distancia que da el tiempo, creo que mi error fue facilitarte las cosas para que siguieras yendo a la deriva. Eso se ha terminado, y eres demasiado joven para no marcarte nuevos objetivos. Quiero que participes en tu herencia, que formes parte de lo que me fue legado. Insisto.

-Ni siquiera tú podrás convertirme en mujer de negocios. -Entonces conviértete en otra cosa -dijo Teresa, exasperada, volviéndose para mirar a Claudia directamente-. Deja de verte como el reflejo de lo que un hombre vio en ti, y sé tú misma. Te he preguntado si te molestaría que la gente hablara de ti y de David. Ojalá hubieras contestado al diablo con ellos, que hablen lo que quieran. Ya es hora de que les des algo de lo que hablar.

Claudia meneó la cabeza con sorpresa.

-Hablas igual que Sophia.

-Entonces escucha. Si quieres a David Cutter, aunque sea sólo algo temporal, tómalo. Una mujer que se sienta a esperar que se lo den todo, suele acabar con las manos vacías.

-Sólo es una cena -empezó a decir Claudia, pero se interrumpió cuando Maria llamó a la puerta.

-El señor Cutter está abajo.

-Gracias, Maria. Dile que la señorita Claudia bajará enseguida. -Teresa se volvió de nuevo hacia su hija y reconoció, incluso aprobó, el pequeño destello de pánico que vio en sus ojos-. Ponías la misma cara cuando tenías dieciséis años y un joven te esperaba en el salón. Me alegro de volver a verla. -Se inclinó hacia su hija y rozó su mejilla con los labios-. Disfruta de la velada.

Una vez sola, Claudia se tomó un tiempo para serenarse. No tenía dieciséis años y sólo era una cena, se dijo, dirigiéndose hacia la puerta. Sería sencillo, civilizado y, seguramente, muy agradable. Eso era todo.

Nerviosa, abrió el bolso en lo alto de las escaleras para asegurarse de que no había olvidado nada, y parpadeó con horror cuando metió la mano en él y se encontró con dos preservativos.

«Sophia», pensó, cerrando el bolso apresuradamente. ¡Por el amor de Dios! Notó en la garganta el cosquilleo de una risa joven y atolondrada. Cuando la dejó escapar, se sintió ridículamente aliviada.

Bajó las escaleras con la curiosidad por saber qué ocurriría después.

Era una cita. No había otra palabra para aquello, admitió Claudia. Ninguna otra cosa daba aquel brillo rosado a una velada ni te hacía sentir como si tuvieras mariposas en el estómago. Aunque hiciera décadas que no tenía una cita, lo recordaba todo perfectamente.

Tal vez hubiera olvidado lo que significaba sentarse frente a un hombre a la luz de unas velas para charlar. Sólo charlar. O más bien para que el hombre escuchara, prestara atención. Para ver cómo se curvaban los labios al oír algo que ella decía. Pero al recordarlo, al experimentarlo de nuevo, fue como si le ofrecieran un trago de agua fresca antes de darse cuenta de que estaba desesperadamente sedienta.

No pretendía que surgiera nada de todo aquello, aparte de una buena amistad. Cada vez que pensaba en lo que su hija le había metido en el bolso, se le humedecían las palmas de las manos.

Pero una amistad con un hombre atractivo e interesante sería deliciosa.

-¡Claudia! ¡Cuánto me alegro de verte!

Claudia reconoció la nube de perfume y el alegre tintirieo de la voz antes de alzar la cabeza.

-Susan -Rápidamente esbozó su sonrisa para moverse en so ciedad-. Estás estupenda. Susan Manley, David Cutter.

-No se levante, no se levante. -Susan, una rubia resplandeciente que acababa de estirarse el cutis, ofreció la mano a David-. Volvía a mi mesa después de empolvarme la nariz y te he visto, Claudia. Charlie y yo hemos venido con unos clientes suyos de fuera. Unos auténticos plomos -añadió con un guiño-. Precisamente el otro día le estaba diciendo a Laura que deberíamos salir juntas. Hace tanto tiempo desde la última vez. Me alegro de ver que sales. Estás estupendamente, querida. Sé que has pasado por unos momentos terribles. Ha sido una sorpresa muy grande para todos.

-Sí. -Claudia percibió el rápido pinchazo y cómo se desinflaba lentamente el placer de la velada-. Gracias por la nota que me enviaste.

-Ojalá hubiera podido hacer algo más. Bien, será mejor no hablar de cosas tristes. -Apretó levemente el brazo de Claudia al tiempo que medía con la vista a su acompañante-. Espero que tu madre esté bien.

-Muy bien, gracias.

-Tengo que irme. No puedo dejar al pobre Charlie solo con esos dos, sin saber qué decir. Encantada de conocerle, señor Cutter. Claudia, te llamaré la semana que viene. Podemos ir a comer juntas.

-Cuento con ello -dijo Claudia, y cuando Susan se alejó, bebió un sorbo de vino-. Lo siento. En algunos aspectos el valle resulta muy provinciano. Es difícil no tropezar con gente conocida allá donde vayas.

-Entonces, ¿por qué disculparse por ello?

-Resulta embarazoso. -Claudia dejó la copa de vino sobre la mesa y recorrió el pie con los dedos una y otra vez-. La gente hablará, tal como había vaticinado mi madre.

-¿En serio? -David cogió la mano que toqueteaba la copa-. Démosles motivos para hablar. -Se llevó la mano a los labios y le mordisqueó ligeramente los nudillos-. Me gusta Susan -dijo, viendo que Claudia lo miraba con ojos desorbitados-. Me ha dado la oportunidad de hacer esto. ¿Qué crees que dirá a Laura mañana cuando la llame?

-No quiero ni imaginarlo. David. -Sintió que un escalofrío le recorría el brazo, y tenía la piel de gallina cuando apartó la mano-. Yo no buscaba... nada.

-Es curioso, yo tampoco. Hasta que te vi a ti. -David se inclinó hacia ella para decir confidencialmente-: Hagamos algo pecaminoso.

-¿Qué? -dijo Claudia, y la sangre se le agolpó en las sienes. -Pidamos... postre -dijo él, bajando la voz hasta un seductor susurro.

Claudia dejó escapar la respiración contenida en una suave carcajada.

-Perfecto.

Todo fue perfecto, incluso el regreso a casa en medio de la no

che bajo la fría luz de la luna y las estrellas. Los envolvía la suave música de la radio del coche mientras debatían, con cierta vehemencia, sobre un libro que ambos habían leído recientemente. Más tarde, Claudia recordaría lo extraño que era sentirse tan relajada y excitada a la vez.

Casi dejó escapar un suspiro cuando avistó las luces de la villa. «Ya estoy en casa», pensó. Había empezado la velada consumida por los nervios, y la terminaba lamentando que no durara más tiempo.

-Los chicos aún están despiertos -comentó David, al fijarse en que la casa de invitados estaba iluminada como un casino de Las Vegas-. Tendré que matarlos.

-Sí. Ya me he dado cuenta de que eres un padre terrible y bru
tal, y que tus hijos te temen.

-No me importaría verlos temblar un poco de vez en cuando
-replicó él, mirándola de reojo.

-Creo que ya es demasiado tarde para eso. Has criado a dos chicos felices e independientes.

-Aún sigo en ello. - Tamborileó con los dedos sobre el volante-. Theo se metió en líos en Nueva York: pequeños robos en tiendas, salir de casa sin permiso. Sus notas, que nunca habían sido buenas, cayeron en picado.

-Lo siento, David. La adolescencia es una etapa difícil para cualquiera. Y más aún cuando uno ha de criar a los hijos solo. Podría contarte algunas historias espeluznantes sobre Sophia cuando tenía esa edad. Tu hijo es un chico muy agradable. Imagino que sólo trataba de llamar la atención.

-Supongo que fue la advertencia que necesitaba. Le estaba dejando demasiada libertad, simplemente porque así todo era más fácil. El día no tenía suficientes horas, ni me quedaban energías suficientes al final de la jornada. Maddy lo pasó peor que Theo cuan do se fue su madre, así que me volqué más en ella.

-Segundas oportunidades -dijo Claudia-. Lo sé todo sobre eso. -Yo ya estaba en la tercera con Theo y Maddy. En cualquier caso, ésa fue una de las razones por las que decidí comprar la furgoneta y cruzar el país con ella, en lugar de metemos todos en un avión. Así tuvimos más tiempo para estar juntos. No hay nada como un viaje de cinco mil kilómetros en un vehículo cerrado para ci mentar la unidad familiar... si consigues sobrevivir.

-Fuiste muy valiente.

-¿Quieres hablar de valentía? -David enfiló el sendero de la villa-. He sido el catador principal del experimento que está realizando Maddy con el vino. Es bestial.

Claudia se echó a reír.

-No dejes de avisamos si nos sale un competidor.

Claudia alargó la mano hacia la manecilla de la puerta cuando el vehículo se paró, pero David la detuvo, sujetándola por el
hombro.

-Ya te abro yo. Acabemos la noche como es debido.

Claudia volvió a ponerse nerviosa. «¿Qué había querido decir exactamente? -se preguntó mientras él rodeaba la furgoneta-. ¿Se suponía que ella debía invitarle a entrar para que pudieran besuquearse en el salón? Imposible.»

«La acompañaría sólo hasta la puerta. Allí podían despedirse y quizás intercambiar un beso intrascendente, entre amigos», pensó, y volvió a la realidad cuando él abrió la puerta.

-Gracias. Ha sido una cena maravillosa y una velada encantadora.

-Para mí también.

David le cogió la mano y no le sorprendió que estuviera helada.

Había visto la expresión de cautela de Claudia al abrirle la puerta, y no le importaba lo más mínimo. Le sentaba muy bien a su ego sa ber que aún podía poner nerviosa a una mujer.

-Quiero volver a verte, Claudia.

-Oh. Bueno, claro. Estamos…

-No con otras personas -dijo David, obligándola a volverse hacia él cuando llegaron al porche-. Ni por negocios. Solos. –La acercó hacia sí-. Y por razones muy personales.

-David…

No pudo decir más; la boca de él volvía a apretarse contra la

suya, pero esta vez con suavidad y persuasión. No tenía aquel ardor brusco y repentino que había despertado de pronto una necesidad dormida, sino un calor lento y paciente que relajaba todas sus tensiones, hasta hacerle sentir que sus huesos se derretían como la cera.

Cuando por fin se apartó, David le acarició el rostro, recorriendo los pómulos con los dedos, bajando luego hasta la garganta. -Te llamaré.

Ella asintió y tanteó la puerta a ciegas en busca del pomo. -Buenas noches, David.

Claudia entró y cerró la puerta. Aunque se dijo a sí misma que era una tonta, sabía que había subido flotando las escaleras.

Para Sophia, las bodegas tenían siempre el aspecto de un paraíso para contrabandistas, con aquellos grandes espacios llenos de enormes toneles de vino envejeciendo. Siempre le había gustado estar allí, incluso cuando era niña y uno de los viticultores le dejaba sentarse y probar un vasito de vino.

Desde muy joven había aprendido a distinguir la diferencia entre una cosecha de primera y otra más corriente, sólo por la vista, el aroma y el paladar, y también a comprender las sutilezas que elevaban a un vino por encima de otro.

Si eso había refinado su gusto, ¿qué mal había en ello? Buscaba, reconocía y exigía calidad porque le habían enseñado a no admitir nada peor.

No era en vino en lo que estaba pensando ahora, aunque se habían servido vinos de las cubas para catarlos. Estaba pensando en hombres.

Le gustaba creer que también a ellos los había estudiado. Sabía reconocer una mezcla inferior, sabía distinguir entre el que seguramente dejaría un regusto amargo y el que demostraría su calidad.

Por eso no había tenido ninguna relación seria. Ninguno de los hombres que había probado tenía el aroma adecuado, el buqué, por así decirlo, para convencerla de que debía contentarse con una única variedad.

Tenía una confianza absoluta en su habilidad para elegir bien, y para

disfrutar de lo que cataba sin mayores consecuencias, pero no confiaba demasiado en la habilidad de su madre en aquel aspecto.

-Es su tercera cita en dos semanas.

-Hummm.

Ty observaba una copa de clarete a la luz del fuego para comprobar su color. Al igual que su abuelo y *la signora,* era un defensor acérrimo de los métodos tradicionales. Concedió al vino un dos en color y claridad y anotó las puntuaciones en su gráfico.

-Mi madre y David. -Para captar su atención, Sophia le dio un suave puñetazo en el brazo.

-¿Qué pasa con ellos?

-Esta noche salen otra vez. La tercera en dos semanas.

-¿ y por qué me ha de interesar a mí?

Sophia suspiró.

-Porque ella es vulnerable. No puedo decir que David no me guste, porque la verdad es que sí. Y no estaba muy predispuesta a ello que digamos. Incluso animé a mi madre al principio, cuando vi que él demostraba cierto interés, pero pensaba que no sería más que una aventura.

-Sophia, puede que esto te sorprenda, pero estoy trabajando y no siento el menor deseo de hablar de los asuntos privados de tu madre.

Hizo girar el vino suavemente, metió la nariz en la copa y aspiró el aire. Estaba absolutamente concentrado en su trabajo. -No se han acostado.

Ty hizo una mueca y perdió el buqué.

-Maldita sea, Sophia.

-Si se hubieran acostado no tendría nada de que preocuparme. Significaría que se trataba tan sólo de una bonita atracción física, que no había algo entre ellos. Creo que empieza a haber algo. ¿ y qué sabemos de David en realidad? Aparte de su trayectoria profesional, quiero decir. Está divorciado y no sabemos por qué. Podría ser un mujeriego o un oportunista. Si lo piensas bien, empezó a irle detrás a mi madre justo después de que mi padre...

Tyler volvió a oler el vino y anotó la puntuación.

-Lo dices como si tu madre no pudiera atraerle por sí misma.

-Pues claro que sí. -Ofendida, Sophia cogió una copa de Merlot y la miró al trasluz-. Es hermosa, inteligente y encantadora, y tiene todo lo que un hombre podría querer en una mujer.

Pero no lo que quería su padre, recordó. Disgustada consigo mis ma, calificó de turbio el vino.

-No me preocuparía si hubiera hablado conmigo. Pero se limita a decir que David y ella disfrutan de su mutua compañía.

-¿Ah, sí?

-jOh, calla!

Sophia olió el vino y anotó su valoración. Luego tomó un sorbo, dejó que el vino reposara en la boca, lo tocó con la punta de la lengua para comprobar su dulzura y luego lo movió hacia los lados y hacia la garganta para juzgar su acidez y su contenido tánico. Se paseó el líquido por la boca, permitiendo que se mezclaran los diferentes elementos del gusto, y luego lo escupió.

-Aún no está maduro.

Tyler lo probó y coincidió con ella.

-Dejaremos que envejezca un poco más. Muchas cosas necesitan cierto tiempo a solas para alcanzar su plena maduración.

-¿Te has vuelto filosófico?

-¿Quieres una opinión, o sólo a alguien que te dé la razón?

-Supongo que sería esperar demasiado si pidiera ambas cosas.

-Cierto.

Tyler cogió la siguiente copa y la levantó a la luz, pero miraba a Sophia. Era difícil no hacerla, admitió. Era difícil no maravillarse. Allí estaban, en una bodega húmeda y fría, con el crepitar del fuego, los olores del humo, la madera y la tierra, y las sombras que danzaban a su alrededor.

Algunos dirían que era romántico. Tyler estaba haciendo todo lo posible por no ser uno de ellos. De la misma forma que llevaba algún tiempo esforzándose por no pensar en Sophia como una persona, y mucho menos como mujer. En el mejor de los casos, era una socia de la que habría querido prescindir.

Pero en ese momento su socia estaba preocupada, y aunque creía que se estaba metiendo donde no la llamaban, de una cosa estaba seguro con respecto a Sophia, y era que quería a su madre sin reservas.

-Su ex mujer los abandonó a él y los niños. Sophia lo miró.

-¿Los abandonó?

-Sí, decidió que había mucho mundo ahí fuera y que tenía derecho a conocerlo. No podía explorarlo, ni explorarse a sí misma con un par de críos y un marido colgados de las faldas, así que se fue.

-¿ Cómo lo sabes?

-Maddy charla conmigo. - Ty se sintió culpable por repetir lo que le decían a él. Maddy no hablaba mucho sobre su familia, pero sí lo bastante para que él se hubiera hecho una idea-. No es que vaya contando cosas sobre su vida, ni nada de eso, sólo deja caer algún que otro comentario de vez en cuando. Por lo que he podido deducir, su madre no les llama apenas y Cutter se ha ocupado de todo desde que ella se fue. Theo se metió en líos y Cutter aceptó el empleo aquí para sacarlo del ambiente de la ciudad.

-Así que es un buen padre. -Sophia sabía perfectamente lo que era ser abandonada, en su caso por su padre-. Eso no significa que sea bueno para mi madre.

-Eso lo ha de decidir ella, ¿no crees? Si buscas defectos en todos los hombres que te encuentres, los encontrarás, seguro.

-No lo hago.

-Sí, eso es lo que haces exactamente.

-Pues contigo no hay que buscar mucho -dijo Sophia con voz acaramelada-. Tus defectos son muy evidentes.

-Es una suerte para los dos.

-Yo por lo menos busco algo. Para ti es más fácil enredarte entre las viñas que arriesgarte a quedar enredado con un ser humano.

-¿Estamos hablando de mi vida sexual? Me he perdido.

-No tienes vida sexual.

-Comparada con la tuya, desde luego que no. -Dejó la copa de vino para

hacer sus anotaciones-. Claro que la tuya no se puede comparar con ninguna. Pasas por los hombres como el cuchillo por el queso: con una larga y lenta tajada, un mordisco, y se acabó. Te equivocas si crees que puedes aplicar tu patrón de medida para Claudia.

-Entiendo. -Sophia se sentía herida en lo más vivo. Tyler había vuelto a conseguir que se rebajara. Igual que su padre. Se acercó a él, movida por el deseo de castigarle-. Aún no he conseguido cortarte a ti, ¿verdad, Ty? Ni siquiera he podido hacerte mella. ¿Es porque tienes miedo de probar a una mujer capaz de pensar en el sexo igual que un hombre?

-No quiero probar a una mujer que piensa en todo igual que un hombre. En eso soy conservador.

-¿Por qué no amplías tus horizontes? -Sophia alzó el rostro, ofreciéndose-. Atrévete -dijo.

-No estoy interesado.

Tanteando aún el terreno, Sophia le rodeó el cuello con los brazos, y apretó con fuerza cuando él levantó las manos para apartarlos.

-¿Cuál de los dos se está tirando un farol?

Sus ojos eran oscuros, ardientes. El aroma de su cuerpo envolvió a Ty, se introdujo en él. Sophia rozó sus labios con los labios, en una seductora caricia.

-¿Por qué no me catas a mí? -preguntó en voz baja.

Era un error, pero no sería el primero. Tyler aferró sus caderas

y recorrió su cuerpo con las manos.

El aroma de Sophia era intenso y esquivo a la vez. Un tormento

lento y efectivo para un hombre.

-Mírame -ordenó, y besó la boca que ella le ofrecía.

Devoró su boca como quiso, con un beso largo, profundo y de

liberado. Y la saboreó con la lengua, como haría con un buen vino, antes de asimilar su sabor perezosamente, con fruición.

Frotó sus labios contra los de ella, haciéndola enloquecer de deseo. Sin saber cómo, el tentado había pasado a ser el que tentaba. y ella, que lo sabía, no se pudo resistir.

Había en juego mucho más de lo que ella había imaginado, de lo que le habían ofrecido hasta entonces, y ella hubiera aceptado.

Tyler la observaba atentamente, aun jugueteando con su boca, haciendo que le diera vueltas la cabeza y su cuerpo ardiera de deseo, la observaba con toda la paciencia de un gato, y eso era para ella una sensación nueva y sorprendente.

Tyler volvió a recorrer su cuerpo con las manos. Aquellas manos grandes rozaron apenas sus pechos. Y luego la apartaron.

-Me provocas, Sophia. No me gusta.

Se dio la vuelta y bebió un trago de la botella de agua que usaba para enjuagarse el paladar.

-Un viticultor también es un científico -dijo Sophia, y el aire le pareció denso cuando respiró profundamente-. Habrás oído hablar de las reacciones químicas.

Tyler se volvió hacia ella y le tendió la botella.

-Sí. y un buen viticultor siempre se toma su tiempo, porque algunas

reacciones químicas no producen más que porquería. Aquella pequeña pulla decepcionó a Sophia tanto como le dolió. -¿No puedes limitarte a decir que me deseas?

-Claro que puedo. Te deseo, tanto que a veces me duele respirar cuando estás demasiado cerca. -«Como ahora», pensó, con el sabor de ella vivo todavía en su interior-. Pero cuando me meta en tu cama, me mirarás como acabas de mirarme ahora. No va a ser una vez más, sólo con otro hombre más. Será conmigo y tú lo sabrás. A Sophia se le puso carne de gallina, y tuvo que hacer un esfuerzo para no frotarse los brazos.

-¿Por qué lo dices como si fuera una amenaza?

-Porque lo es.

Tyler se apartó de ella, cogió la siguiente copa de vino y volvió al trabajo.

Claremont repasó el expediente Avano. Pasaba gran parte de lo que podía considerarse su tiempo libre estudiando los datos, las pruebas, la escena del crimen y los informes del forense. Casi podía recitar de memoria las declaraciones y las entrevistas.

Después de casi ocho semanas, la mayoría creía que el caso había llegado a un punto muerto. No había sospechosos viables, ni pistas tangibles, ni respuestas fáciles.

No se lo tragaba.

No creía en crímenes perfectos, sino en oportunidades que pasaban por alto.

¿Qué le había pasado por alto a él?

-Alex.

Maguire se detuvo junto a su mesa y se sentó en el rincón.

Llevaba el abrigo para protegerse del intenso frío de febrero. Su hijo menor tenía que presentar un proyecto de historia al día siguiente, su marido estaba resfriado, y para comer tenían sobras de carne.

No habría nadie contento en su casa, pero necesitaba estar allí. -Vete a casa -dijo a Claremont.

-Siempre hay un cabo suelto -dijo él.

-Sí, pero no siempre podrás atarlo. El caso Avano sigue abierto, y da la impresión de que va a seguir así, a menos que tengamos suerte y nos caiga algo llovido del cielo.

-No me gusta la suerte.

-Sí, bueno, yo vivo esperando tenerla.

-Utiliza el apartamento de su hija para una cita -empezó Claremont, haciendo caso omiso del suspiro de resignación de su compañera-. Nadie le ve entrar y nadie oye los disparos, nadie ve a nadie más entrar o salir.

-Porque era en aquel barrio y a las tres de la madrugada. Los vecinos dormían y, acostumbrados a los ruidos de la ciudad, no oyeron el disparo de una pistola del calibre 25.

-Una pistola insignificante. Un arma de mujer.

-Perdona. -Maguire palmeó su 9 milímetros reglamentaria. -Una arma de mujer civil-se corrigió él con un esbozo de son

risa-. Vino y queso, una cita de madrugada en un apartamento vacío. Para engañar a su mujer, por lo que parece. La víctima es un tipo al que le

gustaba engañarla. El asunto parece típico de una mujer. Y quizás ése sea el enfoque. Quizás estaba preparado para que pareciera típico de una mujer.

-También hemos investigado a los hombres.

-Tal vez deberíamos insistir. La ex mujer de Avano ha estado saliendo con un tal David Cutter.

-Eso me da a entender que su gusto para los hombres ha mejorado.

-Siguió casada legalmente con un mujeriego hijo de puta durante casi treinta años. ¿Por qué?

-Mira, mi marido no va por ahí ligando y yo lo quiero con locura, pero a veces me pregunto por qué sigo casada con él. Ella es católica.

-Maguire terminó con otro suspiro, consciente de que no iba a llegar pronto a casa-. Católica italiana y practicante. El divorcio no sería fácil para ella.

-Pues le concedió el divorcio cuando él se lo pidió.

-No se interpuso en su camino. Es diferente.

-Ya, y como católica divorciada no podía volver a casarse, ¿no?

Ni vivir con otro hombre con la aprobación de la Iglesia.

-¿Así que mata a su ex marido para tener el camino libre? Cada vez más cerca, Alex. Por si no lo sabes, en la escala católica de pecados, el asesinato está muy por encima del divorcio.

-Quizás alguien lo hizo por ella. Cutter entró en la compañía pasando por encima de Avano. Seguro que hubo fricciones. A Cutter le gustó la mujer abandonada de Avano, de la que pronto iba a di- vorcearse.

-Hemos investigado a Cutter a fondo. Está limpio.

-Quizás, o quizá no tuvo un buen motivo para mancharse las manos hasta ahora. Mira, descubrimos que Avano tiene problemas de dinero, y a menos que la viuda sea una actriz de Oscar, yo diría que para ella fue una desagradable sorpresa. Así que, siguiendo con la teoría de que Avano mantenía en secreto sus problemas financieros, y que no era del tipo de personas que pueden pasar sin su caviar mucho tiempo, ¿dónde buscaría el dinero? No podría pedírselo a ninguno de sus amigos de sociedad -prosiguió Claremont-. No podría dar la cara en el siguiente baile de beneficencia. Así que recurre a los Giambelli, que le han estado sacando de apuros periódicamente durante años. Su ex mujer quizá.

-y siguiendo tu línea de pensamiento, si ella aceptó, Cutter se puso furioso, y si no accedió, Avano se puso desagradable y Cutter se enfureció con él. Pero hay mucha diferencia entre ponerse furioso y pegarle tres tiros a un hombre.

A pesar de sus palabras, Maguire se dijo que tenían que eliminar todas las posibilidades, por pequeñas que fuesen. No tenían más.

-Creo que tendremos que charlar con David Cutter mañana.

David repartía su jornada laboral entre la oficina de San Francisco, el despacho de su casa, los viñedos y la bodega. Con dos hijos adolescentes a los que criar y un trabajo absorbente, a menudo su jornada duraba catorce horas.

No había sido más feliz en toda su vida.

Con La Coeur se pasaba la mayor parte del tiempo detrás de

una mesa. En alguna ocasión había salido de viaje para sentarse al otro lado de la mesa de otro. Había trabajado en un campo que le interesaba y se había ganado respeto y un buen salario. Pero se había aburrido soberanamente.

En Giambelli-MacMillan no sólo se le permitía sino que se esperaba de él que desarrollara un trabajo de campo, lo que convertía cada día en una pequeña aventura. Estaba viviendo en directo aspectos del negocio del vino que hasta entonces sólo habían sido teóricos.

Distribución, embotellado, ventas, mercadotecnia, y sobre todo, las uvas: de la viña a la mesa.

Y qué viñas. Había magia en la visión de los viñedos extendiéndose por el valle, envueltos en brumas, entre la luz y la sombra. Y cuando la escarcha resplandecía sobre las viñas al amanecer, o la fría luz de la luna las bañaba a medianoche.

Cuando caminaba entre las hileras, respirando el misterio del aire húmedo, rodeado por los finos brazos de las viñas, se sentía como dentro de un cuadro en el que podía dar sus propias pinceladas.

Aquella vida tenía un encanto que había olvidado en Nueva York, encerrado tras cristal y acero.

Su vida doméstica seguía teniendo altibajos. Theo se rebelaba continuamente contra las normas. David tenía la sensación de que se pasaba la vida castigado.

De tal palo tal astilla, pensaba a menudo. Pero no le consolaba mucho cuando se encontraba en medio del conflicto. Empezaba a preguntarse por qué su padre, que había tenido que enfrentarse con un hijo igualmente hosco, terco y rebelde, no se había limitado a encerrarlo en el desván hasta que hubiera cumplido los veintiún años.

Maddy se mostraba igualmente difícil. Parecía haber renunciado a perforarse la nariz, pero ahora hacía campaña para que le dejara ponerse mechas en el pelo. A David no dejaba de desconcertarle que una chica inteligente como ella estuviera tan deseosa de hacerse cosas extrañas en el cuerpo.

No tenía la menor idea de lo que pensaba una adolescente de catorce años, y no estaba seguro de querer saberlo.

Aun así, sus hijos se estaban adaptando, haciendo amigos, en contrando su ritmo de vida.

Le parecía extraño que ninguno de los dos comentara nada sobre su relación con Claudia. Normalmente se burlaban de él sin piedad cuando salía con alguna mujer. Pensó que quizá suponían que era sólo cuestión de negocios. En el fondo era mejor.

De pronto se encontró soñando despierto, como le ocurría a menudo cuando pensaba en Claudia. Sacudió la cabeza y se removió en su asiento. No era el momento de distraerse. Tenía una reunión con los jefes de departamento y le quedaban sólo veinte minutos para repasar sus notas.

Precisamente por ello no le gustó que la policía lo interrumpiera.

-Detectives. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

-Concedemos unos minutos de su tiempo -respondió Claremont, mientras Maguire paseaba la mirada por el despacho para estudiar el terreno.

-Unos minutos es lo máximo que puedo concederles. Siéntense.

Los sillones eran de cuero, grandes y cómodos, y estaban situados en un rincón del despacho, grande y cómodo, con una espectacular vista sobre San Francisco. El despacho típico de un ejecutivo, al que los colores crema y rojo oscuro y la reluciente mesa de caoba daban un aire muy masculino.

Maguire se preguntó si el despacho se habría decorado a la me dida del hombre, o el hombre se habría adaptado al despacho.

-Supongo que quieren hablar de Anthony Avano -dijo David-. ¿Algún progreso en la investigación?

-El caso sigue abierto, señor Cutter. ¿Cómo describiría usted su relación con el señor Avano?

-Inexistente, detective Claremont -contestó David sin rodeos.

-Los dos eran ejecutivos de la misma compañía y trabajaban sobre todo fuera de este edificio.

-Durante muy poco tiempo. Yo llevaba menos de dos semanas trabajando en Giambelli cuando lo mataron.

-En un par de semanas pudo formarse una idea -dijo Maguire-. Tendrían reuniones conjuntas para hablar de negocios.

-Sí, eso habría sido lo normal, ¿verdad? Pero aún no había mantenido ninguna reunión con él, y sólo habíamos hablado una vez, en la fiesta que se celebró el día antes de su muerte. Fue la única vez que nos vimos cara a cara, y entonces no hubo ocasión de hablar de negocios.

No había dicho qué idea tenía de él, anotó Claremont mentalmente, pero ya llegarían a eso.

-¿Por qué no se habían reunido?

-Problemas de agenda. -El tono era poco convincente.

-¿ De usted o de él?

David se recostó en el asiento. No le importaba la dirección del interrogatorio, ni lo que implicaba.

-De él, al parecer. Mis intentos por contactar con él habían sido inútiles. En el intervalo de tiempo entre mi incorporación y su muerte, Avano no vino a la oficina, al menos estando yo aquí, ni me de volvió las llamadas.

-Eso debió de molestarle.

-Sí. -David asintió mirando a Maguire-. Lo solucioné durante nuestra breve conversación en la fiesta. Le dejé muy claro que esperaba que encontrara tiempo para reunirse conmigo en horas de oficina. Obviamente, eso no llegó a suceder.

-¿Se encontró con él fuera del horario de oficina?

-No. Detectives, no le conocía. No tenía ningún motivo para que me cayera ni bien ni mal, ni pensaba en él especialmente.

David no se alteró al hablar, bordeando incluso un tono perentorio, como el que habría adoptado para terminar con una aburrida reunión de negocios.

-Entiendo perfectamente que tengan que investigar todas las posibilidades, pero creo que andan muy errados si creen que puedo ser un sospechoso.

-Está saliendo con su ex mujer.

David notó el vuelco en el estómago, pero su rostro seguía impávido cuando se inclinó de nuevo hacia los detectives. Lentamente.

-Cierto. Con su ex mujer, que ya era su ex cuando lo asesinaron, y cuando empezamos a vernos. No creo que eso sea ilegal ni inmoral.

-Nuestros informes dicen que la ex mujer de Avano no tenía por costumbre salir con ningún hombre hasta ahora.

-Tal vez sea porque no había conocido a ningún hombre con el que quisiera salir hasta ahora -dijo David a Maguire-. Resulta muy halagador, pero no es razón para matar a nadie.

-Ser abandonada por una mujer más joven puede seda -dijo Maguire tranquilamente, y vio cómo los fríos ojos de David echaban fuego.

«No sólo sale con ella -pensó-, sino que está enamorado.»

-¿En qué quedamos? -preguntó David-. ¿Claudia lo mató porque quería a otra mujer, o no tiene corazón porque se interesa por otro hombre cuando acaban de matar a su ex marido? ¿Cómo se conjugan ambas premisas?

«Furioso -pensó Maguire-, pero se controla. Justo el tipo de hombre que podría tomarse un sorbo de vino tranquilamente y matar a otro a tiros.»

-No estamos acusando a nadie -dijo-. Sólo intentamos tener una idea clara de la situación.

-Entonces dejen que les ayude. Avano llevaba veinte años viviendo a su manera. Claudia Giambelli vivía a la suya, que era muchísimo más admirable. Los asuntos en que andara metido Avano aquella noche no tenían nada que ver con ella. Mi relación con la señora Giambelli es un asunto estrictamente personal.

-Supone usted que Avano andaba metido en algún asunto aquella noche. ¿Por qué?

-Yo no supongo nada. -David inclinó la cabeza hacia Claremont al tiempo que se levantaba-. Eso se lo dejo a ustedes. Tengo una reunión.

Claremont no se movió.

-¿Sabía usted que el señor Avano tenía problemas financieros? -Las finanzas de Avano no eran asunto mío.

-Lo serían si tenían alguna relación con Giambelli. ¿No sentía curiosidad por saber por qué le rehuía Avano?

-Como recién llegado a la empresa, era normal que hubiese cierto resentimiento.

-¿Era eso lo que él sentía?

-Puede. Nunca llegamos a discutido.

-¿Quién es el que nos rehúye ahora? -Claremont se puso en pie-. ¿Tiene usted alguna arma, señor Cutter?

-No. Tengo dos hijos adolescentes. No hay armas de ningún tipo en mi casa y nunca las ha habido. La noche que Avano fue asesinado, yo estaba en casa con mis hijos.

-¿Pueden corroborado ellos?

David apretó los puños.

-Se habrían dado cuenta si me hubiera ausentado de la casa. -No iba a permitir que la policía interrogara a sus hijos, y mucho menos por culpa de un desgraciado como Avano-. No diré nada más hasta que consulte con un abogado.

-Está en su derecho. -Maguire se puso en pie y jugó la carta que ella

consideraba su triunfo-. Gracias por atendemos, señor Cutter. Hablaremos con la señora Giambelli sobre las finanzas de su ex marido.

-Creo que su viuda sabrá más de eso.

-Claudia Giambelli estuvo casada con él mucho más tiempo -adujo Maguire-, y forma parte de la empresa para la que él trabajaba.

David hundió las manos en los bolsillos.

-Ella sabe menos del negocio que ustedes dos. -Pensando en

Claudia, David tomó una decisión-. Durante los últimos tres años, Avano había estado robando dinero de Giambelli. Engordaba las facturas de gastos y las cifras de ventas, presentaba facturas de viajes que no había hecho, o que eran de carácter personal. Nunca eran sumas grandes, y las sacaba de cuentas distintas cada vez, de modo que pasaban inadvertidas. Dada su situación, tanto profesional como personal, nadie dudaba de sus números.

Claremont asintió. -Pero usted sí.

-Sí. Capté alguna cosa el día de la fiesta, y al volver a comprobado empecé a comprenderlo todo. Quedó claro que había estado apropiándose de fondos de la empresa, a veces con su nombre, otras en nombre de Claudia o de su hija. No se molestaba en falsificar su firma en los recibos, simplemente los firmaba él. En total fueron unos seiscientos mil dólares en tres años.

-y cuando se lo echó en cara... -sugirió Maguire.

-Nunca lo hice. Era mi intención, y creo que se lo dejé muy claro durante nuestra conversación en la fiesta. Mi impresión fue que se dio cuenta de que yo sabía algo. Era un asunto de negocios, detective, y se habría solucionado dentro de la empresa. Se lo expliqué todo a Teresa Giambelli y a Eli MacMillan el día posterior a la fiesta. Quedamos en que yo me ocuparía de disponerlo todo de modo que Avano devolviera el dinero y presentara su dimisión. Si se negaba, los Giambelli habrían emprendido acciones legales contra él.

-¿Por qué nos ocultaron esta información?

-La señora Giambelli no deseaba que su nieta fuera humillada

por hacerse público el comportamiento de su padre. Me pidió que no dijera nada, a menos que me lo preguntara la policía. Ahora mismo, *la signora,* Eli MacMillan y yo mismo somos los únicos que lo sabemos. Avano está muerto, y no nos pareció necesario aumentar el escándalo haciendo público que era un ladrón, además de mujeriego.

-Señor Cutter -dijo Claremont-. Tratándose de un asesinato, no hay nada innecesario.

David acababa de despedir a los policías e intentaba serenarse, cuando la puerta volvió a abrirse. Sophia no pensó siquiera en(llamar.

-¿Qué querían?

David tuvo que adaptarse rápidamente a la situación, ocultan

do su ira e inquietud.

-Llegaremos tarde a la reunión. -Recogió sus notas y las metió

en su maletín con los informes, los gráficos y los memorandos.

-David. -Sophia siguió con la espalda apoyada contra la puerta-. Podría haber ido detrás de los polis para sonsacarles lo que hasta ahora no han querido decirme. Espero que tú seas más comprensivo.

-Querían hacerme unas preguntas, Sophia. Cabos sueltos, supongo que

podrían llamarse.

-¿ y por qué a ti y no a mí, o a otras personas de este edificio? Tú apenas conocías a mi padre, no habías trabajado nunca con él, ni habíais estado nunca juntos, que yo sepa. ¿Qué podías decirle a la policía sobre él, o sobre su asesinato, que no supieran?

-Prácticamente nada. Lo siento, Sophia, pero tendremos que aplazar esta conversación, al menos por ahora. Nos esperan.

-David. Por favor. Han entrado directamente en tu despacho, y se han quedado aquí tiempo más que suficiente. Las noticias vuelan -dijo Sophia-. Tengo derecho a saberlo.

David no dijo nada, pero estudió su rostro. Sí, decidió, tenía derecho a saberlo, y él no tenía derecho a negárselo. Descolgó el teléfono.

-La señorita Giambelli y yo llegaremos unos minutos tarde a la reunión -dijo a su ayudante, y señaló una silla mientras colgaba-Siéntate.

-Me quedaré de pie. Por si no te has dado cuenta, no soy tan delicada.

-Me he dado cuenta. La policía quería hacerme unas preguntas que se derivaban en parte del hecho de que estoy saliendo con tu madre.

-Comprendo. ¿Tienen la teoría de que mamá y tú mantenéis un romance secreto desde hace tiempo o algo así? La idea la habrían desechado rápidamente, teniendo en cuenta que hace un par de meses tú vivías en el otro extremo del país, y que mi padre vivía con otra mujer abiertamente desde hacía años. Unas cuantas citas para cenar no significan nada.

-Seguro que querían cubrir todas las posibilidades. -¿Sospechan de mamá o de ti?

-Yo diría que sospechan de todo el mundo. Es parte de su trabajo. Hasta ahora te has mostrado remisa a comentar qué te parece mi relación con tu madre.

-Aún no he decidido qué me parece exactamente. Cuando lo sepa, te lo comunicaré.

-Muy justo -dijo él, ecuánime-. Yo sé muy bien lo que siento, así que te lo vaya decir. Claudia es muy importante para mí. No pretendo causarle ningún problema ni hacerle el menor daño. Sentiría que te lo causara a ti, primero porque ella te quiere, y segundo porque me caes bien. Pero tenía que elegir entre daros un disgusto a las dos, o permitir que interrogaran a mis hijos sin hacer nada por impedir que la investigación llegara a un punto muerto.

Sophia sintió deseos de sentarse. Algo le decía que lo iba a necesitar. Pero el orgullo la mantuvo en pie.

-¿Qué le has dicho a la policía que vaya a disgustarme?

«La verdad -pensó él-, es mejor darla en una sola dosis, rápidamente, igual que las medicinas.»

-Tu padre llevaba varios años apropiándose de dinero de la empresa. Las cantidades eran relativamente modestas y estaban muy dispersas, lo que en parte motivó que no fueran detectadas en todo ese tiempo.

Sophia palideció, pero no pestañeó siquiera, pese a que aquella traición había sido para ella como un mazazo.

-¿No hay posibilidad de error? -preguntó, pero agitó la mano antes de que

él pudiera responder-. No, claro que no. Tú no te equivocarías en una cosa así. -Aquella afirmación tenía un dejo de amargura. No pudo evitarlo-. ¿Cuánto hace que lo sabes?

-Lo confirmé el día de la fiesta. Tenía intención de reunirme con tu padre lo antes posible para discutir...

-Para despedirlo -le corrigió ella.

-Para pedirle que dimitiera, siguiendo instrucciones de tus abuelos. Hablé con ellos el día después de la fiesta. Se le habría dado la oportunidad de devolver el dinero y dimitir. Lo hicieron por ti y por tu madre, y por la empresa, pero sobre todo por ti. Lo siento.

Sophia asintió y se dio la vuelta, frotándose los brazos. -Sí, por supuesto. Agradezco que hayas sido sincero ahora. -Sophia...

-No, por favor -dijo ella, acercándose-. No te disculpes más.

No vaya dejar que me afecte. Ya sabía que era un ladrón. Vi uno de los broches de la herencia de mi madre en la solapa de Rene. Iba a heredarlo yo, así que seguro que no se lo dio mi madre a él. Cuando vi que lo llevaba Rene, supe que mi padre lo había robado. Claro que él no lo vería así, como tampoco pensaría que robaba cuando sacaba dinero de la empresa. Seguro que pensó «Claudia tiene tantas joyas, por una no le va a importar». Y la empresa, se diría a sí mismo, puede permitirse el lujo de prestarme un poco de capital. Sí, era un as encontrando razones para su patético comportamiento.

-Si prefieres irte a casa en lugar de asistir a la reunión, yo me disculparé por ti.

-No pienso perderme la reunión. ¿No es extraño? Yo sabía lo que le había hecho a mamá durante tantos años, lo había visto por mí misma. Pero había llegado a perdonarle, o a pensar que sencillamente era su forma de ser y que tenía que aceptarla, aunque no me gustara. Ahora descubro que robaba joyas y dinero, que son en realidad mucho menos importantes que robarle la dignidad y el amor propio a una persona, como él hizo con mi madre. Pero ha sido necesario que llegara a saber esto para aceptar que era un completo inútil. Ha sido necesario esto para que dejara de sufrir por él.

¿Por qué será? Bien, nos veremos en la reunión.

-Tómate antes unos minutos.

-No. Ya me ha robado más tiempo del que merecía.

Sí, pensó él, saliendo de su despacho. Sophia era igual que su abuela.

Dado que le tocaba conducir a Sophia, Tyler guardó silencio durante el trayecto de vuelta a casa. Claro que la radio funcionaba a toda pastilla. Había bajado el volumen dos veces, pero ella lo había vuelto a subir rápidamente. Las reuniones de jefes de departamento le daban dolor de cabeza, igual que la ópera que salía por los altavoces del coche, pero decidió dejado correr. Por lo menos le evitaba tener que darle conversación.

Sophia no parecía de humor para charlas. No estaba seguro de qué quería, pero seguro que no era hablar.

Sophia conducía demasiado deprisa, pero también a eso se había acostumbrado. Además, aunque se estuviera desencadenando una

tormenta en su interior, nunca tomaba mallas curvas ni cometía ninguna infracción.

Aun así, a Tyler casi se le escapó un suspiro cuando divisó el tejado de su casa. Estaba a punto de llegar de una pieza al lugar donde podía quitarse las ropas de ciudad y sumirse en un bendito y solitario silencio.

«A pesar de su terco mutismo -pensó-, aquella mujer lo agotaba.»

Pero cuando Sophia detuvo el coche al final del sendero, apagó el motor y salió antes incluso que él.

-¿Qué haces?

-Entrar -respondió ella por encima del hombro, añadiendo una breve mirada a sus palabras.

-¿Por qué?

-Porque no tengo ganas de irme a casa.

Tyler hizo sonar las llaves.

-Ha sido un día muy largo.

-¿ Verdad que sí?

-Tengo cosas que hacer.

-Perfecto. Yo busco cosas que hacer. Sé bueno, MacMillan. Invítame a una copa.

Con gesto resignado, Tyler introdujo la llave en la cerradura. -Sírvete tú misma, ya sabes dónde está todo.

-Amable hasta el final. Eso es lo que más me gusta de ti. -Sophia entró en la casa y se fue directa hacia el botellero del salón para elegir una botella de vino.

-Contigo, Ty, no hay posibilidad de jugar ni de fingir. Eres lo que eres. Arisco, rudo, predecible.

Eligió una botella al azar. La variedad y la cosecha no importaban en aquel momento. Mientras descorchaba el vino, paseó la mirada por la habitación. Piedra y madera, materiales duros, bien trabajados en tonos y diseños sencillos y dignos.

«Ni flores ni adornos», pensó.

-Fíjate en esta casa, por ejemplo. Nada de encajes ni de adornos. Aquí vive un hombre, dice, que no tiene tiempo para guardar las apariencias. ¿Te importan una mierda las apariencias, Ty?

-Más o menos.

-Qué condenada firmeza. Eres un individuo muy firme. -Sirvió dos vasos de vino-. Algunas personas viven y mueren por las pariencias, ¿sabes? Es lo que más les importa. Yo me encuentro más bien en un punto medio. No se puede confiar en alguien que hace de las apariencias su religión, ni en los que no les importan una mierda. Acaba una confiándose demasiado.

-Si vas a beberte mi vino y ocupar mi espacio, podrías al menos decirme por qué estás así y acabar de una vez.

-Oh, yo puedo estar de muchas maneras. -Sophia apuró el vino, demasiado deprisa para que le proporcionara placer, y se sirvió otro vaso-. Soy una mujer polifacética, Tyler. No has visto aún ni la mitad.

Se acercó a Tyler despacio, contoneándose como un pistolero, pero con un aire sensual.

-¿Te gustaría ver más?

-No.

-Oh, vamos, no me decepciones con esa mentira. Nada de juegos ni fingimientos, ¿recuerdas? -Pasó la punta del dedo por encima de su camisa-. Lo que tú quieres es meterme mano y, casualmente, es lo que quiero yo.

-¿Quieres emborracharte y que te falle? Lo siento, no entra en mis planes para esta noche. -Le quitó el vaso de la mano.

-¿Qué te pasa? ¿Quieres invitarme a cenar primero?

Tyler dejó el vaso sobre la mesa.

-Tengo más dignidad que todo eso y, aunque te sorprenda, creo que tú también.

-Bien. Pues iré a buscar a alguien que no sea tan quisquilloso. -Sophia dio tres zancadas hacia la puerta antes de que él la agarrara por el brazo-. Suéltame. Ya has tenido tu oportunidad.

-Voy a llevarte a casa.

-No pienso ir a casa.

-Irás donde yo te lleve.

-¡Te he dicho que me sueltes!

Sophia giró en redondo, dispuesta a arañar, abofetear y pegar, dominada por la ira. Y se sorprendió más que Tyler cuando se aferró a él y estalló en sollozos.

-Mierda. De acuerdo. - Tyler hizo lo primero que le vino a la cabeza. La cogió en brazos y se sentó en una butaca con ella sobre el regazo-. Sácalo todo y los dos nos sentiremos mejor.

Mientras ella lloraba, sonó el teléfono en alguna parte, debajo de los cojines del sofá, donde Tyler lo había perdido la última vez. Y el viejo reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio la hora.

Sophia no se avergonzaba de las lágrimas. Al fin y al cabo, no eran más que otra forma de pasión. Pero prefería otros métodos para desahogarse. Cuando ya no le quedaron lágrimas, se quedó donde estaba, acurrucada contra el cuerpo de Tyler, sintiendo un consuelo mayor del que habría imaginado.

Tyler no la acarició ni le dio palmaditas, no la meció ni le murmuró todas esas frases estúpidas que suele usar la gente para contener las lágrimas. Sencillamente, dejó que ella se aferrara a él y se despachara a gusto.

Como resultado, Sophia le estaba más agradecida de lo que hubiera creído.

-Lo siento.

-Sí, bueno, ya somos dos.

Esta respuesta hizo que Sophia se relajara. Inspiró profundamente, impregnándose del olor masculino, y luego soltó el aire.

-Si me hubieras llevado a la jungla del sexo contigo, no te habría lloriqueado encima.

-Bueno, si hubiera sabido cuál era la alternativa...

Sophia se echó a reír y descansó la cabeza sobre su hombro antes de ponerse en pie.

-Seguramente será mejor así. Mi padre robó dinero de la empresa.

Antes de que Tyler decidiera cómo responder, Sophia dio un paso

hacia él.

-Lo sabías.

-No.

-Pero no te ha sorprendido.

Tyler se levantó, esperando de todo corazón que aquello no fuera el comienzo de una nueva batalla.

-No, no me ha sorprendido.

-Comprendo. -Sophia volvió el rostro para fijar la vista en la chimenea, donde el fuego se había convertido ya en cenizas. Muy propio, pensó. Así se sentía exactamente: fría e inerte-. De acuerdo. Bien. -Se irguió y se enjugó las últimas lágrimas-. Yo pago mis deudas. Te prepararé la cena.

Tyler quiso protestar, pero sopesó la alternativa de estar solo frente a una cena caliente, y recordó que Sophia cocinaba bien.

-Ya sabes dónde está la cocina.

-Sí. -Sophia se acercó, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla-. Primer pago -dijo, y se quitó la chaqueta antes de entrar en la cocina.

-No devolviste mi llamada.

Margaret encontró a Tyler en la bodega de MacMillan. Había mantenido varias reuniones con éxito desde su vuelta de Venecia. Su carrera iba viento en popa y estaba segura de que tenía un aspecto estupendo después de las compras cuidadosamente planeadas que había hecho antes de regresar a California. Estaba adquiriendo el refinamiento que siempre había creído que daban los viajes internacionales a una mujer.

Sólo le quedaba un objetivo por alcanzar: pescar a Tyler Mac Millan.

-Lo siento, he tenido mucho trabajo.

Febrero era un mes de poca actividad para los viticultores, pero eso no quería decir que no hubiera trabajo. Sophia había programado una fiesta para catar vinos aquella misma tarde, y aunque la idea no le entusiasmaba, Tyler comprendía su valor, y conocía la importancia de asegurarse de que todo funcionaba correctamente.

-Lo imagino. He echado un vistazo al proyecto para la campaña del céntenario. Has hecho un trabajo magnífico.

-El mérito es de Sophia.

Margaret lo siguió cuando Tyler entró en la sala de degustación.

-No te quites méritos, Ty. ¿Cuándo vas a venir a Italia para ver cómo se hacen las cosas por allí? Creo que quedarías impresionado.

-Algo he oído. Pero ahora no tengo tiempo para eso.

-Cuando llegue el momento, te enseñaré todo aquello. Y te invitaré a comer pasta en una estupenda *trattoria* que he descubierto. Ahora sirven nuestro vino y también estoy en negociaciones con algunos de los mejores hoteles para que promocionen nuestra marca este verano.

-Por lo que veo, también tú has estado muy ocupada.

-Me encanta. Todavía hay cierta resistencia con algunos de los clientes que estaban acostumbrados a Tony Avano y a su estilo para

los negocios, pero estoy empezando a ganármelos. ¿Sabe algo más la policía sobre lo que ocurrió?

-No, que yo sepa. -¿Cuánto tardaría en filtrarse la noticia del dinero robado?, se preguntó Tyler.

-Es terrible. Era un tipo muy popular entre los clientes que llevaba él. Y en Italia lo adoraban. Conmigo no se muestran tan dispuestos a sentarse a beber grappa y fumar puros.

Tyler interrumpió lo que hacía para mirarla y sonreír. -Menuda imagen.

-Sé cómo tratarlos. Tengo que volver allá a finales de esta se mana, pero estaré unos días por aquí. Esperaba que pudiéramos quedar. Te haré una buena cena.

¿Qué les pasaba a las mujeres que todas querían cocinar para él? ¿Tenía pinta de pasar hambre?

-Bueno... -Se interrumpió cuando vio entrar a Maddy, que siempre conseguía animarle-. Eh, aquí está la científica loca.

Maddy le hizo una mueca, aunque se sintió complacida.

-Tengo la fórmula secreta -dijo, y mostró dos tarros de mantequilla de cacahuete llenos de un líquido oscuro.

-Tiene una pinta horrible. - Ty movió el tarro que le tendía Maddy y contempló su contenido.

-A lo mejor podrías usarlo para la cata de esta noche. A ver lo que dice la gente.

-Hummm. - Ty imaginaba perfectamente los comentarios de los esnobs después de probar el vino casero de Maddy, y eso le hizo sonreír-. Es una idea.

-¿No vas a presentarme a tu amiga? -preguntó Margaret. No le disgustaban los niños, aunque los prefiriera de lejos, pero le molestaba la interrupción.

-Oh, lo siento. Margaret Bowers, Maddy Cutter.

-Ah, tú debes de ser la hija pequeña de David. Tu padre y yo hemos tenido varias reuniones hoy.

-No me digas. -Maddy no disimuló su fastidio al oírse llamar hija pequeña-. Yo también. ¿Puedo quedarme para la cata? -preguntó a Ty, sin prestar más atención a Margaret-. Estoy haciendo un trabajo sobre el vino, así que necesito observar todo el proceso, ya sabes.

-Claro. - Ty abrió el tarro y olisqueó su contenido. Sus ojos lanzaban destellos de regocijo-. A mí también me gustaría observar esto.

-¿Ty? ¿Qué te parece mañana por la noche? -¿Mañana?

-Para cenar. -Margaret procuró hablar con tono desenfadado-. Me gustaría hablar contigo' sobre varios aspectos de la producción con Italia. Espero que me ayudes a suplir mis deficiencias en algunos puntos que no tengo claros. Creo que me sería muy útil poder hablar con un viticultor experto cuya lengua materna sea el inglés.

-Claro. - Tyler estaba más interesado en el vino de Maddy en ese momento, y se alejó hacia la barra en busca de un vaso.

-¿A las siete? Me he traído un Merlot magnífico de Italia.

-Bien. -El líquido que Tyler sirvió en el vaso nunca sería nada

magnífico.

-Nos vemos mañana, entonces. Encantada de conocerte, Maddy.

-Vale. -Maddy soltó un bufido cuando se fue Margaret-. Eres un idiota.

-¿Perdona?

-Estaba intentando ligar contigo y tú ni te enteras.

-No estaba ligando conmigo, y tú no deberías hablar así. -Ya lo creo. -Maddy se sentó en un taburete de la barra-. Las mujeres se dan cuenta de estas cosas.

-Puede, pero tú todavía no eres una mujer.

-Tengo el período.

Tyler iba a beber, pero tuvo que dejar el vaso al dar un respingo. -Por favor.

-Es una función biológica. Y cuando una persona del sexo femenino es capaz de concebir, físicamente es una mujer.

-Bien. Fantástico. - Tyler no tenía ningunas ganas de discutir aquel tema-. Cállate.

Bebió un sorbo y dejó que el vino descansara sobre su lengua. Era un vino basto, por no decir algo peor, agrio y demasiado dulce, seguramente porque Maddy le había añadido azúcar.

Aun así, había,conseguido elaborar vino en un recipiente de co cina. Un vino malo, sí, pero ésa no era la cuestión.

-¿Has bebido algo?

-Puede. -Maddy dejó el otro tarro sobre la barra-. Aquí está el vino milagroso. Sin aditivos. He leído que a veces le echan sangre de buey para darle más cuerpo y color. No sabía dónde encontrar de eso; además, me parece asqueroso.

-Nosotros no aprobamos ese tipo de prácticas. Un poco de carbonato de calcio serviría para quitarle acidez, pero nosotros preferimos que sea completamente natural. En conjunto, no ha sido un completo fracaso como vino de mesa. Lo has conseguido, Maddy. Con gran valentía, Tyler sirvió el vino milagroso, lo examinó, lo olió y bebió un sorbo.

-Interesante. Turbio, inmaduro y ácido, pero es vino.

-¿Leerás mi informe y comprobarás mis gráficos cuando haya acabado?

-Claro.

-Bien. -Maddy agitó las pestañas-. Te haré una buena cena. La verdad era que a Tyler le divertía.

-Listilla.

-Por fin -dijo David entrando en la bodega- alguien que está de acuerdo conmigo. -Se acercó y rodeó el cuello de su hija con el brazo-. Cinco minutos, ¿recuerdas?

-Nos hemos distraído. Ty dice que puedo venir a la cata. -Maddy...

-Por favor. Van a probar mi vino.

-Eres un valiente, MacMillan -dijo David, mirándolo.

-¿No te has pasado nunca mezclando bebidas?

David sonrió, tapando las orejas a Maddy.

-Un par de veces, y por suerte sobreviví para arrepentirme. Puede que tus invitados tengan algo que objetar.

-Sí. -La idea también divertía a Tyler-. Ampliará sus miras. -O los envenenará.

-Por favor, papá. Es por la ciencia.

-Eso mismo dijiste de los huevos podridos que guardabas en tu cuarto. En realidad no dejamos Nueva York por motivos profesionales -dijo David a Ty-. Seguramente los nuevos inquilinos aún están fumigando el apartamento. De acuerdo, pero te convertirás en calabaza a las diez. Vamos. Theo nos espera en la furgoneta. Nos va a llevar él a casa.

-Vamos a morir todos -dijo Maddy con solemnidad. -Largo. Ahora voy yo.

David bajó a su hija del taburete, y le dio una palmada en el culo para ponerla en movimiento.

-Quería decirte que te agradezco que la dejes venir por aquí -explicó a Tyler.

-No molesta.

-Seguro que sí.

Tyler dejó los vasos en el fregadero que había bajo la barra.

-De acuerdo, sí, pero a mí no me importa.

-Si hubiera creído que te importaba, le habría prohibido que viniera. También me he dado cuenta de que te sientes más cómodo con ella que conmigo. Te molesto y te importa.

-No necesito supervisor.

-No, es verdad. Pero la compañía necesita gente nueva, y que venga de fuera. Alguien que sea capaz de ver el negocio en su conjunto, desde todos los ángulos, y pueda sugerir algo diferente cuando sea viable.

-¿Tienes alguna sugerencia que hacerme, Cutter?

-La primera podría ser que te quitaras el palo de escoba del culo para que hiciéramos una fogata con él y nos tomáramos un par de cervezas juntos.

Tyler no dijo nada mientras intentaba decidir si le divertía o le fastidiaba la sugerencia.

-Si añades el tuyo, la fogata será más grande.

-Es una idea. Luego traeré a Maddy, y volveré a buscarla a las diez.

-Puedo llevada yo y ahorrarte el viaje.

-Te lo agradezco. -David se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar-. Escucha, ¿me lo dirás si ella... si cree que está enamorada de ti? Seguramente es normal, pero preferiría atajar el problema, si es que se presenta.

-No va de eso. Creo que me ve más como un hermano mayor, o quizás un tío. El que está loco por Sophia es tu chico.

David lo miró con asombro. Luego parpadeó y se pasó las manos por la cara.

-De eso no me había dado cuenta. Pensaba que se le había pasado la primera semana. Mierda.

-Ella sabe cómo actuar. No hay nada que se le dé mejor que tratar al sexo masculino. No herirá sus sentimientos.

-Para eso ya se las arregla él solo. -David pensó en Claudia e hizo una mueca.

-Difícil criticarle el gusto, ¿ eh?, dadas las circunstancias.
David lo miró sin acritud.
«Otro listillo», murmuró para sus adentros, y salió.

Claudia eligió un sencillo traje de cóctel, con la idea de que el verde salvia con solapas de raso estaba a medio camino entre lo profesional y lo festivo. Esperaba que fuera perfecto para actuar como anfitriona de la degustación de vinos.

«Había aceptado la tarea para demostrarse a sí misma, a su familia y a David que podía hacerlo. Se había pasado una semana visitando las viñas, dejándose enseñar, delicadamente -pensó-. Los empleados trataban a los miembros de la familia con guantes de seda.»

A Claudia le había irritado darse cuenta de lo poco que sabía sobre bodegas y viñedos, sobre el proceso de elaboración del vino y las ventas al público y al por menor. Se necesitaría más de una semana y una sutil educación para que pudiera desenvolverse en cualquiera de aquellas áreas por sí sola. Pero, por Dios que podía encargarse de un grupo de catadores y estaba resuelta a demostrado.

Iba a aprender a desenvolverse en muchas cosas, incluyendo su propia vida, y una parte de esa vida incluía el sexo. Mejor para ella.

Pensando en ello, se sentó en el borde de la cama. La idea de pasar a una relación más íntima con David la aterrorizaba, y ello, a su vez, la irritaba profundamente. Había acabado por convertirse en un manojo de nervios, admitió.

El golpe en la puerta hizo que se levantara rápidamente. Cogió el cepillo del pelo y adoptó una expresión de desenfado y seguridad en sí misma.

-¿Sí? Entre.

Exhaló un gran suspiro y dejó de fingir cuando vio que era Helen. -Gracias a Dios eres tú. Estoy cansada de fingir que soy una mujer del siglo XXI.

-Lo pareces. Ese traje es fabuloso.

-Por dentro estoy temblando. Me alegro de que James y tú hayáis venido para la degustación.

-Hemos traído a Linc. Su novia actual trabaja esta noche. -¿Sigue con la interna?

-Sí. -Helen se repantingó en la curvilínea tumbona de terciopelo-. Empiezo a pensar que va en serio con ella.

-¿Y?

-No sé. Es una buena chica y bien educada. Centrada, cosa que a él le iría muy bien, e independiente, cosa que admiro.

-Pero él es tu niño.

-Pero él es mi niño -admitió Helen-. A veces echo de menos aquel niño de rodillas magulladas y cordones de los zapatos desatados. Aún lo veo en ese abogado alto y guapo con terno que entra y sale de mi vida ahora. Dios -dijo con un suspiro-, soy vieja. ¿Qué tallo va llevando tu hija?

-Te has enterado de lo que hizo Tony -dijo Claudia, dejando el cepillo.

-Tu madre pensó que sería mejor que yo lo supiera, para que me ocupara

de cualquier aspecto legal que pudiera surgir. Lo siento, Claudia.

-y yo. Era innecesario. -Se dio la vuelta-. Y muy propio de él.

Eso es lo que estás pensando.

-Lo que yo piense no importa. A menos que empiece a ver que te sientes culpable.

-No, esta vez no. Y espero que no vuelva a ocurrirme nunca más.

Pero es duro, muy duro, para Sophia.

-Lo superará. Nuestros niños se convirtieron en adultos fuertes y capaces mientras nosotras no mirábamos, Claudia.

-Lo sé. ¿Cuándo apartamos la mirada? Aun así, no podemos dejar de preocupamos por ellos, ¿verdad?

-Es un trabajo que no termina nunca. Sophia salía en dirección a los viñedos MacMillan cuando hemos llegado. Se ha llevado a Linc consigo por si era necesario levantar peso para preparado todo. Él la distraerá.

-Es estupendo verlos juntos, casi como dos hermanos.

-Hummm. Bueno, ahora siéntate. -Helen dio unas palmadas en la tumbona-. Contén la respiración y háblame de tu romance con David Cutter. Con casi treinta años de matrimonio a mis espaldas, tengo que vivir esas cosas indirectamente.

-En realidad no... Disfrutamos con la mutua compañía. -Aún no ha habido sexo, ¿eh?

-Helen. -Claudia cedió y se sentó en la tumbona-. ¿Cómo voy a tener relaciones sexuales con él?

-Si has olvidado cómo funciona, hay libros muy buenos sobre el tema. Vídeos, páginas de Internet. -Los ojos de la juez brillaron tras las gafas-. Te daré una lista.

-Hablo en serio.

-y yo. Hay un material muy caliente.

-Basta -dijo Claudia, que sin embargo reía-. David está siendo muy paciente, pero no soy estúpida. Quiere sexo, y no va a conformarse con besuqueos en el porche, o...

-¿Besuqueos? Vamos, Claudia. Detalles, quiero todos los de talles.

-Digamos que tiene una boca muy creativa y que, cuando la usa, recuerdo cómo me sentía a los veinte.

-Oh. -Helen se dio aire con la mano-. Sí.

-Pero no tengo veinte años. Y mi cuerpo desde luego tampoco.

¿Cómo vaya dejar que me vea desnuda, Helen? Mis pechos apuntan hacia México.

-Querida, los míos aterrizaron en Argentina hace tres años. A James no parece importarle.

-Pero de eso se trata precisamente. James y tú lleváis juntos casi treinta años, y habéis sufrido esos cambios juntos. Además, para empeorar las cosas, David es más joven que yo.

-¿Empeorar? Se me ocurren muchas cosas peores.

-Intenta ponerte en: mi lugar. Él tiene cuarenta y tres años, yo tengo cuarenta y ocho. La diferencia de edad es grande. Un hombre de su edad suele salir con mujeres más jóvenes, a menudo muchísimo más jóvenes,

y con carnes apretadas.

-A menudo acompañadas de cabezas vacías que no piensan -añadió He1en-. Claudia, lo cierto es que sale contigo. Y si tanto te preocupa tu cuerpo, aunque me irrita pensar en lo que se ha hecho del mío en comparación, asegúrate de que esté a oscuras la primera vez que saltes sobre él.

-Eres de gran ayuda.

-Sí, porque si se echa atrás por unos pechos que no tienen veinte años, es que no merece la pena que malgastes tu tiempo con él. Mejor será descubrirlo que especular y proyectar. ¿Quieres acostarte con él? ¿Sí o no? -añadió Helen, antes de que Claudia pudiera responder-. Hablo del instinto animal. Sin calificativos.

-Sí.

-Entonces cómprate ropa interior fabulosa y lánzate.

Claudia se mordió el labio.

-Ya me he comprado la ropa interior.

-Fantástico. Enséñamela.

Casi habían pasado veinticuatro horas después de la cata de vinos, y Tyler tenía aún en su retina una imagen que le hacía reír. Dos docenas de miembros del club de degustación, esnobs y estirados, habían sufrido la mayor conmoción de sus limitadas vidas al probar lo que él llamaba Vin de Madeline.

-«Sencillo, pero núbil» -dijo, desternillándose de risa otra vez-. Por Dios, ¿de dónde sacarán semejantes memeces? «Núbil.»

-Intenta contener tu hilaridad. -Sophia estaba sentada en el escritorio de su despacho de la villa, examinando los modelos que Kris había elegido para los anuncios-. Y te agradecería que me avisaras la próxima vez que decidas añadir una cosecha misteriosa en la selección.

-Fue una decisión de última hora, y era en nombre de la ciencia. -Las degustaciones se hacen en nombre de la tradición, la re

putación y la promoción. -Sophia alzó la vista un momento, pero volvió a bajarla cuando vio que Tyler sonreía-. De acuerdo, fue divertido, y podremos convertirlo en un artículo interesante y desenfadado para el boletín informativo. Tal vez consigamos incluso que la prensa lo convierta en una pequeña anécdota de interés humano.

-¿Tienes publicidad en las venas en lugar de sangre?

-Seguro. Y es una suerte para todos, porque algunos miembros

se habrían sentido muy ofendidos si yo no hubiera estado allí para adornar la historia.

-Algunos miembros son unos idiotas pomposos y reprimidos.

-Sí, yesos idiotas pomposos y reprimidos nos compran mucho

vino y le hacen propaganda en los acontecimientos sociales. Dado que Maddy es tan sencilla y núbil como su vino, podemos sacarle partido. -Escribió una nota y la sujetó con la tonta rana de cristal verde que le había regalado Ty por Navidad-. La próxima vez que quieras hacer experimentos, avísame.

-Relájate, Giambelli -dijo Tyler estirando las piernas. –Y eso lo dice el rey

de las fiestas. -Sophia cogió una fotografía y se la dio-. ¿Qué te parece ésta?

Tyler la cogió y observó a una rubia de ojos negros.

-¿Viene con el número de teléfono?

-Es lo que he pensado yo. Es demasiado sexy. Le dije a Kris que

quería una imagen de persona sana. -Sophia frunció el entrecejo-. Tengo que despedirla. Ni siquiera intenta adaptarse a los cambios. Peor aún, hace caso omiso de órdenes directas y causa problemas al resto del equipo. -Suspiró-. Mis informadores me han dicho que el otro día se reunió con Jerry DeMorney, de La Coeur.

-Si causa tantos problemas, ¿por qué te preocupa despedirla?

y no me vengas con el cuento de que no podrás encontrarle sustituto en medio de la campaña o de la reorganización.

-*De* acuerdo. No me decido porque es buena, y me resisto a perderla. Y conoce perfectamente la campaña y mis planes a largo plazo, y podría muy bien engatusar a otros miembros del equipo para que se fueran con ella. En el terreno personal, no me decido porque creo que ha tenido un lío con mi padre, y el despido podría inducirla a hacerla público. Haga lo que haga, habrá problemas, pero no puedo posponerlo más. Me ocuparé de ello mañana mismo.

-Podría hacerlo yo. Sophia cerró la carpeta.

-Es muy amable de tu parte, de verdad. Pero he de ser yo. De

bería advertirte de que su marcha significará más trabajo para todos. Sobre todo porque mi madre no va a hacer, o a intentar hacer, el trabajo de oficina.

-Vaya forma de animarme.

-Estaba pensando en preguntarle a Theo si le interesa trabajar

por horas. Podría venir un par de tardes a la semana.

-Fantástico. Así podrá estar más cerca de ti y seguir soñando

contigo.

-Cuanto más me vea, más rápido se le pasará. El contacto diario calmará sus hormonas.

-¿Tú crees? -musitó Ty.

-Vaya, Tyler, ¿eso ha sido una especie de cumplido, o es sólo tu

extraña manera de decir que te pongo nervioso?

-Ni una cosa ni otra. - Tyler volvió a mirar la foto-. Prefiero

las rubias de ojos soñadores y labios carnosos.

-Peróxido y colágeno.

-¿Sí?

-Dios, me encantan los hombres. -Sophia se levantó, se acercó

a él, le cogió el rostro entre las manos y le dio un sonoro beso en la boca-. Eres tan mono.

De un tirón en la mano, Tyler hizo que ella cayera sobre su regazo. Instantes después, Sophia dejaba de reír y su corazón latía desbocado.

No la había besado antes de aquella forma, con impaciencia, y ardor, y avidez, todo mezclado en un asalto casi brutal. No la había besado como si nunca fuera a tener bastante. El cuerpo de Sophia tembló una vez... por la sorpresa, como defensa, como respuesta. Luego le pasó los dedos por los cabellos y se enredaron allí.

«Más», pensó. Sophia quería más de aquella vehemencia, de aquella temeridad, de aquella necesidad reacia, incluso.

Cuando él quiso apartarse, ella lo siguió, deslizándose sobre las duras líneas de su rostro, aun cuando él interrumpió el beso.

Sophia se mordisqueó el labio inferior lentamente, y vio que él seguía su movimiento con la mirada.

-¿Para qué haces eso?

-Me apetece.

-Me gusta. Hazlo otra vez.

Tyler no quería llegar a aquello en un principio, pero su apetito había despertado y no lo había saciado.

-Diablos, ¿y por qué no?

Los labios de Sophia se curvaron bajo la presión, no tan desesperada, ni tan brusca como antes. Tyler imaginaba demasiado bien cómo sería penetrar en ella, en aquella dulce llamarada, pero no estaba seguro de que pudiera salir después, o de que pudiera hacerla y seguir siendo el mismo.

Lo estaba pensando, y al mismo tiempo le desabrochaba los botones de la camisa. *Lo* estaba pensando, y ella lo arrastraba hacia el suelo.

-Deprisa. -Sophia se arqueó cuando por fin él la rodeó con sus brazos, y contuvo el aliento.

Deprisa. Tyler imaginaba que sería rápido, y violento, y furio*so.* Sería un acto ciego, todo fuego, pero sin luz. Eso era lo que ella quería, lo que querían los dos. Tyler la levantó hacia sí para volver a unir sus bocas, y notó el vientre tenso de deseo cuando ella le de

sabrochó el cinturón.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

- *Ty,* necesito...

Eli se detuvo en seco al ver a su nieto y a la joven a la que consideraba su nieta entrelazados en el suelo. Retrocedió con las mejillas encendidas.

-Perdón.

La puerta se cerró y Tyler se incorporó, separándose de Sophia,

excitado aún y con la mente confusa. Se pasó las manos por la cara. -Oh, perfecto. Perfecto.

-Ups.

Al oír la reacción de Sophia, Tyler abrió los dedos y la miró por entre ellos.

-¿Ups?

-Estoy un poco aturdida. Es todo lo que puedo decir por ahora. Oh, Dios mío. -Se sentó y se cerró la camisa-. No ha sido el típico momento familiar, que digamos. -Finalmente se rindió y dejó caer la cabeza sobre las rodillas-. Por Dios, ¿cómo vamos a arreglar esto?

-No lo sé. Supongo que tendré que hablar con él.

-Podría hacerlo yo -dijo Sophia, alzando la cabeza ligeramente. -Tú te ocupas de despedir a los empleados ineficientes; y yo, de

hablar con abuelos escandalizados.

-Muy justo. -Sophia bajó las rodillas y la vista mientras se abrochaba la camisa-. Ty, lo siento mucho. Nunca haría nada que pudiera molestar a Eli o causar un conflicto entre vosotros.

-Lo sé.

Tyler se puso en pie y, tras una breve vacilación, extendió la mano para ayudarla a levantarse.

-Quiero hacer el amor contigo.

El sistema nervioso de Tyler, castigado ya, tuvo una nueva sacudida.

-Creo que está muy claro lo que queremos los dos. Lo que no sé es qué vamos a hacer al respecto. Ahora tengo que ir a hablar con él.

-Sí.

Tyler salió apresuradamente. Sophia se acercó a la ventana y se cruzó de brazos. Deseó con todas sus fuerzas poder hacer algo igualmente vital y concreto, porque a ella sólo le quedaba pensar.

Tyler encontró a su abuelo caminando en dirección a los viñedos, seguido de la fiel *Sally*. No dijo nada, ni siquiera había pensado qué diría. Se limitó a caminar junto a Eli, recorriendo las hileras.

-Tendremos que vigilar las heladas -comentó Eli-. La ola de calor ha despertado las vides.

-Sí, estoy en ello. Ah... llega la época de escarificar.

-Espero que no nos retrasen las lluvias. -Eli imitó a su nieto y observó las cepas mientras se estrujaba la cabeza, intentando dar con las palabras justas-. Yo... debería haber llamado a la puerta.

-No, yo debería... - Tyler se quedó atascado y se agachó para acariciar a *Sally*-. Simplemente ha ocurrido.

-Bien.

Eli se aclaró la garganta. No tenía que hablar con Tyler sobre el sexo. Gracias a Dios, de eso se había ocupado hacía muchos años. Su nieto era un hombre adulto que conocía ya la historia de los pájaros y las abejas, y era también responsable de sus actos, pero...

-Demonios, Ty. Sophia y tú.

-Sencillamente ha ocurrido -repitió Tyler-. Supongo que no debería haber pasado, y que debería decirte que no volverá a pasar.

-No es asunto mío. Es sólo que vosotros dos... demonios, Ty, si casi habéis crecido juntos. Ya sé que no os une ningún lazo de sangre, y que no hay nada que os impida estar juntos. Sólo ha sido la sorpresa.

-Para todos -convino Tyler.

Eli caminó un poco más.

-¿La amas?

Tyler notó que aumentaba su sentimiento de culpa. -Abuelo, no siempre se trata de amor.

Eli se detuvo y se volvió para encararse con su nieto.

-Puede que sea más viejo que tú, muchacho, pero mis hormonas funcionan de la misma manera. Ya sé que no siempre se trata de amor. Sólo lo preguntaba.

-De momento nos sentimos atraídos el uno por el otro, eso es todo. Si no te importa, preferiría no entrar en detalles.

-Oh, no importa. Los dos habéis recibido una buena educación, así que lo que hagáis es cosa vuestra. Pero la próxima vez cerrad primero la maldita

puerta.

Eran casi las seis cuando Tyler llegó a casa. Estaba agotado e irritado consigo mismo. Pensó que una cerveza fría y una ducha caliente le ayudarían a relajar los músculos de la espalda. Cuando iba a abrir el frigorífico, vio la nota que había pegado en la puerta la noche anterior: «Cena en casa de M a las 7».

-Mierda.

Apoyó la frente en el frigorífico. Tenía el tiempo justo para llegar si se daba prisa, pero no le apetecía lo más mínimo. No tenía ganas de hablar de negocios, aunque fuera durante una buena cena y en buena compañía.

Él no sería una buena compañía aquella noche.

Tendió la mano hacia el teléfono, pero había vuelto a cambiado de sitio. Soltó un taco y abrió el frigorífico de golpe con la intención de abrir la cerveza antes de empezar a buscar. Y allí estaba el teléfono, metido entre una botella de Corona y un cartón de leche.

«Compensaría a Margaret otro día -pensó, mientras buscaba su número de teléfono-. La llevaría a cenar o a comer antes de que se fuera de la ciudad.»

Margaret no oyó el teléfono. Estaba en la ducha y cantaba. Se había pasado el día esperando la noche, mientras acudía a reuniones, escribía informes y hacía llamadas. Y finalmente, de camino a casa, había comprado un enorme bistec y un par de patatas grandes de Idaho, además de un pastel de manzana que pensaba presentar como suyo.

Un hombre no tenía por qué saberlo todo.

Era el tipo de comida que más apreciaría Tyler, estaba segura. Ya había puesto la mesa, con velas, había elegido la música y tenía la ropa que pensaba ponerse sobre la cama. La cama estaba recién hecha y con sábanas limpias.

Tyler y ella habían salido un par o tres de veces. Claro que no se engañaba a sí misma y sabía que Tyler no consideraría que fueran citas, pero Margaret esperaba hacerle cambiar de opinión después de aquella noche.

Salió de la ducha y empezó a prepararse.

Siempre era excitante arreglarse para un hombre; formaba par

te del placer que se esperaba. Las creencias feministas de Margaret no le impedían disfrutar con aquel ritual, sino que la ayudaban a celebrarlo como un rito femenino.

Se hidrató la piel, se perfumó, se vistió de seda y se imaginó a sí misma seduciendo a Tyler MacMillan mientras comían el pastel de manzana.

«Siempre le había gustado», pensó, mientras comprobaba que todo estaba en orden en su apartamento. Decidió que la promoción, el viaje y la emoción de asumir nuevas responsabilidades le habían dado la confianza necesaria para llevar la iniciativa.

Sacó el vino que había elegido para la cena. Fue entonces cuando vio que la luz del contestador parpadeaba.

«Margaret. Soy Ty. Oye, tendremos que posponer lo de la cena. Debería haberte llamado antes, pero... me ha surgido algo en la oficina. Lo siento. Te llamaré mañana. Si no tienes planes, te invito a comer y hablaremos de negocios. Siento mucho no haber podido llamarte antes.» .

Margaret miró el aparato fijamente y se imaginó a sí misma arrancándolo de la pared de la cocina y tirándolo al suelo. Claro que eso no cambiaría nada y ella era una mujer demasiado práctica para ceder a inútiles rabietas.

«Demasiado práctica -pensó, tragándose las lágrimas de decepción-, para dejar que la comida y el vino se estropearan por un idiota sin sentimientos que la había dejado plantada.»

Al diablo con él. No era el único hombre que había en el mundo. Había muchos otros. Muchos, se recordó, abriendo la parrilla para asar el bistec. Había tenido varias ofertas interesantes en Italia. Cuando volviera, podía aceptar una de ellas y descubrir adónde conducía.

Pero, por el momento, abriría el maldito vino y pillaría una buena cogorza.

Claudia se acercó a la casa de invitados por la puerta de atrás. Era una costumbre propia de amigos. Creía que Theo y ella ya lo eran. Cuando se rascaba la superficie, Theo resultaba un muchacho interesante, que se preocupaba por las cosas. «Un chico -pensÓ-, que necesitaba la influencia amable de una madre.»

Le conmovía que él pareciera disfrutar con su compañía cuando iba a la villa para bañarse en la piscina. Claudia se las había ingeniado para atraerlo hacia la sala de música y hacerle tocar el piano, o al menos toquetearlo. Desde ahí le había sido fácil entablar el diá.. lago, y el debate, sobre música.

Esperaba que él disfrutara con aquellos diálogos como ella.

Maddy era otra cuestión. La chica se mostraba cortés, pero siempre fría. «Y observaba -se dijo Claudia-, lo observaba todo y a todos. Pero no la miraba con odio, sino que más bien la juzgaba, y eso tenía mucho que ver con la relación entre David y ella», pensó Claudia.

Aquél era un tema que no parecía preocupar a Theo, pero Clauddia reconocía el escrutinio de mujer a mujer en los ojos de Maddy. Por el momento no se había acercado a olfatear.

Claudia se preguntó si David tampoco se habría dado cuenta, igual que Theo, de que Maddy estaba protegiendo su territorio.

Se subió el asa del bolso que llevaba colgado al hombro para enfilar el sendero de atrás. Se dijo una vez más que en el bolso no llevaba sobornos, sino obsequios, y que no se quedaría más tiempo del que resultara cómodo para todos, pero en el fondo esperaba que quisieran que se quedara un buen rato, preparándoles la comida, oyéndoles charlar.

Echaba de menos tener a alguien a quien mimar.

Si el destino lo hubiera querido, habría tenido una casa llena de ni ños, un enorme perro lanudo, sietes que zurcir y disputas que dirimir.

En lugar de eso, sólo había tenido una hija, brillante y hermosa, que casi no necesitaba nada. Y a la edad de cuarenta y ocho años se veía reducida a cuidar flores, en lugar de los niños que tanto había anhelado.

«La autocompasión -se dijo-, carecía de atractivo», así que llamó con fuerza a la puerta de la cocina y preparó una sonrisa.

La sonrisa vaciló un poco cuando fue David quien abrió la puerta. Llevaba una camisa vieja con tejanos, y una taza de café en la mano.

-Vaya, esto sí es compenetración. -David cogió a Claudia de la mano para atraerla hacia el interior-. Ahora mismo estaba pensando en ti.

-No sabía que estabas en casa.

-Hoy trabajaré aquí.

David sujetó con firmeza su mano, porque quería y porque sabía que a ella la pondría nerviosa, y se inclinó para besarla. -Ah, bien. Como no he visto la furgoneta...

- Theo y Maddy se han confabulado contra mí. Hoy no tienen clase. La pesadilla de todos los padres. Lo hemos resuelto dejándoles que me dieran un poco la lata, hasta que le di las llaves de la furgoneta a Theo para que se fueran al centro comercial a pasar el día y ver una película. Por eso tu visita es de lo más oportuna.

-¿En serio? -Claudia se desasió y jugueteó con el asa de la bolsa-. ¿Lo es?

-Me impedirá quedarme sentado aquí, imaginando todos los líos en que se podrían meter. ¿Quieres un café?

-No, la verdad es que debería... sólo he pasado para dejar un par de cosas para los chicos. -Le ponía nerviosa estar en la casa sola con él, circunstancia que ella había conseguido evitar hasta entonces-. Maddy está tan interesada en todo el proceso de elaboración del vino que he pensado que le gustaría leer la historia de Giambelli en California.

Claudia sacó del bolso el libro que había cogido en la tienda de regalos de la bodega.

-Será perfecto para ella. A ti te lo agradecerá y a Ty ya mí nos machacará con un montón de preguntas nuevas.

-Tiene una mente activa.

-Dímelo a mí.

-He traído esta partitura para Theo. Está muy metido en el tecnorock, pero he pensado que tal vez le gustaría probar con los clásicos.

-*Sergeant Pepper* -dijo David, examinando la partitura-. ¿De dónde has desenterrado esto?

-Lo tocaba a menudo y a mi madre le daba un ataque. Era mi trabajo.

-¿Llevabas collares de cuentas y pantalones de campana? -bro. meó él.

-Naturalmente. Me hice unos estampados cuando tenía la edad de Maddy, y me quedaron estupendos.

-¿Te los hiciste tú? Cuántos talentos ocultos. -David la movió, simplemente acercándose cada vez más a ella, hasta que la obligó a apoyarse eh el mármol de la cocina-. A mí no me has traído ningún regalo.

-No sabía que estabas aquí.

-Pero ahora que ya lo sabes -dijo él, acercándose aún más y poniendo las palmas de las manos sobre el mármol, encerrándola-, ¿no tienes nada para mí en el bolso?

-Lo siento. -Claudia intentó reír, mantener el tono ligero, pero resultaba difícil cuando no podía ni respirar-. La próxima vez.

Debo volver a la bodega. Esta tarde tengo una visita guiada.

-¿A qué hora?

-A las cuatro y media.

-Hummm. -David miró el reloj de la cocina-. Una hora y media. ¿Qué

podríamos hacer con noventa minutos?

-Podría prepararte la comida.

-Tengo una idea mejor. -y con las manos eh su cintura, le hizo darse la vuelta lentamente hacia la puerta interior.

-David.

-No hay nadie en casa aparte de nosotros -dijo David, mordisqueándole la mandíbula, el cuello y la boca, al tiempo que la hacía salir de la cocina-. ¿Sabes lo que estaba pensando el otro día?

-No. -¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera sabía lo que pensaba ella misma en aquel momento.

-Que esto nuestro está muy complicado. Mi novia vive con su madre.

Claudia rió ante la idea de que un hombre dijera que era su novIa.

-y yo vivo con mis hijos. No hay lugar a donde ir para hacer todas las cosas que he imaginado que te hacía. ¿Sabes lo que he imaginado que te haría?

-Me lo imagino. David, estamos en pleno día.

-En pleno día. -Él se detuvo al pie de las escaleras-. Y es una oportunidad. Detesto desperdiciar las oportunidades, ¿tú no?

Claudia subió las escaleras con él, lo que le pareció toda una hazaña, puesto que le temblaban las rodillas y el corazón le latía como si acabara de escalar una montaña.

-No esperaba... -La boca de David ahogaba una y otra vez sus. palabras-. No estoy preparada.

-Cariño, de eso ya me ocuparé yo.

¿Que se ocuparía él? ¿Cómo podía conseguir David que llevara su ropa interior sexy, o convertir la implacable luz del día en las suaves y halagadoras sombras de la noche? ¿Cómo podía...?

Entonces comprendió que se refería a protección y se sintió aturdida y estúpida.

-No, no me refería... David, no soy joven.,

-Yo tampoco. -David se apartó de ella un poco al llegar a la puerta del dormitorio. No debía arrastrada de aquella manera; necesitaba palabras y David comprendió que quizás él también-. Claudia, mis sentimientos hacia ti son muy complejos. Pero uno muy sencillo es que te quiero a ti.

Los nervios de Claudia se derretían ahora en una oleada de calor. -David, tienes que saber que Tony fue el primero y el último. Hace ya mucho tiempo y yo... Dios, he perdido la práctica.

-Saber que no ha habido nadie más me halaga, Claudia. -David acarició los labios de ella con los suyos-. Me enseña una lección de humildad. -Volvió a acariciar sus labios-. Me excita. -Su boca volvió a la de Claudia una tercera vez, en un beso que era a Ia vez seducción y exigencia.

-Ven a mi cama. -La llevó hasta ahí, fascinado por el modo en que sus corazones latían al unísono-. Déjame tocarte. Tócame.

-No puedo respirar. -Claudia se esforzó por recobrar el aliento cuando él le quitó la chaqueta-. Sé que estoy tensa, lo siento. No consigo relajarme.

-No quiero que te relajes. -David no dejó de mirada a los ojos mientras le desabrochaba la blusa, mientras sus dedos susurraban sobre la piel desnuda-

. Esta vez no. Pon las manos sobre mis hombros, Claudia. Quítate los zapatos.

Claudia temblaba, y también él. «Como la primera vez -pensó

David-. Para ella. Para él. Y era igual de tremebundo y aterrador.»

El sol de finales del invierno entraba a raudales por las ventanas. En el silencio de la casa, David oía la respiración de Claudia. Cuando recorrió su cuerpo con dedos leves, halló su piel suave y temblorosa.

-Suave, cálida, hermosa.

David hacía que creyera en sus palabras, y no pareció importarle que le temblaran los dedos cuando le desabrochó la camisa, ni se impacientó con desdén cuando ella dio un estúpido respingo al rozarle el vientre para desabrocharle los pantalones.

Lo mejor de todo fue que no se detuvo.

Sus manos la acariciaban con lentitud y firmeza. Claudia sintió deseos de llorar por ser acariciada de nuevo, por notar de nuevo aquella punzada en el estómago y los largos y húmedos tirones que la seguían. Le pareció lo más natural tumbarse en la cama y que el cuerpo pesado de David se tumbara sobre ella.

Le pareció natural y glorioso volver a entregarse por fin. Olvidó la luz del sol y los defectos que iba a poner al descubierto. Y se deleitó en la sensación de tener de nuevo un amante.

David no quería apresurarse, pero la vacilación de Claudia se había convertido en avidez, y se movía debajo de él, arqueando las caderas, acariciando con las manos, dando pequeños mordiscos y clavándole las uñas, excitándolo increíblemente.

Por fin olvidó toda paciencia y las dudas que había querido apaciguar, y se lanzó con todas sus ansias.

Sus dedos se entrelazaron cuando rodaron sobre la cama y luego se separaron para explorar nuevos secretos. David le lamió los pechos, dando placer a ambos. Y cuando la oleada de placer la inundó, Claudia susurró su nombre, y gimió al notar sus dientes.

La pasión electrizó su cuerpo, reteniéndola en la gloriosa barrera entre la excitación y el orgasmo, en que la sangre se agolpa y el cuerpo se tensa. Claudia empezó a temblar, impotente, dejándose sacudir por cada latido, por aquella quemazón.

Cuando la mano de David descendió para explorarla, ella estaba ya húmeda y caliente.

Estalló entonces a su contacto, demasiado sorprendida para avergonzarse por aquella rápida reacción, demasiado sorprendida para resistirse a la salvaje inmersión de su propio cuerpo. Su mundo se llenó de un brillo cegador, y se rindió a la súbita urgencia de las manos y la boca de David.

«Eres mía», pensó David, y quería tomar todo lo que ahora era suyo: la suave y húmeda piel que olía a primavera, las curvas sutiles, la ávida respuesta. También quería dar todo lo que tenía. Claudia se movía al compás, como si hubieran estado juntos mil veces;

lo abrazaba, como si sus brazos lo hubieran retenido siempre igual de cerca.

David quería enseñarle más y tomar mucho más de ella en aquella

primera exploración. Pero ambos habían perdido el control y se movían frenéticamente.

Claudia lo observó cuando volvió a colocarse sobre ella. Una vez más, alzó los brazos, los abrió y, abrazándolo, lo aceptó dentro de sí.

Se arqueó contra él y lo recibió entrelazando sus cuerpos.

Se movieron al unísono a la luz del sol, aumentando el ritmo hasta que por fin llegaron al éxtasis.

Claudia gritó, ahogando el sonido en el cuello de David. Probó su sabor cuando su corazón dio el salto final.

El sol también brillaba en San Francisco, pero solamente servía para aumentar el dolor de cabeza de Sophia. Tenía a Kris al otro lado del escritorio. Lo peor de todo, en opinión de Sophia, era que aquella mujer no se lo esperaba. ¿Cómo podía haber estado tan ciega después de tantas advertencias? Aquella idea no hacía más que alimentar el rencor que las había llevado a aquella situación. -Tú no quieres estar aquí, Kris. Eso lo has dejado claro.

-He trabajado mejor que ninguna otra persona de la empresa.

Tú lo sabes y yo lo sé. Y no te gusta.

-Al contrario, siempre he respetado tu trabajo. -Paparruchas.

Sophia respiró hondo, y se dijo a sí misma que debía mantener la calma y seguir mostrándose puramente profesional.

-Tienes mucho talento, lo cual admiro. Lo que no puedo tolerar ni pasar por alto es tu rechazo deliberado hacia la política de la empresa ni tu actitud hacia la autoridad.

-Te refieres a mi actitud hacia ti.

-La autoridad aquí soy yo, por si no te habías enterado. -Sólo porque eres una Giambelli.

-Ésa no es la cuestión, ni debe importarte.

-Si Tony viviera aún, sería yo la que se sentaría en esa mesa. Sophia se tragó el amargo sabor que sintió en la garganta.

-¿Es así como consiguió llevarte a la cama? -dijo, con cierto tono burlón-. ¿Prometiéndote mi puesto? Fue muy listo, y tú muy estúpida. Mi padre no dirigía esta empresa. No tenía ningún poder.

-Vosotras os encargasteis de ello. Las tres mujeres Giambelli.

-No; se encargó él mismo. Pero eso no tiene nada que ver. Lo cierto es que yo soy la jefa de este departamento, y que ya no trabajas para mí. Recibirás tu liquidación, incluyendo las dos semanas de salario. Quiero que saques todas tus pertenencias personales del despacho hoy mismo.

Las dos se pusieron en pie. Sophia tuvo la impresión de qué Kris le habría lanzado algo más que pullas, de no haber estado el escritorio de por medio. Lamentó que no pudieran pelear un par de asaltos, lo que demostraba hasta qué punto se había deteriorado su relación.

-Bien. Tengo otras ofertas. Todo el mundo en este negocio sabe quién tiene el verdadero poder creativo aquí.

-Espero que recibas lo que mereces en La Coeur -replicó Sophia, y vio que Kris abría la boca, asombrada-. No hay secretos. Pero recuerda la cláusula de confidencialidad que firmaste al entrar a trabajar en la empresa.

Si pasas información sobre Giambelli a la competencia, te expones a una demanda judicial.

-No necesito pasar nada. Tu próxima campaña está mal concebida y es una vulgaridad. Es una vergüenza.

-Entonces es una suerte que ya no tengas nada que ver con ella. -Sophia salió de detrás del escritorio y pasó cerca de Kris, deseando casi que la golpeara. Llegó a la puerta y la abrió-. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decimos.

-Este departamento se hundirá, porque otros se vendrán conmigo cuando yo me vaya. A ver hasta dónde llegáis el granjero y tu solitos. -Kris se dirigió a la puerta sin prisas, deteniéndose para una sonrisa burlona-. Tony y yo nos reíamos mucho de vosotros dos.

-Me sorprende que tuvierais tiempo para bromear o conversar. -Él me respetaba -le espetó Kris-. Sabía muy bien quién llevaba en realidad este departamento. Teníamos unas conversaciones muy interesantes sobre ti. Zorra número tres.

Sophia aferró con fuerza el brazo de Kris.

-Así que fuiste tú. Vandalismo, cartas anónimas... Tienes suerte

de que no te haga arrestar además de despedirte.

-Llama a la policía... y luego demuestra que fui yo. Eso me hará reír una última vez. -Se desasió de un tirón y se fue.

Sophia volvió a su escritorio, dejando la puerta abierta, y llamo a seguridad. Quería que escoltaran a Kris fuera del edificio. Una vez pasada la primera reacción de ira, no le sorprendía que hubiera sido Kris la que había pintarrajeado las tres figuras y la que había enviado la fotografía.

Pero le repugnaba.

No podía hacer nada al respecto. Como no podía hacer nada

respecto a los archivos que Kris pudiera haber copiado anteriormente, pero sí podía asegurarse de que no rapiñara nada en el último momento.

Lejos de contentarse con eso, llamó a P. J. y a Trace. Mientras esperaba, se paseó de un lado a otro, y en estas entró Tyler.

-He visto a Kris echando humo por el pasillo -comentó, y se dejó caer cómodamente en una butaca-. Me ha llamado granjero calzonazos sin cerebro. Supongo que lo de calzonazos lo decía por ti.

-Eso demuestra lo poco que sabe, porque tu cerebro está vivito y coleando y hasta ahora no has dejado que te mangonee. ¡Dios! Qué cabreo.

-Me he imaginado que no había ido demasiado bien cuando he visto que echaba fuego por las orejas.

-Esperaba que intentara pegarme para dejarla tumbada de un puñetazo. Me sentiría mucho mejor ahora. Me ha llamado zorra número tres. Me gustaría demostrarle lo que puede hacer una autentica zorra italiana cuando la provocan, pintando nuestros ángeles con laca de uñas y mandándome cartas anónimas.

-Eh, un momento. ¿Qué cartas?

-Nada. -Sophia agitó una mano en el aire y siguió paseándose. Él le bajó la mano y repitió:

-¿Qué cartas?

-Sólo una foto de hace varios meses, de mi madre, mi abuela y yo. Esta

vez usó un rotulador rojo, pero el sentimiento era el mismo que al pintarrajear los tres ángeles Giambelli.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-Porque la carta estaba dirigida a mí, porque me dio cien patadas, y porque no pensaba darle la satisfacción de hablar de ella a la persona que me la envió.

-Si recibes otra quiero saberlo inmediatamente. ¿Queda claro?

-Bien, de acuerdo, eres el primero de la lista. -Demasiado enfadada para quedarse quieta, Sophia se apartó-. Me ha dicho que mi padre iba a ayudarla a conseguir mi puesto. Imagino que se lo prometió, que no tuvo escrúpulos en prometerle lo que era mío, como no tuvo escrúpulos en robar las joyas de mi madre para Rene.

«Y le dolía -pensó Tyler, observando su rostro-. Incluso después de muerto, Avano se las arreglaba para perforar su coraza y romperle el corazón.»

-Lo siento.

-Piensas que se merecían el uno al otro. Yo también. Tengo que calmarme, tengo que calmarme -repitió Sophia como un mantra-. Ahora ya está, y no servirá de nada pensar más en ello. Tenemos que seguir adelante. Para empezar, tengo que hablar con P. J. y Trace, y he de estar tranquila. He de serenarme.

-¿Quieres que me vaya?

-No. Será mejor que hagamos esto en equipo. -Abrió el cajón superior de su escritorio y cogió una aspirina-. Debería haberla despedido hace semanas. Tenías razón. Yo estaba equivocada.

-Eso tengo que escribirlo. ¿Me prestas un lápiz?

-Cierra la boca. -Agradecida por la calma de Tyler, que servía para tranquilizarla también a ella, suspiró y abrió una botella de agua-. Sinceramente, Ty, ¿qué opinas de la campaña del centenario?

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no sé nada de eso?

-Como consumidor, maldita sea. -Sophia se tomó tres píldoras reconstituyentes y un largo sorbo de agua-. ¿No tienes una puñetera opinión sobre todas las demás cosas de este mundo?

-Eso sí que es calma y compostura -comentó-. Creo que la campaña es inteligente. ¿Qué más quieres que te diga?

-Con eso basta. -Sophia se sentó en una esquina de su escritorio con aire de agotamiento-. Lo de Kris me ha afectado y eso me revienta. -Miró su reloj-. Primero terminaré con este asunto y luego tenemos una reunión con Margaret.

La pequeña punzada de culpabilidad hizo que Tyler se removiera en el asiento.

-Anoche íbamos a vernos, pero tuve que posponerlo, y hoy no contesta a mis llamadas.

-Vendrá a las seis.

-Oh, bueno. -Maldita sea, pensó Tyler-. ¿Te importa si uso tu teléfono?

Sophia asintió con un ademán y salió del despacho para pedirle a su ayudante que sirviera café.

-No está en su despacho -dijo Ty cuando Sophia volvió a en

trar-. Ha faltado a dos reuniones esta mañana.

-Eso no es propio de Margaret. Probemos con su casa otra vez -dijo ella, pero cambió de idea cuando vio aparecer a P. *J.* ya Trace.

-Entrad. Sentaos. -Sophia cerró la puerta-. Quiero que sepáis -dijo, volviendo a su escritorio- que he tenido que despedir a Kris.

P. *J.* y Trace intercambiaron rápidas miradas de soslayo.

-Veo que no os sorprende. -Al no haber respuesta, Sophia decidió poner las cartas sobre la mesa-. Espero que sepáis lo mucho que valoro vuestro trabajo, y también que sois muy importantes para este departamento, para toda la compañía y para mí personalmente. Comprendo que puedan haber resquemores por los cambios que se realizaron durante el año pasado, y si alguno de los dos tiene un problema concreto o algún comentario que hacer, estoy abierta al debate.

-¿ y qué tal una pregunta? -dijo Trace.

-Preguntad lo que queráis.

-¿Quién ocupará el puesto de Kris?

-Nadie.

-¿No tienes intención de traer a alguien de fuera para ocupar su puesto?

-Preferiría que vosotros dos os repartierais su trabajo, su cargo y su autoridad.

-Pido su despacho -dijo P. *J.*

-Maldita sea -siseó Trace.

-De acuerdo, volvamos atrás. -Sophia abrió la puerta a su ayudante para que pudiera servir el café-. No sólo no os ha sorprendido este reciente giro de los acontecimientos, sino que, o mucho me equivoco, o no os ha molestado ni decepcionado especialmente.

-Es de mala educación hablar de alguien a quien acaban de despedir. -P. *J.* fijó la vista en su café, luego miró a Sophia-. Pero... tú no estás en la oficina todos los días, y nunca has estado todos los días porque no es así cómo trabajas. Tienes que viajar mucho y mantener muchas reuniones fuera de aquí. Y desde diciembre trabajas en casa al menos tres días a la semana. Nosotros sí estamos aquí.

-¿Y?

-Lo que P. J. intenta decirte sin pecar de mala uva es que resultaba muy difícil trabajar con Kris. Y más difícil aún trabajar para ella -añadió Trace-. Y así veía ella las cosas cuando tú no estabas aquí. Creía que ella era la que mandaba y que nosotros, y todo el departamento, éramos sus subalternos. Yo estaba más que harto de ser un subalterno y había empezado a buscarme otro trabajo.

-Podrías haber hablado conmigo, maldita sea, Trace. -Pensaba hacerlo antes de tomar una decisión. Bueno, ahora el problema ya se ha resuelto. Salvo que creo que P. J. y yo deberíamos jugamos a cara o cruz quién se queda con el despacho de Kris.

-Yo lou he pedido primero. El que no corre vuela. Sophia, Kris se estaba trabajando a la gente de la oficina para montar una especie de motín corporativo o algo así. Puede que tenga algunos apoyos. Tal vez pierdas a algunos buenos trabajadores cuando se vaya.

-Muy bien. Convocaré una reunión de todo el personal para esta tarde.

Haremos un control de daños. Siento no haber seguido este tema más de cerca. Cuando pase el terremoto, me gustaría que me aconsejarais sobre la gente que debería ser ascendida o recolocada. Por el momento, seréis codirectores. Yo me ocuparé del papeleo.

-Estupendo. -P. J. se puso en pie-. Voy a diseñar la decoración de mi nuevo despacho. -Se volvió hacia Ty-. Quería decirte que el hecho de ser del tipo de hombre fuerte y callado no te convierte en calzonazos. Te hace más interesante. A Kris le fastidiaba que no intentaras imponerte por la fuerza para acabar cayendo de culo. En lugar de eso, no dices nada a menos que tengas algo que decir, y siempre es algo sensato.

-Pelota -musitó Trace.

-Yo no hago la pelota, tengo el despacho grande -dijo P. J. y, tras agitar las pestañas, salió.

-Me gusta trabajar aquí y me gusta trabajar contigo. Me habría fastidiado que las cosas hubieran resultado de otro modo. -y con estas palabras, Trace abandonó el despacho silbando.

-¿Te sientes mejor? -preguntó Tyler.

-Bastante. Un poco enfadada conmigo misma por dejar que las cosas llegaran tan lejos, pero en conjunto estoy mejor.

-Bien. ¿Por qué no te ocupas de esa reunión de personal, mientras yo intento localizar a Margaret? ¿Te apuntas a una comida de negocios?

-Desde luego, pero a ella no le va a hacer ninguna gracia. Está colada por ti.

-Fuera.

-Hazme caso -comentó Sophia con desenfado, y salió para preparar la reunión con su ayudante.

«Mujeres -pensó Tyler, mientras buscaba el número privado de Margaret en la agenda de mesa de Sophia-. y decían que eran los hombres los que no pensaban más que en el sexo. Sólo porque Margaret y yo nos llevemos bien y hayamos salido un par de veces no significa...»

El hilo de sus pensamientos se desvió cuando un hombre respondió al tercer timbrazo.

-Con Margaret Bowers.

-¿Quién la llama?

- Tyler MacMillan. -Hubo una brevísima pausa.

-Soy el detective Claremont.

-¿Claremont? Lo siento, debo de haberme equivocado de número.

-No, no se ha equivocado. Estoy en el apartamento de la señorita Bowers. Está muerta.

TERCERA PARTE

LA FLORACIÓN

Las flores son preciosas; el amor es la flor; la amistad es el árbol que cobija.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Marzo llegó con un viento cortante que barrió todo el valle. El viento endureció el terreno y sacudió los dedos desnudos de las vides. Las nieblas matutinas helaban los huesos. La preocupación por posibles daños y pérdidas no se disiparía hasta que llegara el auténtico calor de la primavera.

Las preocupaciones iban a ser abundantes.

Sophia se pasó primero por los viñedos y comprobó decepcionada que Tyler no estaba recorriendo las hileras, examinando las cepas en busca de brotes prematuros. Sabía que estaba a punto de empezar la fase de escarificación si el tiempo lo permitía. Hombres con escarificadores de disco removerían la tierra para dividir la dura capa superficial, devolviendo las plantas de mostaza y su nitrógeno a la tierra.

Para el viticultor, la tranquilidad de febrero daba paso al ajetreado y crítico mes de marzo.

El invierno tenía el valle sometido, como una caprichosa hechicera blanca, y los que vivían en él tenían mucho tiempo para pensar.

Tyler estaría dándole vueltas al asunto, claro. Sophia lo imaginó sentado en su despacho y se encaminó hacia su casa. Seguro que estaba allí, repasando sus gráficos y registros, haciendo anotaciones en su diario de viticultor. Pero sin dejar de darle vueltas al tema.

Era hora de acabar con aquello.

Sophia hizo ademán de llamar a la puerta, pero no, decidió que así le sería más fácil echarla, así que abrió la puerta sin llamar y entró quitándose la chaqueta.

-¿Ty? -Arrojó la chaqueta sobre el poste de la escalera y, siguiendo su instinto, se encaminó al despacho.

-Tengo trabajo -dijo Tyler, sin molestarse en levantar la cabeza.

Unos segundos antes Tyler estaba mirando por la ventana. Había visto a Sophia recorrer las hileras y cambiar luego de dirección hacia la casa. Había pensado incluso en bajar y cerrar la puerta con llave, pero le había parecido mezquino e inútil.

La conocía demasiado bien para creer que una cerradura podría detenerla.

Sophia se sentó al otro lado de la mesa, se recostó en su asiento y esperó a que el silencio le resultara tan irritante que le obligara a hablar.

-¿Qué?

-Tienes un aspecto horrible.

-Gracias.

-¿Aún no has tenido noticias de la policía?

-Te enterarás tú igual que yo.

Cierto, pensó Sophia. y aquella tensa espera le atacaba los nervios. Hacía casi una semana que habían hallado el cadáver de Margaret: en el suelo, junto

a una mesa preparada para dos, con un bistec sin tocar en el plato, las velas gastadas y una botella de Merlot vacía.

Era eso, Sophia estaba segura, lo que atormentaba a Tyler. El otro plato era para él.

-Hoy he hablado con sus padres. Se la llevarán a Columbus para enterrarla allí. Es muy duro para ellos. Para ti.

-Si no hubiera cancelado...

-No sabes qué habría ocurrido. -Sophia se levantó, se colocó detrás de él y empezó a darle un masaje en los hombros-. Si tenía una afección cardíaca de la que nadie sabía nada, se habría puesto enferma de todas maneras.

-Si yo hubiera estado allí...

-Sí... Quizá. -Sintiendo lástima por él, Sophia le dio un leve beso en la coronilla-. Te lo aseguro, esas dos palabras acabarán volviéndote loco.

-Era demasiado joven para un maldito ataque al corazón. Y no me hables de estadísticas. La policía lo está investigando, y no dicen nada. Eso significa algo.

-Lo único que significa ahora mismo es que se trató de una muerte imprevista, y que estaba relacionada con mi padre a través de Giambelli. Es sólo rutina, Ty. Hasta que nos digan otra cosa, es sólo rutina.

-Me dijiste que ella sentía algo por mí.

«Si hubiera podido volver atrás en el tiempo -pensó Sophia-, se habría mordido la lengua antes que pronunciar aquel único comentario hecho a la ligera.»

-Sólo quería tomarte el pelo.

-No, no es cierto. -Tyler cerró su diario de viticultor-. Mirando atrás, ahora me doy cuenta, pero entonces no lo veía. Ella a mí no me interesaba en ese aspecto, así que no quería verlo.

-Eso no es culpa tuya, y de todas formas no te va a servir de nada pensar así. Siento que haya ocurrido. Me gustaba.

Sin pensar, le rodeó los hombros con los brazos y apoyó la mejilla en su cabeza.

-A mí también.

-Baja conmigo. Te prepararé una sopa.

-¿Por qué?

-Porque así haremos algo, además de pensar y de esperar. -Sophia hizo girar la silla de Tyler para mirarlo a la cara-. Además, tengo chismes que contar y nadie con quien compartirlos.

-No me gustan los chismes.

-Es una lástima. -Tiró de su mano y le satisfizo que él se dejara hacer y se pusiera en pie-. Mi madre se ha acostado con David.

-Maldita sea, Sophia. ¿Por qué me cuentas esas cosas? Sophia sonrió un poco, y se colgó de su brazo.

-Porque no se puede hablar de esas cosas fuera de la familia, y no creo que sea un tema apropiado para que *nonna* y yo hablemos durante el desayuno.

-Pero sí es apropiado para comentarlo conmigo durante la cena.

Sencillamente, Tyler no comprendía la mente femenina-. En cualquier

caso, ¿cómo lo sabes?

-Por favor, Ty -exclamó ella. Empezaron a bajar las escaleras-. En primer lugar, conozco a mi madre y con una mirada he tenido bastante. Y en segundo lugar, los vi juntos ayer y se notaba.

Tyler no preguntó en qué se notaba. Seguro que él no lo entendería.

-¿Cómo te sientes?

-No lo sé. Una parte de mí está encantada. ¡Bien por ti, mamá!

La otra parte se cae con la boca abierta, pensando que las madres no tienen relaciones sexuales. Es mi parte inmadura. Está intentando asimilarlo.

Tyler se detuvo al pie de las escaleras y se volvió hacia ella. -Eres una buena hija -dijo, y le levantó el mentón con un leve gesto del dedo-. Y no eres ni la mitad de mala persona que cree la gente.

-Oh, puedo ser muy mala. Si le hace daño a mi madre, David descubrirá lo mala que puedo ser.

-Yo lo sujeto y tú lo despellejas.

-Trato hecho. -Los ojos de Sophia cambiaron bajo la mirada de Tyler, y se le empezó a acelerar el pulso-. Ty. -Alzó una mano hacia su rostro y él se inclinó sobre ella.

En aquel momento llamaron a la puerta.

-¡Por amor de Dios! -exclamó Sophia-. ¡Qué sentido de la oportunidad! Quiero que recuerdes dónde estábamos, de verdad.

-Creo que lo tengo grabado.

Tyler se dirigió a la puerta, no menos irritado por la interrupción que ella, y la abrió de golpe. Entonces sintió un vuelco en el estómago.

-Señor MacMillan. -Claremont y Maguire esperaban bajo el frío viento-. ¿Podemos entrar?

Se dirigieron a la sala de estar, donde la atmósfera era masculina, desordenada. Tyler no se había acordado de encender la chimenea por la mañana. Había un periódico atrasado sobre la mesita y un libro asomaba por debajo. Maguire no consiguió leer el título.

Tyler no se molestó en recogerlo todo, como hacía mucha gente, observó Maguire. Y no parecía apetecerle demasiado sentarse. Pero cuando se dejó caer en una butaca, Sophia se sentó en el brazo junto él, convirtiéndolos en una unidad.

Claremont sacó su libreta de notas y dictó el ritmo.

-Usted dijo que salía con Margaret Bowers.

-No; dije que habíamos salido un par de veces.

-Generalmente eso se considera salir.

-Yo no lo interpretaba así. Para mí salimos un par de veces y punto.

-Iba a cenar con ella la noche en que murió.

-Sí. -La voz de Claremont era inexpresiva, no juzgaba ni condenaba, pero a Tyler le escoció-. Como ya le dije, me entretuve aquí y la llamé alrededor de las seis. Saltó el contestador y le dejé el mensaje de que no podía ir.

-No la avisó con mucho tiempo -intervino Maguire.

-No; es cierto.

-¿Qué fue lo que lo entretuvo?

-El trabajo.

-¿En la villa?

-Eso fue lo que les dije la última vez que me lo preguntaron, y sigue valiendo. La verdad es que perdí la noción del tiempo y me olvidé de la cena hasta que llegué a casa.

-La llamó a las seis, así que aún le quedaba una hora. Podría haber llegado a tiempo. -Maguire ladeó la cabeza-. O haberla llamado para avisada de que llegaría tarde.

-Podría, pero no lo hice. No tenía ganas de ir a la ciudad. ¿Al gún problema con eso?

-La señorita Bowers murió con la mesa puesta para dos. Ése es el problema.

-Detective Claremont -interrumpió Sophia con tono amable-, creo que Ty no quiere entrar en detalles porque piensa que podría sentirme violenta. Tuvimos un escarceo en mi despacho de la villa aquella tarde.

-Sophia.

-Ty -dijo ella sin alterarse-, creo que los detectives comprenderán que no tuvieras ganas de ir a San Francisco y cenar con una mujer, cuando poco antes habías estado rodando por el suelo con otra. Tuvimos un escarceo -prosiguió- que no habíamos planeado, imprevisto, y seguramente fuera de lugar, y nos interrumpió el abuelo de Tyler al entrar en el despacho de pronto.

Para dar mayor énfasis a su argumento, Sophia pasó los dedos por el cabello de Tyler.

-El señor MacMillan puede corroborado si consideran necesario preguntarle si nos estábamos metiendo mano en horas de trabajo. Dadas las circunstancias, creo que es comprensible que Tyler estuviera rendido y no tuviera ganas de ir en coche hasta la ciudad para una cena de negocios con Margaret. Pero lo importante aquí, a menos que yo sea estúpida, es que no fue a cenar y que, por tanto, no tuvo nada que ver con lo que le ocurrió.

Claremont escuchó pacientemente, asintió y luego miró a Tyler.

Supuso que había dado un paso más para confirmar la impresión que tenía de ambos, y también observó que MacMillan parecía incómodo y que a la señorita Giambelli parecía divertirle la situación.

-¿Había cenado en el apartamento de la señorita Bowers alguna otra vez?

-No, aunque he estado allí antes. La recogí una vez para ir á una comida de negocios en el Four Seasons. Fuimos juntos. Eso fue hace un año.

-¿Por qué no le pregunta directamente si se ha acostado con ella? -sugirió Sophia-. Ty, ¿Margaret y tú hicisteis alguna vez...?

-No. -Debatiéndose entre la irritación y el azoramiento, Tyler le lanzó una mirada fulminante-. Sophia, por Dios.

Antes de que Tyler pudiera recobrar la compostura, Sophia le palmeó el hombro y se encargó de contestar por él.

-Margaret se sentía atraída por Ty, pero él no se daba ni cuenta. Les pasa a menudo a los hombres, y Ty es un poco más lento que la mayoría para ese

tipo de cosas. Yo estoy intentando llevármelo a la cama desde...

-¿Quieres dejarlo ya? -Tyler tuvo que hacer un esfuerzo para no rendirse y enterrar la cabeza entre las manos-. Escuchen, siento mucho lo que le ha ocurrido a Margaret. Era una buena persona. Me gustaba. Y quizá si no hubiera cancelado la cena, habría podido llamar a urgencias cuando tuvo el ataque al corazón. Pero no veo adónde quieren ir a parar con estas preguntas.

-¿Le dio alguna vez una botella de vino a la señorita Bowers? Tyler se mesó el cabello.

-No lo sé. Seguramente. Regalo muchas botellas de vino a mucha gente y a personas relacionadas con el negocio. Es normal.

-¿Vino con la etiqueta Giambelli, la etiqueta italiana?

-No, de la mía. ¿Por qué?

-La señorita Bowers se tomó casi toda una botella de Castello di Giambelli Merlot la noche que iba a cenar con usted. La botella contenía digitalina.

-No lo entiendo. - Tyler se irguió en el asiento y Sophia le apretó el hombro con fuerza.

-¿La asesinaron? -preguntó ella-. ¿Envenenaron a Margaret? Si tú hubieras estado con ella... si hubieras bebido vino...

-Es posible que la dosis no hubiera sido mortal, en caso de que la botella la hubieran compartido dos personas -afirmó Claremont-. Pero la señorita Bowers se bebió casi toda la botella, y sin duda de una sola tacada. ¿Tiene idea de cómo pudo llegar la digitalina a una botella de Merlot italiano y al apartamento de la señorita Bowers?

-Tengo que llamar a mi abuela. -Sophia se puso en pie-. Si ha existido manipulación del producto, tenemos que hacer algo rápidamente. Necesito toda la información posible sobre esa botella. ¿De qué cosecha es? Necesito una copia de la etiqueta.

-Su abuela ya ha sido informada -dijo Maguire-. Así como las autoridades italianas competentes. La manipulación del producto es una posibilidad, pero en estos momentos no sabemos cuándo llegó la botella a manos de la señorita Bowers, o si se la regalaron. No podemos confirmar siquiera que no fuera ella misma la que echó la dosis en el vino.

-¿Que se suicidó? Eso es ridículo -Ty se puso en pie-. Margaret no era de esa clase de personas. Estaba estupendamente cuando hablé con ella, feliz con su trabajo y emocionada con sus nuevas reponsabilidades y los viajes.

-¿Tiene usted enemigos, señor MacMillan? ¿Alguien que conociera sus planes con la señorita Bowers para aquella noche?

-No. Y yo no soy el objetivo. En primer lugar, si hubieran manipulado el vino, lo habría advertido por el olor o por el sabor. Es mi trabajo.

-Exacto -convino Maguire.

Sophia se indignó.

-Ty, ya has respondido a suficientes preguntas. Vamos a llamar un abogado.

-No necesito ningún maldito abogado.

-Vamos a llamar al tío James ahora mismo.

-Están en su derecho. -Claremont se puso en pie-. Una pregunta más,

señorita Giambelli. ¿ Sabe algo de la relación entre la señorita Bowers y su padre?

A Sophia se le heló la sangre.

-Que yo sepa, era estrictamente profesional.

-Comprendo. Bien, gracias por atendemos.

-Mi padre y Margaret.

-Seguramente sólo quería ver cómo reaccionabas.

Sophia no se dejó convencer. Siguió dándole vueltas al asunto,

tanteando todas las posibilidades.

-Si había algo entre ellos y sus muertes están relacionadas... -No te precipites, Sophia.

Tyler puso una mano sobre la de ella, pero la retiró rápidamente para cambiar de marcha y girar hacia la villa. Estaba tan alterada que ni siquiera había protestado cuando él se había puesto al volante de su coche.

-Si ha habido manipulación, si existe la menor posibilidad de que otras botellas...

-No te precipites -repitió él. Detuvo el coche, se volvió hacia ella *y* Ie cogió la mano-. Primero tenemos que comprobar cada paso, cada detálle. No podemos dejamos llevar por el pánico. Porque, si ha habido manipulación, Sophia, eso será precisamente lo que quiera el que lo ha hecho: pánico, caos, escándalo.

-Lo sé. El escándalo es mi trabajo. Sé cómo actuar. Ya pensaré en algo para impedir que se le dé publicidad. Pero... lo de mi padre y Margaret, Tyler... Si hubo algo entre ellos... -Sophia le oprimió la mano cuando él negó con la cabeza-. Tengo que pensar en ello. Si hubo algo, ¿sabía él lo de la manipulación? ¿Cuántas veces al año viajaba a Italia? ¿Ocho, diez, doce?

-No vayas por ahí, Sophia.

-¿Por qué no? Tú lo has pensado, ¿crees que no me he dado cuenta? Y otros también lo pensarán. Así que tengo que adelantarme. No quiero creérmelo. Tengo que aceptar todo lo demás, pero esto no quiero creérmelo.

-Estás sacando conclusiones precipitadas. Tranquilízate. Hechos, Sophia. Empecemos por hechos.

-Los hechos son que dos personas han muerto. -Notando que la mano le temblaba, Sophia la retiró y se bajó del coche-. Margaret se hizo cargo de la mayoría de cuentas y responsabilidades de mi padre. Tanto si hubo una relación personal entre ellos como si no, existe una relación.

-De acuerdo. -Tyler quería desviar su preocupación de algún modo, pero ella no quería aceptar más que la fría lógica-. Investigaremos esa relación para ver hasta dónde nos lleva. Primero nos ocuparemos del vino -añadió, cuando subían las escaleras de entrada-. Y luego de las secuelas.

La familia estaba reunida en el salón. David hablaba por teléfono de pie junto a la ventana. Teresa estaba sentada, tiesa como un palo, bebiendo café. Inclinó la cabeza cuando Sophia y Ty entraron y se limitó a señalarles unas sillas.

-James está de camino. -Eli se paseaba delante de la chimenea. La

tensión parecía haber hecho mella en él y tenía una expresión aba tida-. David está hablando con Italia para iniciar el estudio de daños.

-Os serviré café -dijo Claudia.

-Mamá, siéntate.

-Necesito hacer algo.

-Mamá. -Sophia se levantó y se acercó al carrito del café para hablar con su madre-. ¿Papá y Margaret?

-No lo sé. -La mano de Claudia asía la cafetera con firmeza, aunque estaba temblando por dentro-. No lo sé. Pensaba... tenía la impresión de que Rene lo ataba corto.

-No lo suficiente -dijo Sophia en voz baja-. Estuvo liado con una mujer de mi oficina.

-Oh -dijo Claudia, en una especie de suspiro-. Ojalá pudiera decírtelo, Sophia, pero no lo sé. Lo siento.

-Una cosa ha de quedar clara. -Sophia se dio la vuelta al oír la voz de su, abuela y esperó-. Si hubo algo entre Tony Avano y Margaret Bowers, la policía pensará que cualquiera de nosotros pudo estar relacionado con sus muertes. Somos una familia. Nos apoya remos unos a otros hasta que todo haya terminado.

Miró a David cuando éste colgó el teléfono.

-¿ Y bien?

-Estamos en ello -dijo él-. Retiraremos todas las botellas de Merlot de esa cosecha. Muy pronto podremos determinar de qué tonel procedía la botella. Saldré mañana mismo.

-No. Eli y yo saldremos mañana. -Teresa alzó una mano y cogió la de Eli, que la extendía hacia ella-. Esto es cosa mía. Os dejo a vosotros a cargo de la compañía en California para que comprobéis que no hay ningún fallo en el proceso de elaboración. Tyler y yú os aseguraréis de ello.

-Paulie y yo empezaremos por las bodegas -propuso Tyler-. Da vid puede ocuparse del embotellado.

David asintió.

-Revisaremos los expedientes de la plantilla, uno por uno. Tú los conoces mejor que yo. Seguramente el problema está en Italia, pero nos aseguraremos de que no ocurre nada en California.

- Yo tendré lista la declaración para la prensa en una hora, tanto en inglés como en italiano -dijo Sophia, con su bloc de notas sobre el regazo-. Necesitaré todos los detalles sobre la retirada de botellas. Querrán saber cómo es exactamente el proceso de elaboración del vino en Giambelli-MacMillan. Si es correcto, si es seguro. Seguramente tendremos mala prensa en Italia, pero creo que aquí podremos evitarlo. Tendremos que permitir que entren las cámaras en los viñedos y las bodegas, tanto aquí como en Italia. *Nona,* con vuestro viaje demostraremos que es la familia la que dirige Giambelli, y que *la signora* sigue tomándose un interés personal por el negocio.

-Lo dirige la familia -dijo Teresa sin inmutarse-. Y yo me tomo un interés muy personal.

-Lo sé. -Sophia dejó el bloc de notas-. Pero es importante que la prensa y los consumidores también lo sepan, créeme. Y que les impresione. Mamá tendrá que ayudamos a Ty ya mí. Les mostraremos las raíces, la implicación y

la preocupación de toda la familia.

Cien años de tradición, calidad y responsabilidad. Sé bien cómo hay que hacerla.

-Tiene razón. -Nadie se sorprendió más que Sophia cuando habló Tyler-. Normalmente no me importa lo más mínimo la publicidad. Por eso precisamente -añadió- me obligasteis a conocer ese campo. Y preferiría una plaga de langostas a un puñado de periodistas en mis viñedos. Sigue sin importarme mucho todo eso, pero ahora sé un poco más, lo bastante para estar seguro de que Sophia encontrará la manera de paliar los daños, y seguramente también de aprovechar la coyuntura para beneficiar a la compañía. Y encontrará la manera, porque a ella le importa más que a nadie.

-De acuerdo. Así pues, cada uno de nosotros hará lo que mejor sabe hacer. -Teresa y Eli intercambiaron una mirada significativa en medio del silencio-. Pero no haremos nada más hasta que hayamos hablado con James Moore. No sólo debemos proteger la reputación de la compañía, sino la compañía misma. Sophia, redacta el comunicado. David te dará los detalles. Luego se lo pasaremos a los abogados para que lo revisen. Y todo lo demás también.

Era un golpe muy duro para su orgullo. «Eso -pensó Teresa junto a la ventana de su despacho-, era lo más difícil de aceptar.» Habían amenazado lo que era suyo. El trabajo de toda una vida quedaba manchado por una sola botella de vino.

Ahora tendría que confiar en otros para que salvaran su legado. -Resolveremos esta situación, Teresa.

-Sí. -Teresa cubrió con su mano la que Eli había puesto sobre su hombro-. Estaba recordando un día, cuando era pequeña, y mi padre y yo volvíamos a casa desde las viñas. Me dijo que no bastaba con plantar, que lo que se plantaba debía cuidarse, protegerse, mimarse y corregirse. Las vides eran sus hijos, y se convirtieron en los míos.

-Los has criado bien.

-y he pagado un precio. No fui una buena esposa para el hombre con que me casé hace tanto tiempo, y no fui una buena madre para la hija que di a luz. Había heredado una responsabilidad, y también la ambición, Eli. ¡Y qué ambición!

Aún vivía en ella y no lo lamentaba.

-¿Habría tenido más hijos si no hubiera deseado tan desesperadamente que mis viñas fueran fértiles? ¿Habría tomado mi hija las decisiones que tomó, si hubiera sido mejor madre para ella?

-Las cosas ocurren como tienen que ocurrir.

-Ha hablado el escocés práctico. Nosotros los italianos creemos más en la suerte. Y en el castigo.

-Lo que ha ocurrido no es un castigo, Teresa. Es un terrible accidente, o un acto delictivo. En cualquier caso, no es responsabilidad tuya.

-Acepté toda la responsabilidad el día en que me hice cargo de Giambelli. -Los ojos de Teresa se pasearon por las viñas y la promesa latente que suponían-. ¿No soy responsable de unir a Sophia y Tyler? Pensando en la empresa, no imaginé que pudiera ocurrir algo más entre ellos.

-Teresa. -Eli la obligó a darse la vuelta para mirarlo-. Hacerles trabajar juntos no te convierte en el desencadenante que llevó a dos personas sanas y jóvenes a revolcarse por el suelo.

Ella suspiró.

-No, pero demuestro que no tuve en cuenta esa sana juventud.

Vamos a poner nuestro legado en sus manos. Esperaba que lucharan por él, y lo hicieron, pero el sexo puede convertir en enemigos a las personas, yeso no lo tenía previsto. Dios, me hace sentir vieja.

-Teresa. -Eli le dio un beso en la frente-. Somos viejos.

Lo dijo para hacerla reír y se vio complacido.

-Bueno, nosotros no nos hemos convertido en enemigos. Espero que hayan heredado algo de nosotros.

-Te amo, Teresa.

-Lo sé. No me casé contigo por amor, Eii.

-Lo sé, querida.

-Fue por el negocio -dijo ella, apartándose-. Una fusión. Un movimiento inteligente. Te respetaba, me gustabas mucho y disfrulaba con tu compañía. En lugar de ser castigada por calculadora, no he recibido más que recompensas. Te amo muchísimo. Espero que eso también lo sepas.

-Lo sé. Capearemos el temporal, Teresa.

-No te necesito a mi lado, pero quiero que estés ahí. Lo deseo mil todo mi corazón. Eso significa mucho más, creo.

Eli cogió la mano que ella le tendía.

-Tenemos que bajar. James llegará en cualquier momento.

James leyó el comunicado que había redactado Sophia y asintió.

-Bien. -Se quitó las gafas de leer-. Claro, sereno, con un toque personal. No cambiaría ni una coma, desde el punto de vista legal.

-Entonces subiré a terminarlo, a alertar a las tropas y hacerla público.

-Que Linc vaya contigo -dijo James, guiñándole un ojo-. Es un recadero estupendo.

James esperó a que abandonaran la habitación antes de seguir hablando.

-Teresa, Eli, hablaré con vuestros abogados en Italia. Por el momento habéis tomado las medidas oportunas, y con la rapidez necesaria, para prevenir posibles acciones legales contra la compañía. Puede que os demanden; tenéis que estar preparados. Intentaré averiguar todo lo que sepa la policía. A menos que se demuestre que el producto químico estaba en el vino antes de que se abriera la botella, sólo tendréis que preocuparos por la publicidad negativa. Si se acusa de negligencia a Giambelli, nos defenderemos.

-No me preocupa la negligencia, James. Si el vino estaba contaminado antes de que se abriera la botella, no fue negligencia, sino asesinato.

-De momento no son más que especulaciones. Por las preguntas que os hizo la policía a vosotros y a Tyler, también ellos están especulando. No saben cuándo se echó la digitalina en el vino. Desde un punto de vista legal, Giambelli está fuera de sospechas, y eso es lo importante.

-Lo importante -dijo Tyler- es que ha muerto una mujer.

-Eso es asunto de la policía. Y aunque no te guste, debo aconsejarte que no respondas a más preguntas si no está presente tu abogado. Su trabajo consiste en acumular pruebas, pero tú no tienes por qué ayudarles.

-La conocía.

-Cierto, y ella había preparado una cena romántica para dos la noche en que murió. Una cena a la que no fuiste. Ahora mismo la policía se pregunta hasta qué punto la conocías. Deja que sigan preguntándoselo. Y mientras ellos se lo preguntan, nosotros investigaremos a Margaret Bowers: quién era, a quién conocía, qué quería.

-Menudo follón, ¿eh?

Sophia miró a Linc.

-Tengo la sensación de que nos va a costar bastante salir de él. -Tienes a mi padre, así que tienes al mejor. Y desde luego mi madre no se quedará al margen. También me tienes a mí.

-Una amenaza triple -dijo Sophia, esbozando una sonrisa.

-Muy cierto. Moore, Moore y Moore. ¿Quién puede pedir...? -Vale. Tendré que contratarte. -Sophia acabó de pasar el comunicado al ordenador, y luego se lo mandó a P. J. por fax-. Es mejor que lo hagan público desde la oficina de San Francisco. Quiero que tenga un toque personal, pero sin que parezca que la familia quiere tapar el asunto. He puesto en marcha un seguimiento completo. ¿Por qué no le echas un vistazo con tu pericia legal y compruebas que tenga las espaldas bien cubiertas?

-Claro. Siempre me ha gustado tu espalda.

-Ja, ja. -Sophia se levantó para cederle su sitio-. ¿Cómo le va a nuestra doctora?

-Viento en popa. Deberías darle plantón a una de tus citas para salir con nosotros alguna noche. Podríamos ir a algún sitio de moda y divertimos un poco. Me da la impresión de que te sentaría la mar de bien.

-Ya lo creo. Últimamente, no tengo vida social y me parece que voy a seguir igual por el momento.

-¿Es la reina de las fiestas la que habla?

-La reina ha perdido su corona. -Dado que Linc estaba utilizando el ordenador, Sophia llamó a P. J. por teléfono.

-Si quieres que te sea sincero, creo que deberías tomarte un respiro, Sophia. Estás tensa. Estabas tensa -añadió al ver la mirada que le lanzaba ella- antes de recibir este último golpe. Todo es trabajo, nada de diversión.

-No tengo tiempo para divertirme -le espetó ella-. No tengo tiempo para pensar ni para descansar sin preocuparme por lo que vaya a surgir después. Hace casi tres meses que trabajo doce horas al día como mínimo. Tengo callos en las manos, he tenido que despedir a un importante miembro de la plantilla, y hace seis asquerosos meses que no mantengo relaciones sexuales.

-Vaya. Eso sí es malo, y no me refiero a los callos. Yo te ayudaría, pero seguramente la doctora tendría algo que objetar.

Sophia resopló.

-Creo que voy a empezar a hacer yoga. -Abrió el cajón de su escritorio y sacó una aspirina. P. J. respondía en aquel momento al

telefono-. ¿Te ha llegado el fax? Enviadlo a la prensa inmediatamente, luego... ¿Qué? Mierda, ¿cuándo? De acuerdo, de acuerdo. Haced público el comunicado. Consígueme la información, palabra por palabra. Redactaré una respuesta. No hagáis ningún comentario, limitaos al comunicado. Que todos los jefes de departamento reciban una copia. Ésa será la respuesta de la empresa hasta nuevo aviso. Mantenme informada.

Sophia colgó y miró a Linc. -Ya se ha filtrado.

Giambelli-MacMillan, el gigante de la industria vinícola, ha sufrido una nueva crisis. Se ha confirmado que una botella de vino contaminado fue responsable de la muerte de Margaret Bowers, una de las ejecutivas de la empresa. La policía ha abierto una investigación. Se está estudiando la posibilidad de que haya existido una manipulación del producto, y Giambelli-MacMillan está retirando las botellas de su Castello di Giambelli Merlot, 1992. Desde la fusión de las bodegas Giambelli y MacMillan acaecida el pasado diciembre...

"Perfecto -pensó Jerry, mientras veía las noticias de la noche-. Absolutamente perfecto.» Lucharían, claro está. Ya estaban luchando. Pero ¿qué oiría el público?

Giambelli. Muerte. Vino.

Se vaciarían botellas en el fregadero. Otras se quedarían sin vender. Sería un duro golpe y duraría bastante. Recortaría los beneficios a corto y a largo plazo. Beneficios que recogería La Coeur.

Eso sólo era ya una gran satisfacción, profesional y personalmente. Muy personalmente.

Cierto que habían muerto un par de personas, pero no era culpa suya. El no tenía nada que ver... directamente. Y cuando la policía atrapara al asesino, se agravaría el daño causado a Giambelli.

Esperaría. Aguardaría su oportunidad, contemplando el espectáculo. Luego, si creía que podía sacar partido de ello, se produciría tal vez otra llamada anónima.

Pero esta vez no sería a los medios de comunicación, sino a la policía.

-La digitalina procede de la dedalera. -Maddy lo sabía. Lo había buscado.

-¿Qué?

Distraído, David miró a su hija apenas un instante. Tepía una montaña de papeles sobre su escritorio, y en italiano. Se le daba mucho mejor hablarlo que leerlo.

-¿Habrán plantado dedalera cerca de las viñas? -preguntó Maddy-. Ya sabes, igual que plantan mostaza entre las hileras por el nitrógeno. No creo, porque deben de saber que la dedalera produce digitalina, aunque a lo mejor se han equivocado. ¿Podría infectar a las uvas si crecieran esas plantas allí?

-No lo sé. Maddy, tú no te preocupes por eso.

-¿Por qué? Tú estás preocupado.

-Es mi trabajo.

-Podría ayudarte.

-Cariño, si quieres ayudarme, déjame trabajar un poco. Haz los deberes.

Maddy empezó a poner morros, señal inequívoca de que se consideraba insultada, pero David estaba demasiado distraído para darse cuenta.

-Ya he hecho los deberes.

-Bueno, entonces puedes ayudar a Theo a hacer los suyos, o lo que sea.

-Pero si la digitalina...

-Maddy. -Agobiado, David le espetó-: Esto no es una historia ni un proyecto, es un problema real, y tengo que resolverlo. Vete a jugar a otra parte.

-Muy bien.

Maddy cerró la puerta del despacho de su padre, y se alejó furiosa y resentida. Su padre nunca aceptaba su ayuda cuando se trataba de algo importante.

Haz los deberes, habla con Theo, limpia tu habitación. Siempre le salía con esas tonterías cuando ella quería hacer algo importante.

Seguro que a Claudia Giambelli no le habría dicho que se fuera a otra parte. Yeso que ella estaba pez en ciencias. Ésa sólo sabía de música, de arte y de ponerse guapa. Cosas de chicas sin importancia.

Maddy entró en la habitación de Theo. Su hermano estaba tirado en la cama con la música a toda pastilla, la guitarra sobre el estómago y el teléfono pegado a la oreja. Por la cara de asno que ponía, seguro que estaba hablando con una chica.

Los hombres eran tan idiotas. -Papá quiere que hagas los deberes.

-Largo. - Theo cruzó las piernas-. No, no es nada. Sólo la idiota de mi hermana.

El teléfono le dio un fuerte golpe en la mandíbula cuando Maddy se abalanzó sobre él. En unos segundos, Theo tenía la cara dolorida y a su furiosa hermana chillándole en la oreja y dándole puñetazos y puntapiés.

-¡Au! ¡Espera! Maldita sea, Maddy. Luego te llamo. - Theo consiguió colgar el teléfono y protegerse la entrepierna de un rodillazo-. ¿Qué demonios pasa?

Al cabo de unos instantes de lucha, Theo consiguió darle la vuelta (Maddy no luchaba como una chica, pero él era más fuerte) y sujetada.

-Déjalo ya, pequeña loca. ¿Qué pasa contigo?

-¡No soy nada! -le escupió ella, y de nuevo hizo un valiente intento con la rodilla.

-No, lo que te pasa a ti es que estás majara. -Theo se lamió la comisura de la boca y soltó un taco al notar el inconfundible sabor-. Estoy sangrando. Cuando le diga a papá...

-No podrás decide nada. No escucha a nadie más que a ella.

-¿Ella? ¿Quién?

-Ya sabes quién. Aparta, gordo idiota. Eres igual de malo que él, haciéndole mimitos a una estúpida, sin prestar atención a nadie más.

-Estaba manteniendo una conversación -dijo él con gran dignidad para

defenderse-. Y si vuelves a golpearme, te devolveré los golpes. Aunque papá me castigue luego. Bueno, ¿qué pasa contigo?

-No me pasa nada. Son los hombres de esta casa los que hacen el imbécil con las mujeres de la villa. Es asqueroso. Es una vergüenza.

Mientras se limpiaba la sangre de la boca, Theo observó a su hermana. Tenía una imaginación muy activa en lo que se refería a Sophia, y su hermana pequeña no iba a arruinar sus fantasías. Se echó el pelo rizado hacia atrás y bostezó.

-Lo que pasa es que estás celosa.

-No es verdad.

-Ya lo creo que sí. Porque eres flaca y tienes el pecho plano. -Prefiero tener cerebro que tetas.

-Vaya cosa. No sé por qué te molesta tanto que papá salga con Claudia. Ha salido antes con otras mujeres. '

-Qué estúpido eres. -Su voz destilaba desprecio-. No sale con ella, so inútil. Está enamorado de ella.

-Fuera de aquí. ¿Qué sabrás tú? -dijo Theo, que no obstante notó un extraño vuelco en el estómago al sacar una bolsa de patatas fritas de su cómoda.

-Eso lo cambiará todo. Así es cómo funciona. -Maddy notaba una terrible opresión en el pecho, pero se puso en pie-. Ya nada volverá a ser como antes, está más claro que el agua.

-Nada ha sido como antes desde que se fue mamá.

-Fue mejor.

Las lágrimas querían escaparse, pero Maddy salió hecha una furia de la habitación, antes que dejar que cayeran delante de su hermano.

-Ya -murmuró Theo-, pero no era igual.

Sophia esperaba que un poco de aire fresco sirviera para aclarase las ideas. Tenía que pensar correctamente. Había reaccionado con la mayor rapidez posible, pero la noticia televisiva había causado daños. Con frecuencia, la primera impresión era lo único que recordaba la gente.

Su tarea consistía ahora en cambiar esa impresión, en demostrarle al público que era Giambelli la que había sido dañada, que la compañía no había hecho nada para perjudicar al público. Sabía que se necesitaban más que palabras para conseguido, por bien dichas que estuviesen. Era preciso emprender acciones tangibles.

Si sus abuelos no hubieran decidido ir a Italia, ella les habría instado a hacerlo para que se hicieran visibles allí donde había surgido el problema, y que, en lugar de escudarse tras el consabido «sin comentarios», éstos fueran frecuentes y concretos. «Debían utilizar el nombre de la compañía una y otra vez -pensó, tomando notas mentalmente-. Tenían que convertir el asunto en algo personal, presentando la empresa bajo un aspecto entrañable.»

Pero... tendrían que andarse con cuidado en lo referente a Margaret Bowers. Simpatía sí, desde luego, pero no tanta que implicara responsabilidad.

Para ayudarles a lograrlo, Sophia tenía que dejar de pensar en Margaret como persona.

Si eso era ser fría y calculadora, pues lo sería. Ya pasaría cuentas con su conciencia más adelante.

Contempló el viñedo. «Estaba protegido -pensó- de plagas, enfermedades e inclemencias del tiempo.» Se luchaba contra todo aquello que amenazara con dañado o invadido. Lo suyo no era diferente. Luchaba en una guerra y en su propio terreno. No se arrepentiría de ningún acto que la llevara a la victoria.

I Una sombra captó su atención.

-¿ Quién anda ahí?

Pensó en un saboteador, en un asesino, y cargó contra el desconocido sin pensárselo dos veces. Se encontró entonces con una muchacha que se debatía entre sus manos.

-¡Suelta! Puedo estar aquí. Tengo permiso.

-Lo siento. Lo siento mucho. -Sophia retrocedió-. Me has asustado.

«No parecía asustada -pensó Maddy-, pero ella sí.»

-No estoy haciendo nada malo.

-No he dicho eso. He dicho que me has asustado. Supongo que estamos todos un poco nerviosos últimamente. Mira...

Sophia vio el brillo de las lágrimas en las mejillas de Maddy, y dado que a ella no le gustaba que se lo hicieran notar cuando lloraba, decidió mostrarle la misma consideración.

-He salido para despejar un poco las ideas. Ahí dentro están pasando muchas cosas. -Sophia volvió la vista hacia la casa.

-Mi padre está trabajando.

El tono de Maddy era defensivo, lo que suscitó las sospechas de Sophia.

-Ahora está bajo una enorme presión. Como todos. Mis abuelos se van a Italia mañana a primera hora. Me preocupan. Ya no son jóvenes.

Después del rechazo de su padre, la confianza que le demostraba Sophia sirvió para aplacada. Reservándose cierta cautela, Maddy caminó a su lado.

-No actúan como los viejos. No parecen decrépitos, ni nada de eso.

-¿Verdad que no? Pero lo son. Ojalá pudiera viajar yo en su lugar, pero ahora mismo me necesitan aquí.

Los labios de Maddy temblaban cuando volvió la vista hacia las luces de la casa de invitados. Le parecía que nadie la necesitaba a ella.

-Al menos tú puedes hacer algo.

-Sí. Pero primero tendría que averiguar qué es. Están pasando muchas cosas.

Sophia miró a Maddy de soslayo. La chica estaba dolida y enfurruñada por algo. Recordaba muy bien cómo se sentía ella a los catorce años.

«La vida estaba llena de momentos intensos a esa edad -pensó-, que restaban toda importancia a las crisis de los adultos.»

-Supongo que, en cierto sentido, estamos en el mismo barco. Mi madre -añadió, al ver que Maddy no decía nada-. Tu padre. Es un poco extraño.

Maddy se encogió de hombros, y luego los dejó caer. -Tengo que irme.

-De acuerdo, pero me gustaría decirte algo. De mujer a mujer,

o de hija a hija, como prefieras. Mi madre ha pasado mucho tiempo sin nadie a su lado, sin un buen hombre que la quisiera y la cuidara. No sé cómo os ha ido a ti, a tu hermano y a tu padre, pero yo, después de un primer momento de extrañeza, me alegro de ver que ha encontrado a un buen hombre que la hace feliz. Espero que le des una oportunidad.

-Lo que yo haga, piense o diga no importa.

«Desolación desafiante -pensó Sophia-. Sí, también eso lo recordaba. »

-Sí, sí que importa. Cuando alguien nos quiere, le importa lo que pensemos o hagamos. -Miró en dirección al ruido de unos pies que corrían-. Y por lo que parece, hay alguien que te quiere.

-¡Maddy! -David apareció jadeante y levantó a su hija del suelo. Consiguió abrazada y zarandeada al mismo tiempo-. ¿Qué haces? No puedes irte así, en la oscuridad.

-Sólo estaba dando un paseo.

-y me has hecho envejecer un año de golpe. Si quieres pelearte con tu hermano, adelante, pero no vuelvas a salir de casa sin **mi** permiso. ¿Entendido?

-Sí, señor. -Aunque secretamente complacida, Maddy hizo una mueca-. No pensaba que fueras a darte cuenta.

-Pues piénsatelo mejor.

David le rodeó el cuello con el brazo, una costumbre cariñosa en la que Sophia ya se había fijado antes y que envidiaba. Su padre no había sido jamás de aquella manera.

-En parte la culpa es mía -dijo-. La he retenido más tiempo del debido. Es una caja de resonancia estupenda. Tenía las ideas un poco dispersas.

-Deberías descansar un poco. Mañana necesitarás estar en plena forma. ¿Está ocupada tu madre?

David no se dio cuenta de que Maddy se ponía tensa, pero So phia sí.

-Supongo que no. ¿Por qué?

-Me cuesta bastante leer los informes en italiano. Iría más de prisa si alguien me los tradujera.

-Se lo diré. -Sophia miró a Maddy-. Le encantará ayudar.

-y yo se lo agradecería. Ahora me llevaré este bulto a casa para aporreado un poco. Te veré en la reunión. A las ocho.

-Estaré preparada. Buenas noches, Maddy.

Sophia los vio alejarse a través de los campos en dirección a la casa de invitados. Sus sombras estaban tan juntas que se fundían en una sola a la luz de la luna.

Era difícil echade en cara a Maddy que quisiera seguir tal como estaba. Era difícil aceptar los cambios, a otras personas, cuando parece que la vida no necesita cambio alguno.

Pero los cambios se producían. Era más inteligente formar parte de ellos. Y mejor aún, decidió, ser uno mismo el desencadenante.

Tyler no encendía la radio ni el televisor. No contestaba al teléfono. Lo que podía hacer era controlar sus reacciones ante la prensa, y la mejor manera de conseguido era no prestarle el menor caso, al menos durante unas

horas.

Estaba repasando sus propios archivos, sus diarios, todos los registros de que disponía. Se aseguraría de que la parte de la compañía que correspondía a MacMillan era segura.

Lo que no podía controlar eran las preguntas que se hacía a sí mismo sobre Margaret. ¿Accidente, suicidio o asesinato? Ninguna de las opciones le atraía demasiado. Eliminó el suicidio. Margaret no era de esa clase de personas, y desde luego él no era lo bastante egocéntrico para creer que Se hubiera suicidado desesperada porque él no había ido a cenar.

Tal vez tuviera cierto interés en él, y tal vez él no se hubiera fijado porque no sentía lo mismo ni quería complicarse la vida. Ya era lo bastante complicada para mezclar el negocio con las relaciones personales.

Además, no era su tipo.

No le gustaban las mujeres agresivas con carrera y una agenda apretada. Esa clase de mujeres exigían muchas energías.

Igual que Sophia.

Dios, empezaba a creer que explotaría si no se acostaba con ella. «¿No era ése precisamente el problema?», pensó otra vez, presa del nerviosismo. Aquella situación confundía sus ideas, agotaba sus energías y complicaba aún más una relación profesional ya de por sí compleja.

Ahora más que nunca, era esencial que se concentrara en su trabajo. La crisis en la que se hallaban inmerso s requeriría todo su tiempo y su energía, apartándole de los viñedos cuando menos podía permitírselo. Las previsiones meteorológicas le advertían que debía mantener la guardia por el riesgo de heladas. Varios toneles de vino estaban casi a punto para el embotellado. La escarificación había empezado ya.

No tenía tiempo para preocuparse por investigaciones policiales ni posibles pleitos. Ni por una mujer. Pero era precisamente aquella mujer lo que no podía quitarse de la cabeza.

«Porque Sophia había invadido su organismo -pensó-, y se había quedado allí dentro, irritándolo, hasta que él consiguiera sacada. Así que, ¿por qué no iba de una vez a la villa, subía por la escalera de su terraza, y acababa de una vez con aquello?»

Sabía exactamente que todo aquel razonamiento era lamentable,

una mera excusa, pero decidió que no le importaba lo más mínimo. Cogió una chaqueta, se dirigió a la puerta principal y la abrió. Allí estaba ella, subiendo los escalones.

-No me gustan los hombres gruñones que se las dan de machos

-dijo ella, cerrando la puerta con un fuerte golpe.

-No me gustan las mujeres agresivas y mandonas.

Se abalanzaron el uno sobre el otro. Sus bocas se buscaron ávidamente. Sophia se impulsó hacia arriba y rodeó las caderas de Tyler con las piernas.

-Esta vez quiero una cama -dijo, respirando entrecortadamente mientras le desabrochaba la camisa-. Ya probaremos el suelo más tarde.

- Yo te quiero desnuda. - Tyler le clavó los dientes en el cuello y empezó a subir las escaleras tambaleándose-. No me importa dónde.

-Dios, este sabor. -Pasó los labios por su cara, por el cuello-, Es tan primitivo. -Se le cortó la respiración cuando él la apoyó contra la pared al

llegar a lo alto de las escaleras. Los dedos de Sophia se enredaron en sus cabellos-. Eso no es más que sexo, ¿de acuerdo?

-Sí, de acuerdo, lo que tú digas. - Tyler le cerró la boca con la suya. Utilizando la pared para sujetada, le quitó el jersey por la cabeza-. Dios, qué pechos. -Tiró el jersey al suelo y empezó a besar el pecho que asomaba por encima del sujetador-. No llegaremos a la cama.

El corazón de Sophia empezó a latir alocadamente cuando él le mordisqueó el pezón.

-De acuerdo. La próxima vez.

Sus pies golpearon el suelo, o al menos eso le pareció. Resulta

ha difícil saber dónde estaba y con quién, al notar el deseo que se hacía cada vez más intenso en su interior. Las manos desnudaban con premura. Una tela se desgarró, Las bocas recorrían la piel cálida. Todo se volvió borroso, la sangre se agolpaba en las sienes. Sophia oía sus propios gemidos, ruegos y exigencias en una especie dc cántico frenético que se mezclaba con el de Tyler.

Estaba húmeda y temblorosa cuando los dedos de Tyler la exploraron. El orgasmo estalló violentamente como oro derretido, tan fuerte, tan esperado que estuvo a punto de dejarse caer al suelo sin sentido.

-No, ni hablar -Tyler apretó de nuevo su espalda contra la pared y siguió montándola-. Quiero oírte chillar. Vamos.

Sophia no habría podido evitado. Ardiendo de deseo, dejó que ella tomara, que la vaciara hasta que su mente se llenó de una salvaje oscuridad.

Saciada, arañó y mordisqueó hasta hacerle perder la razón. Vio cómo se le empañaba la vista y supo que era por su causa. Oyó su respiración jadeante, desgarrada, y se regodeó sabiendo que podía dominado así.

-Ahora. -Una vez más, enredó sus dedos en el cabello de Tyler y tembló, tembló de nuevo en el fino borde del éxtasis-. Ahora, ahora, ahora.

Cuando él empujó, volvió a correrse brutalmente. Las uñas de Sophia se clavaron en los hombros sudorosos y sus caderas empezaron a moverse frenéticamente. Con la boca pegada a la suya, TyIer ahogó sus gemidos, se alimentó de ellos. Y siguió dando más, recibiendo más.

El placer traspasó todo su cuerpo, dejándolo completamente exhausto, aturdido.

Consiguió seguir aferrado a ella cuando se deslizaron los dos hasta el suelo. .

Tumbada sobre él, con el corazón aún desbocado, Sorhia se echó a reír.

\ *-Dio. Grazie a Dio.* Decantado al fin. No es demasiado refinado, pero tiene un cuerpo excelente y una gran resistencia.

-Ya hablaremos de refinamiento cuando dejes de aullarle a la luna.

-No era una queja. -Para demostrado, Sophia le pasó los labios suavemente por el pecho-. Me siento fabulosa. Al menos eso creo.

-Eso puedo corroborado. Eres increíble. - Tyler resopló-. Estoy rendido.

-Ya somos dos. -Sophia levantó la cabeza para estudiar su cara-.

¿Ya has acabado?

-Ni hablar.

-Oh, bien, porque yo tampoco. -Se colocó sobre él a horcajadas-. ¿Ty?

-Hummm. -Sus manos le acariciaban los pechos. «Era tan suave», pensó. «Tan suave, morena, exótica.»

-Creo que deberíamos establecer unas normas.

-Sí.

Sophia tenía un precioso lunar en la curva de la cadera izquierda, una especie de marca sexual.

-¿Quieres que lo tratemos ahora?

-No.

-Bien, yo tampoco. -Sophia apoyó las manos en el suelo, a ambos lados de su cabeza, y se inclinó sobre él. Le rozó las comisuras de la boca con los labios-. ¿Cama? -susurró.

Él se incorporó para rodeada con los brazos.

-La próxima vez.

Alrededor de la medianoche, Sophia despertó boca abajo sobre Ia cama de Tyler, hecha un lío entre sábanas calientes, sintiéndose completamente vaciada.

Incluso después de una sequía sexual tan larga, le resultaba difícil creer que el cuerpo humano pudiera rehacerse tan deprisa y con semejante intensidad.

-Agua -dijo con voz ronca, temiendo que, saciado el deseo, muriera de sed-. Necesito agua. Te daré cualquier cosa, los favores sexuales más salvajes, si me das una botella de agua.

-Los favores sexuales más salvajes ya me los has dado.

-De acuerdo. -Sophia palpó la cama hasta encontrar su hombro para dade unas palmadas-. Sé bueno, MacMillan.

-De acuerdo, pero ¿dónde estamos?

-En la cama -dijo ella con un suspiro de satisfacción-. Al final lo conseguimos.

-De acuerdo. Ahora mismo vuelvo.

Tyler se levantó con dificultad, pero al estar tumbado en diagonal sobre la cama, se equivocó de dirección y tropezó con una silla.

Sophia sonrió al oír sus juramentos. Dios, qué atractivo era. Y divertido, y más inteligente de lo que pensaba. Y un amante increíble. En el suelo, contra la pared, en la cama. No recordaba a ningún hombre que le hubiera atraído en todos los sentidos igual que él. Sobre todo teniendo en cuenta que era del tipo de hombres a los que había que apuntar con una pistola para que se pusieran traje y corbata.

Suponía que por eso precisamente estaba siempre tan sexy cuando se los ponía. Como un cavernícola temporalmente civilizado.

Ensimismada en aquellos pensamientos, Sophia dio un grito cuando Ty le acercó el agua helada al hombro desnudo.

-Ja, ja -dijo ella, pero se dio la vuelta, se sentó y bebió la mitad del vaso de un trago.

-Eh, pensaba que lo compartirías.

-No he dicho nada de compartir.

-Entonces quiero más favores sexuales.

-No es posible -dijo ella entre risas.

-Ya sabes lo mucho que me gusta demostrarte que estás equivocada.

Sophia suspiró cuando la mano de Tyler subió por su muslo. -Cierto. -Aun así, le dio el vaso con el resto del agua-. Puede que aún me queden algunos favores para darte, pero luego tengo que irme a casa. Mañana temprano hay una reunión.

Tyler apuró el vaso y lo dejó en la mesita.

-Ahora no es momento para pensar en eso. -Rodeó la cintura de Sophia con un brazo y la obligó a tumbarse, quedando encima de ella-. Deja que te explique en lo que estoy pensando.

«Hacía mucho tiempo que no volvía a casa a hurtadillas a las dos de la madrugada», pensó Sophia. Sin embargo, era una de esas habilidades, como montar en bicicleta o, bueno, el sexo, que uno nunca olvidaba. Apagó las luces para que no iluminaran las ventanas de la villa, y trazó la curva suavemente para meter el coche en el garaje.

Salió sigilosamente a la fría noche y se quedó un momento mirando el cielo estrellado. Se sentía increíblemente cansada, maravillosamente saciada, y muy viva.

«Tyler MacMillan -pensó-, era un hombre lleno de sorpresas, rincones secretos y una energía maravillosa.» Había aprendido muchas cosas sobre él en los últimos meses. Aspectos que antes no se había molestado en explorar. Y estaba impaciente por seguir explorándolos.

Sin embargo, de momento sería mejor que entrara en casa y durmiera un poco, o no serviría para nada al día siguiente.

«Era extraño -pensó, cuando dio la vuelta silenciosamente a la casa-, pero en realidad deseaba haberse quedado con él, dormir con él, acurrucada contra aquel cuerpo grande y cálido. Cómoda, segura. »

A lo largo de los años se había entrenado para desconectarse emocionalmente después de una relación sexual. Le gustaba pensar que actuaba igual que un hombre. Dormir y despertar en la misma cama después de haberse divertido en ella podía resultar embarazoso. Podía crear demasiada intimidad, y ella lo había evitado, se había asegurado de no necesitarlo para evitar complicaciones.

Con Tyler, en cambio, tuvo que hacer un esfuerzo para marcharse. En realidad, era porque estaba cansada, se dijo, porque había tenido un día muy difícil. En realidad, él no era diferente a los demás.

«Tal vez le gustaba más que los otros -pensó, caminando entre los arbustos-. Y la atraía más de lo que esperaba. Eso no lo hacía diferente, sólo… novedoso. Después de un tiempo, el lustre se des gastaría con el roce y todo habría acabado.»

«Así ocurría siempre», pensó.

Si uno buscaba amor eterno, estaba condenado al fracaso, a decepcionar o a sufrir una decepción. Era mejor disfrutar del momento, apurarlo, y después seguir adelante.

Dejó de hacerse preguntas; tanta reflexión empezaba a ponerla de mal humor. Al tomar el último recodo en el sendero del jardín, se encontró cara a cara con su madre.

Se quedaron mirándose la una a la otra, sorprendidas, lanzando pequeñas nubes de cálido aliento en el ambiente helado.

-Hummm. Bonita noche -comentó Sophia.

-Sí, mucho. Yo, he... David... -Desconcertada, Claudia señaló

vagamente hacia la casa de invitados-. Necesitaba que le hiciera unas traducciones.

-Entiendo. -Una risita pugnaba por salir de su garganta-. ¿Así es como lo llaman los de tu generación? -Se le escapó un sonido ahogado-. Si vamos a entrar en casa a hurtadillas, será mejor que lo hagamos ahora. Podríamos quedamos congeladas aquí fuera, mientras intentamos encontrar excusas razonables.

-Estaba traduciendo. -Claudia se dirigió apresuradamente hacia la puerta y movió el pomo con torpeza-. Había muchos...

-Oh, mamá. -La risa ganó la partida. Sophia se apretó el estómago y entró en la casa tambaleándose-. Déjalo ya.

-Yo sólo... -dijo Claudia pasándose la mano por el pelo. Tenía una idea clara de su aspecto, despeinada y con las mejillas encendidas. Justamente el de una mujer que acababa de abandonar la cama. O, en su caso, el sofá de la sala de estar. Decidió que la mejor defensa era un buen ataque-. Qué horas de llegar.

-Sí. Estaba traduciendo. Con Ty. -Con... Oh. Oh.

-Estoy muerta de hambre, ¿y tú? -Sophia abrió el frigorífico,

disfrutando de aquel momento-. Al final no he cenado. -Hablaba con tono desenfadado y la cabeza metida en la nevera-. ¿Te molesta lo de Ty y yo?

-No... sí -respondió Claudia, tartamudeando-. No lo sé. La

verdad es que no tengo la menor idea.

-Comamos un poco de pastel.

-Pastel.

Sophia sacó lo que quedaba de un pastel de manzana. -Estás estupenda, mamá.

Claudia volvió a pasarse la mano por el cabello.

-No es posible.

-Maravillosa. -Sophia dejó la bandeja sobre el mármol para

sacar unos platos-. Antes tenía ciertas reservas con respecto a ti y a David. No estaba acostumbrada a verte como... a verte, supongo. Pero cuando te he encontrado volviendo a casa sigilosamente en medio de la noche, y con una pinta tan estupenda, no he tenido más remedio que verte.

-Yo no tengo que volver sigilosamente a mi propia casa.

-Ah. -Sophia cogió un cuchillo para cortar el pastel y preguntó-: Entonces, ¿por qué lo hacías?

-Yo... Comamos pastel.

-Buena respuesta. -Sophia cortó dos grandes trozos y sonrió cuando su madre se mesó el pelo una vez más. Se inclinó hacia ella y, por un momento, las dos permanecieron en silencio en la cocina brillantemente iluminada-. Ha sido un día largo y difícil. Es agra dable que acabe tan bien.

-Sí. Aunque me has dado un susto de muerte ahí fuera.

-¿Yo? Pues imagínate mi sorpresa al revivir mis años de adolescente y

tropezarme con mi propia madre.

-¿Revivir? ¿Lo dices en serio? -Sophia llevó los platos a la mesa de la cocina, mientras Claudia sacaba los tenedores.

-Oh, bueno, ¿para qué volver al pasado? -Sonriendo malévolamente, Sophia se chupó el pulgar lleno de pastel-. David es muy sexy.

-Sophia.

-Muy sexy. Hombros anchos, esa encantadora carita de adolescente, y una gran inteligencia. Menudo chollo te llevas, mamá.

-No es un trofeo. Y desde luego espero que no pienses que Ty ler lo es.

-Tiene un trasero estupendo.

-Lo sé.

-Me refiero a Ty.

-Lo sé -repitió Claudia-. ¿Crees que estoy ciega? -Con un resoplido muy poco elegante, se dejó caer en una silla-. Esto es ridículo, es una grosería y es...

-Divertido -concluyó Sophia, y se sentó para comer su trozo de pastel-. Compartimos el gusto por la moda, y más recientemente por el negocio. ¿Por qué no podríamos compartir el gusto por...? *¿Nonna?*

-Bueno, pues claro que compartimos... -Claudia dejó caer el tenedor al seguir la mirada inexpresiva de Sophia y ver a su madre-. Mamá, ¿qué haces levantada?

-¿Crees que no me doy cuenta cuando la gente entra y sale de mi casa? -Elegante a pesar de la bata de felpa y las zapatillas, Teresa entró en la cocina-. ¿Cómo, no hay vino?

-Sólo teníamos... hambre -acertó a decir Sophia.

-Ja. No me extraña. El sexo deja exhausta cuando se hace como es debido. Yo también tengo hambre.

Sophia se tapó la boca con la mano, pero era demasiado tarde para contener las carcajadas.

-Bien por Eli.

Teresa se limitó a servirse el último pedazo de pastel. Claudia no levantaba la vista de su plato, pero le temblaban los hombros de la risa.

-Beberemos vino. Creo que la ocasión lo merece. Sin duda ha de ser la primera vez que las tres generaciones de mujeres Giambeli se sientan juntas en la cocina después de hacer el amor. No me mires con esa cara, Claudia. El sexo es una función natural, al fin y al cabo. Y dado que esta vez has elegido un digno compañero, tomaremos vino.

Eligió una botella de Sauvignon blanco del botellero de la cocina y la descorchó.

-Atravesamos tiempos difíciles. No es la primera vez y no será la última. -Sirvió tres copas de vino-. Es esencial que vivamos a pesar de todo. Me gusta David Cutter, si es que mi aprobación te importa.

-Gracias, por supuesto que sí.

Sophia se mordía el labio para disimular una sonrisa cuando Teresa se volvió hacia ella.

-Si le haces daño a Tyler, me enfadaré contigo y será una gran decepción. Lo quiero mucho.

-Vaya. -Desinflada, Sophia dejó el tenedor sobre el plato-.

¿Por qué habría de hacerle daño?

-Recuerda lo que te he dicho. Mañana vamos a pelear por lo que somos y lo que tenemos. Esta noche -alzó su copa-, esta noche lo celebramos. *Salute!*

La guerra se desarrolló en varios frentes. Sophia sostenía sus batallas en la prensa y el teléfono. Se pasaba horas redactando comunicados, concediendo entrevistas y tranquilizando clientes.

y cada día volvía a empezar, desmintiendo rumores, insinuaciones y especulaciones. Hasta que pasara la crisis, no volvería a pisar los viñedos. Ése era el campo de batalla de Tyler, pero Sophia lamentaba no poder participar en la escarificación, en la vigilancia contra las heladas, y en la esmerada protección de los nuevos brotes.

Le preocupaban sus abuelos, que defendían el frente italiano. Cada día le llegaban nuevos informes. Se habían retirado todas las botellas y muy pronto se revisarían una por una.

Sophia no podía pensar en lo que costaría todo aquello, ni a corto ni a largo plazo. Eso lo dejaba en manos de David.

Cuando necesitaba alejarse de la marea de noticias y desmentidos, se acercaba a la ventana de su despacho y contemplaba a los hombres que trabajaban la tierra con los escarificadores. Se prometió a sí misma que aquel año la cosecha sería extraordinaria.

Sólo tenían que sobrevivir hasta entonces.

Dio un respingo cuando sonó el teléfono, y reprimió la necesidad de no hacerle caso.

-Sophia Giambelli.

Diez minutos más tarde colgó y dio rienda suelta a la ira contenida con una andanada de maldiciones en italiano.

-¿Eso te ayuda? -preguntó Claudia desde el umbral de la puerta.

-No demasiado. -Sophia se apretó las sienes con los dedos y se preguntó cómo enfocar la siguiente etapa de la batalla

-Me alegro de que estés aquí. ¿Puedes entrar y sentarte unos minutos?

-Quince, para ser exactos. Acabo de terminar una visita guiada a las bodegas. -Claudia se sentó-. Vienen en manada. En su mayoría sólo desean curiosear. También acuden algunos periodistas, pero no tantos desde que diste la conferencia de prensa.

-Seguramente volverán a venir en bloque. Acaba de llamarme uno de los productores de *El show de Larry Mann.*

-Larry Mann. -Claudia arrugó la nariz-. Basura televisiva de la peor. No irás a tratar con ellos, supongo.

-Ya tienen con quién tratar. Rene. -Incapaz de permanecer sentada, Sophia abandonó el escritorio-. Mañana grabará un programa en el que revelará secretos de familia, y supuestamente contará la verdadera historia de la muerte de papá. Nos invitan a participar. Les da igual que vayas tú o vaya yo, o las dos, para que demos nuestra versión.

-No debemos hacerlo, Sophia. Por muy gratificante que fuera rebatir sus mentiras públicamente, ésa no es la manera ni el lugar adecuado.

-¿Por qué crees que soltaba esos juramentos? -Cogió la rana pisapapeles y se la pasó de una mano a otra con nerviosismo-. Tomaremos el camino más digno y haremos caso omiso. Pero, Dios, cómo me gustaría pelear en el lodo con esa zorra. Anda concediendo entrevistas a diestro y siniestro, y actúa muy bien, lo cual nos perjudica. He hablado con tía Helen y tío James sobre posibles acciones legales.

-No lo hagas.

-No se puede permitir que calumnie a la familia. -Sophia miró la rana con ceño. Su expresión alegre y boba solía animarla-. No puedo rebajarme a pelearme con ella en público, aunque sea una pena. Pero puedo devolverle la pelota legalmente.

-Escúchame a mí primero -dijo Claudia, inclinándose hacia su hija-. No estoy siendo blanda. No hay nadie que me manipule, pero si emprendes acciones legales, al menos ahora, cuando tenemos otros muchos frentes abiertos, sólo conseguirás dar credibilidad a lo que dice. Sé que tu instinto te empuja a luchar, mientras que el mío suele llevarme a la retirada, pero quizás esta vez sería mejor que no hiciéramos ninguna de las dos cosas, que nos limitáramos a mantenernos en nuestro lugar.

-He pensado en eso. Lo he analizado desde todos los puntos de vista, pero a la hora de la verdad, el fuego sólo se combate con fuego.

"-No siempre, cariño. A veces hay que ahogarlo en agua. A Rene la ahogaremos en un buen vino Giambelli.

Sophia inspiró, respiró lentamente y se sentó. Dejó el pisapapeles sobre la mesa y le dio vueltas y más vueltas mientras reflexionaba. A su espalda, pitaba el fax, pero no le hizo caso mientras estudiaba la cuestión desde todos los ángulos.

-Bien. -Asintió, y volvió a mirar a su madre-. Está bien. Apagaremos las llamas con un diluvio. Daremos una fiesta. Un baile de primavera, informal. ¿Cuánto tiempo necesitas para los preparativos?

Claudia se limitó a un breve parpadeo.

-Tres semanas.

-Bien. Ocúpate de la lista de invitados. Cuando hayamos enviado las invitaciones, hablaré con la prensa. Si Rene opta por la basura, nosotros optaremos por la elegancia.

-¿Una fiesta? -Tyler alzó la voz para hacerse oír por encima del estrépito de los escarificadores-. ¿Has oído hablar de Nerón y su lira?

-Roma no está ardiendo. De eso se trata precisamente. -Sophia tiró de él con impaciencia para alejado del ruido-. Giambelli se toma muy en serio sus responsabilidades y está cooperando con la policía de aquí y la de Italia. *Merda!* -exclamó al sonar su móvil-. Espera.

Sacó el teléfono del bolsillo.

-Sophia Giambelli. *Si. Va bene.* -Haciendo una señal distraída

a Tyler, se alejó unos pasos.

Él la contempló mientras la oía hablar en italiano, dando órdenes, sin duda.

En los viñedos seguía el proceso de escarificación, removiendo la tierra ruidosa y sistemáticamente, cubriendo la cosecha. El calor hacía florecer los

nuevos brotes a pesar de la brisa procedente de las montañas, que prometía una fría noche.

En medio de todo aquello, en el centro de un ciclo inmemorial, estaba Sophia. La fuerza vital con el futuro en la punta de los dedos.

En el centro, volvió a decirse Tyler. Quizá siempre había estado allí.

Sophia se paseaba de un lado a otro, elevando la voz en aquella especie de música fascinante en un idioma extranjero. Tyler no se molestó en blasfemar, ni tampoco en hacerse preguntas, cuando notó que se abría el último muro en su interior.

Lo esperaba.

Tenía que admitir que estaba enamorado. Loco por ella. Y tarde o temprano tendría que decidir cómo actuar.

Sophia volvió a meterse el móvil en el bolsillo y sopló hacia el flequillo.

-La rama italiana publicitaria -explicó a Ty-. Quedaban algunos problemas por resolver. Perdona la interrupción. Bien, ¿dónde...? Sophia calló y miró a Tyler. Luego preguntó:

-¿Por qué sonríes?

-¿Estoy sonriendo? Bueno, quizá sea porque no es tan desagradable mirarte, aunque sea a doble velocidad.

-Ésa es la única velocidad que me sirve ahora. Bueno, hablábamos de la fiesta. Necesitamos una declaración de principios y continuar con los planes para el centenario. La primera gala se hará a mitad del verano. Esta reunión más íntima se celebra para mostrar unidad, responsabilidad y confianza.

Sophia hizo el recuento de datos con los dedos.

-La retirada de botellas se inició voluntariamente, y con un gasto considerable, antes de que se solicitara de forma legal. *La signora* y MacMillan han viajado a Italia personalmente para colaborar en la investigación. Sin embargo -añadió-, y pronto será necesario llegar al «sin embargo», estamos seguros de que el problema está controlado. La familia, yeso es lo que debemos recalcar, sigue siendo cortés, hospitalaria y participa en la comunidad. Vamos a mostrar nuestro refinamiento, mientras Rene se revuelca en el fango.

-Refinamiento. -Tyler contempló las vides. Recordó una vez más que debía revisar los aspersores superiores, por si se necesitaban durante la noche para proteger el viñedo de posibles heladas-. Si vamos a ser refinados, ¿por qué ando todo el día haciendo el idiota entre el fango, con un equipo de televisión?

-Para ilustrar la dedicación y el duro esfuerzo que representa cada botella de vino. No seas gruñón, MacMillan. Los últimos días han sido terribles.

-Sería menos gruñón si no tuviera extraños estorbándome. -¿Eso me incluye a mí?

Tyler apartó la vista de los viñedos para mirar su hermoso rostro.

-No lo parece.

-Entonces, ¿por qué no has entrado a hurtadillas en mi habitación por la terraza?

Tyler apretó los labios.

-Lo he pensado.

-Piénsalo más. -Cuando se acercó y Tyler dio un paso atrás,
Sophia preguntó-: ¿Qué? ¿Dolor de cabeza?

-No, el público. Sería mejor que no anunciara en letras grandes
que me acuesto con mi socia.

-Acostarse conmigo no tiene nada que ver con el negocio. -Su voz había bajado varios grados de temperatura; era el tipo de réplica habitual en ella cuando se sentía dolida-. Pero si lo que te pasa es que te avergüenzas... -Se encogió de hombros, dio media vuelta y se alejó.

Tyler tuvo que asimilar primero la pulla, para superar luego su innata reticencia a hacer escenas en público. Alcanzó a Sophia en cinco zancadas y la aferró por el brazo.

-No me avergüenzo de nada. Sólo porque quiera mantener mi vida personal al margen... -El tirón malhumorado con que Sophia intentó desasirse le irritó lo bastante para apretarle aún más el brazo y apoderarse también del otro-. Ya hay bastantes chismorreos circulando por aquí sin necesidad de añadir otro. Si yo no puedo concentrarme en mi trabajo, no esperaré que mis hombres puedan. Ah, al diablo.

La obligó a ponerse de puntillas y apretó su boca contra la de ella.

«Aquel súbito estallido de carácter y fuerza era excitante», pensó Sophia.

-¿Vale? -preguntó él, dejándola en el suelo.

-Casi.

Sophia le acarició el pecho, notó cómo temblaba. «Era excitante -se dijo nuevamente-, saber que la superaba en fuerza, pero ella tenía el poder.» Posó los labios sobre los suyos y jugueteó con él hasta que notó una mano aferrándole el jersey, hasta que enlazó las manos en torno al cuello de Tyler y sintió cosquillas en el estómago. .

-Eso ha estado mejor -musitó. -Deja la puerta de la terraza abierta. -Ya lo estaba.

-Tengo que volver al trabajo.

-Yo también.

Pero siguieron tal como estaban, con las bocas casi unidas.

«Algo ocurría en su interior», pensó Sophia. Era un estremecimiento, pero no la lujuria que tensaba los músculos del vientre, sino alrededor del corazón, y resultaba más doloroso que placentero. Fascinada, empezó a rendirse a aquel nuevo sentimiento. El móvil de su bolsillo volvió a sonar.

-Bueno -dijo con voz vacilante, soltándose-. Segundo asalto. Nos vemos luego.

Sacó el teléfono móvil y se alejó andando deprisa. Pensaría en
Ty más tarde. Pensaría en un montón de cosas.

-Sophia Giambelli... *Nonna,* me alegro de que me llames. He
intentado hablar contigo antes, pero..

Se interrumpió, alarmada por el tono de su abuela. Dejó de caminar, se detuvo antes de salir del viñedo. A pesar de la luz del sol,

tenía la carne de gallina.

Volvió corriendo al tiempo que cortaba la comunicación. -¡Ty!

Tyler giró en redondo alarmado y la atrapó al vuelo.

-¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

-Han encontrado más. Había dos botellas más contaminadas.

-Maldita sea. Bueno, era de esperar. Sabíamos que tenía que haber existido manipulación.

-Hay más. Podría ser peor. *Nonna...* ella y Eli... -Tuvo que parar, reorganizar sus pensamientos-. Había un anciano que trabajaba para el abuelo de *nonna* desde que era tan sólo un muchacho. Oficialmente se retiró hace más de un año, y murió a finales del año pasado. Tenía el corazón débil.

Tyler seguía sus palabras, recelando ya lo peor.

-Sigue.

-Su nieta, la que lo encontró muerto, dice que había estado bebiendo Merlot. Fue a ver a mi madre cuando se supo la noticia de que se retiraban las botellas. Van a exhumar el cadáver.

-Se llamaba Bernardo Baptista. -Sophia tenía todos los detalles pulcramente mecanografiados, pero no necesitaba leerlos. Lo guardaba todo en la cabeza-. Edad, setenta y tres años. Murió en diciembre, aparentemente de un ataque al corazón, mientras estaba

sentado frente a la chimenea de su casa, tras una comida sencilla y

varios vasos de Castello di Giambelli Merlot del 92.

«Igual que Margaret Bowers», pensó David Cutter con expresión sombría.

-Dices que Baptista tenía el corazón débil.

-Había tenido algunos achaques poco importantes y padecía

un resfriado pertinaz en el momento de su muerte. El resfriado es otro dato importante. Baptista era famoso por su olfato y había trabajado elaborando vino durante más de sesenta años. Pero era muy difícil que detectara el vino contaminado a causa de la congestión de nariz. Su nieta jura que no había abierto la botella hasta esa noche. La había visto por la tarde, al ir a visitarlo. La tenía de muestra, junto con otros regalos de la compañía. Estaba muy orgulloso de haber trabajado para Giambelli.

-El vino había sido un regalo. -Según su nieta, sí.

-¿De quién?

-No lo sabe. A él le dieron una fiesta de jubilación y, como es

costumbre con todos los empleados, Giambelli le hizo varios regalos de despedida. Lo he comprobado, y ese vino en particular no estaba en la lista de regalos. Tuvieron que darle un Cabernet, uno blanco y un espumoso de primeras marcas. Sin embargo, no es raro que al empleado se le permita elegir otros vinos, o que se lo regalen otros miembros de la compañía.

-¿Cuánto tardarán en saber si el vino fue la causa de la muerte? -preguntó Claudia, acercándose al escritorio de Sophia para frotar el hombro de su hija cariñosamente.

-Es cuestión de días.

-Haremos lo posible por averiguar de dónde salió la botella -de

cidió David-. Mientras tanto, continuaremos como antes. Voy a proponer a *la signora* y a Eli que contratemos a un investigador privado.

-Yo prepararé una declaración. Será mejor que anunciemos el nuevo hallazgo y la participación de Giambelli en la retirada de botellas y las pruebas subsiguientes. No quiero que vuelva a filtrarse antes de hacerlo público nosotros.

-Si puedo ayudarte en algo, aquí me tienes -se ofreció Claudia.

-Prepara la lista de invitados.

-Cariño, no me digas que pretendes seguir con la fiesta.

-Al contrario. -La preocupación y la tristeza por la muerte de un anciano al que recordaba con afecto se convirtieron en una determinación férrea-. Vamos a cambiar el enfoque. Lo que celebraremos será una gala de beneficencia. Lo hemos hecho antes, y también muchas otras cosas, por una buena causa. Quiero que la gente lo recuerde. A mil dólares el cubierto. El vino, la comida y el espectáculo correrán por cuenta deGiambelli-MacMillan, y los beneficios irán destinados a los pobres sin hogar.

Sophia garabateaba notas mientras hablaba, esbozando invitaciones, comunicados y réplicas en su cabeza.

-Nuestra familia quiere contribuir a protegeros y a estar seguros. Hay mucha gente que debe a *la signora* mucho más de mil pavos por una comida elegante. Ya me encargaré yo de recordárselo, si es necesario.

Ladeó la cabeza, esperando la reacción de David.

-Tú eres la experta -dijo él tras unos instantes-. Caminamos sobre una línea muy fina, pero en mi opinión tu equilibrio es inmejorable.

-Gracias. Mientras tanto, fingiremos un frío desinterés por las noticias que genera Rene. Tendran sus secuelas, y serán personales. y lo que es personal para Giambelli afecta, naturalmente, al negocio.

Claudia se sentó a una mesa discreta en un tranquilo bar del Four Seasons. Estaba segura de que todos le habrían dicho que cometía un gran error, si se lo hubiera contado a alguien.

Seguramente era cierto, pero tenía que hacerlo, y debería haberlo hecho mucho antes. Pidió agua mineral y se dispuso a esperar. No tenía la menor duda de que Rene llegaría tarde. De la misma forma que no le cabía duda de que acabaría presentándose. No podría resistirse a hacer una gran entrada, ni a enfrentarse con un enemigo al que consideraba más débil.

C1audia aguardó pacientemente, acariciando su vaso. Tenía mucha experiencia en largas esperas.

Rene no la decepcionó. Hizo su gran entrada. Claudia supuso que era el tipo de mujer al que le gustaba hacer entradas espectaculares, arrastrando las pieles, aunque hiciera demasiado calor para llevarlas.

Tenía buen aspecto: en forma, descansada, radiante. C1audia admitió que en el pasado había estudiado a aquella mujer deslumbrante y joven y se había sentido inferior en comparación con ella. «Era una reacción natural-se dijo-, pero no impidió que se sintiera estúpida e inútil»

Era fácil deducir por qué Tony se había sentido atraído hacia ella, y más fácil aún comprender por qué la había cazado. Rene no era la típica Barbie de cabeza hueca, sino una mujer dura e inflexible, que sabía cómo conseguir lo que quería y guardarlo.

-Claudia.

-Rene. Gracias por venir.

-Oh, ¿cómo podía resistirme? -Rene dejó caer las pieles y se deslizó en la silla-. Pareces un poco tensa. Un cóctel de champán -dijo a la camarera sin levantar la vista.

A Claudia no se le hizo un nudo en el estómago como en otros tiempos.

-En cambio tú no -dijo-. Pasaste unas semanas en Europa a principios de año. Seguro que te sentaron bien.

- Tony y yo habíamos planeado unas largas vacaciones. A él no le habría gustado que me quedara sola en casa, lamentándome. -Rene se puso de lado y cruzó sus largas y sedosas piernas-. Ése fue siempre tu trabajo.

-Rene, yo nunca fui la otra mujer y tampoco tú. Yo había salido de la vida de Tony mucho antes de que os conocierais.

-Tú nunca saliste de la vida de Tony. Tú y tu familia seguíais teniendo a Tony entre las garras, y os asegurasteis de que no recibiera jamás de Giambelli todo lo que merecía. Ahora que ha muerto, tendréis que pagarme a mí lo que no le pagasteis a él. -Cogió su copa en cuanto se la sirvieron-. ¿Creías que dejaría que arrastrarais su nombre y el mío por el fango?

-Es extraño, iba a preguntarte lo mismo. -Claudia cruzó las manos sobre la mesa. Un movimiento pulcro y breve que le concedió unos instantes para hacer acopio de fuerzas-. Sea como sea, Rene, era el padre de mi hija. Nunca quise que su nombre se viera manchado. Quiero saber, más de lo que te imaginas, quién lo mató y por qué.

-Lo mataste tú, de una manera u otra. Echándolo de la compañía. No tenía -ninguna cita con otra mujer aquella noche. No se habría atrevido. Le bastaba conmigo, eras tú quien no le habías bastado.

Claudia pensó en mencionar a Kris, pero sabía que no valía la pena el esfuerzo.

-No, nunca le bastó conmigo. No sé con quién tenía que en contrarse esa noche, ni por qué, pero...

-Te diré lo que yo pienso -la interrumpió Rene-. Él tenía algo en contra de tu familia y tú lo hiciste matar. Puede que incluso utilizaras a esa pequeña boba de Margaret para hacerla y por eso aho ra está muerta.

El cansancio reemplazó a la piedad.

-Eso es ridículo, incluso viniendo de ti. Si ésas son las cosas que vas diciendo a los periodistas y tienes intención de decir en la televisión, te expones a una grave demanda judicial.

-Por favor. -Rene volvió a tomar un sorbo de cóctel-. ¿Crees que no he consultado a un abogado para saber qué puedo y qué no puedo decir? Tú te ocupaste de que estuvieran a punto de echar a Tony y de que yo me quedara prácticamente sin nada. Tengo intención de conseguir lo que es mío.

-¿Ah sí? Y ya que hablamos tan fríamente, ¿no temes las represalias?

Rene miró hacia una mesa cercana, donde dos hombres bebían agua mineral.

-Guardaespaldas. Las veinticuatro horas del día. No te molestes siquiera en amenazarme.

-Te has creado un mundo de fantasía, y pareces disfrutar en él. Lo siento

por Tony y por ti, sinceramente, porque estabais hechos el uno para el otro. Había venido a pedirte que fueras razonable, que mostraras un poco de decencia con mi familia y que pensaras Ia la hija de Tony antes de hablar con la prensa. Pero hemos perdido el tiempo las dos. He sido una estúpida al pensar que lo amabas. Así que probaremos esto.

Claudia se inclinó hacia Rene, sorprendiéndola con el súbito y glacial destello de sus ojos.

-Haz lo que quieras, di lo que quieras. Al final acabarás haciendo el ridículo. Y aunque sea mezquino por mi parte, lo voy a disfrutar. Y creo que lo disfrutaré más que tú haciéndolo o diciéndolo. Sigue siendo la esposa vulgar y llamativa, Rene, te sienta muy hien. -Metió la mano en el monedero para sacar dinero -Igual que esos pendientes tan vulgares que llevas te sientan mucho mejor que a mí cuando Tony me los regaló en nuestro quinto aniversario de boda.

Arrojó un billete de veinte sobre la mesa.

-Consideraré que esos pendientes y todas las demás cosas mías de las que Tony se apropió a lo largo de los años son el pago que has recibido. Jamás conseguirás nada más de mí, ni de Giambelli.

Claudia no salió majestuosamente. El espectáculo se lo dejaba a Rene. Se alejó caminando como si tal cosa, sintiéndose estupendamente. Igual que se sintió cuando dejó caer otro billete sobre la mesa que ocupaban los guardaespaldas.

-Esta ronda corre de mi cuenta -dijo, y se fue riendo.

-Le he montado una buena escena. -Claudia se paseaba por la alfombra Aubusson de la sala de estar de Helen Moore, dando rienda suelta a su enfado-. Y por Dios que creo que he vencido. Pero estaba, tan furiosa. Esa mujer está atacando a mi familia y encima lleva puestos mis puñeteros pendientes.

-Tienes los recibos de las joyas, los papeles del seguro y demás. Podríamos exigir su devolución.

-Detestaba esos estúpidos pendientes -dijo Claudia, encogiéndose de hombros malhumoradamente-. Tony me los regaló como ofrenda de paz después de una de sus aventuras. También me dio la factura, por supuesto. Maldita sea, resulta difícil de aceptar lo estúpida que llegué a ser tantas veces.

-Entonces escúpelo todo. ¿Seguro que no quieres tomar nada?

-No; tengo que conducir, y debería irme ya. -Claudia respiró profundamente-. Tenía que desahogarme primero o podría haberme dejado llevar por la velocidad en la carretera y haber acabado en la cárcel.

-Menos mal que tienes una amiga en la magistratura. Escúchame. Creo que has hecho lo que debías encarándote con ella. Mucha gente discrepería, pero no te conocen como yo.

Helen se sirvió un par de dedos de vodka con hielo.

-Tenías cosas que decide y has esperado demasiado tiempo para decidas.

-No cambiará nada.

-¿Con ella? Quizá sí, quizá no. -Helen se sentó y estiró las piernas-. Pero la cuestión es que cambió algo para ti. Has tomado las riendas. Y, personalmente, habría pagado dinero por ver cómo le decías cuatro frescas a

Rene. Ahora irá a soltar su pequeña perorata al programa basura, y seguramente acabará golpeada por gente del público, ofendida por sus ropas de diseño y sus cuatro kilos de joyas. Las esposas engañadas -prosiguió- le cargarán el muerto a ella. Dios, Claudia, van a hacerlaa pedazos, y puedes apostar a que Larry Mann y sus productores cuentan precisamente con ello.

Claudia se detuvo.

-Eso no se me había ocurrido.

-Cariño, Rene Foxx no es más que una de las muchas tartas que te lanza Dios. Te dio en la cara, sí, pero ¿qué más da? Ya es hora de limpiártela.

-Tienes razón. Me preocupa la familia, me preocupa Sophia. Aunque sea un programa basura, no deja de ser un programa de la televisión, y será muy embarazoso para ella. Ojalá supiera cómo cerrad e la boca a Rene.

-Podrías conseguir una orden judicial temporal. Yo soy jueza, sé cómo funcionan estas cosas -dijo Helen con aspereza-. Podrías demandada por calumnia y difamación. Y puede que ganaras. Seguramente ganarías. *Pero* como abogada y como amiga, te aconsejo que le des cuerda, porque tarde o temprano se ahorcará con ella.

-Cuanto antes mejor. Estamos metidos en un lío espantoso,

Helen.

-Lo sé y lo siento.

-Si Rene insinúa que nosotros pudimos hacer que mataran a

Tony, y que Margaret estaba involucrada... La policía nos ha preguntado ya por la relación entre Margaret y Tony. Estoy preocupada.

-Margaret fue la desdichada víctima de algún lunático. La manipulación de productos no tiene un objetivo concreto, por eso es obra de lunáticos. La muerte de Tony fue intencionada. Una muerte no tiene nada que ver con la otra, y no deberías empezar a relacionadas en tu cabeza.

-La prensa lo hace.

-La prensa relacionaría a un mono con un elefante si subiera el nivel de audiencia y vendiera periódicos.

-También en eso tienes razón. Te diré una cosa, Helen, aparte de la ira y de la preocupación que he sentido al hablar con Rene, me he dado cuenta de algo. Me he enfrentado a ella en este momento, porque era importante, porque necesitaba defender mi posición.

Helen asintió y bebió un sorbo de su copa.

-¿Y?

-y me ha hecho darme cuenta de que jamás, ni una sola vez,

me enfrenté con ella, ni con ninguna de las otras, de las incontables mujeres que entraron y salieron de la vida de Tony, porque él dejó

de ser importante. No tenía nada que defender. Eso es muy triste -dijo en voz baja-, y Tony no tuvo la culpa. No, no la tuvo -añadió antes de que Helen pudiera hacer algo más que exclamarse-. Se necesitan dos para que exista matrimonio, y yo jamás le animé a formar parte del nuestro.

- Tony empezó a machacar tu amor propio desde el principio. -Eso es cierto. -Claudia alargó la mano y bebió un sorbo de la copa de Helen distraídamente-. Pero yo fui tan responsable como él de una gran parte de lo que ocurrió y de lo que no ocurrió entre nosotros. No estoy reviviendo el pasado para lamentarme, Helen. Lo revivo porque jamás volveré a cometer

esos mismos errores.

-Muy bien, de acuerdo. -Helen recuperó su vodka y brindó-. Por la nueva mujer Giambelli. Dado que vas a forjarte un nuevo camino, ven a sentarte y cuéntamelo todo sobre tu vida sexual, ahora que tienes una.

Con un ronco gemido de placer, Claudia estiró los brazos hacia el techo.

-Ya que me lo preguntas... Tengo una increíble y excitante aventura con un hombre más joven.

-Te odio.

-Vas a aborrecerme cuando te diga que tiene un cuerpo maravilloso, fuerte e incansable.

-Zorra.

Claudia se echó a reír y se sentó en el brazo del sofá. ,

-No tenía la menor idea, en serio, de cómo una mujer puede vivir sin saber lo que es que a una la aplaste un cuerpo como ése. Tony era delgado y bastante delicado.

-No gran cosa como modelo.

-Dímelo a mí. -Claudia hizo una mueca-. Oh, eso es terrible.

Es morboso.

-No; es fantástico. James tiene... un cuerpo cómodo. El viejo y dulce oso -dijo Helen con ternura-. Pero no te importará que me emocione un poco con tu aventura sexual, ¿verdad?

-Pues claro que no. ¿Para qué están las amigas?

Sophia estaba lista para su propia aventura sexual. Dios sabía que la necesitaba. Había trabajado casi hasta la extenuación.

Nadar un rato la había ayudado a recuperarse, y luego había pasado por la piscina de hidromasaje para relajar los músculos tensos por el trabajo y la preocupación. Después había añadido una fase más a la hidroterapia, con un largo baño lleno de sales aromáticas.

Encendió velas por toda la habitación, que se impregnó de aroma a limoncillo, a vainilla y a jazmín. A la luz parpadeante de las velas, eligió un camisón de seda negra con corpiño bajo y finos tirantes. ¿Para qué andarse con sutilezas? .

Había elegido el vino de su bodega personal: un Chardonnay joven y vivaz. Lo metió en hielo para mantenerlo frío y se acurrucó en una butaca para esperar a Ty. Se quedó dormida al instante.

Se sentía extraño entrando a hurtadillas en una casa en la que siempre había sido bien recibido. Extraño y excitado.

De vez en cuando, a: lo largo de su vida, habían existido momentos en los que se había imaginado entrando sigilosamente en el dormitorio de Sophia en la oscuridad. Dios, ¿qué hombre no habría imaginado lo mismo?

Pero hacerla en realidad, sabiendo que ella lo esperaba, era mejor que cualquier fantasía nocturna.

Tyler sabía que se abalanzarían el uno sobre el otro como animales en cuanto abriera la puerta de la terraza.

Ya notaba su sabor.

Ya veía la luz de las velas reflejada en el cristal. Exótico, sensual. Al girar el pomo de la puerta hizo sólo un ruidito, que sonó como una trompeta en su cabeza.

Se preparó para recibir a Sophia y cerró la p::lerta. Entonces la vio hecha un ovillo en la butaca.

-Ah, diablos, Sophia. Fíjate cómo estás.

Tyler cruzó la habitación en silencio, se agachó e hizo lo que raras veces tenía oportunidad de hacer: la observó sin que ella lo supiera.

Una piel suave, rosada, con tintes dorados. Pestañas negras y espesas, y una boca carnosa y sensual, perfectamente formada para unirse a la de un hombre.

-Eres una magnífica obra de arte -murmuró-. Y has trabajado hasta caer rendida, ¿verdad?

Tyler paseó la mirada por la habitación, se fijó en el vino, las velas, y la cama preparada y llena de almohadas.

-La intención tendrá que bastar por esta noche. Vamos, pequeña -susurró, deslizando los brazos bajo su cuerpo-. Vamos a meterte en la cama.

Sophia se movió y se acurrucó contra su pecho. Tyler decidió que tenía que haber una medalla para un hombre que acostaba a una mujer que tenía el aspecto de Sophia y que olía como ella, sin intentar hacer nada.

-Hummm. Ty.

-Has acertado. Ya está -dijo, depositándola sobre la cama-. Vuélvete a dormir.

-Los ojos de Sophia se abrieron cuando Tyler la tapó con el edredón.

-¿Qué? ¿Adónde vas?

-A dar un largo y solitario paseo en la fría noche. -Tyler se inclinó para dade un casto beso en la frente, divertido con la situación-. Seguido de la preceptiva ducha fría.

-¿Por qué? -Sophia le cogió la mano y la metió bajo su mejilla-. Se está muy caliente aquí dentro.

-Cielo, estás dormida. Tendremos que dejado por hoy.

-No te vayas. Por favor, no quiero que te vayas.

-Volveré.

Se inclinó de nuevo con intención de darle un beso de buenas noches, pero los labios de Sophia eran suaves y perezosamente incitadores. Tyler se hundió en ellos y se dejó rodear por los brazos de Sophia.

-No te vayas -repitió ella-. Haz el amor conmigo. Será como un sueño.

y sí, fue como un sueño lleno de aromas, sombras y suspiros.

Lento y tierno cuando ninguno de los dos lo esperaba, ni lo hubiera pedido. Tyler se metió en la cama con ella, flotó con ella bajo el suave tacto de sus caricias y los movimientos suaves de su cuerpo.

La dulzura de aquel momento lo inundó como la luz de las estrellas.

Volvió a buscar su boca y todo lo que siempre había querido.

La respiración de Sophia se hizo jadeante; las sensaciones se
superponían unas a otras. Las manos de Tyler estaban encallecidas por el trabajo, pero la acariciaron con dedos de terciopelo. El cuerpo de Tyler era duro, musculoso, pero cubrió el suyo como la seda.

La boca de Tyler era firme, y recorrió su cuerpo con infinita y abrumadora paciencia.

No se devoraron con avidez. No hubo rapidez ni premura. Aquella noche fue para saboreada como un bálsamo. Para ofrecer y recibir.

El primer orgasmo fue como elevarse hacia las nubes.

Sophia exhaló un largo y ronco gemido cuando su cuerpo se arqueó contra el de Tyler, rindiéndose con satisfacción. Le pasó la mano por los cabellos y vio en ellos el cambiante reflejo de la luz y las sombras. «Él era así -pensó, perdiéndose en su cuerpo-. Siempre cambiante, con innumerables facetas.» y en aquel momento le estaba mostrando una más. Le hincó los dedos en la espalda, atrayéndolo hacia sí, hasta que se juntaron sus bocas.

En la oscuridad, Tyler vio el brillo de las velas en sus ojos, como un polvo dorado esparcido sobre negros estanques. En el aire se respiraba un dulce aroma. Ella lo miraba y él la miraba a ella cuando la penetró.

-Esto es diferente -dijo Tyler, y le tocó la boca con sus labios
cuando ella meneó la cabeza-. Esto es diferente. Ayer te deseaba. Hoy te necesito.

Las lágrimas empañaron los ojos de Sophia. En sus labios temblaron palabras que no sabía pronunciar. Y entonces se sintió tan
llena de él que sólo pudo sollozar su nombre y dejarse llevar.

«¿Qué tenía en común un viticultor italiano de setenta y tres años de edad con una ejecutiva de ventas de California de treinta y seis? Giambelli -pensó David-. Era el único vínculo que había podido encontrar entre ellos.»

Además del modo de morir.

La autopsia del cadáver de Bernardo Baptista confirmó que había ingerido una peligrosa dosis de digitalina con el Merlot. No podía pensarse en una coincidencia.

Pero ¿por qué? ¿Qué motivo relacionaba a Margaret Bowers con Baptista? .

David dejó a sus hijos durmiendo y, tras inspeccionar los viñedos Giambelli, cogió la furgoneta para visitar los viñedo s MacMillan la temperatura había bajado, así que Paulie y él habían puesto en marcha los aspersores y habían recorrido las hileras para comprobar que el agua cubría las vides y la fina película de hielo las protegía de una helada más fuerte. Sabía que Paulie pasaría toda la noche en vela para asegurarse de que el flujo de agua fuera uniforme y constante. Se preveía que, justo antes del amanecer, las temperaturas bajarían hasta alcanzar casi el límite crítico de los cero grados.

En un instante, la helada podía matar las vides con la misma eficacia que una persona, y de forma igualmente despiadada.

Al menos esa situación podía controlada. Podía comprender la brutalidad de la naturaleza y combatida. Pero ¿cómo podía una persona racional

comprender asesinatos a sangre fría, en apariencia aleatorios?

Vio la fina neblina del agua sobre los viñedos MacMillan. Las minúsculas gotas resplandecían a la fría luz de la luna. Se puso los guantes, cogió su termo de café y se apeó de la furgoneta para dirigirse hacia la gélida humedad de los viñedos.

Encontró a Tyler sentado sobre un cajón, bebiendo café de su propio termo.

-Imaginaba que pasarías por aquí. -Ty dio un puntapié a otro cajón con la punta de la bota, invitando a David a sentarse-. Toma asiento.

-¿Dónde está tu capataz?

-Lo he mandado a casa hace un momento. No vale la pena que nos quedemos sin dormir los dos.

Lo cierto era que a Ty le gustaba estar solo en el viñedo, sumido en sus pensamientos mientras los aspersores siseaban.

-Estamos haciendo todo cuanto podemos. - Ty se encogió de hombros, y contempló las hileras de viñas, que se habían convertido en un mundo de hadas centelleantes bajo las luces-. El sistema funciona bien.

David se sentó y destapó su termo. Llevaba un gorro de esquiar y una gruesa chaqueta para protegerse de la humedad y el frío, igual que Tyler. .

-Paulie se ha hecho cargo de la vigilancia en Giambelli. La alarma de heladas se ha disparado justo después de la medianoche. Ya estábamos preparados.

-Es normal a finales de marzo. Es a finales de abril y principios de mayo cuando te pillan desprevenido. Yo lo tengo todo controlado por aquí, si quieres irte a dormir un poco.

-Nadie duerme mucho por aquí últimamente. ¿Conocías a Bap tista?

-No. Mi abuelo sí. Está siendo muy duro para *la signora.* Aunque ella no lo demuestre fuera de la familia -añadió-, y dentro de la familia muy poco. Pero está muy abatida por esa muerte. Todas lo están. Las mujeres Giambelli, quiero decir.

-La manipulación del producto...

-No es sólo eso. Ésa es la parte del negocio. Pero lo suyo es personal. Fueron al funeral cuando murió. Supongo que para Sophia era como una especie de mascota. Me dijo que le daba caramelos a escondidas. El pobre viejo.

David encorvó los hombros, sujetando la taza del termo entre las rodillas.

-He estado pensado en ello, intentando averiguar qué relación podría haber entre los dos casos. Seguramente ha sido una pérdida de tiempo. No soy detective, sólo un mero oficinista.

Tyler lo escrutó por encima de su café.

-Por lo que he visto hasta ahora, no eres muy dado a perder el tiempo, y no estás tan mal para ser un oficinista.

David alzó su taza con una breve carcajada. El vapor del café se mezcló con la neblina.

-Viniendo de ti, eso es todo un cumplido.

-Muy cierto.

-Bien. Por lo que sé, Margaret ni siquiera llegó a conocer a Baptista. Murió antes de que ella se hiciera cargo de las cuentas de Avano y empezara a viajar a Italia.

-Eso no importa si fueron víctimas al azar.

-Importa si no lo fueron -dijo David, meneando la cabeza. -Sí, yo también lo he estado pensando.

Tyler se levantó para estirar las piernas, y ambos echaron a andar juntos por entre las hileras.

Se dio cuenta de que, en algún momento indeterminado, David había dejado de molestarle. «Mejor -pensó-. Se perdían muchas energías tontamente con tales resentimientos. Y no debía desperdiciarse energía ni un tiempo valioso cuando ambos estaban, además, en el mismo barco.»

-Los dos trabajaban para Giambelli, y ambos conocían a la familia. -Tyler hizo una pausa-. Los dos conocían a Avano.

-Avano murió antes de que Margaret descorchara la botella. Sin embargo, no sabemos desde cuándo la poseía. Avano podía tener muchas razones para querer librarse de ella.

-Avano era un estúpido -dijo Tyler rotundamente-, y además un gilipollas. Pero no me lo imagino asesinando a nadie. Demasiado esfuerzo para él, y no tenía agallas.

-¿Le gustaba a alguien?

-A Sophia. -Tyler se encogió de hombros, deseando ser capaz de no pensar en ella más de diez minutos seguidos-. Al menos intentaba que le gustara. Y sí, gustaba a mucha gente, y no sólo a mujeres.

Era la primera vez que a David le daban una descripción clara y sin censura de Anthony Avano.

-¿Por qué?

-Tenía mucha labia. Sabía hacer su numerito. Muy logrado. A mí me parecía más bien empalagoso, pero le funcionaba muy bien. -Igual que a su propio padre, se dijo Ty-. Algunas personas se deslizan por la vida como las serpientes, derribando impunemente a los que se encuentran a su paso. Él era una de esas personas.

-*La signora* lo mantuvo en la compañía.

-Por Claudia, por Sophia. Eso por lo que se refiere a la parte familiar. En el aspecto profesional, bueno, sabía cómo tener contentos a los clientes.

-Sí, sus gastos demuestran lo mucho que se esforzaba para conseguirlo. Así que, con Margaret saltando por encima de él, empezaba a perder la oportunidad de vivir de Giambelli. Tenía que estar furioso, con la compañía, con la familia y con ella.

-Su estilo habría sido más bien intentar follársela, no matarla. Tyler se detuvo y contempló las hileras una por una. Su aliento formaba densas nubes de vapor. Hacía más frío que antes. Su termómetro interno de experto viticultor le dijo que se acercaba a los cero grados.

-No soy oficinista, pero imagino que todos estos problemas estan costando un montón de dinero a la empresa en pérdidas y en guardar las apariencias. Si alguien quería causar problemas a la familia, ha encontrado un modo ingenioso y desagradable de hacerla.

-Entre la retirada de botellas, el pánico inmediato de los consumidores y la desconfianza en nuestra marca, a largo plazo nos costará millones. Los beneficios se reducirán, y eso te afecta a ti también.

-Sí. - Tyler había aceptado ya la cruda realidad-. Supongo que Sophia es lo bastante inteligente para disipar esa desconfianza a largo plazo.

-Tendrá que ser más que inteligente. Tendrá que ser brillante.

-Lo es. Eso es lo que la hace tan insoportable.

-Estás colado por ella, ¿eh? -David agitó una mano-. Lo siento. Demasiado personal.

-¿Lo preguntas como empleado de la compañía, como colega o como el tipo que sale con su madre?

-Pretendía hacerlo como amigo.

Tyler reflexionó unos instantes y luego asintió.

-De acuerdo, me parece bien. Supongo que podría decir que he estado colado por ella desde que tenía veinte años y ella dieciséis. Dios -exclamó, recordándola-. Era como un relámpago, y ella lo sabía. Me sacaba de quicio.

David guardó silencio un momento, mientras el agua seguía siseando y convirtiéndose en una película helada.

-Había una chica en la universidad -dijo al fin, sorprendido al ver que Tyler se sacaba una petaca del bolsillo y se la ofrecía-. Marcelle Roux. Francesa. Con las piernas más largas que he visto y unos dientes superiores un poco salidos que resultaban muy sexys.

-Dientes salidos. - Ty intentó imaginarla-. Ésa sí que es buena.

-Oh, sí. -David bebió de la petaca, dejando que el coñac lo traspasara de parte a parte-. Dios, Marcelle Roux. Me tenía completamente aterrorizado.

-Una mujer con ese aspecto te deja agotado. -Tyler cogió la petaca y bebió-. Yo pensaba que si tenía que perder el seso por una mujer, lo cual es un fastidio de por sí, sería mejor que fuera por una de trato fácil que no te pusiera los pelos de punta la mitad de las veces. He puesto en práctica esta teoría durante los últimos diez años, con un esfuerzo considerable. Maldita sea para lo que me ha servido.

-Lo mío es peor -dijo David, al cabo de un rato-. Sí, mucho peor. Tenía una mujer y dos hijos, buenos chicos, y pensaba que habíamos alcanzado el sueño americano. Bueno, pues se fue todo por el retrete. Pero tenía a los chicos. Puede que la haya jodido unas cuantas veces, pero eso forma parte del trabajo de ser padre. y me había centrado en un solo objetivo: darles una vida decente, ser un buen padre. En cuanto a las mujeres, bueno, ser un buen padre no significa que uno tenga que ser un monje, pero no ocupaban un lugar muy importante en mi lista de prioridades. No pensaba volver a tener una relación seria. No, señor. ¿Quién la necesitaba? Entonces Claudia abrió la puerta, y tenía un ramo de flores en las manos. Hay todo tipo de relámpagos, que caen sobre uno por sorpresa.

-Quizá, pero el caso es que te fríen los sesos.

Siguieron caminando en las horas más frías, justo antes del amanecer, mientras los aspersores seguían girando y las vides resplandecían con un brillo de plata helada, a salvo.

Doscientos cincuenta invitados, una cena de siete platos, cada uno

regado con el vino adecuado, seguida de un concierto en el gran salón, y un baile como colofón.

Los preparativos habían sido toda una hazaña, por la que Sophia estaba orgullosa de su madre, que había mimado hasta el último detalle. Se felicitó también a sí misma por haber sabido salpicar la lista de invitados con nombres y caras conocidas del mundo entero.

«Los Giambelli no tenían nada que envidiar a la ONU», pensó, sentada con la mayor compostura, mientras escuchaba un aria interpretada por una soprano italiana.

El cuarto de millón de dólares que habían recaudado para beneficencia no sólo serviría para una buena causa, sino que les reportaría una publicidad impagable. Especialmente buena porque asistían todos los miembros de la familia, incluyendo su tío abuelo sacerdote, que había accedido a hacer el viaje tras una llamada personal e insistente de su hermana.

Unidad, solidaridad, responsabilidad y tradición; éstas eran las palabras clave que transmitía machaconamente a los medios de comunicación. Y las palabras se acompañaban de imágenes. La hospitalaria villa abría sus puertas en bien de una buena causa. Cuatro generaciones de la misma familia, unidas por el vínculo de la sangre y el vino, y la visión de un hombre.

Oh sí, Sophia utilizaba también a Cesare Giambelli, el sencillo campesino que había construido un imperio con su sudor y sus sueños. Era una publicidad irresistible. Con ello no esperaba cambiar la publicidad adversa, pero por lo menos la había frenado.

Su único motivo de enojo aquella noche era Kris Drake. Había estado un poco lenta, decidió. Había invitado a Jeremy DeMorney a propósito. Invitando a un puñado de importantes competidores demostraban el espíritu abierto de GiambelIi, así como su sentido de la comunidad. No se le había ocurrido que Jerry llevara a una antigua empleada de Giambelli como pareja.

«Pero debería -pensó-. Era un movimiento inteligente, astuto y divertido por parte de Jerry, muy propio de él. Además, no le quedaba más remedio que admitir que Kris los tenía bien puestos.»

Este asalto es suyo, reconoció. Pero creía haberse apuntado un tanto, mostrándose exquisitamente cortés con ambos.

-No prestas atención -dijo Tyler dándole un codazo-. Si yo tengo que escuchar esto, tú también.

-Oigo todas y cada una de las notas -dijo Sophia, inclinándose hacia él levemente-. Y puedo pensar al mismo tiempo. Son diferentes partes del cerebro.

-Tu cerebro tiene demasiadas partes. ¿Cuánto va a durar esto? Las intensas y puras notas de la soprano vibraron en el aire. -Es magnífica. Y ya casi ha acabado. Está cantando sobre una tragedia, un corazón roto.

-Pensaba que trataba sobre el amor.

-Es lo mismo.

Tyler la miró y vio las lágrimas que brotaban de aquellos ojos negros e insondables, y quedaban perfectamente suspendidas de sus pestañas.

-¿Son de verdad o sólo para la galería?

-Pareces un paleto. Silencio.

Sophia enlazó los dedos entre los de Tyler y dejó de pensar, para

no sentir nada más que la música en los momentos finales.

Cuando vibró la última nota hasta convertirse en silencio, Sophia se levantó con los demás para dedicar atronadores aplausos a la soprano.

-¿Podemos ausentamos cinco minutos? -le susurró Tyler al oído.

-Eres peor que un paleto, eres un salvaje. *Brava!* -gritó-:Ve tú delante -añadió en un susurro-. Tengo que cumplir con mi papel de anfitriona. Tú deberías acompañar al tío James, que tiene un aspecto tan desolado como tú. Salid a tomar un copa, fumad un cigarrillo y comportaos como hombres.

-Si crees que no se necesitaba ser un hombre para quedarse sentado aquí y permanecer despierto durante una hora de ópera, cielo, estás muy equivocada. .

Sophia lo vio alejarse y luego se dirigió hacia la diva con los brazos extendidos.

-*Signora, bellissima!*

-Don. -Apretó el brazo de su primo, sonriendo para disculparse con la pareja que hablaba con él-. Tu madre no se encuentra bien -dijo en voz baja-. ¿Podrías ayudarme a llevada a su habitación?

-Claro. Lo siento,' Claudia -respondió él, y se dirigieron juntos hacia Francesca-. Debería haberla vigilado más de cerca. -Recorrió el salón con la mirada, buscando a su mujer-. Pensaba que Gina estaba con ella.

-No importa. *¿Zia* Francesca?

Claudia se inclinó para hablar con tono tranquilizador en italiano. Entre ella y Don ayudaron a la mujer a levantarse. .

-*Ma che vuoi?* -Parecía aturdida, y dio un cachete a Claudia en la mano-. *Lasciame in pace.*

-Vamos a llevarte a la cama, mamá -dijo Don, sujetándola con más fuerza-. Estás cansada.

-*St, Sto* -Francesca dejó de debatirse-. *Vorrei del vino.*

-Ya has bebido suficiente -dijo Don, pero Claudia lo miró meneando la cabeza.

-Te llevaré vino cuando estés en tu habitación.

-Eres una buena chica, Claudia. -Dócil como un cordero, Francesca abandonó el salón de baile arrastrando los pies-. Mucho más dulce que Gina. Don debería haberse casado contigo.

-Somos primos, *zia* Francesca -le recordó Claudia.

-¿Ah, sí? Oh, claro, claro. Estoy un poco mareada. Viajar es muy estresante.

-Lo sé. Te sentirás mucho mejor cuando te pongas el camisón y te acuestes.

En cuanto llegaron al dormitorio de Francesca, Claudia llamó a una doncella. Lamentaba tener que dejado todo en manos de Don, pero debía volver rápidamente al salón de baile.

-¿Algún problema? -preguntó-Sophia.

-Tía Francesca.

-Ah, eso siempre es divertido. Bueno, tener un sacerdote en la familia debería ayudamos a borrar la impresión de la borracha. ¿Estamos

preparados?

-Sí.

Claudia atenuó las luces. A una señal suya, se abrieron las puertas de la terraza y la música inundó el salón. Teresa y Eli abrieron el baile. Sophia rodeó a su madre por la cintura.

-Perfecto. Un trabajo estupendo.

Claudia cumplió también con su deber, pero su cabeza no estaba llena de música ni de objetivos publicitarios, sino que se hallaba abocada al vértigo de los detalles. Las sillas debían retirarse, rápidamente y en silencio, para despejar el salón de baile. Las puertas de la terraza debían abrirse exactamente en el momento más adecuado, y la orquesta debía situarse en su sitio para empezar a tocar. Pero no antes de que se permitiera a la diva sus dosis de adulación. Claudia esperó a que Teresa y Eli ofrecieran un ramo de rosas a la soprano, y luego hizo una seña a David, Helen y unos cuantos amigos escogidos para que sumaran sus felicitaciones y alabanzas.

Mientras ellos obedecían sus instrucciones, Claudia hizo una señal al personal que aguardaba. Luego frunció el entrecejo al ver a su tía Francesca sentada aún y dormida como un tronco. «Había vuelto a emborracharse», pensó, abriéndose paso hacia ella por entre los invitados.

-¡Gracias a Dios! -Dejó escapar el aire-. Me iría muy bien una copa.

-Cuando esto termine, nos beberemos una botella de champán cada una. Pero ahora, a bailar -dijo Sophia, dando a su madre un leve codazo.

Parecía que se limitaban al trato social, pero en realidad era trabajo: insistiendo en la confianza de la compañía; respondiendo a preguntas, algunas sutiles, otras no tanto, de los invitados y la prensa; manifestando pesar e indignación, que eran sinceros, al tiempo que hacían llegar su mensaje.

Giambelli-MacMillan seguía en pie y elaborando vino. -¡Sophia! ¡Qué velada tan encantadora!

-Gracias, señora Elliot. Me alegro de que haya podido venir. -No me lo habría perdido por nada del mundo. Ya sabes que Blake y yo tenemos un papel muy activo a favor de las personas sin hogar. Nuestro restaurante contribuye generosamente, ayudando a los albergues de acogida.

«Y vuestro restaurante -pensó Sophia, siguiendo la conversación con las palabras más adecuadas-, canceló un pedido de Giambelli-MacMillan al primer indicio de dificultades.»

-Tal vez algún día vosotros y nosotros podríamos trabajar juntos para recaudar fondos. Al fin y al cabo, la comida y la bebida son el matrimonio perfecto.

-Hummm. Bueno.

-Conocéis a nuestra familia desde antes de que yo naciera.

-Para establecer una mayor intimidad, Sophia aferró a la mujer por el brazo y la alejó de la música-. Espero que recuerdes lo mucho que valoramos esa relación y esa amistad.

-Blake y yo no tenemos más que el mayor de los respetos por tu abuela y por Eli. Lamentamos muchísimo vuestros problemas actuales.

-Cuando los amigos tienen problemas, buscan el apoyo de otros amigos.

-y tenéis el nuestro, en el terreno personal. Pero el negocio es el negocio, Sophia. Tenemos que proteger a nuestra clientela.

-Igual que nosotros. Giambelli defiende su producto. Cualquiera de nosotros puede ser víctima de sabotajes o manipulaciones. Y si nosotros, y los que hacen negocios con nosotros, permitimos que los autores queden impunes, otros correrán el mismo riesgo.

-Sea como sea, Sophia, hasta que estemos seguros de que la marca Giambelli está limpia, no podemos servirla. Lo siento, y me ha impresionado la entereza con que afrontáis vuestras dificultades. Blake y yo no habríamos venido si no apoyáramos a vuestra familia como amigos, pero nuestros clientes esperan una buena comida, bien servida, cuando vienen a nuestro restaurante, no jugar con la posibilidad de que el vino esté manipulado.

-Cuatro botellas entre miles y miles -empezó Sophia.

-Una ya es demasiado. Lo siento, querida, pero es la pura realidad. Disculpa.

Sophia se dirigió a un camarero, cogió un vaso de vino tinto y, después de darse la vuelta lentamente, por si alguien la miraba, lo apuró de un trago.

-Pareces un poco tensa. -Kris apareció a su lado de pronto y cogió una copa de champán-. Seguro que es por tener que trabajar de verdad para ganarte la vida.

-Te equivocas. -Su voz podría haber helado el aire entre ellas-. No trabajo para ganarme la vida, sino por amor a mi trabajo.

-Has hablado como una princesa. -Satisfecha de sí misma, Kris bebió un sorbo de champán. En lo que a ella concernía, su función aquella noche era sacar a Sophia de sus casillas-. ¿No es asícomo te llamaba Tony, su princesa?

-Sí. -Sophia esperó sentir el dolor habitual, pero no llegó, lo que en sí mismo era también doloroso-. Nunca me comprendió y al parecer, tú tampoco.

-Oh, yo sí que te comprendo. Y a tu familia también. Estáis en un buen aprieto. Ahora que Tony ha muerto y que el granjero y tú os habéis hecho cargo de la empresa, ésta ha perdido toda la ventaja sobre sus competidores. Ahora te dedicas a exhibirte con tus vestidos de noche y tus perlas para intentar levantar el negocio y tapar errores. Francamente, no eres distinta del tipo que mendiga por las esquinas, pero al menos él es honrado.

Lentamente, con cuidado, Sophia dejó a un lado su copa de vino y se dispuso a dar la réplica, pero antes de que pudiera hablar, se acercó Jerry rápidamente y sujetó a Kris por un brazo.

-Kris. -Su tono era de advertencia-. Esto está fuera de lugar. Sophia, lo siento.

-No necesito que nadie se disculpe por mí. -Kris se echó el pelo hacia atrás-. No he venido en nombre de la empresa, sino a título personal.

-No quiero oír disculpas, de ninguno de los dos. Eres una invitada en mi casa, y mientras te comportes como tal, así serás tratada. Pero si me insultas a mí o a mi familia, tendré que hacer que te echen. Igual que hice que te echaran de la oficina. No creas que vacilaré en hacedo por no provocar una escena.

Kris frunció los labios en una especie de beso. -¿No quedaría la mar de bien en la prensa?

-Ponme a prueba -le espetó Sophia-. Entonces veremos cuál de las dos se desenvuelve mejor mañana ante la prensa. En cualquier caso, Kris, te echarían de una patada en el culo, y puede que a tu nuevo jefe no le gustara nada, ¿verdad, Jerry?

-¡Sophia! Qué guapa estás. -Helen rodeó los hombros de Sophia con un brazo y apretó con fuerza-. ¿Nos disculpáis? -dijo alegremente, llevándose a Sophia-. Será mejor que apagues esa mirada asesina, cariño. Estás asustando a los invitados.

-Me gustaría freír a Kris, y a Jerry con ella.

-No vale la pena, cielo.

-Lo sé, lo sé. No me habría alterado tanto si no me hubiera enfadado antes con Anne Elliot.

-Demos un pequeño paseo hasta el lavabo mientras te calmas.

Recuerda que has impresionado a todo el mundo con esta magnífica velada.

-Demasiado pequeña y a un precio elevado.

-Sophia, estás temblando.

-Estoy furiosa, eso es todo. -Sophia se serenó mientras bajaban las escaleras en dirección a las habitaciones de la familia-. Y asustada -confesó cuando entró en el lavabo con Helen-. Tía Helen, he gastado el dinero a manos llenas para dar esta fiesta. Dinero que debería haber manejado con más cuidado, dadas las circunstancias. Los Elliot no van a cambiar de opinión, y luego Kris aparece como un buitre al olor de la carne fresca.

-Sólo es una de tantas mujeres a las que Tony dejó plantadas, y no vale la pena que desperdicies tu tiempo y tus energías con ella.

-Sabe cómo pienso. -No había sitio para desahogarse paseando, de modo que Sophia tuvo que limitarse a dar rienda suelta a su ira-. Conoce mi forma de trabajar. Debería haber hallado el modo de conservada en la empresa para vigilada.

-Basta. No puedes culparte por lo que haya hecho ella. Cualquiera puede darse cuenta de que está celosa de ti. Sé que ahora la situación es un poco delicada, pero esta noche he hablado con ciertas personas que te apoyan incondicionalmente y están horrorizadas por lo sucedido.

-Sí, y puede que algunas de ellas se dejen convencer para poner su dinero en el mismo sitio que los sentimientos. Pero hay muchos más que no lo harán. Los camareros me han informado que algunos invitados no prueban el vino, o primero observan a los que lo beben antes de probado. Es horrible. Y la pobre *nonna* está sometida a una gran presión. Me he dado cuenta de que empieza a afectarle y estoy muy preocupada por ella.

-Sophia, cuando una empresa lleva cien años en el negocio, tiene sus crisis. Ésta no es más que una de tantas.

-Jamás había sucedido nada igual. Estamos perdiendo clientes, tía Helen. Tú lo sabes. Circulan chistes por ahí, seguro que los habrás oído. ¿Tiene problemas con su mujer? No pague a un abogado, regálele una botella de Giambelli.

-Cariño, yo soy abogada, hace siglos que salimos en los chistes. -Helen le

acarició el cabello. No se había dado cuenta de lo mal que lo estaba pasando-. Has echado demasiada carga sobre tus hombros.

-Mi trabajo consiste en mantener nuestra imagen, no sólo como la generación del futuro, sino como ejecutiva. Si no puedo solucionar esto... Sé que he puesto un montón de huevos en la cesta de esta noche, y detesto ver cómo se rompen.

-Sólo algunos -le recordó Helen-. No son todos, ni mucho menos.

-Pero no consigo hacerles llegar mi mensaje. Nosotros somos las víctimas, ¿es que no se dan cuenta? Nos están atacando financiera, emocional y legalmente. La policía... por amor de Dios, corren rumores de que Margaret y mi padre conspiraban juntos y de que mamá lo sabía.

-Eso no son más que tonterías de Rene.

-Sí, pero si la policía empieza a tomárselas en serio y a interrogada como sospechosa, no sé lo que vamos a hacer.

-Eso no va a suceder.

-Oh, tía Helen, es posible que sí. Con Rene azuzando las llamas en programas basura y prensa amarilla, y sin indicios de que vayan a detener al verdadero responsable, mamá es la primera de la lista. Junto conmigo.

Inevitablemente, Helen también lo había pensado, pero oírselo decir con tanta franqueza le puso la piel de gallina.

-Escúchame. Nadie va a acusaras a tu madre y a ti. Puede que la policía os investigue, pero sólo por eliminación. Si pretenden ir más allá, tendrán que pasar primero por encima de James y de mí, e incluso de Linc.

Atrajo a Sophia hacia sí y la abrazó. -No te preocupes por eso.

Palmeó la espalda de Sophia y vio su imagen reflejada en el espejo. La sonrisa tranquilizadora desapareció para dar paso a la inquietud. Dio gracias de que el secreto profesional al que estaba obligada por su relación abogado-cliente con Teresa le impidiera aumentar los miedos de Sophia.

Aquella misma mañana habían requerido judicialmente todos los archivos financieros de la empresa.

Sophia se repasó los labios, se empolvó la nariz e irguió los hombros. Nadie habría visto signo alguno de miedo o desesperación. Estaba radiante, y su risa era cálida y desenfadada cuando se reunió con los invitados.

Coqueteó, bailó y siguió con su campaña. Se animó considerablemente cuando consiguió convencer a otro cliente importante para que levantara el veto a la marca Giambelli.

Satisfecha de sí misma, se tomó un breve descanso para bromear a costa de Linc.

-¿Aún sigues con este perdedor? -preguntó a Andrea.

-Bueno, cada vez que intento dejarlo se echa a llorar.

-No es cierto. Me limito a poner cara de desesperación. Estaba

a punto de ir a buscarte -dijo Linc-. Tenemos que irnos.

-¿Tan temprano?

-El cuarteto de cuerda no es mi fuerte. He venido sólo porque

mamá me ha sobornado con mi pastel preferido. Pero quería verte antes de que nos fuéramos para preguntarte qué tal estás.

-Oh, bien.

Linc le dio unos toquecitos en la nariz.

-Puedes hablar. Andrea está al tanto de la situación.

-Es duro -admitió Sophia-. A *nonna* le ha costado aceptar lo que le sucedió al *signore* Baptista. Lo apreciaba mucho. Creo que todos nos sentimos un poco agobiados por tantas investigaciones. De hecho, no hace mucho me puse a llorar sobre el hombro de tu madre.

-Está acostumbrada. Ya sabes que también puedes contar con mi hombro cuando quieras.

-Lo sé. -Sophia besó a Linc en la mejilla-. En realidad no eres tan malo. Y tienes buen gusto para los médicos. Vamos. Marchaos. -Se hizo a un lado-. Vuelve cuando quieras -añadió, dirigiéndose a Andrea, e inició una nueva ronda por el salón.

-Ah, estás aquí -dijo Tyler, agarrándola para llevársela hacia un rincón-. No puedo aguantado más. Deserto.

-Vamos, arriba ese ánimo. -Sophia observó a la muchedumbre de invitados. Empezaba a menguar, pensó, pero no demasiado. Era un buen síntoma-. Aguanta una hora más y te compensaré con creces.

-La compensación tendrá que ser muy alta.

-Lo recordaré. Ve y muéstrate encantador con Betina Renaldi. Es vieja e influyente, y seguro que muy receptiva a hombres jóvenes y duros con el culo prieto.

-Madre mía, tardarás años en pagarme esto.

-Tú invítala a bailar y dile lo mucho que la valoramos como clienta.

-Si me pellizca el culo prieto, me desquitaré contigo.

-Hummm. Estoy deseándolo.

Sophia giró a tiempo para ver iniciarse una disputa entre Don y Gina. Rápidamente, atravesó el salón. .

-Aquí no. -Sophia se interpuso entre los dos y se cogió del brazo de ambos, lo que podía interpretarse como un gesto afectuoso-. No es necesario que demos más motivos para los chismorreas.

-¿Crees que puedes decirme cómo debo comportarme? -Gina se habría soltado si Sophia no le hubiera sujetado el brazo con firmeza

- Precisamente tú, cuyo padre era un gigoló, cuya familia no tiene honor.

-Cuidado, Gina, cuidado. La familia te paga los pañales de los críos. Salgamos de aquí.

-Vete al diablo. -Gina empujó a Sophia contra Don-. Tú y toda tu familia.

Su voz se hizo más chillona, lo que provocó que varias cabezas se volvieran para mirar. Sophia consiguió arrastrada hasta la puerta del salón antes de que se desasiera.

-Si montas aquí una escena -le advirtió Sophia-, te perjudicará tanto como al resto de nosotros. Tus hijos son Giambelli. Recuérdalo.

A Gina le tembló el labio, pero bajó la voz.

-Recuérdalo tú. Recordadlo los dos; lo que hago, lo hago por ellos.

-Don. Maldita sea, ve tras ella, tranquilízala.

-No puedo. No querrá escucharme. -Don se escondió tras la puerta y sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente-. Está embarazada otra vez.

-Oh. -Sophia le palmeó el brazo, debatiéndose entre el alivio y el fastidio-. Felicidades.

-No quiero más hijos. Ella lo sabía. Tuvimos una pelea por eso. Y luego viene esta noche, mientras nos estamos vistiendo y los niños gritan y tengo la cabeza como un bombo, que está embarazada otra vez. Espera que esté encantado, y luego se enfurece conmigo porque no lo estoy.

Volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo.

-Lo siento. De verdad, lo siento mucho. Pero esta noche es vital que causemos una buena impresión. Tendrás que arreglado, tanto si te gusta como si no. Está embarazada, es vulnerable y sus hormonas se han disparado. Además, no se quedó embarazada ella solita. Tienes que ir a calmada.

-No puedo -repitió él-. No quiere hablar conmigo. Se ha pasado la velada entera enfadada o recordándome que era la voluntad de Dios, una bendición. Necesitaba alejarme de ella y de ese tostón cinco preciosos minutos. De modo que me he escabullido fuera un momento para llamar por teléfono. He llamado a... Hay otra mujer.

-Oh, perfecto. -Sophia no se molestó en soltar ningún taco-. Verdaderamente perfecto.

-No sabía que Gina me había seguido. No sabía que me estaba escuchando a escondidas. Ha esperado a que acabara y volviera para encararse conmigo y acusarme y clavarme las uñas. No, ahora no querrá hablar conmigo.

-Bueno, desde luego habéis elegido el mejor momento los dos.

-Por favor, sé lo que debo hacer y lo haré. Prométeme que no le contarás nada de esto a *zia* Teresa.

-¿Crees que yo voy contándole a *nonna* todos los chismes como una chivata? .

-Sophia. No me refería a eso. -Aliviado por la protesta, cogió a Sophia por ambas manos-. Lo arreglaré. Lo prometo. Pero si tú pudieras ir a ver a Gina ahora y convencerla para que tenga paciencia y se comporte. Para que no cometa ninguna locura. Con la investigación a que estamos sometidos, ya tengo bastante presión sobre mis espaldas.

-La investigación no tiene nada que ver contigo, Donato -dijo Sophia retirando las manos-. Tú sólo eres un hombre más de los que no saben mantener la polla dentro de los pantalones. Aquí estamos luchando por Giambelli. Por lo tanto, haré lo que pueda con Gina. Por una vez, tiene todas mis simpatías. Y después tú tendrás que arreglar tu situación. Romperás con la otra mujer y arreglarás tu matrimonio.

-La quiero, Sophia. Tú sabes lo que es estar enamorado.

-Sé que tienes tres hijos y que otro viene en camino. Tienes una familia a tu cargo, Donato. Te portarás como un hombre, o me encargaré personalmente de que recibas tu merecido. *Capisce?*

-Has dicho que no se lo contarías a *la signora.* Confiaba en ti.

-La signora no es la única mujer Giambelli que sabe cómo tratar a los adúlteros mentirosos y cobardes. *Cacasotto.*

-Eres demasiado dura conmigo -dijo Donato, palideciendo.

-Ponme a prueba y verás hasta dónde puedo llegar. Ahora, demuestra

un poco de inteligencia. Vuelve ahí dentro y sonríe. Anuncia a tu tía que vas a traer otro Giambelli al mundo. Y aléjate de mí hasta que pueda soportar verte otra vez.

Sophia se fue temblando de rabia. «Había sido dura -pensó-. Quizás. Y quizás una parte de su rabia iba dirigida a su propio padre, otro adúltero mentiroso, otro padre que había eludido sus responsabilidades. »

«El matrimonio -pensó-, no significaba nada para algunos.»No era más que un juego cuyas reglas se rompían por puro afán de aventura. Sophia recorrió todas las habitaciones de la familia, pero no encontró a Gina.

«Estúpida mujer», se dijo. En aquel momento no sabía quién le disgustaba más, si ella o Donato.

La llamó sin levantar la voz y se asomó al cuarto donde dormían los niños y la niñera contratada para cuidados.

Pensando que tal vez Gina hubiera decidido dar rienda suelta a su ira fuera de la casa, salió a la terraza. La música del cuarteto de cuerda se elevaba hacia la noche.

Deseó poder elevarse ella también y dejado todo atrás para que se resolviera por sí solo. Esposas furiosas, maridos adúlteros. Policías y enemigos sin rostro. Estaba harta de todo.

Quería estar con Tyler. Quería bailar con él, apoyando la cabeza en su hombro, dejando las preocupaciones a otros durante unas cuantas horas.

Pero se dijo que debía volver al interior de la villa y hacer lo que fuera preciso.

Oyó un débil sonido en la habitación, a su espalda, y se dio la vuelta.

-¿Gina?

Un violento empujón la lanzó hacia atrás. Resbaló sobre los tacones y fue a parar al suelo de la terraza. Al caer, captó un movimiento borroso. y cuando su cabeza se golpeó contra la barandilla de piedra, no vio nada más que una explosión de luz.

Tyler decidió dar por terminada la velada bailando con Teresa. *La sig nora* era menuda, pero su sólida figura, enfundada en un vestido bordado con cuentas, resultaba tranquilizadora, Y su mano era seca y fría. -¿Por qué no está agotada como yo? -preguntó Tyler.

-Lo estaré cuando se marche el último invitado.

Tyler observó el salón, mirando por encima de su cabeza. «Aún quedaba demasiada gente -pensó-, Y ya pasaba de la medianoche.»"

-Podríamos empezar a echarlos.

-Tan cortés como siempre. Eso me gusta de ti. -Al ver que Tyler sonreía, Teresa lo observó detenidamente-. Todo esto no significa nada para ti.

-Por supuesto que sí. Los viñedos…

-Los viñedos no, Tyler. -Señaló las puertas de la terraza, las luces, los músicos-. Esto: las ropas elegantes, la charla insustancial, el oropel.

-Maldita sea si me importa.

-Pero has venido, por tu abuelo.

-Por mi abuelo y por usted, *signora.* Por… la familia. Si todo eso no me importara, me habría largado el año pasado, cuando reorganizó mi vida.

-Aún no me lo has perdonado -dijo ella, y rió.

-No del todo -dijo Tyler, pero en un gesto galante, nada frecuente en él, se llevó la mano de Teresa a los labios y la besó.

-Si te hubieras ido, habría hallado el modo de volver a traerte.

Te habría hecho lamentarlo, pero habrías vuelto. Aquí eres necesario. Voy a decirte algo, porque tu abuelo no lo hará.

-¿Está enfermo? -Tyler perdió el paso al volver la cabeza para buscar a Eli entre la multitud.

-Mírame. A mí -dijo ella con tranquilo énfasis-. Preferiría que él no se enterara de lo que estamos hablando.

-¿Lo ha visto algún médico? ¿Qué tiene?

-No es el cuerpo lo que tiene enfermo. Tu padre lo llamó por teléfono.

-¿Qué quiere? ¿Dinero?

-No; sabe que no conseguirá más dinero. -Teresa habría querido guardar el secreto. Detestaba echar una carga semejante en hombros ajenos, pero después de mucho reflexionar, había decidido que el chico tenía derecho a saberlo, a defender a los suyos, aunque fuera también contra éstos-. Está indignado. Los recientes escándalos están perjudicando su agenda social y causándole, según él afirma, no poco bochorno. Al parecer la policía ha hecho averiguaciones sobre él en el curso de su investigación. Tu padre culpa a Eli.

-Yo me encargaré de que no vuelva a llamar.

-Sé que lo harás. Eres un buen chico, Tyler.

Tyler volvió a mirada e intentó sonreír.

-¿ Sí?

-Sí, muy bueno. No quería cargarte con esta responsabilidad, pero Eli es una persona sensible y está muy dolido.

-Yo no… no soy tan sensible.

-Lo suficiente. -Teresa movió la mano del hombro a la mejilla-. Cuento contigo. -Viendo la sorpresa pintada en el rostro de Tyler, añadió-: ¿Eso te sorprende o te asusta?

-Quizás ambas cosas.

-Amóldate. -Era una orden, aunque amable. Teresa dejó de bailar-. Bien, puedes irte. Ve a buscar a Sophia y convéncela para que se vaya contigo.

-No es fácil de convencer.

-Creo que eres una de las pocas personas que sabe cómo tratada. Hace ya rato que no la veo. Ve a buscada y distráela del trabajo unas horas.

«Aquello -pensó Tyler-, era casi una bendición.» No estaba seguro de quererlo, ni sabía qué iba a hacer al respecto. Por el momento, se limitaría a seguir el espíritu de la orden de Teresa. Encontraría a Sophia y escaparían de allí.

Sophia no estaba en el salón de baile ni en la terraza. Tyler no quiso preguntar a nadie para no parecer el típico idiota impaciente por encontrar a su chica, aunque en realidad lo fuera.

Pese a todo, recorrió aquella parte de la casa, asomándose a una sala de estar donde James fumaba un cigarro y Helen bebía té, mientras él peroraba sobre algún antiguo caso famoso. Linc y su compañera, que en teoría se habían marchado una hora antes, estaban sentados en el sofá, bien como rehenes o cautivados por el discurso.

- Ty, entra. Fúmate un cigarro.

-No, gracias. Estoy... *la signora* me ha pedido que busque a Sophia.

-Hace rato que no la veo. Vaya, mira qué hora es. -Linc se puso el1 pie, arrastrando con él a Andrea-. Tenemos que irnos.

-A lo mejor se ha ido abajo, Ty -sugirió Helen-. Para refrescarse o respirar un poco.

-Sí, bueno, lo comprobaré.

Tyler se encontró con Claudia en las escaleras.

-Tu madre quería saber dónde se ha metido Sophia.

-¿No está arriba? -Claudia se echó los cabellos hacia atrás con aire distraído. No pensaba más que en diez minutos de aire fresco y un gran vaso de agua-. No la he visto desde hace, oh, media hora por lo menos. Estaba intentando hablar con Gina a través de la puerta de su habitación. Se ha encerrado en ella. Al parecer se ha peleado con Don. Está tirando cosas y llorando como una histérica, y por supuesto ha despertado a los niños. Están chillando.

-Gracias por la información. Evitaré esa parte de la casa. -¿Por qué no vas a su habitación? Por lo que he podido entenderle a Gina, Sophia ha intentado hacer de árbitro. Puede que se haya ido allí para tranquilizarse un poco. ¿Está David en el salón de baile? -No lo he visto -respondió Ty-. Seguramente estará por ahí.

Tyler se encaminó a la habitación de Sophia. Si la encontraba allí, tal vez sería una buena idea cerrar la puerta con llave y distraerla del trabajo, tal como le habían ordenado. Se había pasado toda la noche preguntándose qué llevaría debajo del vestido rojo.

Llamó a la puerta con un suave golpe y la puerta se abrió sola.

I,a habitación estaba a oscuras y hacía frío. Meneó la cabeza y se dirigió a la terraza.

-Te vas a congelar tu precioso trasero ahí fuera, Sophia -musitó, y oyó un leve gemido.

Desconcertado, salió a la terraza y la vio bajo el haz de luz que se proyectaba desde el salón de baile. Estaba en el suelo, apoyada cn un codo, intentando moverse. Tyler acudió rápidamente y se arro dilló a su lado.

-Tranquila, cielo. ¿Qué haces? ¿Te has caído?

-Yo no me caigo así como así, Ty.

-Ya. Dios, estás congelada. Vamos, te llevaré dentro.

-Estoy bien. Sólo algo aturdida. Deja que me despeje un poco.

-Dentro. Te has dado un golpe, Sophia. Estás sangrando.

-Estoy... -Sophia se llevó los dedos al doloroso chichón que tenía en la frente, y luego miró embobada la mancha roja que tenía en ellos-. Sangrando -consiguió decir, y se le cerraron los párpados de nuevo.

-Ah, no, no vas a desmayarte -dijo Tyler, sujetándola. El corazón se le encogió cuando la levantó en brazos. Sophia tenía el rostro blanco como el papel, y la herida de la frente sangraba bastante-. Eso te pasa por llevar esos tacones tan finos. No sé cómo las mujeres podéis andar con ellos sin romperos los tobillos.

Tyler siguió hablando para tranquilizada a ella y a sí mismo.

La depositó sobre la cama y cerró la puerta de la terraza.

-Cuando entres en calor echaremos un vistazo a la herida.

- Ty. -Sophia aferró su mano cuando la tapó con el edredón.

Pese al dolor, tenía las ideas más claras-. No me he caído. Alguien me ha empujado.

-¿Te han empujado? Voy a encender esta luz para ver dónde estás herida.

Sophia apartó la cabeza para evitar que la deslumbrara la luz. -Creo que estoy herida por todas partes.

-Quieta. No te muevas.

Las manos de Tyler eran suaves y tranquilas, aunque por dentro hervía de indignación. La herida de la cabeza era un feo corte que se estaba hinchando. También tenía un rasguño en el brazo, justo debajo del hombro.

-Voy a quitarte el vestido.

-Lo siento, querido, pero tengo dolor de cabeza.

Tyler sonrió al ver que Sophia intentaba bromear y le echó el cuerpo hacia delante, buscando cremallera, botones o corchetes.

Algo.

-Cielo, ¿cómo demonios se quita esta cosa?

-Debajo del brazo izquierdo. -Empezaba a dolerle todo el cuerpo-. Hay una pequeña cremallera. Luego tiras del vestido como si pelaras un plátano.

-Me preguntaba qué llevarías debajo -farfulló Tyler mientras la desvestía.

Imaginó que aquella cosa sin tirantes que ceñía la cintura y se curvaba sobre las caderas tendría un nombre. Él se limitó a considerado estupendo. Las medias llegaban hasta la mitad de los muslos y estaban sujetas por unas pequeñas ligas en forma de rosas. Tyler supo apreciar el diseño de la ropa interior, pero se sintió más aliviado al ver que la mujer que la llevaba no había sufrido heridas serias.

Sophia tenía unos rasguños en la rodilla derecha, y la media de seda se había roto.

Alguien iba a pagar muy caras aquellas heridas, se prometió Tyler, pero eso tendría que esperar.

-No ha sido para tanto, ¿ves? -La voz de Tyler era tranquila cuando la ayudó a incorporarse un poco para que lo viera por sí misma-. Parece ser que te has caído sobre el lado derecho y tienes un pequeño morado en la cadera, y

unos rasguños en la rodilla y el hombro. Lo peor ha sido lo de la cabeza, o sea que ha sido una suerte, bien mirado.

-Una forma muy divertida de decirme que tengo la cabeza muy dura. Ty, no me he caído. Me han empujado.

-Lo sé. Hablaremos de eso cuando te haya limpiado un poco. Tyler se puso en pie y ella se recostó sobre la cama.

- Tráeme las aspirinas del cuarto de baño.

-No creo que debas tomar nada antes de que te vean en el hospital.

-No voy a ir al hospital por un par de coscorrones y rasguños. -Sophia oyó correr el agua en el cuarto de baño-. Si intentas obligarme, gritaré, o me pondré histérica y haré que te sientas horriblemente mal. Créeme, estoy deseando hacer que alguien se sienta horriblemente mal y tú estás en mi línea de fuego. No utilices las toallas buenas. Hay unas de diario en el armario, y antiséptico y aspirinas.

-Cállate, Sophia.

-Hace frío -dijo ella, subiendo más el edredón.

Tyler volvió ,con un cuenco de cristal de Murano, una de las

mejores toallas para invitados en el interior, y un vaso de agua. -¿Qué has hecho con el popurrí que había ahí dentro?

-No te preocupes por eso. Ven, juguemos a médicos. -Aspirinas, te lo suplico.

Tyler sacó un frasco de aspirinas del bolsillo, lo abrió y le echó

dos en la mano.

-No seas tacaño, por favor. Quiero cuatro.

Tyler dejó que se tomara las cuatro aspirinas y empezó a limpiarle la herida de la cabeza. Le costó un gran esfuerzo contener el

temblor de las manos y respirar normalmente.

-¿Quién te ha empujado?

I -No lo *sé.* Estaba buscando a Gina. Don y ella se habían peleado.

-Sí, ya me he enterado.

-No la encontraba y he entrado aquí. Quería estar un rato a solas y tomar un poco de aire fresco, así que he salido a la terraza. He oído un ruido detrás de mí y he querido darme la vuelta. Lo último que recuerdo es que resbalaba, que perdía el equilibrio, y luego lo he visto todo negro. ¿Está muy mal la cara?

-No tiene nada malo tu cara. Ése es tu problema, en parte. Te va a salir un chichón aquí, justo al Iado del nacimiento del pelo. El corte no es profundo, sólo un arañazo. ¿No tienes la menor idea de quién te empujó? ¿Hombre? ¿Mujer? .

-No. Todo fue muy rápido y estaba oscuro. Supongo que pudo ser Gina, o Don incluso. Los dos están furiosos conmigo. Eso es lo que ocurre cuando quieres hacer de mediador.

-Si fue uno de ellos, acabarán mucho peor que tú cuando yo

haya terminado.

Un pequeño vuelco al corazón la hizo sentir estúpida, y sirvió

para enfriar su cólera.

-Mi héroe. Pero no sé si han sido ellos. Podría haber sido cualquiera que estuviera curioseando en mi habitación, y luego me ha

empujado para que no lo viera.

-Echaremos un vistazo para ver si falta algo. Ahora no respires. -¿Qué?

-No respires -repitió él, y vio que su rostro se retorcía en una mueca de dolor, cuando le aplicó el peróxido que llevaba en el otro

bolsillo.

-Festa di cazzo! Coglioni! Mostro!

-Hace un momento era un héroe. -Tyler sopló sobre la herida-.

Pasará enseguida. Ahora veamos el resto.

-Va via.

-¿Te importaría insultarme en inglés?

-He dicho que te vayas. No me toques.

-Vamos, compórtate como una persona adulta. Luego te daré una piruleta. - Tyler apartó el edredón y le curó los demás rasguños rápidamente y sin piedad-. Voy a ponerte esta pomada. –Sacó un tubo de pomada antiséptica-. Luego unas vendas. ¿Ves bien?

Sophia resoplaba por el esfuerzo de debatirse, y él ni siquiera

lo había notado. Eso la ponía furiosa.

-Te veo perfectamente, sádico. Estás disfrutando.

-Desde luego tiene cierto atractivo. Nombra a los cinco primeros presidentes de Estados Unidos.

-Mocoso, Gruñón, Dormilón, Romántico y Mudito.

«Dios, ¿cómo no iba a enamorarse de ella?»

-Bastante aproximado. Seguramente no tienes ninguna conmoción. Ya está, cielo. -Le dio un suave beso en los labios mohínos

- Hecho.

-Quiero mi piruleta.

-Ya. - Tyler se inclinó y la abrazó-. Me has asustado -musitó

contra su mejilla-. Me has dado un susto de muerte, Sophia.

Al oír aquellas palabras y saber que eran ciertas, el corazón de

ella volvió a dar el mismo pequeño vuelco.

-Ya ha pasado. No eres un capullo.

-¿Aún te duele?

-No.

-¿Cómo se dice «mentirosa» en italiano?

-Olvídalo. Me siento mejor si me abrazas. Gracias.

-Es gratis. ¿Dónde guardas las baratijas?

-¿Las joyas? La bisutería está en el joyero, las joyas auténticas

en mi caja fuerte. ¿Crees que he sorprendido a un ladrón?

-Será fácil averiguado. -Tyler se levantó para encender el resto

de luces.

Lo vieron los dos al mismo tiempo. A pesar del dolor, Sophia se incorporó de repente. La ira se mezcló con el terror cuando leyó el mensaje garabateado en rojo en el espejo.

ZORRA Nº 3

-Kris. Maldita sea, es su estilo. Si cree que voy a permitir que se salga con... -Sophia dejó la frase sin acabar cuando el terror borró cualquier otro

sentimiento-. Número tres. Mamá. *Nonna.*

-Ponte algo -le ordenó Tyler-. Y cierra las puertas con llave. Iré a comprobado.

-Ni hablar. -Sophia se dirigió al armario-. Lo comprobaremos juntos. A mí nadie me intimida -dijo, poniéndose un suéter y unos pantalones-. Nadie.

Encontraron dos mensajes similares en el espejo del tocador de Claudia y en el de Teresa. Pero no encontraron a Kris Drake.

-Algo más podremos hacer.

Sophia frotaba con furia las letras pintadas en su espejo. La policía local había acudido, había tomado declaraciones y había examinado las habitaciones. Y no le habían dicho nada que ella no supiera. Alguien había entrado en los tres dormitorios y había dejado el desagradable mensaje escrito con pintalabios rojo sobre el espejo. y la había dejado a ella sin sentido.

-Esta noche no podemos hacer nada más. - Tyler le sujetó la mano por la muñeca, obligándola a bajarla-. Yo lo limpiaré.

-Iba dirigido a mí -replicó Sophia, pero tiró el trapo al suelo con asco.

-La policía la interrogará, Sophia.

-y estoy segura de que ella les dirá que entró aquí, garabateó su nota de amor y me derribó. -Sophia dejó escapar un bufido de frustración y apretó los dientes-. No importa. Puede que la policía no tenga pruebas, pero yo sé que ha sido ella. Y tarde o temprano se lo haré pagar. .

-y yo te sujetaré la chaqueta. Mientras tanto, acuéstate. -Ahora no puedo dormir.

Tyler la llevó a la cama de la mano. Sophia estaba aún vestida, y él llevaba la camisa y el pantalón del esmoquin. Se metió en la cama con ella y subió el edredón.

-Prueba a dormir.

Sophia estuvo un rato callada, asombrada de que Tyler no hiciera ademán de tocarla, de seducirla, de poseerla. Tyler apagó la luz. -¿Ty?

-Hummm.

-Cuando me abrazas, no me duele tanto.

-Bien. Duérmete.

Y, apoyando la cabeza en el hombro de Tyler, Sophia se durmió.

Claremont se recostó en la silla y estiró las piernas, mientras Maguire le leía el informe.

-Bien, ¿qué piensas?

-A la señorita Giambelli la dejan sin sentido y un poco magulla da. A las tres mujeres les garabatean un desagradable mensaje en el espejo. ¿Que qué me parece? -dijo Maguire, arrojando el informe sobre su mesa-. En apariencia, una broma pesada hecha por una mujer. -¿ Y en el fondo?

-Sophia Giambelli no está malherida, pero si hubiera sido su abuela la que hubiera entrado en el momento menos oportuno, la cosa podría haber sido mucho más grave. Los huesos viejos se rompen con mayor facilidad. Y según lo que pudieron averiguar los de la policía local, estuvo expuesta al frío de la noche durante quince minutos como mínimo, veinte quizá. Muy desagradable. Podría haber sido más tiempo, si nuestro joven cachas no

hubiera ido en su busca. Así pues, tenemos una broma demasiado pesada y a alguien que hace todo lo posible para fastidiar a las tres mujeres.

-y según ha declarado Sophia Giambelli, Kristin Drake cumple todos los requisitos.

-Ella lo ha negado con vehemencia -replicó Maguire, pero ambos sabían que estaba haciendo de abogado del diablo-. Nadie la vio en aquella parte de la villa durante la velada, ni hay huellas dactilares que la incriminen.

-¿Crees que Sophia Giambelli miente? ¿Se ha equivocado?

-No lo creo. -Maguire torció el gesto-. No tendría ningún sentido que mintiera, y no me parece una mujer que haga cosas sin sentido. Además, es muy prudente. No acusaría a nadie si no estuviera totalmente convencida. La Drake quiso darle un susto. Puede que sea así de sencillo, o quizás haya mucho más.

-Eso me preocupa. Si tenemos a alguien dispuesto a emplear tiempo y esfuerzo, y a correr el riesgo de contaminar el vino, alguien dispuesto a matar, ¿por qué iba a molestarse en dejar unos mensajes insignificantes en los espejos?

-No sabemos si se trata de la misma persona.

Claremont creía que todos los hechos estaban relacionados entre sí.

-Supongamos que es la misma persona y que todo es una venganza contra los Giambelli.

-Entonces los mensajes eran para bajarles los humos. Así que celebráis una gran fiesta, ¿eh? ¿Queréis fingir que todo ha vuelto a la normalidad? Pues tomad esto.

-Tal vez. Drake también encaja dentro del rompecabezas. Trabajaba para la empresa, tuvo un lío con Avano. Si estaba lo bastante cabreada como para armar follón en la fiesta, quizá lo estaba también como para meterle dos tiros en el cuerpo a su amante.

-Ex amante, según su declaración. -Maguire frunció el entrecejo-. Francamente, compañero, ya la habíamos investigado antes sin resultado, y no creo que este pequeño ataque rastrero la relacione con el homicidio de Avano. Son estilos diferentes.

-Pero es interesante, ¿no crees? Durante años, décadas, los Giambelli no habían tenido ningún problema de importancia, y en los

últimos meses, no tienen otra cosa. Interesante.

Tyler se paseaba de un lado a otro con el teléfono, frente a la casa.

Le parecía demasiado pequeña cuando hablaba con su padre. In

cluso California parecía demasiado pequeño entonces.

Claro que en aquel momento no hablaba, sólo escuchaba las habituales quejas de su padre.

Tyler dejó que aquella retahíla siguiera desgranándose: en el

club de campo corrían mil y un rumores sobre él y se hacían chistes

de mal gusto. A su mujer -en realidad Tyler había perdido la cuenta de las sucesivas señoras MacMillan- la habían humillado en el

balneario. Varias invitaciones que esperaban para diversos actos

sociales no habían llegado.

Debía hacerse algo, y rápido. Eli tenía la responsabilidad de

mantener incólume el apellido de la familia, lo que obviamente ha bía olvidado desde un principio al casarse con aquella italiana. En cualquier caso, lo fundamental, lo imperativo, era que el nombre, la etiqueta y la compañía MacMillan se separaran de Giambelli.

Esperaba que Tyler hiciera valer su influencia antes de que fuera demasiado tarde. Eli era viejo, y resultaba evidente que le había llegado la hora de la jubilación.

-¿Has terminado? -Tyler no esperó a que su padre asintiera o protestara-. Porque ahora te vaya explicar cómo van a ser las co sas. Si tienes alguna queja o algún comentario que hacer, los diri ges a mí. Si vuelves a llamar al abuelo para atosigarle, haré todo lo necesario, legalmente, para anular el fideicomiso del que has esta do viviendo los últimos treinta años.

-No tienes derecho a...

-No, tú no tienes derecho. No has trabajado ni un solo día para esta empresa. Ni tú ni mi madre me hicisteis de padres ni un solo día. Hasta que él diga lo contrario, Eli MacMillan dirige este negocio. Y cuando se retire, lo dirigiré yo. Créeme, no vaya ser tan paciente como él. Si vuelves a causarle un momento más de preocupación, habrá algo más que una conversación telefónica entre nosotros.

-¿Me estás amenazando? ¿Piensas enviarme a alguien como a Tony Avano?

-No; sé dónde te duele. Haré que cancelen todas tus tarjetas de crédito. Recuérdalo, ahora ya no tratas con un anciano. No me jodas.

Tyler apretó el botón para cortar la línea. Reflexionó, sopesando el teléfono en la mano, y entonces vio a Sophia junto al jardín.

-Lo siento. No quería escuchar. -Si Tyler se hubiera enfurecido, se lo habría tomado más a la ligera, pero lo cierto era que parecía muy abatido, y ella sabía muy bien, demasiado bien, cómo se sentía. Se acercó y le cogió el rostro entre ambas manos-. Lo siento -repitió.

-No pasa nada. Sólo era una conversación con mi querido padre. -Disgustado, dejó el teléfono sobre la mesa del jardín-. ¿Qué necesitas ?

-He oído el parte meteorológico y sé que hay peligro de heladas esta noche. He pensado que a lo mejor te iría bien un poco de compañía.

-No, gracias. Estoy bien. -Levantó el flequillo de Sophia y examinó la herida-. Impresionante.

-Estas cosas siempre tienen peor aspecto después y durante unos días. Pero ya no me siento rígida cuando me levanto por la mañana. Ty... dime qué te pasa.

-Nada. Ya lo he arreglado.

-Sí, sí, tú lo arreglas todo. Yo también. Qué pesados. -Le dio un apretón en los hombros-. Yo te he contado mis penas, ahora te toca a ti.

Tyler se encogió de hombros, pensando en quitarle hierro al asunto, pero se dio cuenta de que no quería.

-Es mi padre. Le echa la culpa a mi abuelo de la mala prensa, la investigación de la policía, y todo lo demás. Al parecer perjudica sus clases de tenis o algo así. Le he dicho que le deje en paz.

-¿Lo hará?

-Si no lo hace, hablaré con Helen para que ponga algunas trabas a su fideicomiso. Eso le hará callar rápidamente. El muy hijo de puta. No ha trabajado ni un solo día en toda su vida. Peor aún, no ha mostrado ni el menor asomo de gratitud por lo que recibe de balde. Se limita a cogerlo, y luego lloriquea cuando tropieza con algún obstáculo. No es de extrañar que tu padre y él se llevaran tan bien.

Tyler se dio cuenta de lo que había dicho y soltó un juramento.

-Maldita sea, Sophia. Lo siento.

-No, no lo sientas. Tienes razón.

«Existía un vínculo entre ellos -pensó Sophia-, que ninguno de los dos había reconocido antes. Tal vez fuera el momento oportuno para reconocedo.»

-Ty, ¿has pensado alguna vez en la suerte que tenemos tú y yo de que ciertos genes saltaran de generación? No te cierres en banda -dijo Sophia, antes de que él pudiera apartarse-. Eres tan parecido a Eli.

Pasó la mano por su cabello. Le encantaba la forma en que sabía sacado de sus casillas.

-Eres un tipo duro -dijo, rozándole la mejilla con los labios-. Sólido como una roca. No dejes que ese pequeño espacio entre Eli y tú te haga daño.

Más calmado, Tyler apoyó la frente con suavidad en la frente de ella.

-Yo nunca necesité a mi padre -dijo. No del modo en que tú necesitabas al tuyo, pensó-. Nunca le quise.

-y yo necesité al mío y esperé demasiado de él durante demasiado tiempo. Por eso en parte ahora somos como somos. Y me gusta como somos.

-Supongo que no estás mal, teniendo en cuenta las circunstancias. -Tyler acarició sus brazos-. Gracias. -Se inclinó y la besó en la cabeza-. No me importaría tener compañía esta noche.

-Yo traeré el café.

Las vides se cubrieron de pequeños brotes, que se iban abriendo a medida que los días se alargaban y las bañaba la luz del sol. Se removió y se abrió la tierra para albergar la promesa de nuevas plantas. Los árboles mostraban sus hojas primaverales en pequeños puñados de verde descolorido, pero aquí y allá jóvenes y audaces brotes surgían de la tierra. En el bosque, los nidos estaban llenos de huevos, y las patas vigilaban a sus polluelos mientras nadaban en el río.

«Abril -pensó Teresa-, era la época del renacimiento, y la esperanza de que el invierno hubiera terminado al fin.»

-Esos gansos están a punto de salir del cascarón -dijo Eli, mientras daban su paseo matinal en medio de _a niebla fría y silenciosa.

Teresa asintió. Su padre utilizaba el mismo barómetro natural para calcular el tiempo de la cosecha. Con él había aprendido a observar el cielo, los pájaros y la tierra, igual que vigilaba las vides.

-Será un buen año. Este invierno ha llovido mucho.

-Aún tendremos que preocuparnos por las heladas un par de semanas más. Pero creo que hemos calculado bien la fecha en que se debían sembrar las nuevas plantas.

Teresa miró más allá de la elevación del terreno y vio la tierra arada. Había destinado veinte hectáreas a las nuevas vides de origen europeo, injertadas a las raíces de cepas americanas. Habían elegido variedades de primera calidad: Cabernet Sauvignon, Merlot, Chenin Blanc. Tras consultado con Tyler, habían hecho lo mismo con los viñedos MacMillan.

-Dentro de cinco años, quizá cuatro, veremos los frutos. - Teresa había aprendido también a ver el futuro de una sola ojeada. Los ciclos se sucedían-. Llevaremos juntos un cuarto de siglo, Eli, cuando florezca lo que plantamos ahora.

-Teresa. -Eli la cogió por los hombros y la obligó a darse la vuelta para mirarlo. Teresa sintió una punzada de alarma-. Ésta sera mi última cosecha.

-Eli…

-No vaya morirme. -Para tranquilizada, le frotó los brazos suavemente-. Quiero retirarme. Lo he estado pensando muy seriamente desde que nos fuimos los dos a Italia. Hemos echado unas raíces demasiado profundas aquí y allí -dijo, señalando hacia las tierras de los MacMillan-, y en el *castello.* Sembremos estas últimas semillas, tú y yo, y dejemos que nuestros jóvenes recojan la cosecha. Es el momento.

-Ya hemos hablado de eso. Dijimos que esperaríamos cinco años más o menos antes de retirarnos. Que sería un proceso gradual.

-Lo sé. Pero estos últimos meses me han recordado lo deprisa que puede terminar una vida, o una manera de vivir. Existen lugares que quiero ver antes de morir. Quiero vedas contigo. Estoy cansado, Teresa, de vivir según las exigencias de cada estación.

-Mi vida, toda mi vida, la he dedicado a la empresa Giambelli. -Teresa se alejó de él para tocar un pequeño y delicado capullo blanco-. ¿Cómo voy a darle la espalda ahora que está herida, Eli? ¿Cómo vamos a legar a nuestros jóvenes algo que está arruinado?

-Porque confiamos en ellos. Porque tenemos fe en ellos. Porque se lo han ganado, Teresa.

-No sé qué decir.

-Piénsalo. Tienes tiempo de sobra hasta la cosecha. Yo ya lo he pensado. No quiero dar a Ty lo que se ha ganado, lo que se merece, en mi testamento. Quiero dárselo en vida. Ya ha habido bastantes muertes este año. -Miró hacia el terreno recién sembrado-. Es hora de dejar que crezcan las cosas.

Teresa se volvió para mirado. Era un hombre alto, curtido por el sol, por el viento, con una perra vieja y fiel a su lado.

-No sé si puedo darte lo que me pides. Pero te prometo pensarlo.

-La efervescencia es el ingrediente principal de un vino espumoso. -Claudia se encontraba en su tramo predilecto de las visitas guiadas a la bodega: la elaboración del champán-. Pero la primera etapa consiste en hacer vino. Éstas -dijo señalando- son las cubas donde se mezclan las variedades de uva. A la mezcla la llamamos *cuvée,* del francés, porque se cree que es ahí donde tiene su origen el proceso. Estamos muy agradecidos al afortunado monje Dom Pérignon por su descubrimiento y por ser el primero en, según sus propias palabras, beber estrellas.

-Si es sólo vino, ¿por qué tiene burbujas?

-Por la segunda fermentación, que Dom Pérignon descubrió en el siglo XVII.

La respuesta surgió con la desenvoltura que daba la práctica. A Claudia ya no le asustaban las preguntas, ni balbuceaba en las respuestas.

Vestía un elegante traje y zapatos bajos. Mientras hablaba, se hizo a un lado para que el grupo pudiera ver mejor el vino embotellado.

-Inicialmente se consideró un problema -prosiguió-. Al llegar la primavera, el vino embotellado hacía saltar los tapones de corcho, o más bien los algodones que se usaban en aquella época. Era muy molesto, sobre todo en la región de la Champaña francesa. El monje benedictino, maestro bodeguero de la abadía de Hautvillers, se aplicó en resolver el problema. Mandó hacer lapones más gruesos, pero sólo consiguió que se rompieran las hotellas. No se desanimó y mandó hacer botellas más resistentes. Tanto tapones como botellas aguantaron bien y el monje pudo probar el vino fermentado dos veces. Fue el primer brindis con champán.

Claudia hizo una pausa para dar al grupo la oportunidad de pasear por entre las hileras de botellas. Hasta ella llegaban los ecos de las voces y tuvo que esperar a que se extinguieran.

-Hoy en día... -Un leve nerviosismo se apoderó de ella cuando vio que David se unía al grupo-. Hoy en día elaboramos el champán deliberadamente, pero siguiendo los métodos tradicionales desarrollados hace siglos en aquella abadía francesa. Utilizando el *méthode champenoise,* el viticultor embotella los vinos jóvenes mezclados. Se añade un poco de levadura y azúcar a cada botella y luego se le pone el tapón, tal como ven ustedes aquí.

Claudia les pasó la botella de muestra.

-Los aditivos desencadenan la segunda fermentación, lo que llamamos, también en francés, *prise de mousse.* Las burbujas se producen cuando el azúcar se convierte en alcohol, y no pueden perderse en la atmósfera, porque las botellas están taponadas. Después las botellas se añejan entre dos y cuatro años.

-Aquí dentro hay porquería -comentó alguien.

-En la botella de muestra podrán observar la sedimentación y la separación de partículas. Se trata de un proceso natural que se produce durante la segunda fermentación. Las botellas se almacenan con el cuello hacia abajo en estos botelleros inclinados, y se levantan para agitadas cada día durante varios meses.

-¿A mano?

Claudia sonrió a la mujer que contemplaba el muro de botellas con el entrecejo fruncido.

-Sí. Como han podido ver durante la visita, en Giambelli-MacMillan creemos que cada botella de vino que se ofrece al consumidor requiere el arte, la ciencia y el esfuerzo necesarios para ganarse la etiqueta de calidad. El proceso de agitado se llama en francés *remuage,* y sirve para acelerar la separación de partículas, . de modo que el vino se aclara en cuestión de meses. Una vez límpido y transparente, las botellas se almacenan boca abajo para que las partículas queden en el cuello.

-No me extraña que la gente se muera, si hay alguien que se

beba esa cosa.

La frase se dijo en un susurro, pero la oyeron todos. Claudia se puso tensa y vaciló su ritmo, pero siguió adelante.

-Al viticultor compete determinar cuándo ha alcanzado el vino su madurez. En ese momento, el cuello de la botella se congela en una solución de salmuera. De ese modo, se puede quitar el tapón y el sedimento helado se desliza hacia fuera sin que se pierda vino. Es el *dégorgement* o degüelle. La botella se rellena con un poco más de vino, lo que llamamos *la dosage,* y después de ponede el tapón de corcho, se pone a la venta para que ustedes puedan comprado y celebrar con él sus fiestas.

»Existen modos más baratos y menos laboriosos de elaborar champán, pero Giambelli-MacMillan cree que la tradición, la calidad y la atención a los detalles son fundamentales para nuestros vinos.

Sonrió y recuperó la botella de muestra.

-Al final de la visita, podrán juzgar ustedes mismos en nuestra sala de degustación.

Claudia dejó que los visitantes disfrutaran de las catas en la sala de degustación y respondió a las preguntas. En realidad, su trabajo era muy parecido al de una anfitriona en una fiesta, y para eso siempre había tenido un don especial. Pero lo mejor era que no sólo se sentía parte de la familia, sino también del equipo.

-Buen trabajo -dijo David acercándose. -Gracias.

-A pesar del aguafiestas.

-No es el primero. Creo que ya le he cogido el tranquillo. Al menos ya no me sudan las manos como antes. Sigo estudiando. A veces me siento como si estuviera en el colegio otra vez y tuviera que examinarme, pero resulta gratificante. Aún tengo que...

Se interrumpió al ver que un hombre parecía atragantarse y se tambaleaba al otro extremo de la barra. Cuando Claudia se apresuró a acercarse, el hombre estalló en carcajadas.

El mismo bromista, observó David, que había hecho comentarios sarcásticos en la bodega. Claudia se hizo cargo de la situación antes de que él actuara.

-Lo siento -dijo con voz de cortés preocupación-. ¿No es de su gusto el vino?

El hombre soltó otra carcajada y su mujer le dio un fuerte codazo en el costado.

-Déjalo ya, Barry.

-Ay. Venga ya, es divertido.

-El humor es subjetivo, ¿verdad? -dijo Claudia con tono zalamero-. Claro que en Giambelli-MacMillan nos resulta difícil ver el lado divertido en las trágicas muertes de dos de los nuestros, pero le agradecemos que intente animamos un poco. Tal vez debería interlado con nuestro Merlot. -Hizo una seña al camarero-. Será más apropiado.

-No, gracias. -Se palmeó el vientre-. Soy hombre de cerveza. -¿En serio? Jamás lo habría adivinado.

-Eres un idiota, Barry. -Su mujer cogió el bolso que había de

jado sobre la barra y salió por la puerta hecha una furia.

-¡Era una broma! Joder. -Se subió el cinturón y salió en pos de su mujer-. ¿Es que no hay nadie que sepa encajar una broma?

-Bien -dijo Claudia, volviéndose hacia los demás visitantes que, o bien reían disimuladamente, o fingían mirar hacia otra partl'". Ahora que ya hemos tenido nuestro pequeño interludio cómico, espero que hayan disfrutado con la visita. Estoy a su disposición para contestar a todas sus preguntas. No se olviden de visitar nuestra tienda al por menor, donde podrán comprar nuestros vinos, incluyendo los que acaban de catar. Villa Giambelli espera que vuelvan a visitamos, así como las instalaciones de nuestra empresa en las bodegas MacMillan, situadas a unos minutos de aquí, en el valle de Napa. Les deseamos a todos *buon viaggio.*

David esperó a que se fueran todos antes de coger a Claudia por el brazo y conducirla al exterior del edificio.

-Ha sido prematuro decir que hacías un buen trabajo. Debería haber dicho que era fabuloso. Yo me habría sentido más inclinado a romperle la crisma a ese imbécil con una botella de Merlot que a ofrecerle que la probara.

-Oh, lo mismo me pasa a mí. Mentalmente. -Claudia respiró hondo y se alejó del viejo edificio de piedra cubierto de enredaderas-. Tenemos un Barry un par de veces por semana. La cortesía obsequiosamente servil parece la mejor respuesta. También ayuda que yo sea de la familia.

-Es la primera vez que vengo a una de las visitas. No quería que pensaras que te estaba vigilando. -David levantó el collar de perlas que llevaba Claudia y dejó que se deslizara por entre sus dedos-. Señora Giambelli, tiene usted un talento innato.

-¿Te has dado cuenta? Tienes razón -convino ella, encantada consigo misma-. Como tenías razón al empujarme a hacerlo. Ahora tengo algo tangible en lo que ocuparme.

-No te empujé. Nadie puede empujarte a hacer nada, y ése es uno de tus secretos. Hace mucho tiempo que decidiste cómo vivir tu vida de manera que tuviera sentido para ti en cada momento. Los tiempos han cambiado. Yo te abrí una puerta, pero fuiste tú la que entraste por ella.

-Eso que dices es muy interesante. -Claudia ladeó la cabeza, regocijada-. No estoy segura de que mi familia estuviera de acuerdo contigo. Tampoco yo.

-Se necesitaban agallas para seguir con un matrimonio inexistente, porque te tomaste en serio tus votos. Habría sido más fácil dejarlo. Sé muy bien de lo que hablo.

-Exageras mis méritos.

-No lo creo, pero si quieres agradecerme que te animara a hacer este trabajo, lo acepto. Sobre todo -añadió, deslizando las manos por sus brazos-, si piensas pagarme el favor de alguna manera.

-Ya se me ocurrirá algo. -Claudia dejó que sus dedos se enlazaran con los de David. El coqueteo, pensó, mejoraba con la práctica. Desde luego había disfrutado con las lecciones-. Podríamos empezar con la cena.

-Precisamente he encontrado un pequeño y encantador hostal.

-Eso suena muy bien -dijo Claudia, pero pensó que la cena era una cita formal, por muy a gusto que estuvieran en mutua compañía. Ella buscaba algo menos, y algo más al mismo tiempo-. Pero yo me refería a

cocinar la cena para ti y tus hijos.

-¿Cocinar? ¿Para todos?

-Soy una cocinera excelente -le informó ella-. Y no suelo tener una cocina para mí sola. La tuya es muy bonita. Pero si crees que sería embarazoso, o que a tus hijos no les gustaría la idea, el hostal me parece bien.

-Cocinar -repitió él-, como en tiempos antiguos, con cacerolas y todo. - Levantó del suelo a Claudia para darle un beso-. ¿Cuándo?

Esta noche Claudia nos hará una cena casera. No sé cuál será el menú, pero os gustará. Estad en casa a las seis. Hasta entonces, fingid que sois personas humanas y no unos mutantes que gané en una partida de póquer.

Besos.

PAPA

Maddy leyó la nota pegada en el frigorífico e hizo una mueca. ¿Por qué habían de tener compañía? ¿Por qué ella no podía opinar sobre la gente que iba a 'su casa? ¿De verdad creía su padre que Theo y ella eran tan imbéciles para creer que una mujer se metía en la cocina de un tipo sólo para cocinar?

Por favor.

De acuerdo, se corrigió. Tal vez Theo sí fuera lo bastante imbécil, pero ya se encargaría ella de arreglarlo.

Arrancó la nota y corrió escaleras arriba. Theo estaba ya en su habitación, hablando por teléfono y dañándose los tímpanos con la música a todo volumen. «No necesitaba ir a la cocina después de clase ,-pensó Maddy con desdén-, porque, violando descaradamente las normas de la casa, tenía comida basura en su habitación en cantidad suficiente para alimentar a un país pequeño.»

Maddy se reservaba esa información para cuando tuviera que ajustar cuentas con Theo.

-La señora Giambelli vendrá a hacer la cena.

-¿Qué? Sal de aquí. Estoy hablando por teléfono.

-Se supone que no debes hablar por teléfono hasta que hagas los deberes. La Giambelli va a venir, así que será mejor que bajes.

Podría contarle a papá que has vuelto a desobedecerle.

-¿Sophia?

-No, idiota.

-Oye, luego te llamo. Mi hermana se está poniendo pesada, así que voy a matarla. Sí. Hasta luego. - Theo colgó y se metió unas patatas fritas en la boca-. ¿Quién va a venir y para qué?

-La mujer con la que se acuesta papá va a venir hoya preparar la cena.

-Ya. -La voz de Theo se animó al instante-. ¿Una comida de verdad, guisada?

-¿Es que no lo entiendes? -Disgustada, Maddy agitó la nota-. Es una táctica. Intenta meterse en casa.

-Oye, cualquiera que quiera meterse en la cocina y sepa cocinar de

verdad será bien recibido. ¿Qué va a preparar de cena?

-Lo que prepare no importa. ¿Cómo puedes ser tan torpe? Está intentando pasar a la siguiente etapa: cocinar para él, para nosotros; demostrarle que podemos ser una gran familia feliz.

-No me importa lo que haga, siempre que se encargue de cocinar. Fuera de aquí, Maddy. Hablo en serio. Papá tiene derecho a tener novia.

-Imbécil. No me importa que tenga diez novias. ¿Qué haremos si decide que quiere casarse?

-Me parece estupendo.

-Pues a mí no. Empezará a cambiar las reglas, querrá tomar el mando. Es lo que siempre ocurre. No nos querrá. No seremos más que aditamentos.

-La señora Giambelli es guay.

-Ya, claro. Todo dulzura y amor -se burló Maddy-. Cuando tenga lo que quiere, ya no tendrá que ser guay, ni dulce ni nada. Empezará a decimos lo que podemos y lo que no podemos hacer. Todo tendrá que ser como ella quiera.

Maddy volvió la cabeza cuando oyó que se abría la puerta de la cocina.

-¿Lo ves? Ha entrado como si tal cosa. Ésta es nuestra casa.

Maddy se fue a su habitación hecha una fiera y se encerró en ella. Tenía intención de quedarse allí hasta que llegara su padre.

Al final sólo fue una hora. Oyó música en la planta baja, y risas. Le enfurecía oír la risa caballuna de su hermano, el muy traidor. Pero aún le enfurecía más que nadie subiera a buscarla, ni intentara convencerla para que se le pasara el enfado.

De todas formas, ella ya había demostrado que no le importaba. Bajó las escaleras con aire altanero. Olía realmente bien, lo que supuso un nuevo tanto negativo en contra de Claudia. Quería alardear, eso era todo, con una cena especial y todo eso.

Cuando entró en la cocina, tuvo que apretar los dientes. Theo estaba sentado a la mesa, aporreando su teclado eléctrico, mientras Claudia removía algo al fuego.

-Tienes que ponerle letra -le decía Claudia.

A Theo le gustaba tocar para ella porque escuchaba. «Cuando tocaba algo realmente malo, se lo decía. Bueno, con un poco de tacto», pensó Theo. Ese tipo de cosas le indicaban que realmente le prestaba atención.

Su madre nunca se la había prestado. Ni a él, ni a nada en realidad.

-No se me da muy bien. Sólo me gusta componer la melodía.

-Entonces necesitas un compañero. -Claudia se dio la vuelta y dejó la cuchara-. Hola, Maddy, ¿qué tal va la redacción?

-¿Qué redacción? -Maddy captó el siseo de advertencia de Theo y se encogió de hombros, no muy convencida de si se enfadaba con él o le aliviaba que le hubiera cubierto las espaldas-. Ah, bien. -Abrió la nevera y se tomó su tiempo para elegir un refresco-. ¿ Qué es esta porquería de aquí?

-Es el queso para los *manicotti.* Lo otro es vinagreta para los aperitivos. Tu padre me ha dicho que os gusta la comida italiana, así que he pensado que

os gustaría.

-Hoy no como hidratos de carbono.

Maddy no necesitaba la mirada fulminante de Theo para saber que estaba siendo mezquina, pero cuando le hizo una mueca a espaldas de Claudia, él no respondió como solía sino que apartó la vista, como si estuviera incómodo o algo así.

Y eso le dolió.

-De todas formas, había quedado con una amiga para ir a cenar su casa.

-Oh, qué pena. -Sin inmutarse, Claudia sacó un cuenco para empezar a preparar el relleno del tiramisú-. Tu padre no me lo había dicho.

-No tiene por qué decírtelo todo.

Era el primer comentario descaradamente grosero que le dirigía. Claudia supuso que las barreras habían caído por fin.

-Desde luego que no, y dado que ya tienes casi quince años, eres lo bastante mayor para saber lo que te gusta comer y dónde. Theo, ¿nos disculpas a Maddy y a mí un rato?

-Claro.

Theo cogió su teclado y lanzó a Maddy una mirada de indignación-. ¿Quién es el imbécil? -musitó al pasar junto a su hermana.

-¿Por qué no nos sentamos?

Maddy sentía cierto nerviosismo, tenía la garganta seca. -No he venido a sentarme, sólo a buscar un refresco. Tengo que

terminar mi redacción.

-No hay ninguna redacción. Siéntate, Maddy.

Maddy se sentó de cualquier manera con expresión de deliberado desinterés y aburrimiento. Claudia no tenía derecho a soltarle el sermón, y tenía intención de dejárselo muy claro en cuanto la mujer hubiera terminado su rollo.

Claudia se sirvió media taza del expreso que había preparado

para el tiramisú. Se sentó frente a Maddy y bebió.

-Debería advertirte que tengo todas las ventajas porque no sólo he sido una chica de catorce años yo misma, sino que he sido madre de una.

-Tú no eres mi madre.

-No, no lo soy. Y es duro, ¿verdad?, que una mujer entre en tu

casa de esta manera. Pensando en cómo me sentiría yo, creo que seguramente reaccionaría como tú: estaría furiosa, nerviosa, resentida. Para Theo es más fácil. Es un chico y no tiene ni idea de las cosas que sabemos nosotras.

Maddy abrió la boca para responder, pero la cerró al darse cuenta de que no sabía qué decir.

-Tú llevas mucho tiempo a cargo de todo. Tus hombres no estarían de acuerdo, se sentirían insultados incluso -añadió, complacida al ver la leve sonrisa de desdén que se dibujaba en los labios de Maddy-. Pero la fuerza femenina, una fuerza femenina inteligente, suele ser la que mueve los hilos. Has hecho un buen trabajo manteniendo a raya a estos muchachos, y yo no he venido para quitarte el control.

-Ya estás cambiando las cosas. Las acciones producen reacciones. Es científico. No soy estúpida.

-No, eres muy lista. -Una pequeña niña asustada, pensó Claudia, con el cerebro de una persona adulta-. Yo siempre quise ser lista, pero nunca me lo pareció. Creo que lo compensaba siendo muy buena, callada y obediente. Esas acciones también producen reacciones.

-Si te callas, nadie te escucha.

-Totalmente cierto. Tu padre... me hace sentir lo bastante lista y fuerte para decir lo que pienso. Eso es algo muy poderoso. Tú ya lo sabes.

-Supongo -dijo Maddy, mirando la mesa con el entrecejo fruncido.

-Lo admiro, Maddy, como hombre y como padre. Eso también es poderoso. Imaginaba que no me recibirías con los brazos abiertos, pero espero que no me cierres la puerta en las narices.

-¿Por qué te importa tanto lo que haga?

-Por un par de razones. En primer lugar, me gustas. Lo siento, pero es verdad. Me gusta tu independencia, tu inteligencia, y tu sentido de la lealtad hacia la familia. Supongo que si no estuviera saliendo con tu padre, nos llevaríamos muy bien. Pero estoy saliendo con él, y acaparando una parte de su tiempo y su atención, que ya no puede dedicarte a ti. Podría decirte que lo siento, pero las dos sabríamos que no es cierto. Quiero parte de su atención y su tiempo. Porque, Maddy, otra de las razones por las que me importa lo que tú hagas es que estoy enamorada de tu padre.

Claudia empujó la taza de café hacia delante y, apretándose el cstómago con la mano, se levantó.

-Es la primera vez que lo digo en voz alta. La costumbre de ser callada, supongo. Vaya. Me siento extraña.

Maddy se agitó en su silla, y se sentó con la espalda tiesa como un palo. Tenía un nudo en el estómago.

-Mi madre también estaba enamorada. Lo bastante para casarse con él.

-Estoy segura. Ella...

-¡No! Ahora me soltarás una sarta de excusas. Y son todo mentira. Todo. Cuando las cosas no fueron exactamente como ella quería, nos abandonó. Ésa es la verdad. No le importábamos nada en absoluto.

El primer impulso de Claudia era siempre dar consuelo. Podía decir muchas cosas tranquilizadoras, pero aquella muchachita de ojos húmedos y desafiantes no quería escucharlas.

«Era lógico», pensó Claudia.

-No; tienes razón. No le importabais lo suficiente. -Claudia volvió a sentarse. Sentía deseos de abrazar a Maddy, pero no era el momento, ni la manera adecuada-. Yo sé muy bien lo que es no importar lo suficiente, Maddy. Lo sé -repitió con firmeza, poniendo una mano sobre la de ella antes de que pudiera apartarla-. Sé que te sientes triste y furiosa, y que durante la noche no haces más que darle vueltas a la cabeza, llena de dudas y preguntas.

-Los adultos pueden ir y venir a su antojo. Los niños no.

-Eso es verdad. Tu padre no se fue. Le importabas. Theo y tú sois lo más importante del mundo para él. Sabes muy bien que nada de lo que yo diga o haga podrá cambiar eso.

-Otras cosas podrían cambiar. Y cuando cambia una cosa, le

siguen otras. Es la relación causa-efecto.

-Bueno, no puedo prometerte que las cosas no cambiarán, porque siempre cambian. La gente también. Pero tu padre me hace

feliz, y yo le hago feliz a él. No quiero herirte por esa causa, Maddy. Puedo prometerte que intentaré con todas mis fuerzas no herirte a ti ni a Theo, que respetaré lo que crees y lo que sientes. Eso puedo prometértelo.

-Primero es mi padre -replicó Maddy en un vehemente susurro.

-y siempre lo será. Si quisiera cambiar eso, si por alguna razón quisiera estropearlo, no podría. ¿Acaso no sabes cuánto te quiere? Podrías hacerle elegir. Mírame, Maddy. Mírame -repitió tranquilamente, y esperó a que Maddy alzara la vista-. Si eso es lo que tanto deseas, podrías obligarle a elegir entre tú y yo. Yo no tendría la menor oportunidad. Te estoy pidiendo que me des una oportunidad. Si no puedes, no puedes, pondré una excusa, limpiaré todo esto y me iré antes de que él vuelva a casa.

Maddy se secó una lágrima de la mejilla y miró a Claudia. -¿Por qué?

-Porque tampoco quiero hacerle daño a él.

Maddy se sorbió la nariz y volvió a mirar la mesa con expresión ceñuda.

-¿Puedo probar el café?

Claudia enarcó una ceja, pero no dijo nada y empujó la taza hacia Maddy, que primero olisqueó el contenido y arrugó la nariz, pero luego alzó la taza y lo probó.

-Es horrible. ¿Cómo puede alguien beber esto?

-Supongo que es un gusto adquirido. Te gustará más en el tiramisú.

-Quizá. -Maddy empujó la taza hacia Claudia-. Supongo que

le daré una oportunidad.

De una cosa estaba segura Claudia: a todo el mundo le gustó su comida. Hacía mucho tiempo que no preparaba personalmente una cena familiar. El tiempo suficiente para sentirse increíblemente complacida cuando repitieron y oyó los alegres cumplidos que le dedicaban entre bocado y bocado. .

Había servido la cena en el comedor con la esperanza de que aquella sutil formalidad resultara menos amenazadora para Maddy. Pero la formalidad se fue al traste en cuanto Theo probó los *manicotti* y anunció que «el papeo era superior».

Theo llevó la voz cantante, mientras su hermana observaba, digería, y de vez en cuando deslizaba alguna pregunta mordaz. *A* Claudia le hacía reír, y luego se le alegró el corazón cuando David utilizó una metáfora deportiva para ilustrar una opinión, y Maddy y ella se rieron de la mentalidad masculina.

-Papá jugaba a béisbol en la universidad -le dijo Maddy. -¿En serio? Otro talento oculto. ¿Eras bueno?

-Estupendo. Primera base.

-Sí, y estaba tan preocupado por su promedio de bateo que jamás pasó de la primera base con las chicas -se burló Theo, y esquivó fácilmente el derechazo de su padre.

-Tú qué sabrás. Lo mío eran las carreras... -Dejó la frase sin lerminar-. Bueno, más vale que lo dejemos. Debo decir que la comida ha sido realmente increíble. De parte mía y de mis dos glotolles, gracias.

-De nada, pero ya que hablas de glotones, me gustaría señalar que eres

tú el que más ha comido.

-Tengo un metabolismo rápido -afirmó él.

-Eso dicen todos. -Claudia se levantó.

-Oh, no. -David la retuvo con una mano, antes de que Claudia pudiera empezar a apilar platos-. Norma de la casa. El que cocina no friega los platos.

-Entiendo. Bueno, esa norma es fácil de seguir. -Alzó su plato y se lo ofreció a él-. Tú mismo.

-Otra norma de la casa -dijo David en medio de las carcajadas de Theo-. El padre puede delegar. Theo y Maddy fregarán los platos con sumo gusto.

-Ya te digo. -Maddy soltó un suspiro-. ¿Y tú qué?

-Yo vaya digerir esta excelente comida llevando a la cocinera a dar un paseo -contestó él y, para probar a sus hijos, se inclinó y besó a Claudia con ardor-. ¿Os parece bien?

-Qué remedio.

Claudia salió con David, complacida de respirar el aire fresco de la noche primaveral.

-Había mucho que fregar para dos adolescentes.

-Eso les imprimirá carácter. Además, así tendrán tiempo para hablar de cómo te he engatusado para salir a metemos mano.

-Oh. ¿Me has engatusado?

-Eso espero. -David la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí mientras ella, enardecida, le ofrecía sus labios. Un largo y lento escalofrío le recorrió el cuerpo cuando Claudia gimió y se apretó contra él-. No hemos tenido mucho tiempo últimamente para estar juntos.

-Es difícil con todo lo que está pasando. -Satisfecha, Claudia apoyó la cabeza en su hombro-. Sé que me he portado como una gallina clueca con Sophia. No puedo evitado. Pensar que la atacaron en nuestra propia casa. Saber que alguien entró en su dormitorio, y en el mío, y en el de mi madre... Por la noche, cuando estoy en la cama, me quedo escuchando los ruidos. No me había pasado nunca.

-Algunas veces, de noche, miro por la ventana de mi habitación y veo tu luz a través de los campos. Te diría que no te preocuparas, pero hasta que todo esto se haya solucionado, sé que es imposible.

-Si te sirve de ayuda, me siento mejor cuando miro por la ventana y veo luz en la tuya. Me consuela saber que estás tan cerca.

-Claudia. -La apartó para mirada y apoyó la frente en la de ella. -¿Qué ocurre?

-Hay problemas en la oficina de Italia. Ciertas discrepancias en las cuentas descubiertas durante la auditoría. Puede que tenga que ir allí unos cuantos días. No me gusta marcharme ahora. -Su mirada se desvió hacia la casa donde brillaba la luz en la ventana de la cocina.

-Los chicos pueden quedarse en la villa mientras estás de viaje. Nosotros cuidaremos de ellos, David. No tienes que preocuparte por eso.

-Lo sé. -Teresa le había dicho ya que sus hijos serían huéspedes de la villa durante su ausencia, pero él no podría evitar preocuparse por ellos, y por todo el mundo-. Tampoco me gusta dejarte a ti. Ven conmigo.

-Oh, David. -Por un momento se emocionó con la idea. La primavera

italiana, las agradables noches, el amor... Qué maravilloso giro había dado su vida, qué maravilla que tales cosas fueran posibles-. Me encantaría, pero no puede ser. No me parece bien dejar a mi madre ahora. Y tú trabajarás mejor sabiendo que yo cuido de tus hijos.

-¿Es necesario que seas tan sensata?

-No quiero serlo -respondió ella en voz baja-. Me encantaría decirte que sí y marcharme contigo. -Sintiéndose joven, boba y ridículamente feliz, se dio la vuelta-. Me encantaría hacer el amor contigo en una de esas enormes camas del *castello,* y escaparnos una noche a Venecia para bailar en la *piazza* y besamos furtivalllente a las sombras de los puentes. -Una vez más, se dio la vuelta para mirado-. Pídemelo otra vez cuando todo esto haya acabado. Entonces iré.

David se dio cuenta de que Claudia había cambiado, que era más... libre. Yeso la hacía aún más atractiva a sus ojos.

-¿Por qué no te lo pido ahora mismo? Ven conmigo a Venecia cuando todo haya acabado.

-Sí. -Claudia le cogió las manos-. Te quiero, David.

David se quedó muy quieto.

-¿ Qué has dicho?

-Que te amo. Lo siento, voy demasiado deprisa, pero no puedo evitado. No quiero evitado.

-No te he pedido explicaciones, sólo que lo repitas. Esto es estupendo. -David tiró de ella y cuando Claudia cayó en sus brazos, la aupó y giró con ella en círculo-. Me había equivocado. Según mis astutos cálculos, tardaría dos meses aún en hacer que te enamoraras de mí. -David la besó por toda la cara-. Estaba siendo muy duro para mí, porque yo ya estoy enamorado. Debería haber imaginado que no me dejarías sufrir demasiado tiempo.

Claudia apretó la mejilla contra la suya. Amaba, y ese hecho la llenaba de felicidad. Y era amada.

-¿Qué has dicho?

-Deja que te lo explique. -David volvió a apartada-. Te amo, Claudia. La primera vez que te vi, la primera, empecé a creer en que podía tener una segunda oportunidad. -La estrechó de nuevo entre sus brazos y la besó, esta vez con ternura-. Eres mía.

Venecia era una mujer, *la bella donna,* de elegante antigüedad, sensuales curvas acuosas, y sombras llenas de misterio. Cuando se avistaba por primera vez, elevándose sobre el Gran Canal con colores desvaídos, como viejos vestidos de baile, se le metía a uno en la sangre. Aparecía bañada por el sol con una blancura cegadora que se perdía como un visitante cualquiera por entre sus callejas sinuosas y sus secretas esquinas.

Aquella ciudad tenía un corazón femenino y artero, que latía en los ríos profundos y oscuros.

Venecia no era una ciudad para perder el tiempo en reuniones con abogados y contables. No era una ciudad donde un hombre quisiera encerrarse en una oficina y pasar largas horas, mientras la dulce y seductora primavera le enviaba sus cánticos desde el exterior de su prisión de piedra y

cristal.

El humor de David no mejoró aun recordando que Venecia se había construido gracias al comercio. Aun sabiendo que sus calles y puentes estaban atestados de turistas deseosos de quemar la Visa con las innumerables tiendas donde lo chabacano se confundía a menudo con el arte, David habría preferido ser uno de ellos.

Habría preferido pasear por las calles antiguas con Claudia, y comprarle alguna ridícula baratija que hubiera sido motivo de risas durante años. Habría disfrutado viendo a Theo devorar un helado como si fuera agua, o escuchando a Maddy mientras interrogaba a un indefenso gondolero sobre la historia y arquitectura de los canales.

Echaba de menos a su familia. Echaba de menos a su amada y sólo llevaba fuera sesenta y ocho horas.

El contable hablaba en italiano con una voz monótona y susurrante que se hacía difícil de entender, aunque se le prestara la mayor atención. David se esforzó en recordar que no lo habían enviado a Venecia para soñar despierto, sino para hacer su trabajo.

-*Scusi* -dijo, alzando una mano, y pasó otra hoja de un voluminoso informe-. Querría repasar esto una vez más. -Deliberadamente, habló en un italiano lento y vacilante-. Quisiera asegurarme

de que lo he entendido bien.

Tal como esperaba, acertó en la táctica de apelar a la buena

educación italiana, porque el contable repitió la explicación pacientemente, compadeciéndose de David y pasándose al inglés.

-Las cifras no cuadran -dijo.

-Sí, ya lo veo. No cuadran los gastos de diversos departamentos. Es desconcertante, *signore,* pero aún me desconciertan más las

actividades atribuidas a la cuenta Cardianili. Pedidos, envíos, roturas, salarios, gastos, todo está claramente registrado.

-*Sí.* En ese sentido no hay... ¿cómo se dice? Discrepancias. Las

cifras son correctas.

-En apariencia. Sin embargo, la cuenta Cardianili no existe. No

hay ningún cliente de Giambelli con ese nombre. No hay ninguna

bodega Cardianili en Roma en la dirección que se da en el archivo.

Si no hay cliente, ni bodega, ¿dónde supone usted que se han estado mandando esos pedidos durante los últimos tres años?

El contable parpadeó tras las lentes de montura metálica.

-No lo sé. Tiene que haber un error, por supuesto.

-Por supuesto que hay un error. -y David creía saber quién lo

había cometido.

Hizo girar la silla para encararse con el abogado.

-*Signore,* ¿ha tenido ocasión de estudiar los documentos que le

entregué ayer?

-Sí.

-¿ Y cuál es el nombre del ejecutivo que llevaba esta cuenta?

-Figura como Anthony Avano.

-y las facturas, los recibos de gastos y la correspondencia relacionada con la cuenta, ¿llevan la firma de Avano?

-Sí. Hasta diciembre del año pasado, su firma aparece en buena parte de los documentos. A partir de entonces, aparece la firma

de Margaret Bowers.

-Tendremos que comprobar la autenticidad de esas firmas.

-Comprendo.

-y también la firma que aprobó y ordenó los envíos y los gastos, y firmó la autorización para los pagos relacionados con esa cuenta: Donato Giambelli.

-*Signore* Cutter, haré que comprueben la autenticidad de las

firmas, examinaré este asunto desde el punto de vista legal, y le informaré sobre la situación y las acciones que se pueden emprender. Lo haré -añadió- cuando tenga el permiso de *la signora* GiambeIli en persona. Este asunto es muy delicado.

-Lo sé, por eso no se ha informado a Donato Giambelli de esta

reunión. Confío en su discreción, *signori.* Los Giambelli no desean más escándalos públicos, ni como empresa, ni como familia. Si me conceden un instante, por favor, me pondré en contacto con *la sig*

nora y le explicaré lo que se acaba de hablar aquí.

Siempre era peliagudo para alguien de fuera poner en tela de juicio

la integridad Y la honradez de uno de los de dentro. David no era

italiano, ni tampoco un Giambelli, lo que podía suponer dos *strikes* en su contra. El hecho de que hiciera apenas cuatro meses

que trabajaba para la empresa era el tercero, y entonces quedaría eliminado.

Si atacaba a Donato Giambelli, contaría ya con una eliminación en su pizarra. Tal como lo veía él, había dos maneras de abordar la situación. Podía ser agresivo y golpear rápidamente, o podía

esperar con el bate junto al hombro, aguardando el lanzamiento perfecto.

«Otra vez con símiles deportivos -pensó, de pie junto a la ventana de su despacho, con las manos en los bolsillos, contemplando

el tráfico del canal-. Muy apropiados. ¿Acaso el mundo de los negocios no era más que otro juego? Se necesitaba destreza, una buena táctica, y suerte.»

Donato supondría que tenía la ventaja de jugar en casa, pero en cuanto entrara en su despacho, estaría en el terreno de David, y eso pensaba dejárselo muy claro.

Sonó el interfono.

-El *signore* Giambelli desea verle, *signore* Cutter.

-Gracias. Dígale que lo recibiré enseguida.

Que sude un poco, decidió David. Si los chismes circulaban allí tan

deprisa como en la mayoría de empresas, Don sabía ya que se había celebrado una reunión con contables, abogados, preguntas y archivos, yeso tenía que preocuparle. Tendría que preparar las respuestas. Lo más inteligente sería que se enfureciera, que se indignara. Por supuesto contaría con que la familia le fuera leal, con que la sangre que corría por sus venas le salvara de la quema.

David se dirigió a la puerta, la abrió y vio a Donato paseándose de un lado a otro.

-Don, gracias por venir. Siento haberte hecho esperar.

-Parecía importante, así que he venido cuanto antes. -Don entró en el despacho y miró rápidamente a todos lados. Se relajó un poco al verlo vacío-. Si me hubieran informado antes de que hicieras los preparativos de viaje, habría buscado un hueco en mi agenda para enseñarte Venecia.

-El viaje se preparó apresuradamente, pero ya había estado en Venecia. El *castello,* en cambio, sí que tengo ganas de verlo, así como los viñedos. Toma asiento.

-Si me dices cuándo piensas ir, lo dispondré todo para poder acompañarte. Yo mismo voy allí a menudo para asegurarme de que todo funciona correctamente. -Donato se sentó, mano sobre mano-. Bien, ¿qué puedo hacer por ti?

David decidió emplear la táctica agresiva y se sentó tras su mesa.

-Podrías explicarme lo de la cuenta Cardianili.

Don palideció. Sus ojos se movieron de lado a lado, pero consiguió esbozar una sonrisa apurada.

-No comprendo.

-Ni yo -dijo David educadamente-. Por eso te pido que me lo expliques.

-Ah, bien, David. Mi memoria no es tan buena. No recuerdo todas las cuentas, ni sus detalles. Si me das tiempo para repasar los archivos...

-Oh, ya los tengo yo. -Dio unos golpecitos sobre la carpeta que tenía sobre la mesa. Donato no era listo como creía, pensó David, sorprendido, ni estaba tan preparado-. Tu firma aparece en diversos recibos de gastos, en correspondencia y otros documentos pertenecientes a esta cuenta.

-Mi firma aparece en tantos documentos de contabilidad. -Don empezaba a sudar ostensiblemente-. Es imposible que los recuerde todos.

-Esta cuenta sí que la recordarías, ya que no existe. No existe la cuenta Cardianili, Donato, pero ha generado un papeleo considerable y ha supuesto una gran cantidad de dinero. Hay facturas y gastos, pero no hay cuenta. No existe ningún hombre que se llame... -hizo una pausa, abrió la carpeta y sacó un papel con el membrete de Giambelli- Giorgio Cardianili, con el que al parecer has mantenido correspondencia varias veces en los últimos años. No existe ese hombre, ni tampoco la bodega a la que según los archivos se han hecho los envíos. Esa bodega que tú has visitado dos veces en los últimos ocho meses, con los gastos pagados por la compañía, no está donde se supone que está. ¿Cómo lo explicas?

-No comprendo. -Donato se puso en pie rápidamente, pero no parecía escandalizado, sino aterrado-. ¿De qué me estás acusando?

-De nada, por el momento. Sólo te pido que me expliques lo que significa esta carpeta.

-No tengo explicación. No sé nada de esa carpeta, ni de esa cuenta.

-Entonces, ¿cómo es que tu firma aparece en ella? ¿Cómo es que tu cuenta de gastos refleja una suma de más de diez millones de liras en relación con esta cuenta?

-Es un error. -Donato se humedeció los labios y cogió el documento con membrete-. Es una falsificación. Alguien me está utilizando para robar dinero a *la signora,* a mi familia. *Mia famiglia*

-dijo, y le temblaba la mano cuando se golpeó el pecho sobre el corazón-. Investigaré todo esto inmediatamente.

«No, no era inteligente -pensó David-, ni mucho menos.» -Tienes cuarenta y ocho horas.

-¿Te atreves a darme un ultimátum, cuando alguien está robando a mi familia?

-El ultimátum, como dices tú, procede de *la signora.* Exige una explicación en un plazo máximo de dos días. Mientras tanto, se paralizará toda actividad relacionada con esta cuenta. Dentro de dos días, todos los documentos se entregarán a la policía.

-¿La policía? -Don se puso blanco como el papel, perdió la compostura, le temblaron las manos y su voz sonó aguda-. Eso es ridículo. Es obvio que se trata de un problema interno. No nos íntcresa que haya una investigación desde fuera. La publicidad...

-*La signora* quiere resultados. A toda costa.

Donato guardó silencio para reflexionar, intentando encontrar ulla cuerda colgando sobre el abismo en cuyo borde se hallaba tan de repente.

-Es fácil deducir el origen del problema, teniendo en cuenta que Tony Avano era el ejecutivo que llevaba esa cuenta.

-Desde luego. Pero yo no he dicho que fuera Avano.

-Naturalmente he supuesto... -Se pasó el dorso de la mano por la boca-. Siendo una cuenta tan importante...

-Yo no he dicho que Cardianili fuera importante. Tómate tus dos días -dijo David tranquilamente-. Piensa en tu mujer y en tus hijos. *La signora* será más clemente si cooperas y defiendes a la familia.

-No tienes derecho a hablarme así. He trabajado para Giam" belli toda mi vida. Soy un Giambelli. Y lo seguiré siendo cuando tú te hayas ido. Quiero esa carpeta.

-Desde luego. -David hizo caso omiso de la mano extendida con gesto imperioso y cerró la carpeta-. Dentro de cuarenta y ocho horas.

A David le desconcertaba que Donato Giambelli no hubiera visto antes lo que se le echaba encima. «Inocente no era -pensó mientras atravesaba la plaza de San Marcos-. Donato estaba metido hasta el cuello, pero no era el cerebro del chanchullo, ni lo dirigía. Seguramente había sido Avano, aunque el dinero que se había robado con su firma era calderilla comparado con lo que había ido a parar a manos de Donato.»

y Avano llevaba cuatro meses muerto.

Seguramente, toda aquella información interesaría a los detectives que investigaban el homicidio. ¿Hasta qué punto salpicaría a Claudia toda aquella porquería?

Masculló entre dientes y se dirigió a una de las mesas de una terraza. Se sentó, y durante un rato se limitó a contemplar la riada de turistas que salía y entraba de la catedral y de las tiendas de la plaza.

«Avano había estado esquilmando a la compañía», pensó. Eso era un hecho sabido. Pero lo que David ocultaba en su maletín llevaba las cosas mucho más lejos. La participación de Donato lo convertía en un fraude.

¿ y Margaret? No había ningún indicio de que ella supiera que se estaba sustrayendo dinero antes de su ascenso, ni que hubiera participado en ello. ¿Tan rápidamente había entrado en el juego? ¿O acaso había descubierto la cuenta falsa y eso había significado su muerte?

Fuera cual fuese la explicación, no resolvía la pregunta más peliaguda: ¿quién era el jefe ahora? ¿A quién estaría llamando Donato, presa del pánico, para pedir instrucciones y ayuda?

y esa persona, ¿creería tan fácilmente como Donato que *la signora* tenía intención de acudir a la policía? ¿O mantendría la sangre fría y decidiría que era un farol?

En cualquier caso, al cabo de dos días, Donato Giambelli se encontraría de patitas en la calle, y eso no haría más que aumentar

los dolores de cabeza de David, porque a Donato tendrían que encontrarle sustituto, y deprisa. La investigación interna tendría que continuar hasta que se limpiara toda la empresa.

Era probable que su estancia en Italia tuviera que prolongarse, y precisamente en el momento en que más quería y necesitaba estar en casa.

Pidió una copa de vino, consultó su reloj y sacó el móvil. -¿Maria? Soy David Cutter. ¿Está Claudia?

-Un momento, señor Cutter.

David intentó imaginar en qué parte de la casa estaba y qué hacía. La última noche que pasaron juntos habían hecho el amor en

la furgoneta, junto a los viñedos, recordó, como un par de adolescentes atolondrados, tan ávidos el uno del otro, tan desesperados. Aquel recuerdo le produjo una dolorosa añoranza.

Resultaba menos duro imaginarla sentada frente a él, mientras

la luz del atardecer golpeaba la cúpula de la catedral como una flecha, y el aire se llenaba de aleteos de palomas.

Cuando todo eso terminara, se prometió, viviría aquel momento con ella.

-¿David?

Al oír que jadeaba un poco, David sonrió. Claudia se había

dado prisa.

-Estaba aquí sentado, en la plaza de San Marcos -dijo. Cogió la copa de vino que le había servido el camarero y bebió-. Bebiendo un interesante Chianti y pensando en ti.

-¿Hay música?

-Una pequeña orquesta al otro lado de la plaza, tocando melodías de

comedias musicales americanas. La verdad es que estropean un poco el efecto.

-No para mí.

-¿Qué tal están los chicos?

-Muy bien. Creo que Maddy y yo nos acercamos cautelosamente a una especie de amistad. Ayer vino al invernadero cuando volvió del colegio y me dio una clase sobre fotosíntesis, que no entendí en su mayor parte. Theo ha roto con la chica con que estaba saliendo.

-¿Julie?

-Julie era la del invierno, David. Ponte al día. Carrie. Ha roto

con Carrie y la depresión le duró unos diez minutos. Ha jurado no volver a salir con ninguna chica y dedicar su vida a la música.

-Ya me conozco la historia. Eso le durará un día por lo menos.

-Te iré informando. ¿Cómo va todo por ahí?

-Mejor, ahora que he hablado contigo. Diles a los chicos que les llamaré esta noche, ¿quieres?

-De acuerdo. Supongo que no sabes cuándo volverás.

-Todavía no. Han surgido complicaciones. Te echo de menos,

Claudia.

-y yo a ti. Hazme un favor.

-Lo que quieras.

-Quédate ahí sentado un rato. Apura el vino, escucha la música, observa los cambios de luz. Pensaré en ti.

-Yo también. Adiós.

David colgó y se quedó pensando. Había sido toda una experiencia hablar sobre sus hijos con una mujer que los comprendía, que los quería. Se creaba un vínculo que los convertía casi en familia, yeso era lo que él deseaba. Quería volver a tener una familia completa, con todos los eslabones que formaban el círculo.

Suspiró y dejó la copa de vino sobre la mesa. Quería una esposa.. Quería que Claudia fuera su esposa.

¿Iba demasiado rápido?, se preguntó.

No, no; era el momento oportuno. Claudia y él eran dos personas maduras que habían dejado media vida atrás. ¿Por qué desperdiciar la otra media en recorrer mil y una etapas?

Se levantó y arrojó unas liras sobre la mesa.

¿Por qué perder un instante más? ¿Qué mejor lugar que Venecia

para comprar un anillo a la mujer amada? Cuando se dio la vuelta, lo primero que vio fue el escaparate de una joyería. Lo consideró una señal.

No fue tan fácil como suponía. No quería un diamante, porque estaba convencido de que habría sido la elección de Avano, y sentía una profunda aversión a regalar a Claudia cualquier cosa que aquel hombre le hubiera regalado antes.

Quería algo que simbolizara su relación, que demostrara a Claudia que él la comprendía como nadie.

-Espíritu competitivo -pensó encaminándose hacia otra tienda-. ¿Y qué?

Subió las escaleras del atestado puente de Rialto, donde se

amontonaban las tiendas. Ansiosos turistas se abrían paso a empellones y codazos, como si les aterrara la idea de que pudieran arrebatarles el último souvenir.

Pasó de largo por los puestos donde ofrecían artículos de piel, camisetas y baratijas, e intentó concentrarse en los escaparates de las tiendas que exponían auténticos ríos de oro y gemas que deslumbraban la vista. Desanimado, molesto y cansado del largo paseo, estuvo a punto de darse por vencido. Podía esperar y pedir consejo a su ayudante.

Entonces se dio la vuelta, miró un último escaparate, y lo vio. El anillo tenía cinco gemas, todas con una delicada forma de corazón, formando una suave escala de color. «Como sus flores -pensó-. Cinco gemas -se dijo, acercándose más al escaparate-. Una por cada uno de ellos y de sus hijos. Imaginó que la azul sería un zafiro, la roja un rubí, y la verde una esmeralda. No sabía qué eran la púrpura y la dorada. ¿Qué importaba? El anillo era perfecto.»

Treinta minutos después salía de la tienda. Llevaba la descripción del anillo -la gema púrpura era una amatista y la amarilla un topacio- en el bolsillo, y el mismo anillo. Había hecho grabar la fecha.

Quería que Claudia supiera que lo había encontrado la tarde que había estado hablando con ella, mientras en Campo San Marco caía el atardecer.

Su paso era más ligero cuando bajó las escaleras del puente. Deambuló por las calles angostas, disfrutando de un paseo sin rumbo fijo. Empezaban a escasear los transeúntes a medida que se hacía de noche y los canales se volvían de un negro reluciente. De vez en cuando, oía el eco de sus propios pasos, o el chapoteo del agua contra un puente.

Decidió no volver a su apartamento y se sentó en la terraza de una *trattoria*. Si regresaba, se pondría a trabajar y estropearía aquel placer. Pidió el Turbot, media jarra del blanco de la casa.

Cenó sin prisas, sonriendo bobaliconamente al ver a una pareja, sin duda en luna de miel, divertido con el niño que se había escapado de sus padres para hacer sus monería s a los camareros. David supuso que aquella sensación de sencillo deleite era la reacción típica de un hombre enamorado.

Mientras tomaba café, pensó en qué diría y de qué modo cuando ofreciera el anillo a Claudia.

Cuando atravesó la ciudad para regresar a su apartamento, la mayoría de las plazas estaban desiertas. Las tiendas habían cerrado y los vendedores ambulantes habían recogido sus mercancías hacía ya un buen rato.

De vez en cuando veía un pequeño haz de luz, cuando una góndola cargada de turistas pasaba por un canal, o el agua le traía el eco de voces que se alejaban, pero podía decirse que, en general, estaba solo en la ciudad.

Caminaba despacio, disfrutando, ayudando a la digestión, dejando que se relajaran las tensiones del día, mientras asimilaba Venecia de noche.

Cruzó un nuevo puente y caminó entre las sombras de otra calle estrecha y sinuosa. Alzó la vista cuando una ventana se abrió sobre su cabeza, dejando escapar la luz, y sonrió cuando una mujer joven se asomó para recoger la ropa que la brisa agitaba suavemente. La mujer tenía largos cabellos negros que le caían sobre los hombros. Sus brazos eran largos y delgados, y su muñeca lanzó un destello dorado. Cantaba, y el alegre repicar de su voz resonó en la

calle desierta.

Aquel momento se grabó en la mente de David: la mujer que recogía la ropa de noche mientras cantaba y el olor de su cena que llegaba hasta él. Ella lo vio y rió con regocijo y coquetería.

David se detuvo y se dio la vuelta con intención de saludada.

Probablemente con ello salvó la vida.

Notó el dolor, un súbito y espantoso ardor en el hombro, y oyó una explosión amortiguada, antes de que el rostro de la mujer se volviera borroso.

.

Cayó. Cayó lentamente, oyendo gritos y ruido de pies que corrían, hasta que quedó tendido, sangrando sobre los fríos adoquines de piedra de una calle veneciana.

No tardó en recobrar el conocimiento. Por un momento tuvo la impresión de que el mundo entero estaba cubierto por un velo rojo, y a través de esa fría neblina se oían voces. Pero su aturdido cerebro

no acertaba a comprender las frases italianas.

Notaba calor, más que dolor, como si alguien lo sostuviera sobre las llamas de una fogata. Y pensó con toda claridad: «Me han disparado».

Alguien tiró de él, movió su cuerpo y avivó el dolor, que traspasó la sensación de calor como una espada plateada. Intentó hablar, protestar, defenderse, pero apenas consiguió emitir un gemido antes de que su visión volviera a enturbiarse.

Cuando se aclaró otra vez, vio ante sus ojos a la mujer joven que antes recogía la ropa.

-Hoy debe usted de haber trabajado hasta tarde. -Las palabras estaban muy claras en su cabeza, pero brotaron de sus labios embarulladas.

-Signore, per piacere. Sta zitto. Riposta. L'aiuto sta venendo.

David escuchó solemnemente, traduciendo del italiano con tanto esfuerzo como un principiante. La mujer quería que callara, que descansara. «Era muy amable de su parte -pensó-. La ayuda estaba en camino. ¿La ayuda para qué?»

Ah, sí. Le habían disparado.

Se lo dijo a ella, primero en inglés, luego en italiano.

-Tengo que llamar a mis hijos. He de decides que estoy bien.

¿Tiene usted teléfono?

y con la cabeza sobre el regazo de la mujer, volvió a perder el conocimiento.

-Es usted un hombre con suerte, señor Cutter.

David intentó enfocar el rostro de aquel hombre. Las drogas que le habían dado debían de ser muy fuertes, porque no sentía ningún dolor, ni nada de nada.

-Me resulta difícil estar de acuerdo con usted en estos momentos. Lo siento, no recuerdo su nombre.

-DeMarco. Soy el teniente DeMarco. El médico dice que necesita reposo,

por supuesto. Pero tengo que hacerle algunas preguntas. Tal vez podría contarme lo que recuerda.

David recordaba a una hermosa mujer que recogía la ropa, y el modo en qJ.le las luces se reflejaban en el agua, en las piedras.

-Estaba paseando -empezó a decir, e intentó incorporarse-. El anillo de Claudia. Acababa de comprar un anillo.

-Lo tengo yo. Cálmese. Tengo el anillo, la cartera y el reloj. No se preocupe.

La policía, recordó David. La gente llamaba a la policía cuando disparaban a alguien en la calle. Aquel hombre parecía un policía, aunque no tan profesional como el de San Francisco. DeMarco era rechoncho y un poco calvo, lo compensaba con un gran mostacho negro que le cubría enteramente el labio superior. Su inglés era pre*ciso* y correcto.

-Volvía a mi apartamento andando... paseando un poco. Había comprado el anillo después del trabajo. Había ido a cenar. La noche era muy agradable y me había pasado el día encerrado en la oficina. Vi a una mujer en una ventana. Estaba recogiendo la ropa seca. Parecía un cuadro. Cantaba. Me detuve para mirada. Entonces di con mis huesos en el suelo. Sentí... -Cautelosamente, alzó el brazo hasta el hombro-. Supe que me habían disparado.

-¿Le había ocurrido antes? .

-No. -David hizo una mueca-. Me sentía tal como se suponía que uno' se debía sentir. Debí de perder el conocimiento. Cuando lo recobré, la mujer de antes estaba junto a mí. Supongo que había bajado corriendo al ver lo ocurrido.

-¿ y vio usted quién le disparó?

-No vi nada más que los adoquines acercándose a mi cara.

-¿Por qué cree que le dispararon, señor Cutter?

-No lo sé. Supongo que para robarme.

-Pero no se llevaron nada. ¿Qué ha venido a hacer a Venecia?

-Soy director ejecutivo de operaciones de Giambelli-MacMillan. Tenía varias reuniones.

-Ah. Trabaja usted para *la signora.*

-Sí.

-He oído decir que *la signora* tiene problemas en América, ¿cierto?

-Sí, pero no veo qué relación puede tener con que me hayan atracado a mí en Venecia. Necesito hablar con mis hijos.

-Sí, sí, nos ocuparemos de ello. ¿Conoce a alguien en Venecia que pudiera desearle algún mal, señor Cutter?

-No. -David pensó en Donato inmediatamente-. No -repitió-, no conozco a nadie que quisiera pegarme un tiro en la calle. ¿Dice usted que no me han robado nada, teniente? El anillo que compré, la cartera, el reloj, el maletín.

-No se encontró ningún maletín. -DeMarco se recostó en su asiento. La mujer que había presenciado los hechos había declarado que la víctima llevaba un maletín, y había dado una descripción detallada-. ¿Qué contenía ese maletín?

-Papeles de la oficina -contestó David-. Sólo papeles.

«Era muy duro soportar tantos golpes», pensó Teresa. El ánimo empezaba a flaquear ante aquel ataque continuado. Entró en la salita con la espalda muy erguida, acompañada de Eli. Sabía que los niños estaban allí, esperando la llamada de su padre.

Al ver a Maddy arrellanada en el sofá y con la cara enterrada en un libro, y a Theo aporreando el piano, pensó: «¿por que qué tenía que robarse la inocencia de aquella forma, tan temprano?».

Oprimió el brazo de Eli para tranquilizado a él y armarse de valor ella; luego, se acercó a los otros.

Claudia alzó la vista de la labor. Una mirada a su madre hizo que se le parara el corazón. El bordado cayó de sus manos cuando se puso en pie lentamente.

-¿Mamá?

-Siéntate, por favor, Theo. -Hizo un gesto para que el chico dejara de tocar-. Maddy. Primero debo deciros que vuestro padre está bien.

-¿Qué ha pasado? -Maddy se levantó del sofá-. Le ha ocurrido algo. Por eso no ha llamado. Él nunca se retrasa.

-Está herido, pero se encuentra bien. Está en el hospital.

-¿ Un accidente?

Claudia se acercó a Maddy y puso una mano sobre su hombro; ella no intentó alejarse, como habría hecho en otro tiempo. -No, no ha sido un accidente. Le han disparado.

-¿Disparado? - Theo se levantó de golpe. El terror se hizo bilis en su garganta-. No es verdad, es un error. Papá no va por ahí dejándose pegar tiros.

-Lo han llevado al hospital enseguida -prosiguió Teresa-. He hablado con el médico que lo atiende. Tu padre está muy bien. No corre ningún peligro.

-Escuchadme -dijo Eli, dando un paso hacia delante para coger la mano de Maddy y luego la de Theo-. No os diríamos que está bien si no fuera verdad. Sé que estáis asustados, y nosotros también. Pero el médico ha sido muy claro. Vuestro padre está sano y fuerte. Se pondrá bien.

-Quiero que vuelva a casa. -A Maddy le temblaba el labio-. Quiero que vuelva a casa ahora.

-Volverá a casa en cuanto le den el alta en el hospital-dijo Teresa-. Yo me encargaré de todo. ¿Te quiere tu padre, Madeline?

-Pues claro.

-¿Sabes lo preocupado que está por ti ahora? Por ti y por tu hermano. ¿Y sabes que esa preocupación no le deja descansar y curarse? Tienes que ser fuerte por él.

Cuando sonó el teléfono, Maddy se volvió como el rayo para saltar sobre él.

-¿Hola? ¿Hola? ¡Papá! -Las lágrimas afluyeron a sus ojos, sacudiendo todo su cuerpo, pero abofeteó a Theo cuando éste intentó arrebatarle el teléfono-. Estoy bien. -Se le quebró la voz y se volvió hacia Teresa-. Estoy bien -repitió, pasándose la mano por la nariz, respirando profundamente-. Bueno, oye, ¿has guardado la bala?

Maddy escuchó a su padre y vio que *la signora* asentía.

-Sí, Theo está aquí, empujándome. ¿Puedo pegarle? Demasiado tarde -respondió-. Ya lo he hecho. Sí, aquí lo tienes.

Maddy pasó el teléfono a su hermano.

-Eres una joven muy valiente -le dijo Teresa-. Tu padre estará muy orgulloso de ti.

-Haga que vuelva a casa, ¿vale? Haga que vuelva a casa. Maddy se echó en brazos de Claudia, y se sintió mejor después de llorar un rato.

Le dolía la cabeza como una herida abierta, pero eso no era nada comparado con el dolor de su corazón. Haciendo caso omiso, se sentó tras su mesa.

Teresa permitió a los chicos que asistieran a aquella reunión de emergencia, pese a las objeciones de Eli y de Claudia. Ella seguía siendo la cabeza de la familia Giambelli, y los chicos tenían derecho a saber por qué creía ella que habían disparado a su padre.

Tenían derecho a saber que el culpable era uno de su misma sangre.

-He hablado con David -empezó a decir, y sonrió a sus hijos-. Antes de que volviera su médico y le obligara a descansar.

-Es una buena señal -dijo Sophia, sentada junto a Theo, que parecía tan joven, tan indefenso-. Los hombres son como bebés cuando están heridos. No saben hablar de otra cosa.

-Ya. Lo que pasa es que somos estoicos. - Theo intentaba serlo, pero el estómago no dejaba de molestarle.

-Sea como sea -prosiguió Teresa-, con el consentimiento de su médico, volverá dentro de unos días. Mientras tanto, la policía está investigando el asunto. También he hablado con el responsable de In investigación.

Había investigado asimismo su historial, en rápida e implacable sucesión. DeMarco serviría. Teresa enlazó las manos sobre el expediente del teniente.

-Hubo testigos. Tienen una descripción del agresor, aunque no demasiado buena. No creo que lo encuentren, ni que importe demasiado.

-¿Cómo puede decir eso? -Maddy dio un bote en su silla-. Disparó a mi padre.

Teresa aprobaba aquella reacción y le habló como, a una igual.

-Porque creo que lo contrataron para hacer el trabajo, como uno compra y usa una herramienta, para quitarle a tu padre unos documentos que tenía en su poder. Fue un acto despreciable con el que cierta persona quería protegerse. Se han producido... discrepancias con algunas cuentas. Los detalles ahora no vienen al caso. Hoy se había demostrado, gracias al trabajo de David, que mi sobrino había estado traspasando dinero de la empresa a una cuenta fantasma.

-Donato. -Sophia notó una punzada en el corazón-. ¿Te estaba robando?

-Nos estaba robando a todos. Esta tarde, siguiendo mis instrucciones, David se ha reunido con él en Venecia, y Donato habrá comprendido que sus

acciones se iban a poner muy pronto al descubierto. Ésta ha sido su reacción. Mi familia os ha causado dolor -dijo a Theo y Maddy-. Soy la cabeza de la familia y responsable de ese dolor.

-Papá trabaja para usted. Estaba haciendo su trabajo. - Theo apretó los dientes, porque seguía notando un nudo en el estómago-. Es culpa de ese cabrón, no suya. ¿Está en la cárcel?

-No, aún no lo han encontrado. Al parecer ha huido -explicó Teresa con voz llena de desprecio-. Ha dejado a su mujer y sus hijos y ha huido. Os prometo que lo encontrarán, que será castigado. Yo me ocuparé de ello.

-Necesitará dinero, recursos -apuntó Ty.

-Se necesita a alguien en Venecia para aclarar todo este asunto. -Sophia se levantó-. Me iré esta noche.

-No pondré a otro de los míos en peligro.

-Nonna, si Donato estaba utilizando una cuenta inexistente para apropiarse de fondos de la empresa, alguien tuvo que ayudarle. Mi padre. Se trata de mi sangre -añadió, pasándose al italiano- tanto como de la tuya. Se trata de mi honor tanto como del tuyo. No puedes negarme el derecho a reparar el daño. -Respiró hondo y volvió al inglés-. Me iré esta noche.

-Mierda -dijo Tyler, ceñudo-. Nos iremos los dos esta noche. -No necesito niñera.

-Sí, ya. - Tyler se encaró con ella con una mirada de acero-.

Esto nos incumbe a todos, Giambelli. Si tú vas, yo también voy. Iré a supervisar los viñedos y la bodega -dijo a Teresa-. Si hay algo raro, yo lo averiguaré. La cuestión de los papeles se la dejo a la experta.

«Así pues -pensó Teresa, mirando a Eli-, se completaba el círculo. Debían traspasar responsabilidades a los jóvenes.»

-De acuerdo -dijo Teresa, sin prestar atención al bufido siseante de Sophia-. Tu madre se preocupará menos si no vas sola.

-Al contrario, tendré que preocuparme por dos. Mamá, ¿qué hay de Gina y los niños?

-Se asegurará su futuro. No creo en los pecados de los padres. -Teresa desvió la vista hacia Sophia y le sostuvo la mirada-. Creo en los hijos.

Lo primero que hizo David cuando le dieron el alta en el hospital, o para ser exactos, cuando él mismo se dio el alta, fue comprar flores. El primer ramo no le pareció adecuado, de modo que compró otro, y luego un tercero.

No fue tarea fácil caminar por las calles atestadas de Venecia con todo un cargamento de flores y un brazo en cabestrillo, pero finalmente consiguió llegar al sitio donde había recibido el disparo.

Se había preparado para sufrir cierta conmoción, pero no creía que además se sintiera furioso. Alguien había considerado que se podía prescindir de él, le había traspasado la carne con una bala, había derramado su sangre, y había estado a punto de dejar a sus hijos huérfanos.

Alguien tendría que pagar por ello, se prometió David junto a las manchas de su propia sangre, con el brazo sano cargado de flores. No importaba lo que costara, ni cuánto tiempo pudiera tardar.

Alzó la vista. La ventana estaba abierta, pero no había ropa tendida.

Cambió de posición las flores y entró en el edificio. Le asombró que unas cuantas escaleras lo dejaran extenuado, con las piernas flojas y perla do de sudor. Le fastidió encontrarse sin resuello, apoyado contra la pared junto a la puerta del piso.

¿Cómo demonios iba a volver al apartamento Giambelli, hacer las maletas y reservar un billete de avión, si ni siquiera podía con unas escaleras? El médico ya se lo había advertido al firmar David antes de abandonar el hospital, pero eso no hizo más que fastidiarle.

«Bien -pensó, resoplando aún-, aquí estamos.» Se irguió y llamó a la puerta.

No esperaba que la mujer estuviera en casa. En realidad pensaba dejar las flores en su puerta o pedirle a algún vecino amable que se las entregara, pero la puerta se abrió y allí estaba ella.

-*Signorina.*

-*SI?* -La mujer lo miró sin reconocerlo, pero finalmente su hermoso rostro se iluminó-. *Signore! Come sta? Oh, oh_ che bellezza!*

-La mujer cogió las flores y le indicó que pasara-. He llamado al hospital esta mañana -continuó en rápido italiano-. Me han dicho que estaba descansando. Qué susto. No podía creer que ocurriera una cosa así delante de mi propia... Oh. -Se dio una palmada en la cabeza-. Es usted americano -dijo en vacilante inglés-. *Scusami.* Lo siento. Mi inglés no es bueno.

-Yo hablo italiano. Quería darle las gracias.

-¿A mí? Si no hice nada. Pase, por favor, siéntese. Está usted muy pálido.

-Estaba usted allí -dijo David, mirando alrededor. El apartamento era pequeño y sencillo, con pequeños y bonitos detalles-. Si yo no hubiera mirado hacia arriba porque era muy tarde para recoger la ropa y me pareció una imagen encantadora, puede que ahora no viviera para contarlo. *Signorina* -dijo, cogiéndole la mano para llevársela a los labios-. *Mille grazie.*

-*Prego.* -La mujer ladeó la cabeza. Una historia romántica-. Siéntese, prepararé café.

-No es necesario que se moleste.

-Por favor, si le he salvado la vida, ahora tendré que cuidar de usted. -Llevó las flores a la cocina.

-Esto... una de las razones por las que se me había hecho tan tarde era que había ido de compras antes de cenar. Acababa de comprar un anillo de compromiso para la mujer a la que amo.

-Oh -exclamó ella, y suspiró. Luego volvió a mirar a David de arriba abajo-. Qué lástima. y qué suerte para ella. Pero aun así, le prepararé un café.

-Me sentaría bien. *Signorina,* no sé su nombre.

-Elana.

-Elana, espero que no me interprete usted mal. Creo que es usted la segunda mujer más hermosa del mundo.

Ella se echó a reír y llenó un jarrón de agua para las flores.

-Sí, tiene mucha suerte.

David estaba cansado, dolorido, harto de médicos y de la jungla de turistas que era Venecia, cuando consiguió llegar a su apartamento. Había llegado a la conclusión de que no volvería a California aquella noche. Tendría suerte si conseguía desvestirse y meterse en la cama. ¿Cómo iba a quedarse levantado y hacer las maletas?

Le dolía el hombro terriblemente, las piernas no le aguantaban, y soltó un. juramento cuando no acertó a meter la llave en la cerradura con la mano izquierda. Aun así, la mano se convirtió en un puño dispuesto a luchar cuando vio que la puerta se abría sola.

-¡Por fin! -exclamó Sophia. Estaba con los brazos en jarras-.

¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre marcharte del hospital por tu cuenta y riesgo y andar por Venecia solo? Mírate, estás blanco como el papel. Los hombres sois unos idiotas.

-Gracias, muchas gracias. ¿Te importa si entro? Creo que éste sigue siendo mi apartamento.

- Ty está fuera buscándote. -Sophia lo cogió por el brazo bueno mientras hablaba para ayudarle a entrar-. Estábamos muertos de preocupación desde que nos han dicho en el hospital que te habías ido, desoyendo las advertencias del médico.

-Ni siquiera en Italia consiguen que la comida de los hospitales sea aceptable. -David se desplomó en una butaca-. Me habría muerto de hambre allí dentro. Además, no esperaba que viniera nadie tan pronto. ¿Cómo lo habéis hecho?

-Salimos anoche. He hecho un largo viaje, he dormido muy poco, y llevo demasiado tiempo paseándome por estas habitaciones, preocupada por ti, así que no me vengas con cuentos. –Destapó un frasco y le tendió una pastilla. .

-¿Qué es esto?

-Calmantes. Te fuiste del hospital sin tu medicación.

-Drogas. Me has traído drogas. ¿Quieres casarte conmigo?

-Idiota -dijo Sophia, y fue a la nevera en busca de una botella de agua-. David, ¿dónde has estado?

-He llevado flores a una hermosa mujer. -David se recostó en la butaca, alargó la mano para coger la botella de agua, y suspiró cuando Sophia la retiró de pronto-. Vamos, no atormentes a un hombre con su medicación. -¿Has estado con una mujer?

-Tomando café -dijo él- con la mujer que me salvó la vida. Le he llevado unas flores para agradecérselo.

Sophia ladeó la cabeza, sopesando la respuesta. David parecía exhausto y sudoroso, y tenía un aspecto muy romántico con el brazo en cabestrillo y unas marcadas ojeras bajo los ojos azules.

-Supongo que es correcto. ¿Es guapa?

-Le he dicho que era la segunda mujer más hermosa del mundo, pero estoy dispuesto a bajada al tercer lugar si me das esa maldita botella de agua. No me obligues a masticar esta pastilla, te lo suplico. Sophia le dio la botella y se acuclilló frente a él.

-David, lamento mucho todo esto.

-Sí, yo también. Los chicos están bien, ¿verdad?

-Sí. Preocupados pero tranquilos. Theo ha empezado a pensar que es estupendo que te hayan pegado un tiro. No es algo que ocurra a todos los padres...

-Cariño, no me atormentes de esa manera.

-No, no lo haré. -Sophia respiró profundamente-. Bueno, Maddy bromeaba anoche sobre la bala. ¿No te dijo algo de guardártela? Según mi madre, está estudiando el asunto para poder examinada.

-Ésa es mi chica.

-Son buenos chicos, David. Seguramente es gracias a un padre que piensa en comprar flores para una mujer cuando acaban de recogerlo de la acera con el resto de la basura. Venga, vamos a la cama.

-Eso es lo que dicen todas. -La sonrisa lenta y torpe de David indicó a Sophia que el calmante empezaba a hacer efecto-. Tu madre no sabe estar sin meterme mano.

-Una droga estupenda, ¿eh?

-Buena de verdad. Quizá debería tumbarme un rato.

-Claro. ¿Por qué no pruebas sobre una superficie plana? -Sophia le ayudó a levantarse.

-¿Sophia? Tu madre no estará demasiado angustiada por todo esto, ¿verdad?

-Pues claro que está angustiada, pero se le pasará cuando llegues a casa y pueda prodigarte sus cuidados.

-Estoy bien, sólo un poco mareado. -David soltó una risita y se apoyó en Sophia con todo su peso para llegar hasta el dormitorio. Habría jurado que flotaba-. Qué bien se vive gracias a la química.

-Seguro. Ya casi estamos.

-Quiero volver a casa. ¿Cómo voy a hacer las maletas con una sola mano?

-No te preocupes, yo las haré por ti.

-¿En serio? ¿De verdad? -Volvió la cabeza para darle un beso en la mejilla y falló por diez centímetros-. Gracias.

-No hay de qué. Allá vamos. Así, despacio. No quiero hacerte daño. ¡Oh! Lo siento -dijo cuando David soltó un aullido.

-No, no es el brazo. Es... mi bolsillo. El estuche. Me lo he clavado.

Buscó el estuche a tientas, soltó una maldición, y se sintió sólo un poco azorado cuando Sophia tuvo que meter la mano en el bolsillo para sacado.

-Comprando chucherías, ¿eh? -Sophia abrió el estuche y par
padeó-. Cielos.

-Supongo que debo decírtelo. Lo he comprado para tu madre. Voy a pedirle que se case conmigo. -David se incorporó un poco sobre la almohada y resbaló, volviendo a quedar tumbado-. ¿Algún problema?

-Podría ser, teniendo en cuenta que me lo has pedido a mí hace cinco minutos, sinvergüenza. -Sophia se sentó en el borde de la cama con los ojos un poco llorosos-. Es muy hermoso, David. Le va a encantar. Te ama.

-Ella es todo lo que siempre he querido. La hermosa, hermosa Claudia. Por dentro y por fuera. Una segunda oportunidad. La cuidaré bien.

-Lo sé. Lo sé. Aún estamos a mitad de año -dijo Sophia en voz baja-. Todo se mueve deprisa, pero algunas cosas lo hacen en la mejor dirección. -Se inclinó y besó a David en la mejilla-. Cierra los ojos un rato, papá. .

Cuando Tyler regresó, Sophia estaba preparando una sopa de verduras. Siempre se asombraba al veda en la cocina, tan lejos de su elemento.

-Está aquí -dijo ella sin darse la vuelta-. Durmiendo.

-Ya te había dicho que sabía cuidar de sí mismo.

-Sí, y lo hizo tan bien que le pegaron un tiro, ¿no? Aléjate de
esa sopa -añadió cuando Tyler se inclinó sobre la olla-. Es para David.

-Aquí hay más que suficiente para todos.

-Todavía no está terminada. Deberías ir a los viñedos. Podrías dormir en el *castello* esta noche. He pedido que me manden los papeles utilizando un mensajero. Puedo trabajar en el ordenador de aquí.

-Bien, ya lo tienes todo pensado, ¿eh?

-No hemos venido aquí para hacer turismo -dijo Sophia, saliendo de la cocina.

Tyler esperó un momento para serenarse y luego la siguió al pequeño despacho del apartamento.

-¿Por qué no arreglamos esto de una vez?

-No hay nada que arreglar, Ty. Tengo muchas cosas en que
pensar.

-Ya sé por qué no querías que viniera.

-¿Ah, sí? -Sophia encendió el ordenador-. ¿Podría ser que tengo mucho trabajo que hacer en muy poco tiempo?

-Podría ser que estás cabreada, dolida, que te sientes traicionada. Y cuando te sientes dolida, eres vulnerable. Bajas las defensas. Tienes miedo de que me acerque demasiado a ti.. No me quieres demasiado cerca, ¿verdad, Sophia? - Tyler le alzó el mentón para obligada a mirarle a los ojos-. Nunca me has querido demasiado cerca.

-Yo diría que hemos estado todo lo cerca que se puede estar.

Y fue idea mía.

-El sexo es lo más fácil. Levántate.

-Estoy ocupada, Ty, y no me apetece un polvo rápido.

Tyler la levantó de la silla con tal violencia que incluso la volcó.

-No intentes reducido todo al sexo.

Iba todo demasiado deprisa, volvió a pensar Sophia. Ocurrían demasiadas cosas, sin tiempo para asimiladas. Si no era ella la que gobernaba

el timón, ¿cómo podía mantener el rumbo?

-No quiero nada más. Todo lo demás lleva complicaciones; ya te he dicho que ahora mismo hay demasiadas cosas en que pensar. Y me estás haciendo daño.

-Jamás te he hecho daño. -Tyler aflojó la presión de las manos-. Tal vez ése sea tu problema. ¿Te has preguntado alguna vez por qué acabas siempre con el tipo de hombres con que sueles acabar?

-No. -Sophia alzó el mentón con altanería.

-Tipos viejos, refinados. La clase de hombres que se van sin hacer ruido cuando los echas a puntapiés. Yo no soy refinado, Sophia,

y no pienso marcharme así como así.

-Entonces acabarás con el culo pelado.

-¿Y qué? -Su sonrisa era letal, cuando la obligó a ponerse de

puntillas-. No me iré, Sophia. Voy a seguir a tu lado. Será mejor que te tomes tu tiempo para pensar en ello. -La soltó y se fue hacia la puerta-. Volveré.

Sophia se frotó los brazos con expresión ceñuda. «El muy hijo

de puta seguramente le había dejado moretones», pensó.

-Por mí no te des prisa.

Sophia fue a sentarse, pero se lo pensó mejor y dio una patada a

la silla. Aquel estúpido gesto hizo que se sintiera un poquito mejor.

¿Por qué no hacía Tyler lo que ella esperaba que hiciera? En un principio había creído que Tyler iría a la oficina, obligado por Teresa, y luego se marcharía con un aburrimiento de muerte. Pero no, se había quedado, y esa idea hizo que volviera a darle una patada a la silla.

«Su relación no era más que el resultado de una saludable y pura atracción animal -pensó, levantando la silla del suelo-. Habían disfrutado de unas estupendas relaciones sexuales, y después ella esperaba que Tyler perdiera el interés, pero no.»

¿ Y si era cierto que estaba un poco preocupada porque tampoco ella daba muestras de haberlo perdido? Estaba acostumbrada a ciertas rutinas en su vida, como cualquier hijo de vecino. Jamás había creído que pudiera llegar a tener sentimientos más profundos hacia Tyler MacMillan.

Dios, le ponía furiosa saber que los tenía.

Peor aún, Tyler había acertado en su análisis. Estaba cabreada y dolida, se sentía traicionada y vulnerable, y deseaba que Tyler estuviera a miles de kilómetros de distancia, precisamente porque deseaba con todas sus fuerzas que estuviera a su lado y poder apoyar la cabeza en su hombro.

No, no debía. Su familia estaba en un brete. La empresa que estaba destinada a dirigir tenía problemas, y el hombre que seguramente iba a convertirse en su padrastro estaba durmiendo en la habitación contigua con un orificio de bala en el hombro.

¿No era ya suficiente sin que tuviera que ponerse a pensar en

su miedo al compromiso?

No porque ella tuviera ese miedo exactamente. Y si lo tenía, decidió Sophia, volviendo a sentarse, tendría que pensar en ello en otro momento.

David durmió dos horas y se despertó sintiéndose como un hombre al que le han pegado un tiro pero vive para contado. Una vez sentado y tomando sopa de verduras, decidió que podía empezar a usar la mente de nuevo.

-Te ha vuelto el color a la cara -dijo Sophia.

-y también he recuperado gran parte de mi cerebro -dijo David. Lo bastante para darse cuenta de que Sophia removía la sopa, más que tomarla-. ¿Qué te parece si me pones al corriente de las novedades?

-Puedo decir lo que se ha hecho, o lo que sé que se ha hecho, nada más. Están buscando a Donato, no sólo la policía, sino un investigador privado que han contratado mis abuelos. Han interrogado a Gina. Según parece, está histérica y afirma no saber nada. La creo. Si supiera algo, estaría deseando perjudicar a Donato, después de que la haya abandonado a ella y a los niños en medio de este jaleo. No han podido identificar a la amante. Si es verdad que está enamorado de ella, tal como me aseguró, supongo que se la habrá llevado consigo para hacerle compañía, por así decirlo.

-Menuda situación para Gina.

-Sí. -Sophia se levantó de la mesa, cansada de fingir que comía-.

Yo le tenía cierto aprecio a Donato. Apenas soportaba a Gina y aún menos a su progenie. Ahora los ha abandonado un marido estafador, ladrón, y seguramente asesino, y... maldita sea, no siento lástima por ella.

-Es posible que ella agobiara a Don pidiéndole más y más dinero, hasta que él empezó a robar.

-Aunque así fuera, Donato es responsable de sus propias acciones. Mas no es por eso. Sencillamente, no puedo soportar a Gina. Es una persona horrible. Pero no hablemos más de mí.

Sophia partió un trocito de pan para mordisquearlo mientras se paseaba de un lado a otro.

-Se da por supuesto que Don tenía dinero escondido, dinero que había robado a la empresa. Lo bastante para vivir un tiempo, supongo, pero si he de ser sincera, no creo que tenga inteligencia suficiente para ser el cerebro de todo este asunto.

-Estoy de acuerdo contigo. Alguien tuvo que ayudarle.

-Mi padre.

-Hasta cierto punto -dijo David mirándola-. Y después de muerto, quizá Margaret. Pero su participación, si la hubo, fue mínima. No creo que ninguno de los dos tuviera el papel protagonista en esta historia.

-¿Crees que los utilizaron? -preguntó Sophia.

-Creo que tal vez tu padre se limitó a mirar hacia otro lado. En cuanto a Margaret, apenas había empezado a situarse.

-Entonces la mataron -dijo Sophia en voz baja-. Mataron a mi padre. Puede que así se complete el círculo.

-Quizá, pero Don no tiene la sangre fría ni la inteligencia que se necesita para montar un fraude que ha escapado a la atención de los contables de Giambelli durante años. Era el contacto dentro de la empresa, pero alguien movía los hilos desde fuera. Quizá la amante -añadió, encogiéndose de hombros.

-Quizá. Lo encontrarán. O bien tomando el sol en una playa tropical o

flotando en el agua. Mientras tanto, nosotros tenemos que resolver el rompecabezas.

Sophia volvió a sentarse.

-Donato pudo contaminar el vino, o contratar a alguien para que lo hiciera.

-Lo sé.

-No acierto a comprender el motivo. ¿Venganza? ¿Por qué dañar la reputación, y por tanto la seguridad financiera, de la empresa que le proporcionaba el dinero? ¿Y matar, además, para conseguirlo?

Sophia hizo una pausa y miró el brazo vendado de David. -Bueno, supongo que ha demostrado que en realidad no le costaba nada. Pudo ser él quien lo hiciera todo -Sophia se apretó las sienes con los dedos-, quien mató a mi padre. Rene era una mujer de gustos caros y papá necesitaba mucho dinero. Sabía que iban a echarlo de Giambelli. Había quemado sus puentes con mamá, y yo le dejé muy claro que los que le unían a mí estaban ardiendo.

-Era responsable de sus actos, Sophia -repitió David, usando sus propias palabras.

-Me he resignado a creerlo. O casi. Imagino qué acciones debió de emprender. Debió de presionar a Don para conseguir más dinero, una tajada más grande, o lo que sea. No habría desdeñado incluso hacerle chantaje, de un modo civilizado, por supuesto. Tal vez sabía lo del pobre *signore* Baptista. Luego Don mató a Margaret porque ella le pidió más, o porque temía que descubriera el deslfalco. Ya ti te disparó porque comprendió que no le quedaba otra sa Iida.

-¿ Y para qué iba a robarme los documentos?

-No lo sé, David. Tal vez no pensaba con claridad. Supongo que creyó que estabas muerto y que si desaparecían los documentos que lo incriminaban, se habrían terminado sus problemas. Pero has sobrevivido, y ahora ha debido de comprender que él mismo

se ha puesto la soga al cuello, sin necesidad de que lo hicieran los documentos. Mientras tanto, tendremos que enfrentarnos con una nueva pesadilla publicitaria. ¿Has pensado alguna vez en dejamos y volver corriendo con La Coeur?

-No. Sophia, ¿por qué no pruebas a comerte ese pan en lugar de destrozado?

-Sí, papaíto. -Sophia hizo una mueca al notar el tono irascible de su propia voz-. Lo siento. Es por el cambio horario y el malhumor general. ¿Por qué no empiezo a hacerte las maletas? Dado que insistes en marcharte en lugar de disfrutar de mi brillante compañía, saldrás mañana en el primer avión.

Sudaba como un cerdo. Las puertas de la terraza estaban abiertas y el aire frío llegaba desde el lago Como y se adueñaba de la habitación, pero eso no evitaba que sudara, sólo le congelaba el sudor.

Había esperado a que su amante estuviera dormida para salir de la cama y pasar al salón. No había podido cumplir, pero ella había fingido que no le importaba. ¿Cómo podía mantener una erección un hombre en momentos como aquéllos?

Tal vez no importara en realidad. A ella le había encantado que la llevara por sorpresa a un elegante balneario junto al' lago, tal como le había prometido docenas de veces, sin cumplir nunca. Lo había convertido en un juego, le había dado una cantidad ridícula de dinero, para que ella pudiera cargar la cuenta de la habitación a su propia tarjeta de crédito. Allí no lo conocían, le había dicho, y prefería que siguiera siendo así. ¿Qué iba a decir si alguien lo veía allí con una mujer que no era su esposa?

Se creía muy listo. Muy listo. Casi había llegado a creer que todo era un juego. Hasta ver las noticias y su propio rostro en la televisión. Por supuesto, su amante no estaba en aquel momento en el salón. No le costaría gran cosa mantenerla alejada de los periódicos y la televisión.

Pero no podían quedarse allí. Alguien lo vería, lo reconocería. Necesitaba ayuda y sólo conocía a una persona que pudiera proporcionársela.

Sus manos temblaban como hojas cuando marcó el número de Nueva York.

-Soy Donato.

-Esperaba tu llamada. - Jerry consultó su reloj y calculó la hora. Giambelli tenía los sudores de las tres de la madrugada, pensó-. Has sido un chico muy travieso, Don.

-Creen que disparé a David Cutter.

-Sí, lo sé. ¿En qué estabas pensando?

-No era... no fui yo. -Empezaba a fallar su inglés-. *Dio.* Me dijiste que me fuera de Venecia enseguida cuando te conté lo que me había dicho Cutter, y me fui. Ni siquiera volví a casa para despedirme de mi familia. Puedo demostrado -susurró con desesperación-. Puedo demostrar que no estaba en Venecia cuando le dispararon.

-¿Sí? Pero no sé de qué te va a servir, Don. Por lo que he oído decir, creen que contrataste a un pistolero.

-¿Un qué? ¿Qué es eso? ¿Dicen que contraté a alguien para que lo matara? ¿Por qué motivo? El daño ya estaba hecho. Tú mismo lo dijiste.

-Mira, así es como yo lo veo. -Oh, aquello cada vez se estaba poniendo mejor, pensó Jerry. La venganza era más dulce de lo que jamás hubiera imaginado-. Mataste a dos personas, seguramente a tres, contando a Avano. Y lo de David Cutter -añadió, regocijándose al oír cómo farfullaba Donato a causa del pánico-, ¿qué más te da otro? Estás bien jodido, amigo.

-Necesito ayuda. Tengo que salir del país. Tengo dinero, pero no el suficiente. Necesito un... un... un pasaporte, cambiar de nombre, cambiar de cara.

-Todo eso me parece muy razonable, Don, pero ¿por qué me lo cuentas a mí?

-Tú puedes conseguirme esas cosas.

-Sobrestimas mi capacidad y mi interés por ti. Consideremos esta conversación como el punto final a nuestra relación de negocios.

-No puedes hacerme esto. Si me atrapan también caerás tú.

-Oh, no lo creo. No hay forma de relacionarme contigo. Ya me he asegurado yo de que fuera así. De hecho, en cuanto cuelgue el teléfono, pienso llamar a la policía y decirles que te has puesto en contacto conmigo, y que yo he intentado convencerte de que te entregaras. No tardarán

mucho en localizar esta llamada. Es una advertencia justa, dada nuestra relación anterior. Yo que tú saldría por patas.

-Nada de todo esto habría ocurrido... Fue idea tuya.

-Yo tengo muchas ideas. -Jerry se miró las uñas recién arregladas sin inmutarse-. Pero, como observarás, nunca he matado a nadie. Sé listo, Don, si puedes. Sal corriendo.

Jerry colgó, se sirvió una copa de vino y encendió un cigarro. Luego telefoneó a la policía.

David vio alejarse Ve ecia con una mezcla de pesar y alivio.

-No hay razón para que te levantes tan temprano y vengas conmigo al aeropuerto -dijo a Tyler, que viajaba con él en el bote taxi-. No necesito niñera.

-Ya, eso lo oigo mucho últimamente. - Tyler bebió un sorbo de café y encorvó los hombros para protegerse del aire frío y húmedo del canal-. Está empezando a sacarme de quicio.

-Sé muy bien cómo se sube a un avión.

-Mira, esto es lo que hay. Yo te llevo hasta el avión y ellos te recogen en el aeropuerto. Hazte a la idea.

David miró a su acompañante más de cerca. Tyler no se había afeitado y, por su expresión, tenía un humor de perros. Sin saber por qué, eso le animó.

-¿Una mala noche?

-Las he tenido mejores.

-¿Sabrás volver? Tu italiano es bastante limitado, ¿no?

-Que te den.

David rió y movió suavemente el hombro.

-Bien, ahora está mejor. ¿Sophia te las hace pasar canutas?

-Hace veinte años que me las hace pasar canutas. Ha dejado de arruinarme el día.

-Si te doy un consejo, ¿me tirarás por la borda? Recuerda que estoy herido.

-No necesito consejos con respecto a Sophia -replicó Tyler; pero a su pesar miró a David con el entrecejo fruncido y añadió-: ¿Cuál es?

-Insiste. No creo que nadie le haya insistido nunca. Al menos el macho de la especie. Si no te mata, será tuya.

-Gracias, pero a lo mejor soy yo quien no la quiere a ella.

David se recostó en el asiento para disfrutar del paseo por el canal.

-Oh, sí -dijo, y soltó unacarcajada-. Ya lo creo que la quieres.

«Sí -admitió Tyler-. La quería.» Por eso iba a arriesgarse a provocar su cólera. A ella no le gustaba que nadie le tocara sus cosas. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, ni siquiera... no, se corrigió mientras guardaba la pequeña oficina portátil de Sophia, sobre todo cuando era lo mejor para ella.

-¿ Qué demonios estás haciendo?

Tyler alzó la vista y allí estaba ella, mojada aún después de una ducha, y echando chispas.

-Haciéndote las maletas, colega. Nos vamos.

-Aparta esas manos de mis cosas. -Sophia se acercó hecha una furia, le arrebató el ordenador portátil, y lo apretó contra su pecho como un hijo muy querido-. No voy a ninguna parte. Acabo de llegar aquí.

-Yo me voy al *castello,* y donde yo voy, vas tú. ¿Alguna razón para que no puedas trabajar allí?

-Sí, varias.

-¿Y son?

-Ya pensaré en ellas -respondió Sophia, abrazando el ordenador con fuerza.

-Mientras lo piensas, termina de hacer el equipaje.

-Acabo de deshacerlo.

-Entonces recordarás perfectamente dónde iba cada cosa.

Tras esta lógica irrefutable, salió de la habitación dando grandes zancadas.

Sophia estaba furiosa. Tyler la había pillado desprevenida, cuando aún tenía la cabeza embotada después de una noche insomne. Le molestaba, porque precisamente ella había planeado pasar un día o dos en el *castello* trabajando.

Le fastidiaba darse cuenta de que su silencio mohíno era una estupidez.

Y para colmo, a Tyler no parecía importarle lo más mínimo.

-Dormiremos en habitaciones separadas -anunció-. Ya es hora de que pongamos freno a esa parte de nuestra relación.

-De acuerdo.

Sophia estaba preparada para lanzarle una pulla, pero la res puesta indiferente de Tyler la dejó boquiabierta.

-De acuerdo -logró decir-. Bien.

-De acuerdo, bien. ¿ Sabes?, en California llevamos varias semanas de adelanto con la cosecha. Al parecer aquí apenas han acabado de plantar las nuevas cepas. Hablé con el encargado ayer. Me ha dicho que el tiempo ha sido bueno, sin heladas, desde hace varias semanas, y que pronto empezarán a brotar los nuevos retoños. Si el calor se mantiene, tendremos una transformación normal. Oh, me refiero a la transformación de las flores en uvas.

-Ya sé a lo que te refieres -dijo ella entre dientes.

-Sólo quería mantener la conversación.

Abandonaron la autopista y enfilaron el camino que discurría entre colinas onduladas.

-Es un país muy bonito. Creo que hace bastantes años que no venía por aquí. Nunca había estado en esta época de la primavera.

Sophia sí, pero lo había olvidado. El suave tono verde de las colinas, el hermoso contraste con las vistosas casas, las largas hileras de vides que cubrían las lomas. Campos de girasoles aguardando el verano, y la sombra de

montañas lejanas formando un borrón en el cielo azul.

Las muchedumbres de Venecia y el cosmopolitismo de Milán estaban a muchos kilómetros de distancia, pero no sólo estaban separados por una autopista. Allí latía el pequeño corazón de Italia, alimentado por la tierra y la lluvia.

En aquellos viñedos estaba el origen de su destino, ordenado por Cesare Giambelli al plantar sus primeras cepas. «De un sencillo sueño -pensó Sophia-, a un gran plan. De una humilde empresa a un imperio internacional.»

Ahora que estaba amenazado, ¿podía extrañarse alguien de que utilizara cuantos medios tuviera a su alcance para defenderlo?

Sophia vio la bodega, el antiguo edificio de piedra con sus diferentes anexos. Las primeras piedras las había colocado su tatarabuelo, luego el hijo había añadido más, y luego la hija del hijo. «Un día -pensó-, tal vez ella colocara las suyas.»

El *castello* dominaba el paisaje desde la colina, con los campos extendiéndose a sus pies como una falda de amplio vuelo. Grandioso y magnífico con su fachada de columnas, sus balcones y sus altas ventanas en forma de arco, se erguía como testamento de la visión de un hombre.

«Él habría luchado -se dijo Sophia-. No sólo por los beneficios, sino por la tierra, por su buen nombre.» Allí este sentimiento se hacía más arraigado, más profundo que en los viñedos de California, que entre las paredes de sus oficinas y sus salas de juntas o allí, donde un hombre había cambiado su vida, forjando la de ella.

Tyler detuvo el coche frente a la casa. Los jardines estaban floreciendo.

-Hermoso lugar -se limitó a decir, y se apeó del coche.

Sophia tardó más en bajar. Respiraba aquella visión igual que

respiraba el aire levemente perfumado. Las enredaderas cubrían las paredes de mosaico. Había un viejo peral lleno de flores, que derramaba ya sus pétalos como la nieve. Sophia recordó de pronto el sabor de su fruta, dulce y sencillo, y el jugo que le recorría la garganta cuando paseaba por los viñedos con su madre, siendo una niña.

-Querías que sintiera todo esto -dijo, y se volvió hacia Tyler-. ¿Creías que no lo sentiría? -Se llevó el puño al corazón-. ¿Crees que no lo he sentido antes?

-Sophia. - Tyler se apoyó en el capó del coche, adoptando una postura amistosa, cómplice-. Creo que eres capaz de sentir todo tipo de cosas, pero sé que algunas de ellas se pierden en medio de tantas preocupaciones y, bueno, la inmediatez del momento. Te concentras demasiado en el momento y pierdes de vista la imagen de conjunto.

-Así que me has sacado a rastras del ático de Venecia para que pudiera tener una visión de conjunto.

-En parte. Es la época de la floración, Sophia. Pase lo que pase ahí fuera, es la época de la floración. No querrás perdértela.

Tyler dio la vuelta hacia el maletero y lo abrió.

-¿Eso era una metáfora? -preguntó ella, apoderándose de su portátil antes de que él pudiera cogerlo.

-Yo sólo soy un viticultor. ¿Qué sé yo de metáforas?

-Sólo un viticultor, ya, y mi culo también. -Sophia se colgó el portátil en bandolera y sacó su maletín.

-Perdona, pero se supone que no debo pensar más en tu culo. - Tyler sacó su maleta y luego miró la de ella, indignado-. ¿Por qué tu maleta es el doble de grande y el triple de pesada que la mía, cuando el más corpulento soy yo?

-Porque soy una chica -respondió ella agitando las pestañas coquetamente-. Se supone que debería disculparme por haber sido altanera contigo.

-¿Para qué? -dijo él, tirando de su maleta-. No serías sincera. -Sí lo sería, más o menos. A ver, deja que te eche una mano. -Sophia cogió su pequeño neceser y se alejó caminando lentamente.

Claudia abrió la puerta a la policía. «Al menos por una vez -pensó-, lo estaba esperando.»

-Detectives Claremont, Maguire, gracias por venir.

Claudia se hizo a un lado y les indicó la sala de estar.

-Hace un bonito día para conducir -añadió-, pero sé que están muy ocupados, por lo que les agradezco mucho que se hayan tomado la molestia.

Claudia había ordenado ya que trajeran café y galletas, y sirvió a los policías en cuanto éstos se sentaron. Claremont y Maguire intercambiaron una mirada a su espalda y Maguire se encogió de hombros.

-¿Qué podemos hacer por usted, señora Giambelli?

-Tranquilizarme, espero. Ya sé que no es ése su trabajo. -Pasó las tazas de café. A Maguire le impresionó que hubiera recordado cómo lo tomaba cada uno.

-¿En qué aspecto necesita que la tranquilicemos? -preguntó Claremont.

-Tengo entendido que su departamento está en contacto con las autoridades italianas. -Claudia se sentó, pero no tocó su café. No necesitaba ponerse aún más nerviosa de lo que estaba-. Puede que sepan ya que mi madre tiene cierta influencia allí. El teniente DeMarco ha sido sumamente amable y nos ha proporcionado toda la información de que disponía. Sé que mi primo habló con Jeremy DeMorney ayer, y que Jerry informó a la policía de Nueva York. Jerry tuvo el detalle de llamar a mi padrastro para decírselo personalmente.

-Si está usted tan bien informada, no veo qué más podemos decirle nosotros.

-Detective Claremont, ésta es mi familia. -Claudia hizo una pausa-Sé que las autoridades consiguieron localizar la llamada en la zona del lago Como. También sé que Donato ya se había ido cuando ellos llegaron para arrestarlo. Les pregunto si, en su opinión, mi primo mató a mi... a Anthony Avano.

-Señora Giambelli -dijo Maguire, dejando el café a un lado-, nuestra tarea consiste en buscar indicios y pruebas, no en especular.

-Ustedes y yo nos conocemos desde hace meses. Han investigado mi vida, entrando incluso en detalles personales. Comprendo que la naturaleza de su profesión requiera mantener cierta distancia, pero les pido que muestren un poco de compasión. Es posible que Donato siga en Italia. Mi hija está en Italia,

detective Maguire. Un hombre al que quiero mucho ha estado a punto de morir asesinado. Un hombre con el que estuve casada la mitad de mi vida ha muerto. Mi única hija está a miles de kilómetros de distancia. Por favor, ayúdenme.

-Señora Giambelli…

-Alex -dijo Maguire, antes de que su compañero pudiera terminar-. Lo siento, Claudia, no podemos decirle lo que quiere escuchar. Sencillamente, no tenemos la respuesta. Usted conoce a su primo mejor que nosotros. Dígame qué opina.

-Hace días que casi no pienso en otra cosa -contesto Claudia-. Ojalá pudiera decir que estábamos muy unidos, que conocía su mente y su corazón, pero no es cierto. Hace una semana habría dicho: «Oh, Donato, es un poco estúpido a veces, pero tiene buen corazón». Ahora no me cabe la menor duda de que era un ladrón, de que él y el hombre con el que estuve casada se habían confabulado para robar a la mujer que les permitía ganarse la vida.

Cogió su taza de café por tener algo entre las manos.

-Nos estaba robando a mí y a mi hija. Pero aun sabiendo todo eso, no consigo imaginarlo en la sala de estar del apartamento de Sophia, sentado frente al hombre al que conocía tan bien, matándolo. No lo imagino empuñando una pistola. No sé si es porque no ocurrió tal cosa, o porque no puedo soportar creerla.

-Le preocupa que ahora vaya a por su hija, pero no tiene ningún motivo para hacerla.

-Si ha hecho todas las demás cosas, ¿no es el simple hecho de que ella exista motivo suficiente?

En su despacho, a puerta cerrada, Kris Drake daba rienda suelta a su cólera. Las Giambelli, dirigidas por esa zorra de Sophia, seguían intentando arruinar su vida. «Le habían echado a la policía encima -pensó, dándose un puñetazo en la palma de la mano-. Pues maldito si les servía de algo. Creían que podrían relacionarla con el asesinato de Tony, incluso con la manipulación del vino y el pequeño accidente de Cutter en Venecia.»

Temblando de furia, abrió un frasco de pastillas con el pulgar y se tragó un tranquilizante sin agua.

No podían probar que ella había empujado a Sophia en la terraza. No podían probar nada de nada. ¿Y qué si se había acostado con Tony? Eso no era delito. Él había sido muy amable con ella, había sabido apreciarla en lo que valía, y comprender lo que buscaba.

Tony le había hecho promesas. Promesas que las zorras Giambelli le habían impedido cumplir. «Pobre estafador de poca monta -pensó con afecto-. Habrían formado un gran equipo si la hubiera escuchado, si no hubiera dejado que aquella fulana lo convenciera para casarse.”

Pero todo era culpa de las Giambelli, se recordó a sí misma. También se habían encargado de dar a conocer su existencia a la puta de Rene Foxx. Ahora su nombre andaba arrastrándose por la prensa, y los colegas empezaban a mirarla burlonamente en el trabajo.

Igual que en Giambelli.

Había llegado demasiado lejos, había trabajado demasiado para

que aquellas divas italianas arruinaran su carrera. Sin la ayuda de Jerry, tal vez la hubieran despedido incluso. Gracias a Dios tenía su apoyo. Jerry comprendía que la víctima era ella.

Le debía la información sobre la empresa Giambelli que ella le había pasado. Que las Giambelli intentaran demandarla. La Coeur lucharía por ella. Jerry se lo había dejado claro desde el principio. Allí sí sabían valorarla.

La Coeur iba a darle todo lo que ella siempre había soñado: prestigio, poder, dinero, una posición. Cuando cumpliera los cuarenta, sería una de las cien profesionales más importantes del país. Sería la maldita mujer ejecutiva del año.

y no porque alguien se lo hubiera transmitido desde la cuna, sino porque se lo había ganado.

Sin embargo, todo eso no bastaba. No compensaba los interrogatorios de la policía, ni los ataques contra su persona en la prensa, ni las insinuaciones que le habían hecho cuando estaba en Giambelli.

«Giambelli se hundía -pensó-. Pero tenía medios para hacer que la familia temblara hasta el final."

El vuelo transoceánico era muy largo. Se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo, y cuando despertó y tomó un café para despejarse, llamó a la villa para saber qué novedades había. Le respondió Eli, que le informó de todo lo sucedido en Italia después de su partida, pero sufrió una decepción al saber que Claudia y sus hijos ya habían salido.

David quería llegar de una vez a casa. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Napa, se impacientó al pensar que aún le quedaba un corto trayecto en coche.

Cruzó la pista en dirección al lugar donde le habían dicho que le aguardaría su chófer.

-¡Papá!

Theo y Maddy salieron por las dos puertas de la limusina.

Emocionado, David dejó caer el maletín y se abalanzó sobre ellos. Aferró a Maddy con el brazo sano, pero una punzada de dolor le recorrió el otro brazo hasta el hombro cuando intentó abrazar a Theo.

-Lo siento, es la pata mala.

Placer y sorpresa se entremezclaron cuando recibió un beso de Theo. No recordaba ya la última vez que le había besado aquel muchacho, ya casi un hombre.

-Dios, cómo me alegro de veros. -Apretó los labios sobre la cabeza de su hija y se apoyó en su hijo.

-No vuelvas a hacer algo así. -Maddy apretó la cara contra su pecho. Notaba su olor, oía los latidos de su corazón-. Nunca más.

-Trato hecho. No llores, mi amor. Ya estoy bien.

Temiendo echarse a llorar, Theo se apartó y se aclaró la garganta.

-Bueno, ¿nos has traído algo?

-¿Has oído hablar de los Ferrari?

-¡Joder, papá! Quiero decir... caray. -Theo volvió la vista hacia el avión como esperando ver que descargaban un elegante deportivo italiano.

-Sólo te he preguntado si habías oído hablar de ellos. Pero sí, os he traído

un par de cosas que me cabían en las maletas, que están allí mismo. -David señaló con la cabeza. .

-Vaya.

-y si me las llevas como un buen esclavo, iremos a comprar un coche este fin de semana.

Theo lo miró boquiabierto.

-¿Hablas en serio?

-No será un Ferrari, pero hablo en serio.

-¡Guay! Eh, ¿por qué has esperado tanto para que te pegaran un tiro?

-Muy gracioso. Es agradable volver a estar en casa. Salgamos de aquí... -Se interrumpió al mirar hacia el coche.

Claudia estaba allí. El viento ondeaba sus cabellos. Cuando sus ojos se encontraron, empezó a caminar hacia él. Luego echó a correr.

Maddy la miró, y dio su primer paso vacilante hacia la vida adulta, haciéndose a un lado.

-¿Por qué llora ahora? -quiso saber Theo cuando Claudia se aferró a su padre sollozando.

-Las mujeres esperan a que todo haya acabado para llorar, sobre todo cuando es algo importante. -Maddy observó el modo en que su padre hundía el rostro en el cabello de Claudia-. Esto es importante.

Una hora más tarde, David estaba en el sofá de su sala de estar, y no paraban de servirle té. Maddy estaba sentada a sus pies con la cabeza apoyada en su rodilla, mientras jugueteaba con el collar que su padre le había comprado en Venecia. No era una baratija cualquiera para niñas -ella tenía buen ojo para esas cosas-, sino una auténtica joya.

Theo llevaba aún las gafas de sol de diseño, y de vez en cuando se miraba en el espejo para admirar su aire europeo.

-Bien, ahora que ya estás instalado, tengo que irme. -Claudia se inclinó sobre el respaldo del sofá para rozar los cabellos de David con los labios-. Bienvenido a casa.

Tal vez estuviera lisiado, pero su brazo bueno seguía siendo rápido. David retuvo a Claudia cogiéndola de la mano.

-¿Qué prisa tienes?

-Has tenido un largo día. Vamos a echaros de menos en la villa, chicos -dijo a Theo y Maddy-. Espero que sigáis viniendo por allí.

Maddy frotó la mejilla contra la rodilla de su padre, pero sin apartar la vista de Claudia.

-Papá, ¿le has traído un regalo a la señora Giambelli?

-Pues sí.

-Vaya, es un alivio. -Claudia le apretó el hombro sano-. Puedes dármelo mañana. Ahora necesitas descansar.

-Me he pasado más de nueve mil kilómetros descansando. Ya no me cabe más té. ¿Te importaría llevarte esto a la cocina y dejar que hable un momento con los chicos?

-Claro. Te llamaré mañana para ver cómo estás.

-No salgas corriendo -dijo él, cuando Claudia cogió la bande

ja para llevársela-. Espera un momento.

Cuando Claudia salió, David cambió de posición en el sofá, repasando lo que quería decir mentalmente.

-Escuchad... Theo, ¿quieres sentarte un momento?

Theo se dejó caer en el sofá con visiones de coches deportivos danzando todavía en el interior de su cabeza.

-¿Podemos ver los descapotables? Sería guay pasearse por ahí con la capota bajada. Las chicas caen como moscas.

-Ostras, Theo. -Maddy se dio la vuelta hasta quedar en cuclillas con las manos apoyadas en las rodillas de su padre-. No vas a conseguir que te compre un descapotable diciéndole que lo vas a usar para ligar. Pero cállate de una vez para que papá pueda decimos que va a pedirle a la señora Giambelli que se case con él. La sonrisa que había esbozado David al oír la primera parte del discurso se desvaneció.

-¿Cómo demonios lo sabes? Me das miedo.

-Es una mera cuestión de lógica. ¿No era eso lo que querías decimos?

-Quería hablaros de ello. ¿Tiene algún sentido hacerlo ahora?

-Papá -dijo Theo, dándole una viril palmada-. Es guay.

-Gracias, Theo. ¿Maddy?

-Cuando se tiene una familia, se supone que uno tiene que que darse con ella. A veces las personas no...

-Maddy...

-Ajá. -Maddy meneó la cabeza-. Se quedará porque quiere hacerlo. Quizás a veces sea mejor.

Instantes después, David acompañaba a Claudia a la villa, por el camino que bordeaba los viñedos. La luna iniciaba su lenta ascensión.

-En serio, David, sé volver a casa sola, y no deberías estar fuera, al relente de la noche.

-Necesito tomar el aire, un poco de ejercicio y estar contigo.

-Maddy y Theo necesitan tenerte a su lado.

-¿ y qué me dices de ti?

Claudia se cogió de su mano, entrelazando los dedos.

-Yo me siento mucho mejor. No quería llorar en el aeropuerto. Me había jurado que no lo haría.

-¿Quieres saber la verdad? Es bueno para el ego de un hombre que una mujer llore por él.

Se llevó la mano que sujetaba a los labios y le besó los nudillos. Habían llegado al sendero del jardín de la villa.

-¿Recuerdas la primera noche? Te encontré aquí. Dios, estabas preciosa, y furiosa, hablando sola.

-Fumando a hurtadillas un cigarrillo para calmarme -recordó ella-, y abochornada al ser descubierta por el nuevo director ejecutivo.

-El nuevo y atractivo director.

-Oh, sí, eso también.

David se detuvo y la atrajo suavemente para abrazarla. -Deseaba tocarte aquella noche. Ahora ya puedo. -Le acarició la mejilla con los dedos-. Te amo,

Claudia.

-David, yo también te amo.

-Te llamé desde San Marcos, te hablé de la música y de la luz del crepúsculo. ¿Te acuerdas?

-¿Cómo no voy a acordarme? Fue la noche en que... -Chissst. -David le selló los labios con un dedo-. Colgué, y estuve sentado un rato pensando en ti. Y lo supe. -Sacó el estuche del bolsillo.

Claudia retrocedió. Sentía una gran opresión en el pecho, un pánico que caía sobre ella como toneladas de plomo.

-Oh, David. Espera.

-No me rechaces. No seas racional, no seas razonable. Cásate conmigo. -David hizo esfuerzos denodados por abrir el estuche. Finalmente, soltó una carcajada de frustración-. No puedo abrir el maldito estuche. Ayúdame, ¿quieres?

La luz de las estrellas ponía un toque plateado en sus cabellos rubios. Sus ojos eran de un azul oscuro, directos, llenos de amor y de regocijo. Claudia contuvo la respiración y percibió el suave aroma del jazmín y las rosas tempranas. «Todo era tan perfecto -pensó-. Tan perfecto que estaba aterrorizada.»

-David, los dos hemos pasado por esto antes y sabemos que a veces no funciona. Tienes hijos muy jóvenes que han sufrido mucho.

-Los dos hemos pasado por esto antes, y los dos sabemos que se necesitan dos para hacerlo funcionar. Tú no harás sufrir a mis hijos porque, como acaba de decirme mi extraña y maravillosa hija, no te quedarás sólo porque se supone que debes quedarte, sino porque quieres. Y eso es mejor.

Claudia notó cierto alivio.

-¿Ha dicho eso?

-Sí. Theo, siendo un hombre parco en palabras, se ha limitado a decir que era guay.

Los ojos de Claudia querían empañarse, pero ella contuvo las lágrimas. En aquel momento necesitaba una visión clara.

-Vas a comprarle un coche. Te diría cualquier cosa que quisieras oír.

-¿Te das cuenta? ¿Cómo no vaya amarte? Lo has calado a la primera.

-David, tengo casi cincuenta años.

-¿ Y? -dijo él con una sonrisa.

-y yo... -De repente se sintió un poco tonta-. Supongo que tenía que decirlo una vez más.

-De acuerdo, eres vieja. Mensaje recibido.

-No tan vieja... -Claudia dejó la frase sin acabar y soltó un resoplido cuando David rió-. No puedo pensar con claridad.

-Bien. Claudia, deja que te lo explique. Diga lo que diga tu partida de nacimiento, hicieras lo que hicieres antes de conocernos, te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, quiero compartir mi familia contigo, y ser partícipe de la tuya. Así que, ayúdame a abrir este maldito estuche.

-Yo lo abriré. -Claudia creía que le temblarían los dedos, pero no fue así. La opresión que antes sentía en el pecho había desaparecido, reemplazada por una gran ligereza-. Es precioso. –Contó las piedras y comprendió lo que

simbolizaban-. Es perfecto.

David lo sacó del estuche y se lo puso en el dedo. -Eso fue lo que pensé.

Cuando Claudia entró en la villa, Eli estaba preparando té en la cocina.

-¿Qué tal está David?

-Bien, creo. Mejor de lo que imaginaba. -Acarició con el pulgar el anillo que tan bien parecía sentarle al dedo-. Sólo necesita reposo.

-Como todos nosotros. -Eli suspiró-. Tu madre ha subido a su despacho. Estoy preocupado por ella, Claudia. Apenas ha comido hoy.

-Yo subiré a llevarle un poco de té. -Claudia le pasó una mano por la espalda-. Saldremos de ésta, Eli.

-Lo sé. Lo creo, pero empiezo a pensar que nos va a costar demasiado. Tu madre es una mujer orgullosa, y todo esto está afectando a su orgullo.

Claudia empezó a contagiarse de la preocupación de Eli, mientras subía las escaleras con la bandeja. Se le ocurrió entonces que era la segunda vez en una noche que llevaba té a alguien que seguramente no lo quería.

Sin embargo, con aquel gesto pretendía confortar a su madre, y estaba dispuesta a hacer todo lo posible.

La puerta estaba abierta y Teresa se hallaba sentada con un libro de contabilidad abierto sobre su escritorio.

-Mamá -dijo Claudia-, no deberías trabajar tanto. Haces que los demás nos sintamos avergonzados.

-No estoy de humor para tomar el té, Claudia, ni para dar conversación.

-Bueno, pues yo sí. -Claudia depositó la bandeja sobre la mesa y sirvió el té-. David está bastante bien. Tú misma podrás comprobarlo mañana.

-Me avergüenzo de que alguien de mi propia familia fuera capaz de hacer una cosa así.

-Y, claro está, tú eres la culpable. Como siempre.

-¿Quién si no?

-El hombre que le disparó. Antes creía, quería creer que era culpable de las cosas vergonzosas que hacía Tony.

-No erais de la misma sangre.

-No; lo elegí yo, y eso empeoraba las cosas. Pero no tenía ninguna culpa de lo que él pudiera hacer. Si alguna responsabilidad tenía era la de permitir que nos tratara a mí y a Sophia como nos trataba. -Claudia llevó el té al escritorio de su madre-. Giambelli es algo más que vino.

-Ja. ¿Crees que necesito que me lo recuerden?

-Ahora mismo, sí. Creo que necesitas que te recuerden todo el bien que se ha hecho, los millones de dólares que hemos donado para obras de beneficencia a lo largo de los años, las incontables familias que se han ganado la vida gracias a la compañía: peones, viticultores, embotelladores, distribuidores, obreros y oficinistas que dependen de nosotros y de lo que hacemos, mamá.

Claudia se sentó junto al escritorio y observó con satisfacción que su madre escuchaba.

-Trabajamos, padecemos y luchamos contra las adversidades climáticas de cada estación. Hacemos cuanto está en nuestra mano y

tenemos fe en nuestro trabajo. Nada de eso ha cambiado. Jamás cambiará.

-¿Fui injusta con él, Claudia? ¿Con Donato?

-¿Y te lo preguntas? Ahora ya entiendo por qué Eli está preocupado. Si te digo la verdad, ¿me creerás?

Cansada, Teresa se levantó y se acercó a la ventana. No veía las viñas en la oscuridad, pero tenía su imagen en el corazón.

-Tú nunca dices mentiras. ¿Por qué no iba a creerte?

-Puedes ser muy dura a veces. Y a veces das miedo. Cuando yo era pequeña, te veía paseándote por entre las hileras y pensaba que eras como uno de los generales de mis libros de historia: recta y severa. Pero entonces te detenías, examinabas una vid, hablabas con uno de los peones. Siempre los conocías por el nombre.

-Un buen general conoce a todos sus soldados.

-No, mamá, la mayoría no. Los soldados no son más que peones sin cara y sin nombre. Tiene que ser así, para que el general pueda enviados al combate sin compasión. Tú siempre te sabías sus nombres, porque siempre te importaron como personas. Sophia también los conoce. Ése ha sido tu gran regalo.

-Dios, sabes cómo consolarme.

-Eso espero. Nunca has sido injusta. Ni con Donato, ni con nadie. Y no eres responsable de la codicia, la crueldad o el egoísmo de aquellos que sólo ven peones sin rostro.

-Claudia. -Teresa apoyó la frente sobre el cristal de la ventana, en un gesto de fatiga tan raro en ella que Claudia se levantó rápidamente para acudir a su lado-. El *signore* Baptista. Me atormenta su recuerdo.

-Mamá. Él nunca te echaría la culpa. Jamás culparía a *la signora.* Y creo que le defraudaría que tú sí lo hicieras.

-Espero que estés en lo cierto. Quizás ahora me tomaré ese té. -Teresa se dio la vuelta y acarició la mejilla de su hija-. Tienes un corazón fuerte y generoso. Siempre lo he sabido. Pero tu perspicacia es mayor de lo que pensaba.

-Abarca más cosas, tal vez. Me ha llevado mucho tiempo reunir el coraje suficiente para quitarme la venda de los ojos, y ha cambiado mi vida.

-Para bien. Pensaré en lo que me has dicho.

Teresa hizo ademán de sentarse, pero vio entonces el destello de las gemas en el dedo de Claudia. Alargó la mano, rauda como una serpiente.

-¿Y esto qué es?

-Un anillo.

-Ya veo que es un anillo -dijo Teresa secamente-. Pero no creo que te lo hayas comprado tú para reemplazar aquel que llevabas en *otro* tiempo.

-No, no lo he comprado yo. Y no es un sustituto. Se te está enfriando el té.

-No llevabas este anillo cuando fuiste a buscar a David al aeropuerto.

-Desde luego la vista la conservas estupendamente, incluso en horas bajas. De acuerdo. Quería llamar primero a Sophia para... Mamá, David me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí.

-Ya veo.

-¿Ya está? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

-Aún no he terminado.

Teresa tiró de la mano de Claudia para mirada a la luz de la lámpara de su escritorio, y examinó el anillo y las gemas. También ella sabía reconocer los símbolos, y valoraba ese tipo de cosas. -Te ha dado toda una familia para que la lleves en la mano. -Sí. Su familia y la mía. Nuestra familia.

-Difícil rechazar un gesto semejante para una mujer con un corazón como el tuyo. -Sus dedos aferraron con fuerza la mano de Claudia-. Me has dicho lo que pensabas, ahora te lo diré yo. Una vez, un hombre te pidió que te casaras con él y respondiste que sí. ¡Ah! -Alzó un dedo antes de que Claudia pudiera decir nada-. Entonces no eras más que una muchacha. Ahora eres una mujer madura y has elegido a un hombre mejor. *Cara.* -Teresa cogió el rostro de Claudia entre sus manos y la besó en ambas mejillas-. Me siento muy feliz por ti. Ahora tengo una pregunta que hacerte.

-Muy bien.

-¿Por qué lo has enviado a casa y me has traído un té? ¿Por qué no me lo has traído a él para que pidiera mi bendición y la de Eli, y para beber champán, como ha de ser? No importa. Llámalo. Que vengan los tres.

-Mamá, está cansado. Aún no está bien del todo.

-No está tan cansado, y se encuentra lo bastante bien para alborotarte el cabello y quitarte el pintalabios de un beso. Llámalo -ordenó en un tono de voz que zanjaba toda discusión-. Esto ha de hacerse como es debido, en familia. Bajaremos, abriremos nuestro mejor champán y llamaremos a Sophia al *castello.* Me gustan sus hijos -añadió, volviéndose hacia el escritorio para cerrar el libro de contabilidad y devolverlo a su sitio-. La chica recibirá el collar de perlas de mi madre, y el chico los gemelos de plata de mi padre. -Gracias, mamá.

-Nos has dado a todos un motivo de celebración. Diles que se den prisa -ordenó, y salió con paso firme, erguida y elegante, llamando a Maria para que sirviera el champán.

CUARTA PARTE

EL FRUTO

¿Quién compra un minuto de dicha para llorar una semana? ¿O vende la eternidad para obtener un juguete? ¿Quién destruiría una vid por una uva dulce?

SHAKESPEARE

Tyler estaba sucio, tenía un persistente dolor en el centro de la espalda y un feo corte mal vendado en los nudillos de la mano izquierda.

Pero se sentía en el séptimo cielo.

Las montañas allí no eran tan diferentes de los afloramientos irregulares de las montañas Vacas, de donde él procedía. Pero aquí el terreno no era pedregoso, sino de roca. Sin embargo, el pH seguía siendo alto y produciría un vino suave.

Podía entender que Cesare Giambelli hubiera cimentado su sueño en aquella tierra y hubiera luchado con el arado para sembrar aquel suelo rocoso. Había cierta belleza tosca a la sombra de aquellas colinas que atraía a ciertos hombres, que suponía un desafío para ellos. No era cuestión de domeñarla, se dijo Ty, sino de aceptar la tierra tal como era y podía ser.

Si tenía que alejarse de sus propios viñedos, aquél era el sitio perfecto para él. El clima era excelente, los días largos y dulces, y el capataz del *castello* estaba más que dispuesto a aprovechar el trabajo y la destreza de otro viticultor.

«Y sus músculos», pensó Tyler, volviendo hacia la gran casa. Se había pasado buena parte del tiempo que llevaba allí ayudando a los peones a instalar tuberías nuevas, que discurrían desde el depósito de agua hasta las cepas nuevas. Era un buen sistema, bien diseñado, y las horas que había pasado con los peones le habían ofrecido la oportunidad de conocer aquella rama de la compañía.

También le habían permitido hacer unas cuantas preguntas discretas sobre Donato.

La barrera del idioma no había supuesto tan gran impedimento como temía. Los que no hablaban inglés, no por ello tenían menos ganas de hablar. Sirviéndose de signos, de expresiones faciales y de la generosa ayuda de

diversos intérpretes, Tyler se había hecho su composición de lugar.

No había un solo hombre en los campos que se tomara en serio a Donato Giambelli.

Mientras caminaba hacia la casa en medio de las sombras cada vez más largas, Tyler reflexionó sobre aquella opinión. Llegó al jardín, donde crecían hortensias grandes como canastas de baloncesto, y ríos de pálidas balsaminas rosadas subían serpenteando por el terreno ondulado hasta llegar a una gruta. El agua manaba allí de una fuente que guardaba Poseidón.

«Los italianos -pensó-, tenían mucho aprecio a sus dioses, sus fuentes y sus flores.» Ciertamente, Cesare Giambelli los había utilizado con profusión en aquel bonito palacio oculto entre las colinas.

Un pequeño y espléndido palacio, se dijo Tyler, con los brazos en jarras, trazando lentamente un círculo. El tipo de lugar que codiciaría un hombre ambicioso con una esposa exigente.

Personalmente, opinaba que era un bonito sitio para ir de visita, pero ¿cómo podía vivir nadie allí con tantas habitaciones y tantos sirvientes? Sólo los jardines, con sus árboles, sus flores, sus estanques y estatuas, requerían de todo un ejército de mantenimiento.

Claro que había hombres que ambicionaban tener pequeños ejércitos a su disposición.

Pasó entre los muros de mosaico con sus figuras en bajorrelieve de ninfas voluptuosas, y bajó los escalones que rodeaban un nuevo estanque lleno de nenúfares. Desde allí no podía ver los campos, el corazón de aquel reino. No, para ser exactos, los que trabajaban en los campos no podían ver a los que estaban allí. Supuso que Cesare deseaba tener un poco de intimidad en ciertos rincones de su imperio.

Lo que sí se veía más allá de las flores y las terrazas, era la piscina. Y surgiendo de ella, igual que Venus, vio a Sophia.

Llevaba un sencillo traje de baño negro que se pegaba a su piel como el agua que chorreaba hasta el suelo. Tenía el pelo pegado hacia atrás, y un destello de fuego en las orejas, seguramente de unos pendientes de diamantes. ¿Quién más podía llevar diamantes para darse un baño?

Al contemplarla, Tyler sintió una incómoda mezcla de lujuria y añoranza.

Sophia era perfecta, elegante, lozana e inteligente. Al notar el deseo que ardía en su interior, se preguntó si había algo más perturbador para un hombre que la perfección de una mujer.

Sólo una cosa, se contestó a sí mismo: «Amar a esa mujer como un bobo».

-El agua debe de estar fría.

Sophia se quedó inmóvil; la toalla ocultó su rostro un instante. -Sí. Quería que estuviera fría.

Sophia dejó la toalla a un lado con gesto desenvuelto y se tomó su tiempo para ponerse un albornoz.

Sabía que Tyler la estaba mirando, que la observaba de aquel modo tan suyo, pacientemente, con atención. Era lo que ella deseaba. Cada vez que había pasado por una ventana durante el día, había mirado los campos, buscándolo entre los demás hombres.

Lo observó

-Estás sucio.

-Sí.

-y satisfecho de estar sucio. -Sucio y sudoroso, pensó Sophia, y tenía una belleza primitiva que no debería ser tan puñeteramente seductora-. ¿Qué te has hecho en la mano?

-Me he raspado varias capas de piel, eso es todo. - Tyler se miró la mano-. Me iría bien una copa.

-Cielo, te iría bien una ducha.

-Eso también. Voy a ducharme. Nos encontraremos en el patio central dentro de una hora.

-¿Para qué?

-Abriremos una botella de vino y charlaremos sobre la jornada.

Quiero comentarte un par de cosas.

-De acuerdo, nada que objetar. Yo también tengo algunas cosas que decir. Algunos sabemos escarbar sin acabar cubiertos de porquería.

-Ponte algo bonito -le dijo Tyler, cuando ya se alejaba, y sonrió cuando ella miró hacia atrás por encima del hombro-. Sólo porque no vaya a tocar no quiere decir que no me guste mirar.

Cuando Sophia entró en la casa, Tyler recogió la toalla húmeda y aspiró el olor que había dejado ella. «La belleza -pensó- era irresistible para un hombre. Tenía tantos deseos de domar a Sophia como de domar la tierra, pero, por Dios que había llegado el momento de aceptarse mutuamente.»

Sophia pensaba darle motivos sobrados para mirarla... y deseada. Al fin y al cabo, era una experta en publicidad. Llevaba un vestido azul eléctrico con el corpiño bajo para resaltar sus senos, y la falda dejaba al descubierto buena parte de sus largos y esbeltos muslos.

Para terminar, se puso una fina cadena de diamantes con un solo colgante de zafiro, que se posó perezosamente sobre su escote.

Después metió los pies en unos zapatos con tacón de aguja, perfumó las zonas adecuadas, y se dio por satisfecha.

Entonces se miró en el espejo.

¿Por qué se sentía tan desdichada? El tumulto del trabajo era un desafío constante que ponía los nervios a flor de piel, pero no era la causa de aquella congoja tan profunda. Se encontraba bien mientras trabajaba, cuando se centraba en lo que se debía hacer y el mejor modo de hacerla. Pero en cuanto paraba, en cuanto sus pensamientos se alejaban de la tarea que tuviera entre manos, allí

estaba aquella tristeza pertinaz, aquel abatimiento del ánimo.

y con él, admitió Sophia, una ira que no se explicaba. Ni siquiera sabía ya con quién estaba enfadada. Don, su padre, Ty, ella mIsma.

¿Qué más daba? Cumpliría con su deber en el trabajo, y ya pensaría después en el resto.

Por el momento, le aguardaba un rato de charla con un buen vino, para informar a Tyler de lo que había descubierto. Y aprovecharía la circunstancia para excitarlo sexualmente. En conjunto, sería un buen modo de pasar la velada.

-Dios, me odio a mí misma -dijo en voz alta-. Y no sé por qué. Hizo esperar a Tyler, pero él ya contaba con ello. De hecho, le dio tiempo para tenerlo todo preparado. Las sombras de la noche cubrían el patio enlosado. Lo iluminaban la luz de las velas de la mesa, las antorchas colocadas en el jardín circundante, las luces escondidas entre las macetas.

Había elegido un blanco joven y suave, y había pedido al personal de la cocina que les sirvieran unos canapés. Un personal que, según había tenido ocasión de observar, adoraba a Sophia y sabía apreciar el sabor del romance.

«Buena cosa para él-pensó-, ya que ellos habían colocado las velas, habían añadido pequeños búcaros con flores primaverales en los que él no había pensado, e incluso habían puesto una música suave que brotaba de los altavoces exteriores.»

Tyler esperaba estar a la altura.

Oyó el ruido de sus tacones sobre el suelo enlosado, pero no se levantó. Sophia estaba demasiado acostumbrada a que los hombres saltaran como un resorte en su presencia, o cayeran rendidos a sus pies.

-¿Qué es todo esto?

-Cosas del personal. -Señaló la silla que tenía junto a él-. Pides un poco de vino y queso, y te tratan a cuerpo de rey. -Miró a Sophia mientras sacaba el vino de la cubitera-. Fíjate en lo que ocurre cuando te pido que te pongas algo bonito. Es lo que pasa cuando uno está en un castillo.

-No es tu estilo, pero pareces llevarlo bastante bien.

-Cavar unas cuantas zanjas hoy me ha puesto de buen humor. - Tyler ofreció una copa de vino a Sophia-. *Salute.*

-Como te decía, he escarbado por mi cuenta. El personal doméstico es muy comunicativo. Me he enterado de que Don visitaba esta casa regularmente sin informar a nadie, y que nunca venía solo, pero raras veces se hacía acompañar de Gina.

-Ah, el nidito de amor.

-Eso parece. La amante era la *signorina* Chezzo. Es una chica joven, rubia y tonta, y le gusta desayunar en la cama. En los últimos años, ha estado aquí con frecuencia. Don insultó al servicio ofreciéndoles un soborno por guardarle el secreto, pero dado que a nadie le gusta Gina, aceptaron su dinero y callaron. Habrían sido igual de discretos sin el dinero, por supuesto.

-Por supuesto. ¿Te han hablado de algún otro visitante?

-Sí, de mi padre, pero eso ya lo habíamos deducido y una vez vino con una mujer que no era Rene. Kris.

Tyler miró su copa de vino frunciendo el entrecejo.

-De eso no me había enterado en los viñedos.

-Era más fácil sonsacar al personal doméstico. En cualquier caso, no es nada .nuevo. Es evidente que mi padre utilizaba mi apartamento para sus citas cuando le convenía. ¿Por qué no iba a usar también el *castello?*

-No quieres que diga que lo siento, pero es la verdad.

-No, no me importa que lo digas. Yo también lo siento. Me hace sentir mucho más orgullosa de que mi madre haya encontrado a alguien que la hará feliz, alguien en quien puede confiar ella y todos nosotros. Digo esto, sabiendo que antes trabajaba para Jerry DeMorney en La Coeur, y

que Jerry también ha estado como invitado aquí.

Esta vez Tyler asintió. .

-Eso pensaba. Los peones no sabían su nombre, y la descripción era vaga. Suelen prestar más atención a las mujeres que a los hombres trajeados. Esto lo explica todo, ¿no crees?

-¿Ah sí? -Nerviosa, Sophia se puso en pie y bebió el vino a sorbos mientras se paseaba de un lado a otro-. Jerry aborrecía a mi padre. Yo siempre había supuesto que era un odio civilizado.

-¿Por qué?

-Realmente vives en otro mundo, ¿verdad? -replicó ella-. Hace unos cuantos años, mi padre tuvo una tórrida aventura con la mujer de Jerry. El asunto se ocultó, pero fue la comidilla de los íntimos. La mujer dejó a Jerry, o él la echó. Esa parte de la historia varía, dependiendo de quién la cuente. Jerry y mi padre se llevaban bastante bien antes de eso, y después de que las aguas volvieran a su cauce, pero había un rescoldo bajo el hielo, que descubrí hace dos años, cuando Jerry trató de ligar conmigo.

-¿Intentó seducirte?

-Con toda claridad. No me interesó. Él se mosqueó conmigo y me dijo unas cuantas cosas desagradables sobre mi padre, sobre mí y el resto de mi familia.

-Maldita sea, Sophia, ¿por qué no me lo habías dicho antes?

-Porque vino a verme al día siguiente, lleno de remordimientos. Me dijo que el divorcio le había afectado más de lo que creía, que se sentía muy mal, avergonzado por haberla tomado conmigo,

y que tendría que asimilar el hecho de que su matrimonio estaba

acabado antes de que ocurriera todo. Y bla, bla, bla. Fue razonable y comprensible. Dijo lo más adecuado para que le disculpara, y no volví a pensar en ello.

-¿ Qué piensas ahora?

-Veo un astuto y pequeño triángulo: mi padre, Kris y Jerry.

No sabría decirte quién utilizaba a quién, pero creo que Jerry está involucrado en el desfalco, o cuando menos está enterado de todo. Puede que incluso participara en la manipulación del producto. Para La Coeur sería beneficioso que Giambelli tuviera que luchar contra la inquietud del consumidor, el escándalo público, y las rencillas internas, como de hecho ha sucedido. Añade a Kris, y tienes mis planes, mi campaña y mi trabajo en sus manos, antes de que yo haya podido siquiera llevarlos a la práctica. Sabotaje industrial, espías; es muy común en el mundo de los negocios.

-El asesinato no lo es.

-No, por eso se trata de algo personal. Jerry pudo haber matado a mi padre. Me lo imagino más a él con una pistola en la mano que a Donato. No sé si en realidad es más un deseo que una deducción. Hay un largo trecho del espionaje industrial al asesinato a sangre fría, pero...

-¿Pero?

-Ideas a posteriori -contestó ella, encogiéndose de hombros-. He recordado cosas que me dijo cuando perdió los estribos, y cómo las dijo. Era un hombre al borde del abismo, dispuesto a saltar. Al cabo de doce horas, estaba arrepentido, sereno, y me trajo docenas de rosas.

Y, de un modo sutil y civilizado, seguía intentando ligar conmigo. Debería haberme dado cuenta de que el primer incidente era el auténtico, y el resto todo fachada. Pero no, no me di cuenta, porque estoy acostumbrada a que los hombres intenten ligar conmigo. La tristeza, la insatisfacción amenazó con volver a salir a la superficie, pero Sophia la refrenó.

-y lo utilizo como me conviene para conseguir lo que quiero.

-¿Por qué no habrías de hacerla? Eres lo bastante lista para usar todas las herramientas de que dispones. Si un tipo se deja, es problema suyo.

-Bueno. -Sophia rió un poco y tomó un sorbo de vino-. Eso no me lo esperaba, viniendo de un hombre con el que he usado esas herramientas.

-No me ha dolido. - Tyler estiró las piernas y cruzó los tobillos. Sabía que ella sólo intentaba desconcertarle. Bien, pensó, que fuera ella la sorprendida por una vez-. De todas formas, el tipo que coincidía con la descripción de DeMorney pasó un rato en la bodega -explicó-. Tuvo acceso a la planta de embotellamiento... con Donato.

-Ah. -Qué triste, pensó Sophia-. Así que el triángulo pasa a ser un cuadrado. Jerry lleva a Don, Don lleva a mi padre, y tanto Jerry como mi padre llevan a Kris. Perfecto.

-¿Qué vas a hacer al respecto?

-Contárselo a la policía. A la de aquí y a la de San Francisco.

Y quiero hablar con David. Él sabrá más que nadie sobre el trabajo de Jerry en La Coeur. Cogió una fresa del plato y la mordisqueó lentamente-. Mañana volveré a Venecia. He accedido a dar varias entrevistas, y aprovecharé para colgar a Don de las pelotas. Una vergüenza para la familia, un traidor para los empleados y clientes de Giambelli. Expresaré nuestra conmoción y nuestro pesar, y ofreceré colaborar infatigablemente con las autoridades, esperando que sea llevado ante la justicia cuanto antes, para ahorrar más sufrimiento a su mujer embarazada, inocente de toda culpa, a sus hijos, y a su apesadumbrada madre.

Alargó la mano hacia la botella para volver a llenarse la copa. -Piensas que es una actitud fría, cruel y algo malévola.

-No. Creo que lo estás pasando mal por ser tú quien debe decir todas esas cosas sin agachar la cabeza. Tienes el coraje de tu abuela, Sophia.

-Una vez más, me sorprendes, pero *grazie.* Tendré que ocuparme también de Gina y de mi tía. Si quieren recibir el apoyo de la familia, sobre todo en el terreno financiero, será mejor que cooperen con la postura que vamos a adoptar públicamente.

-¿Cuándo nos vamos?

-No te necesito.

-No seas estúpida, no te va nada. MacMillan está tan involucrada en esto como Giambelli, y es igual de vulnerable. Me irá mejor en la prensa si hacemos esto en equipo. Familia, compañía, socios. Solidaridad.

-Saldremos a las siete en punto. -Sophia volvió a sentarse-. Redactaré una declaración y unas cuantas respuestas para ti. Puedes repasadas por el camino, para que las tengas frescas en la memoria, por si te hacen preguntas.

-Bien, pero intentemos que éste sea el único tema en que me pongas tú las palabras en la boca.

-Es difícil resistirse con un tipo que es tan taciturno, pero lo intentaré.

Tyler untó una tostada con paté y se la ofreció.

-Bien, cambiemos de tema. ¿Qué te parece que tu madre y David se casen?

-Creo que es estupendo.

-¿Sí?

-Sí, ¿tú no?

-Pues sí, pero me había parecido que estabas un poco apagada desde que llamaron para damos la noticia.

-Creo que, dadas las circunstancias, tengo derecho a estar un poco apagada. Pero la verdad es que me alegro mucho. Me alegro por ella. Por ellos. David será bueno con ella. Y los chicos... Mi madre siempre quiso tener más hijos, ahora los tendrá. Aunque le lleguen ya un poco creciditos.

-Yo ya estaba crecidito y consiguió ser más madre para mí que mi madre de verdad.

Los hombros de Sophia, que se habían tensado al oír la pregunta de Tyler, se relajaron.

-Es demasiado joven para ser tu madre.

-Eso le decía yo siempre. Y ella me contestaba que no era la edad, sino la veteranía.

-Te quiere mucho.

-El sentimiento es mutuo. ¿Por qué sonríes?

-No lo sé. Supongo que he estado un poco deprimida hoy, por una cosa o por otra. Y no esperaba terminar el día sentada aquí contigo, realmente relajada. Uno se siente mejor cuando suelta todas esas porquerías en voz alta. Te limpia el paladar -añadió, y bebió otro sorbo de vino-. Y luego hemos pasado a algo agradable en lo que estamos de acuerdo.

-Tenemos más cosas en común de las que ambos habríamos creído hace un año.

-Supongo que sí. Y estoy impresionada. En lugar de hablar de todo esto dentro de la casa, con las botas encima de la mesa del café, estamos aquí fuera sentados, con vino, luz de velas, e incluso música. -Sophia se reclinó en el respaldo y contempló el firmamento-Estrellas. Es agradable saber que aprecias el encanto de un lugar, incluso para una conversación que sobre todo es de negocios y de temas poco divertidos.

-Cierto. Pero sobre todo quería que estuviera hermoso el lugar donde voy a seducirte.

Sophia se atragantó con el vino, pero consiguió disimular con una carcajada.

-¿Seducirme? ¿Dónde encaja eso en tu agenda?

-Ahora mismo lo verás. - Tyler pasó la punta del dedo por uno de sus muslos y se paró al llegar al borde de la falda-. Me gusta tu vestido.

-Gracias. Me lo he puesto para atormentarte.

-Lo imaginaba. -Sus miradas se encontraron-. Has dado en el blanco.

Sophia se inclinó para volver a coger la botella, y llenó la copa de Tyler. En lo tocante a escaramuzas sexuales, se consideraba una veterana.

-Habíamos acordado que esa parte de nuestra relación había terminado.

-No, tú tenías una rabieta por algo, y yo te dejaba hacer.

-Una rabieta. -Sophia hundió un dedo en su copa de vino y se dio unos suaves golpecitos en la lengua-. Yo no tengo rabietas.

-Sí, ya lo creo. A cada momento. Siempre has sido una mocosa consentida. Una mocosa muy sexy. Y últimamente hemos pasado por momentos muy malos.

La recta espalda de Sophia se puso rígida.

-No quiero tu compasión, MacMillan, ni tu tolerancia.

-¿Lo ves? -La sonrisa de Tyler, un insulto calculado, era radiante-. Empiezas a tener la rabieta.

La cólera añadió calor a la rigidez de Sophia.

-Deja que te diga una cosa: si ésta es tu idea de una seducción, es un milagro que alguna vez hayas tenido éxito con una mujer.

-Ahí tienes una diferencia entre la mayoría de los hombres que conoces y yo. -Tyler tenía las piernas estiradas y hablaba con tono perezoso-. No cuento a las mujeres por éxitos. No creo que seas una muesca más en mi cama, ni un trofeo.

-Oh sí, Tyler MacMillan, el moralista de ideas elevadas y razonables.

Una vez más, Tyler le sonrió, pero esta vez el regocijo era auténtico.

-¿Crees que con eso me insultas? Esa cólera no es más que un mecanismo de defensa. Por lo general no me importa mucho devolverte la pelota, pero hoy no tengo ganas de peleas. Quiero hacerte el amor, empezando aquí mismo, despacio, y luego seguir, subiendo por las escaleras hasta esa gran cama que hay en tu dormitorio.

-Cuando quiera que te metas en mi cama, ya te avisaré. -Exactamente. -Tyler se tomó su tiempo para levantarse y obligarla a levantarse a ella-. Estás colada por mí, ¿no es cierto?

-¿Colada? -Sophia se habría quedado boquiabierta si no hubiera estado tan ocupada en hacer una mueca desdeñosa-. Por favor. No hagas el ridículo.

-Estás loquita por mí. - Tyler la rodeó con los brazos, riendo entre dientes cuando ella se arqueó y le empujó con las manos en el pecho-. Te he visto hoy mirándome por la ventana más de una vez.

-No sé de qué estás hablando. Estaría mirando por la ventana solamente.

-Mirándome a mí -prosiguió Tyler, atrayéndola despacio hacia sí-. Igual que yo te miro a ti. Deseándome. -Le mordisqueó el cuello suavemente-. Igual que yo te deseo. Y más. -Sus labios rozaron la mejilla de Sophia cuando ésta apartó la cara-. Hay algo más que deseo entre nosotros.

-No hay nada...

Sophia se interrumpió cuando la mano de Tyler le apretó la nuca, y gimió cuando la boca de él se aplastó contra la suya. -Si fuera sólo deseo, no estarías tan asustada.

-No tengo miedo de nada.

Tyler apartó la cara.

-No hay de qué tener miedo. No voy a hacerte daño.

Sophia meneó la cabeza, pero los labios de Tyler volvieron a buscar los suyos. Suaves ahora, indeciblemente amables. «No -pensó, relajando el cuerpo y apretándose contra él-. No le haría daño. Pero seguramente ella sí se lo haría a éL»

-Ty. -Sophia quiso empujarlo de nuevo, y acabó aferrándose a su camisa. Echaba de menos aquel ardor, aquellas sensaciones entremezcladas de riesgo y seguridad-. Esto es un error.

-A mí no me lo parece. ¿Sabes lo que creo? -La cogió en brazos-. Creo que es una estupidez discutir, sobre todo cuando los dos sabemos que tengo razón.

-Basta ya. No me vas a llevar a la casa en brazos. El servicio hablará de ello durante semanas.

-Supongo que ya habrán hecho sus apuestas sobre el final de esta velada. -Abrió la puerta con el codo-. Y si no quieres que los sirvientes hablen de lo que haces, no deberías tener sirvientes. Cuando volvamos a California, supongo que deberías mudarte a mi casa. Entonces no habrá nadie a quien le importe lo que hagamos.

-¿Mudarme;.. mudarme a tu casa? ¿Es que has perdido el juicio? Bájame, Ty. No quiero que me lleves escaleras arriba como a la heroína de una novela romántica.

-¿No te gusta? De acuerdo, lo haremos de este otro modo. -Se la echó sobre el hombro-. ¿Mejor?

-Esto no es divertido.

-Cariño -dijo Tyler dándole una palmada en el trasero-, desde mi punto de vista sí lo es. En cualquier caso, hay sitio de sobra para tus cosas en mi casa. Tengo tres dormitorios con los armarios vacíos. Eso debería bastar para toda tu ropa.

-No pienso mudarme a tu casa. -Ya lo creo que sí.

Tyler entró en el dormitorio de Sophia y cerró la puerta de una patada. Tenía que reconocer el mérito a los criados. No había visto a ninguno durante su ascensión por la escalera, ni había oído un solo murmullo. También Sophia merecía un elogio, por no chillar ni patalear. Demasiada clase para eso, supongo, y con ella a cuestas, encendió las velas que había dispersas por la habitación.

- Tyler, te recomiendo que vayas a un buen psiquiatra. No hay nada vergonzoso en buscar ayuda para recobrar la estabilidad mental.

-Lo recordaré. Dios sabe que no tengo las ideas claras desde que me lié contigo. Podríamos pedir hora para los dos juntos, cuando te hayas mudado.

-No voy a mudarme a tu casa.

-Sí, sí lo harás. - Tyler dejó que se deslizara hasta el suelo, hasta que Sophia se encaró con él-. Porque eso es lo que yo quiero.

-Si crees que me importa una mierda lo que tú quieras...

-Porque -prosiguió él, acariciándole la mejilla- estoy tan loco por ti como tú por mí. Eso te ha cerrado la boca, ¿eh? Ya es hora, Sophia, de que admitamos el hecho, en lugar de intentar esquivado. -Lo siento. -A ella le temblaba la voz-. No quiero.

-Siento que no quieras, porque así son las cosas. Mírame. - Tyler cogió su cara entre las manos-. Yo tampoco buscaba esto, pero hace

tiempo que estaba ahí. Veamos adónde nos lleva a los dos.

Tyler se inclinó sobre ella para besada.

-A ti y a mí juntos.

«Juntos -pensó Sophia-. Quería creerlo, quería confiar en todas las suaves y húmedas sensaciones que la invadían. Quería creer en un amor fuerte y verdadero, ser capaz de amar así, merecerlo.»

Quería creer que podía ser amada por un hombre honesto, que haría promesas y las cumpliría. Que la querría, incluso cuando ella no lo mereciera.

Eso era todo un milagro.

Quería creer en milagros.

La boca de Tyler era firme y cálida, y azuzaba pacientemente

su deseo. Aquella pasión irresistible era un alivio. Era algo que ella podía entender, en lo que podía confiar. «Y era algo -pensó, rodeándolo con los brazos-, que podía dar.»

Se dejó llevar de buena gana cuando él la echó sobre la cama. Tyler mantuvo el control. Esta vez no cabría la menor duda de

que lo que estaban haciendo era un acto de amor, generoso, dulce y desinteresado. Enlazó sus dedos con los de ella y profundizó en el beso, notando un principio de rendición en sus labios.

Aquel momento estaba predestinado. Tenía que ser allí, en la antigua cama del *castello,* donde todo había empezado hacía un siglo. Y ahora, otro principio, otra promesa. Otro sueño. Lo supo al mirarla a la cara.

-Tiempo de floración -dijo en voz baja-. El nuestro.

-Siempre el viticultor -dijo ella sonriente, desabrochándole la

camisa. Pero le temblaba la mano, y la dejó inerte cuando él la cogió y la apretó contra sus labios.

-El nuestro -repitió Tyler.

La desvistió lentamente, contempló la luz de las velas deslizán

dose por su piel, escuchó su respiración entrecortada, que se interrumpía cada vez que él la tocaba. ¿Sabía ella que las barreras que había entre ellos se estaban desmoronando? Tyler sí lo sabía; lo notaba cuando ella se estremeCÍa. Y reconoció el instante preciso en que el cuerpo de Sophia se sometió a su corazón.

Se hundieron en la cama como en una piscina. Sophia se dejó vencer por las sensaciones de aquellas duras palmas que la acariciaban, de aquella boca persuasiva que buceaba allá donde quería.

Se arqueó hacia él, se apretó contra él, y respondió. La serena belleza de saber que estaría allí, esperándola, aceptándola, inundó su sangre como el vino.

Cuando Tyler apretó los labios contra su corazón, sintió deseos de llorar.

«Nadie más -pensó perdiéndose en ella-, había conseguido penetrar en él de aquella forma.» Notó que Sophia se apretaba contra su cuerpo en un arco de bienvenida. Oyó sus gemidos temblorosos mezclados con los propios cuando alcanzó el orgasmo. Y supo al mirarla que Sophia se había empapado de todo lo que se daban el uno al otro.

Una mezcla rara y perfecta, finalmente compartida.

Una vez más, Tyler enlazó sus manos con las de ella y las apretó con fuerza.

-Tómame, Sophia. -Cuando la penetró, el cuerpo de Tyler temblaba a causa del férreo control ejercido-. Tómame. Te amo.

Sophia volvió a contener el aliento cuando aquella nueva sensación se adueñó de ella, pellizcándole el corazón. Eran el miedo y el júbilo entremezclados.

-Ty. No.

Tyler la besó dulcemente, con un efecto devastador.

-Te amo. Tómame. -Tyler no cerró los ojos, no dejó de mirarla, y vio las lágrimas que brotaban-. Dímelo.

-Ty.

A Sophia le temblaba el corazón, que pareció estallarle en el pecho, inundándolo todo. Entonces, sus dedos aferraron con fuerza los dedos de Tyler.

-Ty -repitió-. *Ti amo.*

Dejó que sus bocas se juntaran y se aferró a él, dejándose llevar por el éxtasis.

-Dilo otra vez. -Ty se movió para recorrer su espina dorsal con la punta del dedo-. En italiano.

Ella negó con la cabeza, único indicio de que había oído la petición, y mantuvo la mejilla apretada contra su pecho.

-Me gusta cómo suena. Quiero volver a oído.

-Tyler.

-No tiene sentido que intentes retirarlo. - Tyler siguió acariciándola despacio, con voz serena y clara-. No te dejaré.

-La gente dice todo tipo de cosas en el fuego de la pasión. -Sophia se apartó bruscamente y casi consiguió salir de la cama.

-¿El fuego de la pasión? Cuando empiezas a usar tópicos de ésos, se nota que no sabes qué decir. -Con un ágil movimiento, la obligó a tumbarse de nuevo-. Dilo otra vez. La segunda vez no es tan difícil. Créeme.

-Ahora quiero que me escuches. -Sophia se incorporó y se tapó con las sábanas. Por primera vez, que ella pudiera recordar, su desnudez la hacía sentir incómoda y vulnerable-. Lo que pudiera sentir en ese momento no significa... ¡Dios! Te odio cuando me miras de esa manera, con paciente regocijo. Es irritante. Es insultante.

-y tú intentas cambiar de tema. No voy a pelearme contigo, Sophia. Dímelo otra vez.

-¿No lo entiendes? -Ella apretó los puños-. Sé de lo que soy capaz. Conozco mis puntos fuertes y también los débiles. Lo estropearía todo.

-No, no es cierto. Yo no te dejaría.

Sophia se pasó una mano por el cabello.

-Me subestimas, MacMillan.

-No; te subestimas tú misma.

Era eso, comprendió ella, bajando la mano lentamente, aquella fe sencilla e inquebrantable en ella, mucho más grande que la que ella misma sentía, lo que borraba todos sus argumentos, dejándola desvalida.

-Nadie más me habría dicho una cosa así. Tú eres el único. Tal vez por eso yo...

Tyler empezaba a ponerse nervioso, pero se contuvo y le dio una palmadita en el tobillo.

-Sigue. Ya casi llegas.

-Ésa es otra cosa. Tú insistes. Ningún otro insistió nunca.

-Ninguno de los otros te amaba. Te estás acobardando, Sophia. Sophia entrecerró los ojos. «Los de él eran como un lago azul de tranquilas aguas», pensó. Con un toque de humor, un toque de... No, comprendió de pronto, sorprendida. Había tensión en su mirada, y nervios. Aun así, Tyler esperaba a que ella le diera lo que necesitaba.

-No eres el primer hombre con el que he estado -le espetó. -Para las máquinas. - Tyler se inclinó y le cogió el mentón. La paciencia de su expresión empezaba a convertirse en ira, y eso a ella le encantaba-. Te voy a dar una noticia. Yo soy el único al que se lo has dicho.

«Eso era completamente cierto», pensó ella.

-De acuerdo, Ty. Jamás se lo he dicho a ningún otro. Jamás tuve que ser precavida, porque jamás sentí la necesidad de decido. Seguramente no te estoy haciendo ningún favor, pero ahora tendrás que aguantarte. Te amo.

-Vaya, no ha sido tan duro después de todo. -Tyler le acarició los hombros, aliviado por fin-. Pero no lo has dicho en italiano. En italiano suena realmente fantástico.

-Idiota. *Ti amo.* -Sophia se echó a reír y se abalanzó sobre él.

El teniente DeMarco se atusó el mostacho con la punta del dedo.

-Le agradezco que haya venido, *signorina.* La información que me traen usted y el *signore* MacMillan es interesante. Se investigará debidamente.

-¿Qué significa eso? Le estoy diciendo que mi primo utilizaba el *castello* para reuniones clandestinas con sus amantes, con un competidor, y con una empleada a la que yo misma despedí.

-Nada de eso es ilegal. -DeMarco extendió las manos-. Interesante sí, sospechoso incluso, por eso voy a investigarlo. Sin embargo, las reuniones no podían ser clandestinas, ya que los empleados del *castello* y de los viñedos las conocían.

-No conocían la identidad de Jerry DeMorney, ni su relación con La Coeur. -Tyler puso una mano sobre la de Sophia mientras hablaba. Si no erraba el tiro, estaba a punto de lanzar su silla por los aires-. Eso implica que DeMorney participó en el sabotaje que ha causado varias muertes. Posiblemente haya otras personas involucradas en La Coeur, o al menos que están al tanto de sus actividades.

Dado que no podía apartar la mano de Tyler, Sophia apretó el puño.

-Jerry es sobrino nieto del actual presidente de La Coeur. Es un hombre ambicioso e inteligente que guardaba rencor a mi padre. y es muy posible que a toda mi familia. Cada pérdida sufrida por Giambelli durante las últimas crisis ha supuesto un beneficio adicional para La Coeur. Como miembro de la familia, eso significa que Jerry también se ha beneficiado, y que ha obtenido una satisfacción personal, además.

DeMarco escuchó su discurso atentamente.

-y no tengo la menor duda de que, al oír esta información, las autoridades competentes querrán interrogar a ese tal Jerry DeMorney. Es obvio que yo no puedo hacerla, ya que se trata de un ciudadano norteamericano que reside en Nueva York. Llegados a este punto, mi mayor preocupación es la captura y arresto de Donato Giambelli.

-Que lleva casi una semana eludiendo a la policía -señaló Sophia. -Hemos averiguado la identidad de su compañera de viaje, o debería decir de la mujer que creemos que viajaba con él ayer. La tarjeta de crédito de la *signorina* Chezzo ha registrado varios cargos importantes. Estoy esperando más detalles.

-Claro que ha usado la tarjeta de crédito de su amante -dijo Sophia, exasperada-. Es idiota pero no tanto. Desde luego es lo bastante espabilado para borrar sus huellas y salir de Italia lo más rápido posible y por el método más sencillo. Por la frontera con Suiza, supongo. Llamó a Jerry desde el lago Como. La frontera suiza está a unos minutos escasos. Los guardias allí apenas miran los pasaportes.

-Lo sabemos, y hemos solicitado ayuda a las autoridades suizas. Es sólo cuestión de tiempo.

-El tiempo es un bien muy valioso. Mi familia está sufriendo un gran estrés emocional, personal y financiero desde hace meses. Hasta que arresten a Donato y lo interroguen, hasta que estemos convencidos de que no se planea ningún sabotaje más, no podremos dar este asunto por zanjado. Mi padre también estaba involucrado, pero no sé hasta qué punto. ¿Comprende usted cómo me siento?

-Sí, creo que lo comprendo, *signorina.*

-Mi padre ha muerto. Necesito saber quién lo mató y por qué.

Aunque tenga que perseguir a Don yo misma, aunque tenga que enfrentarme con Jerry DeMorney personalmente e involucrar a toda la organización de La Coeur para obtener respuestas, créame, lo haré. .

-Es usted muy impaciente.

-Al contrario. He demostrado una paciencia extraordinaria. -Sophia se puso en pie-. Ahora necesito resultados.

El detective alzó un dedo cuando sonó el teléfono. Su expresión cambió ligeramente al escuchar el torrente de información desde el otro lado del hilo. Colgó y juntó las manos.

-Ya tiene sus resultados. La policía suiza acaba de arrestar a su primo.

Fue toda una experiencia ver a Sophia en acción. Tyler no dijo una sola palabra, ni estaba seguro de que hubiera podido pronunciarla de haberlo intentado. Sophia acribilló a DeMarco a preguntas, y garabateó las respuestas en su bloc de notas. Cuando salieron de la oficina del detective, Tyler tuvo que alargar sus ya de por sí largas zancadas para mantener el paso de Sophia, que se movía como un misil con un móvil pegado a la oreja.

De todas formas, Tyler no entendía ni la mitad de lo que decía. Sophia empezó en italiano, cambió al francés, y volvió al italiano tras dar unas cuantas órdenes en inglés. Se abría paso por entre los turistas que llenaban las estrechas calles, taconeaba con viveza sobre los bonitos puentes y cruzaba las plazas en diagonal. y no dejaba de hablar ni un momento, ni tampoco de

moverse, ni siquiera cuando tuvo que sujetar el móvil entre la cabeza y el hombro para poder sacar su filofax y tomar notas.

Pasó por delante de los escaparates de las tiendas sin echar un solo vistazo. Tyler supuso que si era capaz de pasar por delante de Armani como una exhalación, sin tan siquiera cambiar el paso, nada podría detenerla.

Al llegar al embarcadero principal, se metió en un bote taxi y Tyler captó la palabra «aeropuerto» en medio de un rápido torrente de palabras italianas. «Afortunadamente -pensó-, llevaba el pasaporte en el bolsillo. De lo contrario, Sophia lo habría dejado atrás.»

Sophia no se sentó tampoco entonces, sino que, apoyada en la barandilla, tras el piloto, siguió haciendo llamadas. Tyler se colocó en el otro lado y la contempló fascinado. El viento agitaba sus cortos cabellos, el sol se reflejaba en sus gafas oscuras. Venecia quedó atrás, como un exótico y lejano telón de fondo para una mujer con lugares a los que ir y gente a la que ver.

No era de extrañar que estuviera colado por ella.

Tyler se cruzó de brazos, echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la última brisa de la ciudad acuática. Si conocía bien a Sophia, iban a pasar un tiempo en los Alpes.

-¡Tyler! -Tyler salió de su ensimismamiento cuando Sophia hizo chasquear los dedos-. ¿Cuánto dinero llevas en metálico?

-¿Aquí? No sé. Un par de cientos de miles en liras. Unos cien dólares.

-Bien. -Sophia se volvió hacia la escalerilla cuando el bote atracó-. Paga.

-Sí, señora.

Sophia atravesó la terminal del aeropuerto igual que antes había atravesado las calles de la ciudad. El reactor de la compañía les estaba esperando, cumpliendo órdenes de Sophia, con el depósito lleno y la pista libre para el despegue. Menos de una hora después de recibir la noticia sobre la captura de su primo, Sophia se abrochaba el cinturón. Y por primera vez en todo ese tiempo, apagó el móvil, cerró los ojos, y se tomó un descanso.

-¿Sophia?

-*Chef* ¿Qué?

-Tienes fuerza.

Sophia volvió a abrir los ojos y su boca dibujó una lenta sonrisa. -Puedes apostar lo que quieras.

A Donato lo habían arrestado en un pequeño centro turístico escondido entre las montañas, al norte de Chur, cerca de la frontera con Austria. No había planeado nada más que cruzar aquella frontera, o la de Liechtenstein, con el único propósito de alejarse cuanto pudiera de Italia.

Sin embargo, mientras miraba hacia el norte, había descuidado lo que tenía más cerca. Su amante no era tan tonta como suponía, ni la mitad de leal. Había visto las noticias en la televisión mientras se daba un baño de burbujas, y había encontrado el dinero que Donato ocultaba en su maleta.

Ella se había apoderado del dinero, había reservado un billete de avión y había hecho una llamada anónima. Y se encontraba de camino a la Riviera

francesa, bastante más rica que antes, cuando la policía suiza irrumpía en la habitación de Donato y lo sacaba de debajo de las sábanas.

Ahora Donato se encontraba en una celda suiza, lamentando su sino y maldiciendo a todas las mujeres, a las que culpaba de su ruina.

No tenía dinero para contratar a un abogado, y necesitaba uno desesperadamente para eludir la extradición el mayor tiempo posible. El tiempo que necesitara, por amor de Dios, para hallar una solución.

Se confiaría a la clemencia de *la signora.* Huiría a Bulgaria. Convencería a las autoridades de que no había hecho nada más que fugarse con su amante.

Se pudriría en prisión el resto de su vida.

Con estos pensamientos dándole mil y una vueltas en la cabeza, alzó la vista y vio a un guardia al otro lado de los barrotes. Informado de que tenía una visita, se puso en pie con las piernas temblorosas. Al menos los suizos habían tenido la decencia de permitirle que se vistiera, aunque no podía llevar corbata, ni cinturón, ni los cordones de sus zapatos Gucci.

Se alisó el pelo con las manos mientras lo conducían al área de recepción de visitas. No le importaba quién hubiera ido a vedo, siempre que tuviera alguien que le escuchara.

Cuando vio a Sophia al otro lado del cristal, recobró el ánimo.

Sophia era de la familia, no dejaría de escucharle.

-¡Sophia! *Grazie a Dio!* -Donato se sentó y cogió el auricular torpemente.

Sophia le dejó hablar. Escuchó sus divagaciones, sus miedos, sus ruegos, sus protestas, su desesperación. Y cuanto más hablaba él, más se le endurecía a ella el corazón.

-*Stai zitto.*

Donato cerró la boca, tal como le ordenaba. Debió de comprender que Sophia representaba a su abuela, y que su expresión era fría e implacable.

-No me interesan tus excusas, Donato. No he venido aquí para escuchar tus patéticas afirmaciones de que todo ha sido un lamentable error. No me pidas ayuda. Yo haré las preguntas, y tú responderás. Luego decidiré qué debe hacerse. ¿Queda claro?

-Sophia, tienes que escucharme...

-No. No tengo que hacer nada. Puedo levantarme e irme, pero tú no. ¿Mataste a mi padre?

-No. *In nome di Dio!* No puedes creer semejante cosa. -Dadas las circunstancias, me resulta bastante fácil. Has robado a la familia.

Donato quiso negado, pero al ver la respuesta en sus ojos, Sophia colgó y se puso en pie. A Donato le entró el pánico y dio una palmada en el cristal, gritando. Los guardias hicieron ademán de acercarse, pero Sophia se lo impidió con un gesto, y volvió a coger el teléfono con expresión glacial.

-¿Decías?

-Sí. Sí, he robado. Hice mal. Fui un estúpido. Gina me volvía loco. No hacía más que pedir y pedir. Más bebés, más dinero, más de todo. Robé el dinero. Pensé, ¿qué importa? Por favor, Sophia, *cara,* no dejarás que me tengan aquí encerrado por una mera cuestión de dinero.

-Piénsalo mejor. Sí que lo haría. Puede que mi abuela no.

Pero no ha sido una mera cuestión de dinero. Manipulaste el vino. Mataste a un viejo inocente. ¿Por dinero, Don? ¿Cuánto valía él para ti?

-Fue un error, un accidente. Te lo juro. Se suponía que sólo iba a ponerse enfermo. Él sabía... él vio... Cometí una equivocación. -Su mano temblaba cuando se la pasó por la cara.

-¿Sabía qué, Donato? ¿Qué había visto?

-En los viñedos. A mi amante. No lo aprobaba, y podría habérselo contado a *zia* Teresa.

-Si sigues tomándome por idiota, me iré y te dejaré aquí para que te pudras. Créeme. La verdad, Don. Toda la verdad.

-Fue una equivocación. Hice caso de un mal consejo. Me utilizaron. -Desesperado, Donato tiró del cuello de la camisa, que ya estaba flojo. Tenía la sensación de que se estaba ahogando-. Iban a pagarme, ¿comprendes?, y necesitaba el dinero. Si la empresa tenía problemas, si se le echaba encima la prensa y le ponían algunos pleitos, me pagarían más. Baptista, vio... a la persona con la que hablé. Sophia, por favor. Yo estaba furioso, muy furioso. He trabajado mucho durante toda mi vida. *La signora* nunca ha sabido valorar mi trabajo. Un hombre tiene su orgullo. Quería que ella me valorara.

-¿ y matar a un anciano inocente, atacando la reputación de tu tía, era la respuesta?

-Lo primero fue un accidente. Y era la reputación de la empresa...

-Es todo lo mismo. ¿Cómo es que no te has dado cuenta?

-Pensé: si hay problemas y yo contribuyo a solucionados, *la signora* se dará cuenta de lo que valgo.

-y a ti te recompensarían desde ambos bandos -dijo Sophia-. Pero no funcionó con el *signore* Baptista. No se puso enfermo, sino que murió. Y lo enterraron creyendo que el corazón le había fallado por última vez. Qué frustrante para ti. Qué fastidioso. Entonces, casi inmediatamente, *nonna* reorganizó la empresa.

-Sí, sí, ¿y me recompensó por mis años de servicio? No. -Sinceramente indignado, dio un puñetazo sobre la mesa-. Trajo a un intruso y ascendió a una americana que empezó a cuestionar mi trabajo.

-Así que mataste a Margaret e intentaste matar a David. -No, no. Lo de Margaret fue un accidente. Yo estaba desesperado. Margaret estaba repasando las cuentas, las facturas. Necesitaba, quería... solamente demorada un tiempo. ¿Cómo iba a saber yo que se bebería la botella entera? Una copa, o incluso dos, sólo la habrían puesto enferma.

-Qué desconsiderado por su parte, arruinar tus planes. Pusiste botellas envenenadas a la venta. Pusiste en peligro otras vidas.

-No tenía alternativa. Debes creerme.

-¿Lo sabía mi padre? ¿Sabía lo del vino? ¿Lo de la manipulación?

-No, no. Para Tony no era más que un juego. El negocio era un juego para él. No sabía nada de la cuenta fantasma, porque jamás se tomó la molestia de comprobar nada. No conocía a Baptista, por que no conocía a ninguno de los trabajadores de los viñedos. No era su vida, Sophia, sino la mía.

Sophia se recostó en el asiento. Su padre había sido un hombre débil, un marido, e incluso un hombre, lamentable. Pero no había participado en los

asesinatos, ni en el sabotaje. Al menos era un consuelo.

-Tú llevaste a DeMorney al *castello,* a las bodegas. Te pagó, ¿verdad? Fue él quien te indujo a traicionar a tu propia familia.

-Escúchame. -La voz de Donato se hizo un susurro-. Mantente

alejada de DeMorney. Es un hombre peligroso. Tienes que creerme. A pesar de lo que he hecho, debes creer que jamás quise hacerte daño. Él no se detendrá ante nada.

-¿Crees que asesinó a mi padre?

-No lo sé. Te lo juro por mi vida, Sophia. No lo sé. Quiere arruinar a la familia y me utilizó para conseguido. Escúchame –repitió Donato, poniendo de nuevo la palma de la mano sobre el cristal-.

Acepté dinero, robé. Manipulé el vino como me pidió. Me engañó.

Ahora hará que me cuelguen. Te suplico que me ayudes. Te suplico que te alejes de él. Cuando supe que Cutter iba a hacer público

todo el asunto, salí huyendo. Sólo eso, Sophia, te lo juro. Dicen

que contraté a un matón, para que le pegara un tiro y robara los papeles. Es mentira. ¿Para qué iba a hacer tal cosa? Todo había terminado. Estaba acabado de todas formas.

Sophia tenía que desentrañar aquella madeja de mentiras y

verdades. «Necesitaría una cabeza serena y despejada», pensó. Incluso en aquel momento, sabiendo todo lo que sabía de su primo,

en el fondo deseaba ayudade. No podía permitido.

-¿Quieres mi ayuda, Don? Cuéntame todo lo que sepas sobre

Jerry DeMorney. Todo. Si quedo satisfecha, me ocuparé de que

Giambelli te proporcione ayuda legal, y de que tus hijos estén protegidos.

Cuando Sophia volvió de la prisión, Tyler pensó que estaba extenuada, marchita. Antes de que pudiera hablar, ella le tocó la mano

y dijo:

-No me preguntes nada todavía. Voy a poner una conferencia

desde el avión, y así sólo tendré que explicado todo una vez.

-De acuerdo. Probemos con otra cosa -dijo él, y la abrazó.

-Gracias. ¿Puedes prescindir de las cosas que llevaste al *castello*

por unos días? Haré que nos las envíen. Tenemos que volver a casa, Ty. Necesito volver a casa.

-La mejor noticia que he recibido en muchos días -dijo él, y la besó en la coronilla-. Vayámonos.

-¿ Le crees?

Tyler esperó a que Sophia hubiera acabado de hablar por teléfono, explicando todo lo ocurrido. Ahora estaba de pie, paseándose por el avión de la compañía, tomando su tercer café desde el despegue.

-Creo que es un estúpido, débil y egoísta. Creo que se ha convencido a sí mismo de que la muerte del *signore* Baptista y la de Margaret no fueron más que desgraciados accidentes. Dejó que alguien mucho más inteligente que él lo utilizara, y lo hizo por dinero y por orgullo. Ahora se arrepiente, pero aún lamenta más que lo hayan pillado. Sin embargo, estoy absolutamente convencida de que es cierto que teme a Jerry. No creo que Don matara a mi

padre. Ni creo tampoco que intentara matar a David.

-Crees que fue DeMorney.

-¿Quién si no? Demostrado no va a ser tan fácil. No será fácil encontrar pruebas fehacientes de su participación en todo este maldito asunto.

Tyler se levantó y le cogió el café de las manos. -Te estás precipitando. Desconecta un rato.

-No puedo. ¿Quién, sino, Ty? Me he dado cuenta de que no estabas de acuerdo cuando hablaba por teléfono. Lo veo ahora.

-Todavía no estoy seguro de qué pensar. Yo tardo más que tú en asimilar las cosas. Pero no acierto a explicarme para qué iba a citarse tu padre con Jerry en tu apartamento, ni para qué, después de tanto tiempo y de todo lo que había planeado, iba a matado Jerry. ¿Para qué molestarse, para qué correr ese riesgo? No me cuadra. Yo no soy policía, ni tú tampoco.

-Tendrán que interrogarlo. Aunque sea la palabra de alguien como Donato, tienen que hacerlo. Él se hará el escurridizo, pero... -Sophia se interrumpió y respiró hondo-. Haremos escala en Nueva York para reabastecemos de combustible.

-Tres países en un día.

-Bienvenido a mi mundo.

-No le sacarías nada en absoluto, Sophia.

-Sólo quiero tener la oportunidad de escupirle en la cara.

-Sí, claro. –Y a él lo acusarían de cómplice-. ¿Sabes dónde en contrarlo? Nueva York es una ciudad muy grande.

Sophia volvió a sentarse y sacó su filofax.

-Contactar con otras personas es uno de mis fuertes. Gracias.

-Eh, que yo también voy.

-Déjame que te diga una cosa que no ha escapado a mi atención.

-Sophia, a ti no se te escapa nada.

-Exactamente. Yo intentaba abrirme paso en medio de todo este embrollo, haciendo llamadas, dando instrucciones, apretando todos los botones, y tú no me has interrumpido en ningún momento, no me has hecho ninguna pregunta, no me has palmeado la cabeza ni me has dicho que me apartara para hacerte cargo de todo.

-Da la casualidad de que yo no hablo tres lenguas.

-No era por eso. A ti no se te ha ocurrido sacar músculos para impresionarme, para demostrarme que podías ocuparte de todo. Como si tu ego no sufriera al ver que yo sabía lo que debía hacerse y cómo. No necesitas sacar músculos, porque sabes que están ahí. Y yo también.

-A lo mejor me gusta ver cómo sacas los tuyos.

-Durante toda mi vida -dijo Sophia, cogiéndole de la mano he procurado relacionarme siempre con hombres débiles, con mucha fachada y ninguna sustancia. -Con una mano sobre el hombro de Tyler, pudo descansar al fin-. Y ahora mira lo que he hecho.

Jerry hizo varias llamadas desde teléfonos públicos. No creía que Donato constituyera un problema grave, sino más bien una molestia. E incluso eso

podía solucionarlo en poco tiempo. Había logrado todo cuanto se proponía.

Giambelli se debatía en medio de una nueva crisis, la familia estaba convulsionada, la confianza del consumidor estaba bajando a niveles alarmantes, y él cosechaba el fruto de sus esfuerzos, tanto en lo personal como en lo profesional y financiero.

No había hecho nada ilegal, ni podía probarse que hubiera sido así. Sencillamente se había limitado a realizar su trabajo, como cualquier otro ejecutivo agresivo, y había aprovechado las oportunidades que se le presentaban.

Le divirtió, más que molestarle, cuando los guardias de seguridad del vestíbulo le anunciaron el nombre de sus visitantes. Dispuesto a divertirse con ellos, ordenó que les dejaran pasar y se volvió hacia su colega.

-Tenemos compañía. Unos viejos amigos tuyos.

-Jerry, tenemos dos horas de duro trabajo por delante. -Kris estaba sentada en el sofá-. ¿Quién es?

-Tu antigua jefa. ¿Por qué no abrimos una botella de Pouilly Fuissé del 96?

-Sophia. -Kris se puso en pie rápidamente-. ¿Aquí? ¿Por qué?

-Enseguida lo averiguaremos -contestó él cuando sonó el interfono-. Sé buena, ¿quieres? Ve por el vino.

Jerry se dirigió a la puerta y la abrió.

-Qué agradable sorpresa. No tenía la menor idea de que estuvieras en la ciudad.

Jerry llegó a inclinarse para besar a Sophia en la mejilla. Ella fue rápida, pero Tyler aún lo fue más, y empujó a Jerry con fuerza en el pecho.

-No empecemos haciendo estupideces -le advirtió.

-Lo siento. -Jerry retrocedió con las manos en alto-. No sabía que las cosas habían cambiado entre vosotros. Entrad. Estaba a punto de abrir una botella de vino. Ya conocéis a Kris.

-Sí. Qué íntimo -dijo Sophia-. Prescindiremos del vino, gracias. No estaremos aquí mucho tiempo. Parece que disfrutas del favor de tu nuevo jefe, Kris.

-Prefiero el estilo de mi nuevo jefe al tuyo.

-Estoy segura de que aquí te muestras mucho más cordial con tus colegas.

-Todos sabemos que los ejecutivos cambian de compañía a cada momento -dijo Jerry-. Forma parte del negocio. Espero que no hayas venido a reñirme por haberme llevado una de tus empleadas. Al fin y al cabo, Giambelli consiguió convencer de lo mismo a uno de nuestros mejores ejecutivos el año pasado. A propósito, ¿cómo está David? Me he enterado de que estuvo a punto de morir en Venecia hace poco.

-Está perfectamente. Por suerte para Kris, Giambelli sigue a rajatabla su política de no matar a antiguos empleados.

-Pero al parecer no es lo bastante fuerte para resolver sus guerras internas. Me quedé atónito cuando me enteré de lo de Donato. -Jerry se sentó en un brazo del sofá-. Absolutamente atónito.

-No llevamos ningún micrófono escondido, DeMorney. -Tyler pasó una mano por el brazo de Sophia para tranquilizarla-. De modo que puedes

ahorrarte el numerito. Fuimos a visitar a Don antes de abandonar Europa. Tenía muchas cosas interesantes que contar sobre ti. No creo que la policía tarde mucho en seguir nuestros pasos.

-¿En serio? -Había sido rápido, pensó Jerry, pero al parecer no lo suficiente-. Tengo demasiada fe en nuestro sistema para creer que la policía, o cualquier otra persona, dará crédito a los delirios de un hombre que ha robado a su propia familia. Sé que estás pasando por momentos difíciles, Sophia. -Se puso en pie-. Si puedo hacer algo...

-Podrías irte al infierno, pero no estoy segura de que te admitiesen. Deberíais haber tenido más cuidado. Los dos -añadió Sophia, señalando a Kris con la cabeza-. Estuvisteis en el *castello,* en las bodegas, la planta de embotellamiento.

-Eso no es ilegal. -Jerry se encogió de hombros-. De hecho, es una práctica bastante corriente entre competidores amables visitarse unos a otros. Al fin y al cabo, fuimos invitados. Tú y cualquier miembro de tu familia seréis siempre bienvenidos en cualquiera de las instalaciones de La Coeur.

-Utilizaste a Donato.

-Me declaro culpable. -Jerry abrió las manos-. Pero tampoco

eso es ilegal. Fue él quien acudió a mí. Me temo que hacía bastante tiempo que no se sentía a gusto en Giambelli. Comentamos la posibilidad de que viniera a trabajar a La Coeur.

-Le dijiste que manipulara el vino. Le explicaste cómo hacerla.

-Eso es un insulto ridículo. Ten cuidado, Sophia. Comprendo

que estés trastornada, pero no intentes desviar los problemas de tu familia hacia mí.

-Te voy a decir cómo fue. -Tyler se había pasado varias horas en el avión dándole vueltas a la cabeza. Se sentó y se arrellanó cómoda mente-. Querías causar problemas a Giambelli, problemas graves. Avano te la pegó con tu mujer. Para un hombre es difícil aceptar una cosa así, aunque el otro tipo se dedique a seducir a cualquier mujer que se le ponga por delante. Pero Avano consigue salirse siempre con la suya. Tiene a su mujer justo donde la necesita, es decir, sin que le moleste lo más mínimo, pero lo bastante cerca para asegurarse su situación en la empresa de la familia. Eso te cabrea.

-Mi ex mujer no es asunto tuyo, MacMillan.

-Pero tu mujer sí era asunto tuyo, y también Avano. Los malditos Giambelli habían dejado las manos libres a ese hijo de puta. Tenías que encontrar el modo de atárselas y colgarlos de paso a todos con la misma cuerda. Tal vez sabías que Avano estafaba a la compañía, tal vez no. Pero sabías lo suficiente para poner los ojos en Donato. Él también engañaba a su mujer y era muy amigo de Avano. Era un tipo campechano; no te sería difícil hacerte amigo de él, insinuando que en La Coeur estarían encantados de que formara parte del equipo, con más dinero y más poder. Jugaste con sus quejas, su ego y sus necesidades. Descubriste lo de la cuenta fantasma y supiste que lo tenías pillado.

-Especulaciones, MacMillan. Me aburres soberanamente.

-Ahora viene lo bueno. Avano seduce a la segunda en el mando

después de Sophia. ¿A que es interesante? Agita una zanahoria delante de sus narices y consigue información confidencial. ¿Te ofreció dinero, Kris?

¿O sólo un despacho con una bonita y reluciente placa de latón?

-No sé de qué estás hablando -dijo Kris, quien dio un rápido y cauteloso paso para alejarse de Jerry-. Mi relación con Tony no tenía nada que ver con mi empleo en La Coeur.

-Sigue creyéndotelo -comentó Ty con indiferencia-. Mientras tanto, DeMorney, tú seguías jugando con Don, empujándole a actuar. Avano tenía problemas de dinero. ¿Y quién no? Le prestaste un poco; era sólo un préstamo entre amigos. Y le dabas esperanzas falsas de entrar en La Coeur. ¿Qué más podía aportar? ¿Información confidencial? No bastaba.

-Mi empresa no necesita esas informaciones.

-No es tu compañía. - Ty inclinó la cabeza cuando vio los destellos de ira que le lanzaban los ojos de Jerry-. Sólo quieres que lo sea. Hablaste a Don de la manipulación de unas cuantas botellas. Le enseñaste cómo hacerla, y luego le dijiste que él podría arreglarlo todo y pasar por un héroe ante su familia. Igual que tú pasarías por un héroe en La Coeur, porque estarías preparado para actuar en cuanto estallara el escándalo Giambelli. Nadie iba a salir seriamente perjudicado en realidad, o eso es lo que le hiciste creer al infeliz de Don: que sólo le daría una buena lección a la compañía.

-Patético -dijo Jerry; sin embargo, bajo la camisa hecha a medida le corría el sudor por la espalda-. Nadie se va a creer ese cuento de hadas.

-Oh, puede que la policía lo encuentre incluso entretenido. Ahora terminemos de una vez -dijo Ty-. Las cosas se tuercen para Don y muere un anciano. Claro que a ti no se te va a pelar el culo por eso. Ahora tienes a Don agarrado por las mismísimas pelotas. Si habla, lo acusarán de asesinato. Mientras tanto, Giambelli sigue adelante. Avano sigue como si tal cosa, y uno de los tuyos se pasa al enemigo.

-Nos ha ido perfectamente sin la ayuda de David Cutter, te lo aseguro. - Jerry quiso servirse vino con aire indiferente, pero se dio cuenta de que le temblaba la mano-. Y ya me has hecho perder demasiado tiempo. .

-Ya casi he terminado. Abriste un segundo frente, cortejando a uno de los cerebros de la campaña, avivando su descontento, sus celos. Cuando la crisis estallara, y tú ibas a cerciorarte de que así fuera, la balanza de Giambelli estaría desequilibrada.

-Yo no tuve nada que ver con todo eso -dijo Kris. Agarró su maletín y empezó a llenado de papeles-. No sé nada.

-Puede que no. Tu estilo es más bien la puñalada trapera.

-No me interesa lo que pienses ni lo que tengas que decir. Me voy.

Kris salió disparada hacia la puerta y se fue, dando un fuerte portazo.

-Yo no contaría con la lealtad de ésa -comentó Ty-. Subestimaste a Sophia, DeMorney, y te sobreestimaste a ti mismo. Conseguiste provocar la crisis y derramar sangre, pero no te bastaba. Quieres más, y eso será tu perdición. **Ir** a por Cutter fue una estupidez. Los abogados tenían copias de los documentos y Don lo sabía.

A Jerry no le preocupaba Kris. Podía sacrificada, como a cualquier otro peón, si era necesario.

-Es obvio que a Donato le entró el pánico. Un hombre que ya ha

matado no tiene escrúpulos en volver a matar.

-Eso es cierto. Pero el viejo Don está convencido de que él no mató a nadie, que fue el vino. Y estaba demasiado ocupado huyendo para preocuparse por David. Me pregunto quién te daría el soplo sobre la reunión de Venecia, y porqué Don se apresuró a vaciar su cuenta personal. La policía hará averiguaciones y empezarán a relacionarte con todo lo sucedido. Tendrás que contestar muchas preguntas, y no tardarás mucho en verte metido en tu propia pesadilla de publicidad negativa. La Coeur va a eliminarte, amigo, igual que podarían una rama enferma.

Ty se puso en pie.

-Crees estar cubierto por todas partes, pero eso es imposible.

Y cuando Don caiga, te arrastrará con él. Personalmente, disfrutaré viendo cómo te hundes por tercera vez. No me gustaba Avano. Era un idiota egoísta que no sabía apreciar lo que tenía. Don entra dentro de la misma categoría, sólo que a un nivel ligeramente superior. Pero tú, tú eres un cobarde sin agallas que paga a otros para que le hagan el trabajo sucio. No me sorprende que tu mujer se buscara a otro que los tuviera bien puestos.

Tyler se quedó inmóvil, con los brazos a los lados, cuando Jerry se abalanzó sobre él, y recibió el puñetazo en la mandíbula sin hacer el menor movimiento para parado. Incluso permitió que Jerry lo lanzara contra la puerta.

-¿Has visto eso? -preguntó a Sophia tranquilamente-. Me ha golpeado, y ahora me ha puesto las manos encima. Voy a pedirle cortésmente que pare. ¿Me oyes, DeMorney? Te pido cortésmente que pares.

-Vete a tomar por el culo.

Jerry lanzó un nuevo directo, y habría acertado en el estómago

de Tyler de no ser porque su puño se detuvo a unos centímetros de su objetivo, si no se lo hubieran estrujado de pronto y el dolor que se expandió por su brazo no le hubiera hecho caer al suelo de rodillas, jadeante.

-Será mejor que te hagan una radiografía de esa mano -le dijo Tyler, dándole un pequeño empujón que acabó de derribado. Jerry quedó hecho un ovillo en el suelo, gritando de dolor-. Me ha parecido oír que se rompía algún hueso. ¿Estás lista, Sophia?

-Esto... sí. -Algo aturdida, Sophia dejó que Tyler la condujera hacia el ascensor. Una vez dentro, dejó escapar el aire-. Me gustaría comentar algo.

-Adelante. - Tyler apretó el botón de la planta baja y se apoyó

en la pared del ascensor.

-No te he interrumpido, ni he hecho preguntas. No me he sentido obligada a enseñar músculo -dijo-. Ni a demostrarte que podía ocuparme yo de todo. Sólo quería que lo supieras.

-De acuerdo. Tú eres experta en unas cosas y yo en otras.

-Tyler rodeó sus hombros con el brazo-. Ahora volvamos a casa.

-y entonces... -Sophia atacó el plato de la saña en la cocina de la villa,

donde se había congregado toda la familia-. Ty le agarró la mano; ni siquiera vi cómo lo hacía. Fue rápido como el. rayo. Su enorme manaza cubrió completamente la manita de Jerry, con su esmerada manicura, que seguramente aún le dolía después de haberle dado el puñetazo a Tyler. Bueno -bebió un poco de vino-, el caso es que de repente Jerry se puso blanco y los ojos se le salieron de las órbitas, y empezó a doblarse sobre sí mismo, como un acordeón. Y este hombretón ni siquiera sudaba. Yo lo miraba todo con los ojos asombrados, claro, y Ty va y le sugiere cortésmente que se haga una radiografía de la mano, porque le había parecido oír que un hueso se rompía.

-Dios santo. -Claudia se sirvió una copa de vino-. ¿En serio? -Hummm -dijo Sophia engullendo comida. Estaba muerta de hambre desde el momento en que había entrado por la puerta-. Yo también oí el ruido, como una ramita cuando la pisas. Algo horrible en realidad. Y luego nos fuimos. Y debo decir que... Eli, tu copa está vacía. Debo decir que fue exquisitamente perverso y muy excitante. Tan excitante que no me avergüenza decir que me lancé sobre él en cuanto volvimos al avión.

-jesús, Sophia. - Tyler notó el calor que le subía por la nuca-. Calla y come.

-Pues entonces no te dio vergüenza ninguna -señaló ella-. Suceda lo que suceda de ahora en adelante, jamás olvidaré la imagen de Jerry acurrucado en el suelo como una gamba en un cóctel. Nadie podrá arrebatármela. ¿Tenemos helado?

-Iré a buscado. -Claudia se levantó de la mesa, pero se detuvo para besar a Ty en la coronilla-. Eres un buen chico.

Eli respiró hondo y luego dejó escapar el aire.

-No te ha dejado marca en la mandíbula.

-Ese tipo tiene manos de nenaza -dijo Tyler sin pensar, pero enseguida hizo una mueca-. Pido perdón, *signora.*

-Como si te hiciera falta. No apruebo ese tipo de lenguaje en mi mesa, pero lo pasaré por alto, teniendo en cuenta que estoy en deuda contigo.

-No me debe nada.

-Lo sé. -Teresa le cogió la mano y la apretó con fuerza-. Por eso estoy en deuda contigo. Los de mi propia sangre me han traicionado a mí ya los míos. Y era una herida abierta que me hacía dudar de mí misma, de las cosas que había y no había hecho. Esta noche miro y veo a la hija de mi hija, y al muchacho que me trajo Eli un día, y esa herida se cierra. No me arrepiento de nada. No me avergüenzo de nada. Ocurra lo que ocurra, seguiremos adelante. Tenemos que preparar una boda -dijo, sonriendo cuando Claudia sirvió el helado-. Un negocio que dirigir, unas viñas que atender. -Alzó su copa-. *Per famiglia.*

Sophia durmió como un tronco y se despertó temprano. A las seis estaba. ya encerrada en su despacho, dando los últimos toques a una declaración para la prensa y haciendo llamadas personales a clientes clave en Europa. A las siete se había puesto en contacto con la costa Este. Poniendo cuidado en no mencionar el nombre de Jerry y en no acusar a un competidor de prácticas turbias, dejó caer insinuaciones directas que calaron hondo en sus

interlocutores.

A las ocho consideró que podía llamar a los Moore a su casa. -Tía Helen, siento llamar tan temprano.

-No es tan temprano. Dentro de quince minutos no me hubieras encontrado. ¿Estás aún en Venecia?

-No; estoy en casa, y necesito una opinión autorizada sobre diversos asuntos muy peliagudos. Algunos relacionados con el derecho internacional.

-¿Empresarial o penal?

-Ambas cosas. Ya sabes que han arrestado a Donato. Hoy lo

extraditan a Italia. No va a recurrir. Ha implicado a otra persona, a un competidor estadounidense, en una charla privada que mantuvimos. Como mínimo, esa persona estaba al tanto de la manipulación del vino y del desfalco, pero es muy probable que tuviera una implicación directa. ¿No es eso conspiración? ¿Podemos presentar cargos? Margaret murió en Estados Unidos, o sea que...

-Espera, espera. Vas demasiado deprisa, Sophia. Los engranajes de la ley son lentos. En primer lugar, te basas en lo que Don te dijo, y en estos momentos su testimonio carece de credibilidad.

-La tendrá -prometió ella-. Sólo quiero una idea general de la situación.

-No soy una experta en derecho internacional. Ni siquiera soy abogada criminalista. Tienes que hablar con James. Te lo paso enseguida. Pero te diré una cosa como amiga. Este asunto debe quedar en manos del sistema judicial y de la policía. No hagas nada, y quiero que seas muy precavida con lo que dices en público o a la prensa. No hagas declaraciones sin que James, Linc o yo te hayamos aconsejado antes.

-He redactado unos comunicados para la prensa de aquí y de

Europa. Os los enviaré por fax, si os parece bien.

-Hazlo. Ahora te paso a James. No hagas nada por tu cuenta.

Sophia se mordió el labio, preguntándose qué opinaría la jueza, a la que consideraba como una tía, sobre la visita que habían hecho Tyler y ella a Jerry la noche anterior.

A media mañana, David se encontraba en los viñedos MacMillan, entre las hileras de jóvenes plantas de la mostaza. Se sentía inútil, fuera de sitio, y más que asustado, porque su hijo de diecisiete años recién cumplidos había ido al colegio aquella mañana al volante de un descapotable de segunda mano.

-¿No tienes documentos que revisar? -preguntó Tyler. -Tengo que actualizar los tuyos.

-En ese caso, no te recomiendo que vayas a las cavas a revisar

el gráfico mensual. Vamos a catar el Merlot del 93 para empezar. -Yo me dedico a catar vino, y tú a pelear.

-Así es la suerte. Además, no fue una pelea exactamente.

-Claudia dice que lo tumbaste con una sola mano. -David se

palpó el brazo herido-. Una mano es todo lo que tengo, aunque ese sádico fisioterapeuta dice que dentro de poco tendré las dos. Yo también quiero darle a ése un regalito. -David se paseó de un lado a otro para descargar su ira-. Trabajé para ese hijo de puta durante años. Asistí a reuniones con él, almorcé

con él, celebré sesiones a altas horas de la noche para diseñar estrategias con él. Algunas pretendían atraer a clientes de Giambelli. Así son los negocios.

-Cierto.

-Cuando La Coeur consiguió la exclusiva para los vuelos trans-oceánicos con Europa, salí a celebrarlo con él. Aquella vez le ganamos la partida a Giambelli. Me sentí orgulloso durante mucho tiempo. Ahora miro hacia atrás, compruebo las fechas y los pasos que se dieron, y me doy cuenta de que lo conseguimos porque disponíamos de información secreta. Don informó a Jerry sobre la oferta de Giambelli antes de que se hiciera.

-Así es como hacen negocios algunas personas. -Pero yo no.

Fue el tono de voz lo que hizo que Ty mirara a David. Suponía que, más o menos, en los últimos meses se habían hecho amigos. Eran casi familia. En cualquier caso, eran lo bastante íntimos como para que Tyler comprendiera por qué David se sentía frustrado y culpable.

-Nadie ha dicho eso, David. Nadie lo piensa.

-No, pero recuerdo cuánto quería esa cuenta. -Quiso meterse las manos en los bolsillos, pero sintió una punzada de dolor en el brazo malo-. Maldita sea.

-¿Vas a acabar pronto de vapulearte a ti mismo? Porque tengo mucho trabajo pendiente, ya que tuve que ir a Italia a limpiar la calle de tu sangre. Con eso de que te pegaran un tiro, se me ha atrasado el trabajo.

David volvió a acercarse a Tyler.

-¿ Usaste ese mismo tono cuando sugeriste a ese mamón de De Morney que se hiciera una radiografía?

-Seguramente. Es el que uso cuando alguien me fastidia con su estupidez.

David notó que se aflojaba el nudo que tenía en el estómago. En sus ojos brillaron las primeras chispas de humor.

-Te daría un puñetazo por lo que has dicho, pero eres más cor pulento que yo.

-y también más joven.

-Cabrón. Ahora que lo pienso, podría tumbarte si quisiera, pero te concederé una tregua, porque veo a Sophia viniendo hacia aquí. Detestaría que viera a su futuro padrastro dándote una pata da en el culo.

-Ni en sueños.

-Me voy a las cavas con mi mal humor. -David se detuvo al pasar junto a Tyler-. Gracias.

-Ya sabes dónde estoy. - Tyler se alejó en dirección opuesta, saliendo al encuentro de Sophia-. Llegas tarde otra vez.

-Tenía otras prioridades. ¿Adónde va David? Quería preguntarle qué tal está.

-Hazte un favor a ti misma y no se lo preguntes. Está en la etapa más difícil de la convalecencia. ¿ Qué prioridades?

-Oh, tranquilizar a algunos clientes indecisos, manipular a la prensa, pedir asesoramiento legal. Un día más en la tranquila vida de la heredera. ¿Qué tal va por aquí?

-Las noches han sido frías y húmedas, lo que ha producido mildiu.

Haremos una segunda rociada de sulfuro justo después de que las flores se conviertan en uvas. No estoy preocupado.

-Bien. Mañana haré un hueco para el trabajo de campo, y tú harás un hueco para la campaña de promoción. Volvemos al trabajo en equipo. ¿Por qué no me has dado un beso al llegar?

-Porque estoy trabajando. Quiero examinar las plantas nuevas, pasar por la vieja destilería y revisar las cubas de fermentación. Y hoy tenemos cata en las cavas. Luego tenemos que trasladar tus cosas a mi casa.

-No he dicho que vaya a...

-Pero ya que estás aquí. - Tyler se inclinó y la besó.

-Tenemos que hablar de eso -insistió ella, pero tuvo que interrumpirse para sacar el móvil del bolsillo y contestar una llamada-. Muy pronto -añadió-. Sophia Giambelli. *Chi? SI, va bene.* -Sophia apartó el móvil para dirigirse a Tyler-: Es del despacho del teniente DeMarco. Don iba a serle entregado hoy. Ah. -Volvió al teléfono-. *SI, buon giorno. Ma che... scusi? No, no.*

Aferrada aún al teléfono, Sophia se dejó caer al suelo. *-Come?* -acertó a decir. Atrapó la mano de Tyler, antes de que pudiera arrebatarle el teléfono y sacudió la cabeza con energía-. *Donato* -Sophia alzó sus asombrados ojos hacia Tyler- *e marta.*

Tyler no necesitó que le tradujera las últimas palabras. Se apoderó del móvil y, tras identificarse, preguntó cómo había muerto Donato Giambelli.

-Un ataque al corazón. Y todavía no había cumplido ni los cuarenta. -Sophia se paseaba de un lado a otro con nerviosismo-. Esto es obra mía. Yo le presioné. Luego fui a ver a Jerry para presionarle. Es como si le hubiera colgado una diana en la espalda.

-No lo hiciste tú sola -le recordó Tyler-. Yo fui el que tiró de la cadena de DeMorney.

-Basta -ordenó Teresa, pero sin acalorarse-. Si descubren que Donato murió por ingerir alguna sustancia, si descubren que fue asesinado estando bajo custodia de la policía, no hay culpa que valga. Fueron las decisiones del propio Donato las que propiciaron la situación en la que se encontraba, y la policía tenía el deber de protegerlo. No permitiré que se culpe a nadie de mi casa.

y con eso quedaba zanjada la discusión, se dijo.

-Donato me decepcionó. Pero recuerdo que en otro tiempo fue un muchacho dulce con una bonita sonrisa. Y ése es el recuerdo que quiero conservar.

Teresa cogió la mano de Eli y se la llevó a los labios, en un gesto que Sophia veía en su abuela por primera vez.

-Nonna. Yo iré a Italia para asistir al funeral en representación de la familia.

-No, pronto llegará el momento en que tendrás que asumir mi puesto, pero todavía no. Te necesito aquí. Iremos Eli y yo, y así es como debe ser. Me traeré a Francesca, a Gina y a los niños conmigo, cuando vuelva, si ellos quieren. Y que Dios nos ayude –añadió con vehemencia, poniéndose en pie.

Sophia contempló el despacho de Linc. «Nadie podría acusar a su padre

de darle un trato de favor», pensó. La habitación era poco más que una caja de cerillas, sin ventanas, y llena de libros de leyes y expedientes. Sophia imaginó que debía de haber una mesa bajo las montañas de documentos.

-Bienvenida a mi mazmorra. No es gran cosa -dijo Linc, despejando una silla para que se sentara-, pero... -Dejó caer libros y expedientes al suelo.

-Lo bueno de empezar desde el fondo, es que no puedes caer más bajo.

-Si soy un buen chico, me darán una grapadora para mí solo.

Con una destreza que delataba mucha práctica, Linc maniobró su silla para rodear la montaña de documentos. Un teléfono empezó a sonar en algún lugar bajo la montaña de papeles y libros.

-¿Tienes que contestar? Si encuentras el teléfono.

-Si contesto, será alguien que quiera hablar conmigo. Preferiría hablar contigo.

Sophia no acertaba a comprender cómo podía trabajar una persona en medio de semejante caos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y ponerse a organizarlo todo.

-Ahora me siento culpable por haberte dado más trabajo. Pero no lo bastante para no preguntar si los papeles que te envié están por aquí, y si has tenido ocasión de leerlos.

-Tengo un sistema. -Linc metió la mano bajo una pila de la es quina izquierda de su mesa y sacó una carpeta.

-Es como un truco de magia -comentó ella.

-¿Quieres verme sacar un conejo de mi sombrero? -Linc sonrió a Sophia y se sentó-. Te has cubierto bien las espaldas -dijo-. He retocado un poco los comunicados para la prensa. Al fin y al cabo, tengo que ganarme mis abultados honorarios. -Entregó los documentos revisados a Sophia-. Supongo que actúas en calidad de portavoz de Giambelli-MacMillan.

-Yo también lo supongo, al menos mientras *nonna* y Eli estén en Italia. Mi madre no está preparada para este tipo de cosas, yo sí.

-¿Y David y Tyler?

-Les entregaré copias, por si acaso. Pero es mejor que el representante ante los medios sea alguien de la familia Giambelli. Nosotros somos las víctimas de esta situación.

-Siento lo de Don.

-Yo también. -Sophia miró los comunicados, pero sin demasiada atención-. El funeral es hoy. No dejo de pensar en la última vez que hablé con él, en lo asustado que estaba. Sé muy bien todo lo que hizo y no puedo perdonárselo, pero tampoco puedo olvidar su miedo, y lo fría que me mostré con él.

-No debes atormentarte con esos pensamientos, Sophia. Mis padres me han explicado todo lo que pasó, al menos lo que saben con seguridad. Se volvió ambicioso y estúpido. Y era responsable de dos muertes.

-Accidentes, los llamó él. Ya sé lo que hizo, Linc. Pero ¿quién fue el responsable de que obrara así? .

-Eso nos lleva a DeMorney. Tendremos que ser muy precavidos con esto. No menciones para nada su nombre, ni tampoco a La Coeur.

-Hummm. -Sophia se miró las uñas-. Se ha filtrado la noticia de que la

policía le ha interrogado en relación con la manipulación del vino, la cuenta fantasma, e incluso el asesinato de mi padre. No sé cómo ha podido conseguir la prensa esa información.

-Eres un demonio astuto, Sophia.

-¿Me hablas como amigo o como abogado?

-Como ambos. Ten cuidado. No querrás que sigan la pista de las filtraciones y lleguen hasta ti. Y si te preguntan por DeMorney, como seguramente ocurrirá, sin comentarios.

-Tengo muchos comentarios que hacer.

-y la mayoría podrían acabar con una demanda. Deja que el

sistema siga su tortuoso camino hacia la meta final. Aunque DeMamey estuviera implicado, no tienes pruebas -le recordó Linc-. Déjame ser abogado. Si Jerry estaba implicado, todo saldrá a la luz. Pero la palabra de Don no basta.

-Él tiraba de los hilos, estoy convencida, yeso basta para mí. Han muerto varias personas, ¿y por qué? ¿Porque Jerry quería aumentar su cuota de mercado? Por amor de Dios.

-Han matado a otros por mucho menos, pero tengo que decirte que ése es precisamente el punto más débil. Jerry es un hombre de negocios rico y respetado. Será difícil demostrar que ha estado envuelto en espionaje industrial, desfalco, y manipulación del producto, y menos aún, en un asesinato.

-Fue él quien abrió la caja de los truenos, y la prensa se abalanzará ávidamente sobre el jugoso bocado de la aventura entre su mujer y mi padre, al que humillaron públicamente. Nos odia, Linc. Esto no es sólo un asunto de negocios. Es algo muy personal. ¿Has visto nuestro nuevo anuncio? .

-¿El de la pareja en el porche, con el crepúsculo sobre el lago y el vino? Con mucho estilo, muy atractivo. Llevaba escrita tu firma. La tuya, quiero decir, no la de la empresa.

-Gracias. Mi equipo le ha dedicado mucho trabajo y esfuerzo. -Metió la mano en su maletín y sacó una fotografía que llevaba en una carpeta-. Alguien me envió esto ayer.

Linc reconoció el anuncio, pero aquella copia había sido generada por ordenador, alterando el original. En ésta, la mujer tenía la cabeza hacia atrás y su boca se abría en un silencioso grito. En el suelo del porche había una copa de vino derramada, que pasaba del blanco al rojo. La cabecera de la foto rezaba así:

"TE HA LLEGADO LA HORA DE MORIR"

-Joder, Sophia. Esto es nauseabundo. ¿Dónde está el sobre? -Lo tengo. No llevaba remite, claro está. El matasellos era de San Francisco. Primero pensé en Kris Drake. Es su estilo. Pero ahora no creo que fuera ella.

Sophia era ya capaz de mirar aquel anuncio retocado sin sentir

escalofríos.

-Creo que Kris se ha quitado de en medio para evitar que la arrastren en la caída. No sé si Jerry ha estado en la costa Oeste,

pero esto lo hizo él.

-Tienes que llevárselo a la policía.

-Les he llevado el original esta mañana. Esto es una copia. Tengo la impresión de que lo investigarán, pero sólo como otra broma pesada. -Sophia se levantó-. Quiero que lo investigue el detective privado que contrataste, y que no se lo digas a nadie más.

-Estoy de acuerdo con la primera parte, pero la segunda me parece estúpida.

-No es estúpida. Mi madre está preparando su boda. *Nonna* y Eli tienen ya bastantes cosas en que pensar, igual que David y Ty. Además, esto lo recibí yo, y quiero ocuparme de ello personalmente.

-Ni siquiera tú puedes tener siempre todo lo que quieres. Esto es una amenaza.

-Tal vez. Y créeme, pienso ser muy precavida. Pero no vaya permitir que le estropeen este momento a mi madre. Ha esperado demasiado tiempo para ser feliz. No vaya añadir una carga más sobre los hombros de mis abuelos. Y no se lo vaya contar a Ty, al menos de momento, porque sé que su reacción sería exagerada. Así que quedamos tú y yo, Linc. -Sophia le cogió la mano-. Cuento contigo.

-Mira, esto es lo que haré -replicó él, al cabo de un momento-. Haré que el detective lo investigue, y le daré cuarenta y ocho horas antes de hacer nada. Si durante ese tiempo recibes otro anónimo, tendrás que decírmelo inmediatamente.

-Te lo prometo. Pero cuarenta y ocho horas...

-Ése es el trato. -Linc se levantó-. Lo acepto porque te quiero y sé cómo te sientes. No te doy más porque te quiero, y sé cómo me siento yo. Lo tomas o lo dejas.

-De acuerdo, de acuerdo. -Sophia suspiró-. No soy estúpida, Linc. Terca puede, pero estúpida no. Jerry quiere asustarme y crear un nuevo trastorno a mi familia, pero no lo va a conseguir. Ahora mismo tengo una cita con mi madre y la tuya. Vamos a comprar un vestido de boda. -Besó a Linc en ambas mejillas-. Gracias.

Para Maddy, ir de compras consistía en dar vueltas por el centro comercial y mirar a los chicos que habían ido a mirar a las chicas, y gastarse la paga en comida basura y unos pendientes nuevos. Esperaba aburrirse mortalmente con tres mujeres adultas en tiendas de moda elegantes.

Pero suponía que el tanto que se había ganado con su padre por acceder se traduciría en un permiso para hacerse mechas. Y si jugaba bien sus cartas, también podría conseguir algo guay de Claudia.

Una futura madrastra era una fruta madura. Maddy calculaba que el sentimiento de culpa y los nervios equivalían a varias compras.

Se suponía que debía llamar Claudia a la señora Giambelli. Le resultaba extraño, pero era mejor que llamarla mamá, o algo así.

En primer lugar tendría que soportar la comida con ella y la jueza. Una comida para chicas, se burló Maddy. Pequeñas porciones de comida insípida y baja en calorías, y una charla sobre trapos. No habría sido tan malo si Sophia las hubiera acompañado, pero las descaradas indirectas de Maddy para que le

permitiera acompañarla mientras hacía sus recados habían caído en saco roto.

Así pues, se resignó a pasar un par de horas horribles con tal de ganar más puntos, y se sorprendió al ver que entraban en un ruidoso restaurante italiano, que olía a especias.

-Debería comerme una ensalada. Debería comerme una ensalada -repitió Helen-. Pero no lo haré. Ya oigo a las berenjenas a la parmesana llamándome.

-Fettuccine Alfredo.

-Ya, para ti estupendo -dijo Helen a Claudia-. Tú no engordas ni un gramo. No tienes que preocuparte por tu aspecto cuando te vean desnuda en la noche de bodas.

-Ya la ha visto desnuda -dijo Maddy, y las dos mujeres se volvieron para mirarla.

Maddy encorvó los hombros y frunció el entrecejo, preparándose para un sermón. Pero lo que *oyó* fueron unas carcajadas. Helen le rodeó los hombros con el brazo.

-Vamos a buscar un reservado para que puedas contarme todos los detalles picantes sobre Claudia y tu padre que no he podido sonsacarle a ella.

-Creo que anoche lo hicieron al aire libre. Papá tenía los tejanos manchados de hierba.

-¿Puedo comprar tu silencio? -preguntó Claudia.

Maddy se sentó muy sonriente.

-Ya lo creo.

-Pues negociemos el precio. -Claudia se sentó a su lado.

No fue aburrido. Maddy se sorprendió pasándoselo bien, sin que nadie la obligara a callar cuando quería hacer una broma, ni le ordenaran que se portara bien. Pensó que era muy parecido a salir con Theo y su padre... pero diferente. Diferente para mejor. Y era lo bastante lista para comprender que era su primera salida con mujeres. Lo bastante lista para comprender que Claudia también lo sabía.

Ni siquiera le importó que la llevaran a la tienda de modas, ni que la conversación derivara completamente hacia telas, colores y cortes.

Y cuando vio entrar a Sophia sin aliento, con la cara encendida, feliz, Maddy, que aún no había cumplido los quince años, tuvo una revelación. No le importaría ser como Sophia Giambelli. ¿Acaso no era la viva muestra de que una mujer podía ser inteligente, inteligente de verdad, hacer lo que le diera la gana y cómo le diera la gana, y tener un aspecto increíble al mismo tiempo?

Sophia no vestía como si buscase llamar la atención, pero conseguía atraer la de todo el mundo.

-Decidme que aún no os habéis probado nada.

-No, todavía no. Te estaba esperando a ti. ¿Qué te parece este azul de seda?

-Hummm. Es una posibilidad. Hola, Maddy. Tía Helen. -Sophia se inclinó para besar a Helen en la mejilla-. ¡Oh, mamá! -exclamó-. Fíjate en esto. El encaje es fabuloso... romántico, elegante. Y el color es perfecto para ti.

-Es precioso, pero ¿no crees que es demasiado juvenil? Te que daría mej or a ti.

-No, *no.* Es para la novia. Para ti. Tienes que probártelo.

Mientras examinaba el vestido, Claudia puso una mano *sobre* el hombro de Sophia sin darse cuenta, distraídamente, pensó Maddy. Sólo por acariciar a su hija. Su madre nunca la había tocado así, que ella recordara. Jamás habían estado tan unidas. De lo contrario, tal vez no le habría sido tan fácil marcharse.

-Pruébate los dos -insistió Sophia-. Y éste de lino rosa que ha elegido Helen.

-Si no tuviera tanta prisa por pescarle, podría haber encargado un diseño. Y podría haber perdido cinco kilos antes de comprarme el vestido de madrina. ¿Me da tiempo para hacerme una liposucción?

-Oh, basta ya. De acuerdo. Empezaré con estos tres. Cuando Claudia se alejó con la vendedora en dirección a los probadores, Sophia se frotó las manos.

-Bien, ahora te toca a ti.

Maddy la miró sorprendida.

-Esta tienda es para adultos.

-Eres tan alta como yo, y más o menos de la misma talla -añadió, observándola-. Mamá se decantará por colores suaves, así que nos atendremos a eso. Aunque para ti preferiría un tono alegre.

-A mí me gusta el negro -dijo Maddy, por dar su opinión. -Sí, y te queda bien.

-¿ Sí?

-Hummm, pero vamos a ampliar un poco tus horizontes para esta ocasión en particular.

-No pienso ponerme un vestido rosa. -Maddy se cruzó de brazos.

-Vaya, y yo que pensaba en uno de organdí rosa -dijo Helen-, con canesú y volantes.

-¿Qué es un canesú?

-Uf. Me hago vieja.

-Vale, pero ¿qué es un canesú? -repitió Maddy, mientras Sophia buscaba algo para ella.

-No estoy segura. Éste me gusta. -Sophia descolgó un vestido largo sin mangas de un tono azul grisáceo.

-Te quedará bien.

-Para mí no, para ti. -Sophia se dio la vuelta y colocó el vestido sobre Maddy.

-¿Para mí? ¿En serio?

-Sí, en serio. Quiero verte con el vestido puesto y los cabellos recogidos. Que enseñes el cuello y los hombros.

-¿Y si me lo corto? El pelo, quiero decir.

-Hummm. -Sophia cortó y peinó mentalmente la recta melena de Maddy-. Sí, corto alrededor de la cara y un poco más largo por detrás. Con unos reflejos.

-¿Mechas? -dijo Maddy, casi muda de alegría.

-Reflejos, más sutiles. Pídeselo a tu padre, y te llevaré a mi peluquero.

-¿Por qué tengo que preguntarle a mi padre si puedo cortarme

el pelo? El pelo es mío.

-Buena respuesta. Ve a probarte esto. Llamaré a la peluquería para ver si pueden atenderte antes de que volvamos a casa. -Alargó el vestido hacia Maddy, y entonces se quedó paralizada-. Oh, mamá.

-¿Qué te parece? -Claudia había empezado por el vestido de color melocotón con el corpiño de encaje de color marfil, y una suave cola por detrás-. Sé sincera.

-Helen, ven a verlo -dijo Sophia-. Estás realmente preciosa, mamá.

-Como una novia -convino Helen, y se sorbió la nariz-. Maldita sea, ya se me ha corrido el rímel.

-De acuerdo. -Claudia dio media vuelta. Se sentía como en un sueño-. ¿Maddy? ¿Qué dices tú?

-Estás estupenda. A papá se le van a salir los ojos de las órbitas. Claudia sonrió y dio otra vuelta.

-El primero y ya tenemos un ganador.

No fue tan sencillo. También tuvieron que elegir sombreros, tocados, zapatos, joyas, bolsos, e incluso ropa interior. Se había hecho de noche cuando emprendieron el regreso, con el maletero del SUV lleno de cajas y bolsas. «Y sin incluir los vestidos -pensó Maddy, maravillada-, que tenían que arreglarse a medida.»

Pero había acabado con una pila de ropa y zapatos nuevos, y unos pendientes fantásticos que llevaba puestos. Le quedaban de maravilla con su nuevo e increíble peinado. Y reflejos.

-Los hombres -dijo Sophia, que conducía el coche- se consideran a sí mismos los cazadores, pero no lo son. Mirad, cuando deciden cazar un oso pardo, se olvidan de todo lo demás. Así que mientras siguen las huellas del gran oso, el resto de la caza escapa a su limitada visión. Las mujeres, por el contrario, pueden seguir alosa pardo, pero antes, o incluso al mismo tiempo, se cobran también las demás piezas.

-Además, los hombres matan siempre al primer oso que ven -apuntó Maddy desde el asiento de atrás-. No tienen en cuenta que hay todo un mundo de osos pardos.

-Exactamente. -Sophia dio una palmada al volante-. Mamá, esta chica tiene potencial.

-Estoy de acuerdo. Pero no pienso llevarme yo la bronca por esos zapatos con plataforma que lleva. Eso es cosa tuya.

-Son increíbles. Originales.

-Ya lo creo. -Satisfecha con sus zapatos nuevos y consigo misma, Maddy levantó un pie-. Y sólo diez centímetros.

-No sé cómo puede gustarte caminar con eso.

Sophia miró a Maddy por el espejo retrovisor.

-Esto es propio de las madres. Tenía que decirlo. Deberías haber visto su cara cuando me puse un *piercing* en el ombligo.

-¿Te pusiste un *piercing* en el ombligo? -Fascinada, Maddy es tiró el cinturón de seguridad-. ¿Puedo verlo?

-Ya no lo llevo. Dejé que se cerrara. Lo siento -dijo Sophia, y rió cuando

Maddy volvió a recostarse en el asiento, disgustada-. Era molesto.

-y ella tenía dieciocho años -señaló Claudia, volviéndose hacia Maddy para lanzarle una mirada de advertencia-. Así que no se te ocurra pensar en nada parecido hasta esa edad.

-¿Eso también son cosas de madres?

-Ya lo creo. Pero creo que las dos teníais razón sobre el pelo. Te queda muy bien.

-Entonces, cuando a papá le dé el ataque, tú te encargas de calmarlo, ¿vale?

-Bueno, yo... -Claudia volvió a mirar al frente cuando las ruedas del coche chirriaron en una curva-. Sophia, a riesgo de decir una de esas cosas propias de madres, no vayas tan deprisa.

-Ajustaos los cinturones -dijo Sophia, sujetando el volante con fuerza y expresión resuelta-. Los frenos no funcionan.

-Oh, Dios mío. -Instintivamente, Claudia se volvió hacia Maddy-. ¿Llevas el cinturón puesto?

-Sí -contestó ella, y se aferró al asiento cuando el coche tomó otra curva a toda velocidad-. Tira del freno de mano.

-Mamá, tira tú del freno, yo necesito las dos manos.

Las manos querían temblar, pero Sophia no iba a permitirlo. No quería pensar en nada más que no fuera mantener el control del coche. Las ruedas volvieron a chirriar en la siguiente curva y el coche coleó un poco.

-Ya está puesto, cariño -dijo Claudia, pero el coche no redujo la velocidad-. ¿Y si apagamos el motor?

-Se bloqueará el volante. -Maddy tenía el corazón en la garganta-. No podría moverlo.

La grava salió disparada cuando el coche derrapó un poco por el arcén.

-Coge mi móvil -dijo Sophia-. Llama al novecientos once.

Miró el panel rápidamente. Medio depósito, pensó. Eso no les iba a ayudar. Y no podría dominar el coche cuando llegaran a las peores curvas a aquella velocidad.

-¡Cambia de marcha! -gritó Maddy desde el asiento de atrás-. Prueba reduciendo marchas.

-Mamá, cambia a tercera cuando te lo diga. Va a ser una buena sacudida, así que agarraos bien. Pero puede que funcione. Yo no puedo soltar el volante.

-Lo tengo. Todo va a ir bien.

-De acuerdo. -Sophia apretó el embrague y el coche pareció ganar velocidad-. ¡Ahora!

El coche dio una fuerte sacudida. Maddy se mordió el labio, pero no pudo evitar que se le escapara un grito.

-Ahora a segunda -ordenó Sophia, intentando mantener el coche dentro de la carretera. Por la espalda le corría un sudor frío-. Ahora.

El coche dio una nueva sacudida, zarandeándola. Sophia tuvo un momento de pánico al imaginar que saltaría el airbag, deján dola indefensa.

-Hemos reducido un poco la velocidad. Bien pensado, Maddy.

-Ahora vamos a bajar la colina y habrá más curvas. -La voz de Sophia era fría y serena-. Así que volveremos a coger un poco de velocidad, pero puedo controlar el coche. Después vendrá una cuesta, y creo que eso servirá para paramos. Coge el móvil, mamá, por si acaso. Y sujetaos bien.

Sophia no miró el indicador de velocidad. Clavó los ojos en la carretera, atenta a cada nueva curva. Había recorrido aquella carretera en incontables ocasiones. Los faros traspasaban la oscuridad, alumbrando los coches que pasaban en dirección contraria. Oía los bocinazos airados de los conductores cuando traspasaba la línea continua.

-Ya casi estamos, ya casi estamos -dijo, girando el volante hacia un lado y luego hacia el otro. Tenía las manos húmedas y el volante resbalaba.

Sophia notó que el terreno empezaba a ser más llano. «Sólo un poco más», pensó.

-Ahora pon primera, mamá.

Se produjo un horrible estrépito y una tremenda sacudida. Sophia se sintió como si un enorme puño hubiera golpeado el capó del coche. Algo chirrió y luego hizo un sonido metálico. Cuando el coche redujo la velocidad, Sophia se desvió hacia el arcén.

Nadie dijo nada cuando se detuvieron al fin. Un coche pasó zumbando, luego otro.

-¿Estamos bien todas? -Claudia se desabrochó el cinturón de seguridad con dedos rígidos.

-Sí. -Maddy se secó las lágrimas de las mejillas-. Creo que ahora deberíamos bajar.

-Me parece una buena idea. ¿Sophia?

-Sí, bajemos ahora mismo.

Sophia consiguió salir y alejarse un poco antes de que le fallaran las piernas. Apoyó las manos en el capó, intentando respirar normalmente, pero sólo consiguió emitir una especie de silbido.

-Has estado genial-dijo Maddy.

-Sí, gracias.

-Ven, cariño, ven. -Claudia hizo que Sophia se diera la vuelta y la abrazó cuando empezó a temblar. Alargó entonces una mano hacia Maddy-. Ven, cariño -repitió.

Maddy se apretó contra aquel íntimo círculo y dejó que las lágrimas brotaran libremente.

Cegado casi por el alivio y el terror, David salió corriendo de la casa. En cuanto el coche de policía frenó, sacó a Maddy y la acunó en sus brazos como si fuera un bebé.

-¿Estás bien? -dijo, besándola en las mejillas y los cabellos, y dejó que los temblores que había contenido hasta entonces se apoderaran de él-. ¿Estás bien? -Lo repitió media docena de veces. Ella se acurrucó contra su pecho.

-Estoy bien, no estoy herida -dijo Maddy, pero no volvió a sentirse a gusto con el mundo hasta que no rodeó el cuello de su padre con los brazos-. Sophia

ha conducido el coche como uno de esos tipos de las carreras que os gusta ver a Theo y a ti. Ha sido increíble. _Ya.

David se meció, intentando tranquilizarse, con la cara enterrada en el cuello de su hija, mientras Theo palmeaba torpemente la espalda de su hermana.

-Apuesto a que sí -dijo. Theo se tragó las lágrimas que pugnaban por salir como un hombre. Aún estaba angustiado, no sólo por Maddy, sino también porque era la primera vez que había visto desmoronarse a su padre-. Yo la llevo dentro, papá. Te vas a romper el brazo.

Incapaz de hablar, David se limitó a negar con la cabeza y siguió abrazado a su hija. Sólo podía pensar en que podía haber perdido a su niña.

-Estoy bien, papá -dijo Maddy-. Puedo caminar. Al final nos ha dado el tembleque, pero todo ha salido bien. Theo puede meter en casa los paquetes. -Frotó la mejilla contra la de su padre-. Hemos hecho una buena compra, ¿verdad, Claudia?

-Ya lo creo. ¿Me ayudas, Theo?

- Theo y yo nos encargamos de eso -dijo Maddy, retorciéndose hasta que su padre la dejó en el suelo.

-¿Qué te has hecho en el pelo? -preguntó David, pasando una mano por los cortos cabellos de su hija y su atrevido peinado. Dejó la mano sobre su nuca.

-Me lo he cortado. ¿Qué te parece?

-Creo que te hace parecer mayor. Te estás haciendo mayor. Maldita sea, Maddy, ojalá no te hicieras mayor. -David suspiró y le dio un beso en la cabeza-. Sólo un poco más, ¿de acuerdo?

-Claro.

-Te quiero mucho. Te agradecería que no me dieras otro susto de muerte como éste en mucho tiempo.

-No tengo la menor intención. Espera a ver el vestido que me he comprado. Va a juego con el peinado.

-Fantástico. Vamos, lleva dentro esos paquetes.

-Te quedarás, ¿verdad? -preguntó Maddy a Claudia.

-Sí, si quieres.

-Creo que deberías quedarte. -Dado que Theo había cogido ya todos los paquetes, Maddy fue tras él, caminando sobre sus nuevos zapatos de plataforma.

-Oh, David, lo siento mucho.

-No digas nada. Déjame que te mire. -David le cogió la cara entre las manos y le acarició los cabellos. Claudia tenía la piel fría y miedo en los ojos. Pero estaba allí, de una pieza-. Deja que te mire.

-Estoy bien.

David la abrazó, como envolviéndola, y se meció de un lado a otro.

-¿ y Sophia?

-Está bien. -La tensión que la había mantenido serena hasta entonces se rompió por fin, cuando se apretó contra David-. Dios mío, David, Dios mío. Nuestras hijas. Jamás había estado tan asustada. y ellas han sido... han sido tan valientes todo el tiempo. No quería dejar allí sola a Sophia, hablando con la policía, pero tampoco quería que Maddy volviera sola, así que...

-Ty va de camino hacia allí.

Claudia exhaló un suspiro entrecortado, y luego un segundo menos vacilante.

-Lo imaginaba. Entonces estará bien.

-Entremos. -David la condujo a la casa, enlazándola estrecha mente con el brazo-. Cuéntamelo todo.

Tyler paró su vehículo detrás del coche patrulla con un áspero chirriar de frenos. Sophia lo observó acercarse a la luz de los faros.

Vio lo bastante para reconocer la ira en él. Con toda la serenidad de que fue capaz, dio la espalda al policía que la estaba interrogando y fue al encuentro de Tyler.

Él la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin respiración. Jamás se había sentido más segura.

-Esperaba que vinieras. Lo esperaba de veras.

-¿Alguna se ha herido o golpeado?

-No. Pero el todoterreno... creo que se ha roto la transmisión.

Ty, no tenía frenos. Habían desaparecido. Ya sé que se llevarán el coche y lo comprobarán, pero a mí no me hace falta comprobarlo, lo sé.

Sophia tartamudeaba un poco al principio, pero poco a poco sus palabras cogieron fuerza y ella se fue calentando.

-No ha sido un accidente, ni un fallo mecánico. Alguien quería hacerme daño, y no le importaba que mi madre y Maddy salieran malparadas. Maldita sea, Maddy no es más que una niña. Aunque es dura e inteligente: me ha dicho que cambiara de marcha, y ni siquiera sabe conducir.

La rabia tendría que esperar. Tyler debía tener paciencia antes de poder partir algo por la mitad y empezar a dar puñetazos. Sophia temblaba y necesitaba que cuidara de ella.

-Los niños lo saben todo. Sube a mi coche. Ahora conduciré yo. Un poco mareada, Sophia volvió la vista hacia la policía. -Creo que todavía querrán hablar conmigo.

-Ya hablarán contigo mañana. Ahora te llevo a casa.

-Bien. Hay unas cuantas bolsas y paquetes en el maletero. Tyler sonrió y dejó de sujetarla para acariciarle los brazos. -Por supuesto.

Tyler hablaba en serio al decir que la llevaba a casa. A su casa. Viendo que Sophia no discutía, supuso que estaba más alterada de lo que admitía. Dejó los paquetes y bolsas en el vestíbulo, y luego se preguntó qué hacer con ella.

-¿Quieres darte un baño caliente, beber algo?

-¿Qué te parecen las dos cosas?

-De acuerdo, ya me ocupo yo. Deberías llamar a tu madre y decirle que te quedas aquí.

-Muy bien. Gracias.

Tyler vació en la bañera medio frasco de gel de ducha que rondaba por su cuarto de baño desde Navidad. Olía a pino, pero hacía espuma. Supuso que Sophia querría espuma. Puso un par de velas sobre el mármol. A las mujeres les gustaba bañarse a la luz de las velas, por razones que él no llegaba a

entender. Le sirvió también una copa de vino, la dejó en el borde de la bañera y retrocedió un paso, intentando imaginar qué más podía necesitar, cuando ella entró en el cuarto de baño.

Con un solo suspiro, Sophia le dio a entender que había acertado. -MacMillan, te amo.

-Sí, eso dijiste.

-No, no: en este momento... en este preciso momento. Nadie te ha querido ni te querrá jamás como yo. Lo bastante para dejar que te metas en la bañera conmigo.

¿En una bañera llena de burbujas? Ni hablar. Aunque pasara por alto la humillación, pensando en los evidentes beneficios, Sophia parecía rendida.

-Será mejor que no. Desnúdate y métete en el agua.

-Eres un cabrón romántico. Con media hora dentro de la bañera volveré a sentirme humana.

Tyler la dejó bañándose y bajó a por sus cosas. A su modo de ver, si dejaba sus compras en el dormitorio, a Sophia le costaría mucho más volver a salir corriendo. En lo que a él se refería, aquélla era la primera etapa de la mudanza.

Cogió su bolso, su maletín y las cuatro -por Dios, cuatro- bolsas llenas, y volvió a subir con todo. Mientras estuviera ocupado en algo, se dijo a sí mismo, la ira que sentía arder por dentro se mantendría a raya.

-¿Qué te has comprado? ¿Unas losas de granito?

Lo arrojó todo sobre la cama y dio el trabajo por hecho, pero el maletín cayó al suelo. Tyler quiso recogerlo, le dio la vuelta sin querer, y volcó la mayor parte de su contenido.

¿Para qué llevaba tantas cosas en el maletín? Resignado, se agachó y empezó a recogerlo todo. De acuerdo, veía la botella de agua, el abultado filofax, la agenda electrónica, los bolígrafos... a saber para qué quería media docena, el lápiz de labios.

Tyler le quitó el tapón. Olerlo fue como saborearla a ella.

Unas tijeras. Hummm. Notas, clips, aspirinas, una polvera, una cosa para las uñas, y otros utensilios femeninos que le hicieron preguntarse para qué llevaba el bolso, además del maletín, y qué

demonios metía en él. Pastillas mentoladas, una bolsita de caramelos sin abrir, una pequeña grabadora, cerillas, un par de disquetes y unas cuantas carpetas, y un frasco de quitaesmalte para uñas.

Asombroso, decidió Tyler. Era increíble que no caminara encorva da cuando se lo colgaba del hombro. Por matar el rato, hojeó las carpetas al meterlas en el maletín. Llevaba varias copias del primer anuncio, una fotocopia del segundo, unos cuantos papeles con notas a mano, y otra pila de notas mecanografiadas.

Encontró los comunicados para la prensa, y los comentarios de Linc al margen. Con la boca fruncida, leyó la versión inglesa, y le pareció firme, inteligente y bien argumentada.

No esperaba encontrar nada más. Entonces vio el anuncio retocado.

Con él en la mano y un sobre dirigido a ella, se levantó rápidamente y se dirigió al cuarto de baño.

-¿Qué demonios es esto?

Sophia estaba medio dormida. Cuando parpadeó, lo primero que vio fue el rostro colérico de Tyler, y después, los papeles que llevaba en la mano.

-¿Qué estabas haciendo con mi maletín?

-Eso no importa. ¿De dónde has sacado esto?

-Del correo.

-¿Cuándo?

Sophia vaciló, lo suficiente para que Tyler comprendiera que estaba pensando en mentir.

-No te molestes en engañarme, Sophia. ¿Cuándo lo recibiste? -Ayer.

-¿Y cuándo pensabas enseñármelo?

-Dentro de un par de días. Mira, ¿te importaría que acabara de bañarme antes de discutir? Estoy desnuda y cubierta de pompas de jabón.

-¿Un par de días?

-Sí, quería pensar en ello, y además se lo llevé a la policía. Y hoy se lo he enseñado a Linc para pedirle asesoramiento legal. Puedo resolverlo yo sola, Ty.

-Ya, claro. - Tyler la miró. Vio el rostro demacrado por la fatiga-. Tú eres siempre la que lo resuelve todo, Sophia. Supongo que lo había olvidado.

- Ty... -Sophia dio un puñetazo al agua cuando Tyler salió y cerró la puerta-. Espera un momento.

Salió de la bañera y, en lugar de secarse, se enrolló una toalla en torno al cuerpo y fue en pos de él, dejando un rastro de agua y pompas de jabón.

Volvió a llamarlo, lo insultó, y oyó cerrarse la puerta de atrás con violencia. Sophia bajó corriendo las escaleras.

Encendió las luces de fuera y vio que las largas y furiosas zancadas de Tyler lo llevaban hacia los viñedos. Apretando con fuerza la toalla, salió corriendo tras él.

Pisó una piedra con los pies desnudos, lo que provocó una nueva sarta de insultos, y siguió corriendo, pero esta vez coja.

-¡Tyler! Espera un momento, maldita sea. -Siguió lanzando insultos a su espalda hasta que se dio cuenta de que hablaba en italiano, y que para él lo mismo podían ser promesas de amor eterno-. Escucha, idiota, cobarde. Para ahora mismo y pelea como un hombre.

Tyler se detuvo y giró en redondo, de modo que Sophia estuvo a punto de chocar con él. Se detuvo también, resollando como una máquina de vapor, y cojeando para evitar poner el pie magullado en el suelo.

-¿Adónde crees que vas? -preguntó.

-Será mejor que no te acerques a mí ahora.

-Respuesta equivocada. -Para demostrarlo, Sophia le golpeó el pecho con el puño-. Si quieres golpearme, adelante. -Le ofreció el mentón-. Prefiero a los que dan un puñetazo en lugar de largarse.

-Por tentador que sea, y te aseguro que tengo ganas de pegar a alguien, yo no golpeo a las mujeres. Entra en casa. Estás mojada y medio desnuda.

-Entraré cuando entres tú. Mientras tanto, podemos zanjar este asunto

aquí mismo. Estás furioso porque no fui corriendo a contártelo. Bueno, pues lo siento. Hice lo que me pareció mejor.

-Sólo has dicho la verdad a medias. Hiciste lo que te pareció mejor, pero no lo sientes. Me sorprende que esta noche te molestaras en llamarme porque alguien había intentado matarte.

- Ty, no es lo mismo. Esto es sólo una fotografía estúpida. No iba a permitir que me pusiera nerviosa, ni a ti, ni a nadie más.

-Tú no ibas a permitir. Ahí lo tienes otra vez. Trabajo en equipo, y un cuerno.

Tyler estaba gritando, cosa tan poco frecuente que Sophia se lo quedó mirando; se había convertido en un hombre furioso que por fin daba rienda suelta a su rabia.

-Tú decides lo que das, cuánto y cuándo. Todo el mundo tiene que seguir tu agenda, tus planes. Bueno, pues a tomar por el culo, Sophia. Yo no trago. Maldita sea, te amo. -Tyler la levantó, poniéndola de puntillas, con sus manos callosas sobre la mimada piel-. Lo eres todo para mí. Si no es igual para los dos, no vale nada. ¿Lo entiendes? Nada.

Furioso con ambos, Tyler la soltó.

-Ahora vuelve dentro y vístete. Te llevaré a tu casa.

-Por favor, no, por favor -rogó ella, tocándole el brazo cuando echaron a andar-. Por favor, Dios mío. No te alejes de mí. -Sophia volvió a temblar, pero esta vez no temía por su vida, era algo mucho más importante-. Lo siento. Siento mucho no haber hecho algo porque no quería preocuparte, hiriéndote sin saberlo. Estoy acostumbrada a cuidarme sola, a tomar mis propias decisiones.

-Las cosas ya no funcionan así. Si no puedes aceptarlo, estamos perdiendo el tiempo.

-Tienes razón. Y yo estoy asustada porque comprendo que esto es lo bastante importante para que te alejes de mí. No quiero que eso ocurra. Tienes razón y yo estaba equivocada. Quería resolverlo a mi manera y estaba equivocada. Grítame, insúltame, pero no me apartes de tu lado.

La cólera se había adueñado de Tyler y luego lo había abandonado, dejándolo, como siempre, enojado consigo mismo.

-Tienes frío. Entremos.

-Espera -pidió Sophia. La voz de Tyler era fría y distante. Se le hacía un nudo en el estómago-. Escúchame, por favor.

Sophia aferró su brazo, hincando los dedos en la camisa con desesperación. Si se iba en aquel momento, se sentiría más sola que en toda su vida.

-Estoy escuchando.

-Me puse furiosa cuando recibí la foto. Lo único que se me ocurrió fue que ese cabrón de Jerry, porque sé que ha sido él, había utilizado mi propio trabajo para atormentarme, para asustarme, y que no se lo iba a permitir. No iba a permitir que me pusiera nerviosa, ni a mi madre, ni a ninguna de las personas a las que quiero. Creí que podría resolverlo yo sola y evitarte más preocupaciones. Y ahora me doy cuenta de que, si tú hubieras hecho lo mismo, me sentiría tan dolida y furiosa como tú.

Su voz se había hecho más aguda y Sophia temió echarse a llorar. «Una

táctica injusta», pensó, y trató de contener las lágrimas.

-Te amo. Tal vez eso sea lo único que no sé cómo manejar. Todavía no. Dame la oportunidad de averiguarlo. Te pido que no te alejes de mí. Sería lo único que no podría soportar: necesitar a alguien, amarle, y ver cómo se aleja.

-Yo no soy tu padre -dijo Tyler, y alzó su rostro por el mentón. Vio las lágrimas que asomaban a sus ojos y su valiente intento por evitarlo-. Y tú tampoco. El hecho de que esté contigo, de que acepte parte de la carga, no significa que seas débil. No te hace menos persona, Sophia. .

-Él siempre dejaba que fueran otros los que resolvieran sus problemas -dijo Sophia. Respiró hondo y dejó escapar un suspiro entrecortado-. Sé lo que hago, Tyler, cuando aparto a los demás para poder solucionar los problemas yo sola. Sé lo que intento demostrar. Sé incluso que es estúpido y egoísta. Pero no siempre puedo evitarlo.

-Te falta práctica. -Tyler le cogió la mano-. ¿Acaso no te dije que siempre estaría a tu lado?

-Sí, lo dijiste. -Un escalofrío recorrió su espalda. Sophia apoyó las dos manos unidas en su mejilla, intentando serenarse-. Jamás había sido lo más importante del mundo para nadie. Ni nadie lo había sido para mí hasta ahora. Parece ser que tú sí lo eres.

-Eso me basta. ¿En paz?

-Supongo que sí. -Los labios de Sophia se curvaron en una sonrisa. Tyler hacía que todo pareciera tan sencillo, pensó. Lo único que tenía que hacer ella era dejarse llevar-. La noche ha resultado muy movida por el momento.

-Volvamos, y acabémosla bien.

Tyler le pasó un brazo por la cintura para llevarla hasta la casa, soportando todo su peso, al ver que cojeaba.

«Le estaba bien empleado -pensó-, por haberle hecho perder los estribos de aquella manera.»

-¿Te has lastimado el pie?

El tono satisfecho de Tyler no le pasó desapercibido.

-He pisado una piedra cuando corría detrás de este gordo y es túpido *culo.*

-o sea, yo. Entiendo lo suficiente del italiano vulgar para saber que la mujer a la que amo me está llamando idiota.

-Pero con mucho cariño. Ya que hablamos de lenguaje, ¿por qué no terminamos la noche...?

Sophia se puso de puntillas para susurrarle en la oreja, y concluyó su provocativa sugerencia en italiano con un mordisco en el lóbulo de la oreja.

-Hummm. -Tyler no había entendido nada en absoluto, pero la excitación se le había subido alegremente a la cabeza-. Creo que voy a necesitar que me lo traduzcas.

-Encantada -respondió ella-. Cuando estemos dentro.

Claudia se sorprendió cuando Tyler apareció en la puerta de la cocina, y a una hora que supuso que para él sería media mañana, pero aún se sorprendió más al ver que llevaba un ramo de flores en la mano.

-Buenos días.

-Hola. -Tyler entró en la cocina de David Cutter, casi arrastran

do los pies-. No esperaba encontrarte aquí, si no habría... -Azorado, Tyler agitó el ramo de flores-. Ya sabes, habría traído más.

-Entiendo. ¿Las has comprado para Maddy? -Encantada con él, Claudia le dio un pellizco en la mejilla-. Ty, eres un cielo.

-Sí, bueno. ¿Cómo te encuentras?

-Bien. Me siento afortunada. -Claudia se asomó al interior de la casa y llamó a Maddy-. Sophia se portó de maravilla. Firme como una roca.

-Sí, así es ella. Le he dado un descanso, dejando que durmiera esta mañana. Hola -dijo, al ver aparecer a Maddy.

-Hola. ¿Qué es eso?

-Creo que son flores. Para ti.

-¿Para mí? -Maddy enarcó las cejas con asombro.

-Tengo que irme. Iré a decir adiós a David y a Theo. -Claudia besó a Maddy en la mejilla distraídamente, haciendo que ella se ruborizara-. Hasta luego.

-Sí, vale. ¿Por qué me traes flores? -preguntó Maddy a Tyler. -Porque me he enterado de que te portaste muy bien ayer. - Tyler le ofreció el ramo-. ¿Las quieres o no?

-Sí, claro que las quiero. -Maddy cogió las flores y notó un cosquilleo en el estómago al olerlas. Supuso que era una especie de reflejo muscular, y muy agradable-. Es la primera vez que me regalan flores.

-Pero no será la última. He pensado en traerte también algo para la cabeza, pero no se me ocurre nada. Por cierto, ¿qué te has hecho en el pelo?

-Me lo he cortado. ¿Pasa algo?

-No... sólo preguntaba. -Tyler esperó a que sacara un jarrón.

El peinado nuevo la hacía parecer un inteligente duendecillo. Con cierto pesar, Tyler pensó que pronto los chicos llegarían arrastrándose hasta su puerta-. ¿Quieres venir conmigo hoy? Tengo que comprobar que se ha eliminado el mildiu, y luego tengo que ir a ver qué tal van las cosas por la vieja destilería, empezar a quitar hierbajos.

-Sí, estaría bien.

-Díselo a tu padre.

Maddy se instaló en el coche junto a Tyler y juntó las manos sobre el regazo.

-Tengo que preguntarte un par de cosas.

-Claro. Dispara.

-Si tuviera diez años más y pechos de mujer, ¿querrías salir conmigo?

-Por Dios, Maddy.

-No estoy enamorada de ti, ni nada parecido. Al principio, bueno, más o menos, pero se me pasó enseguida. Eres demasiado viejo para mí y yo no estoy preparada para una relación seria, ni para el sexo.

-Ya lo creo que no.

-Pero cuando lo esté, quiero saber si los hombres querrían sa lir conmigo. Teóricamente.

Tyler se pasó una mano por la cara.

-Teóricamente, y dejando a un lado lo de los pechos, porque no es eso lo que buscan los hombres, si tuvieras diez años más, te pediría que salieras conmigo. ¿Vale?

Maddy sonrió y se puso sus gafas de sol.

-Vale, pero eso que dices de los pechos es mentira. Los hombres dicen que prefieren inteligencia y personalidad, o algunos dicen que prefieren las piernas, o lo que sea, pero son los pechos. -¿ Y por qué piensas eso?

-Porque es algo que nosotras tenemos y vosotros no.

Tyler abrió la boca y volvió a cerrada. No era una discusión que pudiera mantener tranquilamente con una adolescente de catorce años.

-Decías que eran dos preguntas.

-Sí, bueno. -Maddy se volvió hacia él-. La otra es una idea en realidad. La vinoterapia.

-¿ Vinoterapia?

-Sí, he leído algo sobre eso. Cremas para la piel hechas de pepitas de uva, y cosas así. He pensado que podríamos iniciar una línea de productos.

-¿Podríamos?

-Tengo que investigado un poco más y hacer algunos experimentos, pero en Francia hay una empresa que ya lo hace. Podríamos acaparar el mercado de aquí. Verás, el vino tinto contiene antioxidantes, polifenoles y...

-Maddy, ya sé lo de los polifenoles.

-Vale, vale, pero las pepitas se desechan durante el proceso de elaboración del vino, y tienen antioxidantes que son realmente buenos para la piel. Además, creo que deberíamos pensar también en infusiones de hierbas para crear toda una línea de salud y belleza.

Salud y belleza. ¿Qué vendría luego?

-Mira, niña, yo produzco vino, no cremas para el cutis.

-Pero podrías -insistió Maddy-. Si pudiera hacerme con las pepitas después de la cosecha, y con un lugar para mis experimentos... Has dicho que querías regalarme algo para el cerebro. Regálame eso.

-Yo estaba pensando más bien en un juego de química -musitó él-. Deja que lo piense.

Tyler pensó en esperar hasta después del trabajo para volver sobre el tema, pero Maddy tenía otra idea en mente.

Sophia estaba en los viñedos, observando a los peones que quitaban hierbajos con cuchillas en forma de cuña. Maddy se dirigió a ella y empezó a hablar antes de que Sophia pudiera decir una sola palabra.

-Creo que deberíamos introducir la vinoterapia, como esa empresa francesa.

-¿En serio? -Sophia frunció los labios, señal segura de que estaba meditando algo detenidamente-. Es interesante que lo digas, porque hace tiempo que tenía esa idea en mente. He probado la máscara facial. Es maravillosa.

-Somos viticultores -protestó Ty.

-y siempre lo seremos -admitió Sophia-. Pero eso no excluye la

posibilidad de probar en otras áreas. Existe un enorme mercado para los productos de belleza naturales. He tenido que aparcar la

idea porque este año está siendo muy difícil y otras cosas exigían mi atención. Pero quizá sea un buen momento para volver a pensar en ello. Para expandirnos en lugar de limitarnos a controlar los daños.

-Sophia empezó a darle vueltas a la idea-. Claro que necesitaré más datos, por supuesto.

-Yo podría conseguírtelos -dijo Maddy-. Se me da muy bien.

-Contratada. En cuanto pasemos de la fase de investigación a la

de investigación y desarrollo, necesitaremos un conejillo de Indias. Ambas se volvieron para examinar a Tyler.

Tyler palideció; notó incluso cómo se le retiraba la sangre de la cara.

-Olvidadlo.

-Cobarde. -La expresión burlona de Sophia desapareció cuando divisó a dos figuras caminando hacia ellos.

-La policía. Claremont y Maguire. No pueden traer buenas

noticias.

«Había sido deliberado -pensó Sophia, sentada en la sala de estar de Tyler-. Habían manipulado el todoterreno igual que antes el vino.» Ella lo había intuido ya, pero sintió escalofríos al ver confirmadas sus sospechas con la cruda realidad.

-Sí, utilizo ese vehículo a menudo. Por lo general uso mi coche para ir a la ciudad, pero sólo tiene dos asientos. Las *tres* íbamos a pasar el día en San Francisco, de compras para la boda de mi ma*dre.* Necesitábamos un vehículo más grande.

-¿Quién conocía sus planes? -preguntó Maguire.

-Varias personas, supongo. De la familia. Nos habíamos citado con la jueza Moore, o sea que también lo sabía su familia. -¿Tenía alguna cita previa?

-Pues no. Pasé por el despacho de Lincoln Moore antes de reunirme con las demás. El resto del día lo tenía libre.

-¿Y el último sitio en el que estuvieron durante un rato? -preguntó Claremont.

-Estuvimos en el Moose's de Washington Square, cenando. El todoterreno estuvo aparcado fuera unos noventa minutos. Desde las siete más o menos hasta las ocho y media. Desde allí vinimos a casa.

-¿Tiene alguna idea, señorita Giambelli, de quién podría querer matarla?

-Sí -respondió Sophia, mirando a Claremont directamente a los ojos-. Jeremy DeMorney. Está involucrado en la manipulación del vino, en el desfalco y en todos los problemas que ha tenido mi familia este año. *Creo* que él es el responsable de todo, que lo planeó y utilizó a mi primo y a cualquiera que tuvo a mano. Y dado que esto se lo he dicho ya personalmente, no es muy probable que ahora mismo sienta una gran simpatía por mí.

-Se ha interrogado al señor DeMorney.

-y estoy segura de que tenía respuestas para todo, pero el responsable es él. .

-Ya vieron el anuncio que envió a Sophia -dijo Tyler, y se puso en pie, agobiado por un sentimiento de frustración-. Era una amenaza, y ha intentado cumplirla.

-No podemos demostrar que él mandara el anuncio. -Maguire observó a Tyler paseándose como una fiera enjaulada. Manos grandes, pensó. A DeMorney debió de hacerlo migas con aquellas manos-. Hemos confirmado que estaba en Nueva York cuando se envió el paquete desde San Francisco.

-Pues haría que lo enviara otro. Encuentren pruebas -le espetó Tyler-. Ése es su trabajo.

-Creo que mató a mi padre -dijo Sophia, sin perder la calma-. *Creo* que el odio que sentía hacia mi padre es el origen de todo lo que ha ocurrido. Puede que él mismo se haya convencido, en su mente retorcida, de que sólo es una manera de llevar los negocios, pero es personal.

-Si basa ese odio en el supuesto idilio entre Avano y la ex mujer de DeMorney, ha esperado mucho tiempo para llevar a cabo su venganza.

-No -dijo Maddy-. No es mucho tiempo cuando se quiere hacer bien e implicar a todo el mundo en ella.

Claremont no se inmutó por la interrupción de Maddy y la miró serenamente, invitándola a seguir.

-Si hubiera ido a por el padre de Sophia justo después del divorcio, todo el mundo se habría dado cuenta de que había sido él. -Maddy había estado analizando el problema, especulando con diversas teorías-. Es como si yo quisiera vengarme de Theo por alguna cosa, y esperara hasta dar con el modo de hacerle más daño. Entonces, cuando lo hiciera, estaría desprevenido y ni siquiera recordaría el porqué. -Asintió-. Es científico, y mucho más gratificante.

-Esta chica es un genio -comentó *Ty.*

-«La venganza es un plato que se sirve frío» -musitó Claremont pensativamente-. Concuerda con el perfil de DeMorney. Frío, refinado, erudito. Tiene dinero, posición, y un gusto impecable. Me lo imagino perfectamente esperando, planeándolo todo al detalle, tirando de los hilos. Pero no me lo imagino arriesgándose a perderlo todo por un matrimonio roto. ¿Qué harías tú si tu marido te engañara con otra?

-Oh, lo echaría a patadas, luego lo dejaría sin nada con el divorcio, y haría cuanto estuviera en mi mano por convertir el resto de su vida en un infierno, utilizando incluso una muñeca de vudú para coserle el cuello y las pelotas a alfilerazos. Claro que yo no soy refinada ni erudita.

-y luego la gente se extraña de que no me case. -Claremont abrió su cuaderno de notas-. Vayamos a hablar otra vez con Kristin Drake.

Era exasperante que la policía se presentara en el lugar de trabajo. La gente murmuraría, especularía, se reiría de ella por lo bajo. No había nada que molestase más a Kris que tener a la gente chismorreando a sus espaldas. Y tal como lo veía ella, la culpa era enteramente de Sophia Giambelli.

-Si quieren mi opinión, los problemas con los que ha tenido que enfrentarse Giambelli durante este año surgieron porque Sophia está más interesada en promocionar sus asuntos personales que en la compañía o en la

gente que trabaja para ella.

-¿Y cuáles son esos asuntos personales? -preguntó Claremont.

-Ella misma.

-y su desinterés, según dice usted, ha sido la causa de no menos de cuatro muertes, un intento de asesinato, y lo que podría haber sido un accidente mortal en el que también se vieron involucradas su madre, una joven y ella misma.

Kris recordó la fría cólera que había visto pintada en el rostro de Jerry, cuando Sophia y su granjero lo habían acorralado en Nueva York.

-Es evidente que alguien está muy cabreado con ella.

«No era problema suyo», pensó Kris, queriendo convencerse.

-¿Quiere decir aparte de usted, señorita Drake? -comentó Maguire amablemente.

-No es un ningún secreto que no me fui de Giambelli por las buenas, y la culpa la tuvo Sophia. No me gusta, y tampoco me gustó el hecho de que la hicieran pasar por encima de mí, cuando era evidente que yo llevaba más años y tenía más experiencia. Y pienso hacérselo pagar en el mercado.

-¿Cuánto tiempo estuvo en tratos con DeMorney y La Coeur mientras aún cobraba su salario de Giambelli?

-No hay ninguna ley que prohíba tener en cuenta otras ofertas mientras se trabaja para una empresa. Así son los negocios.

-¿Cuánto tiempo?

-Se pusieron en contacto conmigo el pasado otoño -respondió Kris encogiéndose de hombros.

-¿Jeremy DeMorney?

-Sí. Me dijo que en La Coeur estarían encantados de contar conmigo para su equipo. Me hizo una oferta y yo me tomé mi tiempo para contestar.

-¿Qué la hizo decidirse?

-Sencillamente me di cuenta de que no iba a ser feliz en Giambelli, tal como estaban las cosas. Tenía la sensación de que ahogaban mi creatividad.

-Sin embargo, continuó allí, ahogada, durante varios meses. En ese período, ¿estuvieron en contacto usted y DeMorney?

-No hay ninguna ley contra...

-Señorita Drake -interrumpió Claremont-. Estamos investigando unos asesinatos. Nos simplificaría mucho las cosas si se limitara a contestar con claridad. Nosotros le simplificamos la vida a usted, haciéndole estas preguntas aquí, donde se encuentra más cómoda, en lugar de llevarla a la comisaría, donde la atmósfera no es tan agradable. ¿Estuvieron en contacto usted y DeMorney durante ese período?

-¿ Y qué pasa con ello?

-Durante esos contactos, ¿pasó usted al señor DeMorney información confidencial sobre Giambelli, sobre sus campañas de promoción, o sobre asuntos personales que pudieran atañer a los miembros de la familia?

Kris tenía las manos calientes y húmedas.

-Quiero llamar a un abogado.

-Está en su derecho. Puede contestar a la pregunta y ayudar nos ahora, admitiendo quizá ciertas prácticas poco éticas que no

pensamos utilizar contra usted. O puede callar, y entonces es posible que acabe siendo acusada de cómplice de asesinato.

-No sé nada de ningún asesinato. ¡No sé nada de eso! Y si Jerry... Dios mío.

Kris empezó a sudar. ¿Cuántas veces había repasado los hechos tal como los había expuesto Tyler en el apartamento de Jerry? ¿Cuántas veces se había preguntado si era cierto lo que decía, aunque sólo fuera en parte?

Porque si era cierto, a ella la relacionarían con todo el asunto. Había llegado el momento de romper esa relación.

-Estoy dispuesta a jugar duro para conseguir lo que quiero, dentro del mundo de los negocios, pero no sé nada de asesinatos, ni de manipulaciones. Pasé información a Jerry, sí. Le adelanté los planes de Sophia para la campaña del centenario. Puede que me hiciera preguntas sobre asuntos personales, pero no fueron más que cotilleos de oficina. Si tuvo algo que ver con la muerte de Tony... Kris dejó la frase inconclusa y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-No espero que me crean, y tampoco me importa. Pero Tony significaba mucho para mí. Puede que al principio empezara a verme con él por fastidiar a Sophia, pero luego cambió.

-¿Estaba enamorada de él? -preguntó Maguire, dando a su voz un tono de simpatía.

-Le quería. Él me hizo promesas sobre mi posición en Giambelli. Las habría cumplido, estoy segura, si hubiera vivido. Ya se lo dije, estuve con él en el apartamento de Sophia un par de veces, pero no -añadió- la noche en que lo mataron. Nos habíamos distanciado un poco. Admito que al principio eso me puso furiosa. Rene le había echado bien la garra.

-¿Le dolió que se casara con ella?

-Me cabreó. -Kris apretó los labios-. Cuando me dijo que se habían comprometido, me puse furiosa. No quería casarme con él, por amor de Dios. ¿Quién necesita casarse? Pero me gustaba su compañía, era un buen amante y sabía valorar mi talento profesional. No me importaba su dinero. Sé ganármelo yo sola. Rene no es más que una zorra cazafortunas.

-Yeso fue lo que le dijo cuando la llamó por teléfono el pasado diciembre -afirmó Maguire.

-Puede. No me arrepiento de haberle dicho lo que pensaba. Pero una cosa es decir lo que uno piensa, y otra muy distinta matar a alguien. Mi relación con Jerry ha sido siempre estrictamente profesional. Si Jerry tuvo algo que ver con la muerte de Tony, o con todo lo demás, es asunto exclusivamente suyo. No me van a colgar con él. No es así como yo juego.

-Menudo juego. -Maguire se sentó tras el volante-. Prefiero un sencillo «lo maté porque me adelantó en la autopista».

-Drake empieza a estar asustada. Temblaba como una hoja.

Creo que DeMorney lo ha planeado todo y que caerá con él.

-Es un hijo de puta muy escurridizo.

-Sí. Vamos a presionarle un poco más. Cuanto más escurridizos son, más fuerte hay que apretar.

No pensaba tolerarlo. Desde luego aquellos policías idiotas estaban en la nómina de Giambelli, estaba convencido.

Por supuesto no podían probar nada, pero tenía un tic en la mejilla y las dudas bailaban en su cabeza. No; estaba seguro. Había sido muy precavido. Pero ésa no era la cuestión.

No era la primera vez que las Giambelli lo humillaban públicamente. La aventura de Avano con su mujer había puesto su nombre en boca de la maledicencia, obligándole a cambiar de vida, de estilo de vida. No podía seguir casado con aquella puta adúltera... sobre todo después de que se hubiera enterado todo el mundo.

Le había costado poder y prestigio en la empresa. A los ojos de su tío abuelo, si un hombre no podía impedir que su mujer se fuera a la competencia, tampoco podía impedir que se le fueran los clientes.

y Jerry, al que siempre se había considerado como futuro heredero de La Coeur, y más que nadie él mismo, había sufrido una dolorosa caída.

Las Giambelli, en cambio, no habían sufrido en absoluto. Las tres mujeres Giambelli estaban siempre por encima. De Claudia se hablaba con respetuosa simpatía, de Sophia con admiración. Y jamás se hablaba de la gran *signora*.

O no se había hablado jamás, pensó, hasta que él había conseguido cambiar la situación.

Su venganza había atacado el corazón mismo de Giambelli, con una planificación perfecta que había durado varios años, y una gran elegancia en su ejecución. Había di seccionado a la familia con la precisión de un escalpelo: deshonra, escándalo, desconfianza, y todo era obra suya. La perfección.

¿A quién habían bajado los humos ahora?

Sin embargo, pese a su cuidadoso plan, ejecutado por etapas,

las tornas se estaban volviendo contra él. Sabían que él los había derrotado, e intentaban arrastrarlo en su caída. No iba a permitirlo. ¿Creían que iba a tolerar que sus colegas dudaran de él... de un DeMorney? Sólo con pensarlo temblaba de ira, una ira negra y amarga.

Su propia familia dudaba de él. Ponían en tela de juicio sus prácticas. Los muy hipócritas. Oh, no les importaba ver cómo aumentaba su cuota de mercado. ¿Le habían preguntado algo entonces? Pero al primer síntoma de que las aguas podían enturbiarse un poco, le habían dejado el terreno abonado para convertirlo en cabeza de turco.

Tampoco a ellos los necesitaba. No necesitaba sus críticas gazmoñas sobre ética profesional, ni sobre sus métodos, o sus asuntos privados. No esperaría a que le pidieran la dimisión, si se atrevían a hacerla. Tenía una posición desahogada. Tal vez había llegado el momento de alejarse del mundo de los negocios, de hacer unas vacaciones prolongadas, de cambiar de lugar de residencia.

Se iría a vivir a Europa, y allí, sólo con su reputación, conseguiría un empleo de máximo nivel en la empresa de su elección. Cuando estuviera dispuesto a volver a trabajar. Cuando estuviera dispuesto a vengarse de La Coeur por su deslealtad.

Pero antes de volver a reorganizar su vida, terminaría la tarea. Esta vez

en persona. MacMillan creía que no tenía agallas para apretar el gatillo, ¿verdad? Pronto descubriría que estaba equivocado, juró Jerry. Lo descubrirían todos.

Las mujeres Giambelli iban a pagar encarecidamente haberle insultado.

Sophia revisó el correo electrónico que le enviaban desde las oficinas de la ciudad. Habría preferido asistir a las reuniones, y ocuparse de informes y memorandos personalmente, pero se le había prohibido terminantemente ir a la ciudad sola. Punto y final.

Tyler se negaba a alejarse de sus viñedos. Aún no se habían arrancado los hierbajos, acababa de empezar el deshoje, y había una leve plaga del saltahojas de la vid. «No era nada que no se pudiera resolver», pensó Sophia con cierto resentimiento, mientras respondía a una pregunta del correo. Las avispas se alimentaban con los huevos del saltahojas. Por eso se habían plantado zarzamoras, que servían de huéspedes para las avispas, de una parte a otra de los viñedos.

Rara era la estación en que no había alguna pequeña plaga. Pero siempre había quien se deleitaba contando historias sobre cosechas enteras arrasadas por aquellos pequeños cabrones.

No conseguiría mover a Tyler hasta que se hubiera convencido de que la plaga estaba controlada, y para entonces, estaría tan ocupada con los últimos detalles de la boda de su madre que no podría ni meterse en su despacho, y mucho menos ir a los viñedos.

Después de la boda, empezaría la cosecha, y entonces nadie tendría tiempo para nada más.

Al menos aquella agenda tan apretada la ayudaba a no pensar en Jerry y en la investigación policial. Habían pasado ya dos semanas desde que tuvo que recorrer una carretera llena de curvas a toda velocidad y sin frenos. Por lo que sabía, la investigación se hallaba en un punto muerto.

Jerry DeMorney era otro asunto.

También ella tenía sus fuentes y sabía que se hablaba de él y se le estaban haciendo muchas preguntas, no sólo la policía, sino también sus superiores y la junta directiva de la empresa, encabezada por su tío abuelo, lo que esperaba que fuera una mortificación adicional para Jerry.

Había cierta satisfacción en saber que le estaban apretando las tuercas, igual que él había conseguido que se las apretaran a su familia las ávidas garras del chismorreo y la sospecha.

Sophia pasó a un nuevo e-mail y abrió el fichero adjunto.

El corazón le dio un vuelco al ver lo que aparecía en la pantalla, y luego empezó a palpitarle.

Era una copia del siguiente anuncio, previsto para el mes de agosto.

Un picnic familiar en un día soleado, a la sombra de un viejo roble, varias personas y una larga mesa de madera llena de comida y botellas de vino.

Sophia había elegido personalmente la imagen de varias generaciones, una mezcla de rostros, expresiones y movimientos. La joven madre con su bebé en el regazo, un niño jugando con un cachorro en la hierba, el padre con una niña sobre los hombros.

A la cabecera de la mesa, se sentaba el modelo que le recordaba a Eli, con el vaso alzado en un brindis. Había risas, continuidad, tradición familiar.

Esta imagen había sido alterada sutilmente, con destreza. Habían reemplazado el rostro de tres de los modelos. Sophia vio el rostro de su abuela, de su madre, de sí misma. El suyo tenía los ojos desorbitados por el terror y la boca abierta, y clavada en el pecho, a modo de cuchillo, tenía una botella de vino.

Decía:

ÉSTE ES TU MOMENTO SERÁ TU MUERTE y LA DE LOS TUYOS

-Hijo de puta, hijo de puta.

Sophia empezó a teclear furiosamente para imprimir una copia. Luego guardó el fichero y lo cerró.

Se prometió que no se dejaría amedrentar, que no permitiría que Jerry amenazara a su familia impunemente. Ya se encargaría ella.

Sophia hizo ademán de guardar la copia del anuncio en una carpeta, pero vaciló.

«Tú siempre lo resuelves todo por tu cuenta», le había dicho Tyler.

El deshoje de las vides era una agradable tarea para un día de verano. El sol era cálido, la brisa suave como un beso. Bajo el resplandeciente cielo azul, las montañas Vacas estaban cubiertas por un manto verde, y en las colinas crecía exuberante la vegetación y florecía la promesa del verano.

Un encantador dosel de hojas protegía las uvas del fuerte sol del mediodía. El parasol de la naturaleza, decía su abuelo.

Las uvas tenían ya más de la mitad de su tamaño normal de maduración, y en poco tiempo las variedades de uva negra empezarían a cambiar de color: milagrosamente, los pequeños granos verdes se volvían azules, y acababan siendo púrpuras al alcanzar la última etapa de la madurez. Luego, llegaría la vendimia.

Cada etapa del crecimiento requería cuidados especiales, de la misma forma que cada etapa conducía la estación hasta su inevitable final.

Cuando Sophia se acuclilló junto a él, Tyler siguió trabajando placenteramente.

-Pensaba que ibas a encerrarte en tu despacho toda la jornada y a desaprovechar este día de sol. Una manera asquerosa de ganarse la vida, si quieres que te diga la verdad.

-y yo pensaba que un importante viticultor como tú tendría otras cosas que hacer, en lugar de deshojar las vides personalmente. -Sophia le pasó una mano por el cabello resplandeciente de sol-. ¿Dónde tienes el sombrero, compañero?

-Por ahí. Estas Pinot Noir serán las primeras en madurar. He apostado cien pavos con Paulie. Yo digo que nos van a dar la mejor cosecha en cinco años. Él apuesta por las Chenin Blanc.

-Me apunto. Yo apuesto por las Pinot Chardonnay. -Deberías ahorrarte el dinero. Lo vas a necesitar para financiar

las ideas de Maddy.

-Es un proyecto innovador, de futuro. Maddy me ha enterrado ya en datos. Estamos preparando una propuesta para *la signora.*

-Si quieres frotarte el cuerpo con pepitas de uva, yo mismo podría hacerla por ti. Gratis. - Tyler se movió y sus rodillas chocaron con las de Sophia-. ¿Qué te pasa, cariño? -preguntó, cogiéndole la mano.

-He recibido otro mensaje, otro anuncio modificado. Me ha llegado en un archivo adjunto a un e-mail de la oficina. -Al notar que la mano de Tyler se tensaba, Sophia le dio la vuelta a la suya para entrelazar los dedos-. Ya he llamado. Lo han mandado con la dirección de correo de P. J., pero ella no me ha mandado nada hoy. O bien alguien ha usado su ordenador, o bien conocía sus datos y su contraseña.

-¿Dónde está?

-En casa. Lo he imprimido y lo he metido en un cajón bajo llave. Se lo mandaré a la policía para que lo añadan al resto, pero primero quería decírtelo a ti. Por mucho que deteste la idea, supongo que debo convocar una reunión para que toda la familia lo sepa y esté alerta. Pero... quería decírtelo a ti primero.

Tyler siguió tal como estaba, en cuclillas, con la mano empequeñeciendo la de ella. Sobre sus cabezas, una nube bordeó el sol, filtrando su luz.

-Te diré lo que quiero hacer. Quiero cazarlo como a un animal y despellejarlo con un cuchillo sin filo. Hasta ese día dichoso, quiero que me prometas una cosa.

-Si puedo.

-No, Sophia, no hay sí que valga. No irás sola a ninguna parte. Ni siquiera desde la villa hasta aquí. Ni siquiera para pasear por los jardines o para ir al maldito centro comercial. Hablo en serio.

-Comprendo que estés preocupado, pero...

-No lo comprendes, porque es irracional. Es indescriptible.-Tyler consiguió conmoverla al cogerle la mano que tenía libre y besarle la palma-. Si me despierto en mitad de la noche y no estás conmigo, me entran sudores fríos.

-Ty.

-Cállate, cállate. -Con un ágil movimiento, Tyler se levantó para desahogar los nervios y la rabia, paseándose de un lado a otro-. Jamás había amado a nadie. No esperaba que fueras tú, pero esto es lo que hay, y no vas a hacer nada que me lo estropee.

-Bueno, naturalmente, no podemos tolerarlo.

Tyler se volvió hacia ella para mirarla con profunda frustración.

-Ya sabes lo que quiero decir, Sophia.

-Afortunadamente para ti, lo sé. No tengo la menor intención de estropear lo nuestro.

-Estupendo. Vayamos por tus cosas.

-No voy a mudarme a tu casa.

-¿Por qué no? -La frustración le hizo mesarse el cabello-. De todas formas, te pasas la mitad del tiempo en mi casa. Y no me vengas con esa pobre excusa de que necesitas estar en la villa para ayudar en los preparativos de la boda.

-*No* es una excusa, es un motivo, aunque sea un pobre motivo.

No quiero vivir contigo.

-¿Por qué? Dime por qué.

-Puede que sea anticuada.

-y un cuerno.

-Puede que sea anticuada -repitió ella- en ese aspecto en concreto. No creo que debamos vivir juntos. Creo que deberíamos casarnos.

-Eso no es más que otra... -Las palabras se extinguieron al comprender Tyler lo que había oído-. Vaya.

-Sí, y tras esa brillante respuesta me voy. Tengo que volver a casa y llamar a la policía.

-¿Sabes?, algún día me dejarás seguir mi propio ritmo para hacer las cosas, pero dado que no ha sido el caso, al menos podrías pedírmelo de un modo más tradicional.

-¿Quieres que te lo pida yo? Vale. ¿Quieres casarte conmigo?

-Claro. En noviembre me va bien. - Tyler la cogió por los codos y la levantó un par de centímetros del suelo-. Que era cuando iba a pedírtelo, pero tú siempre has de ser la primera. Pensaba que podríamos casarnos, tener una bonita luna de miel, y volver a casa antes de la época de la poda. Un bonito y simbólico ciclo, ¿no te parece?

-No lo sé. Tendré que pensármelo. *Culo.*

-Lo mismo digo, cariño. - Tyler le dio un fuerte beso y luego la dejó de nuevo en el suelo-. Déjame acabar con esta vid y luego iremos los dos a llamar a la policía y decírselo a la familia.

-¿Ty?

-Hummm.

-Que te lo haya pedido yo no significa que no quiera un anillo.

-Ya, ya, tendrás tu anillo.

-Lo elegiré yo.

-Ni hablar.

-¿Por qué? Lo he de llevar yo.

-También llevas tu cara, pero no la elegiste tú.

Sophia suspiró, y se arrodilló junto a él.

-Eso no tiene el menor sentido -dijo, pero apoyó la cabeza en su hombro mientras él seguía trabajando-. Cuando he venido, estaba asustada y furiosa. Ahora estoy asustada, furiosa y feliz. Es mejor -decidió-. Mucho mejor.

-Esto es lo que somos -afirmó Teresa, alzando su copa-. Y quienes hemos elegido ser.

Estaban cenando al fresco, en una especie de reflejo del anuncio. «Una elección deliberada -pensó Sophia-. Su abuela se alzaría contra cualquier amenaza y le daría una patada en las pelotas si hacía falta.»

La tarde era cálida, el sol aún brillaba. En los viñedos, más allá de los jardines, las uvas crecían, y las Pinot Noir, tal como había predicho Tyler, empezaban a madurar.

«Quedan cuarenta días para la vendimia», pensó Sophia. Era la vieja norma. Cuando las uvas cambiaban de color, quedaban cuarenta días para la

cosecha. Su madre se habría casado ya, y habría vuelto de la luna de miel. Maddy y Theo serían sus hermanos, y volverían al colegio, y ella iniciaría los preparativos de boda. De todas formas, había insistido a Tyler para que no anunciara aún que estaban comprometidos.

La vida continuaba porque, como *la signora* decía, eso eran y eso habían elegido ser.

-Cuando tenemos problemas -continuó Teresa- hacemos causa común, familia y amigos. Este año nos ha traído problemas, cambios, dolor. Pero también nos ha traído alegría. Dentro de unas semanas, Eli y yo tendremos un nuevo hijo y más nietos. Y parece ser -añadió, volviéndose hacia Maddy- que una nueva empresa. Pero lo cierto es que hemos sido amenazados. He reflexionado mucho sobre lo que podemos y debemos hacer. ¿James? ¿Tu opinión legal?

James dejó el tenedor sobre la mesa y puso en orden sus pensamientos antes de hablar.

-A pesar de que existen indicios de que DeMorney estuvo involucrado, o puede que incluso desempeñara un papel decisivo en el desfalco y la manipulación del vino, no hay pruebas concretas. Las afirmaciones de Donato no bastan para convencer al fiscal de que presente cargos por esos delitos, o por la muerte de Avano. Se ha confirmado que DeMorney estaba en Nueva York cuando alguien manipuló el coche de Sophia.

-Pudo contratar a alguien -sugirió David.

-Sea como fuera, y que conste que yo también lo creo, la policía no puede hacer nada hasta que no tengan pruebas. Y tampoco vosotros -añadió James- podéis hacer nada. Mi consejo es que os mantengáis al margen y dejéis que el sistema siga su curso.

-Sin ánimo de ofenderte a ti o a tu sistema, tío James, hasta el momento no ha funcionado demasiado bien -señaló Sophia-. A Donato lo asesinaron cuando estaba bajo custodia del sistema. Y a David le dispararon en plena calle.

-Esas cuestiones competen a las autoridades italianas, Sophia,

lo que nos deja con las manos atadas.

-DeMorney está acosando a Sophia con esos anuncios -dijo Tyler, alejando su plato-. ¿No pueden seguirles la pista hasta llegar a él?

-Ojalá conociera todas las respuestas. DeMorney no es estúpido, y ni mucho menos descuidado. Si es el cerebro de todo este

asunto, se habrá cubierto las espaldas y tendrá todo tipo de coartadas.

-Entró en mi apartamento, se sentó y mató a mi padre a sangre fría. A mí me parece que eso es, cuanto menos, un acto muy poco cuidadoso. Debe ser castigado. Debería ser perseguido y acosado, igual que él ha perseguido y acosado a mi familia.

-Sophia. -Helen alargó la mano hacia ella desde el otro lado de la mesa-. Lo siento. A veces la justicia no es lo que queremos o lo que esperamos que sea.

-Se ha propuesto arruinamos -dijo Teresa sin perder la calma-. No lo ha conseguido. Ha causado daños, sí, y pérdidas, pero pagará por ello. Hoy se le ha pedido que dimita de su cargo en La Coeur. Me complace pensar que ha sido el fruto de las conversaciones que Eli y yo mantuvimos con ciertos

miembros de su junta directiva, y de las que tuvo David con algunos de los ejecutivos más importantes de la compañía.

Teresa tomó un sorbo de vino, deleitándose con su aroma.

-Según me han contado, no se lo ha tomado demasiado bien.

Utilizaré todas mis influencias para cerciorarme de que no encuentre trabajo en ninguna empresa vinícola de prestigio. Profesionalmente, está acabado.

-No es suficiente -dijo Sophia.

-Puede que sea demasiado -le corrigió Helen-. Si es tan peligroso como crees, esta intromisión solo servirá para acorralado, obligándole más que nunca a contraatacar. Como abogada, como amiga, os pido a todos que no hagáis nada.

-Mamá -dijo Linc meneando la cabeza-. ¿Podrías tú quedarte de brazos cruzados?

-Sí. -Esta única sílaba fue una declaración tajante-. Para proteger lo que más me importara, sí. Teresa, tu hija está a punto de casarse. Ha encontrado la felicidad, ha capeado el temporal, igual que lo habéis hecho todos vosotros. Éste es un momento de celebración. Debéis seguir adelante, sin pensar en venganzas ni castigos.

-Todos protegemos lo que más nos importa, Helen, a nuestra manera. El sol se va -replicó Teresa-. Tyler, enciende las velas. Hace un tiempo agradable. Deberíamos disfrutado. Dime, ¿aún apuestas por tu Pinot Noir frente a mi Chenin Blanc?

-Sí. - Tyler recorrió la mesa, encendiendo las velas-. Claro que no hay perdedor posible, dado que estamos fusionados. –Cuando llegó a la cabecera de la mesa, la miró a los ojos-. Hablando de fusiones, voy a casarme con Sophia.

-¡Maldita sea, Ty! Te dije…

-Silencio -dijo él tan tranquilamente que Sophia acabó farfullando-. Me lo pidió ella, pero a mí me pareció una muy buena idea.

-Oh, Sophia. -Claudia se levantó y corrió a abrazar a su hija. -Sólo quería esperar a que te hubieras casado para decírtelo, pero este bocazas no podía guardárselo.

-Eso también fue idea suya -dijo Tyler, rodeando la mesa-. Sophia se equivoca muy pocas veces, por eso cuesta más que le entre en la cabeza. Tal como yo lo veo, ahora mismo necesitamos todas las noticias buenas.

Tyler le cogió la mano y la sujetó cuando ella intentó soltarse. Se sacó un anillo del bolsillo y deslizó el sencillo y espectacular diamante en su dedo.

-Con esto se cierra el trato.

-¿Por qué no puedes…? Es precioso.

-Era de mi abuela. De MacMillan a Giambelli. - Tyler alzó la mano de Sophia y la besó-. De Giambelli a MacMillan. Para mí es perfecto.

Sophia suspiró.

-Detesto que tengas razón.

«La venganza -pensó Jerry-, unía a compañeros de cama más extraños que la política. Claro que ellos aún no habían llegado a la cama. Pero llegarían. Rene era mucho más fácil de lo que había supuesto. »

-Te agradezco que me hayas recibido, que me escuches, que me atiendas. -Cogió la mano de Rene-. Temía que hubieras dado crédito a esos rumores malévolos que han hecho circular las Giambelli.

-No me creería nada de ellos, aunque dijeran que el sol sale por el este.

Rene se arrellanó en el sofá. No era únicamente el odio hacia las Giambelli lo que la movía. Por encima de todo, había detectado a un hombre rico, y se estaba quedando rápidamente sin dinero.

Tony, el muy sinvergüenza, la había engañado y ella se había visto obligada ya a vender algunas joyas. Si no pescaba pronto otro pez gordo, tendría que volver a trabajar.

-No digo que no jugara fuerte, al fin y al cabo ése es mi trabajo. Créeme, La Coeur me apoyaba en todo. Hasta que las cosas se han puesto difíciles.

-Igual que le ocurrió a Tony con las Giambelli.

-Exactamente. -Oh, sí, Jerry usaría el odio que sentía Rene en beneficio propio-. Don me ofreció información confidencial y yo la acepté. Por supuesto las Giambelli no pueden soportar que la gente sepa que uno de los suyos las ha traicionado. Así que han decidido que tuve que ser yo, que yo le coaccioné, o le soborné, o Dios sabe qué. Yo me limité a utilizar lo que se me ofrecía. No le puse una pistola en el pecho.

Jerry hizo una pausa. Apretó la mano de Rene.

-Dios mío, Rene, lo siento muchísimo. Qué estupidez por mi parte.

-No pasa nada. Si Tony no me hubiera mentido, si no me hubiera engañado conspirando con esa zorra que trabajaba con Sophia, aún seguiría vivo. -y ella no estaría cerca de la ruina total.

-Kris Drake. -Jerry se dio un golpe en la frente con la mano para causar mayor efecto-. No sabía lo de Tony y ella cuando la contraté. La idea de que pudiera tener algo que ver con la muerte de Tony...

-Si tuvo algo que ver, entonces aún trabajaba para ellos. Ellos están detrás de todo.

«¿Podía ser más perfecta? -pensó Jerry-. Ojalá se le hubiera ocurrido utilizar a Rene mucho antes.»

-Han arruinado mi reputación. Supongo que en parte ha sido culpa mía. No debería haber puesto tanto ahínco en ganarles.

-Ganar es lo único que importa.

Jerry sonrió.

-y yo soy un hombre que detesta perder. ¿Sabes?, la primera vez que te vi, no sabía que Tony y tú estabais juntos y... bueno, nunca tuve la oportunidad de competir, así que supongo que no se puede decir que perdiera. ¿Más vino?

-Sí, gracias. -Rene apretó la boca, pensando en cómo jugar sus bazas, mientras Jerry se inclinaba hacia la botella-. Me dejé seducir por el encanto de Tony -empezó-. Y admiraba lo que creía que era ambición. Me atraen mucho los hombres de negocios inteligentes.

-¿En serio? Yo antes lo era -dijo él, sirviendo el vino. -Todavía eres un hombre de negocios inteligente, Jerry. Aterrizarás de pie, como los gatos.

-Quiero creerlo. Estoy pensando en irme a vivir a Francia. Tengo algunas ofertas allí. -O las tendría, pensó sombríamente-. Por suerte no necesito el dinero. Puedo elegir lo que más me convenga sin precipitarme. Me haría bien

viajar un poco, disfrutar de los beneficios de los largos años de duro trabajo.

-Me encanta viajar -dijo Rene en un arrullo. -Pero creo que no podré marcharme hasta que haya zanjado este asunto, hasta que me haya enfrentado con las Giambelli cara a cara. Quiero ser franco contigo, Rene, porque creo que tú lo entenderás. Quiero hacerles pagar esta mancha que han arrojado sobre mi reputación.

-Lo comprendo. -Rene se llevó una mano al corazón, en lo que podía interpretarse como un gesto de simpatía o de cualquier otra cosa-. Siempre me trataron como a una cualquiera a la que podían despreciar. -Consiguió que sus ojos lagrimearan un poco-. Las odio.

-Rene -Jerry se acercó lentamente-. Tal vez hallemos juntos el modo de hacérselo pagar, por los dos.

Más tarde, cuando Rene yacía desnuda con la cabeza sobre su hombro, Jerry sonrió en la oscuridad. La viuda de Tony iba a despejarle el camino hacia el corazón de las Giambelli, y él se encargaría de hacerla pedazos.

Iba a ser divertido. Rene se vistió con esmero para el papel que estaba a punto de representar. Un traje oscuro, conservador, y un mínimo maquillaje. Lo había planeado todo con Jerry, lo que diría, cómo se comportaría. Jerry había insistido en que lo ensayara innumerables veces. Aquel hombre era demasiado exigente para su gusto, pero suponía que acabaría por hacerle cambiar... si se quedaba con él el tiempo suficiente.

Por el momento era útil y divertido, y suponía el medio para alcanzar un fin. Y Jerry, como tantos otros, la subestimaba. No se daba cuenta de que ella sabía que también era útil y divertida, y que también constituía el medio para alcanzar un fin.

Porque Rene Foxx no era ninguna estúpida, y menos aún con los hombres.

Jerry DeMorney estaba metido en el fango hasta el nudo de su corbata Hermes. Si no era él quien había planeado todo aquel asunto de la manipulación del vino, Rene empezaría a comprar ropa de mercadillo. «Les había dado una buena patada en el culo a las Giambelli», pensó. En lo que a ella concernía, un hombre lo bastante inteligente y retorcido como para idear algo semejante, era justamente lo que andaba buscando.

Rene decidió que entrar en el departamento de homicidios con la caja en la mano era su primer paso para un futuro muy lucrativo.

-Necesito ver al detective Claremont o a la detective Maguire -empezó a decir, pero entonces divisó a Claremont, que acababa de levantarse de su mesa-. Oh, detective. -Se alegró de haberlo visto a él primero. Siempre se le daban mejor los hombres-. Tengo que hablar con usted ahora mismo. Es muy urgente. Por favor, ¿podríamos ir a algún sitio...?

-Tranquilícese, señora Avano. -La cogió del brazo--. ¿Le apetece un café?

-Oh, no podría tomar nada. Me he pasado la mitad de la noche sin dormir.

Rene estaba tan concentrada en su misión que no vio la rápida señal que hizo Claremont a su compañera.

-Hablaremos en el cuarto donde se encuentra la cafetera. ¿Por qué no me cuenta qué la inquieta tanto?

-Sí, yo... detective Maguire. Me alegro de que venga usted también. Estoy tan confusa, tan alterada... -Dejó la caja de caudales sobre la mesa, la empujó hacia el centro, como si quisiera distanciarla de ella, y se sentó-. Estaba revisando las cosas de Tony, sus papeles. No me había sentido con ánimos de hacerlo hasta ahora. Encontré esta caja en el estante superior de su armario. No tenía la menor idea de lo que podía contener, porque ya había arreglado todos los papeles del seguro, todos los documentos legales. -Agitó las manos con nerviosismo-. Había una llave en su joyero. Recordé haberla visto antes, pero no sabía de dónde era. Era para esto -dijo, señalando la caja de caudales-. Ábranla, por favor. No quiero volver a ver lo que hay dentro.

»Documentos -dijo Rene, cuando Claremont abrió la caja y empezó a hurgar en los papeles-. Libros de contabilidad, o como quiera que se llamen, de esa falsa cuenta que montaron los Giambelli. Tony debió de enterarse y por eso lo hicieron matar. Debió de reunir todas estas pruebas. Intentó hacer lo correcto y... le costó la vida.

Claremont hojeó las cuentas y la correspondencia, y pasó los papeles a Maguire.

-¿Cree que mataron a su marido por estos documentos?

-¡Sí, sí! -¿Qué era?, pensó Rene, ¿un idiota?-. Me temo que tal vez yo fuera en parte responsable. Y ahora tengo miedo de lo que pueda pasarme. Sé que alguien me vigila -dijo bajando el tono de voz-. Puede que parezca paranoica, ya lo sé, pero estoy segura. Me he escabullido de mi apartamento como un ladrón para llegar aquí. Creo que han contratado a alguien para que me vigile.

-¿Quiénes?

-Las Giambelli. -Rene cogió la mano de Claremont-. No estaban seguras de que lo recordara. De hecho, lo había olvidado, hasta que he encontrado esto. Y si se enteran de que lo sé, me matarán.

-¿Qué es lo que sabe?

-Que Sophia mató a mi Tony. -Rene se tapó la boca con la mano y sacrificó el maquillaje con unas lagrimitas.

-Ésa es una acusación muy grave. -Maguire se levantó para coger unos pañuelos de papel-. ¿En qué se basa?

Rene sollozaba y le temblaba la mano cuando aceptó los pañuelos.

-Cuando encontré esto recordé algo. Yo volvía a casa. Fue hace tiempo, hace un año. Sophia estaba allí. Discutía con Tony arriba. Ella estaba furiosa y él intentaba calmarla. No se dieron cuenta de que yo había llegado. Me metí en la cocina, pero se les oía perfectamente. Sophia gritaba como una loca, como siempre que saca ese terrible genio suyo. Decía que no pensaba tolerado, que no era asunto de Tony. No oí lo que contestó él, porque él hablaba normal.

Rene se enjugó unas lágrimas con el pañuelo.

- Tony jamás le levantó la voz. La adoraba. Pero ella... ella lo detestaba por mi causa. La cuenta Cardianili... ella dijo el nombre, pero no había vuelto a pensar en él hasta ahora. Tony tenía que dejar en paz la

cuenta Cardianili. Si se atrevía a hacer algo con los libros de contabilidad, se lo haría pagar. Dijo muy claramente: «Si no dejas correr este asunto, te mataré». Entonces yo salí de la cocina, porque me enfadé. Ella bajó corriendo las escaleras al mismo tiempo. Me vio, me gritó no sé qué insulto en italiano, y se fue hecha una furia.

Rene soltó un suspiro entrecortado y se sorbió la nariz delicadamente.

-Cuando le pregunté a Tony, intentó quitarle importancia, dijo

que eran cosas de negocios y que Sophia sólo quería desahogarse, pero yo me di cuenta de que estaba muy alterado. Lo dejé pasar, porque Sophia solía desahogarse de esa manera. Nunca pensé que hablara en serio. Pero era verdad. Tony sabía que estaba implicada en el desfalco, y ella lo mató.

-Bueno. -Maguire echó su silla hacia atrás cuando su compañero y ella se quedaron solos-. ¿Te has creído algo de lo que ha dicho?

-Para ser alguien que no ha dormido nada, me ha parecido muy despierta. Para ser una mujer aterrorizada y trastornada, ha combinado perfectamente los zapatos, el bolso y las medias.

-Eres un auténtico experto en moda, compañero. No me creo

que se haya encontrado con esos documentos así, sin más. Ésa se había repasado hasta el último cajón, armario y rincón de la casa, al día siguiente de la muerte de Avano, buscando hasta el último céntimo del que se pudiera apoderar.

-Maguire, creo que no te gusta la viuda Avano.

-No me gusta la gente que cree que soy estúpida. Pregunta: si tenía esos documentos desde el principio, ¿por qué aparece con ellos ahora? Si no los tenía antes, ¿quién se los ha dado?

-DeMorney. -Claremont juntó las yemas de los dedos, dándose golpecito s-. Me gustaría saber desde cuándo se conocen la viuda y él.

-Una cosa es segura: los dos van a por los Giambelli, y ésa quiere apretarle las clavijas a Sophia más que nada en el mundo.

-Hasta el punto de hacer una declaración falsa ante la policía.

-Ah, bueno, eso le ha encantado. Y es lo bastante lista para sa ber que no ha dicho nada que pueda comprometeda. No podemos

demostrar que no fue ella quien encontró los papeles, ni cuándo los encontró. Y, llegado el caso de tener que demostrarse la escena de la pelea, sería su palabra contra la de Sophia, que seguramente

tuvo alguna discusión con su padre en algún momento del pasado

año. No hay modo de pillada en eso, aunque nos tomáramos la molestia de intentado.

-No tiene sentido que se casara con Avano y lo matara el día después. Esto no me cuadra. No gana nada con esta historia, y lo que ella quiere es sacar todo lo que pueda.

-Si nos creyéramos su historia, tendría su pequeña venganza. Eso es lo que busca ahora.

-Sí, y también DeMorney. -Claremont se levantó-. Veamos si podemos relacionados.

Rene se sentó en el sofá junto a Jerry y aceptó la copa de champán que le ofrecía.

-Hoy me ha llegado una información muy interesante en el salón de belleza.

-¿Qué puede ser?

-Te lo diré. -Rene pasó un dedo por la pechera de su camisa-. Pero tiene su precio.

-¿En serio? -Jerry le cogió la mano y le mordió suavemente la muñeca.

-Oh, eso también está bien, pero quiero algo distinto. Salgamos, querido. Estoy harta de quedarme en casa. Llévame a un club donde haya gente y música y se puedan hacer cosas malas.

-Nena, ya sabes que me encantaría, pero no sería prudente que nos vieran juntos en público todavía.

Rene hizo un mohín y se acurrucó contra él.

-Iremos a algún sitio donde nadie nos conozca. Y de todas formas, hace muchos meses que Tony murió. Nadie espera que le llore para Siempre.

Según los rumores que habían llegado a Jerry al otro extremo del país, Rene no le había llorado ni una semana.

-Sólo un poco más. Te lo compensaré. Cuando hayamos terminado con todo esto, nos iremos a París. Bien, ¿qué has averiguado hoy?

-Tomando prestado el vocabulario de esa puta de Kris, la zorra número tres va a dar una pequeña fiesta para la zorra número dos el viernes por la noche, la víspera de la boda. Sólo para mujeres. Va a montarse todo un maldito balneario en la villa. Con tratamientos faciales, masajes y toda la parafernalia.

-¿Y qué harán los hombres mientras las mujeres se dejan dar masajes y demás?

-Hacerse pajas viendo películas porno, supongo. Tendrán su des pedida de soltero en la casa de MacMillan. A los novios no se les permite hacer guarradas la noche antes de la boda. Hipócritas.

-Eso es interesante. -y era exactamente lo que estaba esperando Jerry-. Sabremos dónde están todos. Y el momento no podría ser más apropiado, justo antes del feliz acontecimiento. Rene, eres una Joya.

-No quiero serlo. Sólo quiero tenerlas.

-Dentro de una semana estaremos en París, y me ocuparé de que las tengas. Pero primero, tú y yo tenemos una cita el viernes por la noche en Villa Giambelli.

Sophia quería que fuera todo perfecto, una noche de las que se recuerdan durante años entre risas. La había planeado y organizado hasta el último detalle, como el olor de las velas para los tratamientos de aromaterapia. «Veinticuatro horas más tarde -pensó Sophia-, su madre se vestiría para la boda, pero en su última noche como soltera, iba a regodearse en un mundo de féminas.»

-Cuando tengamos nuestros productos, quizá podríamos venderlos a los centros de belleza directamente durante un tiempo. -Maddy olisqueó los

aceites dispuestos sobre la mesa de masaje-. Podríamos hacerlos tan exclusivos que la gente se muriera por probarlos.

-Eres una chica muy lista, Madeline. Pero esta noche nada de hablar de negocios. Esta noche está dedicada al ritual femenino. Nosotras somos las siervas.

-¿Hablaremos sobre sexo?

-Por supuesto. Aquí no hemos venido a intercambiar recetas.

Ah, aquí está la homenajeada.

-Sophia. -Claudia apareció rodeando la caseta de baño, envuelta ya en una larga bata blanca-. No puedo creer que te hayas tomado tantas molestias.

Se habían dispuesto varias zonas, con tumbonas y sillones de salón de belleza. La tarde se deslizaba hacia el crepúsculo, y el aire se impregnaba de fragancias procedentes del jardín. En las mesas había frutas y chocolate en abundancia, botellas de vino yagua mineral, cestas y cuencos con flores.

Junto al muro, el agua caía a la piscina por la escultura de bronce, para añadir una música sensual.

-Quería montar una especie de baño romano. ¿Te gusta?

-Es maravilloso. Me siento como una reina.

-Cuando termines, te sentirás como una diosa. ¿Dónde están las demás? Estamos desperdiciando un tiempo precioso para mimarte.

-Arriba, iré a buscadas.

-No, ya voy yo. Maddy, sirve un poco de vino a mamá. Ella no ha de mover un solo dedo, excepto para coger un bombón.

-¿Qué vino quieres? -preguntó Maddy.

-De momento sólo quiero agua, cariño, gracias. El atardecer es magnífico. -Se dirigió a las puertas abiertas y rió con ánimo ligero. Mesas de masaje en el patio. Sólo Sophia podía pensar en algo así.

-Nunca me han dado un masaje.

-Hummm. Te encantará.

Mientras hablaba, mirando hacia el jardín, Claudia acarició los cabellos de Maddy distraídamente, y dejó la mano sobre su hombro. Este gesto conmovió a la muchacha profundamente, y la hizo suspirar.

-¿Qué te pasa?

-Nada. -Maddy le tendió el vaso de agua-. No pasa nada. Supongo que estoy impaciente por... todo.

-Es un farol-dijo David, con el cigarro entre los dientes, e intentó intimidar a Eli con la mirada.

-¿Ah, sí? Haz tu apuesta, hijo, y lo sabrás.

-Adelante, papá. - Theo tenía también un cigarro entre los dientes, pero apagado, y se sentía como un hombre-. El que no se arriesga no gana.

-Ahí va -dijo David, arrojando unas fichas al centro de la mesa-. Enseñe las cartas.

-Tres pequeños doses -dijo Eli, y vio centellear los ojos de David-vigilando a dos pequeñas damas.

-Cabrón.

-Un escocés no se tira faroles cuando hay dinero en juego, hijo.

-Exultante, Eli arrastró todas las fichas hacia su lado.

-Este hombre me ha desplumado tantas veces a lo largo de los años, que ya me pongo la armadura en cuanto nos sentamos a jugar a cartas. -James hizo un gesto con el vaso-. Ya aprenderás.

Linc alzó la cabeza al oír que llamaban a la puerta.

-Alguien ha contratado a una bailarina de striptease, ¿a que sí?

Sabía que no me fallaríais.

-Es la pizza. - Theo se puso en pie rápidamente.

-¿Más pizza? Theo, no es posible que quieras comer más pizza.

-¡Pues claro que sí! -gritó Theo por encima del hombro-. Ty ha dicho que podía.

-Ésa es para mí. La última que hemos pedido se la ha zampado enterita.

Linc miró a Tyler con pesar.

-¿No podías pedir que la pizza la trajera una bailarina de strip tease?

-Se les habían acabado. Están en una convención de sepultureros.

-Seguro. Bueno, espero que al menos la haya pedido con pimientos.

-Dios mío, Sophia, has tenido una idea brillante.

-Gracias, tía Helen. -Estaban sentadas codo con codo, con la cabeza hacia atrás y una gruesa máscara verde tonificante sobre la cara-. Quería que mamá se sintiera relajada y muy femenina.

-Pues lo vas a conseguir. ¿Has visto a Teresa y Maddy discutiendo mientras les hacen la manicura?

-Hummm -dijo Sophia-. No se ponen de acuerdo en el nombre de productos de belleza que aún no hemos desarrollado. No sé si es por Maddy o por la idea, pero la moral de *nonna* se ha disparado.

-Me alegro. He estado muy preocupada por ella y por todos vosotros desde que hablamos la última vez. La idea de que Rene intente convertir a Tony en un héroe ya ti en el villano con respecto al asunto Cardianili me saca de quicio.

Sophia se puso tensa, pero poco a poco volvió a relajarse.

-Fue una estupidez por su parte. DeMorney está detrás de todo eso, y es la primera estupidez que comete. Se está desmoronando.

-Puede ser. Pero ha causado más revuelo. -La juez alzó una mano-. Y eso es todo lo que vaya decir. Esta noche no pensaremos en los problemas, sino en disfrutar. ¿Dónde está tu madre?

«No pienses en nada -se dijo Sophia-, sólo en pensamientos puros. »

-En la sala de tratamiento B -respondió-, es decir, en el cuarto de baño de invitados. Le están haciendo un tratamiento corporal. Es necesario estar cerca de una ducha.

-Fabuloso. La siguiente soy yo.

-¿Champán?

-Maria. -Sophia se incorporó-. No tienes que servir. Eres una invitada.

-La manicura ya se me ha secado -dijo Maria, enseñando las uñas-. Ahora me toca la pedicura. Entonces puedes servirme tú el champán.

-Trato hecho.

Maria miró a Claudia, que llegaba con aspecto relajado y sereno.

-Esta noche has hecho muy feliz a tu madre. Todo irá bien a partir de ahora.

-Desde luego, sabes cómo hacérselo pasar bien a una mujer.

Jerry acarició el trasero de Rene sobre los pantalones negros ceñidos.

-Pues aún no has visto nada. Ésta va a ser una noche inolvidable. Para todo el mundo.

Se encontraban en los viñedos. Había sido una larga caminata desde el coche, y el saco que llevaba Jerry parecía ganar peso a cada paso que daba. Sin embargo, había algo en el hecho de hacer el trabajo por sí mismo, que no había experimentado hasta entonces. No era sólo la jubilosa satisfacción que sentía otras veces, sino una honda e íntima excitación.

y si algo salía mal, se limitaría a sacrificar a Rene. Pero no iba a permitir que su plan fracasara.

Gracias a Don, a Kris y a sus propias observaciones, Jerry conocía el dispositivo de seguridad y cómo evitar que se disparasen las alarmas. Era sencillamente una cuestión de paciencia y cuidado. y una férrea ambición.

Antes de que acabara aquella noche, Giambelli se convertiría, de un modo u otro, en una ruina.

-Quédate cerca de mí -dijo a Rene.

-Ya estoy cerca. No quisiera ser aguafiestas, pero desearía estar tan segura como tú de que esto va a salir bien.

-Ahora no puedes echarte atrás. Sé lo que hago y cómo he de hacerlo. En cuanto ardan las bodegas, acudirán corriendo como hormigas a una merienda campestre.

-No me importa que conviertas en humo todo el puñetero viñedo -dijo Rene. De hecho, le excitaba la imagen del incendio, y se veía a sí misma bailando frente a las llamas-. Lo que no quiero es que me pillen.

-Haz lo que te digo y no te pillarán. Cuando estén ocupados en apagar el fuego, entraremos, dejaremos el paquete en la habitación de Sophia y nos iremos. No tardaremos ni cinco minutos en estar de vuelta en el coche. Llamaremos a la policía desde una cabina, les daremos la información anónimamente y estaremos en tu casa brindando con champán antes de que se aclare el humo.

-La vieja pagará a la policía. No permitirá que su preciosa nieta vaya a la cárcel.

-Puede. Que lo intente, no importa. Estarán arruinados. Tarde o

temprano uno encuentra el punto débil, y por hoy se abre la brecha. ¿No es esto lo que querías?

Algo en la voz de Jerry le dio escalofríos, pero Rene asintió. -Es exactamente lo que quería.

Cuando llegó a la bodega, Jerry sacó las llaves. Don había sido lo bastante astuto para hacer copias, y él había sido lo bastante listo para sacar un duplicado.

-Las arrojaremos a la bahía cuando hayamos acabado. -Jerry metió la llave en la primera cerradura-. Nadie las necesitará después de esta noche. Les va a ser condenadamente difícil explicar cómo se pudo iniciar el fuego en un edificio cerrado con llave. -Jerry abrió la puerta.

Sophia estaba tumbada en la mesa de masaje, contemplando las estrellas.

-Mamá, ¿tengo un carácter obsesivo?

-Sí.

-¿Eso es malo?

Claudia la miró desde el borde del patio.

-No, un poco fastidioso a veces, pero malo no.

-¿Los árboles no me dejan ver el bosque?

-Pocas veces. ¿Por qué lo preguntas?

-Pensaba en lo que cambiaría de mí si pudiera. Si tuviera que hacerlo.

-Yo no te cambiaría nada.

-¿Porque soy perfecta? -preguntó Sophia con una sonrisa. -No, porque eres mía. ¿Esto tiene algo que ver con Ty? -No, tiene que ver conmigo. Hasta... bueno, no estoy segura exactamente hasta cuándo, pero antes estaba segura de que lo sabía todo, de que sabía lo que quería y cómo iba a conseguirlo.

-¿ y ya no estás segura?

-Oh no, no es eso. Sigo sabiendo lo que quiero y cómo voy a conseguirlo. Pero han cambiado las cosas que quiero. No sé en realidad si siempre han estado ahí, y simplemente los árboles no me dejaban ver el bosque. Yo... ¿Podría dejamos solas un momento? -pidió Sophia a la masajista. Se sentó, y se sujetó la sábana contra el pecho-. Por favor, no te pongas nerviosa.

-Tranquila.

-No hace tanto que aún quería que papá y tú volvieseis a estar juntos. Creo que era porque no sabía de qué otra manera conseguir que él fuera para mí lo que necesitaba de él. No lo que necesitaras tú, ni lo que fuera él en realidad, sino lo que necesitaba yo. Ése era el árbol que me obsesionaba, y no me dejaba ver el bosque. Eso lo cambiaría si pudiera.

-Yo no. Habrías sido una buena hija si él te hubiera dejado. Estabas dispuesta a serio, necesitabas serio. No, yo eso no lo cambiaría.

-Gracias, eso me ayuda. -Sophia cogió a su madre por la muñeca y la giró para mirar la hora en su reloj-. Es medianoche. Feliz día de boda, mamá. -Apretó la mano de Claudia contra su mejilla. Iba a recostarse cuando lo vio.

-¿Qué es eso? Parece como si... Oh, Dios mío. ¡La bodega! La bodega está ardiendo. ¡Maria! Maria, llama a los bomberos. La bodega está ardiendo.

Sophia se bajó de la mesa, arrastrando tras de sí la sábana en su loca carrera.

Tal como había predicho Jerry, todos salieron corriendo de la casa dando voces. Desde las sombras del jardín, contó las figuras envueltas en ropas blancas que corrían por el sendero y se dirigían hacia los viñedos.

-Pan comido -susurró a Rene-. Ve tú delante.

Rene había explicado a Jerry dónde estaba la habitación de Sophia, pero él quería que entrara primero, por si se había equivocado, ya que ella misma afirmaba que sólo se había metido allí una vez.

Jerry no podía arriesgarse a encender la luz, pero estaba seguro de que le bastaría con la linterna. Sólo necesitaba poner el paquete en el fondo del armario, donde los policías pudieran encontrarlo aunque fueran idiotas perdidos.

Siguió a Rene por la escalera de la terraza, mirando por encima del hombro. Vio el resplandor dorado y naranja del incendio sobre el cielo nocturno. Una brillante visión que iluminaba las figuras que corrían hacia las llamas como polillas asustadas.

Apagarían el fuego, claro está, pero no lo bastante deprisa. Tardarían un rato en descubrir que alguien había cortado el agua del sistema de aspersión, en recobrarse de la sorpresa, y contemplarían con impotencia cómo explotaban sus preciosas botellas, cómo se destruían las instalaciones, cómo ardía en el infierno su dios de las tradiciones.

¿Así que no tenía agallas para hacer el trabajo sucio? Dobló la mano con cautela. Aún le dolía de vez en cuando. Ya verían quién tenía agallas cuando amaneciera el nuevo día.

-Jerry, por el amor de Dios -siseó Rene desde la terraza a la que daba el dormitorio de Sophia-. Esto no es una atracción turística. Antes has dicho que teníamos que darnos prisa.

-Siempre hay tiempo para un pequeño placer, querida. -Jerry se acercó a la puerta de la terraza con paso arrogante-. ¿Estás segura de que es éste?

-Sí, lo estoy.

-Bien.

Jerry abrió la puerta y entró. Tuvo tiempo de respirar profundamente, con satisfacción, el aroma de Sophia, antes de que ella entrara por la otra puerta y encendiera la luz.

El súbito resplandor cegó a Jerry y la sorpresa lo dejó paralizado. Antes de que pudiera recobrarse, se encontró defendiéndose de una mujer encolerizada.

Sophia se abalanzó sobre él, catapulta da por una ira ciega desde el otro extremo de la habitación. Hundió dientes y uñas en el cuerpo de Jerry, dominada por la sed de sangre. Su única idea clara era la de infligir dolor, un dolor inconmensurable. Y cuando oyó aullar a Jerry, sintió una llamarada que le recorría el cuerpo, ardiente como la lava.

Jerry lanzó los puños y le dio en el pómulo, pero ella ni siquiera lo sintió. Le atacó los ojos con las uñas recién pintadas, falló por poco, y se clavaron como las púas de un rastrillo en su mejilla.

Al notar la quemazón, Jerry enloqueció. Sin más objetivo que librarse de Sophia, la empujó, arrojándola contra Rene, que no paraba de dar chillidos. Olía su propia sangre. Sophia había echado por tierra sus minuciosos planes. Aquello era algo imperdonable. Cuando ella se puso en pie, dispuesta a atacarle de nuevo, Jerry empuñaba ya la pistola y tenía el dedo sudoroso en el gatillo.

Estuvo a punto de apretarlo en aquel mismo instante, con una rápida sacudida de su dedo nervioso, pero Sophia se paró en seco y en sus ojos la rabia dio paso a la sorpresa y el miedo.

"Por fin», pensó Jerry, cara a cara. Y no sólo quería sobrevivir.

Quería una satisfacción.»

-Bien, bien. ¿Verdad que es interesante? Deberías haberte ido corriendo con los demás, Sophia. Pero quizá tu destino sea acabar como el inútil de tu padre: con una bala en el corazón.

-Jerry, tenemos que salir de aquí. -Rene se puso en pie y miró la pistola con ojos desorbitados-. ¡Dios mío! ¿Qué estás haciendo? No puedes pegarle un tiro.

-¿Ah, no? -Él creía que sí yeso era toda una revelación. No

creía que le costara lo más mínimo-. ¿Y por qué no?

-Es una locura. Es un asesinato. No pienso tomar parte en ningún crimen. Me voy de aquí. Dame las llaves del coche. ¡Dame las malditas llaves!

-Cierra la puta boca -dijo Jerry fríamente y, con un gesto casi ausente, le golpeó en un costado de la cabeza con la pistola. Cuando Rene se desplomó como una piedra, no la miró siquiera, sino que siguió con los ojos fijos en Sophia.

-Era un auténtico coñazo, en eso podemos estar de acuerdo.

Pero también era útil. y ahora todo es perfecto. Te gustará, Sophia. Tú sabrás apreciarlo. Rene siempre te ha odiado. Hace unos días fue a ver a la policía para intentar convencerles de que tú mataste a tu padre. y esta noche ha venido, ha prendido fuego a la bodega y se ha colado en tu habitación para dejar pruebas que te incriminaran. Tú la has sorprendido, habéis peleado, y la pistola se ha disparado. La pistola -añadió- utilizada para disparar contra David Cutter. Hice que me la enviaran. Eso es visión de futuro, y estoy seguro de que sabrás apreciarla. Tú mueres y a ella la cuelgan. Perfecto.

-¿Por qué?

-Porque nadie me jode impunemente. Vosotros los Giambelli os creéis los dueños del mundo, y ahora mismo os quedaréis sin nada.

-¿Por culpa de mi padre? -Sophia veía el brillante resplandor del fuego a través de la puerta abierta de la terraza-. ¿Todo esto porque mi padre te puso en evidencia?

-¿Que me puso en evidencia? Me robó... mi mujer, mi orgullo, mi vida. ¿Y qué perdisteis vosotros? Nada. No fue más que un bache. Yo me he resarcido de eso y más. Me habría contentado con arruinaras, pero la muerte es mejor. Tú eres la clave. Teresa, bueno, ya no es joven. Tu madre no tiene lo que se necesita para volver a poner en pie la compañía. Sin ti, el corazón y el cerebro

están muertos. Tu padre era un seductor, mentiroso y estafador.

-Sí, lo era. -Nadie iría a buscarla, pensó Sophia. Nadie volvería del incendio para salvada. Tendría que enfrentarse a la muerte ella sola-. Tú eres todo eso y, por ello, mucho menos que él.

-Eso podríamos discutirlo si tuviéramos tiempo. Pero tengo un poco de prisa, así que... -Levantó un par de centímetros más la pistola-. *Ciao, bella.*

- *Vai a farti fottere* -dijo Sophia con voz firme.

Quiso cerrar los ojos, buscó una plegaria, una imagen que llevarse con ella. Pero mantuvo los ojos abiertos. Esperó. Cuando se disparó la pistola, Sophia se tambaleó hacia atrás. Y vio la sangre que brotaba de un pequeño orificio en la camisa de Jerry.

El rostro de Jerry expresaba sorpresa y desconcierto. Entonces, un nuevo disparo sacudió su cuerpo, que se ladeó y cayó. En el umbral de la puerta, Helen bajó la pistola.

-Oh, Dios mío. Oh, Dios. Tía Helen. -A Sophia le fallaron las piernas, se tambaleó hacia la cama y se sentó en ella-. Iba a matarme.

-Lo sé. -Helen entró despacio en la habitación y se sentó pesadamente en la cama junto a Sophia-. He vuelto para decirte que los hombres habían venido. He visto...

-Iba a matarme. Igual que mató a mi padre.

-No, cariño. Él no mató a tu padre. Fui yo. Fui yo -repitió Helen, y dejó caer la pistola al suelo-. Lo siento mucho.

-No, eso es una locura.

-Utilicé esta pistola. Era de mi padre. No está registrada. No

sé por qué la llevé conmigo aquella noche. No creo que planeara matado, yo... no pensaba con claridad. Él quería más dinero. Otra vez. Era el cuento de nunca acabar.

-¿De qué estás hablando? -Sophia la aferró por los hombros.

Olía a pólvora y sangre-. ¿Qué me estás diciendo?

-Linc. Usaba a Linc contra mí. Linc, que Dios me ayude. Linc

es hijo de Tony.

-Lo tienen todo controlado. Es... -Claudia irrumpió en la habitación por la puerta de la terraza y se detuvo en seco-. Oh, Dios mío. ¡Sophia!

-No, espera -dijo Sophia levantándose-. No entres. No toques nada. -Su respiración era agitada, pero estaba pensando, y deprisa-. Tía Helen, ven conmigo. Ven conmigo ahora mismo. No podemos quedamos aquí.

-Esto matará a James y a Linc. Os he arruinado a todos. Sophia arrastró a Helen tras de sí y la sacó a la terraza. -Cuéntanoslo. Deprisa, tenemos poco tiempo.

-Yo maté a Tony. Claudia, te traicioné. Me traicioné a mí misma

y a todo en lo que creo.

-Eso no es posible. Por amor de Dios, ¿qué ha pasado aquí? -Me ha salvado la vida -contestó Sophia. Una explosión traspasó el aire cuando las botellas estallaron en las bodegas. Sophia apenas pestañeó-. Jerry iba a matarme con la pistola con que dispararon a David. Hizo que se la enviaran y la guardaba como recuerdo. Helen, ¿qué ocurrió con mi padre?

-Quería dinero. A lo largo de los años recurría a mí cuando necesitaba dinero. Nunca me lo exigió en realidad, ni me amenazó. Se limitaba a

mencionar a Linc. Me decía que era un chico estupendo, que era un joven brillante y prometedor. Luego me decía que necesitaba un pequeño préstamo. Me acosté con Tony. -Helen empezó a sollozar-. Hace muchos años. Todos éramos muy jóvenes. James y yo teníamos problemas. Estaba furiosa con él, confusa. Estuvimos separados unas semanas.

-Lo recuerdo -murmuró Claudia.

-Fui a dar con Tony. Se mostró tan comprensivo, tan compa

sivo... Me dijo que vosotros dos tampoco os entendíais bien, que estabais pensando en separaras. Tony era encantador, sabía escuchar como James nunca había sabido. No hay excusa posible.

Dejé que ocurriera. Después sentí vergüenza y asco de mí misma. Pero ya estaba hecho y no se podía cambiar. Descubrí que me había quedado embarazada. No era de James, porque no habíamos estado juntos en mucho tiempo. Así que cometí mi segunda equivocación horrenda y se lo dije a Tony. Le hizo el mismo efecto que si le hubiera dicho que pensaba cambiarme de peinado. Me dijo que no podía esperar que pagara por la indiscreción de una noche. Así que pagué yo. -Las lágrimas le resbalaban por las mejillas-. Y pagué.

-Linc es hijo de Tony.

-Es de James. -Helen miró a Claudia con expresión suplicante-. En todos los sentidos menos en ése. Él no lo sabe, ninguno de los dos lo sabe. Hice todo lo posible por enmendar aquel error. Por James, por Linc... Dios, por ti, Claudia. Me acosté con el marido de mi mejor amiga. Era joven y estúpida, y estaba furiosa, y jamás me perdonaré por lo que hice. Pero hice cuanto estuvo en mi mano para enmendado. Le di dinero cada vez que me lo pidió. Ni siquiera sé cuánto llegó a sumar a lo largo de los años.

-y no podías darle más -señaló Claudia.

-La noche de la fiesta me dijo que tenía que verme; me dijo

dónde y cuándo. Yo me negué. Era la primera vez que lo hacía. Se puso furioso y eso me asustó. Si no hacía lo que él decía, entraría allí mismo y se lo contaría a James, a Linc, a todos vosotros.

»No podía arriesgarme, no podía soportar la idea. Mi niño, Claudia. Mi pequeño con los cordones desatados. Cuando regresé a casa, saqué la pistola de la caja fuerte. Llevaba años allí dentro. No sé por qué pensé en ella. No sé por qué la cogí. Tenía una especie de niebla en el cerebro. Tony había puesto música en el apartamento, y había sacado una buena botella de vino. Se sentó y me habló de sus problemas financieros. Con una sonrisa encantadora, como si fuéramos viejos amigos entrañables. No recuerdo todo lo que dijo; ni siquiera estoy segura de haberle oído hablar. Necesitaba un préstamo, dijo. Un cuarto de millón esta vez. Estaba dispuesto, claro está, a aceptar la mitad a finales de semana, y a darme un mes para el resto. No era mucho pedir. Al fin y al cabo, me había dado un hijo estupendo.

»No sabía que tenía la pistola en la mano. No sabía que la usaría hasta que vi la mancha roja en su blanca camisa de etiqueta. Me miró sorprendido, como si estuviera molesto. Casi me lo imaginé diciendo: "Maldita sea, Helen, me has estropeado la camisa". Pero no lo hizo, claro. No dijo nada. Yo regresé a casa e intenté convencerme de que no había ocurrido. He llevado la pistola conmigo desde entonces. A todas partes.

-Podrías haberla tirado en algún sitio -comentó Claudia en voz baja.

-¿Cómo iba a tirarla? ¿Y si arrestaban a alguno de vosotros? Entonces la necesitaría para demostrar que lo había hecho yo. No podía dejar que Tony hiciera daño a mi niño, ni a James. Pensé que todo habría acabado. Y ahora... tengo que llamar a James y Linc. Tengo que contárselo a ellos antes de hablar con la policía.

«Ciclos -pensó Sophia-. A veces debían detenerse.»

-Si no hubieras usado esa pistola para salvarme la vida esta noche, no tendrías que contarles nada.

-Te quiero -dijo Helen sencillamente.

-Lo sé. Y esto es lo que ha ocurrido aquí esta noche. -Cogió a Helen por los hombros-. Préstame atención. Has vuelto, has visto' que Jerry me apuntaba con una pistola. Las dos pistolas las había traído él; pensaba dejadas en mi habitación para incriminarme. Hemos luchado, y la otra pistola, la que mató a mi padre, estaba en el suelo cerca de la puerta. Tú la has recogido y le has disparado antes de que él me disparara a mí.

-Sophia.

-Eso es lo que ha ocurrido. -Cogió la mano de Helen, la apretó. Cogió la de su madre-. ¿No es verdad, mamá?

-Sí. Eso es exactamente lo que ha ocurrido. Has salvado a mi hija. ¿Crees que yo no salvaría a tu hijo?

-No puedo.

-Sí, sí puedes. ¿Quieres compensarme? -preguntó Claudia-. Entonces hazlo. No me importa lo que ocurrió una noche hace casi treinta años, pero sí lo que ha ocurrido aquí esta noche. Me importa lo que has sido para mí durante casi toda mi vida. No voy a permitir que se arruine la vida de una persona a la que quiero. ¿Por qué? ¿Por dinero, por orgullo, por imagen? Si me quieres, si quieres enmendar el error que cometiste hace tanto tiempo, harás exactamente lo que Sophia te pide que hagas. Tony era su padre. ¿Quién tiene más derecho a decidir que ella?

-Jerry está muerto -dijo Sophia-. Mató, amenazó, destruyó, y todo por culpa de un acto egoísta de mi padre. Y aquí acaba todo.

Voy a llamar a la policía. Que alguien vigile a Rene. -Se inclinó y besó a Helen en la mejilla-. Gracias. Por el resto de mi vida.

Más tarde, mucho más tarde, Sophia estaba sentada en la cocina, tomando té con coñac. Había hecho su declaración a la policía, cogida de la mano de Helen.

«La justicia -pensó-, no llegaba siempre como uno esperaba.»

Helen lo había dicho en una ocasión. Y allí estaba: la justicia inesperada. Les había ido muy bien que Rene se hubiera puesto histérica, y que hubiera farfullado a todo el mundo, incluidos Claremont y Maguire a su llegada, que Jerry estaba loco, que era un asesino y que la había obligado a acompañado a punta de pistola.

«Algunas serpientes conseguían escapar arrastrándose -pensó Sophia-, porque la vida era un asunto muy complejo.»

Por fin los policías se habían marchado y la casa estaba en silencio.

Sophia alzó la vista cuando entraron su madre y su abuela.

-¿Y tía Helen?

-Se ha dormido por fin. -Claudia se acercó al armario y sacó dos tazas más-. Hemos estado hablando. Todo irá bien. Dimitirá de su cargo de jueza. Supongo que necesita hacerlo. -Dejó las tazas sobre la mesa-. Se lo he contado todo a la abuela, Sophia. Creo que tiene derecho a saberlo.

-Nonna. -Sophia alargó la mano hacia su abuela-. ¿He hecho lo correcto?

-Has hecho lo que te dictaba el amor. Con frecuencia eso es lo más importante. Has sido muy valiente, Sophia. Las dos lo habéis sido. Estoy orgullosa de vosotras. -Teresa se sentó y suspiró-. Helen se llevó una vida y devolvió otra. Eso cierra el círculo. No volveremos a hablar de ello. Mañana se casa mi hija y volverá a haber alegría en esta casa. Pronto llegará la cosecha, el fruto. Y otra estación se acabará. La siguiente es tuya -dijo a Sophia-. Tuya y de Tyler. Vuestra vida, vuestra herencia. Eli y yo nos retiraremos a primeros de año.

-Nonna.

-Las antorchas están para pasarlas. Toma la que yo te doy. La leve irritación que notó en la voz de su abuela hizo sonreír a Sophia.

-La acepto. Gracias, *nonna.*

-Bien, es tarde. La novia necesita dormir, y yo también. - Teresa se levantó, dejando el té sin probar-. Tu joven caballero ha vuelto a la bodega. Tú no necesitas dormir tanto.

«Cierto -pensó Sophia, corriendo por los campos hacia la bodega-. Tenía tanta energía, tanta vitalidad interior, que no creía que volviera a necesitar dormir nunca más.»

Tyler había encendido las luces, que iluminaban el viejo edificio. Sophia vio los cristales rotos de las ventanas, las manchas del humo, las quemaduras del fuego. Pero el edificio había resistido.

Tal vez Tyler percibiera su presencia. Ella quiso pensar que así era. Salió por la puerta rota cuando ella llegaba corriendo y la abrazó, la estrechó con fuerza contra su pecho a unos centímetros del suelo.

-Aquí estás por fin. Imaginaba que necesitarías estar un rato con tu madre, pero luego pensaba ir a buscarte.

-He venido yo primero. Abrázame, ¿quieres? Tú sigue abrazándome.

-Cuenta con ello. - Tyler volvió a notar un puño de hielo en las entrañas y apretó el rostro contra el pelo de Sophia-. Dios. Dios. Cuando pienso...

-No pienses -dijo ella, y se volvió para mirarlo.

-No voy a perderte ni un segundo de vista durante los próximos diez o quince años.

-Ahora mismo me parece estupendo. ¿Estás solo?

-Sí. David tenía que llevar a los chicos a casa, y he enviado al abuelo de vuelta a la villa antes de que cayera redondo. Estaba exhausto. James estaba bastante afectado, así que Linc lo ha llevado a mi casa, ya que Helen está con tu madre.

-Bien, todo está como debe estar. -Sophia apoyó la cabeza en su hombro, mirando hacia la bodega-. Podría haber sido peor.

Tyler le echó la cabeza hacia atrás, y rozó con los labios la ma-

gulladura que tenía en la mejilla.

-Podría haber sido un infierno.

-Deberías haber visto cómo ha quedado el otro tipo.

Tyler soltó una carcajada contenida y volvió a estrechada con fuerza.

-Eso es un poco morboso.

-Puede, pero es así como me siento. Murió con mis marcas en la cara, y me alegro. Me alegro de haberle causado algún dolor. y ahora ya puedo olvidarlo todo. Todo empieza de nuevo. Todo, Ty -dijo Sophia-. Reconstruiremos la bodega, reconstruiremos nuestras vidas. Giambelli-MacMillan volverá, más grande y mejor que nunca. Eso es lo que quiero.

-Estupendo, porque eso es precisamente lo que quiero yo también. Vámonos a casa, Sophia.

Sophia se cogió de su mano y se alejó de los restos del incendio. Las primeras luces del alba despuntaban por el este. «Cuando el sol se elevara en el cielo -pensó-, iba a iluminar un hermoso principio. »